

HISTORIA DE LOS PAPAS

EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA
Y RESTAURACIÓN CATÓLICA

POR

Ludovico Pastor

VERSIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

P. José Monserrat

de la Compañía de Jesús

Volumen XV

(Pfo IV)

(1559-1565)

BARCELONA

GUSTAVO GILI, EDITOR

CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45

MCMXXIX

HISTORIA DE LOS PAPAS

DESDE FINES DE LA EDAD MEDIA

COMPUESTA UTILIZANDO EL ARCHIVO SECRETO PONTIFICIO
Y OTROS MUCHOS ARCHIVOS

POR

Ludovico Pastor

CONSEJERO REAL E IMPERIAL

PROFESOR ORDINARIO DE LA UNIVERSIDAD DE INNSBRUCK
Y DIRECTOR DEL INSTITUTO AUSTRIACO DE ROMA

Tomo VII

HISTORIA DE LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA
Y RESTAURACIÓN CATÓLICA: Pío IV (1559-1565)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45
MCMXXIX

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona, 5 de diciembre de 1928.

IMPRÍMASE

JOSÉ, OBISPO DE BARCELONA

Por mandato de S. E. I.
DR. FRANCISCO MARÍA ORTEGA DE LA LORENA
CANCILLER-SECRETARIO .

A su querido amigo el prelado

ESTEBAN EHSES

**doctor en Filosofía y Teología y director del Ins-
tituto Histórico Romano de la Sociedad Görres,**

con sincero aprecio le dedica este libro

EL AUTOR

Fluctuare potest, demergi nequa-
quam [Ecclesia].

El papa Pfo IV al dux de Venecia
Jerónimo Priuli, en 30 de diciembre
de 1560 (*Archivo secreto pontificio*,
Arm. 44, t. X, n. 420).

PRÓLOGO

Más que nunca las miradas no sólo de los católicos, sino también de todo el mundo, se dirigen actualmente al papado, que se muestra como la única roca inquebrantable en medio de los movimientos subversivos de nuestros días. Para la justa comprensión de esta gran potencia, la más antigua, y esto no obstante tan fuerte y vigorosa, se necesita ante todo conocer su desenvolvimiento histórico. Describir documentalmente y del modo más objetivo posible el efectuado desde fines de la edad media, es la tarea que me he impuesto. Para la segunda mitad del siglo xvi me he visto obligado a recoger documentos inéditos en mayor medida aun que en los tomos anteriores: el terreno que se había de beneficiar asemejábase muchas veces a un campo yermo, que el arado tenía que remover y ablandar primero, antes que pudiese darse comienzo al cultivo. Por eso me he afanado diligentemente por desenterrar de los archivos todos los tesoros asequibles, cernerlos y elaborarlos. Mas junto con eso importaba también utilizar del modo más completo posible las obras impresas, que estaban muy desparramadas. Con este procedimiento recreció tan enormemente la materia, que hube de abandonar el plan primitivo de juntar en un solo tomo los pontificados íntimamente conexionados de Pío IV y S. Pío V, y fué preciso hacer una división. Los dos tomos estaban casi enteramente acabados cuando estalló la guerra europea, que imposibilitó el imprimirlos. Las obras desde entonces publicadas, por lo demás no muchas en número, han sido también posteriormente aprovechadas.

La dedicatoria del presente tomo al benemérito investigador del Concilio Tridentino sea ante todo un testimonio de recuerdo de los quince años que pasamos en la Ciudad Eterna en fiel con-

fraternidad de investigadores y trabajando juntos y concordes en iguales terrenos. Pero ha de ser también una expresión de gratitud por haberme ayudado en mi trabajo con sus valiosos consejos, y por haberme facilitado los escritos que dejó nuestro común amigo, el malogrado profesor Antonio Pieper, cuya abundante colección me ha prestado importante utilidad, especialmente para la historia de S. Pío V.

A pesar de mi alejamiento de Roma, motivado por la guerra, los últimos cinco años pudieron ser utilizados para la continuación de la HISTORIA DE LOS PAPAS, porque desde mucho antes tenía recogido el material de los archivos. Las dificultades procedentes de las duras circunstancias del tiempo fueron ciertamente grandes. Sin embargo de eso logré concluir en lo esencial la narración de los pontificados de Gregorio XIII, Sixto V, Clemente VIII, Paulo V y Gregorio XV, de tal manera que los tomos ulteriores seguirán prontamente unos tras otros. Si Dios Nuestro Señor me da en adelante vida y salud, puedo esperar una feliz terminación de la obra, a la cual ya consagré mis primeras fuerzas juveniles. Ojalá contribuya ella a reanudar las relaciones con los sabios extranjeros, interrumpidas por la borrasca de la guerra, perturbadora del mundo. La ciencia histórica no puede renunciar a semejante intercambio intelectual sin un daño profundo y duradero.

LUDOVICO PASTOR

Innsbruck, 27 de octubre de 1919.

ÍNDICE ALFABÉTICO

de las obras repetidamente citadas en este tomo

- Abschiede, Die Eidgenössischen, aus dem Zeitraume von 1556 bis 1586. Parte II del tomo IV de la Colección oficial de actas de dietas. Por José Carlos Krütli. Berna, 1861.
- Albèri, E., Le relazioni degli ambasciatori Veneti al Senato durante il secolo decimosesto. 3 series, Florencia, 1839-1855.
- Alessandri, P. d', Atti di San Carlo riguardanti la Svizzera e suoi territorii. Documenti raccolti dalle visite pastorali, dalla corrispondenza e dalle testimonianze nei processi di canonizzazione. Locarno, 1909.
- Amabile, L., Il S. Ufficio della Inquisizione in Napoli. Tomo I. Città di Castello, 1892.
- Ambros, A. W., Geschichte der Musik. Con numerosos ejemplos e ilustraciones musicales. 2 tomos, 3.^a edición, por E. Reimann, Leipzig, 1891; 3 tomos, 3.^a edición, por Otto Kade, Leipzig, 1893; 4 tomos (sin terminar), 2.^a edición, Leipzig, 1881.
- Ancel, R., La secrétairerie pontificale sous Paul IV. París, 1906.
- Ancel, R., Le Vatican sous Paul IV. Contribution à l'histoire du Palais Pontifical: Revue Bénédictine, 1908, enero, págs. 48-71.
- Ancel, R., La disgrace et le procès des Carafa d'après des documents inédits 1559 à 1567. Maredsous, 1909.
- Ancel, R., Nonciatures de France. Nonciatures de Paul IV. (Avec la dernière année de Jules III et Marcel II.) Publ. por R. A. Tomo I: Nonciatures de Sebastiano Gualterio et de Cesare Brancatio (mayo 1554-julio 1557). 1.^a y 2.^a parte. París, 1909, 1911.
- Anquetil, L'esprit de la Ligue ou histoire politique des troubles de France pendant le XVI^e et XVII^e siècle. Nueva edición. Tomo I. París, 1818.
- Archivio della Società Romana di storia patria. Tomo I ss. Roma, 1878 ss.

fraternidad de investigadores y trabajando juntos y concordes en iguales terrenos. Pero ha de ser también una expresión de gratitud por haberme ayudado en mi trabajo con sus valiosos consejos, y por haberme facilitado los escritos que dejó nuestro común amigo, el malogrado profesor Antonio Pieper, cuya abundante colección me ha prestado importante utilidad, especialmente para la historia de S. Pío V.

A pesar de mi alejamiento de Roma, motivado por la guerra, los últimos cinco años pudieron ser utilizados para la continuación de la HISTORIA DE LOS PAPAS, porque desde mucho antes tenía recogido el material de los archivos. Las dificultades procedentes de las duras circunstancias del tiempo fueron ciertamente grandes. Sin embargo de eso logré concluir en lo esencial la narración de los pontificados de Gregorio XIII, Sixto V, Clemente VIII, Paulo V y Gregorio XV, de tal manera que los tomos ulteriores seguirán prontamente unos tras otros. Si Dios Nuestro Señor me da en adelante vida y salud, puedo esperar una feliz terminación de la obra, a la cual ya consagré mis primeras fuerzas juveniles. Ojalá contribuya ella a reanudar las relaciones con los sabios extranjeros, interrumpidas por la borrasca de la guerra, perturbadora del mundo. La ciencia histórica no puede renunciar a semejante intercambio intelectual sin un daño profundo y duradero.

LUDOVICO PASTOR

Innsbruck, 27 de octubre de 1919.

ÍNDICE ALFABÉTICO

de las obras repetidamente citadas en este tomo

- Abschiede, Die Eidgenössischen, aus dem Zeitraume von 1556 bis 1586. Parte II del tomo IV de la Colección oficial de actas de dietas. Por José Carlos Krütli. Berna, 1861.
- Albèri, E., Le relazioni degli ambasciatori Veneti al Senato durante il secolo decimosesto. 3 series, Florencia, 1839-1855.
- Alessandri, P. d', Atti di San Carlo riguardanti la Svizzera e suoi territorii. Documenti raccolti dalle visite pastorali, dalla corrispondenza e dalle testimonianze nei processi di canonizzazione. Locarno, 1909.
- Amabile, L., Il S. Ufficio della Inquisizione in Napoli. Tomo I. Città di Castello, 1892.
- Ambros, A. W., Geschichte der Musik. Con numerosos ejemplos e ilustraciones musicales. 2 tomos, 3.^a edición, por E. Reimann, Leipzig, 1891; 3 tomos, 3.^a edición, por Otto Kade, Leipzig, 1893; 4 tomos (sin terminar), 2.^a edición, Leipzig, 1881.
- Ancel, R., La secrétairerie pontificale sous Paul IV. París, 1906.
- Ancel, R., Le Vatican sous Paul IV. Contribution à l'histoire du Palais Pontifical: Revue Bénédictine, 1908, enero, págs. 48-71.
- Ancel, R., La disgrace et le procès des Carafa d'après des documents inédits 1559 à 1567. Maredsous, 1909.
- Ancel, R., Nonciatures de France. Nonciatures de Paul IV. (Avec la dernière année de Jules III et Marcel II.) Publ. por R. A. Tomo I: Nonciatures de Sebastiano Gualterio et de Cesare Brancatio (mayo 1554-julio 1557). 1.^a y 2.^a parte. París, 1909, 1911.
- Anquetil, L'esprit de la Ligue ou histoire politique des troubles de France pendant le XVI^e et XVII^e siècle. Nueva edición. Tomo I. París, 1818.
- Archivio della Società Romana di storia patria. Tomo I ss. Roma, 1878 ss.

- Archivio storico dell'Arte. Publ. por Gnoli. Tomo I ss. Roma, 1888 ss.
- Archivio storico Italiano. 5 series. Florencia, 1842 ss.
- Archivio storico Lombardo. Tomo I ss. Milán, 1874 ss.
- Archivio storico per le provincie Napolitane. Tomo I ss. Nápoles, 1876 ss.
- Arelin, C. M. Freiherr v., Bayerns auswärtige Verhältnisse seit dem Anfang des 16. Jahrhunderts. De' obras impresas e inéditas. Tomo I. Passau, 1839.
- Armand, A., Les médailleurs italiens des XV^e et XVI^e siècles. Tomos II y III, París, 1883, 1887.
- Armellini, M., Le chiese di Roma dalle loro origini sino al secolo XVI. Roma, 1887.
- Arte, L', Continuación del «Archivio storico dell'Arte». Roma, 1898 ss.
- Astrain, A., S. J., Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España. Tomos I y II. Madrid, 1902, 1905.
- Atti e Memorie della r. deputaz. di storia patria per la prov. dell'Emilia. Primera serie, 1-8; Nueva serie, 1 ss. Módena, 1863 ss.
- Aumale, Duc d', Histoire des princes de Condé. 8 tomos. París, 1869-1895.
- Baguenault de Puchesse, Gustave, Jean de Morvillier, évêque d'Orléans. París, 1870.
- Balan, P., Storia d'Italia. Tomo VI. Módena, 1882.
- Baluze, St., Miscellanea, ed. Mansi. 4 tomos. Luca, 1761.
- Baracconi, G., I Rioni di Roma. 3.^a edición. Turín-Roma, 1905.
- Bártoli, A., Cento Vedute di Roma antica. Florencia, 1911.
- Bártoli, D., Dell'Istoria della Compagnia di Gesù. L'Italia, prima parte dell'Europa. Libro primo e secondo. (Opere tomo V.) Turín, 1825.
- Bascapè (Carolus a Basilicapetri), De vita et rebus gestis Caroli S. R. E. Cardinalis tituli S. Praxedis archiepiscopi Mediolanensis libri septem. Brixiae, 1602. (La reimpresión se halla en «Acta ecclesiae Mediolan.» Tomo III, Brescia, 1603.)
- Baschet, A., La Diplomatie Vénétienne. Les princes de l'Europe au XVI^e siècle..., d'après les rapports des ambassadeurs Vénétiens. París, 1862.
- Baum, A., Theodor Beza nach handschriftlichen Quellen dargestellt. 2 tomos. Leipzig, 1843, 1851.
- Bäumer, S., Geschichte des Breviers. Friburgo, 1895.
- Baumgartner, A., Geschichte der Weltliteratur. Tomo VI: Die italienische Literatur. Friburgo, 1911.
- Bäumker, W., Palestrina. Ein Beitrag zur Geschichte der kirchenmusikalischen Reform des 16. Jahrhunderts. Friburgo, 1877.
- Beccadelli, L., Monumenti di varia letteratura, tratti dai Manoscritti di Msgr. L. B., ed. Morandi. Bolonia, 1797-1804.
- Beccari, C., S. J., Rerum Aethiopicarum Scriptores occidentales inediti saeculo XVI ad XIX. Tomos V y X. Roma, 1907, 1910.
- Beiträge zur Geschichte Herzog Albrechts V. und der sog. Adelsverschwörung von 1563. Por Walter Goetz y Leonhard Theobald. (Briefe

- und Akten zur Geschichte des 16. Jahrhunderts mit besonderer Rücksicht auf Bayerns Fürstenhaus. Tomo VI.) Leipzig, 1913.
- Bekker, Ernst, Maria Stuart, Darley, Bothwell, con un prólogo de W. Oncken. (Giessener Studien aus dem Gebiet der Geschichte, tomo I.) Giessen, 1881.
- Bekker, Ernst, Elisabeth und Leicester, 1560-1562. Giessen, 1890.
- Bellesheim, A., Geschichte der katholischen Kirche in Schottland von der Einführung des Christentums bis auf die Gegenwart. Tomo II: 1560-1878. Maguncia, 1883.
- Bellesheim, A., Wilhelm Kardinal Allen (1532-1594) und die englischen Seminare auf dem Festlande. Maguncia, 1885.
- Bellesheim, A., Geschichte der katholischen Kirche in Irland von der Einführung des Christentums bis auf die Gegenwart. Tomo II: 1509-1690. Maguncia, 1890.
- Benigni, U., Die Getreidepolitik der Päpste. Ins Deutsche übertragen von R. Birner. Obra editada por G. Ruhland. Berlín, 1898.
- Benrath, K., Die Reformation in Venedig. Halle, 1887.
- Berliner, A., Geschichte der Juden in Rom von den ältesten Zeiten bis zur Gegenwart. 2 tomos. Francfort del Meno, 1893.
- Bertolotti, A., Artisti Lombardi a Roma nei secoli XV, XVI e XVII. Studi e ricerche negli archivi Romani. 2 tomos. Milán, 1881.
- Bertolotti, A., Artisti Bolognesi, Ferraresi ed alcuni altri in Roma. Bologna, 1885.
- Bertolotti, A., Artisti subalpini in Roma. Mantua, 1885.
- Bertolotti, A., Martiri del libero pensiero e vittime della santa Inquisizione nei secoli XVI, XVII e XVIII. Studi e ricerche negli archivi di Roma e di Mantova. Roma, 1891.
- Biaudet, Henry, Les nonciatures apostoliques permanentes jusqu'en 1648. (Annales Academiae scientiarum Fennicae. Serie B, t. II, 1.) Helsinki, 1910.
- Bicci, Marco Ubaldo, Notizia della famiglia Boccapaduli patrizia Romana. Roma, 1762.
- Blätter, Historisch-politische, für das katholische Deutschland. Tomos I-CLXIV. Munich, 1888-1919.
- Bobadilla, Nic. Alph. de, Gesta et scripta. (Monum. hist. Soc. Iesu.) Madrid, 1913.
- Boero, G., Vita del P. G. Lafnez. Florencia, 1880.
- Bonanni, Ph., Numismata Pontificum Romanorum quae a tempore Martini V ad annum 1699 vel autoritate publica vel privato genio in lucem prodire. Tomo II. Roma, 1699.
- Bondonus, Ludovicus, de Branchis Firmanus, Diaria caerimonia: Merkle, Conc. Trid. II, Friburgo de Brisgovia, 1911, páginas 518-571.
- Borgatti, M., Castel di S. Angelo in Roma. Storia e descrizione. Roma, 1890.
- Borgia, Sanctus Franciscus, quartus Gandiae dux et Societatis Iesu

- praepositus generalis tertius. (Monum. hist. Soc. Iesu.) Tomo IV (1565-1568), Madrid, 1910; tomo V (1569-1572), Madrid, 1911.
- Brosch, M., Geschichte des Kirchenstaates. Tomo I. Gotha, 1880.
- Brosch, M., Geschichte Englands. Tomo VI. Gotha, 1890.
- Brown, Rawdon, Calendar of State Papers and Manuscripts relating to English Affairs existing in the Archives and Collections of Venice and in other Libraries of Northern Italy, editado por R. B. Tomos VI-VII. Londres, 1873-1890.
- Bucholtz, F. Br. v., Geschichte der Regierung Ferdinands I. 8 tomos y uno de documentos. Viena, 1831-1838.
- Bullarium Diplomatum et Privilegiorum Summorum Romanorum Pontificum. Taurinensis editio, locupletior facta collectione novissima plurium Brevium, Epistolarum, Decretorum Actorumque S. Sedis. Tomo VI. Turín, 1860. Tomo VII. Nápoles, 1882.
- Burckhardt, J., Geschichte der Renaissance in Italien. Con ilustraciones. Stuttgart, 1868. 5.^a edición. Esslingen, 1912.
- Burckhardt, J., Die Kultur der Renaissance in Italien. 2 tomos, 10.^a edición. Revisada por L. Geiger. Leipzig, 1908.
- Burnet, G., The History of the Reformation. 7 tomos. Londres, 1865.
- Buschbell, G., Reformation und Inquisition in Italien um die Mitte des 16. Jahrhunderts. Paderborn, 1910.
- Calenzio, Generoso, Documenti inediti e nuovi lavori letterarii sul Concilio di Trento. Roma, 1874.
- Cambridge Modern History. Tomo III: The Wars of Religion. Cambridge, 1904.
- Cancellieri, Fr., Storia dei solenni Possessi dei Sommi Pontefici detti anticamente processi o processioni dopo la loro coronazione dalla basilica Vaticana alla Lateranense. Roma, 1802.
- Canisii, Beati Petri, Epistolae et Acta. Collegit et adnotationibus illustravit Otto Braunsberger S. J. Tomos I a V. Friburgo de Brisgovia, 1896-1910.
- Cantù, G., Gli Eretici d'Italia. 3 tomos. Turín, 1864-1866.
- Carcereri, Luigi, Giovanni Grimani Patriarca d'Aquileia imputato di eresia e assolto dal Concilio di Trento. Roma, 1907.
- Cardella, L., Memorie storiche de' cardinali della s. Romana chiesa. Tomo V. Roma, 1793.
- Caro, A., Lettere colla vita dell'autore scritta da A. F. Seghezzi. 3 tomos. Milán, 1807.
- Caruso, Giambatt., Discorso storico-apologetico della Monarchia di Sicilia p. p. G. M. Mira. Palermo, 1863.
- Cecchetti, B., La repubblica di Venezia e la corte di Roma nei rapporti della religione. 2 tomos. Venecia, 1874.
- Charrière, E., Négociations de la France dans le Levant. (Collect. des docum. inéd. pour l'hist. de France. Tomos I y II.) París, 1848.
- Chattard, Giov. Pietro, Nuova descrizione del Vaticano. Tomos I a III. Roma, 1762 a 1767.

- Ciaconius, Alph., *Vita et res gestae Pontificum Romanorum et S. R. E. Cardinalium...* ab August. Oldoino S. J. recognita. Tomo III. Roma, 1677.
- Cibrario, L., *Lettere di Santi, Papi, Principi, etc.* Turín, 1861.
- Clementi, F., *Il Carnevale Romano nelle cronache contemporanee.* Roma, 1899.
- Conclavi de' Pontefici Romani. Sin indicación de lugar, 1667.
- Condivi, A., *Das Leben des Michelangelo Buonarroti.* Traducido por primera vez al alemán por Rudolf Valdek. (Quellenberichte für Kunstgeschichte und Kunsttechnik des Mittelalters und der Renaissance, editadas por R. Eitelberger de Edelberg.) Viena, 1874.
- Constant, G., *Rapport sur une mission scientifique aux archives d'Autriche et d'Espagne.* (Nouv. Arch. des Missions scientif. et littér. Tomo XVIII.) París, 1910.
- Contarini, N., *Antichità di Roma.* Venecia, 1569.
- Coppi, A., *Discorso sopra le finanze di Roma nei secoli di mezzo.* Roma, 1847.
- Corpo diplomatico Portuguez... desde o seculo XVI, p. p. Luiz Augusto Rebello da Silva. Tomos VIII y IX. Lisboa, 1886 s.
- Correspondance de Babou de la Bourdaisière, évêque d'Angoulême. Reims, 1859.
- Correspondance du cardinal Granvelle, publ. p. Pouillet et Piot. 12 tomos. Bruselas, 1873-1896.
- Correspondencia de Felipe II con sus embajadores en la Corte de Inglaterra, 1558 a 1584. Tomos IV y V. (Colección de documentos inéditos para la historia de España. Tomos XCI y XCII.) Madrid, 1888.
- Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de S. Pío V, por D. L. Serrano. 3 tomos. Roma, 1914.
- Cramer, L., *La Seigneurie de Genève et la maison de Savoie de 1559 a 1603.* 2 tomos. Ginebra, 1912.
- Cupis, C. de, *Le vicende dell'agricoltura e della pastorizia nell'agro Romano e l'Annona di Roma.* Roma, 1911.
- Cyprianus, E., *Tabularium ecclesiae Romanae saeculi decimi sexti, in quo monumenta restituti calicis Eucharistici totiusque concilii Tridentini historiam mirifice illustrantia continentur.* Francfort y Leipzig, 1743.
- Daelli, G., *Carte Michelangiolesche inedite.* Milán, 1885.
- Degert, A., *Procès de huit évêques français suspects de Calvinisme: Revue des questions historiques.* Tomo LXXVI. París, 1904, páginas 61-108.
- Dejob, *L'influence du Concile de Trente sur la littérature et les beaux-arts.* París, 1884.
- Dembinski, B., *Wybór Piusa IV: Abhandlungen der Krakauer Akademie.* Tomo XX, Cracovia, 1887, págs. 190-304.
- Dembinski, B., *Rzym i Europa przed rozpoczęciem trzeciego okresu soboru trydenckiego.* Cracovia, 1891.

- Dengel, J., Geschichte des Palazzo di S. Marco, genannt Palazzo di Venezia. Tirada aparte de un capítulo de la publicación: Der Palazzo di Venezia in Rom. Leipzig, 1909.
- Depeschen, Venezianische, vom Kaiserhofe (Dispacci di Germania), publicados por la comisión de Historia de la Academia imperial de Ciencias. Tomos I a III, editados por Turba. Viena, 1889-1895.
- Desjardins, A., Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane. Documents recueillis par Giuseppe Canestrini. Tomo I ss. París, 1859 ss.
- Dierauer, Joh., Geschichte der Schweizerischen Eidgenossenschaft. Tomo III: 1516-1648. (Geschichte der europäischen Staaten, editada por A. H. L. Heeren, F. A. Uckert, W. v. Giesebrecht y K. Lamprecht. Tomo XXVI.) Gotha, 1907.
- Döllinger, J. J., Lehrbuch der Kirchengeschichte. 2 tomos, 1.^a parte, 2.^a edición. Ratisbona, 1843.
- Döllinger, J. J., Kirche und Kirchen, Papsttum und Kirchenstaat. Munich, 1861.
- Döllinger, J. J., Beiträge zur politischen, kirchlichen und Kulturgeschichte der sechs letzten Jahrhunderte. Tomos II y III. Ratisbona y Viena, 1863-1882.
- Döllinger, J. v., Ungedruckte Berichte und Tagebücher zur Geschichte des Konzils von Trient, publicado por J. v. D. 2 tomos. Nördlingen, 1876.
- Duhr, B., S. J., Jesuitenfabeln. Ein Beitrag zur Kulturgeschichte. 4.^a edición. Friburgo, 1904.
- Duhr, B., S. J., Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge im 16. Jahrh. Tomo I. Friburgo, 1907.
- Duruy, G., Le cardinal Carlo Carafa (1519-1561). Étude sur le pontificat de Paul IV. París, 1882.
- Eder, G., Die Reformvorschläge Kaiser Ferdinands I. auf dem Konzil von Trient. Münster, 1911.
- Egger, H., Römische Veduten. Handzeichnungen aus dem 15. bis 18. Jahrhundert. Con colaboración de la Academia imperial de Ciencias de Viena. Viena y Leipzig, 1911.
- Ehrenberg, H., Urkunden und Aktenstücke zur Geschichte der in der heutigen Provinz Posen vereinigten ehemals polnischen Landesteile. Leipzig, 1892.
- Ehrle, F., S. J., Roma prima di Sisto V. La pianta di Roma Du Pérac-Lafréry del 1577. Roma, 1908.
- Ehses, St., Concilium Tridentinum. Tomos IV, V y VIII. Friburgo de Brisgovia, 1904-1919.
- Ehses, St., Die letzte Berufung des Trienter Konzils durch Pius IV, 29 de noviembre de 1560. Tirada aparte de uno de los trabajos, que como homenaje a Jorge v. Hertling por sus setenta años de edad, ofreció el 31 de agosto de 1913, la Sociedad Görres para el cultivo de las Ciencias en la Alemania católica. Kempten, 1913.

- Ehses, St., Der Schlussakt des Konzils von Trient. (3. Vereinsschrift der Görres-Gesellschaft.) Colonia, 1914.
- Ehses, St., Ein päpstlicher Nuntius am Rhein vor 350 Jahren: Conferencias y memorias de la Sociedad Görres para el cultivo de las Ciencias en la Alemania católica. Colonia, 1917, páginas 39-44.
- Eichhorn, A., Der ermländische Bischof und Kardinal Stanislaus Hosius. 2 tomos. Maguncia, 1854-1855.
- Eisler, Alexander, Das Veto der katholischen Staaten bei der Papstwahl. Viena, 1907.
- Elkan, A., Philipp Marnix von St Adeligonde. Leipzig, 1910-1911.
- Epistolae PP. Paschasii Broëti, Claudii Jaji, Ioannis Codurii et Simonis Rodericii Societatis Iesu ex autographis vel originalibus exemplis potissimum depromptae. Madrid, 1903.
- Epistolae P. Alphonsi Salmeronis Societatis Iesu ex autographis vel originalibus exemplis potissimum depromptae a Patribus eiusdem Societatis nunc primum editae. Tomo I: 1536-1565; tomo II: 1565-1585. Madrid, 1906, 1907.
- Escher, Konrad, Barock und Klassizismus. Studien zur Geschichte der Architektur Roms. Leipzig [1910].
- Fantuzzi, Giov., Notizie degli Scrittori Bolognesi. 9 tomos. Bolonia, 1781-1794.
- Flamini, F., Il Cinquecento (Storia lett. d'Italia). Milán [1903].
- Fleming, David Hay, Mary Queen of Scots from her Birth to her Flight into England. Londres, 1897.
- Fontana, B., Renata di Francia, duchessa di Ferrara. 3 tomos. Roma, 1889-1894.
- Forbes-Leith, William, S. J., Narratives of Scottish Catholics under Mary Stuart and James VI. Now first printed from the original Manuscripts in the secret Archives of the Vatican and other Collections. Edimburgo, 1885.
- Forcella, V., Iscrizioni delle chiese e d'altri edifici di Roma dal secolo XI fino ai giorni nostri. 14 tomos. Roma, 1869-1885.
- Forneron, H., Histoire de Philippe II. Tomo I. París, 1881.
- Fouqueray, H., Histoire de la Compagnie de Jésus en France. Tomo I: Les origines et les premières luttres (1528-1575). París, 1910.
- Frere, W. H., The English Church in the Reigns of Elizabeth and James I (1558 a 1625). Londres, 1904.
- Friedberg, E., Die Grenzen zwischen Staat und Kirche und die Garantien gegen deren Verletzung. Historisch-dogmatische Studie. 3 partes. Tubinga, 1872.
- Friedländer, W., Das Kasino Pius' IV. Leipzig, 1912.
- Gachard, L. P., Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas. Tomo I. Bruselas, 1848.
- Gachard, L. P., Correspondance de Marguerite d'Autriche, duchesse de Parme, avec Philippe II. Tomo I. Bruselas, 1867.

- Gams, P. B., *Die Kirchengeschichte von Spanien*. 3 tomos, 2.^a parte (1492-1879). Ratisbona, 1879.
- Gamucci, B., di S. Gimignano, *Le antichità della città di Roma*. 2.^a edición corregida por T. Porcacchi. Venecia, 1569.
- Garampi, G., *Saggi di osservazioni sul valore delle antiche monete pontificie*. Con appendice di documenti (s. l. n. a.) [Roma, 1766].
- Gatticus, J. B., *Acta caeremonialia S. Romanae Ecclesiae ex mss. codicibus*. Tomo I. Roma, 1753.
- Gaudentius, P., *Beiträge zur Kirchengeschichte des 16. und 17. Jahrh. Bedeutung und Verdienste des Franziskaner-Ordens im Kampfe gegen den Protestantismus*. Tomo I. Bozen, 1880.
- Gaye, E. G., *Carteggio inedito d'artisti dei secoli XV, XVI e XVII*. 3 tomos. Florencia, 1840.
- Geymüller, H. v., *Michelangelo Buonarroti als Architekt. Nach neuen Quellen*. (Tomo VIII de la «Architektur der Renaissance in Toskana».) Munich, 1904.
- Giannone, P., *Istoria civile del regno di Napoli*. Ediz. accresciuta di note critiche etc. Tomo IV. Venecia, 1766.
- Giornale storico della letteratura Italiana* diretto e redatto da A. Graf, E. Novati, R. Renier. Tomo I ss. Roma-Turin-Florencia, 1883 ss.
- Giuliani, *Trento al tempo del Concilio*. (Tirada aparte de una memoria del Arch. Trentino.) Trento, 1888.
- Giussano, Giov. Pietro, *Vita di S. Carlo Borromeo*. Roma, 1610.
- Göller, Emil, *Die päpstliche Pönitentiaria von ihrem Ursprung bis zu ihrer Umgestaltung unter Pius V*. 2 tomos en cuatro partes. (Biblioteca del Instituto prusiano de Historia en Roma. Tomos III-IV, VII-VIII.) Roma, 1907, 1911.
- Gori, F., *Archivio storico, artistico, archeologico e letterario della città e provincia di Roma*. Tomos I-IV. Roma y Espoleto, 1875-1883.
- Gothein, E., *Ignatius von Loyola und die Gegenreformation*. Halle, 1895.
- Gothein, M., *Geschichte der Gartenkunst*. Tomo I. Jena, 1914.
- Gotti, A., *Vita di Michelangelo Buonarroti narrata con l'aiuto di nuovi documenti*. 2 tomos. Florencia, 1875.
- Götz, W., *Briefe und Akten zur Geschichte des 16. Jahrhunderts*. Tomo V: *Documentos para la historia del duque Alberto V y de la Liga de Landsberg, 1556-1598*. Munich, 1898.
- Grimm, H., *Leben Michelangelos*. 2 tomos. 5.^a edición. Berlín, 1879.
- Grisar, H., *Die Frage des päpstlichen Primates und des Ursprungs der bischöflichen Gewalt auf dem Tridentinum: Zeitschrift für kathol. Theologie* 1884, Innsbruck, págs. 453 s., 727 s.
- Grisar, H., *Iacobi Lainez disputationes Tridentinae*. 2 tomos. Oeniponte, 1884.
- Guettée, *Histoire de l'église de France*. Tomo VIII. París, 1853.
- Guglielmotti, Alb., *La guerra dei pirati dal 1500 al 1560*. 2 tomos. Florencia, 1876.

- Guglielmotti, Alb., Storia delle fortificazioni nella spiaggia Romana. Roma, 1880.
- Guhl, E., Künstlerbriefe. Zweite, vermehrte Aufl., von A. Rosenberg. Tomo I. Berlín, 1880.
- Guidus, Antonius, De obitu Pauli IV et conclavi cum electione Pii IV: Merkle, Conc. Trid. II, Friburgo de Brisgovia, 1911, págs. 605-632.
- Guillemin, J. J., Le cardinal [Charles] de Lorraine, son influence politique et religieuse au 16^e siècle [Reims], 1847.
- Gulik-Eubel, Hierarchia catholica medii aevi. Volumen tertium saeculum XVI ab anno 1503 complectens, inchoavit G. v. Gulik, absolvit C. Eubel. Monasterii, 1910.
- Hammer, J. v., Geschichte des osmanischen Reiches. Tomo III. Pest, 1828.
- Hansen, J., Rheinische Akten zur Geschichte des Jesuitenordens 1542-1582. (Publicaciones de la Sociedad informativa de la Historia renana, tomo XIV.) Bonn, 1896.
- Hauser, H., Les sources de l'histoire de France. Tomo II. París, 1909.
- Heidenhain, A., Die Unionspolitik Landgraf Philipps von Hessen 1557-1562. Halle, 1890.
- Helle, Ph., Die Konferenzen Morones mit Kaiser Ferdinand I (mayo, 1563) und ihre Einwirkung auf den Gang des Trienter Konzils. Bonn, 1911.
- Henner, K., Beiträge zur Organisation und Kompetenz der päpstlichen Ketzergerichte. Leipzig, 1890.
- Henry, P., Das Leben Johann Calvins, des grossen Reformators. Con utilización de documentos manuscritos. 3 tomos. Hamburgo, 1835, 1844.
- Hergenröther, J., Katholische Kirche und christlicher Staat in ihrer geschichtlichen Entwicklung und in Beziehung auf die Fragen der Gegenwart. Historisch-theologische Essays und zugleich ein Anti-Janus vindicatus. 2 partes. Friburgo, 1872.
- Herre, P., Papsttum und Papstwahl im Zeitalter Philipps II. Leipzig, 1907.
- Hilgers, J., S. J., Der Index der verbotenen Bücher. Friburgo, 1904.
- Hilliger, B., Die Wahl Pius' V. zum Papste. Leipzig, 1891.
- Hilliger, B., Katharina von Medici und die Zusammenkunft zu Bayonne (1565): Manual histórico, 6.^a serie, tomo XI. Leipzig, 1892, páginas 239-317.
- Hinojosa, R. de, Felipe II y el conclave de 1559. Madrid, 1889.
- Hinojosa, R. de, Los despachos de la diplomacia pontificia en España. Tomo I. Madrid, 1896.
- Hinschius, P., System des katholischen Kirchenrechts. Berlín, 1869 s.
- Hirn, J., Erzherzog Ferdinand II. von Tirol. Geschichte seiner Regierung und seiner Länder. Tomos I y II. Innsbruck, 1885, 1887.
- Holtzmann, R., Kaiser Maximilian II. bis zu seiner Thronbesteigung. Berlín, 1903.

- Hosack, John, *Mary Queen of Scots and her Accusers embracing a Narrative of events from the Death of James V in 1542 until the Death of the Regent Murray in 1570*. Edimburgo, 1869.
- Huber, A., *Geschichte Österreichs*. Tomo IV. Gotha, 1892.
- Hubert, F., *Vergerios publizistische Tätigkeit*. Gotinga, 1893.
- Hübner, A. v., *Papst Sixtus der Fünfte*. Publicado en alemán por el autor. 2 tomos. Leipzig, 1871.
- Hume, *Calendar of Letters, Despatches and State Papers, relating to the Negotiations between England and Spain, preserved principally in the Archives of Simancas*. Editado por Martin A. S. Hume. Tomo I (1558-1567). Londres, 1892.
- Jahrbuch, *Historisches, der Görres-Gesellschaft, redigiert von Hüffer, Gramich, Grauert, Pastor, Schnürer, Kampers, Wyman und König*. Tomos I a XXXIX. Münster y Munich, 1880-1919.
- Janssen, J., *Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalters*. Tomos I a III, 19 y 20 edición, preparada por L. v. Pastor. Friburgo, 1913-1917.
- Jorga, N., *Geschichte des osmanischen Reiches nach den Quellen dargestellt*. Tomo III. Gotha, 1910.
- Karttunen, L., *Antonio Possevino*. Lausana, 1908.
- Kassowitz, J. B., *Die Reformvorschläge Kaiser Ferdinands I. auf dem Konzil von Trient*. Viena, 1906.
- Katholik, *Der. Zeitschrift für kathol. Wissenschaft und kirchliches Leben*. Año 1 ss. Estrasburgo y Maguncia, 1820-1919.
- Kervyn de Lettenhove, *Relations politiques des Pays-Bas et de l'Angleterre*. Tomo II (26 de agosto de 1559—22 de abril de 1562), Bruselas, 1883; tomo III (28 de abril de 1562—13 de marzo de 1564), Bruselas, 1883; tomo IV (25 de marzo de 1564—2 de septiembre de 1567), Bruselas, 1885.
- Kirchenlexikon oder Enzyklopädie der kathol. Theologie und ihrer Hilfswissenschaften, publicado por H. J. Wetzer y B. Welte. Friburgo, 1847-1856. 2.^a edición, empezada por Joseph Kard. Hergenröther y continuada por F. Kaulen. 12 tomos. Friburgo, 1882-1901.
- Gluckhohn, A., *Briefe Friedrichs des Frommen, Kurfürsten von der Pfalz, mit verwandten Aktenstücken gesammelt und bearbeitet (1559-1576)*. 2 tomos. Brunswick. 1868, 1872.
- Knöpfler, A., *Die Kelchbewegung in Bayern unter Herzog Albrecht V. Ein Beitrag zur Reformationsgeschichte des 16. Jahrh. Obra compuesta utilizando documentos de los archivos*. Munich, 1891.
- Korzeniowski, J., *Excerpta ex libris manuscriptis Archivii Consist. Romani MCCCCIX—MDXC... collecta*. Cracovia, 1890.
- Kraus, Fr. X., *Geschichte der christlichen Kunst*. 2 tomos, 2.^a parte, 2.^a mitad, continuada y publicada por J. Sauer. Friburgo, 1908.
- Kretzschmar, Joh., *Die Invasionsprojekte der katholischen Mächte gegen England zur Zeit Elisabeths*. Leipzig, 1892.
- Kröss, J., *Kaiser Ferdinand I. und seine Reformationsvorschläge auf*

- dem Konzil von Trient: Zeitschrift für kathol. Theologie 1903, Innsbruck, págs. 455 ss., 621 ss.
- Labanoff, Prince Alexandre, *Lettres, Instructions et Mémoires de Marie Stuart, reine d'Écosse, publiés sur les originaux et les manuscrits du State Paper Office de Londres et des principales archives et bibliothèques de l'Europe*. Tomos I a VII. Londres, 1844 ss.
- Lacomblet, Th. J., *Urkundenbuch für die Geschichte des Niederrheins*. Tomo IV. Düsseldorf, 1858.
- Laderchi, J., *Annales ecclesiastici*. Tomos XXXV a XXXVII. Bari Ducis, 1881-1883.
- Lagomarsini, véase Pogiani.
- Lämmer, H., *Zur Kirchengeschichte des 16. und 17. Jahrhunderts*. Friburgo, 1863.
- Laemmer, H., *Meletematum Romanorum mantissa*. Ratisbona, 1875.
- Lanciani, R., *Storia degli scavi di Roma*. Tomos I a IV. Roma, 1902-1910.
- Lanciani, R., *The golden Days of the Renaissance in Rome*. Londres, 1907.
- Lauchert, F., *Die italienischen literarischen Gegner Luthers*. Friburgo, 1912.
- Laugwitz, Bartholomäus Carranza, Erzbischof von Toledo. Kempten, 1870.
- Lavissee, E., *Histoire de France*. Tomo VI, por Jean H. Mariéjol. París, 1904.
- Le Bret, Joh. Friedr., *Staatsgeschichte der Republik Venedig*. 2.^a parte, sección II. Riga, 1775.
- Legazioni di A. Serristori, ambasciatore di Cosimo I a Carlo V e in corte di Roma, con note di G. Canestrini, pubbl. dal conte Luigi Serristori. Florencia, 1853.
- Le Plat, I., *Monumentorum ad historiam concilii Tridentini illustrandam spectantium amplissima collectio*. 7 tomos. Lovaina, 1781-1787.
- Letarouilly, P., *Le Vatican et la basilique de St. Pierre de Rome*. Monographie compl. par A. Simil. París, 1878-1882.
- Lettere de' principi. 3 tomos. 3.^a edición. Venecia, 1570-1577.
- Lettres de Catherine de Médicis, publ. par La Ferrière et Baguenault de Puchesse. Tomo IV s. París, 1891 s.
- Leva, Gius. de, Giovanni Grimani Patriarca d'Aquileja. (Atti del R. Istituto Veneto di scienze, lettere ed arti, 5.^a serie, tomo VII.) Venecia, 1881.
- Lingard, John, *A History of England from the first Invasion by the Romans*. Tomos VII y VIII. Londres, 1838.
- Literaturblatt, Theologisches. Con la colaboración de la Facultad de Teología católica y de varios especialistas, publicada por el doctor F. H. Reusch. Años I a XII. Bonn, 1866-1877.
- Litta, P., *Famiglie celebri Italiane*. Disp. 1-183. Milán y Turín, 1819-1881.

Lossen, véase Masius.

Löwe, Die Stellung des Kaisers Ferdinand I. zum Trienter Konzil vom Oktober 1561 bis Mai 1562 (Disertación). Bonn, 1887.

Mackowsky, H., Michelagnuolo. Berlín, 1908.

Maffei, Vita di S. Pio V. Roma, 1712.

Manareus, Oliverius, S. J., De rebus Societatis Iesu Commentarius. Florencia, 1886. Impreso como manuscrito. No se puso a la venta.

Manfroni, C., Storia della Marina Italiana dalla caduta di Constantinopoli alla battaglia di Lepanto. Roma, 1897.

Manutius, P., Epistolae. Venecia, 1573.

Marcks, E., Die Zusammenkunft von Bayonne. Das französische Staatsleben und Spanien in den Jahren 1563-1567. Estrasburgo, 1889.

Marcks, E., Gaspard von Coligny. Sein Leben und das Frankreich seiner Zeit. Tomo I. Stuttgart, 1892.

Marini, G., Degli archiatri pontifici. Tomos I y II. Roma, 1748.

Martène, Ed., et Durand, Urs., Veterum scriptorum et monumentorum historicorum, dogmaticorum, moralium amplissima collectio. 9 tomos. París, 1724 ss.

Masius, Andreas, Briefe des A. M. und seiner Freunde (1538-1573), publicadas por Lossen. Leipzig, 1886.

Massarelli, Angeli, Diarium septimum: Merkle, Conc. Trid. II, Friburgo de Brisgovia, 1911, págs. 245-363.

Maurenbrecher, W., Archivalische Beiträge zur Geschichte des Jahres 1563. Leipzig, 1889.

Mayer, Joh. Georg, Das Konzil von Trient und die Gegenreformation in der Schweiz. 2 tomos. Stans, 1901, 1903.

Mazzuchelli, G. M., Gli scrittori d'Italia. 2 tomos. Brescia, 1753 s.

Meaux, de, Les luttes religieuses en France en XVI^e siècle. París, 1879.

Meister, A., Die Geheimschrift im Dienste der päpstlichen Kurie von ihren Anfängen bis zum Ende des 16. Jahrh. (Documentos e investigaciones de carácter histórico, tomo XI). Paderborn, 1906.

Mélanges d'archéologie et d'histoire. (École française de Rome.) 1 ss. París, 1881 ss.

Mendoça, D. Pedro González de, Lo sucedido en el concilio de Trento: Merkle, Conc. Trid. II, Friburgo de Brisgovia, 1911, págs. 633-721.

Mergentheim, Leo, Die Quinquennalfakultäten pro foro externo. 2 tomos. Stuttgart, 1908.

Merki, Ch., L'amiral de Coligny. La maison de Châtillon et la révolte protestante 1519-1572. París, 1909.

Merkle, S., Concilii Tridentini Diariorum Pars I et II. Collegit, edidit, illustravit S. M. Friburgo de Brisgovia, 1901, 1911.

Merlet, L., Le cardinal de Châtillon. París, 1884.

Meyer, Arnold Oskar, England und die katholische Kirche unter Elisabeth und den Stuarts. Tomo I: England und die katholische Kirche unter Elisabeth. Roma, 1911.

- Mignet, Histoire de Marie Stuart. Tomos I y II. París, 1851, nueva edición, 1885.
- Mitteilungen des Instituts für österreichische Geschichtsforschung. Tomo I ss. Innsbruck, 1880 ss.
- Mocénigo, Luigi, Relazione di Roma 1560: Albèri, II, 4, Florencia, 1857, páginas 23-64.
- Monumenta Ignatiana ex autographis vel ex antiquioribus exemplis collecta. Series I: Sancti Ignatii de Loyola Societatis Iesu fundatoris Epistolae et Instructiones. 12 tomos. Madrid, 1903-1911.—Series IV: Scripta de Sancto Ignatio de Loyola Societatis Iesu fundatore. Tomo I. Madrid, 1904.
- Moran, Francis, Spicilegium Ossoriense, being a Collection of original Letters and Papers illustrative of the History of the Irish Church from the Reformation to the Year 1800. Tomo I. Dublín, 1874.
- Moroni, G., Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica da S. Pietro sino ai nostri giorni. 109 tomos. Venecia, 1840-1879.
- Müller, Th., Das Konklave Pius' IV. 1559. Disertación histórica. Gotha, 1889.
- Müntz, E., Histoire de l'art pendant la Renaissance. I. Italie. 3 tomos. París, 1889 a 1895.
- Musotti, Filippo, Sommario del Concilio Tridentino publicado por Dollinger, Berichte und Tagebücher II, Nördlingen, 1876, páginas 1-50.
- Nadal, H., S. J., Epistolae ab anno 1546 ad 1577 nunc primum editae et illustratae a Patribus eiusdem Societatis. 4 tomos. Madrid, 1898-1905.
- Narducci, H., Catalogus codicum manuscriptorum in Bibliotheca Angelica. Roma, 1893.
- Neher, St. J., Kirchliche Geographie und Statistik. 2 tomos. Ratisbona, 1864.
- Nolhac, P. de, La Bibliothèque de F. Orsini. (Bibl. de l'école des hautes études.) París, 1887.
- Novaes, G. de, Storia de' pontefici. Tomo VII. Roma, 1822.
- Nuntiaturberichte aus Deutschland nebst ergänzenden Aktenstücken. Compuesto por W. Friedensburg, por encargo del Real Instituto Prusiano de Roma. Tomos I-VI y VIII-X. Gotha, 1892-1908.
- Opitz, Theodor, Maria Stuart. Nach den neuesten Forschungen dargestellt. 2 tomos. Friburgo, 1879.
- Orano, Domenico, Liberi pensatori bruciati in Roma dal XVI al XVIII secolo (da documenti inediti dell'Archivio di Stato di Roma). Roma, 1904.
- Pagliucchi, P., I Castellani del Castel S. Angelo di Roma. Con documenti inediti relativi alla storia della Mole Adriana tolti dall'Archivio Segreto Vaticano e da altri archivi. Volume primo, Parte seconda: I Castellani Vescovi (1464 a 1566). Roma, 1909.
- Palandri, E. P., Les Négociations politiques et religieuses entre la

- Toscane et la France à l'époque de Cosme I et de Catherine de Médicis (1544-1580) d'après les documents des archives de l'État à Florence et à Paris. París, 1908.
- Pallavicini, Sf., *Istoria del Concilio di Trento*. 3 tomos. Roma, 1664.
- Panvinus, O., *De creatione Pii IV papae*: Merkle, Conc. Trid. II. Friburgo de Brisgovia, 1911, págs. 575-601.
- Paris, L., *Négociations, lettres et pièces diverses relatives au règne de François II*. París, 1841.
- Pastor, L. v., *Allgemeine Dekrete der Römischen Inquisition aus den Jahren 1555 bis 1597*. Publicados por primera vez por L. v. P. según el protocolo notarial del Santo Oficio. Friburgo, 1912.
- Paulus, N., *Hexenwahn und Hexenprozess vornehmlich im 16. Jahrh.* Friburgo, 1910.
- Petramellarius, Io. Ant., *Ad librum O. Panvini de summis pontif. et S. R. E. cardinalibus a Paulo IV ad Clementis VIII annum pontificatus octavum Continuatio*. Bononiae, 1599.
- Petrucelli della Gattina, F., *Histoire diplomatique des Conclaves*. Tomo II. París, 1864.
- Philippson, M., *Philipp II. von Spanien und das Papsttum*: *Revista de Historia*, 1878, Munich, págs. 269-315, 419-457.
- Philippson, M., *Histoire du règne de Marie Stuart*. 2 tomos. París, 1891.
- Philippson, M., *Westeuropa im Zeitalter Philipps II., Elisabeths und Heinrichs IV.* Berlín, 1882.
- Phillips, Georg, *Kirchenrecht*. Tomos I-VII, Ratisbona, 1845-1872; t. VIII, parte I, por F. H. Vering. Ratisbona, 1889.
- Picot, *Essai historique sur l'influence de la religion en France pendant le XVII^e siècle*. Tomo I. Lovaina, 1824.
- Pierling, P., *La Russie et le Saint-Siège*. Tomo I. París, 1896.
- Pto IV e Felipe II 1563-1564. (Colección de libros españoles raros y curiosos, t. XX.) Madrid, 1891.
- Piot, véase *Correspondance du card. Granvelle*.
- Pirenne, H., *Geschichte Belgiens*. Tomo III: 1477-1567. Gotha, 1907.
- Planck, G. J., *Anecdota ad historiam concilii Tridentini pertinentia*. 26 fascículos. Gotinga, 1791-1818.
- Platzhoff, W., *Die Theorie von der Mordbefugnis der Obrigkeit im 16. Jahrh.* (Historische Studien, cuaderno 54.) Berlín, 1906.
- Plon, Leone Leoni. París, 1886.
- Pogiani, Iulii, *Sunensis epistolae et orationes olim collectae ab Antonio Maria Gratiano, nunc ab Hieronymo Lagomarsinio e Soc. Iesu adnotationibus illustratae ac primum editae*. T. II-IV. Roma, 1762-1768.
- Polenz, G. v., *Geschichte des französischen Calvinismus*. Tomos II y III. Gotha, 1859 s.
- Pollen, John Hungerford, S. J., *Papal Negotiations with Mary Queen of Scots during her Reign in Scotland, 1561-1567*. Según documentos originales de los Archivos del Vaticano y otros varios. (Publicaciones de la Scottish History Society. Tomo XXXVII.) Edimburgo, 1901.

- Portioli, Attilio, *Lettere inedite di Bernardo Tasso*. Mantua, 1871.
- Poulet, véase *Correspondance du card. Granvelle*.
- Prat, J. M., *Maldonat et l'université de Paris au XVI^e siècle*. Paris, 1856.
- Prescott, W. H., *History of the Reign of Philip the second King of Spain*. 3 tomos. Leipzig, 1856-1859.
- Psalmæus, Nicol., *Fragmenta de concilio Tridentino*: Merkle, Conc. Trid. II. Friburgo de Brisgovia, 1911, págs. 721-881.
- Quartalschrift, Römische, für christliche Altertumskunde und für Kirchengeschichte. Herausg. von A. de Waal, H. Finke und St. Ehses. Año 1 ss. Roma, 1887 ss.
- Quartalschrift, Tübinger Theologische. Año 1 ss. Tubinga, 1819 ss.
- Quellen und Forschungen aus italienischen Bibliotheken und Archiven. Publicado por el Instituto prusiano de Historia. Tomo I ss. Roma, 1898 ss.
- Ranke, L. v., *Französische Geschichte vornehmlich im 16. und 17. Jahrh.* Un tomo, 2.^a edición. Stuttgart, 1856.
- Ranke, L. v., *Englische Geschichte*. Tomo I. Berlín, 1859.
- Ranke, L. v., *Die römischen Päpste in den letzten vier Jahrhunderten*. 3 tomos, 8.^a edición. Leipzig, 1885.
- Raynald, O., *Annales ecclesiastici. Accedunt notae chronologicae, criticae, etc., auctore I. D. Mansi*. Tomos XIV y XV. Lucae, 1755-1756.
- Real-Enzyklopädie für protest. Theologie und Kirche. Fundada y publicada por J. J. Herzog. 23 tomos. 3.^a edición de A. Hauck. Leipzig, 1896-1909.
- Reimann, E., *Unterhandlungen Ferdinands I. und Pius' IV. über das Konzil im Jahre 1560 und 1561: Forschungen zur deutschen Geschichte*. Tomo VI. Gotinga, 1866, págs. 585-626.
- Reimann, E., *Die Sendung des Nuntius Commendone nach Deutschland im Jahre 1561: Forschungen zur deutschen Geschichte*. Tomo VII, Gotinga, 1867, págs. 228-280.
- Reinhardt-Steffens, *Die Nuntiatur von Giovanni Francesco Bonhomini, 1579-1581. Introducción: Estudios históricos de la Suiza católica en tiempo de San Carlos Borromeo. De Heinrich Reinhardt, continuados y publicados después de la muerte del autor por Franz Steffens*. Solothurn, 1910.—*Documentos*. Tomo I: Documentos de la época anterior a la nunciatura 1570-1579, las relaciones de nunciatura de Bonhomini y su correspondencia con San Carlos Borromeo en el año 1579, por Franz Steffens y Heinrich Reinhardt. (Relaciones de la nunciatura suiza desde el concilio de Trento, 1.^a parte.) Solothurn, 1906.
- Relacye, *Nuncyuszów Apostolskich i innych osób o Polsce od roku 1548 do 1690*, ed. E. Rykaczewski. Tomo I. Berlín-Poznan, 1864.
- Renazzi, F. M., *Storia dell'università degli studi di Roma, detta la Sapienza*. 2 tomos. Roma, 1803-1804.
- Reumont, A. v., *Die Carafa von Maddaloni*. Tomo I. Berlín, 1851.

- Reumont, A. v., *Beiträge zur italienischen Geschichte*. 6 tomos. Berlín, 1853-1857.
- Reumont, A. v., *Geschichte der Stadt Rom*. Tomo III. Berlín, 1870.
- Reumont, A. v., *Geschichte Toskanas*. 1.^a parte. Gotha, 1876.
- Reusch, H., *Der Index der verbotenen Bücher*. 2 tomos. Bonn, 1883-1885.
- Revue historique*. Tomo I ss. París, 1876 ss.
- Revue des questions historiques*. Livraison I ss. París, 1866 ss.
- Ribier, G., *Lettres et Mémoires d'Estat, des roys, princes, ambassadeurs et autres ministres sous les règnes de François I, Henri II et François II*. 2 tomos. París, 1666.
- Ricci, C., *Geschichte der Kunst in Nord-Italien*. Traducido al alemán por L. Pollack. Stuttgart, 1911.
- Rieger, P., und Vogelstein, H., *Geschichte der Juden in Rom*. 2 tomos. Berlín, 1895 a 1896.
- Riess, L., *Die Politik Pauls IV. und seiner Nepoten. Eine weltgeschichtliche Krisis des 16. Jahrh.* (Historische Studien, cuaderno 67.) Berlín, 1909.
- Riezler, S., *Geschichte Bayerns*. Tomo IV. Gotha, 1899.
- Ripoll-Brémond, *Bullarium ordinis Praedicatorum*. Tomo V. Roma, 1733.
- Ritter, M., *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Gegenreformation und des Dreissigjährigen Krieges (1555-1648)*. Tomo I: 1555-1586. Stuttgart, 1889.
- Rocchi, E., *Le piante iconografiche e prospettive di Roma del secolo XVI colla riproduzione degli studi originali autografi di A. da Sangallo il Giovane per le fortificazioni di Roma, dei mandati di pagamento e di altri documenti inediti relativi alle suddette fortificazioni*. Turín-Roma, 1902.
- Rodocanachi, E., *Le Saint-Siège et les juifs. Le Ghetto à Rome*. París, 1891.
- Rodocanachi, E., *Les Institutions communales de Rome sous la Papauté*. París, 1901.
- Rodocanachi, E., *Le Capitole Romain antique et moderne*. París, 1904.
- Rodocanachi, E., *Le château Saint-Ange*. París, 1909.
- Rohault de Fleury, *Le Latran au moyen-âge. Monographie récompensée de la 1^{re} médaille à l'exposition des beaux-arts*. París, 1877. (Un tomo de texto y un atlas.)
- Rosi, M., *La riforma religiosa e l'Italia nel secolo XVI. Nota storica*. Catania, 1892.
- Rosi, M., *La riforma religiosa in Liguria e l'eretico umbro Bartolomeo Bartoccio. Ricerche storiche condotte dall'apparire dell'eresia in Liguria nella prima metà del secolo XVI all'anno 1569. (Estratto dagli Atti della Società Ligure di storia patria. Tomo XXIV.)* Génova, 1894.
- Ruble, A. de, Antoine de Bourbon et Jeanne d'Albret. 4 tomos. París, 1897 ss.

- Rundschau, Literarische. Tomos I-V, Aquisgrán, 1875-1879; tomo VI ss. Friburgo, 1880 ss.
- Saftien, K., Die Verhandlungen Kaiser Ferdinands I. mit Papst Pius IV. über die fakultative Einführung des Laienkelches in einzelnen Teilen des deutschen Reiches. Gotinga, 1890.
- Sägmüller, J. B., Die Papstwahlbulen und das staatliche Recht der Exklusive. Tübinga, 1892.
- Sala, A., Documenti circa la vita e le gesta di S. Carlo Borromeo. 3 tomos. Milán, 1857-1861.
- Sala, A., Biografia di S. Carlo Borromeo con corredo di dissertazioni. Milán, 1858.
- Salmerón, véase Epistolae P. Alphonsi Salmeronis.
- San Carlo Borromeo nel terzo centenario della canonizzazione M.DC.X—M.CM.X. Periodico mensile, pubblicato dal Novembre 1908 al Dicembre 1910.
- Santori, G. A., cardinale di S. Severino, Autobiografia, ed. G. Cugnoni: Archivio della R. Società Romana di storia patria. Tomo XII. Roma, 1889, pág. 329 ss.
- Sarpi [Pietro Soave Polano], Historia del concilio Tridentino. 4.^a ed. Génova, 1660.
- Schäfer, H., Geschichte Portugals. 5 tomos. Hamburgo, 1836-1854.
- Schelhorn, J. G., Ergötzlichkeiten aus der Kirchenhistorie und Literatur. 3 tomos. Ulm y Leipzig, 1762-1764.
- Schiemann, Th., Russland, Polen und Livland bis zum 17. Jahrhundert. Tomo II. Berlín, 1886.
- Schmid, J., Die deutsche Kaiser- und Königswahl und die römische Kurie in den Jahren 1538-1620. (Anuario histórico de la Sociedad Görres, tomo VI.) Munich, 1885.
- Segesser, A. Ph. v., Ludwig Pfyffer und seine Zeit. Ein Stück französischer und schweizerischer Geschichte im 16. Jahrhundert. 2 tomos. Berna, 1880, 1881.
- Sentis, F. J., Die «Monarchia Sicula». Eine historisch-kanonistische Untersuchung. Friburgo, 1869.
- Serafini, C., Le Monete e le bulle plumbee pontificie del Medagliere Vaticano. Tomo I. Roma, 1910.
- Serristori, véase Legazioni.
- Sickel, Th., Zur Geschichte des Konzils von Trient. Documentos de los Archivos austriacos. Viena, 1872.
- Sickel, Th. v., Römische Berichte. I-V: Sitzungsberichte der Wiener Akademie der Wissenschaften. Tomos CXXXIII, CXXXVI, CXLI, CXLIII y CXLIV. Viena, 1893, 1896, 1899, 1900, 1901.
- Sismondi, S., Geschichte der italienischen Freistaaten im Mittelalter. Traducido del francés. 16 tomos. Zurich, 1824.
- Skibniewski, St. L. Corvin v., Geschichte des Römischen Katechismus. Roma-Ratisbona, 1903.

- Soldan, M. G., *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*. Tomo I. Leipzig, 1855.
- Soranzo, Giacomo, *Relazione di Roma 1565*: Albèri II 4, Florencia, 1857, págs. 129 a 160.
- Soranzo, Girolamo, *Relazione di Roma 1563*: Albèri II 4, Florencia, 1857, págs. 67-120.
- Spicilegio Vaticano di documenti inediti e rari estratti dagli archivi e dalla bibl. della Sede Apost. Tomo I. Roma, 1890.
- Spillmann, Joseph, S. J., *Die englischen Martyrer unter Heinrich VIII. und Elisabeth (1535-1583)*. 2.^a parte: *Die Blutzengen unter Elisabeth bis 1583*. 2.^a edición. Friburgo, 1900.
- Steinherz, S., *Nuntiaturberichte aus Deutschland*. 2.^a parte: 1560-1572. Tomos I, II y IV. Viena, 1897, 1903, 1914.
- Steinherz, S., *Briefe des Prager Erzbischofs Anton Brus von Müglitz 1562-1563*. Publicadas por S. St. Praga, 1907.
- Steinmann, E., *Die Porträtdarstellungen des Michelangelo*. Leipzig, 1913.
- Stevenson, J., *Calendar of State Papers. Foreign Series. Elizabeth 1558-1565*. Tomos I-VII. Londres, 1863-1870.
- Stimmen aus Maria-Laach. Tomo I ss. Friburgo, 1871 ss.
- Studi e documenti di storia e diritto. Pubblicazione periodica dell'Accademia di conferenze storico-giuridiche. Año I ss. Roma, 1880 ss.
- Susta, J., *Pius IV pred pontifikáten a na počátku pontifikátu*. Praga, 1900.
- Susta, J., *Die römische Kurie und das Konzil von Trient unter Pius IV*. 4 tomos. Viena, 1904-1914.
- Swoboda, H., *Das Konzil von Trient, sein Schauplatz, Verlauf und Ertrag*. Festschrift. Viena, 1912.
- Sylvain, *Histoire de St. Charles Borromée, card. et archev. de Milan*. 3 tomos. Milán, 1884.
- Synopsis Actorum S. Sedis in causa Societatis Iesu. 1540-1605. Florencia, 1887. (Impreso como manuscrito, no está en venta.)
- Tacchi Venturi, P., *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*. Tomo I. Roma, 1909.
- Taja, Agostino, *Descrizione del Palazzo Apostolico Vaticano*. Opera postuma... revista ed accresciuta. Roma, 1750.
- Theiner, A., *Schweden und seine Stellung zum Heiligen Stuhl unter Johann III., Sigmund III. und Karl IX*. 2 tomos. Augsburg, 1838.
- Theiner, A., *Vetera Monumenta Poloniae et Lithuaniae gentiumque finitimarum historiam illustrantia maximam partem nondum edita ex tabulariis Vaticanis deprompta, collecta ac serie chronologica disposita ab A. Th.* Tomo II. Roma, 1861.
- Theiner, A., *Acta genuina Concilii Tridentini*. 2 tomos. Agram, 1874.
- Thode, H., *Michelangelo und das Ende der Renaissance*. 5 tomos. Berlin, 1902-1908.

- Thompson, J. W., *The Wars of Religion in France 1559-1576*. Chicago, 1909.
- Tiepolo, Paolo, *Relazione da Roma in tempo di Pio IV e di Pio V 1569: Albèri II 4, Florencia, 1857, págs. 169-196*.
- Tiraboschi, G., *Storia della letteratura italiana*. 10 tomos. Módena, 1772 ss.
- Titi, Filippo, *Descrizione delle pitture, sculture e architetture esposte al pubblico in Roma. Opera cominciata dall'abate F. Titi... con l'aggiunta di quanto è stato fatto di nuovo fino all'anno presente*. Roma, 1763.
- Tomassetti, Giuseppe, *La Campagna Romana antica, medioevale e moderna*. Tomos I y II. Roma, 1910.
- Törne, P. O. v., *Ptolémée Gallio Cardinal de Côme. Étude sur la Cour de Rome, sur la secrétairerie Pontificale et sur la politique des Papes au XVI^e siècle*. (Tesis de Helsingfors.) Helsingfors, 1907.
- Trésal, J., *Les origines du schisme Anglican (1509-1571)*. París, 1908.
- Turba, véase Depeschen, Venezianische.
- Turgenjew, Alex., *Historica Russiae Monumenta*. 2 tomos. San Petersburgo, 1841.—Supplem. San Petersburgo, 1848.
- Übersberger, H., *Österreich und Russland seit dem Ende des 15. Jahrhunderts*. Obra compuesta a impulso del príncipe Francisco de Liechtenstein. Tomo I: 1488-1606. Viena, 1906.
- Vaissette, *Histoire de Languedoc*. Tomo V. París, 1745.
- Vassari, G., *Le vite de' più eccellenti pittori, scultori ed architettori*. Nueva edic. de G. Milanese. Florencia, 1878 ss.
- Venuti, R., *Numismata Romanorum Pontificum a Martino V ad Benedictum XIV*. Roma, 1744.
- Verga, Ettore, *Il municipio di Milano e l'inquisizione di Spagna, 1563*. (Tirada aparte de un artículo del Archivo storico Lombardo, año XXIV, fasc. 15.) Milán, 1897.
- Vertot, *Histoire des chevaliers hospitaliers de St. Jean de Jérusalem*. 5 tomos. París, 1727.
- Voss, W., *Die Verhandlungen Pius' IV. mit den katholischen Mächten über die Neuberufung des Tridentiner Konzils im Jahre 1560* (Disertación). Leipzig, 1887.
- Wahrmund, L., *Das Ausschliessungsrecht (ius exclusivae) bei den Papstwahlen*. Viena, 1889.
- Wiedemann, Th., *Geschichte der Reformation und Gegenreformation im Lande unter der Enns*. 4 tomos. Praga, 1879-1884.
- Wotschke, *Geschichte der Reformation in Polen*. Leipzig, 1911.
- Wymann, Eduard, *Kardinal Karl Borromeo in seinen Beziehungen zur alten Eidgenossenschaft*. Stans, 1910.
- Zakrzewski, *Powstanie i wzrost reformacyi w Polsce*, Lipsk, 1870, 260 s.
- Zaleski, K. St., *Jesuici w Polsce*. Tomos I y IV. Lwów, 1900-1905.

- Zeitschrift, Historische, herausg. von H. v. Sybel u. a. Tomo I ss.
Munich-Leipzig, 1859 ss.
- Zeitschrift für katholische Theologie. Tomos I-XLIV. Innsbruck,
1877-1920.
- Zeitschrift für Kirchengeschichte, publicado por Brieger. Tomo I ss.
Gotha, 1877 ss.
- Zinkeisen, J. M., Geschichte des osmanischen Reiches in Europa.
3 partes. Gotha, 1840 ss.
-

INTRODUCCIÓN

La renovación de la vida eclesiástica, como en tiempo de Gregorio VII, así también en el siglo xvi, salió de las mismas entrañas de la Iglesia; pero por diferente manera que en el siglo xi, el primer impulso no procedió del papado ni de la jerarquía, sino de hombres particulares llenos del espíritu de Dios, los cuales ateniéndose rigurosamente a los dogmas de la antigua fe y con absoluta obediencia a la legítima autoridad de la Iglesia, trabajaron con encendido celo e incansable actividad y energía primero en su propia santificación, y sólo después en un radical mejoramiento de sus contemporáneos. A la verdad los conatos de reforma sólo podían alcanzar firmeza y extensión por toda la Iglesia, a condición de que la Sede Apostólica los tomara por su cuenta. Esta mudanza, preparada por los grandes Papas Farnese y Carafa, se efectuó bajo Pío IV y S. Pío V.

Los cimientos de una reformatión católica fueron diseñados por el concilio de Trento, el cual, aun a las verdades dogmáticas dió entera luz y claridad. La terminación de este concilio fué obra de *Pío IV*. A pesar de las mayores dificultades, consiguió volver a abrir la asamblea universal de la Iglesia, en la cual estaba cifrada la principal esperanza de todos los fieles, en medio de la grande apostasía de Roma (1). Con incansable paciencia insistió en reanudar dicha asamblea, la dirigió con grande sabiduría en los aprietos de dentro y de fuera, continuamente repetidos, hasta que finalmente la llevó a feliz acabamiento. Prudente y moderado, limitó también de nuevo la Inquisición a su propia esfera de actividad, y muy presto restableció las relaciones diplomáticas con la corte imperial, rotas por su impetuoso predecesor.

(1) Cf. el tratado **De consolatione ecclesiae*, compuesto en tiempo de Pío IV, que se halla en el *Archivio Graziani de Città di Castello*, Istruzioni, I, 102.

Por medio de la confirmación de las resoluciones del concilio, por el establecimiento de una congregación especial que debía velar por la ejecución de sus decretos, así como por la continuación de importantes empresas, como la nueva redacción del Índice, la edición de un Catecismo, y la reforma de los principales libros litúrgicos, Pío IV, aun cuando personalmente se inclinó hacia una tendencia más mundana, demostró su comprensión de las incumbrencias de la Iglesia y adquirió un mérito duradero respecto de la restauración católica. Confirmando los decretos del concilio, dió fuerza de ley a cada una de las disposiciones reformatorias; velando sobre su ejecución, hizo que se convirtiera en hecho la ley escrita, y comenzó así la renovación de la vida eclesiástica.

De esta manera se mostró la Sede Apostólica como base y amparo de la renovación de la Iglesia, aun bajo un Papa que padeció muchos personales defectos. Sin su intervención toda la reforma tridentina hubiera quedado reducida a la misma condición en que se hallaban los decretos de los anteriores períodos del concilio al volverse éste a abrir en el año 1562: todavía continuaban aguardando su ejecución, por cuanto no habían sido aún confirmados por la Santa Sede (1).

Con mayor buen suceso que su predecesor, Pío IV continuó también la transformación de la curia romana, la reforma de sus tribunales y establecimientos de enseñanza. A la verdad tuvo influencia decisiva en ello el haber estado al lado del Papa como consejero, su sobrino y secretario de Estado S. Carlos Borromeo, que junto con S. Cayetano de Tiene, S. Ignacio de Loyola y San Felipe Neri, encarnaba el espíritu de la reforma católica en su expresión más pura.

* * *

La ejecución de los decretos del concilio y la supresión de los múltiples abusos que se habían arraigado profundamente durante

(1) Los prelados reunidos en Trento se quejan en 1562, non havendo anco quel che si decretò intorno alla riforma [en los años de 1546 y 1547] qualunque si fosse conseguito effecto alcuno (carta de los legados, de 9 de abril de 1562, publicada por Susta, Curia, II, 79). El Papa respondió que no había que maravillarse de ello, y que los Padres del Concilio sabían por sí mismos, che i concilii che non sono finiti nè approbati dai papi, non obbligano altrui ad osservargli, nè S. S.^{ta} poteva sforzargli (ibidem, 111).

la época del Renacimiento, no podían ser, naturalmente, obra de un solo pontificado. Por eso fué de extraordinarias consecuencias el haber llegado a la Sede de Pedro con S. Pío V (1566-1572), el hombre a propósito para llevar al cabo el plan de reforma del concilio de Trento y para despertar una vida nueva en todas las partes de la cristiandad católica. Por medio de él, el papado se hizo director y sustentador de la reforma católica. Lleno de ardiente celo por la pureza de la fe y de las costumbres, inflexible y severo hasta el extremo cuando se trataba de los asuntos espirituales y los derechos de la Iglesia, este hijo de Sto. Domingo no conocía ni el temor ni los respetos mundanos. Sin las faltas y debilidades de Paulo IV, coincidió, sin embargo, con él en tantos puntos, que los partidarios de aquél en Roma pudieron anunciar llenos de alegría a los países extranjeros, que el Papa teatino había revivido (1). Su gozo estaba enteramente justificado. Lo propio que Paulo IV, el cual con férrea severidad había quebrantado los abusos inveterados y al parecer incorregibles, S. Pío V acometió animosamente la difícil obra reformatoria y le consagró con inmovible firmeza todas sus fuerzas y todo su santo celo.

La semejanza espiritual con Paulo IV, al cual S. Pío V miraba en muchos respectos como padre (2), no se mostró menos en la manera como cumplió su incumbencia de guardar el tesoro dogmático de la Iglesia y protegerlo contra los acometimientos de los novadores en materia de religión. Los medios para esto utilizados respondieron enteramente al carácter de una época, en la cual se emplearon la fuerza y la violencia para combatir los movimientos espirituales. La severidad de los procedimientos parecía impuesta con tanto más razón, cuanto todavía continuaba creciendo el embravecido oleaje de las novedades religiosas. En la nueva forma del protestantismo fundada por Calvino y que se extendía más y más constantemente, se presentaba un enemigo que era todavía mucho más peligroso, más consciente de sus designios y más consecuente consigo mismo que el luteranismo, el cual se envaraba y desgarraba en interiores contiendas. El calvinismo con su rígida organización, su doctrina dura, sus inci-

(1) Santori, Autobiografía, XIII, 379.

(2) V. la carta al rey de Portugal D. Sebastián, de 27 de octubre de 1567, en Laderchi, *Annales eccl.*, 1567, n. 17.

taciones a aniquilar a sangre y fuego a los católicos (1) y su arte de proselitismo, acrecentó hasta lo sumo el prurito acometedor del protestantismo contra la antigua Iglesia; por él se formó al mismo tiempo un movimiento internacional, de suerte que Ginebra pareció una segunda Roma, Calvino, un nuevo Papa, que se correspondía con los altos y los bajos en toda Europa. En Alemania y en Escandinavia el protestantismo de forma luterana había obtenido ya una firme base. Por tanto, el calvinismo se arrojó con toda violencia sobre la Europa occidental, para aniquilar enteramente a la Iglesia católica al otro lado de los Alpes. Entonces fueron enredados en las novedades religiosas cada día más, junto con los germanos, los neolatinos y asimismo los eslavos y magiares, y fueron llevados al campo de batalla contra el papado. Simultáneamente nació en Inglaterra una tercera forma principal del protestantismo, la Iglesia episcopal del Estado. Los novadores religiosos sólo estaban concordes en la completa opresión y extirpación del culto católico, cuyo ejercicio se castigó en muchos sitios aun con la muerte, principalmente en Inglaterra, Irlanda, Escocia, Dinamarca y Suecia.

Así los católicos luchaban directamente por su propia conservación, cuando empleaban todos los medios para alejar la penetración del protestantismo, o expulsarlo de donde había ya penetrado. S. Pío V, que se opuso con todo su poder a los nuevos enemigos de la Iglesia, no vió el éxito del encarnizado combate.

Mientras en el seno de la cristiandad ardía la más violenta lucha, amenazaba del exterior el mayor peligro por parte de un tenaz enemigo del nombre cristiano: el Islam. Es un título de especial gloria para el pontificado, el que también entonces, a pesar de los mayores apuros, volviese a su tradición antigua de ser el custodio y amparo de la cristiandad y de su cultura contra el riesgo que por la parte del Oriente las amenazaba.

Aun durante la época del Renacimiento, la Santa Sede había

(1) Calvino, en sus esfuerzos por oprimir a la Iglesia católica aun en países extranjeros, exhortó repetidas veces a dar muerte con la espada a los que permaneciesen fieles a la antigua fe. Además de los pasajes citados por Paulus en su libro «Protestantismo y tolerancia en el siglo xvi» (Friburgo, 1911), pág. 250, véase también la carta dirigida a Inglaterra, en el Corp. Ref., XLI, 81, en la que se lee: todos los católicos que no querían renunciar a su superstición, merentur gladio ultore coerceri, cum non in regem tantum insurgant, sed in Deum ipsum.

mantenido la idea de las cruzadas contra las acometidas de los otomanos cada vez más amenazadoras, y en relación a sus fuerzas materiales, había hecho más para rechazar al terrible enemigo, que ninguna otra potencia de Europa (1). Desde Nicolás V hasta Paulo III los más de los Papas estuvieron en primera fila, cuando se trató de defender a la cristiandad y la civilización occidental contra el Islam. La Santa Sede fué autora y sostenedora de todas las alianzas enderezadas contra los turcos (2). Todos los esfuerzos para poner en movimiento a la cristiandad en orden a una empresa común contra los infieles, hallaron en ella un firme punto de apoyo. Aun durante la tormenta de la escisión religiosa, Paulo III llevó al cabo una liga entre el emperador y Venecia en 1538, para repeler el peligro de los turcos. Sólo cuando la república de S. Marcos, poderosa en el mar, ajustó en 1540 sus paces con la Puerta, también los Romanos Pontífices dejaron en segundo lugar la idea de la cruzada, en vista de las otras graves solicitudes de índole política y religiosa (3).

Un cuarto de siglo transcurrió ahora sin que se realizara un intento para una acción común de los Estados cristianos contra el enemigo de Levante. Pero aun en este tiempo España y los malteses hallaron valioso apoyo en la Santa Sede en su resistencia contra el avance de los turcos en el Mediterráneo. Pío IV tomó parte en la feliz empresa que rechazó de Malta el peligroso acometimiento de los otomanos en 1565. S. Pío V, a pesar de su edad, empenó con juvenil ardor todas sus fuerzas para lograr la victoria de la cruz sobre la media luna (4). Mientras el gobierno francés mantenía sus antiguas relaciones amistosas con la Sublime Puerta, y la reina de Inglaterra Isabel entraba en negociaciones con los infieles por causa del comercio y para combatir juntamente con ellos contra la católica España, en medio de la Europa,

(1) Cf. nuestros datos del vol. I, 462-465; II, 252-295, 296 ss., 348-386, 387 ss., 422-440; III, 65-68, 92 ss., 300 ss., 324 ss.; IV, 74 ss., 159 ss., 197 ss., 204-207, 256-260, 302 ss.; V, 297 ss.; VI, 29 ss., 199 s.; VII, 203-236; IX, 124-176; X, 112-138.

(2) Juicio de Herre, Política europea en la guerra de Chipre, I, Leipzig, 1902, 30.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XI, 264.

(4) «Aunque el Papa fuese veneciano de nación, no podría hacer más», juzgaba Facchinetti, nuncio en Venecia, en su relación de 28 de octubre de 1570, publicada por Valensise, Il vescovo di Nicastro poi Papa Innocenzo IX, Nicastro, 1898, 88.

resquebrajada por rivalidades políticas y contiendas religiosas, él sólo tuvo ante los ojos el gran designio de proteger al Occidente y su civilización contra el Islam (1). Como su proceder político-eclesiástico recuerda muchas veces la época de la edad media, así no menos sus esfuerzos por la cruzada, a los que se entregó con aquel encendido celo que en otro tiempo había armado a los pueblos de Europa para la liberación del Santo Sepulcro. Por muy grandes que fueran los obstáculos, no desfalleció; asimismo fué su constante anhelo realizar el ensueño de Pío II, y finalmente le fué concedido obtener un brillante éxito. Después de haber vencido indecibles dificultades, unió elementos tan opuestos como el rey de España y la república de San Marcos para una grande y común empresa contra los turcos, y con esto se hizo el salvador de la cristiandad. La gloriosa jornada de Lepanto, que preservó el sur de Europa de la inundación del islamismo, libró el hermoso Mediterráneo de verse trocado en un mar turco, y dió principio a la decadencia de la escuadra otomana hasta entonces considerada como invencible, fué obra suya.

El júbilo con que el mundo occidental recibió la noticia de la inmensa derrota del temido enemigo de la civilización cristiana, repercutió en el papado, tan violentamente combatido y ultrajado por los novadores religiosos (2).

Aunque son tan grandes los merecimientos de San Pío V respecto al alejamiento del peligro turco—pues le aseguran para siempre un puesto de honor entre los Papas,—con todo eso, la verdadera significación de su pontificado se halla en el terreno de los asuntos interiores de la Iglesia. Importantísimos hechos, como el Catecismo Romano, la corrección del Breviario y del Misal y la Congregación del Índice, se hallan indisolublemente enlazados con su nombre. Pero ante todo resplandece él con majestuosa grandeza como reformador de la vida eclesiástica. Con razón se ha calificado de inmensa la influencia que ejerció como tal así a su alrededor como a lo lejos, en sus contemporáneos y en el desenvolvimiento de la Iglesia (3).

(1) V. E. Pears en la *Engl. Hist. Review*, 1893, n.º 31, pág. 439 s.

(2) Ejemplos de semejantes ultrajes en tiempo de S. Pío V, pueden verse en Janssen-Pastor, VI ^{15.16}, 45 s. Cf. también *Katholik*, 1887, II, 59.

(3) Juzgan acordes de este modo Ranke, *Los Papas*, I, 234 y Müntz, *Hist. de l' Art pendant la Renaissance*, III, París, 1895, 242.

Lo que los espíritus mejores y más nobles habían anhelado y suplicado desde fines de la edad media: la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros, fué por él planteado con voluntad de hierro, que no retrocedió por dificultad ninguna, y con santo celo. En todas partes donde era menester, puso mano en la reforma, en Alemania como en Suiza, en Francia como en Polonia, pero ante todo en la misma Roma. Sus decretos son más numerosos y variados que los mismos de Paulo IV. Reformáronse la corte pontificia y toda la curia; la Penitenciaría fué del todo transformada, el nepotismo suprimido. El Colegio Cardenalicio, el episcopado, el clero secular, las Órdenes religiosas así de varones como de mujeres, y no menos la clase laical, experimentaron con qué energía tomaba a pechos la reforma el anciano Papa.

Quien valiéndose de las fuentes investiga el pontificado de San Pío V, llega al juicio de que este Papa fué uno de aquellos grandes espíritus, para quienes la propia persona no es nada, y eslo todo la causa a que sirven. La soberanía temporal ocupaba en él un lugar secundario respecto del cargo de supremo Jefe de la Iglesia. La renovación de todos los fieles en Cristo fué el único fin que pretendió; toda política mundana le fué extraña, no tenía en el corazón otra cosa sino la salud de las almas. Hacía resaltar siempre de nuevo, que se sentía responsable ante Dios de todas las almas del mundo entero, y que por eso debía poner la mira únicamente en la reducción de los que erraban, a la verdad, en la conversión de los pecadores y la renovación del clero (1).

Por semejante manera que en los grandes Papas del tiempo más brillante de la edad media, así también asimismo en S. Pío V se muestra el sublime espectáculo de que el sucesor de S. Pedro, en los sacudimientos de las exteriores tormentas, con la misma fidelidad cuida del bien eterno de los nuevos convertidos en remotos países, que de los católicos oprimidos en las más diversas regiones de Europa. Infatigablemente envía a los obispos, así del mundo antiguo como del nuevo, palabras apostólicas de exhortación y aliento, reparte consuelo a los misioneros, hasta a los de la remota Abisinia, y cuida de los moros recientemente convertidos en España, así como de las necesidades de los orientales. Su caridad pastoral abraza sin distinción a todos los pueblos de Europa:

(1) V. la carta de S. Pío V a Felipe II, de 8 de enero de 1567, en la *Corresp. dipl.*, ed. Serrano, Madrid, 1914, II, 7.

neolatinos, germanos y eslavos. Como guardia nunca fatigado, desde la altura de la sede de Pedro abarca con su mirada el universo mundo. Ninguna cosa de importancia escapa a su atención. Donde percibe una desviación de la doctrina o de la disciplina eclesiástica, interviene previniendo y castigando, aplicando en todas partes la más rigurosa medida. Animosamente combate también cualquier violación de la inmunidad eclesiástica. Estima en alto grado a Felipe II como columna de la Iglesia; pero esto no le impide el oponerse a la absorbente política eclesiástica de este monarca consciente de su autoridad. Aun con sus más fieles y mejores colaboradores en la reforma y restauración, sabe hacer valer su voluntad y su posición. Cuando la legislación de la Compañía de Jesús le parece no conformarse enteramente con la doctrina de Santo Tomás, interviene con resolución y modifica lo que habían permitido sus predecesores. El capuchino Pistoya, que por otra parte goza con él de mucho crédito, ha de sentir amargamente su atrevimiento en permitirse presentar al Papa un escrito sobre cosas que no le competen (1). Libre de toda predilección por personas o instituciones, exento de pasajeros afectos y de toda pasión desordenada, juzga de todas las cosas solamente conforme a la regla de la doctrina eclesiástica y del derecho canónico. En todas sus acciones parece por decirlo así como la encarnación del espíritu católico. Unicamente a la protección de la antigua fe consagra las rentas de la Sede Apostólica, que tantos Papas del Renacimiento habían empleado para enriquecer a sus familias o pretender fines temporales. En todo está en oposición con la época de los Róvere, Borja y Médicis, exteriormente brillante, pero poco eclesiástica. Con su vida sencilla y mortificada, este santo Pontífice parece como que expía todas las faltas que aquellos habían cometido.

Con razón S. Pedro Canisio señaló como una especial gracia de la divina Providencia el haber sido enviado en socorro de la Iglesia, en Pío V, un varón que defendió la fe con santo empeño y procuró renovar la cristiandad con encendido celo (2). Como supremo

(1) Suspendióle las licencias de decir misa y predicar, non li parendo conveniente, che questi ch' hanno cura delle cose spirituali, vogliono ancora governare le temporalì. * Avviso di Roma de 14 de junio de 1570, Urb., 1041, pág. 290^b, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Canisii Epist., V, 197. Cf. Braunsberger, S. Pío V, Friburgo, 1912, 32.

pastor cuyos esfuerzos todos estuvieron encaminados más allá de las cosas temporales, a los bienes imperecederos de la eternidad, abrió la serie de aquellos Papas piadosos y enérgicos, dignos de toda veneración, que condujeron de victoria en victoria la reformation y restauración católica. Mucho de lo que obtuvieron sus sucesores Gregorio XIII y Sixto V, tuvo su origen en sus gloriosos hechos.

Pío IV
(1559 - 1565)

I. El conclave de 1559

Las salvajes explosiones de la furia popular, entre las que Paulo IV cerró sus ojos el 18 de agosto de 1559, habían alcanzado su punto culminante y su fin en las agitadas escenas del día 20. La estatua del molesto reformador de las costumbres yacía hecha pedazos, las armas de los Carafas habían sido arrancadas de todas partes, las cárceles del edificio devastado de la Inquisición estaban vacías (1). En la mañana del 21 la ira del pueblo parecía calmada y restablecida la tranquilidad en Roma.

(1) V. mis indicaciones del vol. XIV, 354 s.—Es extraordinariamente abundante el *material auténtico* que hay sobre la vacancia de la Sede Apostólica y el conclave de Pío IV. Vienen principalmente en consideración: 1) El diario de *Ludovicus Bondonus de Branchis Firmanus* (publicado por Merkle, II, 518-531), el cual estuvo presente en el conclave, como maestro de ceremonias (Merkle, cx). 2) *Antonius Guidus*, De obitu Pauli IV et conclavi cum electione Pii IV (Merkle, II, 605-632). Guido se halló en el conclave, probablemente como conclavista del cardenal Gonzaga (ibid., cxxxv). Cf. también Susta, Pius IV, 165-166. 3) *Onuphrius Panvinus*, De creatione Pii IV papae (Merkle, II, 575-601). Panvinio no entró en el conclave hasta el 24 de diciembre de 1559 (ibid., cxxvi, 577), y por tanto sólo fué testigo ocular de los últimos sucesos. De una segunda redacción de Panvinio sobre el conclave, da Merkle extractos en las notas, pág. 332 ss. 4) Las *listas de escrutinios*, reunidas por Panvinio, que se hallan en la *Biblioteca pública de Munich* (v. el número 1 del apéndice).

Júntanse a esto las *relaciones y correspondencias diplomáticas* sumamente numerosas. 1) Las relaciones del embajador *español*, Francisco de Vargas, a Felipe II, desde el 27 de septiembre hasta el 29 de diciembre de 1559, publicadas por Döllinger, Documentos, I, 265-328. Otras fuentes de Simancas, utilizadas por Müller, Conclave de Pío IV, e Hinojosa, Felipe II y el conclave de 1559, Madrid, 1889. 2) Relaciones *francesas*, publicadas por Ribier, II, 824-842. Cf. la relación de nn cardenal francés, citada por Ruble (Le traité de Cateau-Cambrésis, París, 1889, 100 s.). 3) Las correspondencias de los archivos de los duques de *Florenia y Ferrara* (Módena), aprovechadas por Petrucelli, II, 119-170, y por Susta, Pius IV, 123 ss. 4) Extractos de la correspondencia entre *Fernando I* y su embajador en Roma, Francisco de Thurm, que se hallan

Pero tampoco ahora faltaron menos tumultuosas manifestaciones contra los odiados Carafas. Ascanio della Corgna, que se había tenido que huir a causa del enojo de Paulo IV (1), el 21 de agosto regresó de su destierro y pudo recorrer como un príncipe las calles de Roma. Marco Antonio Colonna, que había sido declarado rebelde por el difunto Papa y condenado a perder sus dominios en favor de Juan Carafa (2), se presentó de nuevo asimismo el 21 en la Ciudad Eterna. El pueblo le salió al encuentro y le recibió con muestras de la mayor alegría. Sus anteriores posesiones las había Colonna recobrado a excepción de Paliano; con todo, el día 22 aseguró en presencia de los cardenales, que quería acomodarse a las órdenes y disposiciones del Papa futuro (3).

También el supremo senado de la Iglesia puso de manifiesto con bastante claridad, que no en todo tenía un mismo sentir con

en Sickel, Konzil, 1-14, en S. Brunner en los Estudios y comunicaciones de las Órdenes benedictina y cisterciense, VI, 2 (1885), 173-178, 387-399, y en Wahrmund, Derecho de exclusión, 82-86, 257-265. 5) Una **carta a la duquesa de Urbino*, compuesta probablemente por el confesor del cardenal Julio della Róvere (Vat., 7039, *Biblioteca Vaticana* y *Biblioteca palatina de Viena*, 6012), y utilizada por primera vez por Dembinski (pág. 292). 6) Las **relaciones de los agentes mantuanos*, existentes en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, de las que se ha sacado provecho por primera vez en la presente narración.

La importancia del largo conclave resalta también claramente en el gran número de las monografías a él dedicadas. Hay que citar aquí en primer lugar el trabajo de *Dembinski*, Wybór Piusa IV, compuesto en lengua polaca, que se apoya en documentos tomados de los archivos de Florencia, Viena y Roma, el cual ha sido publicado en las Disertaciones de la Academia de Cracovia, XX (1887), 190-304; ha sido desconocido de todos los alemanes que han tratado sobre este conclave. Es muy sólido y sustancial el libro de *Müller*, El conclave de Pío IV en 1559, Gotha, 1889; con todo, este autor tampoco conoce la obra de Dembinski. En cambio, ésta ha sido utilizada en la monografía, por extremo valiosa, de *Susta* (Pius IV), escrita en checo, en la que se dedica un largo capítulo (págs. 100-152) a la sede vacante y al conclave. Desgraciadamente no se ha tenido a la vista a Susta en ninguno de los posteriores escritos sobre el conclave. De éstos hay que citar: Ruble, loco citado (en muchos puntos insuficiente; v. Ancel, Disgrâce, 66; Dembinski, Rzym, I, 237 s.); Wahrmund, Derecho de exclusión, 77-88; Sägmüller, Bulas sobre la elección de Papa, 46-109; Herre, El papado y las elecciones de Papa, 33-64; Eisler, El veto en la elección de Papa, 52 s.; Riess, Política de Paulo IV, 379-398.

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 119, 147.

(2) Cf. nuestra narración del vol. XIV, 91 s., 101, 109 s., 124, 142, 147.

(3) Panvinus en Merkle, II, 335, nota 2. Massarelli, *ibid.*, 336. Guidus, *ibid.*, 608. **Relación de G. Aldrovandi*, fechada en Roma, a 23 de agosto de 1559, *Archivo público de Bolonia*.

el difunto Pontífice. Según un acuerdo tomado por mayoría del Sacro Colegio, el 21 de agosto, el cardenal Morone fué sacado del calabozo del castillo de Santángelo con grandísima satisfacción de toda la corte (1); contra la disposición de Paulo IV (2), obtuvo de nuevo también voz pasiva para el futuro conclave (3). De otra suerte procedieron los cardenales respecto de Alfonso Carafa; éste, a quien su tío había nombrado regente de la Cámara Apostólica, y como tal, había puesto al lado del cardenal camarlengo con iguales derechos, para el tiempo de la vacante de la Sede pontificia (4), no pudo valerse de estos derechos. Al primer intento de ello tropezó con la resuelta resistencia del cardenal camarlengo Sforza, la cual fué aprobada por el Sacro Colegio (5). Sforza, vehemente adversario de los Carafas, fué también quien, el 23 de agosto, leyó ante los cardenales congregados una carta de Ascanio della Corgna, llena de amargas quejas contra el difunto Papa y sus nepotes (6); según parece, no se levantó ninguna voz en favor del recién fallecido.

El odio contra los Carafas obtuvo nuevo pábulo cuando, precisamente en aquellos días, se extendió la noticia de los horrorosos sucesos, cuyo teatro había sido la familia del duque de Paliano. Juan Carafa había quitado la vida con su propia mano, dándole veintisiete puñaladas, a un presunto amante de su esposa, por efecto de una confesión arrancada por el tormento. El 29 de agosto asimismo la infeliz esposa siguió en la muerte a su presunto seductor; fué estrangulada por su propio hermano y otro pariente, a pesar de hallarse encinta. El pueblo romano vió en esta tragedia de familia un castigo de Dios contra el duque, el

(1) Esto lo pone de realce G. Aldrovandi en su relación de 23 de agosto poco antes citada.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 260.

(3) Bondonus, 518. Panvinus en Merkle, II, 334, nota. Según Massarelli, 334, Morone habría sido puesto en libertad el 20 de agosto. Pero esto es inexacto. En el código de la *Biblioteca del Seminario de Foligno*, cuya importancia se ha puesto de manifiesto con nuestras explicaciones del vol. XIV, 398 ss., al margen del dictamen de A. Massa, pág. 115, hay la noticia de que die lunae 21 Augusti secundum hanc informationem se decretó la liberación de Morone, y se puso al punto por obra. De los cardenales, trece estuvieron en favor de la liberación y once en contra (Panvinus, 334); entre los adversarios por razones de formalidades estaba Púteo; v. Susta, Pius IV, 112, nota 2.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 188.

(5) Guidus, 607. Massarelli, 336.

(6) Panvinus en Merkle, II, 335, nota 2.

cual había tenido tan poco respeto al honor de las mujeres (1).

En tales circunstancias un discurso que Ascanio della Corgna pronunció el 30 de agosto en el Capitolio contra los Carafas (2), hubo de producir doble impresión. Al día siguiente, 31 de agosto, el pueblo declaró por un decreto a todos los Carafas privados del derecho de la ciudadanía romana, a excepción de ambos cardenales, y en presencia del antes omnipotente Carlos Carafa, solicitó del Colegio Cardenalicio la licencia de poder arrojar al duque de Paliano, Juan Carafa, con su familia, de sus ciudades de Gallese y Soriano y de todo el Estado de la Iglesia (3).

Los cardenales oyeron con disgusto la arrogante demanda. Cuando el 1.º de septiembre Pirro Taro, conservador de la ciudad, volvió a comparecer con los representantes del pueblo, para obtener la respuesta solicitada, el cardenal Carpi, en lugar del ausente decano Du Bellay, les dirigió una severa reprensión por los excesos que se habían cometido, prohibió al pueblo cualquiera procedimiento arbitrario y exhortó con palabras paternales a la tranquilidad y solicitud por el bien público. Taro en su contestación procuró excusar al pueblo extendiéndose acerca de las cargas de la guerra y los tributos durante el último pontificado y las extralimitaciones de los Carafas (4). Ya antes el Colegio Cardenalicio se había puesto al lado de éstos, cuando el conde Juan Francisco Bagno trató de recobrar la pequeña ciudad de Montebello, de que Paulo IV le había privado en favor de Antonio Carafa; pues el 26 de agosto prohibieron los cardenales al duque de Florencia prestar apoyo alguno al conde Bagno (5). Esto no obstante, todos los favores y hostilidades de que eran objeto los Carafas, apenas podían ser de momento respecto del hecho, de que Carlos Carafa, por decreto del Colegio Cardenalicio, fué llamado del destierro y volvió a ejercer todos los derechos de cardenal. Ya sólo por esta causa, considerado el gran número de sus partida-

(1) Cf. * *Avviso di Roma*, fechado el 12 de agosto de 1559, Urb., 1038, página 69^b, *Biblioteca Vaticana*. Véanse abajo en el capítulo III más pormenores sobre el suceso.

(2) Panvinus en Merkle, II, 337.

(3) Guidus, 609. * *Relación de Camilo Capilupi*, fechada en Roma, el 2 de septiembre de 1559, *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(4) Guidus, 610. * *Relación de C. Capilupi*, de 2 de septiembre de 1559, *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(5) Guidus, 609.

rios, había de convencerse de notable engaño la predicción del embajador francés en Venecia, de que el cardenal Carafa no desempeñaría ningún papel importante en el futuro conclave (1).

La disposición del derecho canónico de que, después de la muerte del Papa, debían comenzar en seguida las exequias de nueve días, y el décimo se había de dar principio al conclave, no se observó tampoco esta vez rigurosamente. Hasta el 23 de agosto no comenzaron los oficios solemnes por el descanso del alma de Paulo IV; con pausas en los domingos y días festivos que ocurrieron (2), duraron hasta el 4 de septiembre. Al día siguiente, después de la misa del Espíritu Santo y de la exhortación acostumbrada, que pronunció esta vez el conocido humanista Julio Pogiano (3), se dirigieron los cardenales al Vaticano para el conclave (4). A la verdad nadie sospechaba que había de durar tres meses y veintidós días.

Todavía antes de terminarse las solemnidades de las exequias, habían llegado a la Ciudad Eterna muchos de los cardenales que moraban fuera (5), de tal manera que en la mañana del 5 de septiembre pudieron entrar en el conclave treinta y cinco electores, y por la tarde del mismo día aun otros cinco (6); Armagnac y Capizuchi se quedaron por entonces en la ciudad por hallarse enfermos (7). También después del comienzo de las negociaciones para la elección, llegaron todavía algunos cardenales a Roma. El número primero de los 40 electores subió con esto a 47 hasta

(1) Francisco de Noailles al cardenal de Lorena, en 1.º de agosto de 1559. Ribier, II, 825.

(2) en los días 25, 27, 29 de agosto, y 3 de septiembre (Panvinus, 336 ss.). Un pago para Michele Greco Luchese pittore per pitture per le esequie di Paolo IV está registrado al 21 de agosto en *Conto delli Olgiati depositarii de denari spesi in sede vacante di Paolo IV. *Archivo público de Roma*.

(3) Bondonns, 518. Este discurso está impreso en Pogiani Epistulae, I, 310 s.

(4) V. el plano del conclave (impresión contemporánea de A. Blado) en el *Archivo secreto pontificio*, XI, 122 (también en el *Archivo público de Florencia*, C. Strozzi, I, 229; v. Susta, Pius IV, 116).

(5) El 18 de agosto Carlos Carafa, el 21 Corgna, el 24 du Bellay y Crispi, el 25 Alejandro Farnese y Simoncelli, el 28 Róvere, el 29 Cicada, Inocencio del Monte, Gaddi, Armagnac, el 30 Mercurio (Mamertino; cf. Merkle, II, 628, 38), Cristóbal del Monte, Madruzzo, Este y el 31 Gonzaga; en día desconocido Lenoncourt y Capodiferro. Panvinus en Merkle, II, 335-337.

(6) Cueva, Médicis, Cristóbal del Monte, Ricci y Capodiferro. Panvinus, loc. cit., 339, nota.

(7) Ibid.

el 28 de septiembre (1); hasta el 12 de octubre bajó a 44 por efecto de enfermedades (2), pero volvió a subir a 48 hasta el 31 (3). El 1.º de diciembre murió Capodiferro, el 4 Dandino; el 13 y 19 se retiraron a la ciudad por prescripción médica Du Bellay y Saraceni (4). Por consiguiente, sólo 44 electores tomaron parte en la votación definitiva. Siete cardenales permanecieron enteramente alejados del conclave. Fueron éstos, además del español Mendoza y del príncipe portugués Enrique, los cinco franceses De Givry, Vendôme, Odet de Châtillon, Meudón, que murió en noviembre, y Carlos de Lorena, que con su hermano Francisco ejercía la regencia por ser el rey de menor edad. El cardenal Consiglieri había fallecido el 25 de agosto (5).

Con el fin de mantener el orden público, el 23 de agosto, fueron designados 400 hombres para proteger el Capitolio y a los magistrados, y el 24, otros 3000 infantes y 300 jinetes para velar por la ciudad (6).

Ya mucho antes del comienzo del conclave, de las más diversas partes se había puesto la atención en la futura elección pontificia. Paulo IV había intentado cerrar el camino a la suprema dignidad, señaladamente a dos cardenales: a Morone, que gozaba de gran crédito y autoridad, pero, según el parecer del Papa, era sospechoso en materia de fe; y al cardenal Este, rico y experimentado en todas las artes diplomáticas, pero enteramente indigno. En sus decretos sobre la elección pontificia Paulo IV había tenido ante todo delante de los ojos a estos dos cardenales (7), y cuando mandó poner preso a Morone y desterrar a Este (8), no fué lo que menos le movió, el temor de que uno de ellos pudiera llegar a la Sede pontificia (9). Este le era odioso a causa de sus conatos simoníacos por

(1) El 7 de septiembre entró en el conclave Armagnac, el 8 Tournón, el 11 Truchsess, el 14 Strozzi y Guisa, el 18 Ranuccio Farnese y el 28 Capizuchi. Bondonus, 519 ss.

(2) El 29 de septiembre sale del conclave Armagnac, el 2 de octubre Capizuchi y el 12 Simoncelli. Bondonus, 519 ss.

(3) Por la llegada de Bertrand eu 25 de octubre, y la vuelta de Simoncelli, Armagnac y Capizuchi en 20, 30 y 31 de octubre. Bondonus, 524 ss.

(4) Ibid., 526 ss. Capodiferro murió en el conclave, y Dandino, que había salido de allí el 1.º de diciembre, en la ciudad.

(5) Massarelli, 335. Bondonus, 518.

(6) Guidus, 609.

(7) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 191 s.

(8) Ibid., 93, 170.

(9) Ibid., 191, 251, 260 ss.

alcanzar la tiara. Ya en el conclave de que él mismo salió Papa, acometió una vez con palabras violentas al cardenal de Ferrara como a otro Simón Mago (1), y en el segundo aniversario de su elección, amonestó a los cardenales que dejaran a Dios hacer al Papa, y no a uno que tuviera en el bolsillo órdenes de pago de 100000 y 200000 escudos, y pudiera conferir prebendas por valor de 50000 y 60000 escudos, como aquel Simón Mago a quien todos ellos conocían (2). Sin embargo de eso, todavía en vida de Paulo IV, su propio sobrino el cardenal Carafa trabajaba por la elevación de Este, confiando en el apoyo de los franceses (3).

El cardenal de Ferrara ya en tres elecciones pontificias había sido el candidato de Francia (4), y debía serlo después de la muerte de Paulo IV tanto más cuanto estaba emparentado con los hombres que dirigían el Estado francés, los Guisas (5). También él mismo se esforzaba con todo ardor por conseguir la dignidad pontificia, aun cuando no tenía probabilidad ninguna por su evidente indignidad (6). Su inagotable riqueza, el favor de los príncipes, el brillo de su ilustre familia, le ayudaban en sus conatos no menos que sus cualidades personales: pues, según Guido, tenía una terrible vigilancia, una constancia que llegaba a lo increíble, y además una afabilidad extraordinaria por cuyo medio se ganaba a todos (7). Para no contrariar sus propias esperanzas, supo disponer las cosas de manera, que fueran propuestos como candidatos tales cardenales de cuya elección no había probabilidad ninguna, y que, al contrario, aquellos que gozaban del favor de muchos, quedaran olvidados. Tuvo una gran parte de culpa en la prolija duración del conclave.

(1) Panvinius en Merkle, II, 268, col. 1.

(2) Navagero en 29 de mayo de 1557, en Brown, VI, 2, n. 907, pág. 1123 s.; cf. Navagero en 20 de marzo de 1557, *ibid.*, VI, 3, App., n. 159, pág. 1659.

(3) Navagero en 30 de mayo de 1556, en Brown, IV, I, n. 500.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIII, 44; XIV, 10, 54 s.

(5) Cf. Lettres de Catherine de Médicis, I, 123 s.

(6) *La notte seguente [17 de septiembre] Ferrara cominciò a esser dietro alle sue pratiche gagliardamente et per tutto il giorno seguente non restò di tempestare, *benchè ogn' homo conoscessi l'impossibilità* (las palabras que aquí aparecen de *cursiva*, están en cifra). Así Francisco di Guadagno al duque de Mantua, en 20 de septiembre de 1559, *Archivio Gonsaga de Mantua*. Ferrara no entra en el juego, si no es en contradecir a Carpo. Vargas a Felipe II, en 28 de septiembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 269. Sobre Este cf. Requesens a Felipe II, en 5 de enero de 1565, *ibid.*, 582.

(7) Guidus, 622.

Después de Este, el gobierno francés deseaba para Papa al cardenal Tournón, y en tercer lugar al cardenal Gonzaga. Demás de esto, de parte de Francia fueron señalados como gratos y aceptables todavía algunos otros cardenales, como Pisani, d'Armagnac y Du Bellay. Por el contrario, Carpi debía ser incondicionalmente excluido (1); pues se temía que siendo Papa intentaría recobrar para su familia el perdido principado de Carpi, y con ello provocaría complicaciones políticas (2). Por lo demás, Francia no tenía ya ahora el mismo interés que antes en la elección pontificia. Después de la muerte de Enrique II, acaecida el 10 de julio de 1559, había subido al trono Francisco II, menor de edad, y la regencia de ambos Guisas luchaba con tantas dificultades en el mismo país, que Francia no podía pensar de antemano en nuevas adquisiciones en Italia. Además, desde la última guerra franco-española, entre los políticos franceses se había abierto camino la opinión de que Francia haría mejor abandonando la política de conquista respecto a Italia (3). Conforme a esto, se dice en la instrucción para el embajador francés en Roma: si no se puede sacar adelante la elección de ninguno de los candidatos propuestos, es libre el votar por otro cualquiera sin respeto a su nacionalidad, sólo presupuesto que sea digno del pontificado y esté exento de ambición (4).

Tampoco España pensaba ya en ulteriores conquistas en Italia. Los designios de Felipe II eran la conservación de la paz en sus Estados y el robustecimiento de la Iglesia católica contra el peligro de las nuevas doctrinas. Ya por sola esta causa estaba vivamente interesado sobre quién obtendría la triple corona. Cuando Felipe II, algún tiempo después de su guerra con Paulo IV, nombró a don Juan de Figueroa embajador en Roma, señaló como la incumbencia más importante de éste su actividad

(1) Francisco II a su embajador en Roma, el 27 de agosto de 1559, en Ribier, II, 830.

(2) Müller, 60. Fr. de Thurm al rey Fernando en 3 de noviembre de 1559, en Wharmund, 260: *timet Carpenssem Ferrariensis propter iura, quae super oppido Carpi praetendit*. Los Carpis habían perdido el principado ya en 1527.

(3) Müller, 32.

(4) Así escribe también Francisco di Guadagno al duque de Mantua, en carta fechada en Roma a 16 de septiembre de 1559: **Giovedì [14 de Sept.] sera entronno in conclavi li rev^{mi} Ghisa et Strozzi, con ordine, dicono, di non havere rispetto ne a Francesi ne a Imperiali, ma solo a far un homo da bene et che sia atto a tal carico. Archivio Gonzaga de Mantua.*

en la futura elección del Papa (1). Pero por más interés que había de tener don Felipe en que no subiera al trono pontificio ninguno que emprendiese una nueva guerra con España, no debía, sin embargo, Figueroa procurar obtener influencia sobre el conclave, en primera línea en sentido político y según puntos de vista políticos. El rey deseaba, antes bien, un Papa «que atendiera con solicitud al servicio de Dios y al bien y la pacificación de la cristiandad, que extirpara los errores y disidencias religiosas e impidiera que continuasen extendiéndose; que se aplicara a la reforma tan urgentemente necesaria y mantuviera en paz y concordia a la cristiandad, y en especial a Italia, tan gravemente afligida por la guerra». Si un candidato, según el monarca, tenía todas estas cualidades, no era de tanto peso su inclinación a defender los intereses propiamente españoles. Como personas deseadas señalaba luego don Felipe a los cardenales Carpi, Morone, Púteo, Médicis y Dolera. Por lo demás, Morone y Dolera, que hacía muy poco había sido creado cardenal, tenían pocas probabilidades, y por ventura sólo se les nombraba por cortesía. Se excluía al cardenal Este y a todos los franceses (2).

Para Figueroa estas instrucciones quedaron sin importancia, pues Paulo IV no le admitió como embajador por haber usurpado anteriormente los derechos de la Inquisición (3). Cuando finalmente el Papa estuvo, sin embargo, dispuesto a admitirle, reiteró don Felipe sus órdenes en unas instrucciones de 13 de julio de 1559 (4). Figueroa murió ya el 28 de julio de 1559 en Gaeta. En su lugar nombró el rey a Francisco de Vargas, antiguo encargado de negocios en Milán. Vargas salió de Amberes el 31 de agosto y llegó a Roma el 25 de septiembre (5). Las instrucciones de Figueroa sirvieron también para él, pero las interpretó de una manera harto arbitraria.

Como embajador del rey de romanos Fernando, llegó a Roma el 28 de agosto su hasta entonces encargado de negocios en

(1) *Instrucciones de Figueroa, de 25 de septiembre de 1558, *Archivo de Simancas*. Un extracto de las mismas en Müller, 84.

(2) Müller, 84 s. Parece que no hay motivo para dudar de la sinceridad de Felipe II. Herre, 33 s. Cf. también Susta, Pius IV, 79.

(3) Müller, 40 s.

(4) Müller, 85; cf. 59, nota 1. Sobre la fecha v. Herre, 41, nota 1.

(5) Müller, 41. Sobre Vargas v. Constant, Rapport, 186 s.

Venecia, el conde Francisco de Thurm (1). Con todo, Thurm apenas representó una política independiente (2), pues adhirióse a Vargas (3).

Al contrario, el duque Cosme de Florencia procuró con gran ardor influir bajo mano en las negociaciones del conclave. No contento con que estuvieran en Roma dos de sus enviados, Bongianni Gianfigliuzzi y Mateo Concini, mandó allá también a Bartolomé Concini, iniciado en todos los secretos de su política. Dos agentes suyos, entre ellos el hábil Lottino, se hallaron en el conclave como pretensos servidores de los cardenales (4). El mismo Cosme procuró ganar para sus planes a los electores por medio de cartas, y no todos tuvieron, como el cardenal Dandino, el valor de rechazarlas (5), o contestar, como el cardenal Scotti, que el duque se cuidara de los asuntos de su gobierno y dejara a los cardenales la elección del Papa (6). Desde hacía algunos años el de Médicis había emparentado con los de Este. Que el cardenal Este se aproximara ahora más al duque, se entiende de suyo, como asimismo que el ambicioso príncipe de la Iglesia solicitara atraer al poderoso florentino a sus designios, largo tiempo meditados, de obtener la triple corona. Cosme accedió aparentemente a las propuestas de Este; pero no tomó en serio sus seguridades (7). También a la reina madre Catalina de Médicis prometió dar apoyo a Este a petición de ella, y a pesar de ello ofreció al mismo tiempo

(1) Cf. sobre él, Constant, *Rapport*, 2 s.

(2) Fernando manifestó que nunca había querido proponer a nadie directamente (libremente) para que fuese elegido en el conclave, sino que sólo había expresado el deseo, che eleggano un homo da bene. Jacobo Soranzo en 2 de diciembre de 1559, en Turba, III, 125, nota.

(3) Sickel, Concilio, 1 ss. S. Brunner en los Estudios y comunicaciones de las Ordenes benedictina y cisterciense, VI, 2 (1885), 173 ss.

(4) Susta, Pius IV, 127. Müller, 62 s.

(5) Petrucelli, 144.

(6) * *Avviso di Roma* de 9 de septiembre de 1559, Urb., 1030, p. 79, *Biblioteca Vaticana*.

(7) También el cardenal Hércules Gonzaga de Mantua, con quien Este, ya antes del conclave de Marcelo II, había hecho una alianza para apoyarse mutuamente, se adhirió, a lo que parece, a estos conciertos; según varios indicios, hasta logróse efectuar un convenio formal, según el cual el duque y Gonzaga favorecerían la candidatura de Este, y el duque y Este la de Gonzaga. Pero si ninguno de los mencionados cardenales pudiese conseguir la tiara, todos tres promoverían la candidatura del cardenal Médicis. Por lo demás, estas promesas sujetas a muchas condiciones, sólo tenían un valor limitado, conforme a la naturaleza del negocio. Müller, 55 ss.

al rey de España sus servicios contra Este (1). En realidad en el conclave desamparó a Este, o trabajó directamente contra él (2). Conforme al parecer de Cosme, de antemano era Médicis el único candidato posible (3). Esta predilección, que era ya conocida al principio del conclave, más bien perjudicó a Médicis para con algunos, que le fué de provecho, pues era temido un Papa que tuviera a su disposición todo el influjo del poderoso florentino (4). Por lo demás, en octubre y noviembre Cosme se mantuvo alejado de toda manifiesta influencia en los cardenales; sólo hacia el fin del conclave intervino de una manera decisiva.

Las peculiares relaciones de partido entre los electores hicieron posible a la diplomacia ingerirse esta vez todavía más que de ordinario en la elección del Papa. Hay que atribuir a la confusión y a los obstáculos que supo ella crear constantemente, el que la sede pontificia permaneciera vacante por más de cuatro meses. Los cardenales se dividieron en tres partidos casi igualmente fuertes. Los intereses franceses eran defendidos por los cardenales Tournón, Du Bellay, d'Armagnac, Lenoncourt, Bertrand y Strozzi, bajo la hábil dirección de los cardenales Hipólito de Este de Ferrara y Luis de Guisa; a ellos se adherían las más de las veces los italianos Pisani, Cesi, Cristóbal del Monte, Simoncelli y Sermoneta; menos seguros eran Crispi, Capodiferro y Dandino (5). Estos dieciséis partidarios de Francia tenían ante sí diecisiete partidarios de España. Su adalid era Ascanio Sforza de Santa Flora, y después de él el obispo de Tentro, Cristóbal Madruzzo. Entornode ambos se agrupaban Truchsess, Cueva, Pacheco, Carpi, Morone,

(1) Müller, 63 s.; cf. también Susta, Pius IV, 142 s.

(2) Müller, 57, 62.

(3) Cosme a Concini en 21 de septiembre de 1559, en Petrucelli, 129. *Quelli che più di tutti sono in predicamento per il giudizio comune sono Carpi, Puteo, Morone et Medeghino*, escribía ya en 25 de agosto de 1559, fray Tadeo Perugino al arzobispo de Salerno (Susta, Pius IV, 123). Navagero, ya en 1558, veía en Médicis al candidato que tenía más probabilidades de triunfar (v. Albèri, I, 3, 413).

(4) *Medici è molto favorito dal Duca di Firenze, il cui favore in luogo di giovamento gli noce [cf. la indicación que hay en Susta, Pius IV, 127, nota 2), perchè la grandezza di quel Duca è molto temuta di tutta questa corte et si dubita che havendo un papa creatura sua et tanto più della natura di Medici che sarebbe troppo grande. Capilupi en 2 de septiembre de 1559, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Sobre Púteo escribe Capilupi, que estaba in molta consideratione, a pesar de la hostilidad de Este y Farnese.

(5) Müller, 70 ss.

Púteo, Ricci, Corgna, Mercurio, Cornaro, Cicada, Saraceni, Médicis, Gonzaga y Róvere (1).

Conforme a la persona de los candidatos propuestos, estos partidos se modificaban más o menos. Cada uno de ellos era tan fuerte que podía estorbar la elección de un cardenal que no fuese de su agrado; pero ninguno disponía de por sí de la necesaria mayoría de los dos tercios de votos. Por eso la decisión estaba en manos de un tercer partido, el del cardenal Carlos Carafa. A éste pertenecían los trece cardenales nombrados por el Papa difunto, a excepción de Strozzi y Bertrand; es a saber: los dos parientes de Paulo IV, Alfonso y Diomedes Carafa; luego los tres religiosos del Sacro Colegio: el dominico Ghislieri, el franciscano Dolera y el teatino Scotti; además Rebiba, Capizuchi, Reumano, Gaddi y Vitelli. Todos estos eran varones de sentimientos estrictamente eclesiásticos. Tanto produce más extraña impresión que se unieran a una persona tan indigna como Carlos Carafa. Al partido de los Carafas se juntó también presto Alejandro Farnese con tres partidarios suyos: su hermano Ranuccio Farnese, Savelli e Inocencio del Monte (2).

Cuanto a la actitud de los Carafas respecto de la elección pontificia es significativa una carta del duque de Paliano, de octubre de 1559. No importa (escribe Juan Carafa a su hermano) quién llegue a ser Papa, sino esto únicamente, que el elegido conozca que debe su dignidad a los Carafas. Esta casa no está en buen predicamento ni con el rey de España ni con el de Francia; por tanto, todo depende de que se asegure la amistad del Papa futuro; de otra suerte, la familia está perdida (3). Carlos Carafa al principio del conclave había roto totalmente con los franceses y se inclinaba a los españoles. Así él como su sobrino, el cardenal de Nápoles, entraron en el conclave con el designio de dar sus votos a Carpi, o si la elección de éste no fuera posible, a Gonzaga (4). Como premio de

(1) Ibid., 76 ss.

(2) Ibid., 90 ss. A. Farnese en cartas de 4 y 5 de septiembre, dirigidas a Ardinghella que se hallaba en España, asegura al rey su afecto y rendimiento. Después de la elección justifica su conducta en el conclave ante el rey de España, y se excusa por ella con la corte francesa. Caro, III, 265 ss., 273 ss.

(3) Ancel, *Disgrâce*, 66 s.

(4) Así lo * escribe el cardenal de Nápoles, Alfonso Carafa, a su padre, el marqués de Montebello, en 11 de octubre de 1559. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

sus servicios en el conclave, esperaba de Felipe II un principado italiano que resarciese a la familia de la cesión de Paliano.

El principal consejero de Carafa era Alejandro Farnese, el cual había ya tomado parte en tres conclaves y reunido un copioso tesoro de experiencia. Todavía antes de la muerte de Paulo IV, Carafa, desde su destierro en Civitá Lavinia, se había dirigido a Farnese y había puesto a su disposición para el futuro conclave a sí mismo y los votos de los trece cardenales de Paulo IV; con sus fuerzas unidas querían elevar a un cardenal, que se mostrara reconocido por su elección a las casas de Farnese y Carafa (1). Farnese no descollaba exteriormente en el conclave. A pesar de esto, su influjo como consejero parece haber sido muy importante; principalmente fué él quien «con increíble arte y trabajo» (2) mantuvo unido el partido de Carafa en un momento peligroso.

Entre los cuarenta electores que entraron en el conclave el 5 de septiembre, sólo once eran partidarios de Francia. Por eso el partido contrario pens  al punto en utilizar su predominio en la tarde del día siguiente, procurando elevar al cardenal Carpi al trono pontificio sin votación formal por medio de una común adoración, y así poner fin rápidamente al conclave (3). El plan fracasó por la falta de unión del partido español. Su adalid Sforza era secretamente contrario a Carpi, aunque éste era el principal candidato de España; se había dejado ganar por Este para un convenio, por el cual Sforza prometía impedir la elección de Carpi, al paso que Este debía empeñarse en favor de Médici o Gonzaga, los cuales pertenecían asimismo ambos al partido español (4).

El intento de una repentina elevación de Carpi no pudo por tanto tener buen éxito, y hubo que acomodarse a celebrar el conclave de la manera ordinaria. Prepar se la usual capitulación electoral, que fué leída en la tarde del 8 de septiembre (5). Junto

(1) Panvinius, 576-577.

(2) incredibili arte et labore; *ibid.*, 580.

(3) Bondonus, 519.

(4) *Conclavi de' Pontefici Romani*, s. l. 1667, 160 ss. La relación de los Conclavi es apoyada por datos de fuentes más dignas de crédito (Müller, 110 s.). Muy decididamente se declaró Sermoneta contra Carpi; v. la ** carta de Caligari, de 12 de septiembre de 1559, *Archivo secreto pontificio*.

(5) Bondonus, 519.

con las disposiciones que siempre se repetían en tales documentos, contiene claras alusiones al pontificado del Papa difunto. Así debían los cardenales jurar, en caso de su elección, no emprender ninguna guerra y castigar con las debidas penas los excesos que se habían cometido en la vacante de la sede pontificia. Asimismo se inculca al electo la reforma de la Iglesia y de la curia, así como la celebración de un concilio (1). El 9 de septiembre se juró la bula de Julio II (2).

En el mismo día comenzaron también las votaciones; pero al principio no se tomaron en serio. Este escribía el día 12 que todavía no se pensaba en nombrar Papa, y que apenas se hallaba uno que dejara que votaran en su favor (3). La desunión y la irresolución en el conclave eran tan grandes que una porción de aspirantes, unos veinte o más, podían forjarse esperanzas de conseguir la tiara (4). El partido español pensaba sin duda también aguardar instrucciones aún más circunstanciadas de Felipe II. Así, en los primeros días acaeció con frecuencia, que se diera un gran número de votos a un cardenal a quien nadie deseaba seriamente hacer Papa, solamente con el designio de tributarle una honra. El 11 de septiembre Cueva obtuvo 17 votos; el 13, Lenoncourt, 18; el día 14, el cardenal infante de Portugal, 15 votos y cinco accesos (5). En el caso de Cueva por poco se llega a sufrir una desagradable sorpresa. El embajador imperial había recogido votos para él, y como de burla, sin conocer las consecuencias de su manera de obrar, al fin le habían prometido treinta y dos cardenales dar sus votos a Cueva. Este hubiera sido elegido Papa

(1) Dembinski, Wybór Piusa IV, 289-304, en extracto en Raynald, 1559, número 37 s. Le Plat, IV, 612 s. Cf. Sickel, El Concilio, 12 s., y el análisis en Müller, 100 s. V. también Fuentes e investigaciones del Instituto Prusiano, XII, 226.

(2) Bondonus, 519.

(3) Petrucelli, 132 s.

(4) Müller, 109. Müller enumera catorce cardenales, «cuya candidatura es una vez mencionada con alguna seriedad». *Scoperti 19 che tutti si stimano papabili, il che mette discordi et controversia grande fra loro. Avviso di Roma de 16 de septiembre de 1559, Urb., 1039, p. 83^b, *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. las *listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*) en el n.º 1 del apéndice. Guidus, 612. Bondonus, 519 s. Bondonus adjudica a Cueva dieciocho votos. Según el *Avviso di Roma de 16 de septiembre de 1559 (Urb. 1039, p. 83^b), tuvo diecisiete votos y siete accesiones, e se per caso Ferrara non scopriva la tram'a Farnese, lui riusciva papa. *Biblioteca Vaticana*.

contra la voluntad de todo el Sacro Colegio, si una feliz casualidad no hubiera descubierto el error poco antes de la hora decisiva (1). Prodújose una grande excitación cuando se mostró un peligro semejante en la noche del 24 de septiembre. Cornaro había ganado los votos de treinta y siete electores para su tío Pisani, el único superviviente aún de los cardenales de León X; a la verdad, cuando el asunto amenazaba tomarse en serio, le retiraron la palabra (2).

Algunos intentos y dictámenes pensados más seriamente procedieron del partido español en las primeras semanas del conclave; pero precisamente estos esfuerzos mostraron con la mayor claridad en qué dificultades se veían para hallar un candidato en quien no pudieran ponerse reparos. Al principio de las votaciones, quien más sobresalió fué Pacheco, el cual luego en el primer escrutinio obtuvo 15 votos (3), y desde el 22 de septiembre alcanzó números aún más altos (4). Pero Pacheco era español, y los cardenales italianos no querían a un tal para Papa. Después de él la mayor parte de los votos en los primeros días recayó en Púteo; pero éste tenía contra sí al poderoso partido de Carafa, según se mostró más adelante (5). Carpi quedó por sorprendente modo en segundo término en las votaciones después del fracasado intento del 6 de septiembre. Con esto, de los candidatos españoles no restaba más que Médicis, al cual el duque Cosme de Florencia había designado determinadamente y repetidas veces como el único Papa posible (6). Ya desde 1556 había él puesto los ojos en la elección de este varón, en el cual esperaba hallar un dócil instrumento para sus planes políticos, y había trabajado secretamente por conseguirla (7); ahora intervino en su favor casi con excesiva energía (8). Médicis había sido recomendado por Feli-

(1) Guidus, 612 s. Vargas en Döllinger, Documentos, I, 266-267.

(2) Guidus, 613 s.

(3) *Listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*) en el número 1 del apéndice.

(4) Ibid. y Bondonus, 520 s.

(5) Muller, 141 s.

(6) Cf. la carta a Concini, de 21 de septiembre de 1559, citada arriba, pág. 47, nota 3, y la dirigida a Lottino, de 24 de septiembre de 1559, en Susta, Pius IV, 125.

(7) Cf. Susta, Pius IV, 66 s., 76 ss.

(8) Cf. la **carta de Caligari, de 12 de septiembre de 1559, *Archivo secreto pontificio*.

pe II, y la reina madre Catalina de Médicis se mostró benévola para con él contra toda esperanza (1); en el conclave estaban en su favor Farnese y asimismo los Carafas (2) y los franceses no le eran adversos. Luego después del principio de las negociaciones para la elección, Médicis fué tratado por sus colegas con tan particular aprecio y estimación, que se esperaba su elevación al trono pontificio para la tarde del 9 de septiembre (3). Pero cabalmente por sus favorables probabilidades Médicis tuvo un peligroso adversario en el poderoso y astuto Este, el cual no quería renunciar a su propia candidatura, por muy desesperada que pareciese, y de intento prolongaba el conclave con el fin de ganar tiempo para sus intrigas. El 16 de septiembre y el domingo que le siguió, se trabajó ardientemente buscando votos para Médicis (4). Para ejercer presión sobre Este en favor de Médicis, Farnese hizo como si quisiera procurar la victoria a Carpi, el más temido enemigo de aquél. Por efecto de esto, Carpi, que no había reunido sino a lo sumo cinco o seis votos en la primera semana del conclave, obtuvo de súbito catorce y dieciséis (5). En la tarde del 20 de septiembre se llegó a creer que se tomaba en serio su elevación por medio de una adoración general; muchos cardenales se juntaron en la Capilla Paulina, según parece con este designio. Pero también los adversarios acudieron y perseveraron allí hasta la noche, de suerte que volvieron a desvanecerse las probabilidades respecto de Carpi (6).

Esta vez los españoles no pudieron proponer al más hábil y

(1) *Avviso di Roma de 23 de septiembre de 1559: Ma si ragiona, che Medici habbia d'esser proposit' a tutti per li molti favori, che li sono sopra-gionti contra l'opinione di tutti della Regina di Franza. Urb., 1039, p. 85, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Cf. la **carta de Caligari, de 12 de septiembre de 1559, *Archivio segreto pontificio*.

(3) *Avviso di Roma de 9 de septiembre de 1559, loc. cit., p. 79.

(4) Guadagno al duque de Mantua en 20 de septiembre; v. el número 2 del apéndice.

(5) *Listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*) en el número 1 del apéndice.

(6) Bondonus, 520. *Guadagno al duque de Mantua en 20 de septiembre de 1559 (v. el número 2 del apéndice). Guadagno dice expresamente lo que Müller (p. 114) sólo había puesto de manifiesto por conjeturas, es a saber, que con toda esta escena sólo se quería ejercer presión sobre Este: Farnese per paura la sera fece mezo segno di voler andare ad adorare Carpi per far risolvere Ferrara.

diestro de su partido, el cardenal Morone (1). Como se narraba en Roma, los cardenales en el conclave habían sometido de nuevo la causa de Morone a un examen que terminó con la absolución. Cuando Vitelli, por insinuación de Carafa, se tomó la licencia de objetar, que el día antes había estudiado el proceso contra Morone y hallado en él muchas cosas en que se podían poner reparos, recibió de Carpi una áspera respuesta. Gonzaga se adhirió a Carpi (2). Esto no obstante, el 17 de septiembre Morone quiso hacer declarar al Colegio Cardenalicio, por medio de su decano el cardenal Du Bellay, que agradecía la resolución dada en su causa y los solícitos empeños en su favor con Paulo IV y los príncipes. Pero que, como algunos no verían con agrado su participación en la elección, rogaba que se le permitiera alejarse del conclave. Du Bellay no admitió su petición. Pero sólo cuando la mayor parte de los cardenales persistió en su fallo absolutorio, Morone retiró su demanda. Este desinterés elevó no poco su autoridad (3).

Después de haberse visto que eran inútiles los esfuerzos del partido español, probaron los franceses a elevar al cardenal Tournón, varón esclarecido y generalmente venerado. A la verdad, los italianos no querían un Papa francés; pero con todo muchos de ellos prometieron darle un voto de honor, y así Tournón obtuvo para el escrutinio del 22 de septiembre una promesa determinada de unos veintiocho cardenales (4) y condicional de otros cuatro. Pensóse ahora proceder de suerte que Tournón primeramente fuera nombrado en solas veinticuatro cédulas, y luego los demás amigos, como por efecto de una súbita inspiración, comenzaran a adherirse a la elección y con esto arrastraran consigo también a otros cardenales. Lo que todavía faltara entonces para los 31 votos necesarios, lo suplirían aquellos que habían prometido su auxilio solamente para un caso de necesidad. Pero Carafa había tenido conocimiento de aquel plan tan sutilmente tramado. Para

(1) Morón fué restituído a voz activa y pasiva, pero no se habla, ni hablará de él a causa de lo sucedido, escribe el embajador español Vargas al rey Felipe II en 3 de octubre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 272.

(2) *Avviso di Roma de 16 de septiembre de 1559: Monsignor, se voi l'avete studiat' hieri, io l'ho studiato 30 anni fa, che so quant' è huomo da ben il Morone e non è d'essere trattato com'è stato. Urb., 1039, p. 83^b, *Biblioteca Vaticana*.

(3) *Avviso di Roma de 23 de septiembre de 1559, Urb., 1039, p. 86^b, *Biblioteca Vaticana*.

(4) Guisa en 27 de septiembre, en Ribier, II, 833.

hacerlo fracasar hizo esparcir el rumor de que también él votaría con todo su partido en favor de Tournón. El efecto fue que entonces se retrajeron muchos de aquellos que deseaban honrar a Tournón, pero no elevarle al pontificado. Sólo quince cédulas llevaron su nombre, y no pudo ya ser de provecho el que, conforme a lo convenido, se declarasen luego por él todavía Du Bellay, Armagnac, Crispi, Strozzi y otro, desconocido. Por temor de empujar a Carafa a que favoreciese a Pacheco, el cual había obtenido en el mismo escrutinio dieciocho votos y un acceso, nadie se atrevió a volver a salir en favor de Tournón (1). La sesión, por extremo viva, sólo había demostrado que los franceses no podían por sus fuerzas propias crear un Papa, al igual que los españoles. Por tanto, no quedó otro medio que hacer posible la elección mediante un convenio entre ambos partidos; la ya antigua alianza entre Este y Sforza hubo de adquirir entonces vigor.

Después del fracasado intento en favor de Tournón, ambos adalides del partido francés, Este y Guisa, dispusieron tener una deliberación con Du Bellay y Tournón, y les pareció que Gonzaga era el hombre a propósito, que podría reunir en su persona los votos de los franceses y españoles. El cardenal de Mantua era considerado exteriormente como miembro del partido español; pero había sido también designado como grato por el monarca francés. Después de deliberar algunos días, a 25 de septiembre los adalides del partido francés se dirigieron a Sforza y le rogaron que propusiera para ser elegido a un cardenal de su partido. Sforza les nombró asimismo a Gonzaga. Con todo, pareció demasiado inseguro intentar su elevación por el camino ordinario de la votación secreta; se acordó llamar en seguida a los cardenales a la Capilla Paulina y declarar a Gonzaga Papa por vía de general adoración (2).

(1) Guidus, 613. Conclavi, 159. El número de quince votos y cinco accesiones está asegurado por las *listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*; v. el número 1 del apéndice), Bondonus, 520, Guidus, 613; por tanto la narración de los Conclavi es falsa, a lo menos en este punto, y la que hay en Guidus es poco clara. Guadagno escribe en 23 de septiembre al duque de Mantua: *Hierí mattina si fecion pratiche per Tornone, i Francesi dicevon di havere 34 voti, ma dentro facevono conto che non havea più di 23 o 24, et in scrutinio di poi non hebbe più di 21, per il che pare che i Francesi si sieno levati in collera, ne voglion sentir più parlare di Papa, et dicono, che li Italiani non mantengon la fede, e si dubita che le cose non vadino in lungo. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Ribier, II, 834.

El intento, nada preparado, no sólo fracasó enteramente, sino condujo a la escisión del partido español. A los trece franceses reunidos en la Capilla Paulina sólo se agregaron nueve cardenales del partido español; los demás negaron la obediencia a su caudillo Sforza. Mientras Este, Guisa, Sforza y Sermoneta se afanaban por conseguir todavía otros votos, pensó Madruzzo llegar al término por otro camino más sencillo, clamando en alta voz que Gonzaga era ya Papa, pues tenía el número de votos necesario. Pero sólo dos cardenales se dejaron mover por esto a adherirse a Gonzaga; muchos se mantuvieron inaccesibles en sus celdas cerradas hasta que todo hubo pasado. Entre tanto Farnese había congregado a los suyos en la Capilla Sixtina; su hermano Rannuccio, a la sazón enfermo, se levantó de la cama y se puso envuelto en una piel a la puerta de la capilla para no dejar que ninguno se pasara a los enemigos. Las exhortaciones de Farnese y Carafa a perseverar, alcanzaron un brillante resultado entre los suyos (1).

De hecho, la tentativa de la elevación de Gonzaga descubrió tanto la desunión del partido español como la firme cohesión del partido de Carafa. Hasta el francés Reumano, que debía a Paulo IV la dignidad cardenalicia, permaneció fiel a Carafa y contestó a las amenazas de sus enojados compatriotas: Que perdería toda su hacienda antes que quebrantar la palabra empeñada (2). El cardenal Vitelli excusó con Gonzaga el haberse abstenido de ayudar a la elevación de un amigo, alegando las obligaciones que le sujetaban a Carafa (3).

Probablemente el intento acerca de Gonzaga no había sido procurado seriamente por Este. Conforme a su convenio con Sforza, ambos debían intervenir, o en favor de Médicis o de Gonzaga. Este declaró entonces a Sforza, que se resolvía por Gonzaga,

(1) Guidus, 614 s. Bondonus, 520. Santa Flora y Madruzzo a Felipe II en 25 de septiembre de 1559, en Petrucelli, 136 s. *Se non era la furia di Trento, le cose succedevan felicissimamente... Ferrara, Ghisa, Santa Fiore et Sermoneta eron intorno ad alcuni altri che vi mancavano a compilir il numero che si ricerca, quando Trento troppo amorevole et frettoloso cominciò a gridare: Mantova, Mantova, Papa, Papa. Et non vi essendo il numero, Farnese et Caraffa hebbon tempo a non lasciare svolger quelli pochi che mancavano, et a proporre Pacheco in competenza come fece. Guadagno al duque de Mantua en 27 de septiembre de 1559, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Guidus, 615.

(3) Ibid., 614.

porque éste era de prever que tendría mayores dificultades que Médicis, e instó a que se hiciera una inmediata tentativa en favor de Gonzaga, pues la candidatura del peligroso rival era entonces casi desesperada (1).

A pesar del primer fracaso de Gonzaga, sus partidarios perseveraron adictos a él. Los adalides Este y Guisa, Sforza y Madruzzo se obligaron mutuamente a no elegir a otro hasta que todas las esperanzas de Gonzaga se hubieran desvanecido. Aun entonces querían continuar unidos y trabajar mancomunadamente en la elección pontificia (2). Pero en el partido contrario Farnese y Carafa estaban no menos firmemente resueltos a excluir a Gonzaga del papado a toda costa (3).

Ambos partidos eran casi de iguales fuerzas (4), y dada la

(1) Müller, 111 ss.

(2) Este y Guisa al rey de Francia en 27 de septiembre de 1559; Guisa a Carlos y Francisco de Guisa en 27 de septiembre de 1559, en Ribier, II, 833, 835. *Ghisa, Ferrara, Trento et Santa Fiore, capi di questa lega, hanno promesso et giurato di non voler mai dar il voto loro ad altri, che hanno sottoscritto cedole di lor mano. Guadagno al duque de Mantua en 27 de septiembre de 1559, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Asimismo *Avviso di Roma de 30 de septiembre de 1559: Los cuatro jefes de la liga se han dado su palabra en favor de Mantua, aunque tuviesen que permanecer diez años en el conclave. Urb., 1039, p. 87^b, *Biblioteca Vaticana*.

(3) Este y Guisa escriben en 18 de octubre (en Ribier, II, 835) que Carafa y Farnese procuraban mantener unidos a sus partidarios, dándoles esperanzas de obtener la tiara, y para fomentar las mismas, procurándoles en las votaciones 18, 20 y 22 votos. Con todo, esto sólo es verdad entendiéndose de los días que preceden inmediatamente al 18 de octubre: el 12 de octubre obtiene Ghislieri 20 votos, el 13 Ranuccio Farnese 21, el 16 Gaddi 14 y el 17 Savelli 22. Cf. las *listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*) en el número 1 del apéndice.

(4) Gianfigliuzzi escribe a fines de septiembre al duque de Florencia, que el partido Farnese-Carafa contaba 25 cardenales, y el de los amigos de Gonzaga 22 (Petrucelli, 130). Los llamados neutrales son aquí puestos en el número de los adversarios de Gonzaga. Según Guadagno (*carta de 4 de octubre de 1559, *Archivo Gonzaga de Mantua*), están en favor de Gonzaga: Du Bellay, Tournón, Armagnac, Lenoncourt, Guisa, Este, Madruzzo, Sforza, Sermoneta, Morone, Médicis, Púteo, Capodiferro, Cicada, Pisani, Cornaro, Cristóbal del Monte, Mercurio, Róvere, Corgna, Simoncelli, Strozzi y Gonzaga. *Contra Gonzaga* están, según Guadagno: Alejandro y Ranuccio Farnese, Savelli, Carpi, Saraceni, Carlos Carafa, Scotti, Vitelli, Gaddi, Rebiba, Ghislieri, Diomedes Carafa, Alfonso Carafa, Inocencio del Monte, Reumano, Capizuchi y Dolera. Junto al nombre de Dolera hay esta observación: andrà a Mantova non mancando più di 2 voti. Son neutrales: Pacheco, Ricci, Crispi, Truchsess, Cesi, Dandino y Cueva. De Truchsess, Cesi y Dandino dice Guadagno: andranno in Mantova, y de Cueva: andrà in Mantova mancando il suo voto. Una lista que el embajador imperial Francisco de Thurm manda adjunta en una carta a Fernando I,

irreconciliable obstinación con que se mantenían opuestos entre sí, la elección parecía que se iba a diferir para fecha indefinida. Además, la diplomacia española intervino entonces en el curso de las negociaciones para la elección, de una manera inconsiderada. Con esto llegó a colmo la confusión.

En la mañana del 25 de septiembre el embajador español, Francisco de Vargas (1), había llegado a Roma y se había presentado a los cardenales el día siguiente (2). Con este embajador entraba en el palenque un diplomático de no ordinaria energía y probada tenacidad. Enojaba a Vargas haber de oír siempre de nuevo en Italia, que desde Clemente VII nunca más había alcanzado la tiara un partidario resuelto de Carlos V; y que al contrario, frecuentemente había sido elegido un cardenal excluido por el emperador (3). Según el firme propósito de Vargas, las cosas habían de pasar de otro modo bajo Felipe II, y así desplegó una febril acti-

de 30 de septiembre de 1559 (publicada por S. Brunner en los Estudios y comunicaciones de las Ordenes benedictina y cisterciense, VI, 2 [1885], 388), se diferencia de la de Guadagno en lo siguiente: A los *amigos de Gonzaga* les añade: Saraceni, Cueva y Cesi, pero omite a Médicis, Mercurio y Gonzaga (según Bondonus, 50, en la tentativa de adoración de 25 de septiembre, Cueva estaba entre los adversarios de Gonzaga; cf. Müller, 135). En la lista de los *adversarios de Gonzaga* faltan Saraceni e Inocencio del Monte. Entre los *neutrales* cuenta Thurm también a Médicis, Inocencio del Monte y Mercurio, pero no a Cesi ni a Cueva. Una *tercera lista, que se halla en los *Avvisi di Roma* de 7 de octubre de 1559 (Urb., 1039, *Biblioteca Vaticana*), cuenta 20 *amigos de Gonzaga*; son éstos los cardenales citados como amigos por Guadagno, a excepción de Morone, Médicis y Mercurio. Entre los *adversarios de Gonzaga* pone esta tercera lista a todos los citados por Guadagno como adversarios y neutrales, y además todavía a Médicis y Mercurio. Morone no se halla mencionado para nada en esta tercera lista. Según Vargas (carta de 5 de noviembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 290), del partido español votaron en favor de Gonzaga: Storza, Madruzzo, Morone, Cicada, Cornaro, Mercurio, Corgna y Púteo.

(1) Vargas, ardiente partidario de Ruy Gómez, había sido nombrado embajador especialmente por consejo de Granvela, a pesar de la resistencia de Alba (Hinojosa, 49. Susta, Pius IV, 129 s.). Susta da en este pasaje una ingeniosa descripción del carácter distintivo del diplomático Vargas. Constant, Rapport, 186 s. es el que mejor trata sobre su vida, citando al mismo tiempo numerosas obras.

(2) Vargas a Felipe II en 27 de septiembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 267. La carta de Felipe II a los cardenales, de 9 de septiembre de 1559, que Vargas comunicó a éstos el 27, se halla impresa en Sägmüller, 93 s.; cf. Herre, 44. En Guidus, 615 hay un extracto del discurso de Vargas ante los cardenales y de la respuesta de Du Bellay.

(3) Vargas a Felipe II en 31 de enero de 1560, en Döllinger, Documentos, I, 330.

vidad para influir en la elección en sentido español (1). Y procedió en esto con una falta de miramientos inaudita. Todos los demás embajadores observaban al menos las formas exteriores; pero el celo de Vargas no conoció ningún comedimiento. Apenas pasó una noche sin que él se acercara a una ventana o abertura de las paredes del conclave a fin de ganar para sus intentos a los cardenales con promesas y amenazas, y con frecuencia permanecía allí hasta el romper del día (2). Escribía él mismo al rey el 5 de noviembre de 1559 (3), que en el conclave había empleado mayor trabajo que en todos los anteriores negocios juntos, y que si no salía con la suya, le parecía que había de costarle la vida.

Vargas no estaba conforme con toda la dirección y desenvolvimiento que hasta entonces habían tomado las cosas de la elección. Juzgaba que si los cardenales afectos a España se resolvieran a unirse, no necesitaban del apoyo de los franceses (4), y que era caso de honra llevar al cabo la elección en sentido español sin el auxilio «de una persona como Este, tan aborrecida de Dios y del monarca español» (5). Tampoco agradaba a Vargas la candidatura de Gonzaga, pues era axioma de la política española, que se debía alejar de la tiara a los vástagos de los linajes de príncipes italianos por causa de la paz de Italia (6). Por semejantes motivos era también al principio enemigo de Médicis, que dependía de Cosme I (7).

Ya en su primera conferencia con Sforza en la noche del 27 de septiembre, Vargas hizo valer resueltamente su modo de pensar. A sus dificultades contra Gonzaga contestó Sforza, que su candidatura no tenía probabilidad ninguna; pero que se la debía sin embargo, apoyar aparentemente (8). En realidad de verdad, ni

(1) Müller, 196, 198.

(2) Mocénigo en Albèri, II, 4, 45. Cf. Susta, Pius IV, 131.

(3) En Döllinger, I, 289.

(4) Vargas en 6 de noviembre de 1559, en Döllinger, I, 291.

(5) Ibid., 292.

(6) Mocénigo (en Albèri, II, 4, 32) escribe que más fácilmente se podía ser Papa no siendo noble y procediendo de bajo origen, que descendiendo de sangre ilustre y esclarecida. El duque de Alba, con respecto a Gonzaga, emitió el juicio de que la regla de que un hombre de ilustre prosapia no era bueno para el papado, era tan general que no admitía excepción alguna. Hinojosa, 64. Herre, 43.

(7) Susta, Pius IV, 130.

(8) Vargas en 28 de septiembre y 3 de octubre de 1559, en Döllinger, I, 269, 272. Müller, 137.

Vargas ni Sforza se podían atrever a declararse abiertamente contra un miembro de la poderosa casa de Mantua. A la alianza propuesta por el embajador español parecía dispuesto Sforza. En la noche del 2 de octubre se celebró una reunión de los tres jefes de partido, Farnese, Carafa y Sforza, en la cual se reconciliaron y se obligaron a proceder en común en favor de la candidatura de don Felipe (1).

La alianza francoespañola, fruto de los esfuerzos y experiencia de tres semanas, parecía por tanto abandonada; el negocio de la elección se debía comenzar de nuevo sobre una base enteramente nueva. Pero este fundamento no era firme; faltaba al partido nuevamente formado la unión. Cada uno de los tres adalides, Farnese, Sforza y Carafa, quería resolver por sí solo la elección para cosechar solo en la mayor medida el agradecimiento del Papa recién elegido (2). Pues se refería de Carafa que, medio día antes del intento de elevar a Gonzaga, había asimismo concebido el plan, con entera independencia de los franceses, de intervenir en favor de Gonzaga; pero que había al punto mudado de parecer cuando se enteró de que otros habían tomado ya en sus manos la realización del mismo pensamiento, y que él mismo sólo podría representar un papel secundario en la elevación de aquel cardenal (3).

Los nuevos aliados no estaban de acuerdo ni siquiera acerca del candidato a quien querían apoyar. En la primera conferencia nocturna con Vargas, Sforza había disuadido el apoyar a Carpi y Pacheco, y recomendado al contrario a Púteo y Médicis (4); pero en la reunión de los tres caudillos, Farnese y Carafa habían rehusado con resolución cabalmente a Púteo (5), y continuaban trabajando como antes en primera línea por Carpi y Pacheco.

La falta de claridad de la situación fué acrecentada hasta lo sumo por el hecho de que Sforza, a pesar de la nueva alianza, no rompió en seguida su anterior convenio con los franceses. Ni tampoco podía hacerlo, pues en primer lugar entre los que le habían quedado fieles al dividirse el partido español, se hallaban muchos

(1) Vargas en 3 de octubre, en Döllinger, Documentos, I, 271.

(2) Vargas en 18 de octubre y 5 de noviembre, *ibid.*, I, 280, 288, etc.

(3) Guidus, 615.

(4) Vargas en 28 de septiembre, en Döllinger, I, 269 s. Müller, 140.

(5) Vargas en 3 de octubre, en Döllinger, I, 271.

amigos personales de Gonzaga, a los cuales no podía herir (1), y en segundo lugar temía, que, si abandonaba a los franceses, Carafa se aliaría con ellos y llevaría al cabo la elección pontificia prescindiendo de él (2). Así, por consiguiente, Sforza trabajaba con los franceses por Gonzaga, y con sus nuevos aliados por Carpi y Pacheco, pero no tomaba en serio el ayudar a ninguna de las dos partes; y como su doble juego no podía permanecer oculto, perdió la confianza así de los suyos como de los franceses (3). También entre Sforza y Vargas crecía la enajenación de día en día. Sforza lo propio que Madruzzo se quejó con razón de la manera inconsiderada con que Vargas procuraba imponerles sus opiniones (4). Escribió Madruzzo el 20 de octubre a Felipe II, que la confusión era de suerte, que en general no podía ser mayor (5).

Para hallar una salida de estos enredos, el dividido partido español debía ante todo conocer claramente cómo había de proceder respecto de Gonzaga. En orden a esto no se podía obtener de Vargas ninguna noticia, porque sus instrucciones eran insuficientes cabalmente acerca de Gonzaga (6). Por eso se dirigieron inmediatamente al monarca español. Así los amigos como los adversarios de Gonzaga en el partido español, enviaron a fines de septiembre una multitud de cartas a España con el fin de obtener de allí la resolución de la cuestión candente (7). Farnese escribió al rey que si Gonzaga llegaba a ser Papa, tuviese cuidado don Felipe de que los españoles no fueran arrojados de Italia. Sforza, al contrario, se declaró con el rey acerca de Farnese, diciendo que hacía oposición por miras privadas al cardenal de Mantua, aun cuando conocía ser éste muy adicto a España (8); que la alianza con los franceses no se podía evitar, y que don Felipe mandase a los cardenales españoles que intervinieran en favor de Gonzaga. Se quejaba amargamente de la insubordinación de su partido y

(1) Müller, 146.

(2) Ibid., 145.

(3) Ibid., 143, 147.

(4) Cf. Susta, Pius IV, 131.

(5) Wahrmond, 82.

(6) Müller, 129. De cuantas cartas tenía don Juan de Figueroa para en sede vacante, no me he podido aprovechar de ninguna, escribe Vargas el día 5 de noviembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 289.

(7) Wahrmond, 82, 260 s. Müller, 130 ss.

(8) Wahrmond, 261.

principalmente del cardenal Pacheco (1). Este a su vez, a quien don Felipe había expresamente designado como persona grata, se quejaba de que Sforza le había abandonado (2). También el mismo Gonzaga envió un propio a don Felipe; pero el duque Cosme le determinó en Florencia a volverse (3). Cosme se dirigió asimismo a don Felipe el 29 de septiembre. Declarábale que la alianza de españoles y franceses era el único camino posible para llegar a la elección de Papa. Que para mantener en pie esta alianza, apoyaba aparentemente a Gonzaga; pero que el único que en realidad podía conseguir la tiara, era Médicis (4).

Los amigos de Gonzaga procuraron obtener para él cartas de recomendación también de otras cortes. El rey de Francia contestó por manera muy servicial, diciendo que si él fuera cardenal, iría personalmente a la otra parte de los Alpes para poder dar su voto a Gonzaga (5). El rey Fernando escribió también a ruegos del duque de Mantua y del embajador imperial Francisco de Thurm a los cardenales Madruzzo, Truchsess y Morone, que favoreciesen la candidatura de Gonzaga (6).

Una contestación de España no se podía esperar en Roma hasta unas cuatro semanas en las circunstancias de las comunicaciones de entonces. Así, pues, como había pasado el mes de septiembre en infructuosas negociaciones para la elección, se había de esperar otro tanto para octubre. Los partidos, escribía a Mantua Curcio Gonzaga el 4 de octubre, se mantienen firmemente opuestos; sólo cuando haya llegado la respuesta del rey católico, se procederá a la elección (7).

En Roma, lo propio que en toda Italia, causaba grande escándalo este miramiento tan excesivo a los príncipes. El 4 de octubre los conservadores de la ciudad se presentaron a los cardenales y les reconvinieron porque pedían instrucciones de fuera, con entero desconocimiento de su posición y dignidad (8). Les rogaron

(1) Muller, 130 s.

(2) Ibid., 131.

(3) Ibid., 135.

(4) Ibid., 132.

(5) Wahrmond, 261.

(6) Carta de 14 de octubre de 1559, en S. Brunner en los Estudios y comunicaciones de las Ordenes benedictina y cisterciense, VI, 2 (1885), 389. Wahrmond, 260. Cf. Jacobo Soranzo en 20 de octubre de 1559, en Turba, III, 107.

(7) * *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(8) Guidus, 617.

que se dignaran acelerar lo más posible la elección; manifestaron que a causa de la prolija duración del conclave, la seguridad pública en Roma se hallaba tan amenazada que todo hombre honrado había de estar cuidadoso por su vida. Luego los conservadores procuraron justificar al pueblo respecto de un acaecimiento ocurrido en la noche precedente. Es a saber: el día antes algunos del servicio del embajador francés habían fusilado al guardia de un prefecto regional, porque éste había quitado a uno de los suyos un arma de fuego prohibida sin consideración a los privilegios de los franceses. En venganza de esto el pueblo en la noche siguiente por poco asaltó la morada del embajador francés y le pegó fuego (1). Los conservadores terminaron con la declaración de que si no se daba presto a la ciudad un Papa, ellos harían uso de la facultad que les competía, y prohibirían el comercio epistolar de los cardenales con los de fuera.

El cardenal decano Du Bellay despidió a los conservadores con una severa reprensión por su lenguaje arrogante y los excesos de la noche pasada. Pero las quejas presentadas no eran sino sobradamente justas. Acerca de la inseguridad de Roma se oyen también otras quejas (2). La disciplina del conclave era de tal suerte defectuosa, que en 1560 escribe el embajador veneciano Mocénigo, que había sido el conclave más abierto y libre de que se tenía noticia (3). El 2 de octubre se designaron cuatro cardenales (4), que en unión con la acostumbrada diputación cardenalicia debían deliberar sobre la reforma del conclave. Los tales dieron asimismo varias prescripciones (5); y todo ello, según dice Bondonus, estaba bien ordenado, pero nadie lo observaba (6). A la verdad, las ventanas y aberturas de las paredes por las cuales los cardenales y con-

(1) Guidus, 616.

(2) De día y de noche se cometen muchos homicidios, se lee en el * Avviso di Roma de 23 de septiembre de 1559, Urb., 1039, p. 85, *Biblioteca Vaticana*. Una cosa semejante dice el cardenal Cueva en un discurso al conclave de 12 de noviembre (Guidus, 619). *Lites non legibus, sed gladiis et caedibus diffiniebantur*, se quejan los conservadores en 3 de noviembre. Guidus, 618. Susta, Pius IV, 135.

(3) Mocénigo, 43. Cf. Dembinski Wybór, Piusa IV, 260. Susta, Pius IV, 134. V. ibid. sobre el desorden de las apuestas sobre quién sería Papa, las cuales eran utilizadas por varios conclavistas para su ganancia personal.

(4) Fueron Madruzzo, Scotti, Este y Carafa. Bondonus, 521.

(5) Bondonus, 522. Guidus, 617.

(6) Bondonus, 522.

clavistas se comunicaban con los de fuera, fueron cerradas; pero muy pronto también las volvieron a abrir (1); una durable mejora de las circunstancias no se efectuó.

En realidad todas las exhortaciones y ordenamientos de reforma no podían ser sino de poco fruto mientras no se combatiera el daño en su raíz, y se negara a los príncipes seculares toda influencia en la elección pontificia. Pero nadie tenía ánimo para dar un paso de tan decisiva importancia, pues el favor de un monarca tan poderoso como Felipe II se debía conservar para la Iglesia. Así no quedó otro camino expedito sino continuar tolerando como hasta entonces el trato con los embajadores de las potencias, y aguardar con toda paciencia la resolución solicitada del monarca español en la candente cuestión de la candidatura de Gonzaga.

Felipe II no se apresuró en contestar. Declararse en favor de Gonzaga le parecía imposible; expresarse contra él, siendo miembro de una tan esclarecida familia de príncipes, era penoso y peligroso (2). Por tanto fué difiriendo la contestación de semana en semana, tal vez con la esperanza de que los cardenales entenderían su silencio, y finalmente se resolverían en su sentido aun sin expreso mandato. Así sucedió en efecto.

Durante un par de semanas se mantuvo enteramente indeciso en el conclave el asunto de la elección. Para guardar la forma, se hacía diariamente la acostumbrada votación; en ella Pacheco obtuvo constantemente de 17 a 22 votos, y Cueva, de 12 a 18 (3). Con frecuencia obtuvieron también un número de votos extraordinariamente grande cardenales en cuya efectiva elevación no pensaba nadie, sino sólo se trataba de honrarlos. Así Saraceni, el 5 y 7 de octubre obtuvo 16 y 19; Rebiba, el 6, no menos de 17; Ghislieri, algo más tarde, 20. Al cardenal Ranuccio Farnese, cuyo nombre por lo demás sólo es mencionado acá y allá una vez en las votaciones, le dieron el 13 de octubre 21 votos de un golpe, sólo por ser el aniversario de la elección de su abuelo. Semejantes sorpresas se ofrecían casi todos los días (4).

(1) Mocénigo, loc. cit.

(2) Cf. la carta de Tiépolo al senado de Venecia, fechada en Toledo a 11 de diciembre de 1559, en Brown, VII, n. 117.

(3) Cf. las *listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*) en el número 1 del apéndice.

(4) Cf. las *listas de escrutinios (*Archivo público de Munich*) en el número 1 del apéndice.

En medio del fastidio de las casi interrumpidas negociaciones, se produce una vez alguna excitación por efecto de una expresión sorprendente del cardenal Médicis. Este había dicho conversando con el cardenal Truchsess, que por lo que tocaba a los alemanes, se debía convocar un concilio para ver si se les podrían hacer algunas concesiones respecto al matrimonio de los sacerdotes y a la comunión bajo las dos especies. Tales palabras en boca de un cardenal en quien ya algunos veían al futuro Papa, causaron grave escándalo en Truchsess. El cual tuvo por obligación suya poner en conocimiento de los electores aquella expresión, y como se habló mucho de ella, compuso una relación escrita sobre su conversación con Médicis, dos veces, el 13 de octubre, y de nuevo en noviembre (1). Por lo demás, todo este asunto perjudicó más al cardenal de Augsburgo que a la reputación y autoridad de Médicis (2).

El aguardar durante semanas enteras la respuesta de Felipe II pareció finalmente a los cardenales una carga excesivamente pesada. En primer lugar se fué acabando la paciencia en el fogoso Carafa; temió que, con tan continuada dilación, sus partidarios no podrían resistir por largo tiempo a las seducciones de los partidos contrarios (3). El 11 de octubre declaró al cardenal Sforza, que si no se apartaba de la alianza con los franceses en el término de cuatro días, se separaría de él y en unión con los franceses elegiría Papa al cardenal Tournón; que con los 17 votos que a su disposición estaban, y con los votos de los franceses, fácilmente saldría al cabo con la elección. Sforza pidió un plazo hasta el 17 de octubre y lo obtuvo (4).

En vista de esta amenaza, Vargas creyó no poder ya diferir un paso decisivo contra Gonzaga; escribió al especial amigo de éste, Madruzzo, que desistieran de Gonzaga, pues en las circunstancias presentes su candidatura se había hecho imposible (5).

(1) Se halla demasiado compendiada en Sickel, *El Concilio*, 17 ss., 20, cf. 84 s.; y completa en Urb., 847, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Snsta, Pius IV, 133, nota 1.

(2) Cf. Müller, 151 ss. Algunos días antes de la elección reconcilióse Truchsess con Médicis; *ibid.*, 224 s.

(3) Vargas en 5 de noviembre de 1559, en Döllinger, *Documentos*, I, 284.

(4) Guidus, 617 s. Vargas en 13 de octubre de 1559, en Döllinger, I, 274.

(5) Wahrmond, 261. Vargas en 13 y 18 de octubre de 1559, en Döllinger, I, 275, 276. Müller, 149.

Pero Madruzzo no quiso abandonar a Gonzaga. Contestó al embajador que no acababa de comprender cómo podía él declararse contra un tan buen amigo de España; y a Felipe II le escribió que Mantua merecía cien veces el papado, y que él solo podría siendo Papa hacer al mundo mayores bienes que todos los demás juntos (1).

Junto con Sforza se habían obligado los demás amigos españoles de Gonzaga a esperar el correo español hasta el 17 de octubre. El 17 prorrogaron este plazo por otros ocho o diez días. Sólo Sforza cedió a las instancias de Carafa en cuanto que no renovó, por lo que a él tocaba, la promesa de sus amigos (2).

Naturalmente, esta pequeña concesión no podía contentar a Carafa. Ahora se aproximó a los franceses, y éstos, a vista de su ofrecimiento, expidieron en seguida un correo al rey de Francia; la enemistad entre él y Sforza aumentaba empero «de hora en hora». Quejóse con Vargas, de que Sforza era su enemigo y quería aniquilarle a él y a su casa. Que el rey de España abandonaría sin dificultad a los Carafas, para complacer a un Papa que hubiera sido elegido a propuesta de Sforza. Que por eso quería a la verdad, conforme a su promesa, apoyar a Farnese y rehusar a Gonzaga; pero que por lo demás, a pesar de su sincero deseo de servir a don Felipe, tomaría una actitud neutral entre los partidos. El embajador procuró apaciguarle, pero inútilmente; Carafa perseveró en su resolución (3). Este pudo triunfar por este resultado. Entonces arrojó la máscara, buscó votos para sí mismo, hizo según su costumbre amplias promesas y ofertas y fué ganando terreno «por horas» (4).

Así se hallaban las cosas cuando finalmente el 27 de octubre llegó una carta del rey don Felipe. Llevaba la fecha de 8 y 9 de octubre y conforme a esto nada contenía sobre la candidatura de Gonzaga; en lugar de esto, tenía, no obstante, una noticia que no podía llegar más inoportunamente para Vargas. En la cuestión litigiosa sobre la posesión de Paliano, que continuaba suspensa (5), cabalmente entonces dió el rey la resolución de que Paliano se

(1) Carta de 20 de octubre de 1559, en Wahrmond, 82 s.

(2) Vargas en 18 de octubre de 1559, en Döllinger, I, 279 s.

(3) Vargas en 5 de noviembre de 1559, *ibid.*, 282 ss.

(4) Vargas, *ibid.*, 265.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 184 s.

debía restituir a su antiguo poseedor Marco Antonio Colonna; de una compensación para los Carafas no se hallaba una sílaba en la carta (1). Naturalmente Vargas quería mantener secreta la infausta noticia, pero el correo tenía conocimiento del mandato que llevaba, y comunicó en todas partes la gran novedad. Carafa estuvo a punto de caer en desesperación (2). Se lamentaba paladinamente de que al rey no se le daba nada de él, y que le ofendía en el mismo instante en que recibía de él un gran servicio. Vargas se hallaba asimismo en la mayor perplejidad. En conversación personal, lo propio que por mediación de amigos se afanó cuanto pudo, bien por negar enteramente el contenido del despacho, o a lo menos por presentar la disposición como fundada en presupuestos hacía mucho tiempo anticuados. Como Carafa, que debía apoyar a muchos de sus partidarios, se hallaba en necesidad de dinero, Vargas, «como buen amigo», se sintió movido a ofrecerle de 2000 a 3000 escudos; al propio tiempo el virrey de Nápoles, a solicitud de Vargas, envió una letra de 4000 escudos, los cuales quería prestar al cardenal, asimismo por pura «amistad». Carafa aceptó y, naturalmente, con esto no pudo por lo pronto separarse de España (3).

Por este tiempo el cardenal Sforza, en una carta al secretario del embajador español, Ascanio Caracciolo, criticó duramente el proceder de Vargas. Él invocaría al rey como juez entre él y Vargas (escribe el adalid del partido español). Era lisamente una ignominia que se hubiera echado mano de ofertas pecuniarias. Sin dinero y sin contravenir a la voluntad del monarca hubiera podido llegarse tan allá como por tales medios. No importaba tanto como eso Carafa; hubiera sido más importante conservar al influente Gonzaga que ganar a Carafa por medios afrentosos y sin provecho (4). También, según el parecer del duque Cosme, no era Carafa la persona para atraer a la cual convenía afanarse, sino Este. Si se movía a éste a renunciar a la esperanza de alcanzar la tiara, todo lo demás se conseguiría como de suyo; si no se obtenía esto, no se hacía sino machacar agua en un almirez (5).

(1) Vargas en 3 de noviembre de 1559, en Döllinger, I, 285 s.

(2) Cf. Dembinski, Wybór, 239.

(3) Ibid., 286-287.

(4) Carta de 7 de noviembre de 1559, en Petrucelli, 147.

(5) Cosme de Florencia a Concini, en 4 de noviembre de 1559, en Petrucelli, 145 s. Cf. Susta, Pius IV, 143.

De hecho, Carafa debía por buenas o por malas permanecer adicto a España, pues sólo de Felipe II podía esperar un principado italiano, no de los franceses, que no tenían ningún poder en Italia. Fuera de esto era muy dudoso si todo el partido de Carafa le seguiría en una mudanza en favor de los franceses (1).

Que Felipe II no pensaba de otro modo que Sforza y el duque de Florencia, sobre la importancia de Carafa, lo había demostrado su resolución sobre la posesión de Paliano; las relaciones enviadas desde Roma por Vargas no lograron hacer mudar de parecer al rey. A la petición muchas veces reiterada por el embajador de que le facultara para hacer promesas a Carafa, no contestó otra cosa el 26 de octubre (2) sino que la pensión de 12000 escudos antes otorgada se continuaría pagando a Carafa (3).

Algunos días antes, el 20 de octubre, Felipe había dado finalmente su resolución acerca de la pretensión de Gonzaga a la tiara (4). Su sentido era que se había de estorbar de todas maneras la elección del cardenal de Mantua. El embajador no debía sin embargo decir a nadie palabra de esto; sólo en caso de extrema necesidad se lo podía comunicar al cardenal Sforza. Por lo demás, Vargas debía mostrarse muy afable y obsequioso con Gonzaga y asegurarle con muchas palabras la alta estimación de don Felipe (5). Tampoco el rey mismo fué avaro de hermosas frases. Sentía (escribe al duque de Mantua) que su embajador hubiera opuesto tal resistencia al cardenal Gonzaga; que a la verdad él no podía mandar a nadie que votara por el cardenal, pero que si Gonzaga fuera elegido, le sería esto muy grato (6).

Mientras don Felipe procedía con suma atención y miramiento con el influyente Gonzaga, su embajador en Roma era menos circunspecto. En una segunda carta del 27 de octubre, el rey había tocado de nuevo la exclusión de Gonzaga, pero esta vez no había vuelto a añadir la orden de procurarla sólo en secreto. Casualmente empero esta segunda carta llegó a Roma antes que la pri-

(1) Müller, 161.

(2) Ibid., 168.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 185.

(4) Müller, 136. Según Vargas, el despacho de Felipe II era del 23 de octubre (Döllinger, Documentos, I, 296); el 23 fué el día de la partida del correo (Müller, 206).

(5) Müller, 136.

(6) Ibid., 175.

mera más circunstanciada: la primera, del 20 de octubre, llegó el 19 de noviembre; al paso que la segunda se recibió ya el 11 (1). Vargas quedó muy gozoso por el mensaje, cuya venida le había sido ya anunciada desde Mantua y Florencia. Su noticia puso en conmoción a todo el conclave. En la noche del 12 de noviembre llegó Vargas a una inteligencia con Sforza, y ambos convinieron en que se debía poner a Gonzaga en conocimiento de la decisión regia, para que renunciara a todo ulterior conato de obtener la tiara (2). Esta resolución no era absolutamente conforme con el pensamiento del rey. Más adelante reprendió éste severamente a Vargas, porque con su proceder demasiado franco y sin reserva había hecho que se le echara encima toda Italia; díjole que no era creíble cuán amargas quejas el mismo Gonzaga y sus parientes, los duques de Mantua y Urbino, habían hecho llegar hasta él contra su embajador (3).

Por lo demás, cansado Gonzaga por el largo esperar de la respuesta de don Felipe, había ya, algunos días antes, el 8 de noviembre, retirado su candidatura sin que, a la verdad, terminaran tampoco con esto los secretos esfuerzos en favor suyo. Ahora, como era natural, las esperanzas de sus amigos disminuyeron muy notablemente. Gonzaga recibió la comunicación de Sforza tranquila y dignamente; también la manera como poco antes había declarado ante los cardenales su renuncia, era a propósito para conquistarle la estimación general (4).

Con la retirada de Gonzaga los planes de Vargas parecían haber vencido. Sforza se había separado de los franceses, la unidad en el partido español se había restablecido exteriormente. Los españoles podían ahora intentar con fuerzas aunadas procurar la victoria a sus candidatos. El 14 de noviembre se resolvió, ante todo, hacer una tentativa con la candidatura de Carpi. Así se efectuó. Pero entre los franceses tropezó Carpi con tan resuelta resistencia, que Carafa con Madruzzo, Farnese y Sforza le declararon el 19 de noviembre, que eran inútiles ulteriores esfuerzos. Carpi recibió la declaración «como un santo»; dijo que por causa

(1) Vargas en 30 de noviembre de 1559, en Döllinger, I, 294.

(2) Vargas en 30 de noviembre de 1559, *ibid.*, 294 s.

(3) Felipe II a Vargas en 8 de enero de 1560, en Müller, 206.

(4) Vargas en 30 de noviembre de 1559, en Döllinger, *Documentos*, I, 294. Guidus, 619.

suya no se prolongase el conclave, que no quería servir de obstáculo a la elección del más digno (1).

Según la intención de Vargas, los españoles hubieran debido intervenir ahora en favor de Pacheco. Pero por algún tiempo no se llegó a hacer, pues con la renuncia de Carpi volvió a romperse la unidad de los adalides del partido español, ya hasta entonces mantenida con dificultad.

En la noche del 12 de noviembre, en la que Sforza se enteró de la exclusión de Gonzaga, se había celebrado también una conferencia entre el embajador español y Carafa. Vargas mostró en ella al cardenal una carta, en la cual don Felipe hablaba de Carafa con grande estimación, y le certificó la continuación de la pensión de 12000 escudos ya antes otorgada. Carafa contestó que deseaba más; que por el honor de su casa esperaba del rey un principado para su hermano. Vargas sólo le pudo consolar diciéndole que tuviese esperanza en la magnanimidad y liberalidad de su rey, del cual «media palabra tenía más valor que todas las promesas y seguridades de otros príncipes» (2). Poco después, para poner un contrapeso a los ofrecimientos de los franceses (3), hizo a Carafa promesas de carácter general (4), y finalmente, después de muchas deliberaciones con los miembros más eminentes del partido español, echó mano del peligroso medio de excederse en sus poderes y hacer esperar a Carafa una seguridad por escrito de la deseada recompensa. Insinuóle con todo a la vez, que sería más ventajoso para él que sin más dejara todo esto a la magnanimidad real de don Felipe (5).

Pero estos esfuerzos fueron inútiles. Al mismo tiempo que Vargas solicitaban la amistad de Carafa también los franceses, cuyo adalid Este, según la expresión de Vargas, en negociaciones de este género, era el más terrible adversario que se hubiera visto

(1) Vargas, loc. cit., 295. Guidus, 620. El 11 de noviembre obtuvo Carpi 5 votos, el 17 y 18 subió a 12, pero luego volvió a bajar rápidamente. V. las *listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*) en el número 1 del apéndice.

(2) Vargas en Döllinger, I, 297.

(3) Díjose que ya a fines de septiembre le habían ofrecido el marquesado de Saluzzo (en la frontera francoitaliana) y 30000 ducados en plata, así como el aseguramiento de todos sus beneficios en Italia. Gianfigliuzzi en Petrucci, 121; cf. 130. Müller, 147.

(4) Vargas, loc. cit.

(5) Ibid., 299 s.

jamás (1). Además los franceses no necesitaban limitarse a seguridades generales y poco fidedignas. A petición suya, Catalina de Médicis había enviado a Carafa una carta muy favorable y benévola, y prometido expresamente en ella, que todas las promesas que se hicieran a Carafa y a su casa podían tener la seguridad de la aquiescencia de la corte de Francia (2). La carta de Catalina llegó casi al mismo tiempo que la del rey de España. En vista de esto Carafa declaró a los franceses, que por entonces se hallaba aún obligado por sus promesas a favorecer a Carpi; pero el día en que éste desistió de su pretensión a la tiara, rompió su adhesión al partido español. En la noche del 26 de noviembre, ante Pacheco, Madruzzo, Farnese y Sforza, dió una precisa declaración, que expuso aún más ampliamente delante de Vargas la noche siguiente. Aseguró que su inclinación continuaba siendo como antes, de servir al monarca español; pero que no quería obligarse a nada ni dejarse atar por ninguna exclusión de las potencias, sino que daría su voto a aquel que, según su juicio, fuera mejor para España (3). Por consiguiente, Carafa no osó separarse enteramente de sus antiguos amigos, más aún, hasta se quejó de que Sforza no le invitaba ya a las reuniones del partido español (4). Por su separación de ellos quería que los españoles cayeran en la cuenta de lo precioso de su amistad. Si el rey de España, aun después de esta experiencia, no se mostraba dispuesto a cumplir los deseos de Carafa, pensaba éste pasarse enteramente a los franceses y con ellos elevar a un cardenal del cual pudiera esperar algo para su casa (5). Había pensado tal vez en Carpi, Dolera y Reumano (6). También se complacía en verse reconocido y solicitado por españoles y franceses, como árbitro del conclave; en general, en aquellos días se portaba con tal orgullo que apenas se atrevían a dirigirle la palabra (7).

Real y verdaderamente tenía entonces Carafa la elección en sus manos; adonde él se inclinara con sus 16 ó 17 votos del partido

(1) el más terrible hombre que se ha visto; *ibid.*, 297.

(2) Müller, 169 s.

(3) Vargas, *loc. cit.*, 300 s.

(4) *Ibid.*, 307.

(5) Müller, 172 s.

(6) Vargas, *loc. cit.*, 301.

(7) *Ibid.* Cf. también la *carta de Tonina, de 15 de enero de 1561, citada en el capítulo III, *Archivo Gonsaga de Mantua*.

que le era firmemente adicto, parecía que se habría de inclinar la victoria definitiva.

La trocada situación de las cosas halla su expresión en que en el conclave ya desde ahora ocupan el primer lugar los candidatos de los franceses, al paso que antes casi sólo se trataba de los esfuerzos de los españoles por los cardenales que les eran gratos. Los partidarios de Gonzaga vuelven a cobrar nuevo ánimo, y principalmente Este tiene por llegada su hora propicia. La tarde del 30 de noviembre quiso hacerse prestar el homenaje como Papa. En el conclave se originó por esta causa grande excitación; sólo Sforza permaneció tranquilo y contestó a Carpi que instaba lleno de zozobra, que se hacía mucho ruido, pero que el peligro era pequeño; que Vargas podría escribir a don Felipe que había evitado un gran riesgo (1). En realidad, conforme a la relación de Vargas, Sforza y los demás estaban medio muertos de miedo; nadie se había atrevido a oponer resistencia, hasta que a su clamor y llamamiento los adversarios de Este volvieron a reponerse (2). Vargas permaneció la mitad de la noche en una abertura del muro del conclave. Estaban en una falsa persuasión, gritó a los cardenales, que se tranquilizaban con que Carlos V se había mostrado más favorable precisamente respecto de sus anteriores enemigos; ahora el mundo iba de otra suerte. Si Este llegaba a ser Papa, eran inevi-

(1) Petrucelli, 152. *Hier dopo magnare il Ferrara radoppiò tanto le sue pratiche che si erano sentite li giorni innanzi che fece paura a tutto'l mondo di havere di riuscire hier notte papa, et non solamente a quelli di fuora, ma a quelli di drento, et fu di tal sorta la paura, che molti della contraria parte stavano tanto sbigottiti, che erano per andarvi, vedendo il Carafa andarci: pensando che tutti li suoi anche vi andassero, et vedendo anche che una buona parte della fattione del Camerlengo ci andava, ancora che lui stesso non ci andasse, però havevano paura, che venendo la cosa alla stretta, che ci andasse. Li ministri cattolici furono al conclave et vi stettero fino a 6 hore, Trento si portò valorosamente acciò si scostasse parte de' Carafeschi che furono da cinque o sei et così la cosa si quietò, ancora che havesse 27 voti. Non perse però speranza perchè questa mattina in scrutinio ha fatto un altro rumore, et se dubitava che questa notte non volesse fare più sforzo che hier notte. Però ci sono avvisi del conclave di 3 hore di notte di questa sera, che dicono che non solo si è fatto poco, ma niente, et secondo il tenore di questo avviso pare che Ferrara voglia renovare le pratiche di Mantova et la opinione di molti è che lo faccia pensando che Farnese per liberarsi della paura del Mantova andasse in lui. Dandino está enfermo y S. Giorgio morirá seguramente, di modo che la fattione di Ferrara si sminuisse et bisognerà si risolva.—Juan Antonio de Tassis a Mad. Margherita d'Austria reggente di Fiandra, *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes., 763.

(2) Vargas en Döllinger, Documentos, I, 305.

tables la guerra, el escándalo y el cisma, pues públicamente compraba la tiara de la manera más ignominiosa que se podía pensar (1).

Carafa había apoyado la pretensión de Este, pero acaso solamente con la intención de obligar por este medio a Sforza a la elección del adversario de Este, Carpi. Cuando algunos que al principio habían prometido a Este sus votos, no cumplieron su palabra, también Carafa se retrajo; de suerte que el cardenal de Ferrara se quedó muy lejos del necesario número de votos. Los amigos de Este, empero, no dejaron ni aun entonces de trabajar por él (2). El 3 de diciembre se expresó todavía con muy alegres esperanzas escribiendo al duque Cosme de Florencia (3). Sólo en los últimos días del conclave renunció enteramente.

Una causa principal para que Este no difiriera ya por más tiempo su pública pretensión de la triple corona, fué que dos de sus más fervorosos partidarios, los cardenales Capodiferro y Dandino, habían enfermado mortalmente y estaban desahuciados por los médicos (4). También algunos otros cardenales estaban seriamente amenazados en su salud por la prolongada permanencia en el aire corrompido de un local cerrado y lleno de demasiadas personas (5). Fuera del conclave, los efectos de la prolija sede vacante se hacían sentir cada vez más desagradablemente. La carestía aumentaba cada día en la ciudad (6), los litigios se decidían por la espada en vez de la sentencia de los jueces ordinarios (7). Sobre la dilación de la elección reinaba universal indignación (8). El 12 de noviem-

(1) Ibid., 306.

(2) Los más elevados números de votos obtenidos por Este caen a los principios de diciembre, pero nunca alcanza más de 12 ó 13 votos (en el día 1.º y 4). V. las *listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*) en el número 1 del apéndice.

(3) Petrucelli, 151.

(4) Guidus, 623.

(5) Deinde [30 de noviembre] fuerunt intromissi 12 fachini, qui... deberent purgare conclave, in quo fetor erat insupportabilis, et multi cupiebant exire timentes aliquam contagiosam infirmitatem (Bondonus, 526). Que muchos estaban enfermos en el conclave, lo notan los *Avvisi al 2 de diciembre, Urb., 1039, pág. 105^b, *Biblioteca Vaticana*. Gran puzzone è in conclavi: 11 de diciembre, ibid., pág. 106^b. Dentro hay muchos enfermos: Vargas en 29 de noviembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 303. Cf. Müller, 201; Susta, Pius IV, 144.

(6) Guidus, 621 (al 27 de noviembre).

(7) Guidus, 618. Cf. arriba pág. 62, nota 2.

(8) Cf. Dembinski, Wibór, 260.

bre los tesoreros comunicaron a los cardenales que no podían ya hallar dinero para pagar a las tropas el debido sueldo (1). Por esta causa se limitó el número de las tropas; pero presto los clérigos de la Cámara Apostólica se quejaron de que los recursos pecuniaros no bastaban tampoco para el más reducido número (2). Excitó grande alteración el que algunos protestantes de Carintia y Suiza aprovecharon la reinante impunidad para introducirse en la ciudad clandestinamente en hábito de frailes, y esparcir sus doctrinas en sermones y disputas (3). Los romanos se sintieron heridos en su honra por este caso, porque se decía que los predicadores extranjeros habían interpretado la destrucción del edificio de la Inquisición a la muerte de Paulo IV, en el sentido de que en el pueblo romano había propensión a las falsas doctrinas. Se exigía públicamente que los intrusos fueran entregados al pueblo para que los juzgara y pudiera demostrar así su ortodoxia (4).

No faltaron advertencias a los cardenales para que finalmente procedieran a una definitiva elección. Así el 12 de noviembre, inmediatamente después de la votación, el cardenal Cueva pronunció un grave discurso, en el cual señaló con energía los malos efectos de la demora de la elección (5). El 27 de noviembre se presentaron de nuevo en el conclave los conservadores de la ciudad, y expusieron sus antiguas quejas (6). Esta vez por lo menos se les dió tanto oído que se echó del local del conclave a unos 80 conclavistas (7), según otra relación, hasta 120 (8). El 30 de noviembre, el doctor en Derecho Fabio Cordella fué nombrado

(1) Guidus, 619.

(2) Bondonus, 528. Según las *cuentas que se hallan en el *Archivio pubblico de Roma*, todos los gastos para el conclave subieron a 60000 ducados, los soldados costaron 40118 ducados. V. Susta, Pius IV, 144, nota 2.

(3) Guidus, 618.

(4) Ibid., 618; cf. 619, 624.

(5) Guidus, 619. Pacheco, como se contaba en Roma (**Avviso di Roma* de 18 de noviembre de 1559, Urb., 1039, pág. 102, *Biblioteca Vaticana*), censuró mucho a Carafa sus strani trattati; díjole, lo que gustó mucho a los más, che tal cose non eran'a far in conclavi, ne tra cardinali, et che molto si maravegliava della sua presontion et audatia con tanto poco rispetto al grado ch' hora teniva et al sacro collegio.

(6) Guidus, 621.

(7) Bondonus, 526.

(8) Guidus, 622. Según el **Avviso di Roma* de 2 de diciembre de 1559, el miércoles, 29 de noviembre, fueron despedidos 60 conclavistas, y el jueves, 30, otros muchos. Urb., 1039, pág. 105, *Biblioteca Vaticana*.

maestro del conclave, con la incumbencia de que la ordenación de reforma tocante a las comidas de los cardenales no quedara letra muerta (1). Al gobernador del Borgo se le encomendó que hiciera cerrar todos los aposentos que estaban al lado del conclave y debajo de él, para que se limitara la comunicación con los de fuera (2).

Los representantes de los príncipes extranjeros se presentaron frecuentemente al conclave para instar a la aceleración de la elección. Así el 14 de noviembre el embajador del rey de Francia (3) y el 25 el embajador imperial Francisco de Thurm (4). Vargas se había ya dejado oír ante los cardenales en bien compuestas oraciones, el 27 de noviembre y el 13 de octubre. El 8 de diciembre se presentó de nuevo con una carta de su rey (5) y pronunció de nuevo un discurso sobre la necesidad de llegar lo más presto posible a una elección. El cardenal decano Du Bellay le contestó y se permitió mezclar algunas verdades desagradables. Indicó que la culpa de la dilación estaba en las injustas influencias del exterior; que tan presto como se dejara a su libertad a los cardenales, la elección quedaría pronto arreglada; y que al contrario, era negocio inútil aconsejar a los cardenales públicamente que se apresuraran lo más posible, y luego bajo mano hacer todo lo que difiriese la elección indefinidamente (6).

Du Bellay había hecho estas alusiones en tono medianamente enojado (7). Naturalmente Vargas, apoyado por Pacheco y Farnese, se esforzó en seguida por apartar de su soberano toda sombra de reproche (8). Du Bellay respondió a la defensa, que por parte de España se había amenazado a los cardenales que no quisieran acomodarse, con la pérdida de sus rentas. A lo cual replicó

(1) Bondonus, 526. Al 5 de diciembre anota Bondonus: *observatum, quod pro Ill^{mis} non intromitteretur nisi unum ferculum.*

(2) *Ibid.*, 526, 529 (al 1.º y 20 de diciembre).

(3) *Ibid.*, 525.

(4) *Ibid.*, 526. Wahrmund, 262. Susta, Pius IV, 140.

(5) de 16 de noviembre, llegada a Roma el 4 de diciembre. Se halla impresa en Wahrmund, 84 ss. Cf. Müller, 182; Sägmüller, 100.

(6) *Si quid nunc ab ipsis peccaretur, tolerabilius videri debeat, quod non magis ipsorum culpa acciderit, quam eorum, qui sese in electionis negotio, quod ad eos nulla ex parte pertineret, immiscere tam solliciti vellent. Nihil enim intra parietes conclavis dissidii esse, quod non extrinsecus importaretur.* Guidus, 624.

(7) *non sine stomacho prolata.* Guidus, 624.

(8) *Ibid.*

Pacheco diciendo a voces dos veces que esto no era verdad (1). Luego siguió la entrega de la carta del rey, redactada en forma digna (2). Decíase en ella que el rey no quería intervenir en la elección estorbando; que no era incumbencia suya dar a los cardenales prescripciones para la elección, y que los cardenales mirasen solamente al servicio de Dios, sin respeto a él, y eligiesen a aquel que fuera el más apto en la situación tan peligrosa de la Iglesia. Du Bellay contestó en forma cortés al discurso de defensa de Vargas, pero no omitió expresar el deseo de que las obras correspondieran a las palabras. Farnese, al contrario, declaró que la conducta de don Felipe no necesitaba de justificación alguna, y que Du Bellay al fin de su discurso no había hablado de todo el Colegio cardenalicio (3).

El mismo 8 de diciembre, en que Vargas pronunció su discurso, procuraron los franceses elevar a Reumano al trono pontificio (4). Poco antes habían trabajado en favor de Tournón, y también se habla por este tiempo de Cesi y Pisani (5). Ninguno de todos estos tenía probabilidades de salir adelante. Entre el pueblo romano la candidatura de un cardenal francés, como lo eran Tournón y Reumano, era por extremo malquista. No se habían olvidado todavía los tiempos de Aviñón, y se temía que un francés quisiera sacar de Roma el asiento del papado. Cuando en la noche del 8 de diciembre se esparció el rumor de que Reumano estaba próximo a la tiara, el pueblo corrió al capitolio y amenazó con tocar a rebato. Y no se restableció la tranquilidad hasta que llegó la noticia de que Reumano no sería elegido (6). Además los pretendientes franceses hallaron enemigos entre los de su mismo partido. Este todavía no había renunciado a sus propias esperanzas y trabajaba en secreto contra sus propios amigos (7). Mas Carafa

(1) Müller, 182 s. Para la apreciación de este cargo, cf. *ibid.*, 199 y Merkle, II, 624, not 5.

(2) Wahrmond, 84.

(3) Guidus, 625.

(4) Guidus, 625 s. Según el *Avviso di Roma, de 11 de diciembre de 1559 (Urb., 1039, pág. 106, *Biblioteca Vaticana*), todavía en la noche del 10 y en el 11, se trabajó en favor de Reumano, pero no se reunieron más de 27 votos. Vargas en 12 de diciembre, en Döllinger, Documentos, I, 310.

(5) Petrucelli, 154 s. Tournón dijo, non volere che per lui s'allonghi il conclave per un giorno. *Avviso di Roma de 11 de diciembre de 1559, Urb., 1039, pág. 106, *Biblioteca Vatic.*

(6) Guidus, 626. Petrucelli, 154.

(7) Müller, 190.

estaba más bien en lo exterior de parte de los franceses, pero en realidad había sido de nuevo ganado por los españoles y se había vuelto a pasar a ellos.

Vargas, para quien todo estribaba en la amistad de Carafa, aguardaba con expectación la confirmación real de las grandes promesas que se había permitido hacer a Carafa por sí y ante sí. Cuando a principios de diciembre no había llegado todavía ninguna autorización de este género, y por eso era muy inminente la completa defección de Carafa, juzgó Vargas poder hacer por sí mismo lo que en España se descuidaba, según él creía, solamente por desconocer el estado de las cosas. Por tanto, compuso un documento, que contenía las más amplias concesiones para Carafa, y lo comunicó al ambicioso cardenal como si hubiese sido enviado por don Felipe (1). Entonces Carafa quedó en seguida ganado, pero declaró que no podía pasarse inmediatamente al partido español, sino que debía aguardar una ocasión a propósito.

Carafa fué presto forzado por los acontecimientos a arrojar la máscara. Desde principios de diciembre los franceses volvían a proyectar la elección de Gonzaga. Ya antes del intento de elevar al cardenal Reumano, Carafa había prometido a los cardenales Guisa, Este y Madruzzo, que intervendría con siete votos en favor de Gonzaga (2), y con esto aseguraría su elección; sólo solicitó una dilación para entre tanto poder procurar alguna honra y satisfacción a algunos de sus partidarios con tentativas aparentes de elevarlos (3). Por último, prometió determinadamente su colaboración en favor del cardenal de Mantua, para el 14 de diciembre. El 13 se esperaba generalmente en la ciudad, que en brevísimo plazo se resolvería la elección en favor de Gonzaga; Madruzzo y otros hicieron ya que se llevasen sus alhajas de plata del conclave, para que después de la elección no cayeran en poder de los saqueadores, como solía suceder (4).

(1) Vargas en 12 de diciembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 309: Acordé sin dar parte a persona formar un capítulo, como que V. M. me lo escribía.

(2) con sette voti: *Curcio Gonzaga al alcaide de Mantua, en 15 de diciembre de 1559, *Archivo Gonzaga de Mantua*; con seis de sus votos: Vargas en 14 de diciembre de 1559, en Döllinger, I, 314.

(3) *Curcio Gonzaga, loc. cit. Según Curcio, la tentativa en favor de Reumano fué también aparente.

(4) Vargas, loc. cit.

Mas entre tanto, los antiguos adversarios de Gonzaga, Farnese, Sforza y los partidarios de Carafa, no habían estado ociosos. En la mañana del día decisivo, Carafa pidió a Este y Guisa otra dilación hasta la tarde; no mucho después, empero, todo el conclave resonó con el clamor de: Carpi, Carpi, y éste fué proclamado Papa por muchos cardenales, en lugar de Gonzaga. Pero los franceses no estaban desprevénidos; Carafa había hecho decir que su designio era hacer sólo una tentativa aparente en favor de Carpi. Pero a pesar de eso, los franceses no se adormecieron, como si ya estuviesen seguros: para todo evento habían ya preparado un número de votos más que suficiente para excluir a Carpi. Se congregaron en la Capilla Sixtina en cerrado escuadrón y hacían burla de los inútiles conatos de Carafa (1). En la noche

(1) Las relaciones que se hallan en Bondonus, 528, Guidus, 626 s., las de Vargas, loc. cit., 314 ss. y Curcio Gonzaga no se pueden conciliar en todo. Nuestra narración se acomoda en lo esencial a la carta de Curcio Gonzaga, todavía no utilizada (v. pág. 76, nota 2): *...già più di otto giorni sono Carafa havea dato la fede sua con quelle maggior parole che dir si possono in simili negotii, al cardinale di Guisa, a quello di Ferrara et a quello di Trento di venir in Mantua con sette voti et di farlo papa, perchè tanti erano anche di soverchio. Ora per questo si tenea la cosa franca, ne si aspettava altro che il giorno determinato, perchè Carafa havea tolto tempo di voler dare qualche sodisfattione ai cardinali dalla sua fattione, et così se fece quella sborita di Reumani, come dee sapere; finalmente parendo a questi rev^{mi} Francesi, che quest' uomo la tirase più in lungo di quello che bisognava, commincioron a dubitare et a restringer il negotio et a pregarlo a volerle ormai dar fine, tal che esso non sapendo più come tirarla in lungo, disse che il dì seguente, che fu ieri, cioè il XIV di questo, senza fallo l'espedita et che l'allongava questo poco di più per dar un poco di sodisfattione a Carpi et per vedere di vincere un altro voto delli suoi, il che intendendo quei signori dubitarono maggiormente, pur non ne fecero vista, parendoli pur gran cosa che costui, che fa tanta professione di cavaliere, volesse mentire a questo modo. Con tutto ciò per giocar più cautamente che poterono, si risolsero di mettersi in mano l'esclusione di Carpi per ogni caso che potesse occorrere, havendo osservato che il buon Carafa era stato alla cella di Carpi et che si havevano fatto un mondo di carezze et accoglienze.—In somma, venuto il dì et l' hora prefissa al termino nostro, il buon Carafa andò a trovar Ghisa et Ferrara et li disse, che li pareva meglio a tardar la cosa sin dopo cena a fine che Farnese non sturbasse qualche cosa. Intanto si trattava e da Farnesi e della banda Carafesca l'adoratione di Carpi et in un tratto s'udi una voce per il conclave: Carpi! Carpi! con una piena di cardinali alla volta della sua cella, et il buon Carafa, scoperto l'assassinamento se ne era andato colà per condurlo in cappella. Gaddi et Vitelli della fattione Carafa c' haveano tramato la cosa di Mantova et impegnata la lor fede a Guisa et Ferrara, sentendo il rumore et mandati a chiamare da Carafa per non mancar alla fede loro si risolsero di non ci volere andare per modo alcuno, talche Carafa li andò a trovare alla cella et quivi gettandosi in ginocchio li cominciò a pregare che non volessero mancare all'*

siguiente se llegó a un violento altercado entre Carafa y Guisa (1). Carafa concertó con Sforza una alianza formal, corroborada con sus firmas, según la cual ambos adalides de partido prometían proceder unidos y Carafa renunciaba a la elección de los cardenales excluidos por don Felipe; con los franceses rompió Carafa clara y abiertamente (2).

Después de la derrota de Gonzaga, los franceses trabajaron en favor del anciano Pisani; al contrario, a los españoles se les ofreció como lo más natural intentar la elección de Pacheco, pues ya el 27 de octubre había escrito don Felipe, que Pacheco le sería más grato que ningún otro (3). En la mañana del 18 de diciembre, los españoles acudieron a la votación con grandes esperanzas. Como Capodiferro y Dandino habían fallecido, y Du Bellay, por causa de enfermedad, se había ausentado del conclave, el partido francés no contaba por entonces más que con trece cardenales, y ya no tenía en su mano excluir por sí solo a Pacheco. Pero los españoles habían logrado ganar para éste tantos electores que creían poseer uno o dos votos más de los necesarios (4).

Para que ninguno pudiera ser infiel en secreto al candidato español, propuso Carafa, al comienzo del escrutinio, que se procediera a una votación pública y nominal (5). Disgustado por ello, declaró el representante del cardenal decano, Tournón, que seme-

obbligo che li haveano et alla fedeltà che gli erano obligati di portare, ne per ben che li pregasse e scongiurasse mai ci volsero andare, et si dice anche che vennero a brutte parole et che Vitelli havendoli Carafa detto che l'assassinava, gli rispose che mentiva. In somma non ci fu mai ordine che ci volessero andare, anzi per farsi più forti, si ritirarono alla fattion francese, la quale si stava con l'esclusione di XXVI voti beffandosi et irridendosi di così fatta sbragata. Ultimamente dicono che Guisa disse di brutte parole a Carafa chiamandolo indegno di casa sua et traditore con molte vilanie et che esso non li rispose altro che: Signori, non mi toccate nell'onore. Vero è che non si può ancor sapere ben la cosa precisa, perchè vien da varii variamente detta, ma senza dubbio questo ch'io le scrivo io, è tenuto per certo. En el conclave reinó indescriptible excitación; dicen que Carafa estuvo llorando toda la noche. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) *Avviso di Roma, de 16 de diciembre de 1559: si dissero molte villanie et tali che li facchini in ponti a pena potrebbono dirsi peggio..., cose in vero vergognose et indegne a quella congregatione. Urb., 1039, pág. 108^b, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Bondonus, 528.

(2) Vargas en Döllinger, Documentos, I, 315.

(3) Vargas en 30 de noviembre de 1559, *ibid.*, 295.

(4) Vargas en 21 de diciembre de 1559, *ibid.*, 318.

(5) Thurm pone esta propuesta en boca de Farnese, en una carta a Fernando I, de 23 de septiembre. Wahrmond, 263.

jante modo de proceder era anticanónico y haría inválida la elección. Pero en seguida replicó Farnese, que para la elección pontificia sólo se requería que estuviesen de acuerdo los cardenales, y que era indiferente el modo como esto se obtuviera (1).

Para poner término a la controversia levantóse Carpi y ensalzó los merecimientos de Pacheco de una manera brillante. Luego echó a tierra ruidosamente la mesilla de escribir ante la cual estaba, se dirigió a Pacheco y le saludó como Papa besándole el pie. Siguiéronle Carafa, Farnese, Sforza y muchos otros (2). También los cardenales enfermos Ghislieri y Saraceni acudieron, conducidos por Alfonso Carafa, desde sus celdas, para reforzar el partido de Pacheco (3). Hasta un francés, el cardenal Reumano, tomó parte en la adoración, y cuando le preguntaron cómo quería dar su voto a un hombre que recientemente le había a él negado el suyo, dió por respuesta: Pacheco hizo bien en no intervenir en favor de un indigno; pero para mí no hay razón ninguna para no apoyar a uno digno (4). Savelli, por el contrario, se mantuvo alejado de la adoración, pues era una afrenta para un romano (según él creía) elevar sin necesidad a un extranjero (5).

Entre tanto, llamaron con grande estrépito a la puerta del conclave; díjose que el cardenal Du Bellay había vuelto y solicitaba entrar. Pero no era sino una tentativa indigna, y sobre esto por demás superflua, para estorbar la elección (6); pues cuando se contaron los partidarios de Pacheco, se halló que eran sólo 27, y por tanto faltaban todavía tres votos para la mayoría de los dos tercios (7). Cuatro cardenales: Corgna, Mercurio, Cornaro y Savelli, en los cuales habían confiado los españoles con seguridad, se retrajeron en el momento decisivo. Vargas se airó principalmente contra Corgna, pues creía que si éste se hubiera

(1) Guidus, 628.

(2) Guidus, 628; cf. Petrucci, 157.

(3) Bondonus, 529.

(4) Guidus, 629.

(5) Guidus, 628. Thurm, loc. cit., 264.

(6) Bondonus, 529.

(7) Pacheco obtuvo 27 votos, según Bondonus, 529 (Pacheco a Felipe II en 19 de diciembre, en Müller, 214, nota), 28 según Julio de Grandis, obispo de Anglona, en Petrucci, 157. Vargas en cambio escribe en 21 de diciembre: le adoraron hasta veintiséis, de modo que le faltaban tres (en Döllinger, Documentos, I, 318). Alejandro Farnese notifica escribiendo a España en 29 de diciembre, que no todos los cardenales adictos a Felipe II habían votado en favor de Pacheco, porque no era italiano (oltramontano). Caro, III, 269.

decidido por Pacheco, los otros le hubieran seguido (1). Corgna tuvo por necesario justificar su actitud y la de Mercurio respecto de la elección de Pacheco, en una carta a don Felipe (2).

Por la tarde se intentó de nuevo elevar a Pacheco por general adoración; pero el número de votos fué todavía menor esta vez que por la mañana (3). Mas a pesar de eso, sus partidarios no abandonaron aún la esperanza. A instigación de Sforza y Farnese, Vargas procuró volver a reducir a Mercurio, por la noche, al partido español. Entonces acudió el cardenal Guisa y reprochó al embajador porque se ingería en la elección. Se trabó un largo altercado entre ambos, bien que en forma cortés (4), con lo cual

(1) Vargas en 20 de diciembre de 1559, en Döllinger, I, 318.

(2) *Corgna a Felipe II en 20 de diciembre de 1559, *Archivio Borghese*, ahora en el *Archivio segreto pontificio de Roma*, Ser. I, n. 206, pág. 123 ss.; cf. Müller, 218. Tiépolo al senado de Venecia, Toledo 30 de enero de 1560, en Brown, VII, n. 127. Escribe Corgna (pág. 124), que él hubiese votado de buena gana en favor de Pacheco, se non havessi giudicato et per la natura sua tarda et per esser vecchio et mal sano et per qualche altra causa che io restarò di dire a V. M., che fusse poco atto a poter reggere a tanto peso quanto richiede il bisogno de' tempi presenti et le miserie in che si truova la povera et afflitta Chiesa. — Nel corsò poi di questa negociacione le cose si sono trattate d'un modo che a me non è mai piaciuto, havendo veduto le passioni prevalere al debito et all' honesto. — Finalmente si è venuto al punto di proporre le cose di esso Paceccho et fra molti altri che non vi hanno consentito, non è parso ne al card. di Messina, ne a me d' adherirli, parte per le cause suddette, e parte per il modo che si è tenuto. Dalla qual resolutione essendosi alterati non solamente il card. Paceccho, ma Vargas ambasciatore di V. M. et vedendo non potere colle persuasioni a indurci a questo consenso, si son volti alli protesti, havendo esso Vargas minacciato Ascanio mio fratello et il povero card. di Messina, veramente huomo dabbene, di farli levare tutte l' entrate, che hanno sottoposte a V. M., come se in questo havesse a operarsi contro la coscienza propria per timore della perdita di beni temporali... Rendasi pur certa V. M., che se bene le siamo devotissimi et veri servitori, non possiamo però credere, che ella sia per desiderare da noi più oltra di quello, che la coscienza et la ragion ci detta. Vargas (en 21 de diciembre, en Döllinger, Documentos, I, 322) niega, que él hubiera amenazado a un *cardenal* con la sustracción de las rentas, sino que es invención de Perosa, por lo que Ascanio su hermano le escribió de suyo, cuando andaba lo de Ferrara.

(3) Thurm en Wahrmund, 264. Según Thurm (ibid.), era «opinión general», que Sforza, Carafa y Farnese no tomaron en serio la elección de Pacheco, sino que sólo quisieron hacer una demostración delante de Vargas y Pacheco, en prueba de sus sentimientos favorables a España.

(4) citra indignationem tamen, immo cum summa benevolentia (Guidus, 629); con todo tiento de ambas partes (Vargas en Döllinger, Documentos, I, 321). Según Thurm, decían nonnulli et communiter omnes, que Guisa había declarado a Vargas, que por extralimitarse en sus poderes merecía ser arrojado al Tiber. Wahrmund, 264.

los conatos de Vargas acerca de Mercurio fueron claramente desbaratados. Cuando el embajador se hubo alejado, Guisa hizo venir un artesano y tapiar la abertura de la pared, por donde Vargas solía comunicarse con los cardenales (1).

También fueron infructuosos otros esfuerzos de Vargas. Con la candidatura de Pacheco fracasó la última esperanza del partido español, de poder determinar el Papa con solas sus fuerzas. Quedaba bastante evidente que no era posible llegar al término sino por medio de una inteligencia con los franceses (2). Además, de la mayor parte de los cardenales se había apoderado un cansancio tal que hubieran elegido Papa a un pedazo de madera, como dice Vargas (3), solamente para llegar al fin. El 22 de diciembre y los días siguientes, los adalides del partido francés y del español dispusieron reuniones para ponerse de acuerdo sobre un candidato común (4). La decisión osciló ya presto sólo entre Cesi, hasta entonces todavía no propuesto ni rehusado, y aquel cardenal al cual habían señalado los perspicaces desde el principio como el único Papa posible, Médicis (5).

Sobre los últimos días del conclave se conservan relaciones exactas de Panvinio, que asistió a la misma elección como testigo ocular, y acerca de otras cosas refiere lo que supo tras minuciosas informaciones (6). Al principio del conclave el cardenal Diomedes Carafa lo había pedido a Farnese como conclavista; Farnese empero era con muchos otros de parecer que el conclave duraría muy poco, y que por eso no había para qué se molestase Panvinio en dejarse también encerrar (7). Con todo, cuando se aproximaba

(1) Guidus, 628 s. Bondonus, 529. Cf. Vargas en Döllinger, I, 320 s., 321 s. No improbablemente ya a mediados de noviembre se hizo tapiar una ventana ante los ojos de Vargas. Müller, 198. Cf. con todo Sägmüller, 71, nota 1; Merkle, II, 529, nota 3.

(2) Cf. Susta, Pius IV, 144.

(3) Vargas en 20 de diciembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 317. Sobre la impaciencia de Concini v. su carta satírica de 16 de diciembre de 1559, en Dembinski, Wybór, 260.

(4) Julio de Grandis, obispo de Anglona, en 23 de diciembre, en Petrucci, 158.

(5) Sobre las probabilidades de Médicis cf. arriba págs. 47, 51-52, y Vargas, loc. cit., 279, 319.

(6) Panvinus, De creatione Pii IV papae, en Merkle, II, 575-601. Panvinio concuerda algunas veces literalmente con Guido; compárense, por ejemplo, Guidus, 630, 5 s. con Panvinus, 581, 41 s.; Guidus, 630, 1 con Panvinus, 580, 20; Guidus, 630, 16 con Panvinus, 583, 1, etc.

(7) Panvinus, 577.

Navidad y para prepararse para la fiesta, fueron llamados al conclave muchos confesores, Farnese cuidó de que también Panvinio entrara el 24 de diciembre (1).

Panvinio halló a los cardenales todavía no enteramente esperanzados de una presta elección. Carpi, al cual visitó primero, le dijo que si no era elegido un Papa aquel mismo día o al siguiente, temía que el conclave iba a durar todavía seis meses (2). Las negociaciones de los jefes de los partidos ya habían entonces conducido al resultado de que sólo se podía elegir entre Cesi y Médicis, pero por otra parte quedaban todavía grandes dificultades contra ambos (3). Los españoles estaban por Médicis, los franceses se inclinaban más a Cesi, aunque no estaban propiamente contra Médicis. El partido de Carafa no se había podido poner de acuerdo. El influyente Vitelli intervino resueltamente en favor de Médicis, el cardenal de Nápoles estaba contra él y en favor de Cesi, el mismo Carafa vacilaba (4).

Cuando Panvinio, al día siguiente, fiesta de Navidad, visitó por la tarde a varios cardenales, la situación estaba ya notablemente cambiada. Madruzzo y Truchsess, aunque de mala gana, consideraban la elección de Médicis como enteramente asegurada. De Cesi no se hablaba ya (5). A pesar de eso, Panvinio no creía todavía en un presto fin del conclave, y por la tarde pidió al cardenal Farnese que le dejara volver a la ciudad. Mas éste le animó a quedarse, diciéndole que la elección era inminente (6).

Casi súbitamente las cosas habían tomado un nuevo rumbo. Todavía el 21 de diciembre se trató seriamente de disolver el conclave antes de Navidad y no volverlo a convocar sino pasada la Epifanía (7). Pero ya al siguiente día se acercaba la decisión. Después de la comida del mediodía, los cardenales Carafa y Vitelli encontraron por casualidad al cardenal Guisa. Se trabó una conversación, en la cual Guisa dirigió al fin a Carafa la pregunta de por qué todavía se difería la elección. Carafa contestó

(1) Ibid.

(2) Ibid., 578.

(3) *Ingentes etiam nunc difficultates superesse*: Guidus, 630; *ingentes difficultates in utrisque superesse constabat*: Panvinus, 580.

(4) Panvinus, 580.

(5) Ibid., 578.

(6) Ibid., 579.

(7) Ibid., 580-581.

que no era suya la culpa. Entonces Guisa ingirió la observación de que para él, que presto se partiría de Roma, podía ser indiferente quien obtuviese la tiara, supuesto que el electo fuera capaz para su cargo. Pero que como habían sido rechazados todos los cardenales propuestos por los franceses, requería el honor de éstos no admitir tampoco por su parte a los candidatos de los españoles, sino dar su voto a otro. Con esto había Guisa indicado con bastante claridad a Cesi, el cual hasta entonces ni había sido propuesto seriamente, ni rechazado. Vitelli objetó que no era justo excluir por tales motivos a un candidato digno; que no se trataba del partido a que se perteneciera, sino de la dignidad. A esto replicó Guisa que ya comprendía lo que pretendía Vitelli con aquella objeción, que intentaba con ella recomendar a Médicis. Añadió que él por su parte, para mostrar su buena voluntad, les proponía en nombre de los franceses dos candidatos: Cesi y Médicis. Que de estos dos podían señalar uno, y luego los franceses lo elegirían. Guisa hizo depender su promesa todavía de una condición: de que también Alfonso Carafa había de dar su aquiescencia al candidato por el cual se decidiera su tío (1). Alfonso hasta ahora no había sobresalido en el conclave; sólo cuando Carlos Carafa se había hecho malquisto aun de sus propios partidarios, con sus eternas dilaciones, el crédito de Alfonso dentro de su partido había crecido notablemente (2).

Era fácil de prever de qué lado caería la decisión entre Cesi y Médicis. Cesi era considerado como afecto e inclinado a los franceses; esto le recomendaba tan poco a los cardenales como la circunstancia de que no era especialmente grato al rey de España (3). De otra manera estaban las cosas respecto de Médicis. A la verdad, hasta ahora había sobresalido poco en las negociaciones de la elección. Habiendo entrado en el conclave medio enfermo, había permanecido casi siempre en cama (4). En los escrutinios nunca obtuvo

(1) Ibid., 581.

(2) Es nombrado con honor inmediatamente después de Carlos Carafa, por ejemplo, por Concini, en 16 de diciembre (Petrucelli, 156), y por Vargas en 21 de diciembre (Döllinger, Documentos, I, 319, 320).

(3) Alejandro Farnese escribe en 29 de diciembre de 1559, que se había dejado a un lado a Cesi, per esser nominato da' Francesi, e perchè per l'ultima vostra m' accennaste che non era servizio di Sua Maestà. Caro, III, 270. Cf. Vargas en 18 de octubre, en Döllinger, Documentos, I, 279.

(4) Albèri, II, 4, 61.

sino muy pocos votos (1), y ninguno de los cardenales influyentes mostró especial celo por su elevación. En cambio, pesó mucho en la balanza en favor suyo, el haber sido señalado como persona grata así por la corte española como por la francesa. Finalmente su candidatura se consideró como el último medio a que se debía recurrir cuando todos los demás intentos fracasasen. Vargas, uno de los que principalmente dirigían las negociaciones, en los primeros días después de su llegada a Roma había escrito, que se podría intentar la candidatura de Médicis cuando otros pretendientes hubieran tenido mal éxito; pero, añadía que otro le sería más grato (2). Más tarde se expresó con menos reserva (3). Alejandro Farnese estaba obligado ya hacía tiempo a Médicis por promesas expresas (4); sólo para defenderse de Gonzaga hizo por algún tiempo que no se realizaran sus deseos, prestando apoyo a los intentos de Carafa. Sforza estaba enteramente de parte de Médicis; y como ahora también Guisa y los franceses se declararon en su favor, sólo faltaba que se pasaran a él Carlos y Alfonso Carafa para que se decidiera la suerte (5).

Por eso a los ojos de Vitelli, con la promesa de Guisa quedaba resuelto el asunto de la elección en favor de Médicis (6). Carlos Carafa, en los últimos días se había ya inclinado mucho hacia Médicis; Vargas y Alejandro Farnese le empujaban adelante en esta dirección (7). Pero fué de importancia decisiva que Cosme de Florencia estimó entonces llegado el instante de intervenir resueltamente en favor de su protegido. Por mediación de Vitelli, los agentes florentinos hicieron presentar a Carlos Carafa cartas en las cuales Cosme hacía grandes promesas a los nepotes de Paulo IV (8). Decía en ellas el duque, que quería agenciar con Felipe II para el cardenal Carlos Carafa una compensación

(1) V. las *listas de escrutinios (*Biblioteca pública de Munich*) en el número 1 del apéndice.

(2) Vargas a Felipe II en 28 de septiembre de 1559, en Döllinger, I, 270.

(3) Vargas a Felipe II, en 18 de octubre y 21 de diciembre de 1559, *ibid.*, 279, 319.

(4) Susta, Pius IV, 149, nota 1.

(5) Vargas escribe en 21 de diciembre, de Médicis: Este creo que a esta hora tiene más derecho, si Nápoles se ablanda, y Ferrara viene en él de buen pie, que Carafa no está ya en excluirlo, como antes; en Döllinger, I, 319.

(6) Panvinius, 581.

(7) *Ibid.*

(8) Susta, Pius IV, 149.

por Paliano; al marqués Antonio Carafa, que pleiteaba con el conde de Bagno acerca de Montebello, le prometió imparcialidad en este litigio, en el cual hasta entonces había estado contra Antonio. En vista de esto, Carlos Carafa se pasó a Médicis (1).

Más difícil fué para Vitelli mover al cardenal de Nápoles, Alfonso Carafa, a intervenir en favor de Médicis. Alfonso estaba bajo la influencia de su padre Antonio Carafa, marqués de Montebello, el cual no se fiaba de las promesas de Cosme y por eso recomendaba a su hijo la elección de Cesi. Fuera de esto, había sido el hombre de confianza del difunto Papa; mas éste no había querido saber gran cosa del cardenal Médicis (2). A esto se agregó todavía como razón decisiva, el no haberse dejado Alfonso convencer de la completa seguridad de Médicis en la cuestión de las concesiones a los protestantes (3). Por eso Vitelli no pudo por lo pronto conseguir, a pesar de muchas persuasiones, sino que Alfonso prometiera reflexionar sobre aquel asunto (4).

Tampoco al siguiente día obtuvo Vitelli nada; Alfonso permaneció inmovible. El día 24 los planes de los amigos de Médicis llegaron a oídos de los adversarios del mismo y entonces éstos asediaron a Alfonso Carafa para que se separara del partido de su tío. Apenas oyó esto Carlos Carafa, cuando corrió y, apoyado por Vitelli, por medio de reprensiones, ruegos y amenazas, estuvo apretando al joven cardenal de Nápoles hasta tanto que prometió que permanecería en su partido (5).

Entre tanto, la causa de Médicis era activada ardorosamente

(1) Según Riess, 392, Cosme prometió a los Carafas 300000 escudos para el caso de que Felipe II rehusase dar una compensación territorial por Paliano. Un «contemporáneo notoriamente [?] bien informado», según Riess, 407, en una relación anónima, fechada en Venecia, dice que el Papa procesó a los Carafas para que Cosme recobrase su escrito promisorio, y no se hiciese público este asunto.

(2) *Leviusculum, vanum et, ut dicitur, cerebrellinum appellare solebat* (Panvinus, 582). Paulo IV había reprendido públicamente en el consistorio al cardenal Médicis, el haber procurado conseguir el arzobispado de Milán por medios no exentos de reparos (*ibid.*, 589, nota h).

(3) *Napoli si è lasciato intendere, che per niuno conto vole dar il voto suo a Medici, sendo, come dicono, sospetto di heresia; pare che hebbe questo per ricordo dalla santa memoria di papa Paulo IV.* Así escribe por noviembre Caligari, agente de Carafa, a Antonio Carafa, en carta publicada por Susta, Pius IV, 150, nota 1.

(4) Panvinus, 582.

(5) *Ibid.*

bajo mano por los emisarios florentinos. En nombre del futuro Papa prometieron que Montebello y Paliano serían secuestrados por la Cámara Apostólica hasta la resolución del litigio, y que el Papa, en unión con el duque Cosme, se interpondría con Felipe II en favor de los Carafas. Antonio Carafa se dejó ganar y ejerció entonces influencia sobre su hijo Alfonso según la mente de Cosme (1). Con esto quedó logrado un importante éxito para el cardenal Médicis (2).

En la mañana del día de Navidad, Vitelli se armó para dar un nuevo asalto a la firmeza de Alfonso. Esta vez le presentó una carta de recomendación en favor de Médicis, que el duque Cosme había dirigido al cardenal de Nápoles ya dos meses antes; pero Vitelli la había cogido y retenido. En ella el duque recomendaba su candidato con muchos ruegos y promesas, las cuales, sin embargo, no pasaban de generalidades (3). Cuando Vitelli se mostró poco satisfecho con ellas, el enviado de Cosme, Bartolomé Concini, por consejo de Vitelli, apeló al mismo medio que ya antes había ensayado Vargas: a nombre del duque de Florencia, compuso una carta a Vitelli de cuatro páginas (4), en la cual se prometía que todas las posesiones de los Carafas quedarían bajo la administración de la Cámara Apostólica hasta que Felipe II hubiera provisto una compensación correspondiente; y se aseguraba además, que Fabricio di Sangro, conclavista de Carlos Carafa, luego de terminada la elección, iría a Madrid como enviado del nuevo Papa, y trabajaría en interés de los Carafas (5). Que Felipe II había ya dispuesto de Paliano dos meses antes en favor de los Colonnas, no era entonces aún generalmente conocido. Ahora Alfonso se dió por vencido y asintió a la elección de Médicis. Por la tarde del día de Navidad, Vitelli fué a comunicar al cardenal Guisa tan importante nueva. Después de lo cual los jefes de los partidos, Guisa, Este, Sforza, Carlos Carafa y Ale-

(1) Susta, Pius IV, 150. Sebastián Gualterio recibió en 23 de diciembre particulares instrucciones de Vitelli, sobre cómo había de influir en el receloso marqués. Susta, Curia, I, LXXII, nota.

(2) Ya en 2 de diciembre escribía Concini a Cosme: *Farnese me fait dire que toute l'affaire de Medici c'est d'arranger celle de don Antonio Carafa*, en Petrucelli, 153.

(3) Panvinius, 582.

(4) Ibid.

(5) Susta, Pius IV, 150. Cf. Vargas a Felipe II, en 29 de diciembre de 1559, en Döllinger, Documentos, I, 325. V. también Caro, III, 271.

jandro Farnese, celebraron una reunión y fijaron la elección de Médicis para la mañana siguiente (1).

De todo esto no se dió entero conocimiento a Médicis hasta que su elección quedó virtualmente asegurada. La primera noticia concreta se la llevó Vitelli (2). Pronto fué la nueva conocida también en todo el conclave, y cuando al anochecer el cardenal de Nápoles, acompañado de Vitelli, hizo una visita a Médicis, se desvanecieron las últimas dudas. Entonces se produjo en el conclave un movimiento general. Carpi hizo todavía un conato para reunir votos contra Médicis, pero como no tenía de su parte a ninguno de los jefes de partido, no pudo contar con buen éxito. Al contrario, antes y después de la cena, una larga serie de cardenales se apiñaba en torno de la celda de Médicis, queriendo cada cual hablarle y darle el parabién. Después de Alfonso Carafa fué Vitelli y tuvo una larga conversación con Médicis, en la cual éste expresó el deseo de ver aquella misma noche a Guisa o a Este; dijo que no se entregaría al descanso antes de haber hablado con uno de ellos. Por los mutuos saludos y atenciones tardaban, con todo, más y más en presentarse ambos, lo cual fué muy desagradable para Vitelli y Médicis, porque deseaban que se procediera a la elección en seguida después de la visita de Guisa y Este (3).

Entre tanto, hasta mucho más de media noche varios cardenales continuaban rodeando la celda del elegido. También Panvinio anduvo por allí cerca para observar. Como Carlos Carafa incidentalmente hubiese trabado conversación con el famoso erudito, éste se permitió también una palabra, y preguntó a Carafa cuándo se había de celebrar la elección. A la respuesta: mañana tem-

(1) Guidus, 630. Panvinus, 582. Sin dificultad se dió solución a algunas pequeñas cuestiones. A los cardenales Este y Gonzaga se les prometió el capelo para sus sobrinos, Rebiba obtuvo la seguridad de que recaerían en él los espolios de su predecesor en la sede arzobispal, aunque el respectivo breve era de dudosa validez, por estar fechado el día de la muerte de Paulo IV. Susta, Pius IV, 151.

(2) Guidus, 630. Panvinus, 583. Con todo, al confesor de la duquesa de Urbino le dijo Médicis el 23 de diciembre, que él sería elegido, pero que no sabía si era capaz para semejante cargo (Susta, Pius IV, 150, según el Cod. Vat., 7039, *Biblioteca Vaticana*). Sarpi afirmó posteriormente que Médicis había comprado a Alfonso su elección por una gran suma de dinero; y que Antonio Carafa más tarde aun conservaba en su poder un escrito, en que se contenía la promesa sobre eso. Como quiera que sea, este relato manifiesta la importancia real de Alfonso para la elección de Pío IV. Cf. Pallavicini, 19, 2, 3.

(3) Panvinus, 583.

prano, Morone preguntó como maravillado, si realmente se quería esperar tanto. Panvinio contestó que sí, pero añadió cortésmente que no veía por qué no se podía proceder inmediatamente a la elección. Morone fué del mismo parecer y comenzó a exhortar a los cardenales en este sentido. Todos asintieron a él, sólo Carafa tenía reparos, porque muchos cardenales se habrían ya ido a descansar (1). A pesar de esto, se envió a llamar a Guisa, Sforza y Este para poner en su conocimiento los deseos de unos doce electores reunidos junto a la celda de Médicis. Guisa llegó ya presto con Vitelli y entró en la celda de Médicis para una breve conversación. Entre tanto, se presentaron también Sforza, Farnese, al cual había despertado del sueño Panvinio, Este y otros. Muchos se habían ya reunido en la capilla de las elecciones; Madruzzo, que padecía mucho de gota, se hizo llevar a ella en una silla. Luego fué allá conducido Médicis por Alfonso Carafa y Este. Delante del altar se había levantado el trono pontificio, y todos los cardenales, aun Médicis, tomaron asiento en el orden acostumbrado. Los conclavistas penetraron y fueron tolerados a ruegos de Panvinio (2). Entonces se levantó el representante del decano, Tour-nón, y declaró que elegía Papa a Médicis. Los demás hicieron la misma declaración (3). Luego el electo fué elevado al trono y, con gran alegría de todos, se le prestó la acostumbrada adoración; hasta los cardenales enfermos se hicieron llevar allá para tomar parte en ella (4).

Cuando Carlos Carafa hacía su homenaje, rogó al Papa que perdonara al pueblo romano cuanto había hecho contra Paulo IV y la casa Carafa; agregó que también él mismo quería perdonar y olvidar todas aquellas cosas. Al principio el Papa rehusó decididamente acceder a esta petición, pues, según dijo, debía dar un ejemplo de severidad. Sólo cuando Sforza y Farnese apoyaron a Carafa impetuosamente cedió, haciendo notar que perdonaría en

(1) Ibid., 584; cf. Guidus, 630. Bondonus, 530: *Et cum omnes certatim properarent in congratulando, ill^{mus} cardinalis Carafa opposuit se ante portam camerae cardinalis de Medicis omnibus venientibus, eosque rogans ne ad praefatum Ill^{mu}m accederent, et eum sinerent quiescere, et quod in mane sequenti tempus erit ad hoc faciendum.*

(2) Panvinus, 584.

(3) Bondonus tuvo que anotar y contar los votos dados verbalmente. Bondonus, 530.

(4) Panvinus, 585.

gracia de Carafa, pero que se debían, no obstante, resarcir los perjuicios inferidos (1). Por el contrario, rehusó constantemente conceder a Pompeyo Colonna, que había dado muerte a su suegra, el indulto solicitado por Sforza; dijo que la absolución de un asesino de parientes no debía ser el primer acto de su pontificado (2).

Después de la adoración, el nuevo elegido, a la pregunta de Este y de otros, declaró que se quería llamar Pío, porque deseaba ser lo que el nombre significaba. Entre tanto, se rompieron las puertas del conclave, y la noticia de la elección efectuada se esparció por la ciudad. A la mañana siguiente (26 de diciembre) la elección se confirmó en la forma acostumbrada de la votación y el electo fué llevado a la iglesia de S. Pedro, donde los cardenales le adoraron de nuevo. Después fué a tomar posesión del Vaticano entre tan fuertes gritos de alegría del pueblo, que, como escribe Panvino, apenas se oían los estampidos de los cañones que tronaban para solemnizar el día (3).

Para Vargas la elección tuvo un epílogo desagradable. Felipe II no quedó contento con el proceder excesivamente celoso de su embajador y con los medios a que había apelado. El 8 de enero de 1560, antes de que se conociera en España el fin del conclave, el rey dió a Francisco de Mendoza el encargo de dirigirse a Roma para instar a los cardenales a que aceleraran la elección, y le entregó una carta para Vargas. Poco antes de la salida de Mendoza, precisamente el 8 de enero de 1560 (4), llegó la noticia de la elección de Pío IV, y quedó sin efecto la partida de Mendoza. El documento destinado a Vargas fué, con todo, enviado a Roma (5).

En este importante escrito (6) deplora el rey ante todo, que a pesar de la situación apurada de la cristiandad, no se hubiera todavía efectuado la elección de un buen Papa. Dice que esto le apena profundamente, y que lamenta que las pasiones e inclinaciones personales de los cardenales traigan en pos de sí tan malas

(1) Ibid. Guidus, 631. Con questo il Carafa tornerà in gratia de' Romani, escribe Bart. Ferentillo a Alberico Cibo-Malaspina, en 2 de enero de 1560. Archivio storico Lombardo, Ser. 3, ann. 23 (1896), 161.

(2) Guidus, 631. Ferentillo, loc. cit. Questi primi saggi, observa Ferentillo, dan speranza, che Dio... ci habbi dato un buon papa.

(3) Panvinius, 586.

(4) Carta del embajador veneciano Pablo Tiépolo, fechada en Toledo, a 30 de enero de 1560, en Brown, VII, n. 127, pág. 148.

(5) Müller, 204. Susta, Pius IV, 142.

(6) Hinojosa, 101 ss. Müller, 204 ss. Herre, 57 ss.

consecuencias. Pero que para oponerse a tales desórdenes no se debía haber acudido a larguezas pecuniarias, como lo habían hecho Vargas y el virrey de Nápoles, ni tampoco se podía justificar la promesa de una compensación por Paliano (1). Que en lo futuro Vargas no debía más echar mano de tales medios, antes bien se sirviese de aquellos que se pueden emplear de un modo lícito sin poner en riesgo su buena fama. Que si Carafa no estaba contento con las promesas generales que se podían dar sin gravamen de la conciencia, el embajador no debía hacer otras promesas en nombre del rey. Que Dios que conoce la intención del monarca y es Señor de las cosas, mostrará un camino por el cual se pueda salir de este negocio del modo conducente a su servicio. Además reprende don Felipe, que Vargas se hubiese declarado públicamente contra Gonzaga, y por ello hubiese hecho al rey odioso a los príncipes italianos. Deplora la división del partido español y que los cardenales hubieran sido tan imprudentes que dijeran sin rebozo que esperaban el correo real y la resolución del rey. Finalmente don Felipe manifiesta el temor de que el mundo le atribuya la culpa en la dilación de la elección; y declara que con todo él no quería absolutamente que por causa de sus fines particulares la Iglesia careciera todavía más tiempo de un supremo jerarca. Añade que sin excluir ni nombrar a una persona, el embajador rogase, exhortase e instase a los cardenales en nombre del rey, a que eligiesen ahora sin dilación un buen Papa, como la Iglesia lo necesitaba y como era necesario para tan alto cargo. Que si obraban de esta suerte, el rey les sería propicio, los honraría y favorecería como a personas que hacen lo que de ellos exige el servicio de Dios y del rey. Pero que en el caso contrario, el rey habría de proceder respecto de ellos de otra manera que él deseaba.

En las instrucciones dadas al mismo tiempo para Francisco de Mendoza (2), las cuales, no obstante, no llegaron a tener vigor por haberse ya ejecutado la elección, dice el rey que desea ciertamente la exclusión de Gonzaga; pero que si no se puede obtener, debe Vargas preferir el interés general al particular. Una conce-

(1) Del «capítulo» que a principios de diciembre había escrito Vargas a nombre del rey (arriba, pág. 76), nada sabía aún Felipe II. Por tanto, hálbase aquí de la promesa anterior, hecha en la segunda mitad de noviembre (arriba, pág. 69).

(2) V. Müller, 206 s.

sión de tanta importancia manifiesta que don Felipe tomaba en serio su reiterada aseveración de que en la elección del Papa tenía ante todo presente el bien de la Iglesia.

Vargas contestó al escrito del rey con una larga defensa (1), expuesta en tono bastante lleno de propia satisfacción; pues al fin la elección se había decidido según su intento en favor de un cardenal del partido español. Pero si esperaba haberse creado con ello la base de una brillante carrera, había de quedar engañado. Se había recomendado poco a su rey por la extralimitación de sus instrucciones y la escasa inteligencia de sus designios. Pío IV se enojó mucho cuando Vargas le comunicó el 29 de diciembre la promesa que había hecho al cardenal Carafa, sin poderes de su rey, en nombre del mismo (2). También por otros conceptos el excesivo celo que mostró Vargas durante el conclave, le suscitó muchos enemigos. Su posición como embajador en Roma fué por ello desde el principio muy difícil.

(1) Impresa en Döllinger, Documentos, I, 329-335. Cf. Susta, Pius IV, 142.

(2) Vargas a Felipe II, en 29 de diciembre de 1559, en Döllinger, I, 325. Vargas respondió al pontífice indignado, que sin aquel engaño Pío no fuera Papa.

II. Vida anterior y carácter de Pío IV.

El primer tiempo de su gobierno y los parientes del Papa.

Carlos Borromeo

El cardenal Juan Angel de Médicis, que fué elegido Papa después de un conclave de tres meses y medio, y coronado el 6 de enero de 1560 (1), no había hasta entonces desempeñado un gran papel en ningún concepto. Era milanés; nació allí el día de Pascua (31 de marzo) del año 1499, teniendo por padres a Bernardino de Médicis y a Cecilia Serbelloni.

Los Médicis de Milán, cuyos orígenes se remontan hasta el siglo XIV, según los documentos, pertenecían al patriciado medio de la metrópoli lombarda. Como armas usaban una bola de oro en campo de gules; no tenían, por tanto, ninguna relación de parentesco con el célebre linaje florentino del mismo nombre. Varios individuos de la familia ejercieron en Milán la medicina, pero los más se dedicaron a la jurisprudencia y desempeñaron el cargo de notarios (2). Así también Bernardino de Médicis, el cual para

(1) Un *Avviso di Roma de 6 de enero de 1560 (Urb., 1039, pág. 114, *Biblioteca Vaticana*) notifica que Pío IV ha querido que la pompa sea moderada, y que lo sobrante se dé a los pobres. En la solemnidad perecieron 40 personas por las apreturas. V. las fuentes en Cancellieri, 109; cf. también los folletos: *La felice creatione et coronatione d. S^{ta} di N. S. Pio IV con le feste et livree fatte dalli sig. Romani* (sin lugar ni año), y *Noticia cierta del fausto y magnificencia con que a principios del año 1560 fué coronado en Roma el actual Papa Pío IV* (sin lugar ni año).

(2) Cf. el trabajo de Calvi, *Famiglie Milanesi*, IV, Milano, 1885, y Susta, *Pius IV*, 9 s., 155 s., cuya biografía de Pío IV, compuesta en lengua checa, ha pasado hasta ahora casi enteramente inadvertida, a pesar de contener la

distinguirse de las otras ramas de la familia, se llamó «di Nosi-gia», porque pertenecía a la parroquia de S. Martín di Nosigia. Es alabado como hombre diligente y estimable (1). De su matrimonio con Cecilia Serbelloni tuvo catorce hijos, de los cuales vivieron diez, cinco varones y cinco mujeres. Para mantener tan numerosa familia, Bernardino de Médicis procuró aumentar sus rentas con arrendamientos de derechos aduaneros. Como partidario de Maximiliano Sforza, después que la victoria de Francisco I junto a Marignano (14 de septiembre de 1515) redujo a Milán al poder de los franceses, perdió no sólo sus arrendamientos, sino también todos sus bienes; más aún, cayó él mismo prisionero, y no recobró su libertad sino por la intercesión de su amigo Jerónimo Morone. Enteramente quebrantado por su desgracia, Bernardino murió en 1519 (2). Dejaba a su familia en grandísima penuria. El hijo mayor, Juan Jacobo, hombre temerario y aventurero, que había tenido que huir de Milán, se consagró a la milicia (3). El segundo, Juan Angel, vivía en Pavía, donde estudió primero medicina y filosofía, pero luego, siguiendo la tradición de su familia, se dedicó a la jurisprudencia, que decía bien con su ánimo sobrio y moderado. La desgracia de su padre le puso en tan acerba necesidad que se vió reducido a los socorros de sus condiscípulos, y hubo de alegrarse cuando por recomendación del amigo de su familia Morone, obtuvo una beca en el colegio fundado por el cardenal Branda. Continuó sus estudios jurídicos con la esperanza de alcanzar un empleo de notario en Milán (4). Con todo su vida recibió una nueva

narración más sólida que poseemos de la historia de dicho Papa antes de ser elevado al pontificado. Aquí (pág. 159 s.) hay también la primera crítica enérgica de Panvinio como biógrafo de Pío IV. Cf. también el número 38 del apéndice.

(1) Girol. Soranzo, 68. En el Cod. D. 325 inf. de la *Bibl. Ambrosiana de Milán*, hay un diseño de la casa de Bernardino de Médicis con el escudo primitivo. Cf. Beltrami, *Sul valore dei terreni in Milano al principio del 1500*, Milano 1891, y *Rasegna d' Arte*, XIV (1914), 140 s.

(2) Cf. *Lettere di G. Morone en las Miscell. di stor. Ital.*, II, 713. Susta, Pius IV, 10.

(3) Ministra seguros datos sobre su vida aventurera el trabajo del contemporáneo Marco Antonio Missaglia: *Vita di Giov. Jacomo Medici, marchese di Marignano*, Milano, 1605 (con note di M. Fabi, Milano, 1854). Cf. también, Giangiacomo de Medici Castellano di Musso (1523-1532). *Saggio bibliografico di Solone Ambrosoli*, Milano, 1895.

(4) Cf. *Lett. di G. Morone*, loc. cit., 690; Girol. Soranzo, 70; Susta, Pius IV, 11.

dirección por la mudanza de las circunstancias políticas en el norte de Italia.

A consecuencia de la toma de Milán por el ejército pontificio y el imperial, el 19 de noviembre de 1521, y del regreso de Francisco Sforza a su capital, se transformó allí todo. También para la familia Médicis volvieron ahora días mejores, principalmente porque Juan Jacobo ganó la confianza incondicional del canciller Morone, entonces omnipotente. El bravío soldado se dejó emplear por Morone para todo. Como premio de un asesinato político, Juan Jacobo obtuvo la fortaleza de Musso como feudo del duque (1). En este castillo roquero, situado en la acantilada orilla occidental del lago de Como, entre Dongo y Rezzónico, del cual no se conservan ya más que pintorescas ruinas, hizo inseguro todo el contorno so pretexto de pelear contra los franceses. En la confusión que reinaba en el milanesado, y protegido por Morone, el castellano de Musso, llamado las más de las veces sencillamente el de Musso, pudo permitirse muchas cosas. Fué el terror de sus vecinos. Su conato, imposible de desconocer, iba enderezado a fundar un señorío independiente. Así aquel joven de veintiocho años se nos ofrece como el tipo de aquellos atrevidos y violentos *condottieri*, que hallamos muchas veces en el tiempo del Renacimiento (2).

La elevación de Juan Jacobo aprovechó, como es fácil de entender, asimismo a sus hermanos. Juan Angel pudo ahora frecuentar la Universidad de Bolonia para terminar sus estudios jurídicos; allí gozó de la enseñanza del famoso Carlos Ruini, y en 1525 obtuvo el grado de doctor en ambos derechos. De vuelta a Milán, fué presto recibido en el Colegio de los nobles jurisconsultos (3). Esto lo debió al influjo de Morone, el cual pensaba ser-

(1) V. Missaglia, 15 s. También Ranke (Los Papas I^a, 206) y Brosch (I, 225) han admitido en sus respectivas narraciones el episodio romántico de cómo Juan Jacobo vino a ser señor del castillo de Musso; pero Susta (Pius IV, 12) ha demostrado ser él una fábula, la cual ciertamente data de antiguo, pues ya se halla en Mocénigo, 50.

(2) Cf. Burckhardt, Cultura del Renacimiento, I^o, Leipzig, 1908, 29 y 181; en este último pasaje se trata sobre las relaciones de Juan Jacobo con Aretino.

(3) El Papa, al dar las gracias por la congratulación del Colegio, hizo referencia a este hecho; v. el *breve de 26 de marzo de 1560, al Collegium iuriscons. Mediol., Arm. 43, t. X, n. 136, *Archivo secreto pontificio*. Sobre C. Ruini cf. Fantuzzi, VII, 230 s.; Savigny, Historia del Derecho romano, VI, 426.

virse del joven para sus secretos planes políticos. Juan Angel, lo mismo que su hermano Juan Jacobo, fué iniciado en la conjuración que Morone fraguó para libertar a Italia de la dominación de los españoles. El descubrimiento de esta trama, que tuvo por resultado la prisión de Morone, lo aniquiló todo. Los Médicis, puestos en grandísimo peligro, huyeron a la fortaleza de Musso; pero los españoles no eran bastante poderosos para proceder contra ellos enérgicamente. Cuando luego, después de la paz de Madrid, se formó la Liga Santa contra el emperador, el experto militar Juan Jacobo tomó parte en la guerra contra los españoles (1). Una contienda que trabó con el generalísimo de los venecianos, duque de Urbino, fué ocasión de que, a fines de 1526, enviara a Roma a su hermano Juan Angel (2). Mientras éste trabajaba allí por medio de la diplomacia contra los españoles, el castellano de Musso guerrilleaba contra ellos. El temerario matón dió tanto que hacer al general imperial de Leiva, que éste se resolvió a ajustar paces con él. Juan Jacobo, que siempre había tenido ante los ojos solamente su propio interés, admitió los ofrecimientos de Leiva con tanto mejor voluntad cuanto más la Liga se deshacía. Sin dificultad se puso al servicio del emperador, el cual, por patente de 31 de octubre de 1528, le reconoció como marqués de Musso y conde de Lecco (3). La extensión de este señorío sólo era posible hacia el norte. Juan Jacobo buscó presto alianzas allí, casando a su hermana Clara con el conde Mark Sittich de Hohenems, del Vorarlberg. Además forjó presto también otros planes para extender más su señorío. Su hermano, que todavía se hallaba en Roma, y había sido allí nombrado protonotario y al cual había ya procurado una encomienda en Mazzo de la Valtelina, debía ser elevado a la silla episcopal de Coira. Los protestantes grisonos acusaron al abad Teodoro Schlegel, que dirigía la diócesis como vicario general, de fomentar secretamente este plan, y aunque él aseguró su inculpabilidad, hicieron ejecutar al infeliz el 23 de enero de 1529, después de haberle atormentado horriblemente (4).

(1) Cf. Susta, Pius IV, 12 s.

(2) V. *ibid.*, 13-14. Cf. Müller, 231.

(3) Cf. Calvi, *Fam. Milan.*, tav. 3; Susta, Pius IV, 14-15. V. ahora también Beretta, Gian Giacomo de' Medici in Brianza 1527-1531, en el *Arch. stor. Lomb.*, XLIII (1916), 1-2.

(4) Cf. Moor, *Historia de Coira*, II, 1, 109 ss.; *Revista católica de Suiza*, I, 227 ss.; VII, 432 s.; Weiss, *Participación de Basilea en la guerra con-*

Semejante resultado tuvo el plan sobre el obispado de Coira.

Mucho más grave fué todavía el golpe que el año 1529 trajo a la familia Médicis. El emperador hizo paces con Francisco Sforza. Juan Jacobo se dirigió personalmente a Bolonia para asegurar sus intereses. Allí tuvo noticia de que se le iba a negar la infeudación. Como única esperanza le quedaba aún ahora la intercesión de Clemente VII. Juan Angel de Médicis, que se había allegado más al Papa durante la terrible época del saco, trabajaba personalmente en Bolonia en esta dirección; pero su influencia resultó demasiado débil. El tratado de 23 de diciembre de 1529 aniquiló la soberanía de Juan Jacobo (1). No obstante, el duque de Milán no tuvo fuerza para obligar al castellano de Musso a que entregara sus posesiones. Pudo esto tanto menos cuanto que Juan Jacobo halló un poderoso intercesor en el duque de Saboya, Carlos III. Este, en enero de 1531, negoció con buen éxito una paz temporánea entre Juan Jacobo y Francisco Sforza, sobre la base del statu quo (2).

El castellano de Musso mostró pronto que su ánimo temerario y ambicioso no estaba todavía quebrantado. La agravación de la oposición entre los católicos y los novadores en Suiza, le ofreció una ocasión favorable para pescar a río revuelto. En marzo de 1531 comenzó la famosa «guerra de Musso», prelude de la de Kappel (3). Juan Jacobo sólo pretendía en esta empresa fines personales, los cuales procuró encubrir hábilmente pretextando motivos religiosos. Aseguró al Papa, al emperador y a los príncipes italianos, que su intención era derrotar a los suizos enemigos de Italia y recientemente manchados con venenosas herejías. En este sentido trabajó también Juan Angel, el cual había dejado la curia después del mal éxito de Bolonia y servía ahora a su hermano como canciller (4). Todos los esfuerzos para interesar al Papa y a las potencias católicas por la contienda de Suiza fracasaron.

tra Juan Jacobo de Médicis, 1531-1532, Basilea, 1902, 50; J. G. Mayer, S. Lucio de Coira¹, Einsiedeln, 1907, 50-62.

(1) Cf. Susta, Pius IV, 16-17. Susta cree que en el tiempo posterior al saco de Roma nació la idea de unir el árbol genealógico de los Médicis milaneses con el de la familia florentina. Sobre la ejecución cf. abajo pág. 101.

(2) V. Susta, loc. cit., 17.

(3) Cf. Zeller-Werdmüller, La guerra contra el tirano de Musso, Zurich, 1883; Joller en la Revista Católica de Suiza, IV (1862); Ghinzoni en el Bollett. stor. d. Svizz. Ital., XV (1893), 140 s.; Weiss, loc. cit., donde hay todavía más indicaciones bibliográficas.

(4) Cf. Susta, Pius IV, 17 s.

El duque de Milán llegó hasta hacer causa común con los grisones, y por tratado de 7 de mayo de 1531 tomó la dirección de la guerra, sobre todo el sitio de Musso (1). A pesar de esto, el aguerrido capitán supo sostenerse hasta el año siguiente. Sólo después que hubo fracasado la misión de Juan Angel de Médicis por el invierno de 1531 en el congreso de Baden, no quedó otra elección sino aceptar las duras condiciones de paz que proponían los adversarios. El 13 de febrero de 1532, Juan Angel, como plenipotenciario de su hermano, suscribió el tratado de paz con el duque Francisco Sforza y los ocho cantones. Juan Jacobo hubo de renunciar a todas sus posesiones, en cambio de una compensación en dinero y del título de marqués de Marignano (2). El castillo de Musso fué demolido. Su antiguo señor se vió obligado a renunciar definitivamente a las soberbias esperanzas de obtener un principado independiente. Con sus hermanos Juan Bautista y Augusto se dirigió a Saboya. Juan Angel regresó a Roma, donde, además de sus antiguas buenas relaciones, supo entablar pronto otras nuevas de importancia. Así no puede sorprender que obtuviera en julio de 1532 un breve pontificio, que recomendaba a su hermano mayor al duque de Saboya. En este documento Clemente VII alude a relaciones de parentesco con los Médicis de Milán, probablemente para obtener del duque, por medio de una tan lisonjera ficción, que apoyase al aguerrido Juan Jacobo (3). En 1534 sirvió éste al duque de Saboya contra Berna y Ginebra (4), y dos años más tarde aparece a sueldo del emperador, emparentado con el duque, en el sitio de Turín, que habían ocupado los franceses. Después del fracaso de esta empresa se sospechó de él que tenía relaciones traidoras con los franceses. En vista de esto, el gobernador imperial de Milán, el marqués del Vasto, le hizo prender con su hermano

(1) V. Registros de actas de Suiza, IV, 1 b, 977, 563 s.; Giussani, *Il Forte di Fuentes*, Como, 1905, 365 s.

(2) V. Registros de actas de Suiza, IV, 1 b, 1578-1583; Weiss, loc. cit., 98 s.

(3) En este breve, fechado en Roma a 27 de julio de 1532, sobre el que Susta (*Pius IV*, 22, 157) ha sido el primero en llamar la atención, se lee: *Intelleximus dil. fil. Ioannem Iacobum Medicem de Mus marchionem Marignani se istuc in quaedam nobilitatis tuae loca contulisse. Se alegra por la buena acogida que halló: cum eum nostrae familiae addictissimum esse scires, quae quidem necessitudinis causa ad marchionem ipsum tibi commendandum potissimum nos moveret, lo cual empero cree no ser necesario. Arch. S. Angelo, Arm. 11, caps. I, 239, *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. Weiss, loc. cit., 145.

Juan Bautista a fines de 1536. El proceso instruido contra él por alta traición no dió, con todo, resultado ninguno (1).

En favor del hermano encarcelado se empeñó con todo celo Juan Angel de Médicis, cuyo favorecedor, el cardenal Alejandro Farnese, había subido al trono pontificio el 13 de octubre de 1534. El nuevo Papa ya en los primeros años de su reinado había encargado al hábil lombardo la administración de Ascoli-Piceno en las Marcas (2). Con el mismo cargo fué Juan Angel, en 1535, a Città di Castello, y en 1536 a Parma. Sus incesantes esfuerzos por poner en libertad a sus hermanos presos, de lo cual da testimonio, entre otras cosas, una carta autógrafa de 24 de mayo de 1537, que todavía se conserva en el Archivo Vaticano (3), debían finalmente verse coronados de buen suceso. Cuando en el verano de 1538 efectuóse la entrevista de Paulo III con Carlos V en Niza, asimismo se dirigió allá Juan Angel. Por intercesión del Papa logró que Carlos V ordenara dar libertad a sus hermanos. Juan Jacobo volvió entonces a entrar en el ejército del emperador como hombre de guerra y se granjeó su aprecio en creciente medida (4).

Entre tanto Juan Angel ejercía aún el difícil y en manera alguna elevado cargo de empleado de administración en los Estados pontificios. En 1539 fué gobernador de Fano, y al año siguiente estuvo por segunda vez con igual empleo en Parma. Sus fieles servicios consiguieron que al fin, en 1542, fuera nombrado comisario apostólico de las tropas que Paulo III envió a Hungría al rey Fernando como auxilio contra los turcos. Allí se encontró con su hermano Juan Jacobo que mandaba la escuadra del Danubio. Este en un memorial sometió a una crítica el proceder del príncipe elector Joaquín II de Brandeburgo, nombrado generalísimo; la cual era enteramente justificada, como lo demostró el completo fracaso de aquella empresa (5).

Vuelto de Hungría a Italia, Juan Angel, en 1543, compuso

(1) Cf. Missaglia, 112 s.; Susta, Pius IV, 24 s.

(2) Sobre el lento ascenso de Juan Angel en la curia v. Panvinius (cf. el número 38 del apéndice).

(3) También este * documento (Carte Farnes., VI, *Archivio segreto pontificio*) ha sido el primero en darlo a conocer Susta (loc. cit., 24).

(4) Cf. la carta de Carlos V a su hermano, en los *Despachos Venecianos*, I, 475, nota 2. V. también Navagero en Albéri, I, 1, 309.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XII, 115 s. y Susta, Pius IV, 25. Las relaciones de Juan Angel se hallan impresas en los *Mon. Hung. dipl.*, XVI, Budapest, 1879.

una contienda de límites entre Bolonia y Ferrara. Luego acompañó de nuevo como comisario pontificio a las tropas con las cuales Paulo III ayudó a Fernando I en su guerra contra los turcos. Después le confirió el Papa la administración de Ancona y el título de referendario pontificio (1). Entre tanto, Juan Jacobo había prestado al emperador excelentes servicios, en la guerra contra Cléveris y Francia; en premio de ello, por enero de 1545, se le dió en feudo Tre Pievi, que se halla junto al lago de Como (2).

Fué decisivo para el ulterior encumbramiento de ambos hermanos un plan de matrimonio, que Juan Angel fomentó con buen éxito mediante el auxilio de su amigo, el duque de Florencia (3). Mientras Juan Jacobo permanecía todavía en la campaña, en octubre de 1545 se desposó por procurador con la hija de Ludovico Orsini, conde de Pitigliano, y cuñada del poderoso Pedro Luis Farnese. La consecuencia fué que Juan Angel alcanzó ahora finalmente una elevada posición. Cuando en 1534 su protector Alejandro Farnese obtuvo la tiara, había a la verdad esperado un más rápido encumbramiento; pero el prudente Paulo III procedió con un criterio riguroso en la elección de los altos funcionarios eclesiásticos, principalmente en la primera parte de su reinado. Ocupó en cargos de administración al aseglarado lombardo, el cual cometió también faltas morales (4). En aquella condición hubo

(1) Cf. Girol. Soranzo, 71; Ehses, Concil., IV, 332, nota 2, 350, nota 2. Desde Ancona tuvo correspondencia Juan Angel repetidas veces, en 1545, con los legados del concilio; v. Merkle, I, 186, 189, 205, 224, 226.

(2) V. Susta, Pius IV, 26. Sobre Tre Pievi v. Bergmann en la Memoria, X, 172, nota 1.^a, mencionada más abajo, pág. 115, nota 4.

(3) Cf. Girol. Soranzo, 171; Balán, VI, 368; Susta, Pius IV, 27.

(4) En el tiempo anterior a la recepción de las órdenes mayores, tuvo Juan Angel varios hijos naturales, uno nacido en 1541 ó 1542, y dos hijas; había tenido ocultos estos extravijs, y procurado evitar todo escándalo exterior (v. Mocénigo, 52, confirmado por Soranzo, 95; cf. Müller, 237). La cuestión sobre si J. A. de Médicis también más tarde siendo cardenal y Papa, se hizo culpable de faltas morales, hasta ahora no ha sido examinada; y sobre ella no se puede ni afirmar, ni negar nada con seguridad. La indicación que Panvinio (cf. el número 38 del apéndice), autor en modo alguno digno de toda confianza, hace en la tercera redacción de su Vita Pii IV: in voluptates pronus, es demasiado general, y las poesías difamatorias que se escribieron después de la muerte de Pío IV (F. Cattaneo junto con sus *relaciones de 22 y 29 de diciembre de 1565, remitió varias de las peores, *Archivio Gonzaga de Mantua*) nada cierto demuestran, como es natural. Tiépolo (pág. 181), en su relación compuesta con manifiesta aversión, entre las causas de la muerte de Pío IV hace resaltar no sólo su falta de régimen en el comer y beber, sino también altri gravi disordini, lo cual no puede referirse con precisión a faltas morales. Hasta

de ver Juan Angel que sus amigos ascendían a altos puestos eclesiásticos, pues ya en 1542, su paisano Jerónimo Morone, diez años más joven, fué creado cardenal. Fué una escuela dura, pero provechosa, por la que tuvo que pasar Médicis, en la cual adquirió un profundo conocimiento de los hombres y de los países, y aprendió a tener circunspección y miramiento con todos (1).

Después que su hermano entró en la parentela del Papa, Juan Angel no podía ya seguir en su posición anterior. El 14 de diciembre de 1545 fué elevado a arzobispo de Ragusa, donde se hizo representar por un vicario. Por ventura no recibió hasta entonces las órdenes mayores. Su consagración episcopal efectuóse en San Pedro el 20 de abril de 1546 (2). En ese tiempo parecía seguro su nombramiento de nuncio en Viena (3). Entonces ocurrió en Alemania la gran mudanza. Carlos V, resuelto a la guerra contra los de Esmalcalda, se alió con Paulo III el 26 de junio de 1546. El sobrino del Papa, Alejandro Farnese, fué nombrado legado, y su hermano Octavio, generalísimo de las tropas auxiliares pontificias (4). El arzobispo de Ragusa los acompañó como

ahora ha estado desconocida una *relación de Cusano, de 2 de marzo de 1566, quien notifica: *Papa Pio IV haveva un medico da buon tempo per i consigli del quale vogliano si fusse dato alle cose venere[e], perch'egli con quanto sia de 65 anni vi attendeva. Hora S. St^a intendendo teneva donna havendo moglie l'ha fatto metter all'inquisitione prigionero per adultero et si dubita la potrà far male essendo caduto nelli badi vi sono sopra. E perch'a questi di fu spirato il confessor di Pio IV et il Porcellega gran suo cam^{ro} dicono come consapevoli delle cose veneree. Ho[ra] S. St^a fa far grandissima diligenza per trovar ch'è stato il malfattore per dargli il meritevole castigo (*Archivo secreto privado, palatino y público de Viena*). Como en el Archivo público de Viena, ni tampoco en otra parte se hallan más datos (en los *Avvisi di Roma, sólo en el de 2 de marzo [Urb., 1040, pág. 188^b, *Biblioteca Vaticana*] se habla de la averiguación contra los que hirieron [ferito] al confesor de Pío IV), respecto del relato de Cusano hace falta un examen e indagación, que precisamente en tales cosas es incondicionalmente necesario. Quizá la investigación, emprendida por los bolandistas, de la enorme correspondencia de S. Carlos Borromeo, que se halla en la *Biblioteca Ambrosiana de Milán*, dé aún luz a este misterioso negocio; el *Archivo de la Inquisición*, ante la cual tuvo que comparecer para dar razón de sí el médico de Pío IV, es por desgracia inaccesible.

(1) Cf. Susta, Pius IV, 23.

(2) V. Acta consist. en Merkle, I, 630; Susta, loc. cit., 27. Cuando Médicis era arzobispo de Ragusa, se le dedicó el *Dialogus de vita ac clericorum moribus auctore Marco Antonio Sacco Cremonense flamine. En él se le llama ecclesiastici decus ordinis praesulumque gemma y se le colma de lisonjas. Cod. Vat., 5679, *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. las Relaciones de la nunciatura de Alemania, VIII, 582-583.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XII, 238.

comisario general (1). Así el posterior Pío IV se enteró a fondo de las circunstancias del país donde había tenido principio la grande escisión de la Iglesia. Con esto su horizonte se ensanchó notablemente. En el campamento volvió a encontrarse con su hermano Juan Jacobo, el cual, como general en jefe de la infantería, pertenecía al cuartel general del emperador. Cuando después Alejandro Farnese regresó a Roma, también Juan Angel de Médicis fué con él. Un breve de 23 de julio de 1547 disponía su nombramiento de vicelegado de Bolonia (2), donde su amigo Morone tenía la dignidad de legado. Todavía en septiembre del mismo año, Médicis corrió desde Bolonia a Parma, a la noticia del asesinato de Pedro Luis Farnese; su enérgica conducta contribuyó eficazmente a conservar esta ciudad para los Farneses (3).

Así Juan Angel de Médicis hubo de servir quince años con varia actividad hasta que finalmente tuvo segura la púrpura. No obstante, la dignidad no se le dió hasta que Paulo III realizó su última creación de cardenales el 8 de abril de 1549 (4). Médicis, que vivía en Perugia desde el otoño de 1548 como vicelegado de Umbría (5), se dirigió entonces a Roma, donde recibió como iglesia titular la de Sta. Pudenciana. Entre los que le dieron la enhorabuena, se halló también el duque de Florencia, el cual invitó al nuevo cardenal a tomar las armas de su casa (6).

En el conclave que siguió a la muerte de Paulo III, Médicis siguió el partido imperial y coadyuvó de una manera decisiva a la elección de Julio III. El nuevo Papa le dispensó su confianza y le empleó en los trabajos preparatorios para la reforma del conclave (7). Durante la guerra de Parma, en el verano de 1551, Médicis estaba como legado en el ejército pontificio, y su her-

(1) V. el Diario de la guerra danubiana de Esmalcalda, de Viglio van Zwichen, editado por Druffel, Munich, 1877, 264. Numerosas relaciones de Juan Angel están utilizadas en las Relaciones de la nunciatura de Alemania, IX, 175, 185, 187, 189, 195, 198, 201, 205, 219, 251, 259, 268, 269, 280, 283, 304, 311, 326.

(2) V. Susta, Pius IV, 28. Cf. Merkle, I, 670.

(3) V. Girol. Soranzo, 71; Merkle, I, 692. Cf. las Relaciones de la nunciatura de Alemania, X, 114, 190.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XII, 356 s.

(5) V. Susta, loc. cit., 29, nota 4. Cf. nuestros datos del vol. XI, 295, nota 4. La obtención del obispado de Como la habían impedido los grisonos en 1548; v. Wymann, 25, s.

(6) Girol. Soranzo, 67-68. Cf. Müller, 233.

(7) V. nuestros datos del vol. XIII, 31, 61, 159 160. Cf. Susta, Pius IV, 31, 36.

mano Juan Jacobo era adalid de los imperiales. A fines del año, el cardenal legado procuró, según parece, él mismo, ser relevado del espinoso empleo. El emperador se mostró agradecido: en 1553 Médicis recibió el obispado de Cassano, y tres años después el de Foligno (1).

Entre sus colegas Médicis gozaba de notable crédito y estimación por sus conocimientos de derecho canónico. Con el cardenal Saraceni fué constantemente prefecto de la signatura de gracia, y representó frecuentemente a Púteo en la signatura de justicia. No obstante, no desempeñaba un gran papel en la curia. La opinión pública le contaba entre los cardenales de segundo orden, y el pueblo le llamaba tenazmente «Medichino», como si el famoso nombre de Médicis le viniera grande (2). El cardenal tenía su habitación en el palacio Fieschi; delante de la Puerta de San Pancracio poseía una viña (3). Aquí como allí veía gustoso en derredor suyo a los literatos. En lo político continuaba adicto al partido del emperador, del cual recibía una pensión (4); no obstante, nunca se manifestó intransigente y rígido en este punto, y trataba muy amistosamente asimismo con los partidarios de Francia. Obligarle a un partido no estaba en su índole, como tampoco el proceder imponiéndose o dominando; le gustaba mantener buenas relaciones en todas partes. Los tranquilos tiempos de Julio III respondían mucho a sus inclinaciones (5). Tanto más dolorosamente sintió el tormentoso gobierno de Paulo IV, a cuya elección había contribuido lo mismo que a la elevación de Marcelo II (6).

Desde el punto de vista así eclesiástico, como político, el Papa Carafa pertenecía a una dirección enteramente distinta de la del cardenal Médicis. Aunque éste tomó parte repetidamente en las deliberaciones para la reforma bajo los pontificados de Julio III

(1) V. nuestros datos del vol. XIII, 138; Susta, 32-35. Una porción de cartas de Médicis a Ferrante Gonzaga, sobre la guerra de Parma, pueden verse en Campori, CIII Lettere inedite di sommi pontefici, Módena, 1878, 16 ss.

(2) Cf. Müller, 234 s.; Susta, 35. Susta juzga con exactitud la situación real. La anécdota de la predicción del pontificado por el joven Silvio Antoniano (N. Erythraeus, Pinacotheca, 37; cf. Cancellieri, Possessi, 109), con que Ranke (Los Papas, 16, 205) da comienzo a su narración del pontificado de Pío IV, es apropiada para extraviar al lector.

(3) V. nuestros datos de vol. XIII, 351 y Susta, 38.

(4) V. los Despachos Venecianos, II, 432.

(5) Cf. Mocénigo, 51 y especialmente Susta, 39.

(6) V. nuestros datos del vol. XIV, 13, 58.

y Marcelo II (1), no obstante, como antiguo curial del tiempo del segundo Papa Médicis, le tocó poco aquella furiosa corriente que imperó con Paulo IV, el celador sin miramientos de la renovación de la Iglesia y violento combatidor de los herejes. Por eso Paulo IV sólo se sirvió de él propiamente para negocios jurídicos (2). Todavía fué mayor su oposición en las opiniones políticas. En este terreno el napolitano fogoso y lleno de fantasía y el sobrio y tranquilo lombardo formaban un irreconciliable contraste.

Esto no se mostró con todo hasta que el horizonte político se oscureció (3). Honra a Médicis el no haber ocultado su parecer y haber desaconsejado con resolución y libertad de ánimo la guerra contra el prepotente imperio español (4). Aun antes de que ésta estallara, el cardenal se hubo de ausentar de Roma. El 8 de noviembre de 1555 murió repentinamente su hermano Juan Jacobo, el cual todavía al fin, en la guerra contra Sena, había mostrado tan gran pericia militar, como cruel dureza y egoísmo (5). Como cabeza de su familia, para poner orden en la herencia, el cardenal se dirigió a principios de diciembre a Milán, donde le retuvieron hasta la primavera de 1556 los asuntos de la sucesión y una enfermedad de gota (6).

(1) V. nuestros datos del vol. XIII, 160; vol. XIV, 40.

(2) Cf. Müller, 235 s. Desde otoño de 1556 fué Médicis miembro de la Inquisición (v. Pastor, Decretos, 20). Sobre los reparos de Médicis contra la política de Paulo IV respecto al modo de celebrar un concilio, v. nuestros datos del vol. XIV, 161.

(3) En favor de las buenas relaciones hablan dos *breves, uno dirigido a Joannes Jacobus marchio Marignani, fechado en 20 de agosto de 1555, y otro a Cosme I, de 22 de agosto de 1555. En este último es acreditado el cardenal Médicis, y en el otro hasta recibe elogio. En éste se dice entre otras cosas: *Cum idem tuus frater propediem Anconam profecturus ad te istuc omnino divertere cogitaret, has ei litteras dedimus, ut eae una cum ipso te nostris verbis salutarerent et quasi testes essent tum multorum erga te apud nos officiorum quae is vere fraterna tuaque virtute ac te digna semper praestitit, tum nostrae perpetuae in eum benevolentiae. Arm. 44, t. IV, n. 216, *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. nuestros datos del vol. XIV, 95 s.

(5) Cf. Reumont, Toscana, I, 199 s. La magnífica armadura de Juan Jacobo se halla actualmente en el castillo de Erbach en el Odenwald.

(6) Cf. Sylvain, I, 31; Susta, Pius IV, 47. Además de las *cartas citadas por Susta, que escribió el cardenal desde Milán a C. Carafa y Morone, las cuales están en el *Cod. Barb. LXI, 7 (ahora 5698) y *Vat., 6407 (*Biblioteca Vaticana*), se hallan también en el *Archivo del conde Waldburgo de Hohenems* una serie de *cartas originales del cardenal Médicis a la familia Hohenems,

Vuelto a Roma por abril, como enemigo del partido de la guerra, se vió en una penosa situación, y al fin, verdaderamente peligrosa (1). Pero por otra parte su importancia creció, pues su amigo el duque de Florencia no descuidó el poner convenientemente de realce en la corte de Bruselas los méritos que había adquirido el cardenal Médicis por su oposición a la guerra (2). Las relaciones de Médicis con Paulo IV, que al principio del pontificado habían sido tolerablemente buenas (3), se habían convertido en lo contrario por causa de esta actitud. Aun después de la paz de Cave no se hizo en esto mudanza. El que el decurso de los sucesos hubiera venido a dar la razón al admonitor, no pudo mejorar la disposición de ánimo del terco Carafa. El severo régimen establecido por este Papa, que procedía a las reformas sin consideración alguna, régimen que se manifestó en todo su rigor después de la terminación de la guerra, hizo perder el gusto de permanecer en Roma a los elementos mundanos de la curia. Como muchos otros, así también Médicis dejó la Ciudad Eterna en el verano de 1558. El voluntario destierro que se impuso, no fué, sin embargo, efecto de una abierta desavenencia con Paulo IV, cuyo nepote Carlos Carafa honró todavía en abril al cardenal con una visita; antes bien, Médicis pidió una licencia en toda forma para curar su gota en los baños de Luca, y Paulo IV se la concedió de buena gana otorgándole mil ducados. Los dolores de gota a los cuales no prueba el clima húmedo de Roma, no fueron un mero pretexto. A la verdad, hubo juntamente todavía otros motivos que apremiaban al cardenal a salir de la curia: el severo régimen de la ciudad, luego los asuntos de familia, y finalmente también

que no pertenecen sólo a negocios familiares; así las *cartas de 14, 24 y 25 de enero y de 4 de marzo de 1556.

(1) El 28 de agosto de 1556 hizo el cardenal su *testamento. En él encomienda ante todo su alma a Dios, hace protestación de su fe católica, en la que dice querer morir, y desea un entierro sin pompa; manda que si muere en Roma, se le dé sepultura en San Pedro Montorio, y si en Milán, en el Ospedale maggiore. Este hospital es instituido su heredero universal. Después siguen legados para su hermano Agustín (el castillo Melegnano con su mobiliario), para los Altemps, Borromeis, Serbellonis, su hermana Clara, etc. Una adición de su propio puño lleva la fecha de 13 de septiembre de 1556. — El conocimiento del testamento lo debo al prefecto de la Biblioteca Vaticana, Monseñor Ratti (hoy S. S. Pío XI).

(2) Cf. Susta, Pius IV, 48, 58, 62. Sobre la oposición de Médicis v. nuestros datos del vol. XIV, 121 y 297.

(3) V. Susta, 47.

planes ambiciosos que quería tratar personalmente con su favorecedor Cosme I (1).

Cuando Médicis salió de Roma el 13 de junio de 1558, se dirigió primero a su obispado de Foligno (2). A mediados de julio llegó a Florencia. Las conferencias con Cosme I se refirieron al próximo conclave. No obstante, al duque de Florencia no podía parecer el cardenal Médicis candidato a propósito para la tiara, hasta después que hubiese muerto el inquieto y aventurero hermano de éste (3). Antes, Cosme había tenido sólo una platónica amistad con Médicis y refrenado su ambición. Esto se cambió con la muerte de Juan Jacobo. Desde 1556 Cosme I ideó seriamente el proponer al cardenal como candidato a la triple corona, con la esperanza de obtener en él un instrumento dócil para conseguir sus ambiciosos proyectos, su elevación a la dignidad de rey de Toscana (4). En la entrevista de ambos en julio de 1558 concertáronse todos los pormenores para el caso muy probable de que el decrepito Paulo IV dejara presto esta vida temporal. Esta posibilidad pareció muy próxima por la grave enfermedad en que cayó el Papa Carafa a fines de agosto (5). Médicis, que se hallaba entonces en los baños de Luca, esperaba las noticias de Roma con tanta avidez como su favorecedor. Las tales anunciaron pronto que la férrea naturaleza del Papa había de nuevo salido de aquella crisis. Sólo ahora Médicis, que hasta entonces había permanecido cerca de Cosme, se dirigió a Milán. En una carta al duque de Florencia, de principios de octubre, hacía notar que, para lo futuro, ponía todas sus esperanzas en Su Alteza (6). Éstas no habían de quedar frustradas.

Mientras Cosme I disponía sus preparativos para el próximo conclave, el cardenal Médicis, desde el 18 de octubre de 1558 hasta

(1) Susta (Pius IV, 63 s.) ha sido el primero en corregir las indicaciones falsas y tendenciosas que hace Panvinio en la tercera redacción de su Vita Pii IV (cf. el n.º 38 del apéndice).

(2) Desde allí *escribió el 19 de junio de 1558 a Aníbal de Emps, que tenía intención de ir a los baños de Luca por motivos de salud. *Archivo de Hohenems*.

(3) Por eso cundió el dicho de que Juan Jacobo con su casamiento había hecho obtener a su hermano la púrpura, y con su muerte la tiara. Girol. Soranzo, 71.

(4) Cf. Susta, Pius IV, 64 s.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 193.

(6) Cf. Susta, 67-69.

la muerte de Paulo IV, moró parte en su ciudad natal Milán, parte en las amenas riberas del lago de Como. En Milán se ocupó en la terminación del palacio comenzado por su hermano; juntamente hacía limosnas con grande liberalidad de la rica herencia del difunto (1). Sus obras de caridad también en Roma habían ganado al cardenal los corazones de muchos, y le llamaban padre de los pobres (2).

Que el pueblo romano saludara alegremente la elevación de un varón semejante a la Silla de San Pedro, es comprensible. Excitó la mayor satisfacción el que el nuevo Papa manifestara que quería cuidar de la paz, la justicia y la copiosa importación de vituallas en la Ciudad Eterna, y esto lo confirmó por cuanto ya a fines de diciembre hizo rebajar el precio de los cereales a costa de la Cámara. La oposición en que había estado el cardenal Médicis con Paulo IV, la condición sobria y moderada que siempre había mostrado, hacían esperar un pontificado pacífico, que curaría las heridas que habían producido la guerra y el rigor excesivo de Paulo IV. Esto lo decían también los diplomáticos. Como por la elevación del neutral Médicis ningún partido podía atribuirse la victoria, pero tampoco ninguno había sufrido una completa derrota, los representantes de las grandes potencias rivales estaban sin excepción contentos (3).

(1) Cf. Susta, 95-99; aquí también se hace por primera vez una exacta relación de los esfuerzos de Médicis por obtener el arzobispado de Milán, cuestión que todavía no quedó resuelta a la muerte de Paulo IV. Sobre los cambios de morada del cardenal cf. sus cartas en el *Archivo de Hohenems* (escritas una desde Como el 16 de enero de 1559, y otras dos desde Frasca-rolo el 8 de febrero y el 22 de marzo).

(2) V. Panvinus, Vita Pii IV (primera redacción, ampliada en la segunda; cf. el n.º 30 del apéndice). Su cuidado de los pobres lo mostró también Juan Angel de Médicis siendo Papa, de tan múltiple manera, que se intentó la acuñación de una medalla conmemorativa (Venuti, 115. Bonanni, I, 277). Cf. Constit. archiconfrat. S. Hieronymi de urbe, Romae, 1694, 31; Armellini, 75 s.; Comunicaciones del Instituto Austriaco, XIV, 577; Lanciani, III, 211. Fracasó ciertamente la tentativa de reprimir la mendicidad por medio de una casa de beneficencia (v. Bonanni, I, 285; Lanciani, Golden Days, 99). Sobre el orfanotrofio erigido por Pío IV junto a los SS. Cuatro Coronados, v. Le cose meravigliose, 28. Sobre el cuidado del Papa respecto a los hospitales de Roma cf. Forcella, VI, 404, 520; XI, 128. Tampoco olvidó Pío IV a los pobres presos (v. Constit. archiconfrat. S. Hieronymi, 9).

(3) V. Dembinski, Wybór Piusa IV, 286. Cf. la *relación de Ricasoli, de 26 de diciembre de 1559, *Archivo público de Florencia*, y la del embajador portugués, de 30 de diciembre de 1559, en el Corpo dipl. Portug., VIII, 281; Canisii Epist., III, 567 s. En el *Avviso di Roma de 30 de diciembre de 1559 se dice:

El nuevo Papa, aunque había ya pasado de los sesenta, gozaba de tal robustez que se podía esperar un largo pontificado (1). Era de mediana estatura y tenía el color del rostro muy sano. Su cara afable y serena no mostraba vestigio ninguno de la ceñuda seriedad y majestad inaccesible de su predecesor. Su nariz era ligeramente corva, la frente alta, la barba cerrada y corta estaba algo encanecida; los ojos vivos de un color gris azulado, descubrían un temperamento muy sanguíneo. Este se manifestaba aún más claramente en las expresiones vivas, prontas y frecuentemente precipitadas (2), así como en la increíble movilidad de Pío IV. Era característica en él la impaciencia con que, a pesar de toda su afabilidad y bondad, escuchaba las explicaciones de otros, y las interrumpía constantemente con observaciones incidentales. El mismo solía hablar extensamente, muchas veces durante horas enteras; muy lleno de sí, no toleraba opiniones diferentes (3).

S' ha speranza ch' el sarà Pio di fatti come ha assunto il nome. Ha detto di voler pace, giustitia et abbondantia (Urb., 1039, p. 112, *Biblioteca Vaticana*). Sobre la alegría del emperador v. Despachos Venecianos, III, 131, 133.

(1) Cf. * Aviso di Roma de 29 de junio de 1560, Urb., 1039, p. 176b, *Biblioteca Vaticana*. Sobre el exterior de Pío IV y su carácter cf. Mocénigo, 61 s.; Girol. Soranzo, 72 s.; Giac. Soranzo, 129 s. V. también Massarelli en Merkle, II, 341, y Panvinus, Vita Pii IV (últimas redacciones; cf. el n.º 38 del apéndice). De los autores modernos v. Müller, 234 ss., 242; Susta, Pius IV, 36 ss.; Curia, I, xxx s. El retrato al óleo de Pío IV, de tamaño natural, que posee la Biblioteca Ambrosiana, está copiado en San Carlo, 34. Otro buen retrato que procede de Hohenems, se halla en el castillo Frischenberg de Bistrau, en Bohemia. El magnífico grabado (de medio cuerpo hacia la derecha) de Ant. Lafrery es reproducción sin duda de un cuadro contemporáneo (cf. Hartig en el Anuario Histórico, XXXVIII, 299). Buenas representaciones son también los grabados de H. Cock y F. van Hülzen (los dos de medio cuerpo hacia la derecha, el primero con la tiara), como también los de Nic. v. Aelst y A. Loemans (los cuales representan al Papa sentado hacia la derecha); de estos grabados hay excelentes ejemplares en la Biblioteca vinculada en la familia imperial de Viena. La hermosa medalla del milanés G. A. Rossi está bien reproducida en Müntz, III, 242; y la de L. Leoni, de los primeros años del pontificado, en Plon, Leoni, lámina 33, n.º 5; cf. p. 268. Es un exquisito trabajo el busto de Pío IV que está en su sepulcro de Santa Maria de los Angeles, en Roma. Sobre la estatua de Pío IV, que se halla en la catedral de Milán, obra de Angel de Marinis, v. Calvi, Fam. Milan., IV, tav. 15; Escher, 176; hay también de ella una copia en Ricci, El arte en la Italia superior, 198.

(2) Pueden verse ejemplos en Pallavicini, 17, 3, 7; 17, 8, 8 y en Sickel, Concilio, 355.

(3) V. Massarelli en Merkle, II, 341. Cómo el Papa interrumpía constantemente a los embajadores, vese claro por la *relación que el embajador de Venecia, venido para prestar obediencia, hizo acerca de su audiencia final, la cual está fechada en Narni a 11 de octubre de 1560, *Biblioteca palatina de*

Como Pío IV propendía a la corpulencia, daba grandísima importancia al movimiento regular y activo; comenzaba y terminaba sus ocupaciones diarias con un largo paseo. Entre todos los Papas, por ventura ninguno fué tan asiduo y diligente andador como él. Generalmente era adverso al tieso ceremonial. Con mucha frecuencia se le veía en las calles de Roma a caballo o a pie casi sin acompañamiento. Rechazaba las reflexiones que se le hacían en razón de su dignidad y su edad. Estaba persuadido de que el movimiento conserva la salud, ahuyenta las enfermedades, y decía que él no quería morir en la cama. Si hoy padecía un acceso de fiebre, ya al día siguiente aparecía de nuevo en sus acostumbrados paseos contra la voluntad de los médicos (1).

Principalmente en los primeros tiempos de su pontificado, Pío IV gustaba de vivir en el palacio de San Marcos o en las magníficas estancias del castillo de Santángelo (2). En julio (3) y otra vez en agosto de 1560 visitó, acompañado de cardenales, embajadores y muchos nobles, el palacio Fieschi, en el cual había residido siendo cardenal. Subiendo y bajando escaleras, iba con los embajadores inspeccionando todas las piezas; al fin subió a la torre del palacio. Siempre en animada conversación con sus acompañantes, mostró tal agilidad que todos se maravillaron. Cuando se le congratuló por su robustez, pues todavía poco antes había estado enfermo, observó: «No, no, no queremos aún morirnos tan pronto». Especialmente le alegró la expresión del embajador veneciano, Mula, de que en la ciudad de las lagunas vivían senadores, que tenían veinte años más que Su Santidad y dirigían no obstante los negocios del Estado con tanta prudencia como energía. El Papa mismo recordó que su predecesor había sido veinte años más viejo que él (4).

El 25 de septiembre de 1560 Pío IV dejó temprano el Palacio de San Marcos y se dirigió, seguido de once cardenales, del

Viena. Caracteriza también este modo de ser de Pío IV la *relación dramática de Mula (cf. el n.º 3 del apéndice), de 24 de septiembre de 1560, *Archivio segreto pontificio*.

(1) V. Girol. Soranzo, 72-73.

(2) Cf. Bondonus, 535; * *Avviso di Roma* de 4 de mayo de 1560, Urb., 1039, *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. * *Avviso di Roma* de 10 de julio de 1560, Urb., 1039, p. 188, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. la **relación de Mula, de 10 de agosto de 1560, *Biblioteca de la corte de Viena*. Cf. *Corpo dipl. Portug.*, IX, 351.

embajador imperial, el portugués y el veneciano hacia San Andrés, que está delante de la Puerta del Pópolo, donde asistió a la santa misa. Luego visitaron la adyacente Villa Julia. Allí el Papa anduvo acá y allá al sol ardiente sin bastón, conversando con animación con los cardenales; contempló lleno de interés las magníficas fuentes y estatuas antiguas de la Villa, y citó a propósito de ellas versos de poetas latinos. El Papa invitó a su mesa a cinco cardenales y a los tres embajadores, y se entretuvo con ellos hablando principalmente de las antigüedades de Roma. Después de comer la conversación se hizo más seria: versó sobre los asuntos corrientes políticos y eclesiásticos, y duró tanto, que el cardenal Cueva, que padecía de gota, rogó que se le permitiera retirarse. Al fin también el Papa durmió la siesta. Luego visitó, parte a pie y parte a caballo, la parte montañosa de la Villa y regresó al Vaticano por el Ponte Molle. Cuando llegó allá, era de noche. Pero ya a la otra mañana muy temprano de nuevo el Papa fué a dar una vuelta por el Vaticano e inspeccionó los trabajos de construcción que tenía ordenados (1).

También al año siguiente la robustez de Pío IV despertó general admiración. El agente mantuano Francisco Tonina refiere el 29 de marzo de 1561, que el Papa había subido a la cúpula de San Pedro y la había recorrido en derredor, esfuerzo, dice Tonina, que hubiera arredrado a un hombre de veinte años. Pero aquel varón de sesenta y dos años se cansó tan poco por ello, que el mismo día volvió otra vez a la nueva obra de la basílica que le interesaba mucho (2). Siguiendo con el más vivo interés todas sus nuevas construcciones de Roma, se presentaba hoy aquí, mañana allí (3). Las relaciones de los embajadores mantuanos de los años 1561 y 1562, repiten constantemente cuán ágil, robusto y alegre estaba el Papa (4). Solía andar tan de prisa que, como refiere todavía el

(1) Cf. la **carta de Mula, de 26 de septiembre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(2) V. más abajo, en el capítulo X, la *relación de Fr. Tonina, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también la *relación de Tonina, de 3 de diciembre de 1561, en el n.º 19 del apéndice.

(3) Los enviados florentinos *refieren el 2 de agosto de 1561, que el Papa paseaba tanto, que los nepotes temían por su salud. *Archivo público de Florencia*.

(4) V. las *relaciones de Fr. Tonina, de 23 y 27 de julio y 2 de agosto de 1561, de 4 y 18 de marzo, 2 de abril, 18 de mayo y 31 de octubre de 1562, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

año 1563 Jerónimo Soranzo, cansaba a cualquiera por joven que fuese. En la visita de los trabajos del palacio Colonna, en agosto de 1564, aunque tenía sesenta y cinco años, subió hasta el inseguro andamio, sin el menor miedo de las piedras que caían (1).

La gota y el catarro eran los únicos males que afligían a Pío IV. Cuando se veía libre de ellos, se levantaba casi siempre antes de la salida del sol. Tan pronto como se había vestido, daba un largo paseo, durante el cual rezaba su breviario (2). Luego por espacio de dos o tres horas despachaba los negocios más importantes, y después recibía a los embajadores. Cuando había terminado estas ocupaciones, oía el Papa una misa. Si todavía había tiempo, daba audiencia a los cardenales y a otras personas antes de comer. No era en manera alguna adverso a los deleites de la mesa (3), pero la suya no era tan brillante como la de su predecesor, el cual consideraba necesario mostrar los aspectos regios del pontificado hasta en esta materia (4).

En la mesa de Pío IV se ponían principalmente manjares comunes y servían simples ayudas de cámara. También los banquetes oficiales eran sencillos; el Papa quería con esto dar ejemplo a los cardenales y a los prelados. Se reconoce al lombardo en su preferencia por los platos fuertes, principalmente de pastas a la usanza de su país, de los cuales tomaba más cantidad de lo que era conveniente a su salud. Sólo en 1563, después de una larga enfermedad, evitó los manjares y vinos fuertes; limitación que fué muy beneficiosa para su cuerpo. Después de comer dormía una larga siesta, luego rezaba lo demás del breviario y recibía todavía a uno que otro de los cardenales y embajadores. Formaba el fin del día un largo paseo en el Belvedere, que se extendía en invierno hasta el anochecer, y en verano hasta la hora de la cena (5).

(1) V. en el n.º 37 del apéndice la *relación de Fr. Tonina, de 12 de agosto de 1564, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) *Quella mattina, refiere Serristori en 20 de junio de 1561, sulo spuntar del sole trovai S. S. diceva l'offitio nel suo giardino di Monte Cavallo. *Archivo público de Florencia*.

(3) Pío IV comía cinco veces al día; v. la *relación de Fr. Tonina, de 2 de julio de 1562, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Después de la enfermedad que tuvo por diciembre de 1563, se le disminuyó el apetito; cf. la *relación de Serristori, de 17 de diciembre de 1563, *Archivo público de Florencia*.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 61 s., 67 s.

(5) Cf. Girol. Soranzo, 73, 77-78; Giac. Soranzo, 129. Sobre el convite modesto para los embajadores venecianos que vinieron a prestar obediencia, v. Albèri, II, 4, 15.

Paulo IV había siempre invitado a sus comidas solamente a los cardenales y prelados de alta posición. Tales dignatarios se veían sólo excepcionalmente en la mesa de Pío IV. A su índole sencilla y apacible correspondía también en la mesa un trato llano y familiar. Con preferencia invitaba a literatos de ingenio agudo y chispeante, pero tampoco desdeñaba divertirse con los chistes y juegos de los bufones de la corte (1). El mismo tenía buena formación literaria y se había interesado siempre por las obras de los poetas e historiadores. Cuando reunía en derredor suyo a los epígonos de los humanistas, mostraba con gusto su excelente memoria, citando páginas enteras de escritores antiguos. También en sus conversaciones con los embajadores el Papa mezclaba a veces un verso de Horacio o traía ejemplos de la Historia (2). Según el juicio docto de Jerónimo Soranzo, dominaba tan bien el idioma latino que sabía expresarse con tanta facilidad como exactitud en los consistorios. Claros y precisos como su estilo son también los trazos de su escritura (3). A la verdad, no escribió otra cosa que noticias de negocios y dictámenes jurídicos. Conocía el derecho canónico tan extensa como profundamente. Estaba también muy familiarizado con todo lo que se refería a la administración y a la hacienda pública. En los asuntos de la curia era maestro, pero la teología científica estaba bastante remota de él, que no había sido sino jurista y funcionario de administración. De esto tenía clara conciencia, y por eso dejaba a la resolución de los especialistas todas las cuestiones que tocaban a este terreno (4). Por su falta de una formación fundamental en teología se explica también su expresión, que siendo cardenal le echaron en cara en el conclave, sobre las concesiones que podían hacerse a los alemanes,

(1) V. Girol. Soranzo, 77. Sobre el bufón de la corte Moretto v. las *relaciones de Tonina, de 4 y 8 de enero de 1561. En la primera de ellas se lee: Principalmente N. S. il primo dell' anno, con tutto che sentisse poco de podagra, diede da magnare la mattina alli parenti, et perchè il Moretto buffone disse et fece de molte cose a quel desinare, che lo fecero smascellare di risa, gli donò cento scudi d' oro, et il s. duca d' Urbino gli ne donò cinquanta, et il card^{le} suo fratello, 30. *Archivio Gonzaga de Mantua*. El banquete en honor de Cosme I, en el cual Pío IV se chanceó muy alegremente con dos enanos, y un favorito de León X cantò certi versi elegi latini sonando poi con la lira, lo describe Tonina en su *relación de 27 de noviembre de 1560.

(2) Pueden verse ejemplos de esto en las *relaciones de Mula, de 24 de septiembre y 26 de octubre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(3) V. Girol. Soranzo, 74; Susta, Pius IV, 38.

(4) Girol. Soranzo, 74; Giac. Soranzo, 129-130.

acerca de la comunión bajo las dos especies y el matrimonio de los sacerdotes (1). Algunas veces el mismo Pío IV mencionaba la falta que padecía de conocimientos teológicos, y entonces principalmente cuando había prometido más de lo que podía cumplir. Esto acontecía frecuentemente, pues por causa de su bondad le era penoso negar una petición (2). En los casos difíciles prefería siempre seguir un camino intermedio. Su índole prudente procuraba por lo general suavizar y conciliar oposiciones (3). Por eso nada aborrecía tanto como el proceder áspero y sin miramientos. Su sentido político, su inteligencia de las cosas prácticas y de las necesidades del momento, eran sobresalientes. Esta cualidad, así como la completa independencia de sus resoluciones, no se mostraron ciertamente hasta después de su elevación a la silla de San Pedro. Sólo entonces se echó de ver que el sencillo y prudente lombardo era un personaje, si no muy importante, por lo menos del todo independiente, que se había aprovechado por manera excelente de lo mucho que tenía experimentado y conocido en los más diversos países durante una larga y dura escuela de trabajo práctico (4). Versado como estaba en los negocios del mundo, había aprendido, sobre todo de las amargas experiencias de su predecesor, que la autoridad y crédito de la Santa Sede no se podía conservar sin mantener buenas relaciones con los príncipes católicos, y que era necesaria una política moderada y previsora. Este conocimiento moderó su índole impulsiva (5). Ya el 26 de diciembre de 1559 Pío IV dijo a los enviados de Cosme I, que quería estar bien con todos los príncipes cristianos y conservar la paz (6).

Los embajadores pudieron conocer las dotes políticas del nuevo Papa, su clara inteligencia de la realidad de la vida política

(1) Cf. arriba p. 64.

(2) Susta, Pius IV, 39.

(3) Esto lo caracteriza bien su actitud respecto de los Carafas después de su caída. Cf. nuestros datos del vol. XIV, 197, nota 2.

(4) Cf. Susta, Curia, I, xxx y Pius IV, 36 s. En este último lugar se demuestra perfectamente cuán falsa es la opinión de los superficiales y hostiles observadores, que en el cardenal Médicis sólo veían a un señor bueno, sencillo y muy docto en derecho, sin elevado vuelo de ideas, que había afectado ser de muy poca importancia para subir más fácilmente de esta manera a la suprema dignidad.

(5) Cf. Hilliger, 4.

(6) V. la *relación de J. B. Ricasoli, de 26 de diciembre de 1559, *Archivio público de Florencia*.

práctica y su exquisito tino, tanto más cuanto que Pío IV trataba más familiarmente con ellos. También en esto resaltó de nuevo notablemente la oposición a Paulo IV. Cuanto había sido difícil alcanzar una audiencia de éste en su última época (1), tanto fué fácil ser admitido a la presencia del nuevo jerarca supremo de la Iglesia. En él no se podía observar cosa alguna de la grandeza española del Papa Carafa; Pío IV trataba con todos sencilla, afable y bondadosamente, y en especial con los embajadores dejaba a un lado todo ceremonial (2). Ante todos fueron los representantes de Cosme I y de la república de San Marcos los que en todo tiempo tuvieron entrada y fueron favorecidos con la mayor confianza. Reiteradamente refieren de qué manera el Papa, que precisamente daba su paseo en el Belvedere, los invitaba a unírsele sin más; la mayor parte de las veces eran luego llevados también a sus aposentos particulares (3). La bondad y llaneza del Papa eran en tales ocasiones frecuentemente tan grandes, que se disculpaba cuando había de hacer esperar a los embajadores algún tiempo por causa de negocios urgentes (4). Gustaba de explicarse por manera extensa con los embajadores venecianos Marco Antonio de Mula (5) y Jerónimo Soranzo, que le eran especialmente simpáticos. Soranzo escribe que sus audiencias casi nunca habían durado menos de una hora; que la confianza que en ellas se le mostraba, no había podido ser mayor; y que el Papa había advertido reiteradamente, que decía a los embajadores lo que había meditado en la noche pasada (6).

Cuán grande importancia daba Pío IV a sus relaciones con Venecia, lo había manifestado muy claramente luego que se presentó la embajada de obediencia de la república de San Mar-

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 182 s.

(2) V. Mocénigo, 51; Girol. Soranzo, 75; la *relación del embajador boloñés T. Cospi, fechada en Roma a 24 de julio de 1560, *Archivio público de Bolonia*.

(3) Cf. la *relación de Ricasoli, de 1.º de junio de 1560, las de Saraceni, de 23 de abril y 20 de junio de 1561, *Archivio público de Florencia*, y las *relaciones de Mula, de 9 y 16 de noviembre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(4) Así escribe Mula en su *relación de 15 de junio de 1560: Serenissimo Principe. Andai a S. S.^{ta} hieri mattina... et ella si scusò d'havermi fatto aspettare. *Biblioteca palatina de Viena*. Cf. el n.º 3 del apéndice.

(5) Cf. especialmente las *relaciones de Mula de los años 1560-1561, citadas en el capítulo III, *Biblioteca palatina de Viena*. V. particularmente la *relación de 6 de septiembre de 1560.

(6) Giac. Soranzo, 131.

cos (1). Los enviados fueron casi abrumados de atenciones. El acto de prestar obediencia efectuóse el 13 de mayo en la sala principal del palacio de San Marcos, honor que hasta entonces nunca había cabido en suerte a los representantes de Venecia. El Papa mismo contestó a la alocución de Mula, y en su respuesta honró repetidas veces a la república con el título de serenísima. En la audiencia privada concedida dos días después a los embajadores venecianos, el Papa insistió en que tomaran asiento y se cubrieran. En esta ocasión alabó con elocuentes palabras los merecimientos de Venecia como defensora de la cristiandad y de la Santa Sede. Habló con tanto énfasis, que los embajadores escribieron a su patria llenos de asombro: «Este Papa estará siempre al lado de Venecia, si nosotros hacemos lo que nos pertenece». En la misma audiencia Pío IV se expresó de la manera más confidencial y extensamente sobre la actitud que pensaba tomar en lo tocante así a la religión como a la política. Respecto a esto hizo notar cuánto deseaba vivir en paz con todos los príncipes cristianos, principalmente con los italianos, y trabajar por el bien de la Iglesia. Añadió que tenía la intención de volver a convocar el concilio en Trento y mantener la unidad de la fe en Italia. Los enviados que, durante toda su permanencia en Roma, fueron tratados con especial honor, oyeron de nuevo semejantes seguridades en su audiencia de despedida el 20 de mayo de 1560. Pío IV les certificó que quería conservar ilesos los derechos de la Santa Sede y de la Iglesia, pero por lo demás no omitir ninguna condescendencia en todo aquello que le fuera posible (2).

El embajador veneciano Luis Mocénigo hace resaltar los sentimientos pacíficos del Papa, así como su designio de reformar la Iglesia y proseguir el concilio, en la relación final sobre su legación, en la cual fué sustituido en 1560 por Marco Antonio de Mula. Sólo dos cosas, dice, excitan reparos: las estrechas relaciones con Cosme I y la multitud de los nepotes pontificios (3).

En efecto, pocos Papas ha habido tan copiosamente favorecidos del cielo con parientes como Pío IV, y muchos de éstos reci-

(1) Cf. la relación de Melch. Michiel, de 8 de junio de 1560, en Albèri, II, 4, 4 s., 7 s.

(2) V. M. Michiel, loc. cit., 9 s., 13 s., 16 s. Cf. también la *relación de Mula, de 22 de mayo de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*. Sobre la tributación de obediencia de los venecianos cf. Bondonus, 534.

(3) V. Mocénigo. 51. Cf. P. Pacheco en Hilliger, 7.

bieron tan múltiples muestras de grande afición, que con razón se podía temer un nuevo régimen de nepotes. Los Médicis de Milán infundían poquísimos recelo. Juan Jacobo Médicis había fallecido sin hijos. De los demás hermanos del Papa sólo vivía Augusto. Los litigios sobre la herencia con este hombre sarcástico se habían aumentado todavía por su intrigante esposa, la cual tenía mala fama. Desde entonces quedaron rotas las relaciones entre ambos hermanos. A principios del pontificado, Augusto ni siquiera pudo ir a Roma. Cuando luego en 1562 se le permitió esto, principalmente por la intercesión de Cosme I, obtuvo, es verdad, una pensión mensual de 200 escudos, pero no una posición influyente, como él había esperado; tampoco hubiera sido a propósito para ocuparla (1).

De las cinco hermanas de Pío IV, las tres más jóvenes vivían en un monasterio de Lombardía desde hacía años (2). Las otras dos estaban casadas: Margarita con Gilberto Borromeo, conde de Arona (3), y Clara con Wolf Dietrich de Hohenems.

El linaje de los nobles de Ems tenía su solar en Vorarlberg, en el castillo de Hohenems, colocado en una enhiesta roca cerca de Goetzis. Era una familia guerrera, muchos vástagos de la cual habían peleado con sus tropas en los ensangrentados campos de batalla de Italia. Así al principio del siglo XVI Mark Sittich I y su famoso primo Jacobo de Ems, el cual después de breve carrera victoriosa cayó delante de Ravena el 11 de abril de 1512. Wolf Dietrich, hijo segundo de Mark Sittich (nacido hacia 1507 y muerto en 1538), señalóse asimismo como hombre de guerra en Italia (4). De su matrimonio con Clara Médicis nacieron tres hijos

(1) Cf. Mocénigo, 52; Girol. Soranzo, 92 s.; Susta, Pius IV, 96. Sobre la intercesión de Cosme I, v. la interesante *relación de Fr. Tonina, de 29 de enero de 1563, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Calvi, *Fam. Milan.*, III.

(3) Sobre los condes de Arona v. Wymann, 31 s., donde se han utilizado las numerosas obras que de ellos tratan especialmente.

(4) V. Bergmann, *Los nobles de Ems de Hohenems*: Memoria de la Academia de Viena, clase fil.-hist., X (1860), 93 ss.; XI (1861), 1 ss. V. además los documentos del archivo de la familia de Ems de Hohenems, desde 1315 hasta 1537, reunidos por F. Joller (Certamen del gimnasio de Feldkirch), Friburgo, 1860, así como el artículo *Gli Hohenems cittadini Milanesi* [hechos tales por Carlos V en 1553], en el *Bullett. stor. d. Svizz. Ital.*, XXVIII (1906) y Wymann, 27 ss. Cf. también H. Wartmann, *Der Hof Widnau-Haslach*: Archivos municipales de St. Gall, 1887, p. VII ss. de la introducción sobre Mark Sittich I.

y dos hijas: Jacobo Aníbal, Mark Sittich II, Gabriel, Margarita y Elena. El cardenal Médicis se interesó vivamente por la suerte de los hijos de su hermana. En el archivo de Hohenems se conserva todavía una carta, fechada el 20 de junio de 1556, en la cual disuade a su hermana de enviar a la peligrosa metrópoli de Roma al joven Gabriel, que no tenía inclinación ninguna al estado eclesiástico (1). Elevado a la suprema dignidad, permitió que fueran a su corte los tres hijos. Pero presto había de arrepentirse de esta debilidad.

Del matrimonio de la hermana mayor del Papa con Gilberto Borromeo habían nacido dos hijos: Federico y Carlos. Pío IV honró a estos sobrinos de suerte que pronto se encendió la envidia en los de Ems hasta dar vivas llamas. Pero fuera de los nombrados, aparecieron también otros parientes milaneses de parte de su madre, así los cinco hijos de Juan Pedro Serbelloni, todos los cuales pretendían honores y cargos. El embajador del duque de Ferrara notifica el 17 de enero de 1560, que el Papa había puesto mano en los negocios tan ardorosamente que se podía esperar una era mejor; que el número de sus nepotes que afluyen desde Milán y Alemania, crecía continuamente; y que ya habían llegado de dieciocho a veinte. Una semana después refiere el mismo embajador, que la turba de los parientes continuaba acrecentándose (2). No era de maravillar, pues se abrían para ellos brillantes perspectivas.

Pío IV recibió con el mayor agrado a los hijos de su hermana Margarita, los dos condes Borromeos. El mayor, Federico, se halló ya presente a la coronación del Papa. Poco después, por expreso llamamiento de Pío IV (3), se presentó también el her-

(1) En esta *carta escrita desde Roma el 20 de junio de 1556, la cual caracteriza bien al cardenal, se dice sobre Gabriel:... il quale non havendo inclinatione di esser prete non puo disegnar di acquistar cosa alcuna in questa corte, non sia per molto meglio riuscirgli in ogn' altro luogo che stia d'Italia. Impero che questa è una citta piena di tanti sviamenti che insieme con l' imparar la lingua et lo scrivere Italiano impareria facilmente di quelle cose che parturirebbono dishonore a lui et a me. *Archivo de Hohenems*.

(2) V. las *cartas de Julio Grandi, de 7 y 24 de enero de 1560, en el *Archivo público de Módena*. En la primera se lee: *Li nipoti suoi ogni di multiplicano da Milano et Germania. V. también los *Avvisi di Roma, de 6 y 13 de enero de 1560. En el del 13 se dice: Et tuttavia vengono delli parenti assai, liqual è da credere che vorano per loro se non il tutto, almanco la maggior parte al fermo. Urb., 1039, *Biblioteca Vaticana*.

(3) Según el *Avviso di Roma, de 6 de enero de 1560, se escribió a Carlos Borromeo y a Juan Baut. Serbelloni el día después de la elección, que viniesen a Roma. Urb., 1039, p. 114, *Biblioteca Vaticana*.

mano menor, Carlos Borromeo (1). Fué un día memorable en la historia de Roma y de la Iglesia, aquel en que este joven, que sólo tenía veintiún años, hizo su entrada en la Ciudad Eterna. La elevación del tío a la silla de San Pedro apenas tuvo otro efecto más beneficioso que abrir de un golpe al sobrino la carrera por la cual en pocos años se hizo uno de los más ilustres adalides y más enérgicos promovedores de la reforma católica.

Luego después de la llegada de Carlos, Pío IV mostró tanto su inclinación a él, que se decía que le quería como a la niña de sus ojos (2). Primeramente le confirió la dignidad de protonotario y varios beneficios (3). En Milán como en Roma se habló en seguida de que Carlos, a quien precedía muy buena fama, recibiría la púrpura (4). De hecho efectuóse muy pronto su recepción en el Sacro Colegio. El 31 de enero de 1560 fueron nombrados cardenales

(1) La más antigua biografía de S. Carlos Borromeo la escribió el obispo de Verona, el cardenal Agustín Valier (la latina se editó en Colonia en 1587, y la italiana en Milán en el mismo año), y la mejor quizá, el general de los barnabitas y obispo de Novara Bascapé (publicada por primera vez en Ingolstadt en 1592). Bascapé mismo dice (p. 2): *Eloquentiam historiaeque scribendae artem concedens multis, rerum ipsarum notitiam veritatemque iure mihi vindicare posse videor*. En la misma página designa como fuentes suyas: el conocimiento personal, sacado del trato de muchos años con S. Carlos Borromeo, los dichos y testimonios de sus familiares y numerosos documentos, entre los cuales unas 30000 cartas, ora escritas por S. Carlos, ora dirigidas a él. Cf. P. L. Manzini en *La Scuola catt.*, Ser. 4, vol. XVIII (1910), 330-337; *Analecta Bolland.*, XXII, 121. La Vida más difundida y más fácil de leer la suministró Giussano, Brescia, 1610, para las fiestas de la canonización. Coleccionó documentos sobre S. Carlos Borromeo, Aristides Sala (3 tomos y Fascicolo conclusionale, Milán, 1857-1862), quien enriqueció asimismo con *Dissertazioni e note*, y editó la biografía (Milán, 1858) compuesta por Antonio Sala. Muchos escritos inéditos han sido utilizados por Carlos Sylvain (Lila, 1884) y en la revista San Carlo Borromeo nel terzo centenario della canonizzazione, Milano, 1908-1910. Una nueva y extensa colección de documentos sobre S. Carlos Borromeo preparan los bolandistas. En ella han de publicarse especialmente los documentos de los archivos romanos y de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, que ha reunido el P. v. Ortroy con abnegado trabajo de largos años.

(2) Se dice del Papa, notifica Ricasoli en 12 de enero de 1560, *Carlo esser l' ochio suo diritto. *Archivio público de Florencia*.

(3) Cf. el *Avviso di Roma, de 27 de enero de 1560, Urb., 1039, p. 122^b, *Biblioteca Vaticana*.

(4) Además de Sylvain, I, 50 s., cf. el *Avviso di Roma, de 13 de enero de 1560, según el cual se hablaba ya entonces del pronto cardenalato de Carlos (Urb., 1039, p. 117, *Biblioteca Vaticana*). En la *carta de Julio Grandi, fechada en Roma el 17 de enero de 1560, se lee: *Si ragiona che nel concistoro de venerdì proximo la S. Sua promoverà al cardinalato l' abbate Bon-*

nales Carlos Borromeo, Juan Antonio Serbelloni y Juan de Médicis, hijo de Cosme, de sólo diecisiete años de edad (1). Pronto el amor de Pío IV acumuló sobre Carlos todavía otros cargos y dignidades. El 7 de febrero recibió la administración del arzobispado de Milán, y el 25 de abril la legación de Bolonia (2). Pío IV había destinado al cardenal Morone para la dirección de los negocios políticos y eclesiásticos. Pero éste no obstante se excusó (3). En vista de esto el Papa confió a Carlos Borromeo la administración de los Estados de la Iglesia y le colocó al frente de la secretaría privada como cardenal nepote director de los negocios (4). A mediados de marzo se envió a los nuncios la noticia de esta mudanza y el mandato de que consideraran en adelante las órdenes procedentes del cardenal diácono de los Santos Vito y Modesto —tal era la primera iglesia titular de Carlos (5),— como si emanaran del mismo Papa (6).

También el único hermano de Carlos, Federico, fué colmado de honores y dignidades. Este nepote, de edad de veinticinco años, había de fundar el poder territorial de los Borromeos por medio de un matrimonio con una princesa (7). Como ya a fines de febrero

romei [sic] suo nipote con darli il suo capello proprio. Questo giovane è molto amato dalla S^a Sua et veramente dimostra nelle sue attioni esser assai meritevole. *Archivio público de Módena*.

(1) V. Acta consist. en Raynald, 1560, n. 92; Massarelli en Merkle, II, 341; Bondonus, 523; Ciaconius, III, 889 s., 896 s.; la *relación de Ricasoli, de 31 de enero de 1560, *Archivio público de Florencia*.

(2) V. Acta consist., loc. cit.; Massarelli, 344. El breve de nombramiento para Milán, de 23 de febrero de 1560, se halla en Sala, Fascicolo conclus., 12 ss. Un Motu proprio de 8 de febrero de 1560, ampliado por un breve de 1.º de mayo de 1561, asegura al arzobispo la libre disposición de todos los beneficios que le pertenecen. Sala, Documenti, I, 119 s., 137 s.

(3) V. la *relación de Juan Baut. Ricasoli, de 8 de enero de 1560, *Archivio público de Florencia*, Medic., 3279.

(4) Cf. Bascapé, 5 s.; Giussano, 12. Panvinus en Merkle, II, 593 s.: Carolum Boromeum [sic] iuris scientia praeditum, quem perhumanum, modestum et industrium virum negotiis omnibus ecclesiasticis tractandis praefecit.

(5) En 4 de septiembre de 1560 recibió Borromeo como iglesia titular la de S. Martín de los Montes, la cual en 17 de noviembre de 1564 permutó por la de Sta. Práxedes.

(6) V. el breve de 15 de marzo de 1560 en Raynald, 1560, n. 94.

(7) *V. Susta, Curia, I, xxxii. J. Grandi *refiere en 17 de enero de 1560, que se decía que Federico Borromeo obtendría el governo di Ancona, y después sería enviado a Felipe II (*Archivio público de Módena*); pero en 10 de febrero de 1560 se hablaba ya del casamiento, por medio del cual recaería en él Camerino; v. el *Avviso di Roma de 10 de febrero de 1560, Urb., 1039, p. 127, *Biblioteca Vaticana*.

de 1560 se decía, se le había escogido por esposa a Virginia della Róvere, hija del duque Guidobaldo de Urbino (1). Había el plan de procurarle el ducado de Camerino, herencia de la madre de Virginia, Julia Barano, que de nuevo se había de quitar a los Farne-
ses (2). El 5 de mayo se firmó el contrato de desposorio en los aposentos del cardenal Borromeo. Cuatro días después Federico se dirigió a Pésaro para la boda. Desde allí debía ir a Milán para asistir al casamiento de su hermana Camila con César Gonzaga de Guastalla, hijo mayor de Ferrante (3). El 31 de agosto César Gonzaga fué a Roma, donde el Papa le recibió con mucho amor (4). En octubre se esperaba en la Ciudad Eterna a la esposa de Federico, para la cual se prepararon en el Belvedere aposentos tan espléndidos que hubieran podido servir para hospedar a una reina (5).

Todavía antes que Virginia, se presentó en Roma el 4 de noviembre el duque mismo de Urbino y dos días después Cosme I (6). La permanencia de Cosme, que se prolongó hasta el 28 de diciembre, y las grandes demostraciones de afecto del Papa

(1) *Avviso di Roma de 24 de febrero de 1560, Urb., 1039, p. 131, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Un *Avviso di Roma de 27 de abril de 1560 notifica que el negocio de Camerino había sido remitido a la Rota; *otro de 29 de junio dice que tres cardenales habían de deliberar sobre él (Urb., 1039, p. 151, 176, 218, *Biblioteca Vaticana*). En 23 de noviembre (v. el *Avviso de este día) se esperaba la pronta decisión; Pío IV hablaba ya de la duchessa di Camerino, nostra nipote, pero muy prematuramente. El asunto no se resolvió a pesar del pleito entablado. V. Susta, Curia, II, 401, 423, 456, 458, 553; III, 429, 446.

(3) Según el *Avviso di Roma de 27 de abril de 1560, el cardenal Róvere salió de Roma el 25 de abril para ultimar las negociaciones respecto al casamiento. A su vuelta en 5 de mayo se celebró el contrato (*Avviso de 11 de mayo), después de lo cual partióse el 9 Federico; Urb., 1039, p. 151, 156. Ibid., 143 hay un *Avviso de 30 de marzo sobre el ajuste del casamiento entre C. Gonzaga y Camila Borromea, que recibió del Papa ricos presentes. *Biblioteca Vaticana*.

(4) *Avviso di Roma de 31 de agosto de 1560, Urb., 1039, p. 194, *Biblioteca Vaticana*. Según este documento, C. Gonzaga se hospedó en el palacio de S. Marcos.

(5) *Avviso di Roma de 19 de octubre de 1560, Urb., 1039, p. 210^b, *Biblioteca Vaticana*.

(6) La llegada de los dos príncipes la describen Fr. Tonina en su *relación de 6 de noviembre (*Archivio Gonzaga de Mantua*), y un *Avviso di Roma de 9 de noviembre de 1560 (Urb., 1039, p. 214, *Biblioteca Vaticana*). Según esta última fuente, el duque de Urbino estaba alojado en las stanze nuove del palazzo, che fece fare Julio III, y Cosme I con la duquesa nelle stanze d'Innocenzo VIII e di Sisto, restaurate di questo papa con molto ordine.

para con este príncipe (1) despertaron todo género de conjeturas. Se creyó que el duque había venido para recibir el título de rey de Toscana. No obstante Felipe II y Fernando I se oponían a semejante engrandecimiento (2). Los diplomáticos de los Habsburgos en Roma estaban llenos de desconfianza, tanto mayor cuanto las negociaciones de Cosme con el Papa se mantuvieron en mucho secreto (3). Se esparcieron los más diversos rumores (4); pero al fin se demostró que Cosme se había engañado completamente en la creencia de que Pío IV se sometería simplemente a todos sus deseos (5).

Los duques de Urbino y Florencia se hallaban todavía en Roma, cuando el 7 de diciembre de 1560 Virginia se acercó a esta ciudad con magnífica comitiva. Cuatro cardenales y numerosos prelados le salieron al encuentro hasta la puerta primera. Más adelante la saludó la nobleza romana y junto a Ponte Molle todo el cuerpo diplomático. Después que Virginia pasó la noche en la Villa Julia, hizo su entrada en la Ciudad Eterna en una blanca hacanea, cubierta la cabeza con un birrete esmaltado de piedras preciosas. Entonces se hizo a la joven duquesa una honra que se había solido reservar sólo a las reinas y emperatrices: a entrambos lados de ella cabalgaban dos cardenales, Róvere y Borromeo (6).

Pío IV tomó a pechos elevar también a grandes riquezas y puestos honrosos a los demás nepotes; con todo, no le fué posible contentarlos enteramente. De los cinco hermanos Serbellonis, el segundo en edad, Juan Antonio, había sido admitido en el Sacro

(1) Cf. Massarelli en Merkle, II, 348; Bondonus, 535 s.; Reumont, Toscana, I, 230 s.; Palandri, 98 s.

(2) Cf. Sickel, Concilio, 83; Voss, 95; Despachos Venecianos, III, 159, 166. Cf. también Le Bret, Historia de Italia, VIII, 159 s. Ya antes que Cosme I se presentase en Roma, se habían hecho allí las más diversas conjeturas sobre su venida; v. la *relación de Fr. Tonina, de 30 de octubre de 1560, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. la *relación de Mula, de 16 de noviembre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(4) Cf. Sickel, Concilio, 91, 93, 96, 121, 133. V. también la correspondencia del card. O. Truchsess, 229, 231 s.

(5) V. Hilliger, 7, 25.

(6) V. Bondonus, 537 s. Cf. Massarelli, 349 y la *relación de Fr. Tonina, de 11 de diciembre de 1560, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Sobre los preparativos para el recibimiento de Virginia v. *Avvisi di Roma de 16 y 23 de noviembre de 1560, Urb., 1039, p. 216, 218, *Biblioteca Vaticana*.

Colegio, como ya hemos dicho, al mismo tiempo que Carlos Borromeo. Juan Bautista Serbelloni había recibido en enero de 1560 el cargo de gobernador del castillo de Santángelo, y su hermano Gabriel había sido nombrado capitán de la guardia de corps del Papa (1). Fabricio Serbelloni en octubre de 1561 fué enviado a Francia para defender la ciudad de Aviñón, amenazada por los hugonotes (2). Descontentaba en gran manera su colocación a Gabriel Serbelloni, lleno de ardiente envidia. Ya en junio de 1560 se quejó con el embajador florentino de que el Papa no resolvía independientemente, sino en todo se atenía al parecer del cardenal Borromeo (3). También en el tiempo siguiente el embajador florentino oyó repetidas veces vehementes quejas de Gabriel, el cual se creía notablemente pospuesto (4).

De igual envidia por las demostraciones de favor hechas a los Borromeos, estaban llenos los señores de Hohenems. Estos guerreros, de la índole de los lansquenets alemanes, luego de la elección de Pío IV se habían apresurado en ir a Roma para enriquecerse y medrar como nepotes del Papa. Eran hombres dispuestos, como lo refiere el cardenal Truchsess al duque Alberto de Baviera, pero los italianos se burlaban de ellos por su defectuosa educación y su tosca torpeza y poca maña (5). No les faltaba ambición. Creían que uno de los suyos debía asimismo ser honrado con la púrpura (6).

(1) V. la *relación de J. Grandi, de 17 de enero de 1560, *Archivio pubblico de Modena*. Cf. Pagliucchi, 138. Ibid., 144, se refiere el nombramiento de Juan Bautista para obispo de Cassano, efectuado en 17 de septiembre de 1562. Gabriel y su hermano Juan Antonio habían llegado a Roma el 4 de enero (*Avviso di Roma, de 6 de enero de 1560, Urb., 1039, p. 114, *Biblioteca Vaticana*). Gabriel Serbelloni obtuvo más tarde la superintendencia de las fortalezas de los Estados de la Iglesia; Jerónimo Soranzo le tributa elogios (p. 94).

(2) V. el *Avviso di Roma, de 25 de octubre de 1561, Urb., 1039, p. 305, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Girol. Soranzo, 95.

(3) *Carta cifrada de J. B. Ricasoli, de 1.º de junio de 1560, *Archivio pubblico de Florencia*.

(4) V. las *cartas de J. B. Ricasoli, de 13 y 24 de junio y de 8 de julio de 1560, *Archivio pubblico de Florencia*. En la relación de 24 de junio se lee escrito en cifra: *Gabrio si trova assai mal contento parendoli il Papa pensi a beneficiare ogn' altro che lui.

(5) Truchsess en 20 de enero de 1560, en la correspondencia del cardenal O. Truchsess, 128. Hilliger, 10-11.

(6) Cuando Mark Sittich recibió una encomienda de la orden de Santiago, así lo refiere un *Avviso di Roma, de 24 de febrero de 1560, se vió en esto el principio para el cardenalato. Que el de Hohenems aspiraba a él, lo notifica el *Avviso di Roma de 9 de marzo de 1560. Urb. 1039, p. 131, 135b, *Biblioteca Vaticana*.

Sus aspiraciones crecieron todavía cuando Fernando I el 27 de abril de 1560 los elevó al estado de condes del imperio (1).

Las envidias de los nepotes y sus discordias originaron al Papa muchas horas tristes desde el principio (2). El cardenal de Trento Madruzzo se interesó por los nepotes alemanes en manera tan extraordinaria, que provocó recelo y disgusto en los Borromeos (3). Para contentar a los de Hohenems y poner término a sus intrigas contra los Borromeos, Pío IV resolvió alejarlos de Roma con misiones honoríficas (4). Mark Sittich de Hohenems, nombrado obispo de Cassano en 1560 a pesar de sus inclinaciones muy mundanas, en junio fué enviado a la corte de Fernando I, misión que preparó su elevación al obispado de Constanza. El 26 de febrero del año siguiente, Mark Sittich obtuvo la dignidad cardenalicia, por más que no era a propósito para ella. En enero de 1562 fué destinado como sexto legado para el concilio de Trento (5). En todos estos puestos se acreditó tan poco como su her-

(1) V. el diploma en Bergmann, *Los nobles de Embs de Hohenems: Memoria de la Acad. de Viena, Clase filosófico-histórica*, X (1860), 180 s.

(2) Ya en 27 de enero de 1560, da cuenta un * *Avviso di Roma* de la envidia que excitaban los cargos honrosos que se comenzaban a dispensar a los Borromeos: *Il che vedendo l'altri nipoti di S. S. hanno cominciati a murmurar' et havute strane parole tra loro, il che ha dato qualche travaglio a S. S., massime per quelli d' Alemagna ch'hanno il cervello alquanto gagliardo, et hormai sono comparsi tanti nipoti che pasano il numero de 15. Cf. además los * *Avvisi di Roma* de 3 de febrero y 16 de marzo de 1560 (los nepotes alemanes en nada quieren ser inferiores a los Borromeos, y dicen que quisieran ver a sus hermanas en igual elevada posición, et così ogni dì ha S. S^a qualche fastidio della competentia et emulatione, che è fra loro), Urb., 1039, p. 122, 124, 138, *Biblioteca Vaticana*. Sobre la continua discordia entre los nepotes, trata una * *relación* cifrada de J. Grandi, de 13 de marzo de 1560, *Archivo público de Módena*.*

(3) V. la carta de O. Truchsess, de 16 de marzo de 1560, en la correspondencia del card. O. Truchsess, 150. Cf. Hilliger, 10, quien, según Susta, Curia, I, xxii, exagera la rivalidad. Cuánto duraron estas discordias, se saca de la ** *relación* de Fr. Tonina, de 29 de diciembre de 1560, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. Girol. Soranzo, 89 s. Según un * *Avviso di Roma* de 25 de mayo de 1560, hablábase entonces de casar a Aníbal de Hohenems con Juana de Aragón, y comprar para él un Estado en Italia. Nombrábase a Salerno, que costaría, según decían, 300000 ducados (cf. * *Avvisi di Roma* de 1.º y 8 de junio [celebración del contrato matrimonial] y de 15 de junio). Pero Felipe II rehusó dar su aprobación (* *Avviso* de 6 de julio de 1560). Urb., 1039, p. 160, 163, 165^a, 179^b, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Mocénigo, 53.

(5) Cf. Mocénigo, 53-54; Girol. Soranzo, 81; Sickel, Concilio, 47, 230 s.; Steinherz, *Relaciones de nunciatura*, I, 59, 60, 69, 71, 72, 74, 96, 100, 128, 266 s., 303, 307, 312, 323 s., 351, 373; Susta, Curia, I, 99, 101, 109, 114, 120 s., 151, 163,

mano Jacobo Aníbal en su misión a la corte de Felipe II de España (1). Gabriel de Hohenems fué honrado con una misión a Francia, y su hermana Margarita desposada con un sobrino del cardenal de Trento Madruzzo (2).

Tampoco en el tiempo siguiente los de Hohenems, lo mismo que los Serbellonis, alcanzaron gran importancia en los asuntos romanos. Todo el amor del Papa quedó guardado para los Borromeos. De éstos *Carlos Borromeo*, nacido el 2 de octubre de 1538 en Arona, castillo de la familia, situado en la orilla occidental del lago Mayor (3), mereció enteramente el afecto y confianza con que le favoreció su tío. La elección de este joven de veintiún años para secretario privado resultó espléndida. Cuando Pío IV se resolvió a ello, además del cariño familiar, fué en primer lugar motivo determinante la misma consideración que había movido a tantos de sus predecesores a un paso semejante: contra los partidos que dividían la curia y el Colegio cardenalicio, creyó poder hallar un confidente seguro y colaborador sólo entre sus parientes. El que la elección recayera precisamente en Carlos Borromeo, fué decisivo para todo su pontificado. En él halló ante todo lo que buscaba como carácter independiente: un auxiliar fiel a su deber, que

II, vi s.; pero especialmente Reinhardt-Steffens, J. Fr. Bonhomini, Introducción, p. XLII s., y Wymann, 66 ss., donde se citan todavía más autores. Como candidato a la púrpura es nombrado ya Mark Sittich en una carta del cardenal O. Truchsess, de 18 de mayo de 1560 (Correspondencia, 166), y después en la *relación de J. Grandi, de 12 de septiembre de 1560 (*Archivo público de Módena*). De Roberto, hijo natural, más tarde legitimado, de Mark Sittich, proceden los Altemps, duques de Gallese (v. Bergmann, loc. cit., XI, 6 s.; cf. Litta, 91). Sobre el escudo de armas del card. Altemps v. Archives Héraldiques Suisses, Zurich, 1913, p. 199 ss.; cf. 1912, p. 153. Una magnífica chimenea con el hermoso busto de Mark Sittich vino a parar del palacio Altemps a la morada romana del artista príncipe Bülow, la Villa Malta.

(1) Para completar las noticias que trae Susta, Curia, I, 317, 319, cf. las **cartas de Pío IV a Aníbal de Hohenems, fechadas en Roma a 22 de enero, 5 y 31 de marzo, 5 y 21 de mayo, las cuales contienen una fuerte reprensión por la conducta de Aníbal. Pero cuando éste mostró arrepentimiento, le perdonó Pío IV en una *carta de 8 de octubre de 1562. Por *carta de 26 de noviembre de 1562, le mandó el Papa que antes que nada se quedase todavía en España. Todas estas cartas se hallan en su original en el *Archivo de Hohenems*. Sobre la caída de Aníbal en la desgracia de Pío IV, v. también la **relación de Fr. Tonina, de 23 de julio de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Mocénigo, 54.

(3) Dibujos del antiguo castillo y de la capilla, así como de la estatua colosal de S. Carlos Borromeo, que se levanta hoy sobre las ruinas, pueden verse en San Carlo, 11, 14, 27, 28.

con grandísima abnegación, perseverante diligencia y paciencia inagotable se esforzó por ejecutar las órdenes de la Cabeza suprema de la Iglesia (1).

Los curiales, lo mismo que los diplomáticos, no quedaron muy contentos del nuevo secretario de Estado. No podían tener esperanza ninguna de obtener influencia sobre el anciano y experimentado Papa por medio del joven sobrino. Además, la severa forma de vida y los sentimientos enteramente eclesiásticos de Carlos, no eran absolutamente conformes al gusto de estas personas, cuyo ideal continuaba siendo el tipo del nepote del Renacimiento. Carlos Borromeo no tenía la menor apariencia de ello. Su mismo exterior ni atraía por su hermosura, ni infundía respeto por la majestad (2). Su extremada modestia hacía que en las primeras entrevistas no presentara la apariencia de un gran talento. La disposición de su espíritu, dirigido más a la solidez que al brillo exterior, no le impulsaba a comunicarse mucho ni a hacerse valer (3). Un defecto de su lengua que le hacía precipitarse al hablar, y del cual sólo poco a poco logró desacostumbrarse, reforzaba todavía la impresión desfavorable (4); su modesta reserva así como su delicadeza de conciencia, con la cual evitaba utilizar su posición para enriquecerse o gozar de la vida a la manera de las personas del Renacimiento, se las achacaron a cortedad (5). En los despachos de los embajadores que dan noticia de los comienzos del joven secre-

(1) V. Susta, Curia, I, xxxiii.

(2) Según el testimonio del cardenal Federico Borromeo, entre los muchos retratos del cardenal Borromeo, el pintado por Figini, que se conserva en la pinacoteca de la Biblioteca Ambrosiana, es el que mejor reproduce sus facciones. De él hay una copia en San Carlo, 123; cf. 136. Su mascarilla la poseen los capuchinos de Porta Monforte. De ella hay una copia *ibid.*, 520, 521. Como enemigo de todo propio ensalzamiento, San Carlos, en oposición a sus coetáneos, no hacía ningún caso de dejar su efigie a los contemporáneos y venideros; en su extensa correspondencia sólo una vez habla de su retrato, que envió a su hermana Ana; v. Wymann, 107.

(3) *Ne insignes in literis progressus habere videretur [durante el tiempo de sus estudios en Pavia], ingenii motus ad explicandum haud satis expediti faciebant..... Eam animi moderationem atque aequabilitatem haud maxima praesertim ingenii celeritate coniunctam, quidam quasi tarditatem abiectio-nemque despicere videbantur, cum tamen et ipsius adolescentiae acta non obscure et posterioris temporis res gestae multo illustrius longe aliter se rem habuisse demonstrarint.* Bascapé, 4^b.

(4) Bascapé, 7^a: *concisas sententias, immo etiam verba ipsa imminuta habitu quodam nimiae celeritatis pronuntiare solebat.*

(5) Bascapé, 6^b. Giussano, 10 D.

tario de Estado, aparece como un carácter piadoso y bueno, pero poco apto para los negocios del mundo (1). Con el tiempo, no obstante, hasta el juicio de los embajadores venecianos fué más favorable (2). Quien trataba más de cerca con Carlos, no podía menos de advertir que poseía un agudo entendimiento y un claro juicio (3), y suplía con la incansable meditación lo que tal vez le faltaba de celeridad de concepción. Su gran energía le hacía posible considerar en todos los aspectos un negocio importante, con frecuencia durante seis o siete horas continuas sin fatigarse, antes que procediera a tomar una resolución firme (4).

Sobre toda alabanza estaban la firmeza de carácter, fidelidad y profunda piedad de Carlos. Siempre había dado pruebas de ello. Destinado en su primera edad al estado eclesiástico, y preparado para él por un preceptor doméstico, el vástago del antiguo linaje nobiliario de Arona, ya en 1552 (5), apenas de catorce años, frecuentó la universidad de Pavía para estudiar Derecho. Su padre le había dado por compañero un ayo, pero Carlos le hubo de despedir presto por inepto (6); así luego que salió de la casa paterna, vivió realmente entregado a sí mismo y hubo de buscarse por sí solo su carrera. Lleno del pensamiento de que era deudor a su familia y principalmente a sus dos tíos, el general y el cardenal, de llegar a hacer algo de provecho, se dedicó con todas sus fuerzas a los estudios. Con grandes interrupciones, que en parte fueron necesarias por sus excesivos esfuerzos, terminólos en 1559 con un brillante examen de doctorado (7). Carlos cumplía con exacti-

(1) Mocénigo, 53. En una *relación de 11 de agosto de 1564 dice Fr. Tonina de S. Carlos Borromeo, que era di natura freddo et per consuetudine timido al papa (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Requeséns a Felipe II en 30 de abril de 1564: Es el hombre del mundo de menos espíritu y acción para tratar negocios (Döllinger, Documentos, I, 561). Requeséns a Felipe II en 5 de enero de 1565 (ibid., 581): Aunque Borromeo es buen hombre y virtuoso, pienso que la tendría menos en la elección, que jamás tuvo sobrino de Papa, porque es tan tibio, que ni él atiende a tenelle, ni se le da nada. Requeséns tuvo más tarde ocasión de poder conocer la energía de Borromeo.

(2) Cf. Wymann, 97 s.

(3) ut erat acri ingenio iudicioque; Bascapé, 182^a.

(4) Ibid., 182^b.

(5) Sobre la fecha v. Sylvain, I, 19; Girol. Soranzo, 90.

(6) Su segundo ayo apenas era mejor (Sylvain, I, 21, 25). Es significativo en el futuro organizador, el juicio que da sobre uno de estos ayos. «Este hombre ni siquiera sabe mandar», escribe a su padre. San Carlo, 25.

(7) Sylvain, I, 20. Bascapé, 5^a. Cf. L. Gramática, Diploma di laurea in diritto canonico e civile di S. Carlo Borromeo, Milano, 1917.

tud sus deberes religiosos, y en medio de la corrompida ciudad universitaria guardó sin mancha la pureza de sus costumbres.

La más significativa cualidad del futuro reformador, su extraordinario talento de gobierno y administración, se mostró ya muy eminentemente en los años de sus estudios. En Pavía él mismo hubo de llevar el gobierno de su casa y vigilar a los sirvientes (1), y desempeñó esta incumbencia con gran habilidad, a pesar de muchas dificultades y continua falta de dinero (2). En las vacaciones y durante los descansos de sus estudios cuidaba de la administración de los bienes paternos en ausencia de su padre (3), y después de la muerte de éste en 1558 su hermano mayor Federico vino muy de buena gana en que Carlos tomara en sus manos ya experimentadas la dirección así de la familia como de la hacienda paterna (4). Conforme a la mala costumbre de la época, ya siendo niño había sido nombrado abad comendatario de una abadía benedictina. Las rentas de ella, con permiso de su padre, las distribuía en su mayor parte entre los pobres (5). También intentó con buen resultado la reforma de los monjes. Como no fueran de provecho los medios suaves, cuidó de que se aplicaran aun los castigos de cárcel (6).

A los primeros cargos que Pío IV había conferido a Carlos, se añadieron muy presto otros muchos. El Papa le nombró protector de Portugal, de la Baja Alemania y de los siete cantones católicos de Suiza; demás de esto, protector de las Órdenes de franciscanos, carmelitas y humillados, de los canónigos regulares de Santa Cruz de Coimbra, de los sanjuanistas y de la Orden de Cristo de Portugal (7). Las rentas de sus dignidades, de varias abadías que se le habían dado en encomienda, así como de sus bienes familiares, las calculaba con espíritu mercantil el embaja-

(1) Sylvain, I, 25.

(2) Ibid., 22 ss.

(3) Ibid., 28, 31.

(4) *Rerum familiarium summa propter prudentiam morumque gravitatem ad eius iudicium rediit*. Bascapé, 4-5.

(5) Bascapé, 4^a.

(6) Ibid., 5^b: *alios victus asperitate, alios arcta custodia punivit et in officio continuit, quamquam nullo eius generis tunc proposito exemplo*.

(7) Bascapé, 15^b. Fué nombrado protector de los humillados en 13 de febrero de 1560 (Sala, *Dissertazioni*, 414). El breve de nombramiento de protector de Suiza, de 12 de marzo de 1560, se halla en Raynald, 1560, n. 95. Cf. Wymann, 85.

dor veneciano Jerónimo Soranzo en 1563 en unos 48000 escudos anuales (1).

El que el joven nepote no se dejara inducir a gozar de la vida por todos estos honores y riquezas, excitó la admiración de los embajadores extranjeros. Tampoco se pudo advertir en él la más mínima demostración de soberbia. Según los testimonios concordes de los contemporáneos, su conducta era enteramente intachable (2). Con ardiente celo por el trabajo, se entregó del todo a los negocios, de suerte que en los primeros tiempos sus servidores temían por la salud de su señor. Escribe uno de sus familiares, que apenas le quedaba tiempo para comer y dormir tranquilamente; y que se debía mover al tío de Carlos, el conde Francisco, a que, junto con el conde Guido Borromeo, hiciera reflexiones cuan frecuentemente pudiera a su sobrino, pues se mostraba sordo a los ruegos de sus servidores (3). Carlos mismo escribe el 22 de enero de 1560, que está bueno a pesar «de los infinitos esfuerzos», pero

(1) Albéri, II, 4, 92. Según Soranzo, el arzobispado de Milán le rentaba 7000 escudos, la abadía de Arona 2000, las abadías de Mozzo, della Follina y de Colle (en el territorio de Venecia) 3000, la de Nonantola 3000 y una abadía en el reino de Nápoles 1000. El rey de España le pagaba 12000 escudos, de los que S. Carlos cedía 3000 al cardenal Altemps. La legación de Bolonia rendía 7000 escudos, la de Ravena 5000 y la administración de Espoleto 3000. De cada una de las cuatro galeras que Federico Borromeo le había legado y que estaban al servicio de España, sacaba 1000 escudos, y las rentas de los bienes paternos subían a 4000 escudos. Bascapé atestigua (p. 6b), que el Papa le obligaba a que aceptase muchas de estas rentas. Como abad comendatario poseía San Carlos, según Bascapé (p. 15, 16), doce iglesias; y afirma este autor que sus rentas habían subido algunas veces a 90000 ducados. Una pensión de 12000 ducados que Felipe II le había asignado del arzobispado de Toledo, nunca en realidad le fué pagada. Girol. Soranzo, 95.

(2) Girol. Soranzo, 91: E il Cardinale di una vita innocentissima, tanto chè, per quello che si sa, si può dir che sia netto da ogni macchia. Giac. Soranzo, 133: La vita sua è innocentissima e castissima.

(3) Hércules Lodi al conde Guido Borromeo en 17 de febrero de 1560 (en carta publicada por E. Motta en el Archivio storico Lombardo, 1903, 352 s.): Resta al presente tanto occupato nelli negotii ch'apena ci avanza tempo per poter comodamente mangiar o dormire. Il che a noi altri servitori suoi è di grandissimo scontento per la temenza tenemo che... finalmente non caschi in qualche grave infirmità... Si mostra talmente infiammato del ben publico et tanto innamorato del negocio che pare in effetto unico. Cf. también la *carta de Fr. Tonina, de 14 de mayo de 1561, en el *Archivio Gonzaga de Mantua*. Un pequeño alivio para S. Carlos Borromeo significó el nombramiento de Pablo Odescalchi para assistente delle audientie. *Non haverà, dice un Avviso di Roma de 31 de enero de 1562, tanti fastidii che certo ne haveva troppo. Urb., 1039, p. 335b, *Biblioteca Vaticana*.

que le duele tener que dejar cinco o seis horas para el sueño (1). Renunciando a sus propias inclinaciones y proyectos, se puso enteramente a disposición del Papa (2). Durante el día se mantenía lo más posible al lado de su tío, y todas las mañanas iba a verle con el secretario de la cancillería pontificia encargado de los negocios, Tolomeo Galli (3), para hacerle relación durante dos o tres horas de los expedientes y solicitudes que se habían de despachar (4). Los escritos que diariamente llegaban en gran copia a la secretaría privada, se extractaban primero allí en cuartillas pequeñas y estrechas en octavo. Estos extractos servían a Borromeo y Galli como base para la relación que habían de hacer al Papa. Las decisiones que Pío IV solía dar muy rápidamente, se anotaban muchas veces con lápiz en palabras breves y significativas al dorso de los extractos, y luego se utilizaban para redactar la respuesta. Las minutas compuestas en la secretaría privada eran revisadas otra vez por Borromeo o también por el mismo Pío IV, y finalmente eran puestas en limpio. Hasta estas redacciones definitivas eran examinadas por el Papa a veces de nuevo. Las órdenes para los nuncios y legados se componían siempre en nombre de Borromeo, el cual frecuentemente añadía largos apéndices a su firma. A veces el cardenal escribía hasta cartas enteras de su propio puño. Sólo en casos muy importantes o cuando el destinatario había de ser honrado, se redactaba la carta en nombre del Papa; éste añadía entonces muchas veces posdatas autógrafas, que raras veces dejaban que desear en precisión (5).

(1) Sylvain, I, 50.

(2) Ha lasciato tutti gli altri suoi pensieri e piaceri per compiacer la Santità Sua. Girol. Soranzo, 91.

(3) Sobre Tolomeo Galli (nacido en Como el 1526 ó 1527) y su posición como *secretarius intimus* v. Sickel, Relaciones, I, 44 ss.; Susta, Curia, I, xxxiv, y Törne, Ptolomée Gallio, 55 s. V. también Richard en la Revue d'hist. ecclés., XI (1910), 521.

(4) Cf. Girol. Soranzo, 77; Giac. Soranzo, 135.

(5) Sobre el curso de los negocios en la secretaría privada y el personal en ella ocupado, además de la relación muy bien compendiada de Susta, Curia, I, xxxiv s., Lxxv, v. también los datos circunstanciados que se hallan en Sickel, Relaciones, I, 44 ss., 65 ss., 72 ss., 83 ss.; II, 15 ss., 22 ss., 28 s.; III, 39 ss., 99 s. Cf. también Sickel, Un Ruolo di famiglia del Papa Pío IV: Comunicaciones del Instituto Austriaco, XIV, 581 s., y Törne, 41, 74 ss. Sobre el excelente asesor de Borromeo, J. Fr. Bonhomini, v. Ehses-Meister, Relaciones de nunciatura, I, 1, Paderborn, 1895, xvi; Reinhardt-Steffens, J. Fr. Bonhomini, Introducción, p. xxv. Pueden verse ejemplos de la severidad de Pío IV con sus

Casi toda la correspondencia diplomática pasaba por las manos de Borromeo, el cual por eso tenía que ocuparse en las grandes cuestiones de la política europea no menos que en los asuntos eclesiásticos. Pero también tenía que despachar las peticiones de indulto en favor de criminales condenados, las recomendaciones para cargos, los decretos contra los salteadores, los escritos de quejas y otras muchas cosas todavía de menor importancia (1). Junto con estos trabajos fatigosos el cardenal tres veces por semana deliberaba con ocho jurisconsultos sobre el curso de los negocios en la administración de los Estados pontificios (2). Añádianse además numerosas sesiones de las congregaciones de cardenales, como el jueves la destinada para la reforma de la Iglesia, en las cuales Borromeo tenía que tomar parte (3). Una recreación eran para él las discusiones de las veladas en la academia fundada por él con el nombre de «Noches Vaticanas», donde se recitaban trabajos y discursos latinos (4).

A pesar de este gran ejemplo de sacrificada fidelidad al deber, Borromeo no era todavía el severo asceta de sus posteriores años. Tenía apasionada afición a la caza, y se dedicaba a ella con más ardor de lo que, en concepto de sus amigos, podía compadecerse con la dignidad de cardenal (5). También atendía mucho al esplendor de su casa. A la verdad, conforme a las ideas de entonces,

secretarios en los *Avvisi di Roma de 6 y 13 de abril de 1560, Urb., 1039, p. 145^b, 147, *Biblioteca Vaticana*. Cf. también Sickel, Relaciones, II, 61, nota 1.

(1) Dan una idea de esta actividad los muchos documentos que Sala (Documenti, tomo III) ha reunido. Cuán generalmente todo el que quería representar algo al Papa, se dirigía a Borromeo, lo manifiesta la demanda de Escipión Saurolo contra el Juicio final de Miguel Angel, la cual va dirigida asimismo a Carlos. Hállase impresa en Sala, Documenti, III, 90 s. Algunas cartas de Borromeo dirigidas a Luca (sobre la represión de la herejía, etc.), las publicó E. Lazzareschi en *La Scuola catt.*, Ser. 4, XVIII (1900), 279-295. Cf. también G. Castellani, Una lettera di S. Carlo Borromeo [de 4 de mayo de 1560] a proposito della zecca di Fano: *Rivista Ital. di numismatica*, 1908.

(2) Girol. Soranzo, 91. Giac. Soranzo, 135.

(3) Massarelli en Merkle, II, 343.

(4) Girol. Soranzo, 91. Tiraboschi, VII, 45, 198. Saxius, *Noctes Vatic.*, Mediol., 1738. Kunz, *Biblioteca de pedagogía católica*, I, 20. Sprotte, *Para la historia de S. Carlos Borromeo*, Oppeln, 1893. San Carlo, 61.

(5) Anal. Boll., 25 (1906), 521. A eso principalmente, así como al juego de pelota, se refiere la observación de Bascapé (p. 6^a): *Quotidianas etiam oblectationes quasdam sacrae disciplinae non satis consentaneas admittebat; cf. p. 9^a: exercitatione corporis ad id tempus valetudinis gratia magnopere delectatus*. En 4 de diciembre de 1561 pide Borromeo al nuncio Delfino que le envíe de Alemania buenos perros de caza (Steinherz, Relaciones de nuncia-

tenía pretensiones muy modestas respecto a su persona, aunque no obstante formaban su corte 150 personas vestidas todas de pies a cabeza de terciopelo negro (1). La familia Borromeo debía, según su voluntad, presentarse enteramente de una manera conforme a su categoría, propia ahora de príncipes. Su nombramiento de cardenal lo anunció, a la verdad, a sus parientes del modo más sencillo y deseó que sólo se solemnizara el fausto acontecimiento en Arona, principalmente con misas en honor del Espíritu Santo. Pero al mismo tiempo quiso también que sus hermanas en adelante tuvieran dos damas más, las cuales habían de ser nobles y de buena fama (2). Grande alegría manifestó en sus cartas cuando sus hermanas—por los esfuerzos del tío y la diligente colaboración del sobrino—contrajeron matrimonios ilustres y ricos con los Gonzagas, Colonnas, Altemps y los príncipes de Venosa (3). Al contrario, se mostró muy cuidadoso cuando una parienta menos hacendada estuvo a punto de casarse de manera poco conforme a su estado, y de esta suerte afeó la honra de la familia (4).

El cardenal Borromeo tomó principalmente interés en las vicisitudes de su hermano único Federico, el cual en 1560 se había casado con la hija del duque de Urbino, Virginia della Rovere. Toda la familia Borromeo estaba justamente orgullosa de este enlace, que daba derecho a las más risueñas esperanzas. Federico, sobre el cual la fortuna parecía amontonar sus dones con pródiga

tura, I, 324). De una cacería de Borromeo da cuenta Fr. Tonina en una *carta de 22 de octubre de 1561, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(1) Girol. Soranzo, 92. Lodi en el *Archivio stor. Lomb.*, 1903, 355. La corte pontificia constaba de 1500 personas; v. Girol. Soranzo, 96.

(2) Carta de 31 de enero de 1560 en Sylvain, I, 54.

(3) San Carlo, II (1910), 278 ss. Sylvain, I, 59 ss., 73. Sala, *Documenti*, III, 13, 17, 22 s., 325 s., 328. La hermana de Carlos, Camila, se casó en 1560 con César Gonzaga, conde de Guastalla, duque de Molfetta y príncipe de Ariano, † 1573 (Caro, III, 284, 287 s., 290, 292, 297). Murió en 1583. Una segunda hermana, Jerónima, contrajo matrimonio con Fabricio Gesualdo, príncipe de Venosa. Una tercera, Ana, se casó en 1562 con Fabricio Colonna († 1580), hijo mayor de Marco Antonio (cf. Susta, *Curia*, II, 258, 261, 291, 525; la *relación de Fr. Tonina de 11 de junio de 1562, *Archivio Gonzaga de Mantua*). Murió en 1582. De las segundas nupcias de Gilberto Borromeo con Tadea dal Verme nació una hija, Hortensia, que en 6 de enero de 1565 celebró con grandes fiestas su casamiento con Aníbal de Hohenems (cf. Sala, *Fascicolo conclus.*, 47; San Carlo, loc. cit.; Wymann, 63). Un *Avviso di Roma de 28 de junio de 1561 notifica la llegada a Roma de las cuatro hermanas de San Carlos Borromeo. Urb., 1039, p. 283. *Biblioteca Vaticana*.

(4) Sylvain, I, 66.

mano, era de carácter pacífico. No parece haber logrado ejercer influencia en los negocios políticos (1). A pesar de esto, los príncipes extranjeros se afanaban por alcanzar su favor. Ante todos hizo esto Cosme I, regalando a Federico en diciembre de 1560 el magnífico palacio de Altoviti junto con una importante suma de dinero (2). Las relaciones de los Borromeos con el duque de Florencia fueron tan íntimas como entre padre e hijo (3).

El 2 de abril de 1561 Pío IV nombró al joven cabeza de la familia Borromeo capitán general de la Iglesia. Solemnemente entregó a su querido Federico el bastón de general con el derecho a una pensión mensual de mil ducados (4). El 22 del mismo mes Federico fué a Trento como representante del Papa para hacer los honores a la hija del rey de romanos Fernando, desposada con el duque de Mantua, acompañándola hasta su nueva patria (5). De nuevo un año después Felipe II se disponía a elevar al hasta entonces conde a marqués de Oria. Así parecía que el nombre Borromeo podría pronto competir en esplendor y gloria con el de los Farneses o Médicis; entonces contra toda esperanza, el 19 de noviembre de 1562 Federico sucumbió a un acceso de fiebre después de una enfermedad de sólo ocho días (6). El brillante funeral que se dis-

(1) Cf. Mocénigo, 53; Susta, Curia, I, xxxii s.

(2) V. la *carta de Fr. Tonina, de 14 de diciembre de 1560, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Sobre esto y sobre el cambio posterior de estas conexiones v. la interesante **relación de Fr. Tonina, de 29 de enero de 1563, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Bondonus, 541.

(5) V. Massarelli en Merkle, 355; Bondonus, 549. Cf. C. Giuliani en el Arch. Trentino, III (1884), 14 s.

(6) V. Bondonus, 543, donde con todo, en lo que no ha reparado el por otra parte tan cuidadoso editor Merkle, en vez de 19 de agosto, hay que leer seguramente 19 de noviembre. Tienen esta fecha otras numerosas fuentes, como, por ejemplo, además de las ya citadas en Sickel, Relaciones, III, 90 s., y en Susta, Curia, III, 89 s.: 1.º, una carta de Borromeo a César Gonzaga, de 19 de noviembre de 1562, que se halla en Sala, Docum., III, 241; 2.º, la *carta de Fr. Tonina, de 20 de noviembre de 1562, *Archivo Gonzaga de Mantua*; 3.º, la *carta de Alf. Roselli, de 19 de noviembre de 1562, *Archivo público de Módena*. Cf. también las cartas de Borromeo, de 24 de noviembre de 1562 (ésta se halla inserta en lugar equivocado en Sala, Docum., III, 99, con la fecha falsa de 1561), de 3 de diciembre de 1562, 5 de abril de 1563 y 2 de septiembre de 1564 (traslación del cadáver a Milán), en Sala, Docum., III, 242, 262, 308. La noticia de la obtención del marquesado de Oria llegó cuando Federico estaba ya en la agonía (Kervyn de Lettenhove, III, 212. Sickel, Concilio, 403). En el Giorn. d. lett. Ital., XXXVI, 212, hay un epitafio satírico a F. Borromeo.

puso para el malogrado joven, pareció que había de ser asimismo el de la gloria de la casa Borromeo. En el paño mortuorio bordado de oro que cubría el féretro bajo dorado baldaquino en las exequias del 25 de noviembre (1), el cardenal Borromeo pudo ver un símbolo del ocaso esplendoroso de su familia.

La súbita muerte del nepote tan tiernamente querido de solos veintisiete años de edad, llenó al Papa del dolor más profundo (2). La llevó, no obstante, con resignación, pues en aquel golpe aterrador que aniquilaba todos sus planes para la elevación del nepote, vió un castigo del cielo porque había hecho demasiado grandes concesiones al rey de España en el uso de las rentas eclesiásticas para favorecer todavía más a Federico (3). El repentino hundimiento de tan brillantes esperanzas produjo también una impresión muy honda en el cardenal Borromeo (4), y con tanto mayor razón cuanto casi por el mismo tiempo que el hermano querido,

(1) Bondonus, 544. * Carta de Alf. Rosselli, de 25 de noviembre de 1562, *Archivo público de Módena*.

(2) En 18 de noviembre de 1562, cuando Federico estaba desahuciado, refiere Fr. Tonina: *N. S. ni ha sentito et sente infinito dispiacere et questa notte gli andò a otto hore a vederlo et egli poi, o per dispiacere o per il disturbo, si dice che vomitò quanto hieri sera havea magnato et resta anch' esso travagliato. En 20 de noviembre escribe Tonina: *Resta adunque dirle che N. S. ha sentito et sente di questa morte infinito dolore, et chi fu presente dice che disse, Manus Domini tetigit me, et un'altra volta disse, orsu bisogna portarla in pace, questi sono i nostri peccati. En un *Avviso di Roma de 21 de noviembre de 1562 se lee: S. S.^{ta} quand' ebbe tal nuova stava a far segnatura e sospese la penna, tornò a seguirla et prestandogli il card. Borromeo disse: Manus Domini tetigit nos (*Archivo público de Nápoles*, C. Farnes.). Según la *relación de Tonina, de 28 de noviembre de 1562, el Papa el lunes en la congregación se dolió con lágrimas en los ojos de la muerte de este filius dilectus, solamen suum (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Según la *relación de Alf. Roselli, de 25 de noviembre, Pío IV se expresó entonces con serenidad y buen ánimo; pero en 5 de diciembre notifica el mismo informante: *Il Papa non puo scordarsi la morte del conte Federigo Borromeo, massime non sapendo risolverli di soggetto per perpetuarvi la casa sua non inclinando al fratello. *Archivo público de Módena*.

(3) Se trataba de grandes impuestos eclesiásticos para la armada de Felipe II, a los que el Papa dió su aprobación; v. la *relación de Alf. Roselli, de 21 de noviembre de 1562, *Archivo público de Módena*. Sobre este negocio cf. abajo el capítulo IX.

(4) V. su carta a Cosme en Sala, Docum., III, 241 s. La significación de esta muerte la puso ya de realce Pallavicini (19, 4, 9). Ranke, como Sickel (*Relaciones*, III, 83) con mucha verdad advierte, ha hecho poco caso de ella. Un retrato contemporáneo de Federico puede verse en la Ambrosiana y en el castillo de los Borromeos, de Angera; en San Carlo, 37, 55 hay copias del mismo.

cayó también al golpe de la muerte después de sólo tres días de enfermedad el joven hijo del duque de Florencia, que había recibido el capelo cardenalicio juntamente con Carlos Borromeo (1).

El sentido ascético de éste ya hacía tiempo que sólo con repugnancia hacía concesiones a una manera algo mundana de entender la vida (2). Ahora, cuando se presentó a sus ojos con tan viva luz la vanidad de todas las pretensiones terrenales, se resolvió a quitar de sí hasta los últimos restos del espíritu mundano, y dirigir su vida únicamente hacia los más altos fines.

Consecuencias enteramente diversas sacó de aquellos acaecimientos la gente mundana de Roma, y según se creyó, aun el Papa. Se pensaba que el actual heredero de todas las riquezas de los Borromeos abandonaría la carrera eclesiástica y perpetuaría la descendencia de la familia en lugar del hermano difunto (3). Carlos era en verdad ya subdiácono y como tal estaba obligado al celibato; pero en su caso no parecía imposible una dispensa del Papa. Con todo el cardenal puso término a tales esperanzas, haciéndose dar la ordenación sacerdotal por el cardenal Cesi el 17 de julio de 1563. Este paso fué dado con asentimiento del Papa, el cual en el consistorio de 4 de junio de 1563 había elevado a su sobrino a cardenal presbítero y le dió entonces el expreso mandato de hacerse ordenar de sacerdote. Al mismo tiempo, Pío IV declaró que nunca había sido su voluntad forzar a Carlos a abandonar la carrera sacerdotal, y que los rumores contrarios eran falsos (4). Borromeo se había afirmado mucho en sus resoluciones con los

(1) Bondonus, 544. *Questi due si gravi colpi... erano veramente atti ad atterarmi affatto, se ben fossi stato assai più forte di quello ch'io sono*, escribe Borromeo en 3 de diciembre de 1562 al duque de Florencia. Sala. Docum., III, 242.

(2) Bascapé, 8b.

(3) Bascapé, 9^a. Kervyn de Lettenhove, III, 212. V. las relaciones de Arco, de diciembre de 1562, en Sickel, Concilio, 410. Todavía en una *carta del cardenal Mark Sittich a Aníbal de Hohenems, fechada el 3 de mayo de 1563 se habla de la posibilidad de que el cardenal Borromeo se casase (*Archivio de Hohenems*).—El 7 de junio de 1563 concedió la ciudad de Roma al cardenal Borromeo el título de ciudadano honorario; v. Gregorovio, *Pequeños escritos*, I, 316.

(4) V. Acta consist. en Susta, Curia, IV, 68, nota 3 (van Ortro); en las Anal. Boll., XIV (1895), 346, según varios despachos del embajador imperial en Roma, Próspero Arco. Cf. la carta de Borromeo a César Gonzaga, de 5 de junio de 1563, en Sala, Documenti, III, 269. Es por tanto inexacto lo que dice Giussano, 20 s., que S. Carlos se hizo ordenar secretamente de sacerdote contra la voluntad de su tío.

Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola que hizo bajo la dirección del P. Ribera, de la Compañía de Jesús (1). Su primera misa la dijo públicamente con gran solemnidad en San Pedro en el altar de la confesión del Príncipe de los Apóstoles, y la segunda muy retiradamente en la capilla que había usado San Ignacio de Loyola (2).

Después de recibida la ordenación sacerdotal, Borromeo conservó al principio todavía su corte; pero se mostró cada día más severo en el trato de su persona, y en tal grado que se llegó a privar de la recreación del paseo. Los discursos en su academia de las Noches Vaticanas sólo podían versar sobre asuntos espirituales. También comenzó a hacerse dar lecciones de filosofía y teología para suplir los defectos de su formación teológica. Por algún tiempo hasta pensó en dimitir enteramente su cargo de secretario de Estado y retirarse a la rigurosa Orden de los camaldulenses. No obstante, el obispo de Braga, Bartolomé de los Mártires; le disuadió de ello en 1563 con ocasión de una visita que hizo a Roma (3). Repetidas veces rogó Carlos al Papa que le permitiera visitar, al menos por algún tiempo, su arzobispado (4) y renunciar a una parte de los numerosos beneficios que se le habían conferido.

La mudanza de vida del primero y más calificado de los cardenales produjo mucho estrépito en Roma, y halló en muchos una acerba censura. Aun amigos de la reforma eclesiástica juzgaban que en algunos puntos iba demasiado lejos, a la verdad conforme a su carácter enérgico y serio. La indignación descargó principalmente contra Ribera y los jesuitas; decíase que ellos habían atraído al cardenal a sus redes para obtener dinero de él y moverle a entrar en su Orden. Semejantes rumores llegaron hasta Pío IV y, a lo que parece, hallaron en él algún crédito. Según una carta del embajador español Requeséns, de 30 de abril de 1564, el Papa había mostrado gran disgusto porque el cardenal Borromeo había limitado su casa y mesa, y dado otras varias mues-

(1) Giussano, 21. Sacchini, 8, 12 (p. 406).

(2) Sacchini, 7, 11 (p. 362). Sylvain, I, 77.

(3) Bascapé, 9 s. Cf. San Carlo, I (1908), 98. También más tarde conservó todavía una predilección por la Camáldula y los camaldulenses; cf. sus cartas de 6 de mayo de 1564, de 12 de noviembre de 1572 y de 13 de diciembre de 1574, en Sala, Docum., III, 298, 442, 560.

(4) El nombramiento de arzobispo de Milán efectuóse en mayo de 1564; antes era Carlos sólo administrador. La consagración episcopal la había recibido ya el 7 de diciembre de 1563; v. Sala, Docum., III, 817, 819 s.

tras de menosprecio del mundo. Decía él que eran cosas de teatinos y fantasías melancólicas, y mandó intimar a los jesuitas y otros religiosos, que los castigaría si volvían a poner los pies en casa del cardenal (1). El enojo contra los jesuitas fué tan fuerte y arrastró a tanta gente, que el P. Polanco, secretario de la Compañía, tuvo por necesario enviar aun a España una carta especial, en la cual da una clara explicación del estado de las cosas, y niega la responsabilidad de sus hermanos de religión acerca de todos los pasos particulares de Borromeo (2).

Por muy condescendiente que fuera en otras cosas Borromeo con los deseos de su tío, no hizo la menor concesión en mitigar el rigor de su nueva vida. Al contrario, principalmente después de la terminación del concilio de Trento aumentó todavía más sus rigores. En junio de 1564 la corte de Carlos fué notablemente reducida: unas 80 personas que parecían poco a propósito para una vida clerical, fueron despedidas y colocadas en otras partes; a las demás les prohibió el cardenal el uso de vestidos de seda y otros lujos. Un día de la semana lo pasaba a pan y agua. A la oración consagraba todavía más horas que antes; y asimismo, a pesar de la dificultad que tenía en pronunciar y presentarse en público, comenzó a ejercitar el ministerio de la predicación: en un cardenal era entonces esto algo inaudito (3). En secreto Carlos Borromeo

(1) Requeséns a Felipe II, en Döllinger, Documentos, I, 561, confirmado por las *relaciones de Fr. Tonina, de 22 y 29 de abril de 1564, que se hallan en los núms. 35 y 36 del apéndice, *Archivo Gonsaga de Mantua*. Por lo demás, Pío IV sólo había querido negar la entrada en la casa de Borromeo a Lainez y Ribera; pero el mensajero que llevó la orden pontificia, la extendió a todos los jesuitas. Canisii Epist., IV, 532.

(2) Carta de Polanco a Araoz, de 28 de abril de 1564, impresa en Astrain, II, 208 s. Cf. Canisii Epist., IV, 531 s. Que Carlos por ventura algunas veces iba algo demasiado lejos, además de Polanco, lo indica también Bascapé (p. 9^a): *Eaque fuit in moribus omnique vitae consuetudine gravitas, ut ad austeritatem quoque perveniret, quemadmodum saepe solet initio vitae religiosioris evenire*. La idea de negarse hasta un paseo, se la sugirió a Carlos Egidio Foscarari, según Bascapé, 9^a. Ribera obtuvo al año siguiente el permiso, por largo tiempo solicitado, de ir a las misiones extranjerías. Una carta de despedida de Borromeo para él, de 3 de febrero de 1565, puede verse en Sala, Documenti, III, 331 s.

(3) Bascapé, 9-10. La fecha que aquí falta, se saca de una *carta de Fr. Tonina, de 10 de junio de 1564: *Il card. Borromeo ha cassata tutta la famiglia sua, cento boche in poi, et a molti anco delli ritenuti ha levata la spesa del cavallo et d'un servitore. Entre los entonces despedidos estaba también Camilo Capilupi (v. Arch. stor. Lomb., XX [1893], 697). A este lugar pertenece también la *carta sin fecha de Fr. Tonina, de 1564, en la que se dice:

se entregaba a los más rigurosos ejercicios de penitencia. Unas disciplinas con puntas le servían para castigar su delicado cuerpo; a veces empleaba además para esto una triple cadenilla sujeta por un nudo. La curiosidad de su camarero Ambrosio Fornero descubrió estos instrumentos de penitencia, cuando el cardenal se olvidó una vez de quitar la llave de la caja que debía sustraerlos a las miradas de los extraños. Soranzo en 1565 pone de realce que Borromeo estaba muy enflaquecido por su ardor en el trabajo y en el estudio, así como por sus ayunos, vigiliass y otras mortificaciones. Como por milagro resistían las fuerzas de Borromeo, de suyo cortas; sólo a fines del reinado de San Pío V se oye hablar de alguna quiebra de su salud (1).

Con el tiempo, enmudecieron las críticas sobre el ascetismo de Carlos, su ejemplo había producido impresión aun en los mundanos diplomáticos. Sus testimonios son tanto más creíbles y de más valor cuanto estaban acostumbrados a descubrir sin consideración el lado humano aun de los más altos dignatarios. Cuando Jerónimo Soranzo, en junio de 1563, daba relación de su embajada en Roma, observaba: «La vida del cardenal Borromeo es la más inculpable y sin mancha. Con su conducta religiosa da un ejemplo cual no se puede desear mejor. Su porte ejemplar se le ha de atribuir a alabanza, tanto más cuanto que está en la flor de sus años, es poderosísimo nepote de un Papa, abunda en riquezas y está en una corte donde no le faltaría ocasión para toda clase de diversiones» (2).

*Il s. card^{le} Borromeo ha ritirata la sua famiglia in 80 persone et la stalla in 20 cavalli, et camina tuttavia restringendosi et due volte la settimana ordinariamente si riduce alli Giesuiti a conferire con un eccel^{le} theologo che vi si trova, nelle cose di theologia et di coscienza, et sopra questo dicono che S. B^{ue} un dì disse, noi vogliamo attendere a viver più che posiamo et alegremente, se Mons^r Borromei pur si vorrà far frate gli pagaremo li vestimenti del nostro, parlando così di burla. S. B^{ue} fa ogni istanza a quanti pochi vescovi che sono qui che vadino a loro vescovati, et de qui nasce che quelli che gli hanno miseri ogni dì rinonciano più presto che andare, come molti hanno fatto. *Archivo Gonzaga de Mantua*. También en una *carta del cardenal Mark Sittich a Anibal de Hohenems, fechada a 15 de junio de 1564, se habla de la notable limitación de la servidumbre de Carlos, de quien se pensaba, como en ella se dice, que de pura escasez y parquedad se volvería loco; y que esto era el fruto del «teatinismo». El original está en el *Archivo de Hohenems*.

(1) V. D' Alessandri, 407 s.; Wymann, 95, 108, 118.

(2) Girol. Soranzo, 91. Cf. Wymann en la Revista eclesiástica suiza, 1910, núms. 44 y 49.

Dos años después el veneciano Jacobo Soranzo escribía: «El cardenal Borromeo no tiene más que veintisiete años, pero es enfermizo, porque se ha debilitado con los estudios, ayunos, vigili-
as y abstinencias. Es doctor en Derecho, pero se consagra a la Teología con un ardor raro en nuestros días. Su vida es la más honesta del mundo, y su religiosidad es tan grande, que se puede decir con razón que aprovecha a la corte romana con su ejemplo más que todos los decretos del concilio; un nepote tan amado del Papa, que está aún en la flor de la juventud y que, rodeado de seducciones en una corte, ha vencido a sí mismo y el placer mundano en tal grado, es verdaderamente un prodigio. Borromeo es por extremo adicto al Papa, y el Papa hace mucho caso de él y de sus deseos, como se ha visto todavía en la última promoción de cardenales, que ha recaído sólo en aquellos que él había o propuesto o por lo menos aprobado. El y el Papa son por lo demás de índole muy diversa. El Papa gustaría de verle más alegre y menos severo en su vida y en sus dictámenes. Esto lo ha dicho también a los jesuitas, los cuales han tenido gran influencia en la dirección del cardenal, pero éste no se ha dejado apartar de su camino. La corte le quiere poco, porque estaba acostumbrada a otra manera de proceder, y se lamenta de que el cardenal pide poco al Papa y da poco de lo suyo. Pero por lo que toca a lo primero, él lo tiene por cargo de conciencia; lo suyo lo gasta en limosnas, en dotar doncellas pobres y en pagar las deudas que especialmente su hermano le ha dejado» (1). Cuán copiosamente repartía Borromeo limosnas, se ve claro por el hecho de que entonces casi no usaba para sí nada de sus rentas de arzobispo de Milán (2). Una magnífica creación del tiempo de su permanencia

(1) Giac. Soranzo, 133 s. El cardenal Seripando *escribía en 28 de julio de 1562, desde Trento, a Pablo Manucio sobre Borromeo: *E huomo di frutto et non di fiore, de' fatti et non di parole* (*Biblioteca de Montpellier*). Que Carlos al principio mostraba cierta falta de liberalidad, lo dice también Bascapé (pág. 66). Esto causaba más extrañeza de lo que era razón, pues desde el tiempo del Renacimiento estaban acostumbrados a ver a los grandes señores repartir mercedes y dinero a manos llenas sin elección alguna (cf. Wyman, 98). Un testimonio del ardor de Borromeo en el estudio, son dos permisos por escrito, que todavía se conservan, de 20 de junio y 29 de noviembre de 1564, por los cuales se le concede sacar libros de la Biblioteca Vaticana, y en virtud del segundo permiso volumina etiam registra nuncupata, et quae forsán, ne adeo omnibus ostenderentur, magis reservata et custodita essent. Comunicaciones del Instituto Austriaco, XVII (1896), 293.

(2) Bascapé, 6-7.

en Roma es el Colegio Borromeo de Pavía, que hizo erigir en 1564 por el arquitecto Pelegrín Pellegrini para preservar a los estudiantes nobles y pobres de los peligros que él mismo había aprendido a conocer durante sus estudios (1). Como elocuente testimonio de la caridad de Borromeo, se conserva todavía actualmente en Santa Práxedes la mesa donde daba de comer a los pobres de Roma (2).

Después de San Carlos Borromeo tenía muchísimo valimiento con Pío IV en la primera época de su pontificado, Morone, principalmente experimentado en los asuntos de Alemania (3). Pero no concedía, ni a él ni a los demás cardenales, influjo decisivo en sus resoluciones. Por más que los curiales se maravillaran y los diplomáticos se permitieran observaciones, Pío IV perseveró en fiarse de su propia moderación de juicio en los negocios de Estado. Lo que le determinaba a ello era, no sólo la conciencia de su valer, sino también en no menor grado una profunda desconfianza de los cardenales, de los que casi ninguno se mantenía del todo independiente de la influencia de príncipes extranjeros (4). Jerónimo Soranzo juzga que la conducta vacilante que mostraba con frecuencia el Papa, procedía de que no tomaba consejo de otros. Como Su Santidad es muy sanguíneo (prosigue el veneciano), toma sus resoluciones muy prontamente aun en los negocios más importantes; cuando luego tropieza con dificultades, no muestra una perseverancia tenaz, sino muda sus resoluciones tan rápida como radicalmente (5).

(1) Giussano, 22. Sobre la fecha de la fundación v. San Carlo, 209; sobre el Colegio cf. *Natali in Natura ed Arte*, 1906, febrero. Los estatutos del Monte Pío de Roma, de 1565, probablemente tienen por autor a San Carlos Borromeo. Donato Tamilia, *Il sacro monte di pietà di Roma*, Roma, 1900.

(2) Hay un dibujo de ella en San Carlo, 69.

(3) V. Mocénigo, 40 s. Cf. el **Avviso di Roma*, de 30 de diciembre de 1559, y los de 13 de enero y 23 de noviembre de 1560, Urb., 1039, p. 112, 117, 218, *Biblioteca Vaticana*. V. además Hilliger, 20 s. Más tarde, por el verano de 1561, cesó la privanza de Morone; los confidentes de Pío IV eran entonces Mula y Navagero (v. Sickel, Concilio, 204). Todavía por abril de 1561, había tenido Morone grande influjo; v. la **relación de Saraceni*, de 11 de abril de 1561, *Archivio público de Florencia*. En los negocios de Alemania, Pío IV se fiaba mucho de Hosio en 1561; v. la **carta de G. A. Caligari a Commendone*, fechada en Roma, a 27 de septiembre de 1561, Lett. di princ., XXIII, 36, *Archivio segreto pontificio*.

(4) V. Girol. Soranzo, 74; Giac. Soranzo, 130; P. Tiépolo, 178.

(5) Girol. Soranzo, 75.

El sentido político, que junto con una grande independencia en las resoluciones, era propio de Pío IV, se manifestaba ante todo en sus relaciones con los príncipes seculares. En éstas, seguía el proceder diametralmente opuesto al que había observado su predecesor. Mientras Paulo IV, con extraño desconocimiento de la situación del mundo, juzgaba poder considerar a los príncipes, no como hijos sino como súbditos (1), el prudente lombardo creyó que contra la gran apostasía de Roma debía fortalecerse de nuevo la autoridad del poder espiritual con el apoyo del temporal. De ahí su moderación y su condescendencia con todos los príncipes (2).

En primer lugar había de experimentar esta moderación Fernando I, cuya sucesión en la dignidad imperial Paulo IV se había negado constantemente a reconocer (3). Muy presto se mostró que Pío IV intentaba suprimir cuanto antes la funesta discordia, por extremo dañosa a la causa católica en Alemania. El 30 de diciembre de 1559 el Papa declaró a los cardenales, que no hallaba conducente poner reparos en la elección de Fernando, pues aunque habían tomado en ella parte no católicos, también los católicos habían estado presentes en ella. Vigorosamente hizo entonces referencia a los sentimientos religiosos de Fernando, y a sus merecimientos en la defensa de la cristiandad, en la lucha contra los turcos. Todos los cardenales, excepto uno solo, asintieron a la propuesta de conceder el título de emperador al rey de Hungría y Bohemia. No obstante, se puso la condición de que Fernando debía presentar disculpas por la provisión de los obispados húngaros, por el tratado de Passau y por otros decretos de la Dieta. Fernando, muy gozoso por la mudanza producida en Roma, se declaró dispuesto a ello, y al propio tiempo hizo asegurar al Papa por su embajador Thurm, que nada omitiría en lo tocante a la reducción de su hijo Maximiliano a la Iglesia. Como se dejó sin tocar la cuestión fundamental sobre si era necesario el reconocimiento del

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 63 s., 68 ss.

(2) V. Mocénigo, 61-62; Girol. Soranzo, 75. La gran apostasía de Roma y la necesidad de reforma del estado de la Iglesia, las puso de realce Pío IV en el breve, por el cual, en 29 y 30 de diciembre de 1559, anunciaba su elección a los gobiernos católicos (Felipe II, Venecia, Portugal y Florencia); v. Min. brev., Arm. 44, t. X, n. 419, 420, 413, 418, *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 298 ss.

Pontífice para la legítima elevación del emperador al trono, por estas concesiones de Fernando quedaba asegurada la reconciliación con Roma (1).

Una dificultad que sobrevino a última hora, fué asimismo felizmente zanjada. El representante de Fernando I, Escipión de Arco, llegado a Roma el 12 de febrero de 1560 y hospedado en el Vaticano, llevaba el encargo de dar el parabién al Papa en una audiencia pública por su ascensión al trono, y asegurarle en nombre del emperador veneración y respeto. Pero el Papa exigió además la promesa de obediencia. Arco vaciló. Sólo cuando también los cardenales Madruzzo y Morone le exhortaron a ello, se resolvió a extralimitarse en sus poderes y acomodarse a la voluntad del Papa (2). En vista de esto, el 17 de febrero de 1560, en un consistorio público en la Sala Regia, efectuóse el acto de prestar obediencia el representante del emperador (3). El nuevo nombramiento para la nunciatura en la corte imperial, selló la conclusión de la paz entre las dos supremas potestades de la cristiandad.

También las nunciaturas de Venecia y Florencia, vacantes a la muerte de Paulo IV, fueron de nuevo provistas muy pronto por Pío IV, y cambiados los poseedores de las demás nunciaturas. Lo último se realizó en el breve tiempo de tres meses. Esto y la circunstancia de que ninguno de los nuncios de Paulo IV fué trasladado a otro puesto, muestra claramente que hay en ello una disposición bien meditada, por la cual Pío IV alejaba a todos los diplomáticos empleados por sus predecesores. Fuera de esto, el Papa ya en el verano de 1560, procedió a la fundación de nunciaturas permanentes en Turín y en Florencia. El nuevo nuncio de Suiza

(1) Cf. Sickel, Concilio, 22 s., 76 s.; Reimann en las Disertaciones de la Sociedad Silesiana de cultura, 1871, 37 s.; Schmid, Elección imperial y real, 35 s.

(2) Cf. Sickel, Concilio, 42 s.; Correspondencia del card. O. Truchsess, 136; Schmid, loc. cit., 36 s. Fué cosa rara, como observa Zwiedinek en el Archivo para la Historia austriaca, LVIII, 176, que Pío IV no pusiese dificultad en la persona de Arco, pues los Papas ordinariamente sólo aceptaban como embajadores para prestar obediencia a príncipes del Imperio. Por tanto, Pío IV se mostró también en esto condescendiente. Sobre el plan de coronar al emperador, v. los Despachos Venecianos, III, 133 ss., 141. Sobre Escipión de Arco v. Constant, Rapport, 3 s.

(3) V. Bondonus, 533; Schlecht en el Anuario Histórico, XIV, 22 s.; Schmid, loc. cit.

Juan Antonio Volpi, obispo de Como, obtuvo permiso para quedarse en su diócesis, desde donde podía llegar a las partes católicas de Suiza, más fácilmente que desde Lucerna. Muy saludable fué el excluir del cardenalato, a todos aquellos nuncios, que fueron recomendados por un príncipe cerca del cual habían estado acreditados (1).

El reanudar las relaciones diplomáticas que se habían interrumpido durante el pontificado de Paulo IV, así como la mejor formación de las nunciaturas, muestran qué importancia daba Pío IV a las buenas relaciones con los poderes seculares. El principio del gobierno de este Papa formó también por lo que respecta a la Ciudad Eterna, un notable contraste con la conducta de su predecesor. ¡Cómo se regocijaron los romanos, cuando el Papa en febrero de 1560 volvió a permitir las diversiones tan populares del carnaval! Juntamente sin embargo, se tomaron con razón disposiciones contra los excesos (2).

No sólo los romanos saludaron alegremente el que uno de los primeros actos oficiales del nuevo Papa consistiera en volver a limitar a la Inquisición a su propio y primitivo terreno (3), y en mitigar muchos de los decretos de reforma excesivamente severos de Paulo IV. Esto se manifestó en primer lugar respecto al examen de los candidatos a los obispados, en el cual no obstante se conservó lo sustancial de las reformas del papa Carafa (4). Siguiéron pronto otras mitigaciones de las rigurosas disposiciones de Paulo IV (5).

(1) V. Biaudet, *Nonciatures*, 24 s., 58, 296 s. Sobre Volpi v. Reinhardt-Steffens, J. Fr. Bonhomini, *Introducción*, p. xxviii s. La nunciatura florentina, sobre la cual Scaduto hace equivocadas indicaciones (v. *Anuario Histórico*, IX, 108), merece un trabajo especial.

(2) Cf. Clementi, 218; Rodocanachi, Juifs, 209; Arch. stor. Lomb., XIX (1903), 353. En el carnaval de 1561, ya se volvió a proceder más libremente. Formaban una diversión principal las corridas de toros (cf. la *Gaceta Popular de Colonia*, 1911, n.º 168), contra las cuales por hacerse junto al colegio de los jesuitas protestó Lafnez; v. las **relaciones de Fr. Tonina, de 18 y 29 de enero y de 13 y 19 de febrero de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Un nuevo *Bando per le maschere, de 20 de enero de 1564, puede verse en los Editti, V, 60, p. 9, *Archivo segreto pontificio*. Sobre el teatro romano en tiempo de Pío IV, v. Giorn. d. lett. Ital., LXXIII, 296 s.

(3) V. el *Avviso di Roma, de 13 de enero de 1560, Urb., 1039, p. 117, *Biblioteca Vaticana*. Cf. más abajo el capítulo VIII.

(4) V. Acta consist. al 19 de enero de 1560; cf. Gulik-Eubel, 40.

(5) Cf. el *Avviso di Roma, de 20 de enero de 1560, Urb., 1039, p. 120, *Biblioteca Vaticana*.

Era una cuestión especialmente difícil cómo se debía proceder respecto a la ejecución de los castigos draconianos, que la bula de Paulo IV de 20 de julio de 1558 había fulminado contra los numerosos frailes, que vivían fuera de sus conventos o habían pasado a Órdenes menos severas (1). Un número por extremo grande de estos infelices se presentó al Papa para pedir gracia. Pero a pesar de toda la lenidad, no se les pudo otorgar la petición sin más. Siguiéronse detenidas deliberaciones sobre cómo se había de proceder para hallar un camino medio, alejado del demasiado rigor y la extremada lenidad (2). Era indudable que habían sobrevenido serias dificultades en la ejecución de la bula de Paulo IV. Los frailes por ella alcanzados eran en número excesivamente grande. Había quejas de que la Constitución no hacía las necesarias diferencias, pues algunos vivían fuera de sus monasterios por causas justificadas y con permiso de la Sede Apostólica y de los superiores regulares. Algunos se habían también mostrado ya dispuestos a obedecer a la ordenación de Paulo IV, pero no fueron de nuevo admitidos por sus anteriores prelados; perdieron por tanto su sustento temporal y estaban excluidos de la participación de los sacramentos por causa de las censuras. Además, Paulo IV había prohibido a los fieles, bajo pena de censuras, dar acogida a un fraile apóstata. Pero por causa del gran número de ellos era casi imposible ejecutar esta disposición, de lo cual nacieron a su vez muchas inquietudes de conciencia. Por eso Pío IV absolvió el 3 de abril de 1560, a todos los que habían caído en censuras o irregularidades por desobediencia al decreto de su predecesor, derogó el decreto mismo en cuanto iba más allá del derecho común, y dió facultades extraordinarias a su vicario general en Roma, el cardenal Savelli, a los obispos y superiores regulares, para resolver en nombre del Papa las cuestiones litigiosas de los frailes que habían apostatado o pasado a otras Órdenes. Estos debían luego, en el término de seis meses, presentar sus dispensas al juez competente y sujetarse a su fallo (3).

(1) V. nuestros datos del vol. XIV, 189 s.

(2) Cf. los *Avvisi di Roma, de 20 de enero, 17 y 24 de febrero y 9 de marzo de 1560, Urb., 1039, p. 120, 128^b, 135^b, *Biblioteca Vaticana*.

(3) *Bullarium Rom.*, VII, 15 ss. Las prescripciones sobre la obligación de residencia de los obispos, las mantuvo Pío IV (además de *Acta consist., *Archivio segreto pontificio*, cf. los *Avvisi di Roma, de 27 de enero, 10 y 17 de

Es característico del estado de la curia el que, con el relajamiento de la presión ejercida por Paulo IV, luego volvieron a levantar cabeza los elementos malos (1). No obstante, quien pensara que bajo el nuevo Papa iba a detenerse la obra de la reforma, se engañaba. Pío IV declaró sin rebozo, que ahora no se consentía ya lo que se había permitido en tiempo de Leon X (2). Confirmando el 12 de enero de 1560 la capitulación de su elección, manifestó su voluntad de ejecutar como Papa lo que parecía más necesario a todos los inteligentes y perspicaces: tomar con empeño la reforma y el concilio. Asimismo en su primer consistorio, celebrado en dicho día, se expresó en este sentido (3). Todavía antes de reunirse el concilio fué instituída una comisión «para la reforma de las costumbres». A ella pertenecían los cardenales Tournón, Carpi, Morone, Madruzzo, Cueva, Saraceni, Púteo, Cicada, Dolera, Savelli, Alejandro Farnese, Santa Flora, Este y Carlos Borromeo. Debíanse juntar cada jueves y preparar importantes mejoras de los tribunales pontificios y del conclave. Los obispos que moraban en la curia, fueron requeridos a cumplir su obligación de residencia (4). Al mismo tiempo tres cardenales recibieron el encargo de tomar disposiciones para proveer a Roma de cereales (5).

Con gran contentamiento de la curia, Pío IV manifestó tam-

febrero y 9 de marzo de 1560, Urb., 1039, p. 122, 127, 128, 132, 135b; v. también abajo el capítulo III); en cambio, respecto de los Regressi tuvo indulgencia. Cf. los *Avvisi di Roma, de 13 y 20 de enero, 10 de febrero y 2 de marzo de 1560, Urb., 1039, p. 117, 120, 127, 134, *Biblioteca Vaticana*. V. también Mocénigo, 29.

(1) *Avviso di Roma, de 20 de enero de 1560: Roma torna su la pristina libertà. Le puttane cominciano andar in cocchio al solito. Urb., 1039, p. 120b, *Biblioteca Vaticana*. Cf. Mocénigo, 36.

(2) V. Dembinski, Wybór Piusa IV, 286.

(3) V. *Acta consist. Cancell., VIII, 1, *Archivo consistorial del Vaticano*. Cf. Döllinger, Documentos, I, 328, y la *relación de Ricasoli, de 12 de enero de 1560, *Archivo público de Florencia*.

(4) Massarelli en Merkle, II, 343, sin fecha más determinada. Un *Avviso di Roma de 10 de febrero de 1560 (Urb., 1039, p. 127, *Biblioteca Vaticana*) da cuenta de la institución de la congregazione generale per la reformatione generale, la cual Arco anunciaba como muy próxima, el 31 de enero de 1560 (Sickel, Concilio, 26). Según Massarelli, 349, por septiembre de 1560 las sesiones de esta congregación se celebraban cada domingo delante del Papa. Cf. Ehse, Convocación del concilio, 2.

(5) *Avviso di Roma, de 10 de febrero de 1560, loc. cit., *Biblioteca Vaticana*. Cf. Benigni, 35 s. y Cupis, 147 s.

bién por manera inequívoca sus sentimientos pacíficos (1), prometió cuidar de que se administrara severa justicia, concedía audiencia a todos de buena gana, despachaba los negocios rápida y hábilmente, y pronto a la vez desplegó una extensa actividad en hacer construcciones (2). Una bula de 15 de mayo de 1560 perdonaba generosamente a los romanos los excesos de que se habían hecho culpables después de la muerte de Paulo IV (3). La ciudad de Roma, que tanto había padecido bajo el papa Carafa, se levantó notablemente así cuanto al bienestar como también cuanto al número de sus habitantes; éste ascendió en 1563 a 80000. El embajador veneciano Jerónimo Soranzo designó ya entonces a Roma como la ciudad más hermosa de la península de los Apeninos, y alabó su carácter internacional, el cual había estado amenazado de perderse bajo Paulo IV (4). Un familiar del cardenal de Santa Flora en una carta a Vicente Gonzaga de 25 de octubre de 1561, trazó una descripción entusiasta del estado de Roma bajo el nuevo pontificado. La ciudad (decía en ella) se desenvuelve con el más hermoso florecimiento. El Papa prometió luego desde el principio cuidar de la religión, paz, justicia y de las necesidades materiales de su residencia, y cumple su promesa. Roma tiene abundancia de cereales, vino y todo lo demás; reina general contento. La gente de buena conducta y talento es muy apreciada, los malvados vuelven al camino del bien o incurrén en castigos, si ya no prefieren ir voluntariamente al destierro. Públicamente y en la vida privada impera profunda paz. El Papa fomenta con todas sus fuerzas la causa del concilio, y sabe juntar la blandura con el rigor (5).

(1) Cuando el general de la infantería, Torcuato Conti, tuvo audiencia con el Papa, con motivo de su confirmación en el cargo, díjole Pío IV que le remuneraría de buena gana, *ma ch'il non vuole ne soldati ne guerra, ma vuole che li contadini attendino a cultivare li terreni per il ben de tutti (Avviso, Urb., 1039, p. 114^b, *Biblioteca Vaticana*). Cf. Mocénigo, 51.

(2) Cf. Arch. stor. Napolit., I, 648. Sobre el rápido despacho de los negocios de la signatura *da cuenta Ricasoli ya en 13 de enero de 1560, *Archivio público de Florencia*.

(3) La bula se halla en los *Editti del *Archivio segreto pontificio*.

(4) Girol. Soranzo, 83 s.

(5) Carta de Aurelio Porcelaga, que se halla en las Lett. de' princ., I, 231 s. Cf. Ciaconius, III, 885, y además la carta de Pablo Manucio a J. B. Ticio, de 5 de diciembre de 1561, en las Epist. P. Manutii, Venetiis, 1573, 344 s. Un ejemplo del rigor de la justicia que hubo al principio, puede verse en el *Avviso di Roma de 5 de julio de 1561: Hoy impiccati 14 per capparuoli et

Efectivamente, Pío IV suavizó donde fué posible, el rigor de su predecesor. Sólo en el asunto de los Carafas fué mucho más allá de lo que había hecho Paulo IV.

homicidi y circa 25 mandati in galea: così si va purgando la terra di malfattori (Urb., 1039, p. 285, *Biblioteca Vaticana*). Pero pronto pudieron los ricos redimirse con dinero (Mócenigo, 30). Esto se aumentaba posteriormente cada vez más, y acarrea graves inconvenientes (v. P. Tiépolc, 174).

III. Ruina de la casa Carafa

Cuando en enero de 1559 acaeció la súbita caída de los nepotes de Paulo IV, el Papa expresó la esperanza de que su sucesor castigaría todavía a los culpados convenientemente. Esta palabra tenía al principio pocas probabilidades de realizarse, pues el cardenal Carlos Carafa logró en seguida volver a sentar pie firme en el Colegio cardenalicio después de la muerte de Paulo IV. Para ello le vino bien lo desmedido de la furia de sus enemigos. Aun aquellos que, como el cardenal Pacheco, no eran en manera alguna amigos de los Carafas, censuraron los salvajes excesos de los romanos, a los cuales era interés común del Sacro Colegio poner coto.

Los romanos conocían bien esta disposición de ánimo; aunque acordaron el destierro de los nepotes de Paulo IV que pertenecían al estado seglar, no se atrevieron sin embargo a proceder de la misma manera contra ambos cardenales Carlos y Alfonso Carafa (1). La petición del pueblo romano, de poder expulsar de los Estados de la Iglesia al duque de Paliano, Juan Carafa, fué unánimemente denegada por el Sacro Colegio (2). La conducta prudente del cardenal Carlos Carafa había no poco contribuido a este acuerdo. Delante de los cardenales declaró que si era útil para la Iglesia, no sólo su hermano, sino también él y el cardenal Alfonso saldrían de Roma; que estaban dispuestos a posponer sus intereses privados a los públicos; que si, por el contrario, sólo se trataba de acallar el odio, los cardenales debían reflexionar qué significación tendría semejante condescendencia con la furia popular. Los cardenales consignaron luego en la capitulación electoral

(1) Cf. arriba, p. 40.

(2) Cf. arriba, p. 40.

expresamente la determinación de que el nuevo Papa había de castigar inexorablemente los excesos cometidos durante la sede vacante (1).

Si en estas resoluciones se mostraba el influjo del cardenal Carlos, no obstante no era posible dudar que proseguía la actividad de los antiguos enemigos de aquella familia: si éstos alcanzaban el predominio en el conclave, era de temer un nuevo destierro o tal vez aun algo peor. Con perfecta conciencia del peligro inminente, el cardenal Carlos Carafa, en las negociaciones sobre la elección pontificia, empleó todas sus artes para obtener influjo decisivo en la elevación del nuevo Jerarca supremo de la Iglesia. La manera como procedió en esto, muestra que nada había aprendido en el destierro. Sin miramientos, y con incomprensible orgullo, puso de manifiesto la conciencia de su antiguo poder, y trató a sus colegas como si hubieran sido sus servidores (2). Todos los medios los tuvo por buenos para hacer aparecer su posición como decisiva en la elección, y para utilizarla lo más posible en interés de su familia. A la verdad no se puede afirmar que hubiera estado dispuesto a elevar a la silla pontificia aun a alguno enteramente inhábil, pues sus candidatos Carpi, Pacheco, Dolera y Gonzaga eran varones dignos. Pero en lo demás, siguió en el conclave puramente una política utilitaria. Aunque antes había sido amigo de los franceses, trabajó al principio en favor de los candidatos de los españoles, de los cuales solamente podía esperar una gran recompensa para su familia. Cuando Felipe II pareció no estimar sus servicios, restituyendo Paliano a su antiguo dueño, se declaró neutral, probablemente para hacer sentir a los españoles su importancia, y tuvo en efecto el gusto de verse alternativamente lisonjeado y pretendido por los franceses y los españoles, y ser como árbitro del conclave. Por las promesas hechas por el embajador español Vargas, se volvió de nuevo hacia los españoles, y no tuvo reparo en quebrantar la palabra dada a los franceses, haciendo fracasar la candidatura de Gonzaga, ya muy adelantada.

El que quedase frustrada en el mismo tiempo su tentativa en favor de Carpi, fué para él un grave golpe, pues, como refiere Bernardino Pía, Carafa sabía bien que estaba perdido si fallaba

(1) V. Dembinski, Wybór Piusa IV, 302. Cf. arriña, p. 50.

(2) V. más abajo, p. 169, nota 2, la *relación de Fr. Tonina, de 15 de enero de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

esta candidatura, por la cual se había concitado tantos enemigos (1). De hecho al fin no le quedó otro medio que declararse en favor de Médicis, cuya elección hasta entonces había combatido. Su paso a éste ejecutado en el último momento y en manera alguna voluntariamente, hízose de nuevo por efecto de promesas que dejaban esperar a Carafa, que el nuevo Papa apoyaría sus intereses en el asunto de Paliano y movería a Felipe II a tener la fortaleza en secuestro por lo menos hasta que se hubiera obtenido una compensación correspondiente (2).

Aunque Pío IV reconocía claramente que la intervención de Carafa en su elección no había sido ni voluntaria ni desinteresada, estimó no obstante el gran servicio que le había prestado, y con diferentes actos mostró por modo inequívoco su agradecimiento. El napolitano Fabricio di Sangro, enviado a España a fines de diciembre, era declarado partidario de los Carafas, y llevaba orden de procurar celosamente una compensación por Paliano (3). En el mencionado asunto, el cardenal Carlos podía mirar al porvenir con tanto mayores esperanzas, cuanto Vargas, representante de Felipe II en Roma, estaba enteramente de su parte, y representaba a su soberano con palabras apremiantes cuánto le interesaba cumplir las esperanzas de los Carafas (4). En el mismo sentido trabajaba el duque Cosme I de Florencia, el cual durante el conclave había hecho al cardenal Carafa promesas que le obligaban (5). Cuánto importara la actitud del rey de España, no sólo en lo tocante a Paliano, sino para todo el porvenir de la familia Carafa, no podía ocultarse a un político tan experimentado como Carlos Carafa. Por eso, a principios de enero de 1560, envió un delegado especial a la corte de don Felipe, que se hallaba en

(1) V. la carta de Pío IV, de 15 de diciembre de 1559, en Ancel, *Disgrâce*, 70, nota 2.

(2) V. Müller, 223 s. Cf. arriba, p. 84 s.

(3) V. la relación de Vargas, de 29 de diciembre de 1559, en Döllinger, *Documentos*, I, 326 s. Cf. el *breve a F. a Sanguine, fechado en Roma el 5 de enero de 1560, en el cual Pío IV hace notar cuánta solicitud tenía por los encargos de Sanguine (*magnae merito nobis curae sunt*), y que el rey accederá a su primera súplica (*Arm. 44, t. X, n. 17, Archivo secreto pontificio*). Cf. Hinojosa, 120.

(4) Además de la relación de Vargas, citada en la nota anterior, cf. también sus *instrucciones para Ascanio Caracciolo, que volvía a España, de 1.º de enero de 1560, *Archivo de Simancas*. Cf. Ancel, *Disgrâce*, 72.

(5) V. Ancel, loc. cit.

Toledo, en la persona de Oliverio Sesso, el cual por manera discreta debía recordar los grandes servicios que el cardenal Carafa había prestado a la causa de los españoles durante la elección pontificia (1). Cómo Pío IV todavía a principios de marzo de 1560 tenía deseo de que el negocio de la compensación por Paliano se despachara en sentido favorable para Carafa, se echa de ver por la instrucción que recibió el nuevo nuncio Octaviano Raverta, que partía entonces para España (2).

Mientras al principio del pontificado de Pío IV parecía prepararse así un porvenir favorable para los nepotes de su predecesor, poco a poco se fué formando sobre sus cabezas la tormenta que había de acarrear su ruina.

El gobierno arbitrario que los Carafas habían ejercido en Roma en la época de su ilimitada influencia sobre Paulo IV, había dejado tras sí suma exasperación y encendido odio en muchísima gente. Entre los numerosos enemigos que se habían hecho los nepotes, se hallaban personas muy influyentes, que emplearon todos los medios para cambiar la disposición de ánimo del nuevo Papa contra los Carafas. En primera línea venían aquí en consideración Marco Antonio Colonna y el poderoso cardenal camarlengo Guido Ascanio Sforza de Santa Flora. Ambos habían sido en extremo ofendidos y gravemente perjudicados por los Carafas en tiempo de Paulo IV. En Santa Flora, representante oficial de los intereses de Felipe II, no sólo era causa determinante el deseo de venganza, sino en grado no menor el conocimiento de que el pro-

(1) V. *Istruzione data dal card. Carafa al conte Olivieri espedito al Re cattolico dopo la creazione di Pio IV (s. d.), Barb., 5674, p. 162, *Biblioteca Vaticana*, utilizada por Ancel, Disgrâce, 73.

(2) En ella se dice: *Desiderando levar tutte le occasioni che possano in alcuna maniera adombrare la serenità degli animi di N. Sig^{ro} e di S. M^a et che tutta la benvolenza et ottima corrispondenza d'animo si conservi et accreschi, mi conviene per espressa commissione di Sua Beat^{na} far sapere a S. M^a che ha risoluto per ogni modo che Paliano si smantelli, conforme a l'obbligo della capitulatione, et che l'artiglieria et munitione della Sede Apostolica si restituisca. Nel qual proposito non mancherete di far tutta quella istanza a nome di S. Beat^{na} che potrete maggiore, acciò si adempisca la ricompensa promessa a li signori Carafi, intendendo prima dal sig^r Fabrizio di Sangro in che termini lui haverà condotto il detto negotio. Et sopra tutto raccomandate la persona et gli interessi di monsignore ill^{mo} Carafa, quale N. Sig^{ro} ama teneramente et, come V. S. sa, ha causa d'amarlo... Di Roma a XI di marzo 1560. Varia polit., CXVII (antes CXVI), 380-381, *Archivio segreto pontificio*.

tegido de España, Marco Antonio Colonna, no podría permanecer en posesión de sus castillos sino por el aniquilamiento de los Carafas (1).

El cardenal Carafa, con su conducta desleal en el conclave, se había creado un enemigo muy acerbo asimismo en la persona de Hércules Gonzaga. Quiso la desdicha que Gonzaga y sus amigos, entre ellos el poderoso cardenal de Trento, Madruzzo, luego al principio del reinado de Pío IV, obtuvieran influencia notable en la curia por el enlace de sus familias con la del Papa (2). Mientras Madruzzo trataba de adquirir para los Altemps a Gallese y Soriano, Hércules Gonzaga procuraba allanarse el camino para la suprema dignidad ya en enero de 1560. Los Carafas éranles a ambos un obstáculo para estos fines (3), y por tanto ambos ejercieron una gran presión sobre Pío IV contra los nepotes de Paulo IV. Las representaciones contra los Carafas hallaron oídos en el nuevo Papa con tanto mayor facilidad cuanto que éste, durante el pontificado de Paulo IV, había sido contado en la oposición, la cual conocía exactamente las faltas y errores del gobierno y los criticaba severamente. La oposición contra su predecesor se había ya manifestado tan fuertemente también en otras materias, que se puede hablar de una reacción contra el pontificado de Paulo IV. Los Carafas, que tanta culpa tenían en los desaciertos de su tío, no podían quedar exceptuados en esta reacción. No es pues de maravillar que ya a principios de 1560 amenazara su situación hacerse peligrosa.

Su antigua culpa se acrecentó todavía por un acaecimiento trágico, que había acontecido aún antes de la elección de Pío IV. Juan Carafa, duque de Paliano, hombre fácilmente irritable y que en su ira perdía todo dominio de sí mismo, había llevado una vida brillante, pródiga y disoluta, cuando estaba todavía en la cumbre de su poder. A pesar de su infidelidad, quería a su esposa, la bella, ingeniosa y muy culta Violante de Alife, la cual le había dado tres hijos. No se le ocultaba a ella la vida inmoral de su esposo. Después de la caída de los nepotes, el duque se dirigió con Violante a sus posesiones situadas entre Viterbo y Civitá Castellana, en la ladera del norte del monte Ciminio,

(1) Cf. Ancel, *Disgrâce*, 76 s.

(2) Cf. arriba, p. 119 y 123.

(3) Cf. Müller, 267 s. y Ancel, 79 s.

donde residían en los castillos de Gallese y Soriano. En aquel solitario paraje, cuyo serio aspecto causa profunda impresión en todo visitante, en el verano de 1559, viviendo todavía Paulo IV, acaeció un suceso que no se puso del todo en claro, ni aun en el proceso instruido posteriormente (1).

Pudo averiguarse de cierto lo siguiente: en julio del citado año, fué denunciado al duque de Paliano que su esposa sostenía relaciones ilícitas con uno de sus cortesanos, el hermoso y vivo napolitano Marcelo Capece. El duque se volvió tanto más celoso y desconfiado, cuanto se sentía él mismo culpable de muchas infidelidades. Creyó en la culpabilidad de Capece y de su esposa y tomó de ambos sangrienta venganza. Capece fué llevado al calabozo del castillo de Soriano, y la duquesa sometida a severa vigilancia en el castillo de Gallese. A los celos se añadió la falsa estimación del honor que tenían entonces los nobles, según la cual el adulterio de una mujer se debía lavar, como indeleble afrenta de la familia, con la sangre de los culpados. Juan Carafa fué confirmado en este concepto, no sólo por su hermano, el cardenal Carlos, sino también por su cuñado. Estribando en su derecho de juzgar y castigar sin limitaciones, como señor feudal, a sus vasallos, dispuso un tribunal criminal secreto, al cual pertenecieron él mismo, el hermano de la duquesa, Ferrante, conde de Alife, el tío de la misma, Leonardo de Cardine, y todavía otro tercer pariente, Juan Antonio Toralto. La averiguación jurídica, si se la puede llamar así, se efectuó en secreto atropellando todas las formas, sin testigos, defensor ni actuario. El juicio se hizo en el fuerte y antiguo castillo de los Orsinis, que se eleva sobre la pequeña ciudad de Soriano. Por medio del tormento se sacó a Capece la confesión de haber gozado del favor de la duquesa. El duque, arrebatado de

(1) Las antiguas relaciones sobre la muerte de la duquesa de Paliano (de Stendhal [Beyle] en la *Revue des deux mondes*, 1838; Reumont, *Documentos*, I, 483 s.) han sido superadas por el trabajo de Gnoli sobre Violante Carafa, publicado en la *Nuova Antologia*, XIX (1872), 341 ss., 543 ss., 799 s. A éste se han seguido los documentos, editados por Gori en su *Archivio*, I, 245 s., II, 45 ss., 200 ss., 257 ss., los cuales después han sido aún aumentados notablemente por Ancel (*Disgrâce*, 59 ss.). No está demostrado de un modo cierto que la duquesa fuese culpable de adulterio. Tampoco se ha hecho hasta ahora completa claridad sobre la actitud de Paulo IV, enfermo de muerte, en este asunto (Ancel, 61, nota 1). Riess (p. 378) y Parisio (*Arch. Napolit.*, XII, 838 s.) tienen por culpable a la duquesa, sin atender a las razones en contra, de gran peso, que trae Gnoli (*loc. cit.*, 814 s.).

rabia loca, le apuñaló allí mismo, la noche del 26 al 27 de julio de 1559. Por efecto de la excitación y del apremio de los parientes, a que expiara la mancha pretendida del honor de la familia que suponían manchado, asimismo con la sangre de su esposa, enfermó el furioso, y aunque Violante estaba encinta, sólo opuso débil resistencia. El conde de Alife se encargó de estrangular con sus propias manos a su hermana. El 29 de agosto de 1559 se presentó en Gallese con Leonardo de Cardine y hombres armados. Del convento de capuchinos de allí habían llevado consigo dos padres que debían auxiliar a la infeliz víctima antes de su muerte. Los capuchinos procuraron inútilmente obtener una dilación por respeto al estado de la duquesa. El conde les contestó que tenía que ir a Roma y no quería presentarse allí con aquel estigma en la frente. Violante se conformó resignada con su suerte. Se confesó y comulgó y protestó de su inocencia hasta el último momento.

El acaecimiento hubiera producido todavía mayor estruendo, de no haber ocurrido en el tiempo de excitación de la sede vacante, once días después de la muerte de Paulo IV. Los enemigos de los Carafas procuraron que no cayera en olvido. Una relación de Roma de 6 de enero de 1560 notifica que el duque de Paliano había llegado hasta La Storta, la última estación postal antes de Roma, donde había conferenciado durante tres horas con su hermano el cardenal; que no se atrevía a entrar en la ciudad y que su causa presentaba mal cariz. Otra relación de 13 de enero, dice que el duque había implorado la gracia del Papa, pero que éste quería proceder contra los asesinos (1). Pío IV no se precipitó en este asunto. Hasta fines de marzo no pudieron agudos observadores advertir señales de que amenazaba caer sobre los Carafas un castigo riguroso.

La decisión no fué ciertamente fácil para Pío IV; pero «para poner orden no le quedó otro remedio sino arrestar a los violentos nepotes de Paulo IV» (2). En la ejecución de esto procedió con gran prudencia. El 27 de marzo de 1560 Jerónimo de Federicis y Alejandro Pallantieri volvieron a obtener los puestos, que les habían sido quitados por Paulo IV; el primero fué de nuevo

(1) V. los *Avvisi di Roma, de 6 y 13 de enero de 1560, Urb., 1039, p. 114b, 117, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Juicio de Benrath en la Enciclopedia real de Herzog, XV³, 437.

nombrado gobernador de la ciudad de Roma y el segundo procurador fiscal (1). Probablemente por consejo de Pallantieri, Pío IV el 3 de abril expidió una ordenación, que renovaba los severos castigos contra los usurpadores de bienes eclesiásticos (2). Esta disposición estaba conexas con acusaciones puestas contra el cardenal Alfonso Carafa, porque, durante la enfermedad de Paulo IV, había abusado de su influencia para obtener regalos. Porque tampoco quedaran impunes los excesos de otros miembros de esta familia, trabajó Pallantieri, a quien pareció ahora llegado el tiempo de tomar venganza de su deposición y de su prisión de más de dos años en el castillo de Santángelo. Un hombre emprendedor y peligroso como este experimentado jurista, era la persona a propósito para juntar de todas partes pruebas de los excesos de los Carafas.

En primer lugar se puso en movimiento a sus acreedores, los cuales en seguida asediaron al Papa con quejas. A principios de abril declaró Pío IV a los cardenales Carlos y Alfonso Carafa, que persistía en que se debía satisfacer a sus acreedores. Ambos cardenales se dirigieron a Gallese a verse con el duque de Paliano, para deliberar cómo podría hacerse esto (3). Poco tiempo después el cardenal Alfonso fué llamado a dar cuenta de sí con ocasión del ordenamiento de 3 de abril. Declaró que había recibido del moribundo Paulo IV como regalo una cajita de piedras preciosas por medio de un breve. Este estaba fechado el día de la muerte de dicho Papa, y los enemigos de los Carafas veían en ello una extorsión que se debía castigar. Pío IV mandó investigar cuidadosamente cómo había llegado la cajita a poder del cardenal, pues el breve no parecía muy auténtico. Ya se decía también, que Pío IV decidiría el litigio de Alfonso Carafa con el cardenal camarlengo en favor de éste (4).

En esta situación de las cosas tenía extraordinaria importancia la actitud del rey de España. Felipe II no podía pensar en anteponer los intereses de los Carafas a los de Marco Antonio Colonna, que le era totalmente adicto. Pero no sólo esto. Según el principio

(1) V. Ancel, *Disgrâce*, 81.

(2) Bull. Rom., VII, 18 s. La fecha (2 de abril) indicada por Ancel (p. 83), es falsa.

(3) * *Avviso di Roma*, de 6 de abril de 1560, Urb., 1039, p. 145^b, *Biblioteca Vaticana*.

(4) * *Arvisi di Roma*, de 13 y 27 de abril de 1560, *ibid.*, p. 149 y 151^b.

que lo mejor es aniquilar a los aliados inseguros y adversarios peligrosos mientras hay aún tiempo, la opresión y si era posible, el aniquilamiento de la familia que bajo Paulo IV le había acarreado una tan grave lucha con la Santa Sede, le pareció precepto de política (1). Fabricio di Sangro, como Octaviano Raverta, recibieron respuestas dilatorias, que mostraban suficientemente, que el rey de España daba más oídos a los consejos del cardenal de Santa Flora que a los de Francisco de Vargas (2). Todavía más claro se manifestó el verdadero sentir de Felipe II cuando llegó a Roma el 12 de mayo su embajador extraordinario, el conde de Tendilla (3), enviado a esta ciudad para prestar obediencia. En oposición a Vargas, que se interesaba por los Carafas con celo perseverante, Tendilla mostró una extraña indiferencia respecto de los nepotes de Paulo IV. Habíase hospedado en la embajada española, donde vivía Vargas, pero por expreso deseo del Papa ocupó luego una habitación del Belvedere (4). Los perspicaces sospecharon presto que se llevaban adelante negociaciones en perjuicio de los Carafas (5). Efectivamente no se puede poner en duda que entonces, no sólo los enemigos que los Carafas tenían en Roma, sino también Felipe II, animaron al Papa a proceder decididamente contra los nepotes de Paulo IV (6), y que tuvieron buen éxito. Pío IV, no obstante, se guardó cuidadosamente de dejar ver el cambio de sus sentimientos. Más adelante declaró su actitud diciendo que quería evitar la fuga de los Carafas. Así éstos

(1) Esto lo hace resaltar con razón Hilliger (p. 15).

(2) Cf. Pallavicini, 14, 15, 5 s.; Duruy, 410 s.; Ancel, *Disgrâce*, 83 s.; Riess, 399 s.

(3) Alba hubiese visto de buena gana que se hubiera diputado a su hijo para ir a Roma como embajador. Si esto se hubiese logrado, dada la enemistad del duque con los Carafas, muy mal lo habrían éstos pasado, como lo hace notar Julio Grandi en su *relación fechada en Roma a 13 de marzo de 1560 (*Archivo público de Módena*). Tendilla se mostró ciertamente asimismo adversario de los Carafas, pues, como es manifestado, conocía con exactitud los ocultos intentos de Felipe II. Sobre Tendilla cf. Constant, *Rapport*, 276 s.

(4) Cf. las *relaciones de Vargas, de 15 y 20 de mayo de 1560, *Archivo de Simancas*, utilizadas por Ancel, *Disgrâce*, 84. Los **Avvisi* di Roma, de 17 y 21 de mayo, notifican que Tendilla fué allogiato a spese di S. S^{ta} in Belvedere con infinite carezze (Urb., 1039, p. 158^b, *Biblioteca Vaticana*). Sobre la tributación de obediencia en 16 de mayo de 1560, v. *Acta consist. Cam., IX, 21 en el *Archivo consistorial del Vaticano*, la *relación de Mula y Mocénigo, de 20 de mayo de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*, y Voss, 66.

(5) Cf. Ancel, *Disgrâce*, 85 s.

(6) Cf. Hilliger, 15.

podieron lisonjearse de que estaban seguros. Su confianza era tan grande que provocaban directamente a sus adversarios, pues sólo puede designarse como provocación el que el duque de Paliano hiciera incoar en Gallese un proceso contra Marco Antonio Colonna por supuestos intentos de envenenamiento. Pío IV estuvo conforme aparentemente con este proceder, enviando a Gallese un comisario (1).

Todavía a principios de junio el cardenal Carafa no tenía el menor barrunto de cuán cerca estaban ya sus enemigos de su intento. Pero a algunos diplomáticos no se escapó el cambio de la situación. El embajador de Venecia, muy perspicaz observador, notificó entonces al dux, que Tendilla con todo secreto, sin conocimiento de Vargas ni de los cardenales españoles, trataba constantemente con Pío IV sobre el negocio de la compensación por Paliano, que se iba desenvolviendo de un modo desfavorable a los Carafas; que Marco Antonio Colonna procuraba con buen suceso el casamiento de su hermana con Aníbal Altemps; y que la madre de Colonna regresaría muy pronto a Roma. Con esto se juntó la noticia importante de que Vargas, el amigo de los Carafas, no gozaba de favor ni con el Papa ni con la corte (2). El embajador florentino refiere por el mismo tiempo, con qué ardor Pallantieri recogía pruebas contra los Carafas. Como los imperiales, añade, no tienen ninguna consideración al cardenal Carafa, ni en obras ni en palabras, se teme por su porvenir (3).

El cardenal mismo no temía nada. Tenía la firme confianza de que el Papa señalaría una rica compensación, puesto que le debía su elección. Carlos Carafa, así lo refiere Mula, se alegra de que Felipe II no preste oído favorable a sus enemigos; el 3 de junio comió con Borromeo y parece estar enteramente contento (4).

(1) Cf. Ancel, *Disgrâce*, 88, quien desecha como fantásticas las indicaciones de Duruy (p. 318).

(2) **Carta de 1.º de junio de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(3) *Carta de J. B. Ricasoli a Cosme I, de 30 de mayo de 1560, *Archivio pubblico de Florencia*, traducida por Ancel, *Disgrâce*, 82. En 1.º de junio de 1560 *notifica Ricasoli, que Gabriel Serbelloni le ha contado que il papa è stato come resolutto quando fù carcerato Monte di darli *Carafa in compagnia* et che di questo era certo, ma di poi a *intercesione non sa di chi li pare che si sia poi mutato* (las palabras que aquí aparecen de *cursiva*, están en cifra). *Archivio pubblico de Florencia*.

(4) **Relación de Mula, de 7 de junio de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

También de la respuesta del cardenal Carlos Carafa de 1.º de junio, a su hermano Juan, que le había consultado acerca de su regreso a Roma, se colige una gran seguridad. En esta carta cree el cardenal que, aunque Felipe II no había dado todavía la respuesta definitiva, se podía esperar que el negocio de la compensación se despacharía satisfactoriamente, y esto con tanto mayor razón cuanto el Papa mostraba para esto la mejor voluntad; dice al duque que dejaba a su arbitrio el venir a Roma (1).

La creencia de su seguridad, que iba aumentando en el cardenal Carafa, no fué tampoco alterada cuando Pío IV, después del arresto del cardenal del Monte, que había manchado su púrpura con sangre, efectuado el 27 de mayo, dijo esta expresión: «Todavía no hemos llegado al fin» (2). Esta alusión infundió al cardenal Carafa tan poco recelo como la circunstancia de que el 4 de junio Juana de Aragón Colonna, la antigua enemiga de su casa, regresó a Roma. La madre de Marco Antonio, que cuatro años y medio antes había tenido que huir disfrazada de Roma, hizo ahora en triunfo su entrada en la ciudad; muchos romanos, aun la guardia y los parientes del Papa, le salieron al encuentro. Al siguiente día tuvo una audiencia solemne (3). El 6 de junio también volvió a Roma el duque de Paliano. Por efecto de noticias favorables de España, así él como su hermano el cardenal no cabían en sí de placer: por la noche se divertieron con música y baile en compañía de mujeres livianas (4).

Para la mañana del 7 de junio se había ordenado un consis-

(1) V. el texto de la carta (*Archivo secreto pontificio*) en el número 4 del apéndice.

(2) V. las *relaciones del embajador florentino, de 30 de mayo y 6 de junio de 1560, *Archivo público de Florencia*. Cf. Ancel, *Disgrâce*, 89 s. La prisión de del Monte hizo según Massarelli en Merkle, II, 345, ob duo homicidia suis manibus perpetrata in civitate Nucarina in Umbria, in personam scilicet patris et filii ibi magistri cursorum, dum sede vacante Pauli IV ex Venetiis Urbem citatis equis reverteretur. V. también las *relaciones de Mula, de 27 de mayo, 1.º de junio y 20 de julio de 1560. Cf. además los *Avvisi di Roma, de 1.º, 15 y 29 de junio (Urb., 1039, p. 162, 169, 176, *Biblioteca Vatic.*), y las *relaciones de Mula, de 27 y 31 de mayo y 1.º de junio de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(3) V. la *relación de J. B. Ricasoli, de 5 de junio de 1560, *Archivo público de Florencia*; el *Avviso di Roma de 8 de junio de 1560, Urb., 1039, p. 165*, *Biblioteca Vatic.*; Massarelli, 346. Sobre la huida de Juana v. nuestros datos del vol. XIV, 101.

(4) V. en el número 7 del apéndice el *Avviso di Roma de 8 de junio de 1560, *Biblioteca Vatic.*

torio secreto en el Vaticano (1). Este se celebró en el local situado entre el departamento Borja y la sala ducal, que se llama ahora sala de la Guardarropa. Los cardenales esperaban la venida del Papa, cuando Aurelio Spina, camarero del cardenal Borromeo, participó al cardenal Carlos Carafa que Su Santidad deseaba hablarle. Alegrementemente excitado el cardenal, siguió al camarero por una escalera secreta hacia la sala de audiencia del Papa, donde el gentilhombre de servicio le rogó que aguardase. Pronto también el cardenal Alfonso Carafa llegó allá. Después vino el capitán de la guardia pontificia, Gabriel Serbelloni, y les anunció a los dos que estaban presos. Mientras Alfonso se sometía en silencio, Carlos exclamó animosamente: «¡Este es, pues, el premio de mis buenos servicios!» Ambos cardenales fueron en seguida llevados al castillo de Santángelo por un corredor secreto.

A la misma hora, el gobernador de Roma y el procurador fiscal se presentaron con numerosos policías en el palacio Carafa de la Plaza Navona, mostraron al duque de Paliano un mandato de arresto y le llevaron en un coche asimismo al castillo de Santángelo. Por semejante manera fueron encarcelados aquella mañana los principales familiares y confidentes de los dos cardenales. De los familiares de Carlos tocó esta suerte a César Brancaccio, a su secretario Urbino, al maestro de cámara y a cuatro criados; de los familiares del cardenal Alfonso, al secretario Pablo Filonardo y a otros tres domésticos. También el conde de Alife y Leonardo de Cardine cayeron en poder de la policía. Algunos pocos, como el obispo de Civitá di Penna, Vico de Nóbili y Mateo Stendardi, lograron escaparse. El marqués de Montebello se hallaba en Nápoles. Después de las prisiones fueron embargados todos los papeles de los Carafas, hasta los más comunes libros de economía doméstica; llenaron siete u ocho cajones.

Cuando el embajador florentino llevó a los cardenales, reunidos en la sala del consistorio secreto, la noticia de la prisión de sus dos colegas, de la cual él había sido testigo, se levantó al principio entre ellos sólo un murmullo y cuchicheo. El asombro y

(1) Para lo que sigue v. la *relación de Ricasoli, de 7 de junio de 1560, en el número 6 del apéndice. Cf. *Acta consist. Cancell., VIII, 38, y *Acta consist. Cam., IX, 22^b, *Archivo consistorial del Vaticano*; además Massarelli, 345; Bondonus, 534 s.; la relación del embajador portugués, de 12 de junio de 1560, en el *Corpo dipl. Portug.*, VIII, 470 s.; Pogiani Epist., II, 220; la correspondencia del card. O. Truchsess, 172 s.

el terror eran grandes. Algunos, como el cardenal Vitelli, procuraron ocultar su consternación, Este y otros no disimularon su disgusto. Cuando al fin se presentó Pío IV, se advirtió claramente en su semblante el contento de que estaba lleno, por haberle salido el golpe tan bien. Las noticias que dió acerca de lo ocurrido, se limitaron a lo más necesario. Mucho más comunicativo estuvo al día siguiente con los embajadores. Vargas y Tendilla fueron invitados a comer. Se trató del caso antes y después de la mesa. El Papa fué examinando por menudo los crímenes de los nepotes de Paulo IV. Dió especial importancia al injusto y escandaloso intento de incoar un proceso contra Carlos V. Ambos embajadores españoles fueron invitados a convencerse por la inspección de los documentos, de las injustas inculpaciones que entonces se hicieron, principalmente de las intrigas urdidas por el cardenal Carafa y del plan falsamente atribuido a los imperiales de envenenar a Paulo IV, por lo cual éste había sido inducido a romper con España. Hizo resaltar el Papá que el cardenal Carafa se había hecho culpable, fuera de esto, de numerosos homicidios, violaciones y otros crímenes; que el cardenal Alfonso se había apropiado dinero y objetos preciosos por medio de falsificación de breves a la muerte de Paulo IV; y que el duque de Paliano, durante el gobierno de su tío, había cometido violencias, latrocinios e injusticias de todas clases, y en el tiempo de la sede vacante había asesinado a su esposa. Tales crímenes, dijo, no pueden quedar impunes (1). Pío IV se expresó también de igual manera con el embajador florentino y el veneciano (2).

La mayoría de los cardenales desaprobaron por espíritu de corporación la dura disposición del Papa contra dos miembros de su Colegio. Principalmente manifestaron su disgusto por diversas razones, Carpi, Este y Farnese (3). Pero se hallaban aislados en su manera de pensar. La población de Roma, a vista

(1) Las *relaciones de Vargas y Tendilla, de 10 de junio de 1560, que faltan en Döllinger, se hallan en el *Archivo de Simancas*, y en extracto en Ancl, Disgrâce, 91 s.

(2) V. la *relación de Mula, de 8 de junio, *Archivo público de Venecia*, y la de Ricasoli, de 10 de junio de 1560, *Archivo público de Florencia*. Cf. Ancl, 92.

(3) *Questa cattura di sig. Carafa più che a tutti gli altri revmi per varie ragioni è dispiaciuta a Carpi, Ferrara et Farnese. *Relación de J. B. Ricasoli, de 8 de junio de 1560, *Archivo público de Florencia*.

de la indudable culpabilidad de los Carafas, era en su mayor parte de opinión, que el proceder severo del Papa estaba enteramente justificado; reinaba general alegría porque finalmente comenzaba a caer sobre los nepotes el merecido castigo. Los Carafas, escribía el cardenal Truchsess, tienen muchos perseguidores y pocos defensores (1). Sólo era compadecido el cardenal Alfonso, al cual los más tenían por inocente. Contra los otros de la casa Carafa, los romanos estaban llenos de tal odio que querían encender fogatas alegres en el Capitolio; pero el Papa lo prohibió (2). También fuera de la Ciudad Eterna se supo con contento el proceder de Pío IV contra los Carafas. Varias personas de gran religiosidad veían en su encarcelación un justo castigo del cielo por el grave daño que habían causado a la Iglesia (3).

La averiguación jurídica contra los presos fué encargada a Jerónimo Federici, como gobernador de Roma, y al procurador fiscal Alejandro Pallantieri. Ambos eran declarados enemigos de los Carafas. En seguida pusieron manos a la obra con la mayor diligencia. No sólo en Roma, sino también en Gallese y Nápoles fueron hechas investigaciones; en Nápoles se embargaron dos cajones de documentos que el cardenal Carafa había separado (4).

Sobre la base del material reunido en la instrucción del proceso, por medio de un *motu proprio* del Papa, de 1.º de julio, se

(1) Fuera de la *relación de Ricasoli, de 7 de junio de 1560 (v. Ancel, *Disgrâce*, 91), cf. también el * *Avviso di Roma* de 8 de junio, en el que se dice: *Pochi sono che non se rallegrino della prigionia delli Caraffi, massimamente il populo Romano, già di loro tanto offeso* (Urb., 1039, *Biblioteca Vatic.*). V. también la carta de Camilo Borromeo en el Arch. stor. Lomb., XIX (1903), 357, nota, y la de G. Salvago en los *Atti Lig.*, XIII, 763, así como la correspondencia del cardenal O. Truchsess, 172-173.

(2) Juan María Gonzaga escribía el 8 de junio desde Roma al duque de Mantua: **In cambio di far card^{li} hieri S.^{ta} mandò Caraffa et Napoli in castello, et questo fu anche in cambio de fare concistorio dove erano venuti; medemamente vi fu menato il ducha de Paliano et quale era in casa de Caraffa et vi era venuto soralemente et senza salvo condotto. Molti signori et dependenti di questi sig^{ri} Caraffi sono stati posti pregione. Hanno scritto tutte le robe de li dui rev^{mi}, et si dice che in casa de Napoli vi era una gran quantità de gioie et da vinti millia scudi. La presa di Caraffa è piaciuta a tutti generalmente et maxime alli Romani, quali se non le fusse stato vietato da S.^{ta} volevano far fuochi in Campidoglio per dimostracione de l'alegrezza.* *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(3) V. Seripando en Merkle, II, 460.

(4) Cf. Raynald, 1560, n. 97; Ancel, *Secrétairerie*, 40, *Disgrâce*, 92 s. y *Nonciat. de France*, I, VIII.

propuso la acusación (1); otro de 5 de julio determinó que en la investigación especial los cardenales Cesi, Cueva, Saraceni, Púteo, Cicada, Bertrand, Urbino y Cornaro, asistiesen como asesores a los interrogatorios de los cardenales acusados, para velar por la guarda de las formas jurídicas (2). El interrogatorio mismo quedó reservado únicamente a Federici y Pallantieri. A par de ellos, trabajaba como redactor de las actas el notario Luis de Torres, español de la Hermandad de San Jerónimo de la Caridad, la cual tenía que interesarse por los presos (3).

Los principales crímenes de que se hizo cargo al duque de Paliano, fueron el asesinato de Capece y de la duquesa. A los cardenales Carlos y Alfonso se les inculpaba haber fomentado el cruel proceder contra Violante, con su aprobación o su consejo. El cardenal Carlos, fuera de varios homicidios, parte de los cuales caían todavía en la época en que era soldado, fué acusado, sobre todo, de haber inducido, como director de la política de Paulo IV, por medio de engaños y mentiras, tanto a este Papa como a Francia, a una funesta guerra contra España. A los tres acusados se les achacaron grandes defraudaciones en la administración de los Estados de la Iglesia. Carlos y el duque de Paliano debían además responder de graves abusos de su autoridad, especialmente en la administración de justicia, y Alfonso de haberse enriquecido ilícitamente a la muerte de Paulo IV.

El 8 de julio comenzó el interrogatorio de los acusados en el castillo de Santángelo; y ocupó tres meses enteros (4). Mientras

(1) V. el texto según el *original del *Archivio segreto pontificio* en el número 8 del apéndice.

(2) **Motu proprio* «Nuper» ven. fratri Hieronymo episc. Sagonensi, con fecha de 5 de julio de 1560, Lib. jur., 493, *Archivio segreto pontificio*. Cf. Ancel, *Disgrâce*, 96 s. Un **Avviso di Roma*, de 19 de octubre de 1560, notifica: Il card. Carafa ha dimandato per suo giudice il card. Borromeo havendo per sospetto il governatore et fiscale. Urb., 1039, p. 211, *Biblioteca Vatic.*

(3) Ancel, *Disgrâce*, 97.

(4) El original del proceso contra los Carafas fué quemado después de su revisión por S. Pío V (sobre esto se hablará más en particular en el tomo VIII de la presente obra). Copias de él no existen. En cambio, se ha conservado el extracto hecho en tiempo de S. Pío V, el cual se halla en el *Archivio segreto pontificio*, Miscell., XI, 114, con el título **Scripta varia in causa card. Carafa[e]* (copias: Vatic., 7450, Barb. lat., 5752 y una que hay en la *Biblioteca de Cortona*). A éste se añade el **Liber iurium coram rmo gubernatore... contra ill. et rmos dom. card. Carolum Carafam, Alphonsum Neapolit., Leonardum de Cardine, Ferrant. Garlonium et complices*, *Archivio segreto pontificio*, Miscell., X, 197 (hay una copia defectuosa en el *Archivio pi-*

el cardenal Alfonso Carafa se portó desde el principio con mucha prudencia y resignación (1), Carlos Carafa mostró toda su altivez. Todavía confiaba en el auxilio del monarca español, cuyo embajador Francisco de Vargas procedió constantemente como su fiel amigo (2). Con todo, esto podía ser de poco provecho, pues Vargas se había malquistado con el Papa por su conducta importuna y provocativa (3). En favor del duque de Paliano, al cual Vargas abandonó, se afanó el embajador francés.

La confianza del cardenal Carafa en el rey de España no tuvo absolutamente ningún efecto. Tanto era mayor el celo con que en favor de aquél trabajaba Vargas (4). Este diplomático, al

blico de Roma), que contiene los originales de los documentos más comprometedores, que por orden de Pío IV fueron embargados y utilizados para formular la acusación. Las **Lettere repette pro parte card. Caraffe in eius causa contra Fiscum* se hallan en el Cod. Ottob., 2348, p. 286-427, las **actas de los defensores de los Carafas y sus memorias se conservan en el Archivio segreto pontificio*, al fin del códice Miscell., XI, 114, *ibid.* en el códice I, 130, p. 15-29 del fondo Borghese (*Scritture dello studio del s^{or} Marc Antonio Borghese sulla causa Romana excessuum a difesa delli cardinali Carlo et Alfonso Carafa e del duca di Paliano*) y en el Barb. lat., 3630 (*Papeles para la defensa del cardenal Alfonso Carafa*).—Cf. Ancel, *Secrét.*, 41 s., *Disgrâce*, 3-11 y *Nonciat. de France*, I, x s. Ancel dió por primera vez un completo compendio y un claro conocimiento del carácter del material auténtico, el cual completa y corrige esencialmente los datos del todo incompletos de Gori (*Archivio*, II), Duruy (p. 413 s.) y Cristofori (*Il pontificato di Paolo IV ed i Carafa suoi nipoti*: Miscell. stor. Romana, 1888). A Ancel corresponde también el mérito de haber descubierto en el Archivio segreto pontificio las actas arriba citadas; sólo se le escapó que los Articoli XIV pro fisco contra card. Carafam, de los cuales hay manuscritos en gran copia (así Inf. polit., II, 465 s., *Biblioteca de Berlín*; Urb., 853, p. 410 s., *Biblioteca Vatic.*; Cod. 44—B—13, p. 276 s., *Biblioteca Corsini de Roma*, y en un códice sin signatura, de la Bibl. d. Soc. stor. patria de Nápoles), fueron ya impresos en 1731 por Hoffmann, *Nova script. collectio*, I, 599 s., lo cual también se le pasó por alto a Ranke (*Los Papas*, I^a, 209). El *Instrumentum transportationis, assignationis et quietantiae scripturarum Causae contra Carafen. ex officio criminali rev. d. Urbis gubernat. ad arcem S. Angeli de mandato SS^{mi} Patris*, fechado a 7 de enero de 1562, se halla en el Bollett. stor. d. Svizz. Ital., XXXV (1915), 1.

(1) **Napoli si governa con molta prudentia et religione. Avviso di Roma*, de 20 de julio de 1560, Urb., 1039, p. 175^b, *Biblioteca Vatic.*

(2) Cf. las **relaciones de Mula*, especialmente la de 29 de junio de 1560, *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. los **Avvisi di Roma* de 17 y 24 de mayo de 1560, Urb., 1039, p. 274, 276^b, *Biblioteca Vatic.*

(4) Cf. Ancel, *Disgrâce*, 147 ss. Sobre la mediación del embajador francés v. también el **Avviso di Roma*, de 17 de agosto de 1560, Urb., 1039, p. 191^b. Un **Avviso* de 23 de noviembre de 1560, da cuenta de la intercesión de Cosme (Urb., 1039, p. 219). Entre los otros príncipes, que intercedieron

cual Pío IV hizo sentir por entonces amargamente la pérdida de su favor en una ocurrencia incidental (1), nada sin embargo consiguió, pues el cardenal Carafa a todas las preguntas se limitó a protestar y negar. Cuanto a los delitos anteriores a su cardenato, se remitió al breve de absolución de Paulo IV; cuanto a los posteriores, a la determinación de la capitulación electoral que sólo permitía el enjuiciamiento de los cardenales en el caso de herejía, de cisma o de crimen de lesa majestad (2). Se portó de una manera tan provocativa como si no fuera un preso sometido a una averiguación jurídica, sino uno de los jueces (3).

La situación de Carlos Carafa se empeoró todavía notablemente cuando en julio se hallaron documentos que le podían perjudicar mucho, sobre sus relaciones con los turcos y el luterano Alberto Alcibiades de Brandeburgo. Un motu proprio de 18 de julio estableció que el asunto caía ahora en el terreno de la herejía. Por eso a los cardenales asesores fué agregado Ghislieri (4); no obstante, por efecto de una larga ausencia de Roma no tuvo parte ninguna en el proceso (5).

En la curia corrió reiteradamente el rumor de que se obli-

(v. el *Aviso de 28 de septiembre de 1560, Urb., 1039, p. 204^b, *Biblioteca Vatic.*), fué uno también el duque de Baviera; v. Steinherz, II, 397.

(1) Se trataba de la protección de un panadero, contra el cual se había de proceder por haber empleado pesos falsos. Para aplacar a Pío IV, así lo cuenta un *Aviso di Roma de 13 de julio, Vargas había solicitado audiencia repetidas veces. Como no la obtenía, en un encuentro casual se arrojó a los pies del Papa y le pidió su bendición. Pío IV le dijo irritado: Levatevi et non m'impedite la strada. Vargas le pidió de nuevo su bendición, pero el Papa respondió: Date prima in mano della justitia tutti quelli ch'hanno fatto quest' insulto alla corte, sobre lo que Vargas observó: Come lo posso dare, se sono fuggiti? Al fin, Pío IV le dió su bendición (Urb., 1039, p. 181^b-182. *Biblioteca Vatic.*). Según la *relación de Mula, de 12 de julio de 1560 (*Archivo secreto pontificio*), se trataba de proteger a un pintor. Vargas permaneció en desgracia del Papa. El 12 de septiembre de 1560 *notifica Ricasoli que Tendilla era muy bienquisto del Pontífice y sus nepotes, y que de Vargas se podía decir lo contrario. *Archivo público de Florencia*.

(2) V. Ancel, *Disgrâce*, 98 s.

(3) V. la carta de Gabr. Salvago, de 20 de julio de 1560, en los *Atti Lig.*, XIII, 762.

(4) *Motu proprio Cum nuper, con fecha de 18 de julio de 1560, Lib. jur., p. 495, *Archivo secreto pontificio*. V. además la *relación de Mula, de 6 de julio de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*, y los *Avvisi di Roma, de 20 y 27 de julio de 1560, Urb., 1039, p. 175^b, 184, *Biblioteca Vatic.*

(5) Ghislieri se había ido a su diócesis de Mondoví en 28 de junio de 1560 (v. Maffei, 52), y parece haber permanecido allí hasta el otoño.

garía a Carlos Carafa a confesar por medio del tormento. No obstante, por lo pronto sólo se agravó su prisión en la última semana de julio. Hasta entonces había tenido dos cuartos a su disposición y podido recibir numerosas visitas. Estas concesiones se le quitaron ahora (1). Entonces procuró obtener alivio de su prisión simulando una enfermedad, pero el médico pontificio Simón Pasqua enviado a él, reconoció presto que se trataba de un conato de engaño (2). Según parece, con esto se quebrantó un tanto la altanería del preso. El embajador veneciano refiere el 24 de agosto: El proceso por el que se interesa el Papa más que por todas las otras cosas, se lleva adelante con el mayor ardor; diariamente se tienen interrogatorios mañana y tarde; se ha demostrado la autenticidad de la letra de Alberto de Brandeburgo y de su sello; en vista de esto el cardenal Cueva ha aconsejado a Carafa que deje de negar y se reconozca culpable, implore la gracia del Papa y piense en la salud de su alma. Carafa, continúa refiriendo Mula, hizo entonces decir a Pío IV que como hombre del mundo y soldado había cometido muchas culpas; que se recomendaba a su gracia, pues no le quedaban ni siquiera medios para sufragar su sustento. La respuesta de Pío IV decía: Que no venía sobre él ahora ningún padecimiento que él mismo no se lo hubiera preparado; que nada le podía prometer, pero que tendría cuidado de que no se viera reducido a la indigencia (3).

(1) V. el *Avviso di Roma de 20 de julio de 1560 (Urb., 1039, p. 175^b, *Biblioteca Vatic.*) y las relaciones de Ricasoli, de 20 y 21 de julio, en Ancel, *Disgrâce*, 100. Un *Avviso de 7 de septiembre de 1560 cuenta que a la observación del cardenal Púteo, de que no hallaba puesto ni en ley, ni en razón, que se pudiese emplear la cuerda en Carafa, respondió Pío IV indignado, che di qui inanzi non haverebbe più carico d'haver il suo esame et che non se ne dovesse più impacciare. Urb., 1039, p. 198, *Biblioteca Vatic.*

(2) V. la *relación de Ricasoli, de 25 de julio de 1560, *Archivo público de Florencia*.

(3) V. la *carta de Mula (traducida truncadamente por Riess, p. 412), de 24 de agosto de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*. En este mismo día escribía Julio Grandi sobre la causa de los Carafas: *Tiensi che hormai non anderano più molto alla longa et credesi fermamente che Carafa et il duca la farà molto male, Napoli non tanto (*Archivo público de Módena*). De semejante manera escribía el embajador portugués; cf. *Corpo dipl. Portug.*, IX, 34. V. también la correspondencia del card. O. Truchsess, 200 s. Mula *notificaba en 31 de agosto: D. Geremia [Isachino; cf. nuestros datos del vol. XIV, 194, y Ancel, *Disgrâce*, 141] di Chietini gionse qui già 4 giorni et parlò il giorno stesso che gionse al pontefice et n'è spedito, dicono che è par informatione circa a Caraffa. *Biblioteca palatina de Viena*.

No se aplicó el tormento al cardenal, sea porque se previó la imposibilidad de forzar al obstinado a confesar por medio de la tortura, sea, y esto es más verosímil, porque algunos cardenales, especialmente Cueva, protestaron contra semejante trato (1). El ver que no le daban tormento comunicó de nuevo ánimo al preso. Continuaba esperando que el rey de España le salvaría. En Roma, donde hasta entonces el asunto de los Carafas había formado la materia de las conversaciones cotidianas, se fué perdiendo gradualmente el interés por un proceso que tanto se prolongaba (2).

Hasta fines de septiembre la investigación especial no se acercó a su fin. Los autos se copiaron y un enviado especial debía llevar a Felipe II un extenso extracto (3). Los resultados de dicha investigación especial fueron éstos: al cardenal Alfonso se le culpaba de que a la muerte de Paulo IV se había enriquecido por modo ilícito a costa de la Santa Sede, y había hecho redactar un breve en su favor, sin que el Papa moribundo supiera nada de ello. Además se le opuso que había aprobado el asesinato de la duquesa de Paliano. Este horrible crimen fué la principal acusación contra el duque de Paliano, Leonardo de Cardine y el conde de Alife. Las más de las acusaciones—no menos de veintidós—se habían dirigido contra el cardenal Carlos Carafa. En ellas se había reunido todo y hasta juntado cuanto se pudo indagar de los primeros años de su vida (4).

Carlos Carafa rehusó tratar de los crímenes de su vida de soldado; para ello se remitió al breve de absolución que Paulo IV le había concedido antes de nombrarle cardenal. Más difícil le fué justificarse de otras acusaciones que recaían en el tiempo en que era cardenal; así principalmente de un intento de asesinato contra Domingo de Máximo. En la muerte de Capece no se le pudo

(1) Según un *Avviso de 31 de agosto de 1560, el cardenal Carafa, cuando se le amenazó con el tormento, respondió, che sa molto bene che si vogliono satiar del suo sangue et che faccino quello che vogliono, che di lui non caveranno mai altro di più di quello ch'hanno cavato fin all' hora essendo nato cavaliere et cardinale d'honore; añade esta relación que por eso se vacilaba en proceder a la tortura, pues podría ser inútil (Urb., 1039, p. 194, *Biblioteca Vatic.*). Cf. la *carta de Mula, de 20 de julio de 1560 (*Biblioteca palatina de Viena*), Pallavicini, 14, 15, 13 y más abajo, p. 171.

(2) V. las *cartas de Mula, de 7 y 14 de septiembre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(3) Hinojosa, 129. Ancel, Disgrâce, 101, 129.

(4) V. Ancel, 101 ss.

probar culpa alguna; ésta recayó únicamente en el duque de Paliano y sus dos cómplices. De otra manera estaban las cosas respecto del asesinato de la duquesa; en él había tenido complicidad Carlos; esto resultaba claro. Pero por muy abrumadoras que fueran las pruebas presentadas, Carlos se atrincheró obstinadamente en una sistemática negación.

Otra serie de acusaciones atribuían a Carlos el delito de herejía. Lo que en esta parte se presentó de la época de su vida de soldado, no tenía valor alguno. En cambio, documentos auténticos demostraban las relaciones del cardenal con el margrave protestante Alberto Alcibíades de Brandeburgo. Carlos las hubo de confesar, pero así cuanto a éstas como respecto de sus relaciones con los turcos, alegó que sólo había obrado como instrumento de su tío. El mismo sistema de defensa opuso a las demás acusaciones políticas que le achacaban a él solo la culpa de todos los yerros de Paulo IV. Sin embargo, todo ello le valió muy poco. Aunque se hubieron de dejar ocho capítulos de acusación en el curso de la averiguación, se mantuvieron no obstante aún en pie catorce, precisamente los más graves. Grandísimos y repetidos abusos de su autoridad gubernativa en materias políticas, junto con su conducta en el asesinato de Violante, formaban el núcleo de la acusación. Por semejante abuso de su influencia política, también al duque de Paliano se le hacía reo de lesa majestad (1). Al poner en primera línea este aspecto, todo el procedimiento debía tomar el carácter de un proceso político con tendencia enteramente determinada.

La elección de jueces del todo parciales hizo lo demás. Así pudo acaecer que se atribuyera a los acusados delitos de que eran inocentes. Con razón protestó el cardenal Carafa contra la acusación de que hubiera celado a su tío el convenio secreto de Cave. Tampoco se ajustaba a la verdad lo que hizo el fiscal Pallantieri, presentando siempre a Paulo IV como a un Papa amante de la paz. Seguramente sin razón se atribuyó a Carafa *toda* la responsabilidad de la política belicosa contra España. Con todo, una gran participación en los yerros de aquel tiempo recae sobre él; pues él había sido quien había hecho la guerra inevitable; y mientras Paulo IV pretendía con ella fines ideales, él se dejaba

(1) V. las excelentes explicaciones de Ancel, loc. cit., 102 s., 118 s., 141.

guiar sin duda de un modo predominante por intenciones egoístas. Pero por mucho que influyera en el proceso la parcialidad de los jueces, y por más que éstos acusaran al cardenal Carafa de cosas de que era inocente, o por lo menos no único culpable, no obstante quedaban aún bastantes delitos que justificaban un procedimiento severo contra él (1).

El 5 de octubre fué comunicada al cardenal Carafa una copia de los autos del proceso. Pues la ley concedía en tales casos a los que se hallaban en prisión preventiva, veinte días para preparar su defensa, los cuales se podían alargar otros quince días y luego todavía otros diez. Para este fin se les debía dar también una copia de los autos de la investigación. Asimismo se permitía a los presos tratar no sólo con sus defensores, sino también con todos sus amigos, pero en presencia de un notario, y podían proponer que se oyeran nuevos testigos (2).

Entre los abogados de los Carafas se hallaba en primera línea el célebre Marco Antonio Borghese, que en su tiempo había también defendido eficazmente al cardenal Morone contra las acusaciones de la Inquisición romana (3). Demás de él se mencionan aún otros, de los cuales, el napolitano Félix Scalaleone, parece haber sido el más activo e intrépido (4). Todavía se conservan los extensos dictámenes, en los que estos juristas examinaron las acusaciones opuestas a los Carafas. Diez de ellos conciernen a la defensa de ambos cardenales; otros ocho a la del duque de Paliano. La más fácil era la defensa del cardenal Alfonso. Lo peor que se le pudo probar, era que no se había opuesto al asesinato de la duquesa Violante. Su enriquecimiento después de la muerte de Paulo IV no había ciertamente pasado los límites de lo usual en tales casos (5). En lo que toca a las acusaciones políticas dirigi-

(1) Cf. Ancel, *Disgrace*, 180-181.

(2) V. Ancel, loc. cit., 129 s. Según un * *Avviso di Roma*, de 5 de octubre de 1560, diéronse siete abogados al cardenal Carafa. Urb., 1039, p. 206^b, *Biblioteca Vatic.*

(3) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 262. En Duruy, 418, hay una carta del cardenal C. Carafa a Borghese.

(4) * *E qui un avvocato di Napoli, huomo di grande stima in quell' essercitio, il quale scrive et parla assai liberamente, notifica Mula en 26 de octubre de 1560, Biblioteca palatina de Viena.* A principios de febrero de 1561, amenazó Scalaleone con retirarse; v. el * *Avviso di Roma* de 1.º de febrero de 1561, Urb., 1039, p. 245^b, *Biblioteca Vatic.*

(5) V. Ancel, *Disgrâce*, 141 s.

das contra el cardenal Carlos, según las cuales se le imputaba que había puesto en peligro los más altos intereses de la Iglesia y del Estado, el conato de los defensores se encaminó a demostrar que el nepote, como primer ministro de Paulo IV, sólo había ejecutado las intenciones del Papa. También se indicó de un modo especial la autoridad extraordinariamente extensa y exenta de toda fiscalización, que «desde tiempo inmemorial» se había concedido a un cardenal nepote. Sobre esto como sobre otros puntos que hicieron valer los defensores, se podía discutir. Pero todos sus artificios no lograron descargar a Carlos de complicidad en el asesinato de la duquesa de Paliano. Cuanto al duque, sólo se hicieron valer respecto a este crimen y a la muerte de Capece, circunstancias atenuantes, principalmente el concepto del honor que dominaba en Nápoles. Juntamente se supuso la culpabilidad de Violante, aunque no se demostró en manera alguna (1).

Los abogados no fueron los únicos que se esforzaron en favor de los presos. También muchos miembros del Sacro Colegio salieron a su defensa, como principalmente Carpi. El 25 de octubre, al principio del consistorio, este cardenal opuso una serie de reparos en el procedimiento seguido contra los Carafas, y pidió paladinamente justicia. Pío IV defendió su conducta con palabras alteradas (2). Cuando luego Cosme I fué a Roma y tuvo largas conversaciones secretas con el Papa, se trató seguramente también del asunto de los Carafas. El 10 de noviembre, Francisco Tonina notificó al duque de Mantua determinadamente, que Cosme había interpuesto su valimiento en favor de los presos (3). Por eso creían

(1) V. *ibid.*, 131 ss., 139 s.

(2) V. en el n.º 11 del apéndice la *relación de Mula de 26 de octubre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*. Antes había intervenido en favor de Carafa especialmente el cardenal Cesi; v. *Atti Lig.*, XIII, 762.

(3) En la *carta de Tonina, de 10 de noviembre de 1560, se dice que Cosme había entregado al Papa un memorial en favor de los Carafas, ma è generale opinione che anzi facci secretamente ufficio con loro (*Archivio Gonzaga de Mantua*). Realmente, Cosme I no hizo nada serio por los Carafas, y hasta quizá trabajó de un modo decisivo contra ellos. De esto se quería dar ya entonces la explicación diciendo que el duque se quería eximir de esta manera de pagar la suma de dinero que, según era fama, había prometido al cardenal Carafa por la elección de Médicis. V. Gnoli, *Nuova Antol.*, XIX (1872), 816 s. y Riess, 407 s., quien con todo va demasiado lejos en sus deducciones. Sincera fué la mediación de Cosme I en favor del cardenal del Monte, por el cual ya había intercedido en agosto; v. la *carta de Mula, de 3 de agosto de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

muchos en Roma que el proceso terminaría en su favor (1). No obstante pronto se convenció de falsedad esta opinión. La defensa del duque de Paliano contra la acusación del asesinato de su esposa, que sus abogados intentaron delante del Papa y de los cardenales diputados el 16 de noviembre, fracasó enteramente (2). El 23 de noviembre era secreto a voces que se habían frustrado los esfuerzos para quitar la dirección del proceso al parcial Federici (3). La esposa de Cosme, al partirse de Roma, se decía haber dicho que dejaba la ciudad para no hallarse presente a la tragedia de los Carafas. El 14 de diciembre Francisco Tonina, fundándose en una conversación con el procurador fiscal Pallantieri, refirió que la decisión era inminente; que doce notarios estaban ocupados en la copia del extracto de los autos del proceso para que ésta se pudiera entregar a cada cardenal; que después de Navidad se celebrarían dos congregaciones de cardenales para determinar la sentencia; que ésta la pronunciaría el mismo Papa contra el cardenal y el duque, y contra los demás el gobernador (4).

Tonina estaba muy bien enterado. En la segunda semana de enero de 1561 se celebraron las congregaciones anunciadas. El Papa, que gastaba cada día tres o cuatro horas en el estudio de los autos del proceso, concedió otra vez audiencia a los abogados de

(1) V. el *Avviso di Roma de 9 de noviembre de 1560, Urb., 1039, p. 214, *Biblioteca Vatic.*

(2) *Hoggi si è lungamente udito il governatore com'avogadore d'avanti il pontefice e cardinali deputati, accusando il duca di Palliano con assai vive ragioni dell'homicidio della moglie, e l'avvocato del duca rispondendo con assai triste ragioni, per quanto intendo; e si è concluso che si metta in scrittura, accio che il mondo intenda sopra la giustitia che si ha da fare; e del duca predetto non se ne pronostica se non male. Mula en 16 de noviembre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*.

(3) *Avviso di Roma de 23 de noviembre de 1560, Urb., 1039, p. 219, *Biblioteca Vatic.*

(4) *Li Caraffi s'hanno per ispediti et questa mattina sendo io col fiscale del Palantieri, m'ha detto che non s'attende ad altro che alla ispeditione, et duodeci notari non fanno altro che scrivere li sommarii delli processi, de quai sommarii si ne hanno a dare a ciascun card^{le} per ciascuno uno, et di qua da Natale s'hanno per quanto ho inteso da far due congregationi, nelle quali si spediranno. Li dui card^{li} saranno giudicati dal Papa istesso et insieme il duca di Paliano, gli altri poi dal governatore, et ancora che si credi che si debba commutare la pena della vita in carcere perpetuo, non di meno si va discorrendo che quella gli debba durar poco, et perchè queste cose vengono di bocca et di loro che può saper qualche cosa, si giudica che già sia risoluto il tutto, benchè non sia ancora data la sentenza (*Archivio Gonzaga de Mantua*). Cf. la correspondencia del card. O. Truchsess, 229, 231.

los Carafas. Estos se mostraban grandemente abatidos y se creía generalmente en un éxito desfavorable aun para el cardenal; por lo menos el destierro por toda la vida parecía su segura suerte (1). Por efecto de la larga prisión, Carlos Carafa apenas podía ya pagar los gastos de su manutención, que él mismo debía procurarse como todos los presos de esta clase. Un relator mantuano refiere cosas particulares sobre la miseria de la familia en otro tiempo tan soberbia y ambiciosa, y recuerda la conducta altanera del cardenal durante el último conclave (2).

En un consistorio de 15 de enero de 1561, el procurador fiscal Pallantieri comunicó la terminación del procedimiento, y pidió al Papa que diera orden al gobernador de la ciudad de presentar en el próximo consistorio su relación final acerca de los crímenes que recaían sobre el acusado conforme al resultado de la investigación; y que después se pronunciase la sentencia. Pío IV asintió; por la prevista prolijidad de la relación, ordenó que no se pusiera otro negocio alguno a la orden del día del próximo consistorio (3). Hasta la celebración de éste pasaron todavía casi dos meses enteros. La causa de la dilación se ha de buscar en las cartas que el duque de Paliano dirigió al Papa desde su cárcel de Tor di Nona (4).

La primera de estas cartas está fechada el 17 de enero de 1561. En ella el duque pide gracia por causa de sus hijos menores, pero al mismo tiempo hace revelaciones que hasta entonces se había reservado por consideración a su hermano. Estas confesiones se referían al principio del conflicto de Paulo IV con los

(1) *Avviso di Roma de 11 de enero de 1561, Urb., 1039, p. 240^b-241, *Biblioteca Vatic.*

(2) En la *carta de Fr. Tonina al duque de Mantua, fechada en Roma a 15 de enero de 1561, se dice sobre los Carafas: Sono essi tutti ridotti a tanta miseria, a quanto questi dì mi narrava la madre del card^{le} Vitelli, che muoiono di fame, a tale che il card^{le} ha venduto la tonicella, et con questi termini si ne passano la vita loro, questi che al tempo del zio erano tanto orgogliosi et superbi, et particolarmente poi intendo il detto card^{le} ch'era nel conclave, come se gli altri cardinali tutti fussero stati suoi servitori (*Archivio Gonzaga de Mantua*). Cf. en el n.º 12 del apéndice la *relación de Tonina, de 22 de febrero de 1561. Por lo demás, cuenta Bondono (p. 539) que él visitó al cardenal Carafa el 15 de enero de 1561, y se quedó a comer con él.

(3) V. Acta consist. en Gulik-Eubel, 38 y Ancel, *Disgrâce*, 143.

(4) *Hierí l'altra, notifica Julio Grandi en 16 de enero de 1561, ha sido llevado el duque de Paliano, del castillo de San Angel a Tor di Nona. *Archivio público de Módena*.

imperiales (1), al proceso contra los Colonnas y sobre todo a la tragedia de Gallese. Sobre ésta el duque confiesa: «Si bien me acuerdo, la carta que me trajo el capitán Vico de Nóbili, contenía la expresión de que el cardenal había dicho que no me reconocería más como hermano suyo, si no lavaba la afrenta con la muerte de la duquesa. Mostré la carta a Leonardo de Cardine, y entre él y yo resolvimos que él matara a la duquesa en San Eutiquio en el camino desde Gallese a Soriano. Cuando don Leonardo hubo llegado a Soriano, halló al conde Alife precisamente cuando éste quería ejecutar el hecho, pero se lo impidió. Entonces me enviaron además a Bernardino Olario, al cual yo contesté, como está escrito en mi primer interrogatorio. Verdad es que hubiera podido prohibirlo, pero dije que nada quería tener que ver en el asunto. Mi propio deseo era dejar antes que mi esposa diera a luz; lo que dije, tenía por fin diferir la ejecución. Pero no obstante mataron a la duquesa. Cuando supe su muerte, quedé sumamente afligido por ella y lloré amargamente a mi esposa. Para consolarme envié a llamar a mi pintor, por nombre Moraña, un español que vivía en Viterbo, y le encargué que me mandara a Soriano, donde yacía enfermo, al padre fray Pedro (2). El padre llegó y me excusé con él por la muerte de la duquesa, diciendo que la conservación del honor delante del mundo me había movido a consentirla. Lo que sigue, no lo digo para justificarme, sino únicamente por amor a la verdad. Yo no había mandado matar a la duquesa, pero quería, precisamente por consideración a mi honra, que todos creyesen que se había hecho con mi consentimiento. Hablo aquí libremente y no como uno que está enjuiciado, ojalá que se me tome esto en cuenta.» También respecto a las galeras, el duque presentó como culpado a su hermano. En una segunda carta de 6 de febrero, se extendió todavía más en particular sobre este negocio y sobre el proceso contra los Colonnas. En ella atribuye asimismo toda la culpa a las insinuaciones de su hermano. Del asesinato de la duquesa no se habla ya en esta carta, firmada con solas las palabras «Juan Carafa» (3). Según una relación de Mula, el preso,

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 85.

(2) Uno de los capuchinos que auxiliaron a la duquesa en su muerte; v. arriba, p. 152.

(3) Las dos cartas del duque de Paliano al Papa se conservan en el *Liber iurium (*Archivio segreto pontificio*; v. la nota 4 de la pág. 160 s.), p. 578-579 y 574-575. La primera está impresa en el Arch. stor. Ital., XII,

quebrantado enteramente por ocho meses de cárcel, llegó a mostrar el deseo de que se forzara por el tormento a confesar a su hermano, que lo negaba todo tenazmente (1). De hecho se llevaron al castillo de Santángelo los instrumentos de tortura. Pero ni esta amenaza pudo intimidar a Carlos Carafa: sus expresiones eran todavía más intrépidas y altaneras que antes (2).

Apenas hubo llegado a manos del Papa la segunda carta, cuando ocurrió de nuevo un incidente. En la noche del 7 al 8 de febrero, fué preso el cardenal Escipión Rebiba, que había gozado especial confianza de Paulo IV. Se le acusaba de haber faltado gravemente a su deber con ocasión de su legación en 1556, por no continuar su viaje hasta Bruselas, de haber arrancado a Paulo IV moribundo un breve relativo a algunos beneficios y contribuido a acelerar el asesinato de la duquesa de Paliano, aprobando el proceder de Carlos Carafa (3). El nuevo arresto despertó la mayor admiración. Cuatro miembros del Sacro Colegio estaban ahora en el castillo de Santángelo, y se esperaba que serían llamados a responder de sí todavía otros cardenales y prelados, que habían desempeñado algún papel bajo Paulo IV (4). Al 21 de febrero se refiere que los abogados de los Carafas se

456-458, pero con una pequeña laguna. La segunda, de 6 de febrero de 1561, es enteramente autógrafa. En la primera carta sólo hay del mismo duque la firma, y aun esto no es cierto; quizá toda ella es sólo una copia.

(1) Según la *relación de Mula, de 1.º de febrero de 1561, el duque de Paliano dijo: Se il cardinale sarà levato quattro dita di terra, confesserà ogni cosa. *Archivo secreto pontificio*.

(2) *Fu portata la corda in Castello et ordinato che si fosse tormentato il card. Carafa, *ma non intendo che sia stato eseguito*, e quel cardinale parla altamente come prima e più ancora, refiere Mula el 8 de febrero de 1561, *Archivo secreto pontificio*, loc. cit., 443. Es, por tanto, falso lo que afirma Fr. Tonina en una *carta de 29 de enero de 1561 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), que el cardenal fué puesto a tormento. Un *Avviso di Roma de 15 de febrero de 1561 (Urb., 1039, p. 252b, *Biblioteca Vatic.*) repite esta afirmación. Era difícil determinar la verdad, pues todo se ejecutaba con el más riguroso secreto: *Delli Carafa le cose vanno secretissime, escribe Tonina en 15 de febrero de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Además de la **relación de Mula, de 8 de febrero de 1561 (*Archivo secreto pontificio*), cf. también los *Avvisi di Roma de 8 y 15 de febrero (Urb., 1039, p. 251, 252b, *Biblioteca Vatic.*) y la *carta de Vargas, de 16 de febrero de 1561 (*Archivo de Simancas*), traducida y comentada por Ancel, Disgrace, 146, nota 3. V. también Massarelli en Merkle, II, 351, Bondonus, 539 y la relación del embajador portugués, de 16 de febrero de 1561, en el Corpo dipl. Portug., IX, 184.

(4) *Avviso di Roma de 8 de febrero de 1561, Urb., 1039, *Biblioteca Vatic.*

presentaron ante el Papa y los cardenales y pronunciaron largos discursos durante horas enteras. Opusieron vehementes quejas contra el proceder parcial del procurador fiscal y del gobernador; en vista de lo cual el Papa pidió de nuevo ver los autos, declarando que quería usar de justicia y gracia (1). Entre tanto el duque de Paliano desde Tor di Nona fué otra vez llevado al castillo de Santángelo, con el fin manifiesto de ser careado con su hermano. Al propio tiempo se dijo que habían sido apresados dos carceleros. Todavía causó mayor admiración el haberse en secreto concentrado tropas en la ciudad (2).

Coincide con esos días de excitación el gran nombramiento de cardenales, que está enlazado con la ruina de los Carafas. Ya hacía tiempo que se había hablado de un aumento del Sacro Colegio, el 26 de febrero de 1561 se efectuó cuando menos se sospechaba (3). Fueron nombrados no menos de dieciocho cardenales, entre ellos varones tan excelentes como Jerónimo Seripando, Estanislao Hosio, Ludovico Simonetta, Marco Antonio Mula y Bernardo Navagero. Estos recibieron la púrpura en atención al concilio. En los demás motivaron la promoción consideraciones de otro género. El nombramiento de Bernardo Salviati y del embajador francés Babou de la Bourdaisière había de contentar al gobierno francés, al paso que la elevación de Iñigo de

(1) Cf. el *Avviso di Roma de 22 de febrero de 1561, Urb., 1039, *Biblioteca Vatic.*

(2) Cf. en el n.º 12 del apéndice, la *relación de Fr. Tonina, de 22 de febrero de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. Petramellarius, 66 s.; Ciaconius, III, 905 s.; Cardella, V, 9 s.; Gulik-Eubel, 41 s. Los característicos rasgos de los nombrados pueden verse en el Cod. Vat., 7248, p. 155 s., *Biblioteca Vatic.* Sobre el consistorio *notificaba Fr. Tonina en 26 de febrero de 1561, que había habido en él conflitti et controversie, de tal manera que no se terminó hasta las diez de la noche (cf. además las *relaciones de Arco en el *Archivo público de Viena*, que Sickel, Concilio, 179, menciona). En el mismo día escribe Tonina: *Il Papa è stato in pensiero solo di quattro o sei al più, poi di dieci et poi di tredici sino a questa mattina, et ultimamente si è risoluto de desdotto, a tal che hieri sera solo si trattò dell' abate di Gambara, ne prima vi era pensamento alcuno, et tutto hieri non si fece altro che far congregationi duplicate sopra il patriarca d'Aquileia, il quale finalmente è stato escluso, sotto pretesto che già fu inquisito d'eresia de non so che articolo della giustificatione. Si è ragionato tutti questi dì anco che S.^{ta} si reservava in petto l'ill^{mo} S. Federico nostro fratello di V. Ecc. et alcuni anco dicevano che forse l'haveria potuto publicare, et da ciascuno era tenuto che dovesse ispedir prima la causa de Caraffi, come si havea ragionato nella congregatione, della causa loro, tutta via quasi un subito poi S.^{ta} si n'è spedita. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Avalos de Aragón y de Antonio Perrenot de Granvela significaba una condescendencia con Felipe II. Es extraño que Cosme I sólo consiguiera el nombramiento de un pariente muy lejano, el español Francisco Pacheco. En la creación cardenalicia, el partido de los Gonzagas, hostil a los Carafas, se llevó la parte del león. Fuera del sobrino del cardenal Hércules, Francisco Gonzaga, de veinticuatro años de edad, obtuvieron la púrpura el 26 de febrero, Ludovico Madruzzo, Luis de Este y el nepote Mark Sittich de Hohenems; además, Alfonso Gesualdo y Pedro Francisco Ferreri, nuncio en Venecia, emparentados con el sobrino del Papa. Pero a la vez se tuvo también consideración convenientemente a los adversarios de Hércules Gonzaga, los Farneses, poderosos por sus relaciones en la corte de don Felipe. Su interés y provecho estaba ya asegurado con el nombramiento de Granvela y de Iñigo de Avalos. Demás de esto pertenecían al número de sus fieles partidarios entre los nuevos purpurados, Jerónimo de Correggio y el obispo de Brescia, Francisco Gambara (1).

El 27 de febrero de 1561 había transcurrido el último plazo de cinco días para una nueva defensa, concedido a los acusados según el procedimiento de entonces. Cuando el Papa se dirigía este día al consistorio, un abogado de los Carafas se arrojó a sus pies y le pidió gracia para sus clientes. La respuesta de Pío IV fué, que se le quitara del paso (2). También fué en aquellos días cuando el Papa expresó que cuatro ces mayúsculas le causaban graves solicitudes: los Cardenales, los Carafas, el Concilio y los Colonnas (3).

Para Carafa no quedaba entonces más que una esperanza: la intervención del monarca español. Con él había contado desde

(1) Cf. Hilliger, 18 s.; Susta, Curia, II, 409; Herre, 66 s.; Q. Bigi, Vita del card. G. da Correggio, Milano, 1864, 47 s. A Francisco Gonzaga ya en 1558 se le había profetizado el capelo (v. Giorn. ligustico, 1887, 436 s.). A Luis de Este, ya en 18 de junio de 1560 le había comunicado Pío IV en secreto por una carta autógrafa, que le nombraría cardenal. Su *original se halla en el *Archivio público de Módena*. En Min. brev., Arm. 44, t. X, n. 30-40 hay los *breves a los recién nombrados, fechados a 27 de febrero de 1561; en el dirigido a Avalos se habla de la súplica de Felipe II, y en el enviado a Salviati se menciona el ruego de Catalina de Médicis. *Archivio segreto pontificio*.

(2) Avviso di Roma de 1.º de marzo de 1561, publicado por Ancel, Disgrace, 146, nota 5.

(3) *Dicono che S. Stà diceva haver quattro C grandi ch'l travagliavano la mente cioè: Cardinali, Caraffa, Concilio, Colonnese. Carta de Fr. Tonina, de 28 de febrero de 1561, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

el principio el cardenal Carafa, y tanto más cuanto que Vargas había permanecido inmutable de su parte. Cuando todo el mundo abandonó al desgraciado, este varón perseveró con tanto mayor fidelidad. Hasta se atrevió a echar en cara a su rey, en forma dorada, su retraimiento (1). Pero Felipe II continuó en su silencio. De qué manera dispuso su conducta, se colige de las palabras significativas que escribió al conde de Tendilla el 11 de agosto de 1560. Hace notar aquí la impaciencia con que esperaba la llegada de Santa Cruz, partido el 14 de julio de Roma, para saber a qué había de atenerse, pues por más que deseaba complacer al Papa, no era sin embargo prudente abandonar enteramente al cardenal Carafa, porque de otra suerte se le podría tachar de ingrato (2). El rey, evidentemente, no quería aventurarse antes de tiempo. Santa Cruz manifestó a Felipe II en nombre de Pío IV, que Raverta había ido demasiado lejos en sus recomendaciones de los Carafas, y que el Papa no había podido comunicar a la corte de España su verdadera manera de sentir respecto de esta familia, porque así el nuncio como Vargas eran partidarios de los nepotes de Paulo IV. Fuera de esto Santa Cruz entregó, de los autos de investigación contra los Carafas, un resumen de las trazas y calumnias criminales de que Carlos Carafa se había servido para indisponer en extremo a Paulo IV con Carlos V y Felipe II. Las demás acusaciones relativas a las negociaciones de los Carafas con los protestantes y turcos, para arruinar a los Habsburgos, fueron enviadas a Santa Cruz cuando se hallaba ya en camino.

Ahora Felipe II pudo salir de su reserva y dar rienda suelta sin peligro a su antiguo deseo de venganza contra el cardenal Carafa. Sin embargo todavía tenía razones para no descubrir del todo sus verdaderos propósitos. El 5 de septiembre de 1560 se envió a Vargas sólo el mandato de moderar su celo por los presos. Vargas se sometió a la voluntad de su señor. El 5 de enero de 1561 escribió al rey que había seguido sus órdenes, pero que

(1) V. Ancel, 149-150. Ibid., 147, se habla de la mediación de Francia en favor del duque de Paliano. Por ambos, el cardenal y el duque, intercedió también Alberto V de Baviera; v. la correspondencia del cardenal O. Truchsess, 211, 216, 218 s., 225 s., 233.

(2) V. Ancel, 150, nota 4. Sobre el envío de Santa Cruz cf. *Corpo dipl. Portug.*, VIII, 483 s.; IX, 9 s., 16 s.; Pallavicini, 14, 15, 8; *Miscell. di storia Ital.*, V, 526 s.; Hinojosa, 121 s.

su majestad cometía una grave falta, no haciendo nada en favor de Carafa (1).

Esto no se había ocultado tampoco a Felipe II. De muchas de sus cartas se colige en qué penosa perplejidad se hallaba. Si pagaba ahora los servicios del cardenal durante el conclave abandonándole enteramente, no sólo peligraba su fama, sino también sus intereses, pues entonces crecían poderosamente las probabilidades del cardenal Gonzaga a la tiara (2). Finalmente don Felipe obró según el consejo de los Farneses: dejó a su suerte a los individuos seculares de la casa de Carafa e intercedió solamente por la vida de los dos cardenales. Esto lo hizo en una carta autógrafa dirigida al Papa desde Toledo el 11 de febrero de 1561, la cual llegó a Roma el sábado 1.º de marzo. Para el lunes, 3, estaba fijado el consistorio en el cual se había de dar la sentencia. La intercesión llegó, pues, por decirlo así, a última hora. Vino aún precisamente bastante a tiempo para que pareciese a los no informados de todas las particularidades, que el rey amparaba al cardenal, pero demasiado tarde para detener al Papa en el camino una vez emprendido. Cuando Vargas entregó la carta el 2 de marzo, Pío IV contestó con frases generales; pero se negó a diferir el consistorio (3).

Como se había determinado, el consistorio se celebró el 3 de marzo. Duró ocho horas. A propuesta del procurador fiscal, el gobernador presentó un extracto del proceso seguido contra el cardenal Carlos Carafa, el duque de Paliano, el conde de Alife y Leonardo de Cardine, en cuya lectura hubieron de emplearse siete horas, y pidió la condenación de los acusados. La enumeración de los muchos crímenes hubo de producir impresión. Algunos cardenales que se habían propuesto decir algo en favor de Alfonso o Carlos Carafa, enmudecieron. Sólo Este probó a rebatir la acusación relativa a la alianza ajustada con Francia, que él conocía con exactitud. Después de la lectura del extracto del proceso, dijo el Papa que pronunciaba la sentencia definitiva, y entregó al gobernador un rollo sellado, que no se debía abrir sino por un especial mandato. Entonces se levantaron los cardenales Carpi,

(1) También estas cartas ha sido el primero Ancel (p. 150-151) en darlas a la luz pública y utilizarlas.

(2) V. Hilliger, 17.

(3) Cf. Hilliger, 17 y Ancel, *Disgrace*, 151 s. El texto de la carta de Felipe II, de 11 de febrero de 1561, se halla en Döllinger, *Documentos*, I, 353.

Farnese, Este, Crispi y Savelli, y rogaron que no se usase de todo el rigor, y se tuviera consideración a la dignidad del Sacro Colegio. Su intercesión quedó tan sin fruto como un nuevo intento de Vargas, para inclinar a la benignidad a Pío IV (1). El último paso se dió el 4 de marzo, abriéndose el rollo sellado en presencia de los abogados, el cual contenía la sentencia de muerte contra el cardenal Carlos, el duque de Paliano, el conde de Alife y Leonardo de Cardine (2). Ciertamente todos los cuatro habían merecido la muerte por el asesinato de la duquesa. En cambio, se puede discutir la justicia de otras acusaciones, principalmente la de lesa majestad, opuesta a Juan y Carlos Carafa (3). Sobre los bienes de los condenados se pronunció la confiscación (4).

Cuando al cardenal Carafa se le intimó la sentencia de muerte, no habló palabra sobre ella. Sus compañeros de infortunio fueron llevados de nuevo desde el castillo de Santángelo a Tor di Nona, en las primeras horas de la noche del 5 de marzo. El conde de Alife y Leonardo de Cardine se mostraron del todo desesperados; para los capuchinos que se les enviaron, fué una pesada carga (5). En oposición a ellos, Juan Carafa estaba resignado y sereno; ya hacía tiempo que había perdido toda esperanza, y se había pre-

(1) La mejor relación sobre este consistorio se halla en la *carta de Vargas, de 14 de marzo de 1561 (*Archivo de Simancas*), utilizada por Ancel, loc. cit., 152. Cf. también la relación de N. Tiépolo en Narducci, Cat., I, 322, la relación florentina en el Arch. stor. Ital., XII, 297-298, nota, y la de Fr. Tonina, algo diversa, de 5 de marzo de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. el número 14 del apéndice; cf. el n.º 13 (Acta consist. Cam., *Archivo consistorial*). Las Acta consist. publicadas por Gulik-Eubel, 38, dan un relato muy lacónico, como también Massarelli (en Merkle, II, 352).

(2) *Relación de Mula, de 6 de marzo de 1561, *Archivo público de Venecia*. V. Ancel, Disgrace, 153. Cf. también la relación de Tiépolo, loc. cit.

(3) Sobre la cuestión de la culpa cf. Gnoli en la N. Antología, XIX (1872), 813 s. Benrath hace notar justamente que aun descontando lo dudoso, quedaba todavía bastante; v. la Real Enciclopedia de Herzog, XV^a, 437 s.

(4) El fallo contra el cardenal Carlos hasta ahora no se ha hallado; probablemente se le hizo desaparecer al revisarse el proceso. Las sentencias de muerte contra el duque de Paliano y sus dos compañeros, fechadas a 4 de marzo de 1561, han sido publicadas por Gori, Archivio, II, 260 s.

(5) Cf. la *relación de Fr. Tonina, de 5 de marzo de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. En el libro de los *Giustiziati, tomo 3, del archivo de S. Juan Degollado (*Archivo público de Roma*), está anotado, p. 167^b-169, que algunos miembros de la Hermandad de la Misericordia fueron llamados el 5 de marzo, a un hora mezzo di notte, para auxiliar al conte d'Aliffe, duca di Paliano y L. de Cardine. El duque legó a la Hermandad venti scudi alla cappella S. Giovanni decollato per mia devotione et elemosina.

parado a la muerte por medio de los ejercicios hechos con el jesuita Peruschi (1). Estos ejercicios habían transformado interiormente de todo en todo al infeliz. La religión le dió una fuerza tal que fué alegre a la muerte, porque creía que era para él camino de salvación. Con un crucifijo en la mano el duque preparó a sus dos compañeros para sufrir su suerte; les dirigió tan hermosas palabras de espíritu cristiano, como si no tuviera otro oficio que el de consolarlos, y no hubiera de ser él mismo ejecutado (2).

Sólo con profunda conmoción se pueden leer las cartas, que Juan Carafa escribió en la última hora a su hermana y a su único hijo Diomedes: «Alabado sea el nombre de nuestro Señor Jesucristo eternamente», se dice en la carta a su hijo. «Los presentes renglones contienen, según pienso, las últimas palabras y memorias que te podré dirigir en esta vida; ruego al Señor que sean tales cuales un buen padre debe dirigir a su único amado hijo. En primer lugar y como lo más necesario te debo recordar: que muestres en todas tus acciones e inclinaciones que eres un verdadero siervo de Dios, que amas a su Divina Majestad mucho más que a ti mismo, y pones a un lado tu propio deleite, satisfacción y voluntad, para no ofender a tu Criador y Salvador, aunque te prometan grandezas, honras y dichas mundanas. Si sigues esta buena y necesaria norma, harás todo lo demás bien y honrosamente. Y como después de Dios hay que ser fiel al príncipe, a quien él ha puesto para que nos gobierne, deberás servir a la majestad del rey católico, como conviene a un honrado y noble caballero cristiano. Huye el pecado, pues engendra la muerte; y pierde antes la vida, que pongas en peligro tu alma; sé enemigo del vicio; busca las compañías decorosas y virtuosas; frecuenta la confesión y recibe a menudo la Sagrada Eucaristía, pues estos Santos Sacramentos son medicina del alma, matan el pecado y conservan al hombre en gracia de Dios; ten compasión de las ajenas miserias; ejercitate en obras piadosas y huye la ociosidad así como los entretenimientos y ejercicios que no sean para ti decentes; esfuérzate por alcanzar algún conocimiento en las ciencias, pues éstas son muy necesarias para un verdadero noble, principalmente para el que tiene señoríos y vasallos, así como

(1) V. Manareus, *De rebus Soc. Jesu, Florentiae*, 1886, 126. Cf. Gnoli, *loc. cit.*, 817.

(2) Cf. la relación de Tiépolo, *loc. cit.*, donde con todo es falsa la fecha.

también para poder gozar los dulces frutos de la Sagrada Escritura, que son sabrosos para el alma y el cuerpo. Si te son gustosos estos frutos, despreciarás las cosas de este triste mundo y hallarás no pequeño consuelo en la presente vida. Deseo que no te abatas en mi muerte; que no te portes como un niño, sino como un hombre juicioso; que no atiendas a lo que la carne te sugiera, o el amor de tu padre o los dichos del mundo. Medita bien para tu consuelo, que todo cuanto acontece, se hace conforme al designio del gran Dios que rige el universo con infinita sabiduría. Y me parece que usa conmigo de gran misericordia, sacándome de esta vida antes por este camino que por otro ordinario, por lo cual yo le doy siempre gracias, como también tú debes dárselas. Plegue al Señor trocar esta vida mía con la otra, la falsa y engañosa con la verdadera. No te inquietes por lo que puedan decir o escribir; di a todos: Mi padre ha muerto porque Dios le ha hecho una grande gracia, y espero que le ha salvado y le ha dado otra vida mejor. Con esto muero. Tú empero has de vivir y no guardar rencor a nadie por mi muerte.» (1)

Mientras Juan Carafa escribía estas líneas, el capitán de la guardia municipal, Gasparino de Melis, se dirigió a la cárcel del cardenal Carafa en el castillo de Santángelo (2). Cuando se pre-

(1) La carta del duque de Paliano a su hijo ha sido impresa por Caccia-guerra, *Epist. spirit.* (cf. Novaes, VII^o, 148), después en *Phil. Honorii Thesaur. polit.*, II, 137, y finalmente de nuevo en el *Arch. stor. Ital.*, XII, 458 s. (traducida por Reumont, Carafa, I, 233 s. y Documentos, I, 505 s.), y la carta a su hermana, la marquesa de Polignano, por Fr. Cristofori, *Il pontificato di Paolo IV* (*Miscell. Rom.*, 2.^a Ser., I, 1888), 131. Las dos cartas ya se habían publicado antes, en traducción francesa, en el escrito ya raro *Sentence prononcée contre le card. Carafa, etc.*, Lyon, 1561. La carta al hijo apareció también en un folleto alemán (*Copia de la carta del duque de Paliano, etc.*, sin lugar, 1561) y fué muy leída; v. Kluckhohn, *Cartas*, I, 175.

(2) La ejecución de los Carafas está descrita en varias relaciones, por la mayor parte anónimas, en lengua italiana y española. Estas relaciones, concordes en lo esencial y discrepantes en pormenores, se hallan muy frecuentemente en las colecciones de manuscritos del siglo xvi: en la *Biblioteca Vatic.*, Cod. Ottob., 2241, p. 262 s. y Urb., 1670, p. 92 s.; en la *Bibl. Corsini*, 44—B—13, p. 355 s.; en la *Bibl. Casanat.*, E., III, 30 (cf. Gori, *Archivio*, II, 302); en la *Bibl. Capponi*, ahora Biblioteca nacional de Florencia (cf. Reumont, Documentos, I, 518); en la *Biblioteca real de Berlín*, Inf. polit., II, 517 s. (en español; es idéntica a la que hay en Urb., 853, p. 464 s.). Una de estas relaciones fué ya publicada en *Phil. Honorii Thesaur. polit.*, II, 134 s.; tres ha impreso Cristofori (I, 102 s., 145 s., 149 s.), una cuarta se halla en Gori, *Arch.*, II, 302 s., una quinta (sólo sobre la ejecución del cardenal) en el *Barb. lat., 5674, p. 170-171, *Biblioteca Vatic.* (utilizada por Ancel, *Disgrace*, 153, nota). Todas estas relaciones, las

sentó en la antesala del cardenal, acompañado de pajes con antorchas, se le dijo que el preso dormía. El capitán declaró que a pesar de esto debía entrar en seguida. Entonces se abrió la puerta. Carafa despertó, se incorporó y preguntó qué querían. La sentencia de muerte se le había intimado ya el día anterior, pero no quería creer que se llegara a ejecutar. Cuando ahora conoció que ya no quedaba ninguna esperanza, repitió más de diez veces: «¿Yo he de morir? ¿Así, pues, el Papa quiere que yo muera?» Gasparino tuvo trabajo en hacer comprender al infeliz que la hora de su muerte había llegado irrevocablemente, y que sólo le quedaba un corto plazo para confesarse y dar sus últimas disposiciones. Con la dolorosa exclamación: «¡Yo que nada he confesado, he de morir!» se levantó finalmente el cardenal y se vistió. Se le negó el birrete; con esto supo que había sido depuesto de su dignidad de cardenal diácono. «¡Oh Pío ingrato!—exclamó,—¡oh rey Felipe que me has hecho traición!» Luego entró a él un religioso, que había sido llamado para oír su confesión. Esta duró una hora. Después de ella pareció Carafa más tranquilo; hizo entrar a los que le rodeaban, y les llamó por testigos de que perdonaba al Papa, al rey de España, al gobernador, al procurador fiscal y en general a todos sus enemigos. Después que hubo rezado todavía los siete salmos penitenciales, ofreció animosamente el cuello al verdugo. Cuando éste apretó el lazo, el cordel se rompió. Se

cuales siguieron Bromato, editor de Nores (*Arch. stor. Ital.*, XII, 344) y también todavía Ranke (*Los Papas*, I^a, 209), han sido exornadas más o menos copiosamente, y en parte de un modo novelesco. La relación más auténtica ha estado hasta ahora desconocida; yo la he hallado en el *Archivio Gonsaga de Mantua*; es una *carta de Fr. Tonina, a quien el mismo Gasparino de Melis describió el decurso de la ejecución, fechada en Roma a 8 de marzo de 1561 (v. el n.º 17 del apéndice). Contienen además buenas noticias una carta de Roma, de 8 de marzo de 1561, que está reproducida en la Sentence arriba citada, la relación de Tiépolo publicada por Narducci, *Cat.*, I, 322, la *relación de Mula, de 7 de marzo de 1561, *Archivio segreto pontificio* (v. el n.º 16 del apéndice), la carta de Sfondrato, de 15 de marzo, que se halla en el *Arch. stor. Lomb.*, XXX (1903), 358, la Letra de Roma de 7 de marzo de 1561, publicada por Döllinger, *Documentos*, I, 354 s., el *Avviso di Roma de 8 de marzo, *Biblioteca Vatic.* (v. el n.º 16 del apéndice), y finalmente la carta interesante que el dominico Timoteo de Perusa envió el 9 de marzo de 1561 a sus hermanos en religión de Florencia, editada por H. Geisenheimer: *Sulla morte del card. Carafa* (Estr. dal Rosario), Firenze, 1907, 6 s. (aquí se nombra también el confesor del cardenal, Francisco d'Arezzo). Cf. también Massarelli en Merkle, II, 352 s.; Bondonus, 540. Es incierto en qué sitio del castillo de San Angel se efectuó la ejecución; v. Borgatti, 134 s.

echó mano de otro; rompióse asimismo, y sólo con grandísimo esfuerzo pudo el verdugo acabar su obra (1). El cadáver del cardenal, que sólo tenía cuarenta y dos años, fué llevado a la iglesia de Sta. María Transpontina, situada cerca del castillo de Santángelo, entonces todavía no terminada.

Dejando el cadáver del cardenal Carafa, fué apresurado Gasparino de Melis con el verdugo a Tor di Nona. Allí halló al duque de Paliano, al conde de Alife y a Leonardo de Cardine en la capilla, donde se preparaban para la muerte, auxiliados por un padre jesuita. Su cristiana resignación y sincero arrepentimiento conmovió aun a los presentes hermanos de la Misericordia, que estaban acostumbrados a tales escenas. El cadalso se había levantado en el patio de la cárcel. Los tres culpados padecieron la muerte rezando oraciones. Sus cadáveres fueron puestos en público en la próxima plaza junto al puente de Santángelo, en la mañana del 6 de marzo. El duque yacía con la cabeza cortada en un pequeño féretro, cubierto con un paño negro bordado de oro, junto a la estatua del apóstol San Pablo a la entrada del puente; a sus lados en el suelo estaban sobre miseros paños, a la derecha su cuñado, y a la izquierda Leonardo de Cardine. Hasta la noche los cuerpos, como los de los criminales comunes, no fueron llevados por los hermanos de la Misericordia a San Juan Degollado, y finalmente fueron enterrados en la iglesia de la Minerva en la capilla de la Anunciata, que pertenecía a la familia. También el cuerpo del cardenal Carafa fué más adelante trasladado a dicha iglesia y enterrado en la misma capilla (2).

Una luz colocada en lo alto del castillo de Santángelo anunció a Pío IV la noticia de la ejecución de su sentencia. Su

(1) Este horrible suceso dió ocasión al literato Nicolás Franco para el siguiente epigrama:

Extinxit laqueus vix te, Carafa, secundus;
Tanto enim sceleri non satis unus erat.

(2) Cf. *Giustiziati, III, p. 169^b en el *Archivo de S. Juan Degollado*. Sobre la ejecución hay aquí, p. 169, lo siguiente: *Li retro e sopranominati cioè il sigr ducha di Paliano, il sigr conte d'Aliffe, 'l sigr don Leonardo di Cardines, a uno a uno furno condotti dabasso nel cortile di Torre di Nona e li talliatoli la testa dalle hore nove sino a hore XI incircha giovedì addì 6 di marzo e poi furno condotti in Ponte e lassati fino a ore XV incircha, e poi si fecieno portare alla nostra chiesa dove venne oltra e' 30 deputati alcuni altri delli nostri fratelli e assai bono numero; e per tale exeque si prese otto preti oltre il nostro capellano. *Archivo público de Roma*.

dureza difundió el terror en todas partes (1). Muchos en Roma vituperaban al Papa como excesivamente severo; principalmente se condenaba que también el cardenal hubiera sido ejecutado y que los otros tres que habían merecido la muerte, fueran enterrados como criminales comunes (2). Durante algunos días se temió también por la vida de los tres cardenales restantes que todavía se hallaban en el castillo de Santángelo (3); no obstante el agente de Cosme I sabía a 17 de marzo que serían perdonados (4).

Grande compasión excitó el joven (5) y enteramente inculpa- ble cardenal Alfonso Carafa, por el cual habían intercedido el rey de España, el virrey de Nápoles y el duque de Florencia. Alfonso estaba enteramente quebrantado. Prometió cuanto se quiso: renunciar a los regalos de Paulo IV y al cargo de regente de la Cámara Apostólica, así como pagar una multa de 100,000 escudos de oro. El 24 de marzo de 1561 su perdón estaba resuelto, y el 4 de abril fué libertado del castillo de Santángelo. Una bula de Pío IV, de abril, suprimió el cargo de regente de la Cámara, a lo cual hubo de dar su consentimiento por escrito el cardenal Alfonso. Pero en secreto extendió una protesta así contra esto como contra todo lo demás que había tenido que prometer (6). El 10 de octubre

(1) V. los despachos de los embajadores en Ancel, Disgrace, 159; Istoria di Chiusi en Tartinius, Script., I, 1078.

(2) V. Vargas en Döllinger, Documentos, I, 362, Sfondrato, loc. cit., 359 y la relación del embajador portugués, de 6 de marzo de 1561, en el Corpo dipl. Portug., IX, 195.

(3) V. en el n.º 17 del apéndice la *relación de Fr. Tonina, de 8 de marzo de 1561 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), y los *Avvisi di Roma de 22 y 29 de marzo, 18 de abril, 3 y 31 de mayo de 1561, Urb., 1039, p. 261^b, 265^b, 268, 271, 278^b, *Biblioteca Vatic.* Cf. Bondonus, 540.

(4) V. la *carta de Saraceni, de 17 de marzo de 1561, *Archivo público de Florencia*.

(5) Como el cardenal no tenía aún veinticinco años, por el *Motu proprio Cum ad aures, fechado a 26 de julio de 1560 (Lib. jur., p. 498, *Archivo secreto pontificio*), se le había asignado un curador en la persona del cardenal Bertrand.

(6) V. Massarelli, 354; Bondonus, 541; las *cartas de Saraceni, de 21, 22 y 26 de marzo de 1561, *Archivo público de Florencia*; la *relación de J. Grandi, de 26 de marzo de 1561, *Archivo público de Módena*; Gori, Archivio, II, 311 s., y especialmente Ancel, Disgrace, 160 s. Sobre la intercesión en favor del cardenal Alfonso cf. el breve en Reynald, 1561, n. 80, y el dirigido al *virrey de Nápoles, de 13 de abril de 1561, Min. brev., 11, n. 51, *Archivo secreto pontificio*. V. también Corpo dipl. Portug., IX, 215. Uno de los que ayudaron eficazmente al cardenal Alfonso a pagar su enorme multa, fué Hugo Buoncompagni (v. Maffei, I, 9). Cf. Reumont, Carafa, I, 238.

de 1561 se volvió a presentar en el consistorio con general alegría (1). Cuando en agosto de 1562 por el hallazgo de una carta del cardenal Du Bellay recayó nueva sospecha sobre Alfonso, tuvo por conveniente retirarse al arzobispado de Nápoles (2). Consumido de pesar murió allí el 29 de agosto de 1565, de solos veinticuatro años de edad (3).

Por el cardenal del Monte había interpuesto asimismo su mediación el duque de Florencia. También intercedieron por él los cardenales Ricci y Cicada (4); pero principalmente trabajó en favor suyo Ricci (5). A pesar de esto la resolución de su causa se difería prolijamente. En julio de 1561 se dijo que del Monte iba a ser condenado a una multa de 100,000 escudos y que no se le pondría en libertad sino con la condición de que perdiera su dignidad cardenalicia a la primera falta (6). La liberación se difirió todavía hasta el otoño. Del Monte hubo de prometer corrección de su conducta, pago de la multa y renuncia de sus beneficios eclesiásticos (7). Fué desterrado a Tívoli y se le dieron por compañeros dos jesuitas que debían trabajar en su conversión (8).

El cardenal Rebiba, por cuya vida temblaban sus amigos aun a fines de octubre de 1561 (9), no fué libertado de su prisión hasta el 31 de enero de 1562. Todo el Sacro Colegio había interpuesto su

(1) V. la *relación de Saraceni, de 10 de octubre de 1561, *Archivio público de Florencia*.

(2) V. la *relación de Fr. Tonina, de 22 de agosto de 1562, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Ciaconius, III, 862; Gulik-Eubel, 39.

(4) V. los *Avvisi di Roma de 22 de marzo y 7 de julio de 1561, Urb., 1039, p. 261b, 286b, *Biblioteca Vatic.*; la *carta de Saraceni, de 4 de abril de 1561, *Archivio público de Florencia*.

(5) V. las *cartas de Saraceni de 30 de abril y 10 de junio de 1561, *Archivio público de Florencia*.

(6) V. el *Avviso di Roma de 12 de julio de 1561, Urb., 1039, p. 287, *Biblioteca Vatic.*

(7) V. los *Avvisi di Roma de 2 de agosto, 6 y 20 de septiembre de 1561, Urb., 1039, p. 291b, 298, *Biblioteca Vatic.*; Bondonus, 542. La confesión de su culpa que hizo del Monte, fechada «In Castello. 20 settembre, 1561», la ha publicado P. L. Bruzzone en el *Messaggero* de Roma, 1911, n.º 198.

(8) *Avvisi di Roma de 6 y 20 de septiembre y 11 de octubre de 1561, Urb., 1039, p. 298, 300, 303, *Biblioteca Vatic.* Saraceni *refiere en 10 de octubre de 1561, que del Monte estaba en Tívoli con dui preti riformati quali scrivono che il principio della vita del cardinale è buono. *Archivio público de Florencia*.

(9) *Avviso di Roma de 25 de octubre de 1561, Urb., 1039, p. 305b, *Biblioteca Vatic.*

mediación por él. En marzo se le permitió de nuevo tener parte en los consistorios (1).

Gran provecho sacó de la ruina de los Carafas Felipe II, al cual en mayo de 1561 una bula le protegió expresamente contra las graves inculpaciones que el cardenal Carafa había hecho contra él en tiempo de Paulo IV (2). La conducta del rey durante toda aquella tragedia había sido de suerte que obtuvo su fin de aniquilar a sus antiguos enemigos, sin mostrar un lado vulnerable en ningún sentido. Cuánto había contribuido a la ruina de los nepotes de Paulo IV, fué secreto de pocos. Pero el rey de España supo desviar de sí todo el odio intercediendo en favor del cardenal Carlos a última hora, luego concurriendo a la liberación del cardenal Alfonso, y finalmente, dando asilo en Nápoles al marqués de Montebello y al hijo del duque de Paliano. También la circunstancia de que dejó en su puesto de embajador en Roma a Vargas, el amigo fiel de los Carafas, a pesar de todos los opuestos deseos del Papa, era a propósito para destruir la sospecha de haber estado en inteligencia con Pío IV (3).

No menos prudente se mostró el monarca español en la cuestión espinosa sobre el destino que se debía dar a la herencia de los condenados. No se puede decir otro tanto de la conducta de Pío IV.

Como los Carafas fueron condenados a muerte, no sólo por el asesinato de la duquesa de Paliano, sino también expresamente por alta traición y felonía, su herencia recayó en la Cámara Apostólica. Estando en esto Pío IV reclamó para sus nepotes, no sólo los bienes muebles de los Carafas, sino también todo aquello a cuya exigencia tenían éstos derecho. ¡Paliano no se debía entregar a los Colonnas, hasta que el rey don Felipe hubiera señalado a los nepotes del Papa tanta renta anual cuanta en otro tiempo se había prometido a los Carafas! Felipe II opuso al principio dificultades; exigía que inmediatamente se concediera el feudo a Colonna, y quería que se considerara la concesión de donativos a los parientes de Pío IV sólo como una gracia, no en manera alguna como una obligación de contrato. Este penoso negocio, en el cual Pío IV se mostró excesivamente interesado, no se terminó

(1) * *Avvisi di Roma* de 10 y 31 de enero y 7 de marzo de 1562, Urb., 1039, p. 330, 335^b, 343^b, *Biblioteca Vatic.*

(2) V. Reynald, 1561, n. 81. Cf. * *Acta consist. Cancell.*, VIII, al 9 de mayo de 1561 y *Acta consist. Cam.*, IX, 42, *Archivo consistorial del Vaticano*.

(3) V. Hilliger, 18.

hasta la primavera de 1562 (1). Después de contentar a los nepotes, finalmente el 17 de julio de 1562 se efectuó la restitución de Paliano a los Colonnas (2), en cuyas manos quedó en adelante (3). El poder político de la antigua familia estaba no obstante aniquilado, y también su riqueza había sufrido mucho. Para hacer posible a Marco Antonio el pago de las enormes deudas que había hallado, Pío IV hizo en su favor que cesasen de obligar las disposiciones fideicomisarias. Así Nemi fué vendida a los Piccolóminis, Città Lavigna y Ardea a los Cesarinis, Capránica, Ciciliano, Pisciano y San Vito a los Mássimis (4).

«Una cosa inaudita y un ejemplo de la justicia divina, que siempre se ha de tener ante los ojos» — así escribía Seripando en su diario, después que hubo recibido la noticia de la ejecución de los Carafas (5). La vergonzosa administración de esta familia durante el tiempo de su ilimitado poder bajo Paulo IV, estaba aún tan fresca en la memoria, que muchos ningún castigo hallaban excesivo y cerraban los ojos a las injusticias y arbitrariedades cometidas en el proceso, y a los intereses políticos y odios personales que en él habían tenido parte. También parece que Pío IV no tuvo bastante clara conciencia de que, bajo la dirección de tan acerbos enemigos de los Carafas, como Federici y Pallantieri, el proceso había de tomar un carácter enteramente tendencioso. Onofre Panvinio (6) narra que Pío IV mismo le dijo que en toda su vida ninguna cosa había sido para él tan penosa y aflictiva como esta condenación; que de buena gana habría usado de clemencia, si esto hubiera sido posible sin quebrantamiento de las leyes, o si se hubiese podido esperar que los Carafas mudaran su vida. Finalmente, añadió el Papa, que había tenido que obrar con severidad asimismo para dar un ejemplo que aleccionara a los parientes de

(1) Cf. Susta, Curia, I, 206 s., 287 s., II, 423 s.; Ancel, Disgrace, 164 s.

(2) V. Gori, Archivio, II, 315; Atti Mod., 3.^a Serie, II (1883), 152 s.

(3) Cf. Tomassetti en el Arch. d. Soc. Rom., XXIX, 336 s.; Campagna, III, 551 s.

(4) Cf. Reumont, Documentos, V, 95, 103 y Roma, III, 2, 541.

(5) Merkle, II, 464.

(6) Vita Pii IV (cf. el n.º 38 del apéndice). Compárese con esta fuente el breve que se halla en Raynald, 1561, n. 80, y la *carta al virrey de Nápoles, con fecha de 13 de abril de 1561, en la cual, con ocasión de haber sido puesto en libertad el cardinal Alfonso, se dice de los otros Carafas: *Molestissimum tulimus, in aliis nimiam atrocitatem criminum et divini honoris ac iustitiae zelum obstitisse. Archivo secreto pontificio.*

futuros Papas, para que no abusaran de su autoridad como los Carafas. Con esto concuerdan las declaraciones que Pío IV hizo el 14 de marzo de 1561 al embajador imperial (1) y más tarde repetidas veces, como en un consistorio de 8 de junio de 1565, y todavía pocos meses antes de su muerte, el 12 de octubre de 1565 (2).

En estas manifestaciones se expresa claramente cómo comprendía Pío IV su proceder contra los Carafas. No sólo quería castigar sus delitos, sino también al mismo tiempo el sistema. La sentencia del 3 de marzo de 1561 fué un golpe mortal contra el nepotismo fundador de Estados; no condenó solamente a los Carafas, sino también a los Borjas, Médicis y Farneses. Ahora se había acabado el encumbramiento de parientes de los Papas a la categoría de príncipes soberanos. La fundación de Estados para los nepotes había envenenado con demasiada frecuencia desde Sixto IV la actividad política de la Santa Sede, y no raras veces había paralizado su actividad religiosa. Paulo IV después que hubo conocido en el último año de su gobierno, adónde conducía el nepotismo político, había desterrado a los nepotes, a quienes su sucesor aniquiló. Esto fué de no despreciable importancia para la consecución de la reforma católica. La prevención fué de provecho (3). En adelante los conatos de los parientes de los Papas se ciñeron a lograr riquezas, honores y autoridad, y a igualarse a las antiguas familias nobles de Roma. Este nepotismo debilitado era ciertamente también bastante temible, pero con todo mucho menos peligroso para la Iglesia (4).

(1) V. Sickel, *El concilio*, 184.

(2) Sobre las declaraciones de octubre v. Ancel, *Disgrace*, 168 s.; las hasta ahora desconocidas de 8 de junio de 1565 se hallan en las * *Acta consist. card. Gambarae, Bibl. Corsini de Roma*, 40—G—13.

(3) Una medalla de Pío IV tiene la inscripción: *Discite justitiam moniti* (Bonanni, I, 274). Sobre el eco de la tragedia de los Carafas entre los literatos v. Ancel, *Disgrace*, 159, nota 4. A este lugar pertenece el * *Capitolo in rima per l'esecuzione dei Carafa*, que se halla en el Cod. 1151 de la *Bibl. Trivulsi de Milán*.

(4) Cf. Ranke, *Los Papas*, I, 209; Döllinger, *Iglesia e Iglesias*, 524, 528; Felten en el *Léxico Eclesiástico de Friburgo*, IX, 135 y especialmente Ancel, 182 s. Ancel cita, p. 158, nota 3, el juicio que dió Saraceni el 7 de marzo de 1561: *Et ancho si vede aperta una strada non più usata da dugenti anni in quà, cioè di rivedere i conti a nipoti di Papi*. Cf. además los datos de los * *Avvisi di Roma*, de 8 de junio de 1560 y 8 de marzo de 1561, *Biblioteca Vatic.* (v. los números 7 y 18 del apéndice).

IV. Negociaciones sobre la nueva apertura del concilio de Trento (1560-62)

I

La más importante y difícil incumbencia que la capitulación electoral imponía al nuevo Papa, se refería al concilio, por el cual habían de contrarrestarse la escisión religiosa y los abusos en materias eclesiásticas. Si el concilio, suspendido en 1552, se debía sólo continuar, o convocar de nuevo, no se había dicho; también faltaba una determinación precisa sobre el lugar y el tiempo. No querían tratar intempestivamente estas peligrosas cuestiones, y por eso se limitaron a expresar con frases generales el deseo de los mejores varones que había en la Iglesia.

En la cuestión sobre si se había de proseguir el concilio en Trento o convocarlo de nuevo, se oponían modos de ver inconciliables entre sí. Mientras los protestantes sin excepción pretendían que se debía anular todo lo decretado hasta entonces y empezar enteramente de nuevo, los netamente católicos persistían consecuentes en que las decisiones dogmáticas ya pronunciadas eran inmutables e irrevocables, como los dogmas de todos los demás concilios ecuménicos. Esta opinión, que entre los príncipes seculares defendía ante todo Felipe II, la sostenía al principio también el emperador Fernando I; pero por consideración a los protestantes, se dejó inducir a hacer suyas las pretensiones de ellos. Semejantemente se portó el gobierno francés, porque su actitud respecto de los hugonotes respondía a la de Fernando respecto de los protestantes alemanes (1). Por tanto Pío IV había

(1) V. Ehses, Acto final del concilio, 43 s.

de contar de antemano con que tropezaría con las mayores dificultades. A pesar de esto estaba preparado a realizar los designios de sus electores, tocantes al asunto del concilio. Ya pocos días después de su elevación, el 31 de diciembre de 1559, declaró al embajador imperial Francisco de Thurm, que quería celebrar pronto una asamblea universal de la Iglesia (1). Que estaba resuelto a ello, lo puso de realce también en presencia de los cardenales, en una congregación de 4 de enero de 1560 (2). Por una bula de 12 de enero, renovó y confirmó por solemne manera las determinaciones de la capitulación electoral (3). La institución de una comisión de reforma de catorce cardenales, cuyo secretario fué nombrado Angel Massarelli (4), ponía claramente de manifiesto de qué manera pensaba el Papa sobre una de las principales incumbencias del concilio. Que estaba en su designio confirmar también los anteriores decretos de la asamblea de Trento, Pacheco lo notificó al rey de España ya el 18 de enero (5).

Como antes, también esta vez la principal dificultad consistía en que antes de juntarse el concilio se debía obtener una unión con los más poderosos soberanos católicos, el emperador y los reyes de Francia y España.

La actitud del emperador Fernando podía al principio infundir buenas esperanzas. Su embajador extraordinario, el conde Escipión de Arco, que llegó a Roma en febrero, llevaba orden de tratar la cuestión del concilio (6). Arco desempeñó su encargo, pero al prestar obediencia, el 17 de febrero de 1560, pasó en silencio el espinoso negocio, manifestamente en atención a la actitud de los príncipes protestantes, durante la dieta del año anterior (7). Pío IV expresó repetidas veces al embajador español Vargas su buena voluntad para la convocación del concilio. Lo ofrece siempre de nuevo, escribía Vargas el 25 de febrero, y ayer, en presencia de ocho cardenales, me declaró que se decidiría acerca del

(1) Carta de Francisco de Thurm al emperador, de 1.º de enero de 1560, publicada por Sickel, Concilio, 23.

(2) V. las *relaciones de Pacheco y Vargas a Felipe II, de 7 y 9 de enero (*Archivo de Simancas*), utilizadas por Voss, 15.

(3) Raynald, 1559, n. 38. Le Plat, IV, 613 ss. Se halla completa en Ehses, Concil., VIII, 2 s., sacada de *Regest. Vat., 1918.

(4) Massarelli en Merkle, II, 343. Cf. arriba, cap. II.

(5) Döllinger, Documentos, I, 328.

(6) Cf. Sickel, Concilio, 38 ss.

(7) V. Anuario Histórico, XIV, 22 s. y Ehses, Convocación del concilio, 2.

tiempo y lugar luego que vuestra majestad, el emperador y el rey de Francia se hubiesen puesto de acuerdo sobre este asunto. En esta conversación, el Papa dió también la seguridad de que no pensaba en permitir que el concilio se celebrara en Roma, sino en un lugar a propósito, adonde pudieran acudir los herejes, de suerte que fuera manifiesta su falta de buena voluntad si no aceptaban la invitación (1). En el acto de prestar obediencia el preboste de Posen Adán Konarsky, enviado por el rey de Polonia, el 9 de marzo de 1560, observó Pío IV, que pensaba convocar el concilio. Todavía más claramente se expresó en el consistorio de 15 de marzo, cuando prestó obediencia la embajada de los siete cantones católicos de Suiza (2).

Por parte de España y Francia parecía haber tanto menores obstáculos cuanto que estas potencias habían ya admitido un artículo tocante al concilio en su tratado de paz de Cateau-Cambrésis de abril de 1559. A principios de 1560, Felipe II hizo tratar en la corte francesa del negocio del concilio y halló para esto acogida (3). Pero no obstante cuando se llegó seriamente a la realización del asunto, se pusieron claramente de manifiesto los designios y conatos políticos muy discrepantes de los príncipes católicos y la oposición en que estaban los intereses de Estado reales o supuestos con los ideales religiosos.

Aun en la potencia que era puramente católica y no sufría la influencia de internas dificultades religiosas, en España, el interés de la Iglesia no estaba al principio en manera alguna en primera línea. A los advertidos no se les podía escapar de qué manera Felipe II, cuya política iba ante todo enderezada a concertar y conservar la paz, recelaba de un sínodo ecuménico nuevas complicaciones. Temía que la paz, apenas ajustada en Cateau-Cambrésis, quedase amenazada, y que Isabel de Inglaterra se irritara contra él de suerte que se le pudiera escapar el oficio de árbitro entre Inglaterra y Francia, en la cuestión de Escocia. Por eso no parecía oportuno a la corte de España mover el asunto del concilio. Como el rey en varios otros negocios se veía obligado a

(1) V. la relación de Vargas en Voss., 16.

(2) V. Ehses, Convocación, 2-3. La respuesta de Pío IV al representante del rey de Polonia se halla también en el Cod. 73, p. 223 de la *Biblioteca del cabildo de Ossegg*.

(3) Cf. Voss, 17, 19 ss. Sobre los artículos del tratado de paz cf. Gachard, *Corresp. de Marguerite*, I, 172.

remitirse a la buena voluntad del Papa, se guardaba ciertamente de contradecirle en la cuestión del concilio, pero no mostraba mucho celo por este gran negocio. Al contrario, su conato se enderezaba a diferir todo lo posible una decisión (1).

Esta actitud retraída de la potencia que tenía el primer lugar en Europa, debía amonestar también al Papa que aguardara con cautela y previsión. El obispo de Terracina, Octaviano Raverta, enviado como nuncio a España el 11 de marzo de 1560, tenía sólo el encargo de requerir al rey a que apoyara al Papa en la continuación del concilio (2). Hosio, que a fines de marzo fué como nuncio a Viena (3), respecto del concilio llevaba la instrucción de proceder con reserva. Decíase allí que el Papa quería un sínodo general; pero que nada podía hacer en la materia antes que el embajador francés y el español se hubieran expresado sobre ella (4). El 8 de abril Vargas refirió a Felipe II, que el Papa declaraba públicamente que quería celebrar un concilio y que procedería a la publicación tan pronto como el emperador, Francia y España se hubieran puesto de acuerdo. El 26 de abril, Francisco de Thurm anunció al emperador que había sabido de personas fidedignas, que el Papa quería reanudar y continuar el concilio de Trento; que ya se reunía dinero para asegurar la ejecución de los futuros decretos conciliares. Además cuenta el emba-

(1) Cf. las explicaciones de Voss, 24 ss. y especialmente las de Dembinski, Rzym, I, 151. V. también Ehses, Convocación del concilio, 3.

(2) V. *Varia polit., 116, p. 380*, *Archivo secreto pontificio*. Cf. Hinojosa, 112 s.; Ehses, loc. cit. y Concil., VIII, 10 s.

(3) Sobre los poderes dados a Hosio v. ahora las explicaciones de Mergentheim, I, 244-247.

(4) Conforme a eso, Hosio hasta principios de mayo no había hablado todavía con el emperador sobre el concilio (cf. Voss., 30, 34). No lo hizo sino hasta el 10 de mayo (cf. su relación de 13 de mayo en Steinherz, I, 23 ss.). Lo que dijo Pío IV al embajador polaco, no tiene la significación que Voss (p. 30) le atribuye; no demuestra que el ardor que el Papa tuvo al principio por el concilio, se había «adormecido» por este tiempo, pues la cláusula «si opus videbitur» falta en el breve al rey de Polonia, de 22 de marzo (Theiner, Monumenta Poloniae, II, 597). A la suposición de Voss, de que Pío IV sólo ocasionalmente había manifestado un celo exterior, se oponen los continuados esfuerzos del Papa. Por lo demás, Voss se contradice a sí mismo, cuando escribe en la pág. 32: «Lo único que se hizo todavía en Roma en la cuestión del concilio, fué que no se la dejó del todo adormecer». Dembinski (Rzym, I, 31) es de opinión que Pío IV no solamente no quería desentenderse del concilio, sino que lo deseaba, y ya había pensado en él antes que se formase el plan del concilio nacional francés. Para la crítica de Voss v. también Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 111, nota.

jador que los cardenales Morone y Madruzzo habíanle exhortado a que rogara al emperador que solicitara del Papa la apertura del concilio; y que había él contestado que su majestad lo había ya antes hecho por el conde de Arco, y que él nada omitiría de lo que fuera su obligación (1).

El 2 de mayo, Juan Babou de la Bourdaisière, hermano del embajador francés, prestó obediencia en nombre de Francisco II. El Papa hizo mención en su respuesta de la voluntad que había tenido desde el comienzo de su reinado de celebrar el concilio, y dijo que pensaba convocarlo muy presto (2). Pronto fué movido a tomar una actitud todavía más resuelta en el sentido de una más rápida convocación de la asamblea universal de la Iglesia, por las informaciones que recibió del peligroso desenvolvimiento de las cosas en Francia. La resolución del consejo de Estado francés, de congregar una manera de concilio nacional de los miembros de la Iglesia galicana para el 10 de diciembre, fué anunciado al Papa por Antonio Vacca. Esta resolución hubo de producir en Roma el mayor disgusto. Los Papas siempre y con razón habían considerado una asamblea nacional como insuficiente para remediar la escisión religiosa y como peligrosa por el riesgo de las tendencias cismáticas. Dada la fermentación que había entonces en Francia, y las corrientes allí reinantes de una iglesia nacional, Pío IV temía que semejante asamblea podría traer en pos de sí la separación de Francia de la obediencia a la Santa Sede. Además, con esto se había de dificultar la reunión del concilio universal. El obispo de Viterbo, Sebastián Gualterio, enviado como nuevo nuncio a Francia a mediados de mayo, el cual había desempeñado este puesto ya en los últimos tiempos de Julio III, recibió el determinado encargo de estorbar la reunión del clero francés, y declarar que el Papa quería un concilio general (3).

Cuánto preocupara a Pío IV el riesgo que amenazaba por parte de Francia, cómo él le movió a proceder resueltamente en la

(1) V. Voss, 33; Sickel, Concilio, 40, y además Ehses, loc. cit.

(2) Raynald, 1560, n. 24. Le Plat, IV, 624. Dembinski, Rzym, I, 255. Voss, 33. Ehses, VIII, 16. Cf. Bondonus, 534. Un * Avviso di Roma de 4 de mayo de 1560 (Urb., 1039, p. 153, *Biblioteca Vatic.*) menciona la congregación de doce cardenales para deliberar sobre el concilio, celebrada después de la tributación de obediencia.

(3) V. Ehses, Convocación del concilio, 4 s. Cf. la * carta de Mula, de 25 de mayo de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*, y Ehses, VIII, 20 s.

cuestión del concilio, sin esperar por más tiempo las explicaciones de las potencias, se saca claramente de las relaciones del embajador veneciano en Roma, Mula. Hablando con éste el Papa hizo resaltar el 27 de mayo, con las más determinadas expresiones, que estaba resuelto a impedir el concilio nacional francés, reuniendo uno general. Dijo que ya dentro de pocos días quería llevar el asunto a la consideración de los cardenales en un consistorio, y luego enterar a los embajadores de su resolución. Que la suspensión debía derogarse, y continuarse el concilio de Trento. Que quería ejecutar la reforma, aun en su propia persona y asuntos, pero asimismo asegurar los intereses de la fe y de la Santa Sede. Que la supremacía pontificia no debía quebrantarse, pero que estaba inclinado a cumplir las justas demandas. Principalmente encargó a Mula el Papa, que preguntara en secreto en Venecia, si aquel gobierno quería poner a su disposición, en caso necesario, una ciudad a propósito de su territorio, como en su tiempo Vicenza, para celebrar el concilio (1).

Igualmente precisas eran las declaraciones que Pío IV hizo en el consistorio de 29 de mayo. Dos días después habló sobre ellas con el embajador veneciano y las explicó. El concilio, dijo, debe emprender con entera libertad las reformas necesarias, aun en nuestros propios asuntos. Para que quede afianzada su libertad, no ha de reunirse en un sitio que pertenezca inmediata o mediamente a los Estados pontificios, pero tampoco en un país de herejes, donde los obispos carezcan de seguridad (2).

De semejante manera se expresó Pío IV ante Fernando I y Felipe II. Las instrucciones de Borromeo de 25 y 26 de mayo de 1560 para los nuncios de Viena y Madrid, eran muy decididas. En la carta a Hosio se dice que el Papa se anticipará al concilio nacional francés, continuando el concilio de Trento, que sólo había sido interrumpido, pero no cerrado. Semejantes declaraciones recibió Vargas, representante de Felipe II (3).

(1) Cf. la circunstanciada *relación de Mula, de 27 de mayo de 1560 (*Biblioteca palatina de Viena y Archivo secreto pontificio*), de la cual Reimann (*Negociaciones*, 595) fué el primero en citar un pasaje. V. ahora Ehses, VIII, 28.

(2) Cf. la relación de Mula, de 31 de mayo, en Reimann, loc. cit.; Ehses, VIII, 28. V. también Dembinski, Rzym, I, 35 s.

(3) La carta de Borromeo a O. Raverta puede verse en Dembinski, I, 257 s., y la dirigida a Hosio en Steinherz, I, 36; la declaración hecha a Vargas que se contiene en su relación de 25 de mayo, se halla en Voss, 44. Cf. ahora también Ehses, Convocación del concilio, 6 y VIII, 27.

La anunciada reunión solemne de los embajadores en presencia del Papa, efectuóse el 3 de junio de 1560. Se hallaron presentes el embajador del emperador y los enviados de España, Portugal, Florencia y Venecia. El embajador polaco faltó por enfermedad, y el francés por causa del litigio de precedencia con el representante de Felipe II. Las declaraciones del Papa fueron lo más precisas que podían ser: «Queremos el concilio y lo queremos ciertamente, queremos que sea libre y universal; si no lo quisiéramos, podríamos poner como pretexto durante tres o cuatro años la dificultad del sitio». Siguió diciendo el Pontífice que para evitar toda disputa sobre el lugar y sobre el modo de celebrar el sínodo, lo mejor era continuarlo en Trento; que más tarde, en caso de necesidad, se podría trasladar a otro sitio más a propósito; que no se había de deliberar ahora más sobre esto, pues el progreso de las herejías en casi todos los países de la cristianidad no sufría más larga espera. Añadió que los embajadores por medio de propios pusiesen de nuevo esta decisión en conocimiento de sus príncipes, que ya habían sido enterados por el Papa, pero todavía no habían contestado, y los excitasen a que dieran su apoyo. Que si él, el Papa, contra su esperanza, no hallaba auxilio, esto no le apartaría de su resolución, principalmente porque Francia preparaba un concilio nacional. Que por lo demás esperaba los mejores éxitos, y hasta que los príncipes alemanes se presentarían. Que del margrave de Brandeburgo creía poderlo suponer con precisión. «Lo que se estableciere en el concilio—terminó el Papa—vuestros príncipes nos ayudarán a que lo llevemos a ejecución. Queremos que el concilio se reúna lo antes posible; esperamos solamente las respuestas de vuestros soberanos, para anunciarlo en seguida públicamente y enviar los legados.» (1)

El deseo de Pío IV, de llevar al cabo la importante obra en inteligencia con las grandes potencias católicas, era enteramente

(1) Cf. la relación de Francisco de Thurm al emperador, de 3 de junio de 1560, publicada por Sickel, Concilio, 48, y la de *Mula del mismo día, utilizada por Reimann, loc. cit., 594 s. Reimann hace notar con razón que «Pío IV dió el primer paso, del cual no hay que dudar que fué seriamente pensado», y que Mocénigo (p. 25) hace un agravio al Papa, al dudar de su seria voluntad. V. además Dembinski, Rzym, I, 37 s. Cf. también la *carta de J. B. Ricasoli, de 3 de junio de 1560, *Archivo público de Florencia*, y la relación del embajador portugués, de 12 de junio de 1560, en el *Corpo dipl. Portug.*, VIII, 464 s. V. ahora también las explicaciones de Ehses, Convocación del concilio, 6 s. y VIII, 29.

justificado; pues durante el concilio la Santa Sede necesitaba enérgico apoyo, y más tarde era muy necesaria la ayuda del poder civil para poner en práctica las disposiciones decretadas.

En primer lugar llegó una respuesta satisfactoria del gobierno español. Todavía el 1.º de abril Felipe II había diferido la resolución en su respuesta dada al nuncio Raverta. A principios de mayo condescendió hasta el punto de expresar su aprobación para la convocación del concilio; no obstante, todavía con la condición de que el emperador diera asimismo su asentimiento. Sólo cuando llegaron más noticias de Roma y Francia, don Felipe resolvió finalmente en una solemne sesión del Consejo, de 15 de junio, admitir incondicionalmente el concilio. Tres días después escribió a Vargas a Roma, que como en Francia amenazaba un concilio nacional, que podría tener las más perniciosas consecuencias, aprobaba la resolución del Papa sobre el concilio. Que era necesario el asentimiento de Francia y del emperador. Que se alegraba de que el Papa quisiese continuar el sínodo en Trento, pero que allí se debía emprender también la reforma de los abusos (1).

Tanto menos satisfizo la contestación del gobierno francés, cuya política no era en modo alguno favorable a la continuación del concilio en Trento. El 20 de junio Francisco II envió a Roma al abad de Manne (2). Este debía comunicar allí lo siguiente: El rey de Francia aprueba ciertamente en principio la resolución del Papa, de convocar un concilio universal; pero ha de declararse contrario a que el sínodo se vuelva a celebrar en Trento y a que represente una continuación del concilio suspendido que antes se había congregado allí. La asamblea general de la Iglesia, al contrario, debe convocarse de nuevo, y por cierto, en un sitio del cual haya seguridad de que acudan allá el emperador y todos los Estados del imperio alemán, así protestantes como católicos. Se puede sobre esto indagar la opinión del emperador, a la cual se quiere acomodar también el rey de España. Como todo depende de la pacificación de Alemania, el gobierno francés recomienda principalmente a Constanza. El abad de Manne llevaba también orden de dar tranquilizadoras seguridades tocante al proyectado concilio nacional. Pero al propio tiempo, debía expresar que se

(1) Cf. Voss, 47 s., 49 s., 51; Ehses, Convocación del concilio, 7.

(2) V. la relación de G. Michiel en Dembinski, loc. cit., 254. Cf. Brown, VII, n. 174; Ehses, Convocación del concilio, 11.

podía prescindir de un tal sínodo sólo en caso de que el Papa procediera sin dilación a la convocación del concilio universal, en el sentido por Francia deseado (1).

El emperador Fernando I había dado una respuesta contenida sólo en términos generales, al nuncio Hosio, cuando éste conferenció con él por primera vez acerca de la cuestión del concilio el 10 de mayo, y había diferido para más tarde el considerar la resolución que había de tomar sobre el tiempo y el sitio. Cuando el nuncio, después de haber recibido sus instrucciones del 18 de mayo (2), trató de nuevo con el emperador de este importante negocio el 3 de junio, recibió otra vez una contestación evasiva. No obstante, Hosio, según su relación de 5 de junio, tenía la impresión de que Fernando estaba de acuerdo con que el concilio se convocara de nuevo para Trento, levantándose su suspensión (3).

El mismo día se reunió en Viena el Consejo privado para preparar una resolución definitiva sobre la cuestión del concilio (4). Grande influencia ejercieron en él dos políticos austriacos, Jorge Gienger y el vicescanciller del imperio Segismundo Seld, quienes, lo propio que los más de los Estados católicos, tenían la falsa idea de que estaban en pie los decretos hostiles al Papa, de Constanza y Basilea, y que sólo sobre esta base era posible la reforma de la Iglesia (5).

Los consejeros del emperador, como también el duque Alberto de Baviera, llegado a Viena el 8 de junio, supieron hacer valer con buen éxito el peligro de una invasión en los países imperiales que amenazaba por parte de los protestantes, para estorbar el concilio del Papa. Bajo la presión de este temor, Fernando I estaba cada día más perplejo. El que todavía en marzo había

(1) *Instruttione del Rè Christmo portata a N. Sre dall' abbate di Manna sopra le cose del concilio*, 1560 (Inf. polit., VII, 424 s., *Biblioteca real de Berlino*), que ahora se halla impresa en Ehses, VIII, 35 s. Cf. Reimann, *Negociaciones*, 601; Voss, 54 s.; Ehses, *Convocación del concilio*, 11.

(2) Se hallan impresas en Cyprianus, 76 y Steinherz, I, 31 s.

(3) V. Steinherz, I, 40 s.

(4) *Consultatio quid agendum sit in negotio concilii*, en Sickel, *Concilio*, 49 s. Cf. Eder, I, 38 s.

(5) Cf. Ritter, I, 146; Eder, I, 36 s. La polémica que en la obra, por otra parte tan sólida, de Eder, publicada en 1911, se sostiene contra Janssen, respecto a haber éste caracterizado falsamente a Gienger, es débil, pues el pasaje respectivo fué ya por mí enmendado en 1896, en la edición 15 y 16 del tomo IV.

excitado al Papa por medio de Escipión de Arco a que convocara lo antes posible el concilio, empleaba ahora todos los medios para retraer a Pío IV cuando éste quería proceder con resolución. Aprobó la memoria compuesta por Gienger para entregarla al nuncio (1), la cual hace tantas restricciones y propone tales exigencias en parte del todo imposibles de cumplir, que por ella parece completamente rechazada la propuesta de Pío IV (2).

En la introducción de este extenso documento, el emperador aprueba en verdad la resolución del Papa, y declárase en favor de la más posible aceleración; pero luego sostiene el parecer de que dada la importancia del asunto y la diferencia de opiniones de los príncipes cristianos, era necesario por lo menos el plazo de un año para preparar el concilio. Los reparos y dificultades de cuya solución se hace depender un beneficioso curso del concilio, se explican en seis puntos:

1. Hay que poner fin a la guerra entre Francia e Inglaterra, porque la paz general entre los príncipes cristianos es necesaria para celebrar y llevar a feliz término un concilio.

2. El Papa ha de cuidar de que estén representadas en el concilio todas las potencias cristianas, además de España, Francia, Portugal, Escocia, Polonia y Venecia, asimismo los reinos ya separados de la Iglesia, como Dinamarca, Suecia e Inglaterra, y que también todos sean oídos. Principalmente se llama la atención sobre la gran dificultad de obtener la participación de los protestantes, cuyas opresivas condiciones, propuestas en la dieta de Augsburgo de 1559, se acompañan para conocimiento del Papa. Se disuade todo procedimiento de fuerza contra los protestantes; el emperador promete no omitir cosa alguna para moverlos a tomar parte.

3. La presencia personal del Papa, cuyo alejamiento había sido muy perjudicial a la autoridad de la anterior reunión en Trento, se declara necesaria.

4. Se oponen reparos contra la elección de Trento como lugar del concilio. La ciudad es demasiado pequeña; asimismo,

(1) *Scriptum C. M^{ts} in negocio concilii nuncio apostolico exhibitum*, en Sickel, *Concilio*, 55-69, y Ehses, VIII, 39-51. Cf. Reimann, *Negociaciones*, 596 s.; Voss, 58 s.; Ehses, *Convocación del concilio*, 9; Eder, I, 43-47. Eder, al igual que Löwe (p. 72 ss.), sostiene con razón contra Kassowitz (p. 1 s.), que Gienger es el autor de este escrito.

(2) *Juicio de Steinherz*, I, LXVII. Cf. Ehses, *Convocación del concilio*, 10.

desde el comienzo de la escisión religiosa, se ha solicitado siempre un concilio en suelo alemán. Como a propósito se recomienda sobre todo a Colonia, luego también a Ratisbona y Constanza.

5. Los protestantes afirman que fueron tratados severa y duramente en el concilio de Trento; que no lograron el salvoconducto en la forma deseada, y no fueron bastante oídos. Como su participación no se puede lograr de otro modo, en este respecto se ha de acceder a todos sus deseos.

6. Grandes dificultades engendra el designio del Papa de continuar el concilio anterior, levantando la suspensión. En verdad, el emperador, cuanto a su persona, no piensa en impugnar los decretos acordados en el concilio, pero se opone a una continuación el que los protestantes quieran volver a poner a la orden del día aun las cuestiones ya tratadas, y varios príncipes cristianos —es significada Francia—no quieran reconocer el sínodo anterior como concilio universal. Por fin se trae a la memoria que entre tanto habían ya transcurrido ocho años, en vez de los dos por los cuales fué suspendido el concilio.

«Como está a la vista cuán difícil es la convocación del concilio, porque su progreso es lento, su terminación incierta y la ejecución de sus decretos está enlazada con muchos más peligros que antes», aconseja el emperador al Papa, que para la conservación de la fe católica y para impedir ulteriores apostasías eche mano primeramente de otros medios. Como tales se proponen, ejecutar, antes de la convocación del concilio, una reforma fundamental del clero y entre tanto permitir el uso del cáliz a los legos y el matrimonio de los sacerdotes.

A esta memoria iba añadido un escrito que resumía de nuevo brevemente la actitud del emperador respecto al plan del concilio, y limitaba a Alemania la petición de la concesión del cáliz a los legos y del matrimonio de los sacerdotes. El 20 de junio ambos documentos fueron entregados a Hosio (1). En las negociaciones siguientes éste no correspondió debidamente a lo que pedía su cargo. Hubiera sido fácil demostrar (2) que el cumplimiento de varias demandas del emperador, como el restablecimiento de una paz universal y la participación de todas las potencias cristianas,

(1) V. la carta de Hosio a Borromeo, de 21 de junio de 1560, en Steinherz, I, 54 s.

(2) Cf. Steinherz, I, LXIII.

no estaban enteramente en poder del Papa; que otras exigencias como el tratar de nuevo con los protestantes sobre dogmas de fe que ya estaban definidos por una asamblea universal eclesiástica, significaban una revolución en la Iglesia, pero Hosio nada de esto representó. Sus reparos se limitaron a cosas accesorias, concernieron sólo a algunas expresiones y frases duras, así como a argumentaciones falsas, a las citas de la Sda. Escritura en favor del matrimonio de los sacerdotes, y generalmente a las pruebas teológicas y bíblicas para fundamentar las concesiones. Los políticos imperiales no opusieron dificultad a tomar en cuenta las observaciones, las cuales dejaban sin tocar los puntos sustanciales de la memoria (1). El documento así corregido fué entregado por el emperador al nuncio el 26 de junio, y éste lo envió a Roma el 28, adonde llegó en la noche del 11 al 12 de julio (2). También el embajador imperial en Roma, el conde Próspero de Arco, y Felipe II de España recibieron copias de este documento (3).

Las respuestas de las tres principales potencias católicas llegaron a Roma en julio de 1560. Primero entregó su nota el abad de Manne, llegado el 4 de julio. El 10 Vargas y Tendilla presentaron la carta de su rey, fechada en 18 de junio. Pío IV expresó a los embajadores españoles su gran alegría por la resolución de Felipe II, en solo el cual colocaba toda su confianza; al propio tiempo les dió conocimiento de la contestación del gobierno francés. El Papa se lamentó de que los franceses, aun cuando hablaban del concilio general, era evidente que no lo querían. Dijo que su designio era ganar tiempo oponiendo dificultades y hacer promesas para celebrar al fin, no obstante, su anunciado concilio nacional (4). Ya el 11 de julio el Papa expuso a la congregación de cardenales las respuestas del gobierno francés y del español (5).

El 14 de julio el embajador imperial Próspero de Arco tuvo audiencia para presentar al Papa las declaraciones y exigencias

(1) Cf. Steinherz, I, LXXI, 55, 63; Bucholtz, IX, 678 s.; Sickel, Concilio, 70 s.; Eder, I, 50 s.

(2) V. Ehses, loc. cit., 9.

(3) V. Sickel, Concilio, 71 s., 73 s.

(4) V. Corresp. de Babou de la Bourdaisière, 9; Vargas en Döllinger, Documentos, I, 337 s.; Voss, 65 s. La carta de 18 de junio la había llevado a Roma Juan Franc. Canobio; v. Brown, VII, n. 172-173.

(5) V. Sickel, Concilio, 86, nota. Cf. la *relación de Mula, de 12 de julio de 1560, *Biblioteca palatina de Viena* y *Archivo secreto pontificio*; *Avviso di Roma de 13 de julio de 1560, Urb., 1039, p. 181, *Biblioteca Vatic.*

de Fernando I, llegadas de Viena poco antes. Pío IV, que ya cuando cardenal durante el conclave había manifestado su inclinación a hacer concesiones tocante a la administración del cáliz a los legos y al matrimonio de los sacerdotes (1), mostró también ahora que por su parte no era adverso a tales condescendencias; no obstante, expresó su duda de que con esto se ganara gran cosa. Semejantes otorgamientos sin decreto conciliar le parecían también peligrosos, porque con esto podrían originarse dificultades al sínodo y otros sentirse inducidos a pedir otras concesiones asimismo fuera del concilio (2). La congregación de cardenales, a la cual expuso el Papa la respuesta del emperador el 15 de julio, se declaró asimismo en el sentido de que la administración del cáliz a los legos y el matrimonio de los sacerdotes sólo podían concederse por medio del concilio. Arco, que anuncia esto, añade que en Roma deseaban levantar enteramente la suspensión del concilio de Trento, y que se le había comunicado por persona enterada que, si el emperador consentía en ello, el Papa le aseguraría que el concilio haría las deseadas concesiones (3). Una cosa parecida refirió también Vargas a Felipe II el 16 de julio, y recomendó a su rey que tomase su actitud en este sentido. Juzga él que Fernando I y Francisco II, se darían por contentos con esto después, y con sus vasallos se excusarían alegando que el Papa había obrado sin su consentimiento. Añade que Pío IV con todo no se había de mover a una resolución definitiva sin ponerse en inteligencia con ambos príncipes mencionados. Que intentaba primero enviar a Delfino como nuncio al emperador, escribir a Francisco II, y antes deliberar sobre todas las cosas con España (4).

La táctica por que se decidió Pío IV es un nuevo argumento de su prudencia política. En vista de la situación crítica de la Iglesia, quiso antes que nada evitar todo conflicto con las grandes potencias católicas: de ahí su temor de cortar el nudo gordiano. Para conseguir la reunión del concilio a pesar de todos los impe-

(1) Cf. arriba, p. 64.

(2) V. la relación de Arco, de 15 de julio de 1560, en Sickel, Concilio, 84 s. Cf. Voss, 67.

(3) V. Sickel, 85. Lo que Arco notifica además, que el Papa concedería también en este caso, que se tratase con los protestantes aun sobre las cose determinate in Trento, no es ciertamente verdad.

(4) *Carta de Vargas, de 16 de julio (*Archivo de Simancas*), utilizada por Voss, 67 s.

dimentos, se guardó cuidadosamente de producir ofensión en los príncipes con una decisión definitiva o un lenguaje demasiado claro, ya que importaba sumamente tenerlos favorables. Por más que persistiera en la necesidad de celebrar una asamblea universal de la Iglesia, se manifestó lo menos posible acerca del carácter del nuevo sínodo y procuró ante todo esquivar principalmente la importante cuestión de la validez de los decretos hasta entonces publicados. Si sobre esto se expresó de diferente manera con el embajador francés que con el español, no fué porque no hubiera tenido ninguna firme convicción en esta cuestión fundamental, sino porque no quería herir con una declaración categórica ni al uno ni al otro; las potencias debían recibir la impresión de que se hallaba dispuesto a corresponder en lo posible a sus opuestos deseos. Aun donde en principio no podía hacer ninguna concesión, quería acomodarse a las demandas que le dirigían, en cuanto era posible, por lo menos en la forma (1).

Con quien más francamente se expresó Pío IV, fué con Felipe II, cuyos designios eran en el fondo los que más concordaban con los del Papa. De las negociaciones en la corte de España estaba encargado Próspero Santa Cruz, nombrado nuncio de Portugal, el cual salió de Roma a mediados de julio de 1560. Junto con una serie de otros encargos, su instrucción (2) contenía lo siguiente respecto del concilio: Santa Cruz debía expresar a Felipe II la extraordinaria alegría que había producido al Papa la real carta de 18 de junio, y al mismo tiempo comunicarle copias de las respuestas de Fernando I y Francisco II, tan poco satisfactorias. A pesar de ellas, así lo hace notar la instrucción, el Papa persiste en su resolución y exhorta a Felipe II a hacer otro tanto. El convocar el concilio en otro sitio que en Trento, ha de retardar su apertura y poner en contingencia los decretos conciliares ya publicados. Por lo que toca a las demás exigencias del emperador, el Papa no está animado a hacer las concesiones deseadas sin la autoridad de la asamblea universal de la Iglesia.

Las contestaciones a Francisco II y Fernando I, cuyas peticiones eran en parte radicalmente imposibles de cumplir, se difi-

(1) Cf. las excelentes explicaciones de Dembinski, Rzym, I, 31-33.

(2) La minuta original se halla en las **Varia polit.*, 117, p. 365 s., *Archivio secreto pontificio*, y está impresa en las *Miscell. di storia Ital.*, V, 1013 s., y en parte en Laemmer, Melet., 177 s. Cf. Voss, 68, nota 128; Dembinski, I, 158 s., y Ehse, Convocación del concilio, 8 y VIII, 52 s.

rieron algún tiempo a causa de haber enfermado el Papa. La primera fué entregada a mediados de agosto al abad de Manne, que una semana después regresó a su país. El Papa declara en ella que perseverará en su resolución de acudir en socorro de los trabajos y males de la cristiandad por medio de una asamblea universal de la Iglesia, y esto cuanto antes fuera posible. Que precisamente en interés de la pronta apertura, Trento parecía el sitio mejor; pero que por lo demás, el Papa no pondría ninguna dificultad, luego que el concilio estuviera reunido, en trasladarlo en caso necesario a otra ciudad que fuera segura y no sospechosa de herejía. Que el rey de España estaba conforme con que se levantara la suspensión y se continuara el concilio de Trento, y quería interceder en este sentido asimismo con el emperador. Que el Papa esperaba que el rey de Francia haría lo propio, y en las presentes circunstancias desistiría de un concilio nacional (1).

La difícil y muy importante incumbencia de ganar al emperador para el proyecto del Papa se encomendó a un diplomático muy hábil y especialmente querido en la corte de Viena, Zacarías Delfino, obispo de Lesina, ya desde antes conocedor de las cosas de Alemania. Su nombramiento de nuncio cerca de Fernando I se hizo ya en julio; pero su envío se difirió tanto que no salió de Roma hasta el 2 de septiembre y llegó a Viena el día 28 (2).

La respuesta del Papa, llevada por Delfino, a la memoria imperial de 26 de junio, tiene la fecha de 30 de agosto (3). Pfo IV manifiesta en ella por manera muy resuelta su voluntad de reunir de nuevo el concilio en Trento, a pesar de los reparos opuestos por el emperador. Dice que en las cosas de la religión se debía proceder sin segundas intenciones; que se había visto en Alemania cómo las negociaciones para la reunión, guiadas por consideraciones terrenales, habían redundado en perjuicio cada vez mayor de la religión y también de Alemania. Que por eso sin temor y sin dilación se debía abrir el concilio sólo para procurar devolver

(1) V. Sickel, Concilio, 88 s.; Corresp. de Babou de la Bourdaisière, 19 s.; Voss, 73 s.; Ehses, VIII, 55 s. Según la *relación de J. B. Ricasoli, de 9 de agosto de 1560, la respuesta a Francia fué leída el 8 en la Congregatione della riforma. *Archivio pubblico di Fiorenzia*.

(2) V. Steinherz, I, 98 s. Cf. Sickel, Concilio, 92 s.; Eder, I, 55.

(3) Impresa en Raynald, 1560, n. 56; Le Plat, IV, 633 ss.; Ehses, VIII, 59 s. Cf. Voss, 75 s.; Steinherz, I, LXXIX s. La carta que en ella iba adjunta, de 31 de agosto, se halla en Sickel, 92.

la Iglesia a su prístino estado. Las objeciones y reparos del emperador se rebaten luego uno por uno. Declara Pío IV que la guerra entre Inglaterra y Francia estaba terminada. Que dependía de la propia estimación del Papa, si éste había de hallarse presente personalmente en el concilio. Que los protestantes que comparecieran en Trento, no tendrían motivo ninguno de queja, pues recibirían salvoconducto en la forma más segura y amplia, y serían oídos con buena voluntad. Que la suspensión de 1552 sólo se había efectuado para esperar el fin de la guerra. Que como ahora reinaba paz general, el concilio podía volverse a abrir. También la objeción de que Trento era insuficiente en lo tocante a las habitaciones y mantenimientos, es rechazada. Continúa diciendo el Papa, que pensase el emperador que en los sitios por él propuestos estaba en poder de cualquier príncipe atrevido oprimir el concilio; mas que en Trento era esto imposible. Que considerase también su majestad, que Trento como lugar del concilio había sido antes aprobado por todos los príncipes cristianos y aun por él mismo; y que aquellos que ahora le sugerían reparos en contra, no se proponían otra cosa sino estorbar la continuación del concilio. A esto se agrega la seria exhortación a Fernando a que considerando la presente situación y principalmente las circunstancias de Francia, que hacían necesaria una pronta convocación del concilio, sin respeto al propio provecho dé su asentimiento a la convocación de la asamblea de la Iglesia en Trento para gloria de Dios y bien de los pueblos. Añádese que esto interesaba también a las concesiones tocantes a la administración del cáliz a los legos y al matrimonio de los sacerdotes, por él deseadas. Al final se trata, como en la contestación enviada a Francia, de una eventual traslación posterior del concilio a otro sitio seguro y no sospechoso de herejía.

En la extensa instrucción, probablemente compuesta por Morone (1), dada a Delfino, se encarga a éste que ilustre todavía más la contestación del Papa a la memoria imperial. Respecto de la reformatión eclesiástica, el nuncio debe declarar que el Papa mismo la había tomado ya en sus manos, pero que estaba también contento con que se tratara en el concilio; y que si aun en su

(1) Se halla impresa en Poggiani Epist., II, 130, y según esta impresión en Steinherz, I, 100 s.; cf. *ibid.*, LXXX s.; Eder, I, 56. Voss (p. 76 s.) duda sin razón de la sinceridad de las intenciones de Pío IV.

persona se hallara algo necesitado de reforma, estaba dispuesto a sujetarse a ella de buena gana. Si estos motivos internos y religiosos no producían ninguna impresión, el nuncio debía hacer ver al emperador cuán ventajoso era para él asentir a la celebración del concilio en Trento, aun por consideraciones políticas, principalmente para asegurar a su hijo Maximiliano la sucesión en el imperio. Si resultaban inútiles todas estas reflexiones, entonces había de declarar Delfino: que en vista de los peligros que amenazaban ahora a la Iglesia, no sólo en Alemania, sino también en otros países, especialmente en Francia, el Papa debía congregar un concilio; que su majestad quisiera enviar a él por lo menos sus embajadores y los obispos, aun cuando se reuniera en lugar distinto de Trento. Para el caso extremo de que el emperador rechazara tenazmente a Trento y los sitios de Italia, y persistiera en su exigencia de la reforma y de las concesiones, se ordena a Delfino el proponer que una junta de obispos y teólogos deliberase en Roma sobre los mencionados asuntos.

Próspero Santa Cruz, retenido en Aviñón por una enfermedad, no pudo llegar a Toledo hasta el 26 de agosto. Dos días después tuvo audiencia con Felipe II. Este quedó agradablemente impresionado por las manifestaciones del nuncio y se declaró dispuesto a enviar a Francia a Antonio de Toledo para exhortar a Francisco II a que desistiera del concilio nacional (1). Toledo salió de la corte de España ya el 4 de septiembre con una instrucción fechada el 2, según la cual había de hacer enérgicas representaciones en la corte francesa en favor del concilio universal y contra el nacional, pernicioso y perjudicial para los intereses de la cristiandad. Felipe II dió parte al Papa de este paso por una carta de su propio puño de 14 de septiembre (2).

Tampoco por esta intervención española se obtuvo una mudanza de la política francesa respecto del concilio. El 8 de septiembre el abad de Manne llegó a la corte francesa con la contestación del Papa. Un edicto real de 10 de septiembre de 1560 convocó el concilio nacional definitivamente para el 20 de enero

(1) La relación de Santa Cruz, fechada en Toledo a 28 de agosto de 1560, se halla en las *Miscell. di storia Ital.*, V, 1034 s. Cf. Laemmer, Melet., 180 s. V. también Brown, VII, n. 194 y Ehses, VIII, 59.

(2) Cf. Laemmer, 181 s.; *Miscell. di storia Ital.*, V, 1045; Pallavicini, 14, 16, 8-10; Voss, 82 s.; Ehses, VIII, 63 ss.

de 1561. Antonio de Toledo, que llegó a la corte francesa el 20 de septiembre, halló un hecho consumado, y se partió de nuevo ya el 27 de septiembre. La respuesta de Francisco II, que llevó a su rey, mantenía en forma cortés las exigencias anteriores de Francia, principalmente el rechazar a Trento (1).

En Roma las noticias llegadas entre tanto de Francia, habían producido una creciente intranquilidad. Al principio el Papa había esperado todavía conseguir algo por la condescendencia, y se había declarado dispuesto, en caso necesario, a convocar el concilio para Vercelli, con el fin de que se pudiese reunir más rápidamente (2). Pero cuando el 21 de septiembre, algunas cartas del cardenal Tournón anunciaron la convocación del concilio nacional francés para el 10 de enero de 1561, Pío IV se vió obligado a proceder con más resolución (3). El 22 de septiembre conferenció con los cardenales (4), al día siguiente llamó a su presencia a los embajadores, a excepción del francés (5), les comunicó la noticia recibida por medio de Tournón, y declaró que ahora se veía forzado a levantar la suspensión del concilio tridentino, sin definir la validez o nulidad de los decretos anteriores. Que si Trento no se mostraba ser a propósito, el concilio se podría trasladar más adelante a Vicenza, Mantua o Montferrato. Que aun cuando él quería proceder mansa y afablemente con los separados de la fe, éstos no debían, sin embargo, imponer mandatos a la Santa Sede en un negocio semejante, sino recibirlos de ella. A los embajadores se les dió la orden de comunicar esto a los príncipes y exhor-

(1) Cf. Paris, *Négociat.*, 544 s., 594 s., 615 s.; Le Plat, IV, 650 s.; Voss, 82 ss., 87 ss.; Ehses, *Convocación del concilio*, 13 s., 15 y VIII, 72 s.

(2) Cf. Voss, 96 s.; *ibid.* se habla sobre los esfuerzos por la reforma, que hacía entonces Pío IV, especialmente respecto de la residencia de los obispos. Cf. Massarelli en Merkle, II, 347 s.; Laemmer, Melet., 212 s., y las *relaciones de J. B. Ricasoli, de 2, 4, 12 y 13 de septiembre de 1560, *Archivo público de Florencia*. La bula de residentia episcoporum, de 4 de septiembre de 1560, se halla en el Bull. Rom., VII, 55 s. Sobre las zozobras que en Roma reinaban, cf. también la relación del embajador portugués, de 22 de agosto de 1560, en el *Corpo dipl. Portug.*, IX, 33, 35.

(3) Los sucesos de Francia, juzga Reimann (*Revista Histórica*, XXX, 29), «tenían que ofender a la curia».

(4) Se resolvió encargar a Tournón que se trasladase a la corte francesa para ser allí de utilidad en lo posible; pero no había de presentarse como legado. Voss, 98. Ehses, VIII, 58, nota 5. Cf. *ibid.*, 71 s. la carta de Pío IV a Tournón.

(5) Por razón de la contienda con el embajador español acerca de la precedencia.

tarlos a apoyar al Papa. Sólo el representante del emperador, Próspero de Arco, opuso objeciones; pero Pío IV las rebatió enérgicamente. Los otros asintieron más o menos (1). Conforme a esto, el 24 de septiembre, por medio del cardenal Borromeo, se encargó de nuevo al nuncio Delfino que moviera al emperador a consentir en el levantamiento de la suspensión del concilio tridentino (2).

El mismo día Pío IV hizo vehementes reproches al embajador francés Bourdaisière por la actitud de Francia. No obstante, a petición del mismo prometió que quería esperar todavía quince días o un mes hasta que Francisco II hubiera hablado con el cardenal Tournón y le hubiese dado nuevas noticias (3). El 25 de septiembre el Papa dió al embajador imperial Arco la pacífica seguridad de que sólo la necesidad le había empujado a la declaración del día 23. Dijo que si el emperador creía que podía obtener de Francia la dilación del concilio nacional hasta que hubiera indagado la manera de pensar de los protestantes, variaría su resolución según los deseos del mismo emperador (4). Cuando después se extendió el rumor de que Pío IV quería declarar el levantamiento de la suspensión, sin aguardar las contestaciones de los príncipes, el Papa dió a la pregunta del conde de Arco sobre esto, la respuesta de que no había mudado su designio de esperar hasta tanto que hubieran contestado el emperador y los demás príncipes. Al propio tiempo se declaró presto, de nuevo, a trasladar el concilio a otro lugar, si ello pareciese bien a su majestad (5). Su designio de congregar el concilio en todo caso, lo manifestó el Papa el 29 de septiembre con la resolución de diferir la ejecución de la obligación de residencia de los obispos, en atención a que debían tomar parte en la asamblea universal de la Iglesia (6).

En oposición a la política imperial y francesa, Felipe II de España no sólo pedía en general, que el concilio se anunciara y celebrara como continuación del anterior de Trento, sino también

(1) V. la relación de Arco, de 24 de septiembre, en Sickel, Concilio, 95 s., y la más completa de Vargas, del 25, en Voss, 98-99.

(2) Steinherz, I, 115.

(3) V. Voss, 101-102.

(4) V. la posdata de la relación de Arco de 24 de septiembre, en Sickel, Concilio, 96.

(5) V. la relación de Arco, de 5 de octubre, en Sickel, 97 s.

(6) V. Massarelli en Merkle, II, 348.

en particular, que se declarara la validez de los decretos acordados en Trento. Dado el sentir de los demás príncipes, no pareció, con todo, al Papa, conveniente hacer todavía más difícil la situación con una declaración expresa en este sentido. No obstante, para no dejar que en España se concibiera alguna duda acerca de su buena voluntad, en una carta confidencial de 5 de octubre participó al rey, que había deliberado frecuentemente sobre esta cuestión, y finalmente había llegado a la persuasión de que era lo mejor, ni confirmar ni declarar inválidos los anteriores decretos, en la convocación del concilio, sino pasar por encima de esta cuestión con algunas palabras vagas e indeterminadas. Y para tranquilizar a don Felipe le certificó que personalmente tenía por bueno y santo el concilio de Trento, que aprobaba en particular el decreto sobre la justificación, y lo reconocería asimismo en un consistorio (1). El mismo día 5 de octubre, el Papa recibió por medio de Vargas la carta de Felipe II de 14 de septiembre con la noticia del envío de Antonio de Toledo a Francia. Al día siguiente en la congregación de los cardenales elogió la buena voluntad del rey e hizo resaltar de nuevo la necesidad de convocar prontamente un concilio. Como casi todos los cardenales asintieron a la prosecución, se resolvió anunciar el primer domingo de Adviento el levantamiento de la suspensión, nombrar legados y fijar la fiesta de Pascua de Resurrección como término para la apertura. Para legados se puso los ojos en Morone y Seripando (2).

Poco después en la noche del 8 al 9 de octubre llegó a Roma la noticia de lo infructuoso de la misión de Antonio de Toledo. Vargas, que inmediatamente después tuvo audiencia, refiere que había hallado al Papa abatido, a pesar de que éste apenas había esperado otro resultado. Pío IV declaró a Vargas que ahora, como estaba firmemente resuelto el concilio nacional francés, tampoco él por su parte pensaba en mayores dilaciones tocante a convocar la

(1) Voss, p. 101, ha sido el primero en utilizar la *carta de Pío IV, de 5 de octubre, que se halla en el *Archivo de Simancas*. Cf. la carta de Borromeo al nuncio de España, en Ehses, VIII, 78 s.

(2) V. las relaciones de Vargas en Voss, 101 s., donde se corrige la equivocada narración de Sarpi. Cf. también la carta del embajador portugués, de 8 de octubre de 1560, en el *Corpo dipl. Portug.*, IX, 48 s. Morone había sido ya nombrado legado a principios de junio de 1560; v. la relación de Vargas en Voss, 45, nota, 89.

asamblea universal de la Iglesia. Que no contaba ya con Francia y creía que también el emperador seguiría procediendo con reserva, por temor de complicaciones en Alemania. Que así el rey de España era su único apoyo. Añadió que le hacía pedir su aquiescencia a que el concilio se abriera en Trento como continuación del anterior, desde donde podría más adelante ser trasladado a otro sitio más a propósito y grato a su majestad. Que esperaba que después de la apertura se agregarían también el emperador y otros que ahora todavía vacilaban. En otra conferencia con Vargas, el 10 de octubre, declaró el Papa que dirigiría una carta de su propio puño a don Felipe. Esta, fechada el 11 de octubre, pone de realce la resolución inmutable de proceder a la continuación del concilio de Trento; fué llevada a España por Gherio, obispo de Ischia, junto con la de 5 de octubre (1).

El 13 de octubre, el Papa comunicó también al embajador francés, que estaba firmemente resuelto a continuar el concilio de Trento. El mismo día habló de este asunto en la congregación de los cardenales, los cuales asintieron casi todos al plan de abrir el sínodo levantando la suspensión (2). Pío IV declaró al embajador imperial Arco, el 14 de octubre, que no podía diferir el levantamiento de la suspensión más allá del día de San Martín; pero que antes esperaba con ansia las respuestas del emperador y de los reyes de España y Francia (3).

Se ha observado con razón (4), y es ello como un espectáculo peculiar, que un carácter tan sanguíneo como Pío IV, a pesar de todas las resistencias, se mantuvo firme con tal constancia en el plan de la continuación del concilio. La alta dignidad de supremo jerarca de la cristiandad levantó como sobre sí mismo a Pío IV. Dióle fuerza para que no desfalleciera en la ejecución de esta gran obra, por muchas que fueran las nuevas dificultades que se presentasen. El sínodo no podía por más tiempo quedar sin acabamiento, debía ser conducido a su término, si la Iglesia no había de sufrir el más grave daño.

(1) V. Voss, 102 s.; Ehses, Convocación del concilio, 15-16 y VIII, 86.

(2) V. la Corresp. de Babon de la Bourdaisière, 45; Sickel, Concilio, 116 s.; la correspondencia del cardenal O. Truchsess, 215 y las relaciones publicadas por Ehses, VIII, 88 s.

(3) V. la relación de Arco, de 15 de octubre de 1560, en Sickel, Concilio, 104.

(4) Voss, 104.

Los representantes del Papa cerca de Felipe II, Próspero Santa Cruz y el nuncio Octaviano Raverta, el 24 de octubre hicieron al rey de España la comunicación oficial de que Pío IV, después de madura consideración, estaba resuelto a no perder más tiempo en el asunto del concilio. Declaráronle que después que el Papa se había persuadido de que al emperador y al rey de Francia no se les podía mover a consentir en que se levantara la suspensión del concilio tridentino, quería disponer dicho levantamiento sin aguardar más, o trasladar el concilio a alguna ciudad de Italia que estuviese en los Estados de su majestad o de sus aliados. Que rogaba a su majestad le auxiliara en esto. Don Felipe elogió el celo del Papa y declaró su prontitud de voluntad en general; y que la respuesta definitiva la recibirían los nuncios en el término de tres o cuatro días. Entre tanto el rey de España presentó el asunto a una junta de teólogos para que deliberasen sobre él. Estos fueron, según supo Santa Cruz, de diferentes opiniones; unos se declararon por el levantamiento de la suspensión, otros por una nueva convocación. El 28 de octubre, el duque de Alba dirigió a los nuncios la pregunta si el Papa prefería levantar la suspensión o convocar de nuevo; además, si estaría conforme con Besançon como lugar para el concilio. Los nuncios no pudieron dar una contestación cierta sobre ninguno de los dos puntos (1).

Esta mudanza respecto de la anterior política española fué motivada por la consideración a Francia, después que de nuevo se habían dado pasos para llegar a una inteligencia en la cuestión del concilio, por el embajador francés en España, el obispo de Limoges. En su contestación, dada el 30 de octubre al embajador francés, Felipe II declaró que intercedería con el Papa para que fuera convocado el concilio en seguida, y luego, inmediatamente después de su reunión, fuera trasladado o a Besançon o a Vercelli. El 31 de octubre esta decisión del rey de España fué entregada a los nuncios por el duque de Alba (2). El 10 de noviembre Gherio emprendió el regreso a Roma con una carta de propio puño de Felipe II para Pío IV, en la cual el rey aprueba la

(1) Cf. la relación de Santa Cruz, de 31 de octubre de 1560, en Laemmer, Melet., 182 s.; Ehses, VIII, 92 s.

(2) Cf. *ibid.*, 183 s. Sobre la secreta correspondencia de los nuncios con Roma, que según la voluntad de Felipe II hubiera debido cesar, v. Voss, 110 s. Cf. además Ehses, VIII, 93 y 118 en las notas.

continuación del concilio de Trento, no se muestra adverso a una posterior traslación, y propone para este caso a Besançon. En una carta del mismo tiempo, a Vargas, declaraba que sólo podía asentir si se evitaba ahora discutir la cuestión de la validez de los anteriores decretos de Trento (1).

Zacarías Delfino, encargado de la misión a Fernando I, había llegado a Viena el 28 de septiembre y sido recibido en audiencia por Fernando al siguiente día. El emperador le saludó como a antiguo amigo (2), pero no se mostró inclinado a desistir de sus exigencias en puntos sustanciales. Significó su parecer en una contestación escrita al Papa (3), que está redactada en forma cortés y sumisa, pero realmente no muestra ninguna ulterior condescendencia. Persistió como antes en su exigencia de que el concilio fuera convocado como nuevo, y asimismo mantuvo sus objeciones contra Trento como sitio de la asamblea. Aunque él personalmente, según su propia declaración, nada tenía que oponer a la continuación en Trento, hizo lo dicho por consideración a los protestantes, que de lo contrario no podían moverse a tomar parte, y por razón de aquellas potencias que, como Francia, no reconocían el último concilio, o no habían estado representadas en él. Junto con la expresión de su contento por las reformas del Papa en Roma, el emperador volvió al fin a hablar de las concesiones que deseaba respecto de la administración del cáliz a los legos y del matrimonio de los sacerdotes. Declaró a la verdad, que estaba asimismo persuadido de que donde se trataría mejor sobre esto, sería en el concilio general; pero que como por el momento había todavía tantas dificultades para convocarlo, recomendaba al Papa que meditara de nuevo sobre estas concesiones.

El 8 de octubre, el emperador recibió la relación de su embajador en Roma, sobre la declaración del Papa de 23 de septiembre. Al propio tiempo llegó también la orden del cardenal Borromeo para Delfino de 24 de septiembre, quien en vista de ello

(1) V. Voss, 111.

(2) Cf. la relación de Delfino y Hosio, fechada en Viena a 3 de octubre de 1560, en Steinherz, I, 123 s.

(3) Su texto lo ha publicado antes que nadie Schelhorn, *Amoenit.*, II, 479 s., tomándolo de los papeles de Estáfilo, después valiéndose de esta impresión, *Le Plat*, IV, 637 ss., y *Ehses*, VII, 79 ss., quien lo ha sacado del Archivo secreto pontificio. Cf. *Sickel*, Concilio, 98 s.; *Reimann*, Negociaciones, 609; *Voss*, 115 s.; *Steinherz*, I, LXXXIII s.; *Eder*, I, 58; *Ehses*, Convocación del concilio, 18.

pidió audiencia para sí y para Hosio. El 9 de octubre ambos nuncios se presentaron al emperador, declaráronle la resolución del Papa de levantar la suspensión del concilio tridentino, y le invitaron a prestarle apoyo. Fernando les dió por escrito su respuesta al Papa y juntó con ella una declaración sobre la cuestión del concilio, expresada en tono vivo y decidido. Hizo notar ante todo, que no quería dar prescripciones al Papa, sino sólo satisfacer a su obligación como emperador, exponiendo su opinión sobre una cosa de tanta importancia. Declaró que cuanto a su persona, estaba dispuesto a aceptar cualquiera decisión del Papa, pero que no podía dejar de decir clara y paladinamente a su santidad que, en caso de continuarse el concilio tridentino, no se podía contar en manera alguna con que tomaran parte en él los protestantes, y que éstos procederían con las armas contra un sínodo semejante. Que como también Francia y otras potencias se negaban a admitir la continuación, sólo por el anuncio de un nuevo concilio se podía remediar la necesidad de la cristiandad, a lo cual el Papa estaba además obligado conforme a las disposiciones del concilio de Constanza. Que él quería apoyar esta santa obra, dejaba al arbitrio de su santidad señalar el tiempo, y por su parte estaba asimismo conforme con Trento, para él muy cómodo. Pero que como este nombre era odiado en Alemania, ofrecía en su lugar a Innsbruck. El emperador vino a hablar también de la necesidad de que el Papa se hallara personalmente presente en el concilio. Al fin expresó todavía su extrañeza de que la reforma se llevara en Roma con tanta lentitud y de un modo muy poco radical; indicando los decretos del concilio de Basilea, tocó entonces principalmente los abusos en los nombramientos de cardenales (1). La satisfacción por el celo reformatorio del Papa, expresada en la memoria, había por tanto caído ya en olvido.

(1) Sobre la audiencia de 9 de octubre se enviaron a Borromeo en 14-15 de octubre, dos relaciones, una firmada por Delfino y otra por Delfino y Hosio en común (v. Steinherz, I, 132 s., 135 s.). Cf. también la instrucción de Fernando I para Arco, de 18 de octubre de 1560, en Sickel, Concilio, 109 s. V. Eder, I, 60 s., sobre la transmisión de la plática del emperador y el autor de la instrucción. Eder llega al siguiente resultado: El influjo del franciscano español, Francisco de Córdoba, confesor de la esposa de Maximiliano II, en la instrucción «es cierto y seguro en la parte que versa sobre la reforma eclesiástica (quizá desde *exinde ventum hasta evenit Caraffis*). Las partes precedentes no se puede demostrar que tengan de él dependencia; en lo que se dice sobre la nueva convocación del concilio está excluida toda participación del mismo».

Los nuncios pudieron sacar de las importantes declaraciones de Fernando, por lo menos la confesión de que él no se opondría al Papa, si éste al fin persistiera en Trento. Mas si Delfino creía que el emperador a pesar de su vehemente contradicción a la continuación, quería de hecho dejar libre acción al Papa también en este respecto, era con todo ésta una manera de pensar excesivamente optimista.

En Roma no pudieron participar de ella. Después de llegada la respuesta imperial, el 27 y 28 de octubre se reunieron congregaciones, en las cuales — y fué caso extraordinario — tomaron parte casi todos los cardenales. En estas deliberaciones se mostró una gran diversidad de pareceres. Varios muy autorizados cardenales, principalmente Carpi, y luego asimismo Cesi, Púteo y Saraceni, se declararon muy resueltamente por la continuación del concilio de Trento, y contra la convocación de un nuevo sínodo. Pudieron alegar estas importantes razones. Si se llegaba a convocar un nuevo concilio, era de temer que quedara perdido todo el trabajo realizado en Trento; mas si se ponían en duda los decretos tridentinos, podría suceder otro tanto también con los decretos de los concilios anteriores, y las consecuencias serían gravísimas e incalculables (1). Respecto de los protestantes alemanes, no era de ninguna importancia el que el concilio, conforme al deseo del emperador, se juntase como enteramente nuevo, pues habían declarado repetidas veces, y últimamente todavía en la dieta de Augsburgo de 1559, que no reconocerían en general ninguna asamblea eclesiástica convocada por el Papa (2). No obstante, no se llegó a ninguna resolución definitiva. Madruzzo aconsejó que se considerara todavía más despacio el asunto, y también Pío IV se adhirió a su parecer (3).

(1) Este peligro lo indica también el embajador portugués en una carta de 22 de agosto de 1560; v. *Corpo dipl. Portug.*, IX, 33. Hosio escribía en 23 de noviembre de 1560 desde Viena a Commendone: *Si salva nihilominus remanerent concilii Tridentini sub Paulo et Iulio tertiis habita decreta, non multum, quin etiam nihil referre putarem, indiceretur concilium an continuaretur, sed si quid latet insidiarum in verbo indictionis, etiam atque etiam diligenter considerandum censerem ac omni cura providendum, ne sic indicatur concilium, ut omnis conciliorum autoritas elevata videatur. *Bibl. Grassiani de Città di Castello*.

(2) V. Janssen-Pastor, IV¹⁶⁻¹⁶, 19 s., 135. Cf. Reimann, *Negociaciones*, 590.

(3) V. la relación de Arco, de 30 de octubre de 1560, en Sickel, *Concilio*, 123, y la carta de Mula de 1.º de noviembre de 1560, *Biblioteca palatina de*

En la curia estaban muy descontentos con la actitud de Delfino. En una carta del cardenal Borromeo de 2 de noviembre, se le reprocha el haber defendido con muy poca energía, ante el emperador, las intenciones del Papa (1). Por una extensa carta de 17 de noviembre, Delfino defendió su conducta. Dijo que a su llegada a Viena la situación era casi desesperada, porque el emperador había sido instado por parte de Francia, a que se opusiera a la continuación del concilio en Trento, y a que sólo diera su aquiescencia para Espira, Constanza o ciudades semejantes. Que así las cosas, él había conseguido en pocos días que Fernando se acomodara a la decisión del Papa respecto del tiempo y lugar del concilio, y aun accediera a Trento, aunque juntamente había propuesto a Innsbruck. Que el emperador no estaba por un nuevo concilio y contra la continuación, porque él mismo dejara de reconocer el tridentino, cuyos decretos admitía fielmente cuanto a su persona, sino porque veía que Francia no daba su asentimiento y Alemania amenazaba apelar a las armas contra el mismo (2). Delfino dió a conocer claramente que bajo el peso de estos motivos, aprobaba la actitud del emperador y quería recomendarla aun en Roma. En otra carta (3) hizo propuestas positivas en este sentido. Juzgaba él que sería acaso bueno no publicar ninguna bula de concilio, sino cuatro breves combinados. El primero, dirigido a los legados del concilio, debía contener su nombramiento y exhortarlos a escuchar a todos con paciencia y tratarlos con caridad. Por el segundo breve debían ser convocados e invitados los prelados al concilio que el Papa reunía en Trento; en él no se tenía que hablar, ni de la convocación de un nuevo concilio, ni de la continuación del anterior; al mismo tiempo se había de advertir que el Papa, aun cuando hubiera nombrado legados, se presentaría personalmente, en cuanto su salud se lo permitiera.

Viena (Ehse, VIII, 94). V. también la *relación de Fr. Tonina, de 2 de noviembre de 1560, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. Pallavicini, 14, 17, 1; Reimann, loc. cit., 610 s. Seripando había sido ya llamado el 19 de octubre para verse con el Papa, y con él trató el 20 y de nuevo el 30, sobre el concilio y la reforma. Merkle, II, 461-462.

(1) El contenido de la carta de Borromeo, que no se conserva, se ha de sacar de la respuesta de Delfino, de 17 de noviembre; v. Steinherz, I, LXXXVIII, 157 s.

(2) V. Steinherz, loc. cit.

(3) Conservada como adjunta a la carta de Delfino a Morone, de 18 de noviembre de 1560, y publicada por Steinherz, I, 162 s.

El tercer breve, para el emperador Fernando y para los demás reyes y príncipes católicos, debía rogarles que apoyaran al concilio, y persuadieran a los príncipes alemanes a dar a él su asentimiento. El cuarto breve finalmente debía ser dirigido a los príncipes electores seculares y «los demás príncipes de la noble nación alemana, que están separados de la fe católica»; el Papa había de declararles que en atención a sus nobles antepasados, que siempre habían sido lumbreras de la cristiandad, no podía creer que se resistieran con contumacia a la reconciliación; conforme a esto debían ser invitados al concilio con la promesa de que se les daría salvoconducto, se les oiría con la mayor tolerancia acerca de todo, y se les trataría con benignidad. Cuando llegaron a Roma las dos cartas de Delfino, se había dado ya allí el paso decisivo.

Ciertamente no careció de influencia en esta mudanza el que el gobierno francés, por efecto de una carta dirigida por Fernando I a impulso de Delfino al rey de Francia el 14 de octubre (1), cediese súbitamente en la cuestión del concilio. El 1.º de noviembre salió para Roma un correo con un escrito que declaraba que Francia admitía la última propuesta de convocar el concilio para Vercelli o para otro lugar del Piamonte, y rogaba al Papa que participara esto a Fernando I y a Felipe II; que el concilio nacional se omitiría, pero que se debía proponer una resolución determinada del Papa sobre un concilio universal, a los estados generales que se iban a reunir el 10 de diciembre (2). Después de la partida del correo, se recibió la noticia de Viena de que el emperador se había declarado conforme con Trento. Por efecto de ello el 2 de noviembre se envió un nuevo propio para llevar al Papa el consentimiento del gobierno francés para Trento. El 6 de noviembre Francisco II escribió al emperador que, en vista de su deseo, desistiría de la convocación del concilio nacional (3).

El correo enviado por Francisco II el 1.º de noviembre llegó a Roma el 11. Poco después debió de haber llegado también el segundo correo. El 14 de noviembre Borromeo escribió a España al nuncio Santa Cruz: «El emperador y el rey de Francia se han decidido a consentir que el Papa celebre el concilio en Trento, pero

(1) V. Ehse, VIII, 87 s.

(2) Le Plat, IV, 655 s.

(3) V. *ibid.*, 657 s.; Ehse, Convocación del concilio, 20 s. y VIII, 97 s.

desean que sea convocado de nuevo. Como el Papa a ningún precio quiere tolerar que padezcan menoscabo el concilio tridentino y sus decretos, ahora hace deliberar a los cardenales y otros teólogos, de qué manera podría hacerse la convocación sin perjudicar a aquellos decretos». Según esto, la bula de apertura, como lo exigen la obligación para con Dios y el bien de la cristiandad, debería quedar redactada y publicada dentro de diez o doce días; los acontecimientos de Francia y la promesa del rey de desistir del concilio nacional, no permitían un plazo más largo (1). En un consistorio de 15 de noviembre, el Papa comunicó que los príncipes se habían puesto de acuerdo sobre Trento como sitio del concilio, y se determinaron los preparativos necesarios con asentimiento de los cardenales. Debían ser ordenados ayunos y rogativas en toda la cristiandad, y en Roma se había de celebrar una especial procesión de rogativa y una misa solemne en Santa María sopra Minerva. La redacción de la bula de convocación se encargó a los cardenales Saraceni, Púteo y Cicada, así como a algunos otros teólogos; su minuta debía ser presentada a los cardenales en un consistorio (2).

La decisión que por fin se tomó del todo súbitamente tras tan largas consideraciones, fué presto conocida en Roma y despertó grande sorpresa.

Los acontecimientos siguientes demostraron con claridad que se trataba de un hecho consumado. Ya el 19 de noviembre, se publicó la bula de indulgencia que solía preceder a la bula del concilio. En ella el Papa declaraba su resolución de *anunciar* y *continuar* un concilio general, conforme al consejo y con aquiescencia de los cardenales, en la misma ciudad de Trento, donde sus predecesores habían celebrado un concilio. Para alcan-

(1) V. Ehses, Convocación del concilio, 21.

(2) Sobre el consistorio de 15 de noviembre hay dos relaciones: 1) Acta consist. Cancell., impresa en Raynald, 1560, n. 67, y Lämmer, Para la Historia eclesiástica, 73 s.; 2) Acta consist. Cancell., publicada por Ehses, Convocación del concilio, 21, donde se trata más por menor acerca de la conexión de estas dos relaciones. V. el texto de ellas en Ehses, VIII, 100. Cf. además la carta del cardenal O. Truchsess, de 16 de noviembre, en su Correspondencia, 222 s. y la relación de Vargas en Voss, 127. La tentativa (Voss, 129) de atribuir al duque Cosme I determinante influjo sobre la decisión de la curia en el asunto del concilio, la rechaza enteramente Ehses (p. 23-24). Con todo, este punto se habría de examinar aún más detenidamente, según los documentos del *Archivio público de Florencia*.

zar la bendición de Dios se ordenaron rogativas, ayunos y limosnas y se otorgó una indulgencia plenaria a los fieles, como en el año jubilar, con tal que además de ejercitar estas buenas obras, hicieran una confesión contrita y una digna comunión (1).

El mismo Papa terminó este jubileo con una gran procesión que se efectuó el domingo, 24 de noviembre. La solemne comitiva se dirigió desde San Pedro, por la calle de los Bancos, por delante del monte Giordano y la plaza de la Aduana, a Santa María sopra Minerva, donde el cardenal obispo de Porto, Rodolfo Pío de Carpi, celebró la misa solemne. En la procesión Pío IV iba con los pies descalzos, acompañado de los cardenales Farnese y Santa Flora; también se vió en ella a todos los cardenales que se hallaban presentes en Roma, en número de veintiuno. El baldaquino que cubría al Papa, lo llevaron primero los embajadores y luego personajes de la nobleza. Como el clero secular y regular, así también todos los curiales y las diecisiete cofradías de Roma, lo mismo que el duque de Florencia, tomaron parte en la procesión; éste iba entre los dos últimos cardenales diáconos, Carlos Borromeo y Juan de Médicis, su propio hijo (2). El pueblo romano mostró en esta solemnidad gran devoción, y muchos comulgaron para ganar la indulgencia (3).

La publicación de la bula del concilio primero se había pensado hacer asimismo el 24 de noviembre. Pero su redacción no pudo estar acabada para este día, porque entre los cardenales, así como entre los canonistas y teólogos, llamados a consejo (entre ellos también el P. Lafnez, general de los jesuitas), hubo grandes divergencias

(1) Sobre la bula de 15 de noviembre, en la cual las expresiones opuestas indicere y continuare están juntas, una inmediatamente después de otra, pero con lo que no se intentó ningún engaño, ni tampoco una solución de la dificultad, v. Ehses, Convocación del concilio, 23. El texto íntegro, pero con fecha falsa, se halla en el Corpo dipl. Portug., IX, 96 s.; ahora también en Ehses, VIII, 100 s.

(2) V. Massarelli en Merkle, II, 349; Bondono, 537; la *carta de Fr. Tonina, de 27 de noviembre de 1560, *Archivio Gonzaga de Mantua*; la relación portuguesa en el Corpo dipl. Portug., IX, 129. Un *Avviso di Roma de 30 de noviembre notifica que Vargas había pretendido que los embajadores fuesen en la procesión después de los obispos y delante de los cardenales; y que al fin Pío IV había asignado a los obispos su lugar detrás del baldaquino. La procesión fu bellissima et veramente rara. Urb., 1039, p. 228^b, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. Bondono, 537.

de opinión, que condujeron a vehementes debates (1). Por esta causa, la bula no pudo leerse en un consistorio hasta el 29 de noviembre. Antes pronunció el Papa un discurso, en el cual expuso la necesidad de obrar con rapidez, haciendo referencia a la situación peligrosa de la Iglesia y al concilio nacional que en Francia amenazaba. Después de la lectura de la bula, la explicó y señaló como incumbencia de la asamblea general eclesiástica, la extirpación de las herejías, la terminación del cisma y la reforma de la Iglesia. Al fin observó, dirigiéndose al cardenal Este, que de esta manera se impediría el concilio nacional francés. El cardenal repuso que estaba ya aniquilado (2).

En la bula de convocación, que lleva la fecha de 29 de noviembre de 1560 (3), Pío IV echa una mirada retrospectiva a la historia del concilio bajo sus predecesores Paulo III y Julio III, los cuales no pudieron llevarlo al cabo por lo desfavorable de los tiempos. La exposición está redactada en términos que presuponen haber sido legítima la actividad anterior del concilio, la cual había sido impugnada, parte por los imperiales y parte por los franceses (4). Luego expresa el Papa su dolor por el continuo crecimiento de las herejías. Como Dios bueno y misericordioso había finalmente concedido de nuevo la paz a la cristiandad, espera él poder ahora poner fin a los grandes males de la Iglesia, por medio del concilio. Después de haber pesado maduramente con los cardenales este negocio, y haber dado cuenta de su resolución al emperador Fernando y a los reyes y príncipes, y hallado a éstos dispuestos a apoyar la celebración del concilio, anuncia el santo concilio ecuménico y universal para Trento; allí ha de abrirse el próximo domingo de Pascua, con levantamiento de cualquiera suspensión (5). Los

(1) Cf. sobre eso Voss, 131 s., quien utiliza especialmente las relaciones de Vargas. V. también la *relación de Fr. Tonina, de 23 de noviembre de 1560, *Archivo Gonzaga de Mantua*; además Dembinski, Rzym, I, 220 s., y Grisar, *Disput.*, II, 9*.

(2) V. Acta consist. en Dembinski, loc. cit., 256 s. y Ehses, VIII, 103. Cf. también la *relación de Tonina, de 30 de noviembre de 1560, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Se halla impresa en Raynald, 1560, n. 69, y está más completa en el Bull. Rom., VII, 90 s. y en Ehses, VIII, 103. Cf. Corpo dipl. Portug., IX, 99 s. Hay de ella un facsímile en Swoboda, 96.

(4) Esto lo hace resaltar con razón Pallavicini (14, 17, 6).

(5) *Sacrum oecumenicum et generale concilium... in civitate Tridentina ad sanctissimum diem Resurrectionis dominicae proxime futurum indicimus, et ibi celebrandum sublata suspensione quacumque statuimus et decernimus.*

patriarcas, arzobispos y todos los que según el derecho común, por privilegio o costumbre antigua, tienen asiento y voz en el concilio, son exhortados a presentarse en Trento en el día señalado. Al emperador y a los demás príncipes se les dirige la exhortación a que envíen por lo menos embajadores, si no les es posible tomar personalmente parte en el concilio, y cuiden de que los prelados emprendan sin dilación su viaje y puedan cumplir con su obligación.

El 30 de noviembre fueron enviadas a los príncipes católicos copias de la bula, con el breve que la acompañaba (1). Con la misma fecha se expidió un breve para todos los obispos de Francia, con la invitación al concilio, y uno especial para el cardenal Tournón (2). El domingo 2 de diciembre se puso en conocimiento de todos la bula de convocación, leyéndose en San Pedro y en Letrán, y fijándose en los sitios acostumbrados (3).

Por las palabras «levantando cualquiera suspensión» la bula expresaba en verdad que, según la voluntad del Papa, el concilio debía ser continuación de la anterior asamblea de Trento, pero por consideración al emperador y a Francia, se hizo esto en la forma más cauta posible y evitando la palabra «continuación».

II

Con la redacción de la bula convocatoria, de 29 de noviembre de 1560, solícitamente meditada y en varios puntos de intento vaga, Pío IV y sus consejeros querían prevenir en lo posible cualquiera ofensión de las potencias y evadir la peligrosa cuestión sobre qué relación guardaba el concilio convocado para Trento con el anterior. Por atención al emperador y a Francia, se dejó de usar la palabra «continuación», y por respeto a España no

(1) Los breves para el emperador y para Francisco II se hallan en Raynald, 1560, n. 70 y 71; Le Plat, IV, 663 s. A Fernando I, además de este breve, dirigió aún Pío IV, el 4 de diciembre de 1560, una carta autógrafa (Sickel, Concilio, 147). El breve para el rey de Portugal está en el Corpo dipl. Portug., IX, 107. V. ahora Ehses, VIII, 111 s.

(2) Raynald, 1560, n. 72. Le Plat, IV, 664 s.

(3) V. Massarelli en Merkle, II, 349; Bondono, 546. Tonina *refiere en 4 de diciembre de 1560: Lunedì fu congregatione sopra questa cosa del concilio, della quale ancorche già sia publicata la bolla... stampata et attaccata ai muri, nondimeno ancora si disputa fra cardinali il suo tenore essendo sopra quelli alcuni dispiaceri. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

se expresó claramente la convocación de un nuevo concilio. En principio no se abandonó con esto posición alguna; la importantísima cuestión acerca de la validez de los decretos anteriores quedó suspensa sólo aparentemente. El fundar la convocación en el hecho histórico de que el concilio se había reunido ya dos veces, y no había sido llevado a término, sino al fin se había suspendido, así como la importante proposición incidental «levantando cualquiera suspensión», indicaban que se continuaba y daban a conocer que no se permitiría una nueva discusión de los decretos ya acordados, enteramente inadmisibles según los principios católicos. Por otra parte, el emperador y Francia podían echar de ver una concesión a su modo de pensar en las palabras «anunciamos un concilio». De esta manera se procuró acomodarse a ambas opiniones, en sí inconciliables y que se excluían mutuamente (1).

La gran cuestión era si las concesiones formales que contenía el término medio entre dos poderosas oposiciones, escogido por la diplomacia pontificia, contentarían a las grandes potencias católicas. Y demasiado pronto se manifestó que en modo alguno fué así. Fueron necesarias nuevas largas negociaciones y repetidas misiones de nuncios extraordinarios, para conseguir la aceptación de la bula y el envío de embajadores al concilio.

De llevar la bula a Francia fué encargado el secretario del cardenal Este, Niquet, abad de San Gildas, el cual había llegado a Roma el 24 de septiembre de 1560, con despachos de Francisco II para su embajador Bourdaisière. Cuando Niquet entró en París el 17 de diciembre de 1560, Francisco II había fallecido y sucedídole su hermano menor, Carlos IX, de solos diez años de edad (5 de diciembre de 1560). Ahora la reina madre Catalina de Médicis dirigía los negocios del Estado. El cambio de gobierno no produjo ninguna mudanza en la cuestión del concilio. Se mostró alegría por haberse finalmente convocado una asamblea universal de la Iglesia, pero se pusieron reparos en las palabras «levantando cualquiera suspensión», y se expresó el temor de que los protestantes y por causa de ellos tampoco los católicos de Ale-

(1) V. Steinherz, I, 172. También Reimann dice que la bula dió origen a que se formase «una grande opinión de la habilidad de los tres cardenales y de los doce canonistas, de cuyas múltiples deliberaciones había procedido» (Negociaciones, 614). Cf. también Dembinski, Rzym, I, 228 s., y Ehses, Acto final del concilio, 45.

mania, no reconocieran un concilio que daba por supuesta la validez de los decretos anteriores. Por eso se resolvió diferir la contestación hasta que se hubiera conocido la actitud del emperador. El embajador en Viena Bochetel, obispo de Rennes, debía tratar con él de este asunto. Si Fernando no admitía la bula, se quería en unión con él solicitar del Papa una modificación de la misma. Para este caso, el embajador en Roma, Bourdaisière, recibió orden de proceder de acuerdo con el representante del emperador (1).

Mientras el gobierno francés oponía así dificultades, porque la bula indicaba la continuación del concilio de Trento, en España reinaba el descontento, porque esta continuación no se expresaba clara y paladinamente. Felipe II y sus consejeros temían, por su gran celo de la fe católica, que Pío IV cediese todavía más, y para atraer a los protestantes permitiera una nueva discusión de los ya aprobados decretos. No podía, sin embargo, ser difícil tranquilizar en este respecto a Felipe II. El mayor peligro para Pío IV estaba en la posibilidad de que el gobierno francés se entendiera con el emperador, pues ambos juntos podrían forzarle a seguir su voluntad en la causa del concilio (2).

Por sí mismo, Fernando I tenía menos causas que ningún otro príncipe para poner obstáculos, pues se había atendido suficientemente a su deseo de que no se expresase abiertamente la continuación del concilio. Pero el constante temor del emperador de una repentina acometida de los protestantes, que le movía a tenerles una consideración verdaderamente congojosa, había de impedirle también esta vez salir animosamente en defensa del concilio (3).

Pío IV eligió a *Juan Commendone*, obispo de Zante, para llevar la bula del concilio al emperador. Al mismo tiempo Commendone debía anunciar el concilio a los príncipes eclesiásticos y seculares en la Baja Alemania, Bélgica y en las provincias del

(1) Cf. Le Plat, IV, 668 s.; Pallavicini, 15, 1, 5 s.; Reimann, *Negociaciones*, 614 s.; Sickel, *Concilio*, 154, nota.

(2) Cuánto temía esto el Papa, se ve claro por la *relación de Cusano, de 11 de enero de 1560, *Archivo público de Viena*.

(3) Muy justamente observa Steinherz (I, xci) que nada denota más la angustia y recelo con que Fernando I miraba a los protestantes, que el no haber querido publicar en Viena la bula de indulgencia de 15 de noviembre, porque en ella se mencionaba la continuación del Concilio Tridentino.

Rin. Para el mismo fin Zacarías Delfino, obispo de Lesina, había de recorrer la Alemania del centro y la Alta Alemania. Para dar la mayor amplitud a la invitación al concilio, el Papa dispuso que los nuncios visitasen aun a los príncipes protestantes; si con ello se exponía al peligro de bochornosas negativas, consolábase la conciencia de haber cumplido con su deber de supremo pastor (1).

Juan Commendone había empezado su carrera diplomática bajo Julio III y Paulo IV, con algunas misiones y en la secretaría de Estado. También había antes tocado en las partes de la Baja Alemania que ahora debía visitar, cuando acompañó a los legados Dandino (1553) y Rebiba (1556) (2). Salió de Roma el 11 de diciembre de 1560 (3) y llegó a Viena el 3 de enero de 1561 (4). Además de la bula de convocación, llevaba al emperador un breve y una carta de puño y letra del Papa. El breve contenía la exhortación a enviar embajadores al concilio y a mover a los obispos de los países imperiales a encaminarse a Trento. La carta autógrafa aseguraba de nuevo que serían oídos en el concilio con benignidad y caridad los alemanes invitados al mismo y se cumplirían sus justas peticiones.

El 5 de enero de 1561, Commendone tuvo una audiencia con el emperador, junto con Hosio y Delfino (5). Fernando I no ocultó

(1) Cf. la *relación de Mula, de 18 de noviembre de 1560, *Biblioteca palatina de Viena*; Sickel, Concilio, 149, 148 s.; Steinherz, I, 171 s.; Ehses, Un nuncio pontificio, 39.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XIII, 152; XIV, 107.

(3) Como día de la partida, que hasta ahora no ha sido conocido con certeza, se indica el 10 de diciembre en el *Viaggio (*Bibl. Chigi de Roma*), mencionado más abajo, p. 224, nota 3. Como esta fuente sólo existe en copia, debería merecer la preferencia el siguiente dato, que se halla en la *relación de Fr. Tonina, de 11 de diciembre de 1561: Il Commendone è partito hoggi per la corte Ces. con 120 brevi. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) El *Registro de las relaciones que Commendone envió desde Alemania, escrito por Antonio María Graziani, se halla en el *Archivo Graziani de Città di Castello*, y J. Dengel ha sido el primero en hacerlo accesible a la investigación. Según este original, ha de efectuar Steinherz la publicación de dicho Registro en el tomo II de la 2.ª parte de las Relaciones de nunciatura. Una copia posterior, que ya utilizó Pallavicini (15, 2, 5), se halla en el Barb., 5798 (antes LXII, 58). Cf. también Susta, Curia, I, 139, 312, 319. Una parte de las cartas la ha publicado Finazzi, pero muy defectuosamente, en las Miscell. di stor. Ital., VI, 3 ss. Una nueva y excelente edición ha hecho Ehses, VIII, 128, núm. 80 ss. Sobre la rota del viaje de Commendone da noticias el *Viaggio de la *Bibl. Chigi de Roma*, mencionado más abajo, p. 224, nota 3.

(5) V. la relación compuesta por Delfino juntamente en nombre de Hosio y Commendone, y dirigida a Borromeo, con fecha de 9 de enero de 1561,

sus reparos contra el tenor de las bulas pontificias; no obstante se declaró presto a fomentar el concilio. Luego recomendó a los nuncios que se dirigieran sin demora a la asamblea de los príncipes protestantes, citada para el 24 de enero en Naumburgo. Solicitó recibir por escrito lo que debía comunicar a los príncipes, conforme al deseo del Papa. Los nuncios, a quienes estaban vedadas negociaciones por escrito, para evitar prolija y peligrosa correspondencia, tuvieron dificultad en acceder a esta demanda. Pero como el emperador persistió en que le diesen por escrito por lo menos la propuesta de Commendone, creyeron deber condescender, para no dificultar las negociaciones ulteriores. Entregaron una nota sumamente reducida, compuesta por Commendone, a la cual contestó el emperador asimismo por escrito, el 8 de enero. Alaba la decisión del Papa de invitar a los príncipes alemanes por medio de los dos nuncios. Piensa que los representantes del Papa hallarían prontitud de voluntad y obediencia en los Estados católicos del imperio, principalmente en los eclesiásticos. Respecto de los protestantes, les aconseja de nuevo que vayan a la asamblea de Naumburgo y los exhorta a que negocien allí con espíritu de benignidad y mansedumbre; añade que él enviará asimismo delegados a Naumburgo (1).

Los nuncios no tuvieron posibilidad para solicitar de Roma nuevas reglas de conducta. Como entre tanto las representaciones del emperador eran muy urgentes, se resolvieron a cambiar su programa con la esperanza de obtener posterior aprobación, y a dirigirse juntos a la dieta de príncipes; de Naumburgo; después pensaban ir a las provincias que se les habían señalado para ejercer la legación. En una nueva conferencia de 12 de enero, el emperador les recomendó que meditaran con atención otros tres puntos. Primero: como los príncipes protestantes tenían el concilio anunciado por una continuación del anterior, y por eso estaban llenos de suspicacia, se les debía quitar esta sospecha. Segundo: era necesario tratar con los protestantes con modestia, y ofrecerles un salvoconducto lo más amplio posible. Tercero: habían de aco-

y la del 13 del mismo mes, en las *Miscell. di stor. Ital.*, VI, 20 s., 34 s., y en *Ehses*, VIII, 128, núm. 80, 131, núm. 82.

(1) La nota del 5 y la respuesta del emperador del 8 de enero, pueden verse en *Raynald*, 1561, n. 20, y más exactas en *Planck*, *Anecdota*, fasc. 21, y en *Ehses*, VIII, 123 s. Cf. *Reimann*, *Commendone*, 241.

modarse en Naumburgo al uso alemán de negociar también por escrito. Commendone pudo prometer incondicionalmente el segundo punto. Sobre el primero contestó que no habían sido enviados a Alemania para disputar con los protestantes, sino sólo para invitarlos al concilio, donde cada cual podría hablar libremente acerca de todo y sería oído con la mayor benignidad. Respecto del tercer punto, Commendone se refirió a su instrucción, la cual le prohibía negociar por escrito para evitar litigios inútiles (1).

El 9 de enero, Fernando contestó al breve, y el 15 al autógrafo del Papa. Ambos escritos hacían esperar a la verdad, con palabras generales, que apoyaría al concilio, pero dejaban oscuro lo que el emperador pensaba hacer (2). Su intención era subordinar su decisión a la respuesta de los príncipes protestantes congregados en Naumburgo. Al invitar a éstos por medio de sus comisarios, a enviar sus embajadores al concilio, puso de realce al propio tiempo su firme resolución de conservar en todo caso la paz religiosa (3).

Commendone y Delfino salieron de Viena el 14 de enero; hicieron el viaje lo más rápidamente que permitían el frío y la nieve, por Praga, donde el archiduque Fernando los recibió, y llegaron a Naumburgo el 28 de enero (4). Allí, conforme a su encargo, procuraron primero negociar con cada uno de los príncipes. Pero no lo consiguieron, sino hubieron de condescender en presentarse en la reunión de todos los príncipes.

Esto sucedió el 5 de febrero (5). Los nuncios primero entregaron a cada príncipe el breve dirigido a él, y un ejemplar de la bula del concilio; luego en alocuciones orales invitaron a los con-

(1) V. la relación de Commendone, de 13 de enero de 1561, en las *Miscell. di stor. Ital.*, VI, 32 s., y en Ehses, VIII, 131 s. Cf. Planck, loc. cit.; Reimann, loc. cit.

(2) V. Sickel, *Concilio*, 159 s.

(3) V. *ibid.*, 157 s.

(4) V. la relación de Commendone en las *Miscell. di stor. Ital.*, VI, 42, 45, 50 s. y el **Viaggio de la Bibl. Chigi de Roma*, mencionado más abajo, p. 224, nota 3.

(5) Cf. la relación de Commendone, de 8 de febrero de 1561, compuesta también en nombre de Delfino, en las *Miscell. di stor. Ital.*, VI, 54 s., editada antes con más corrección en Pogiani *Epist.*, II, 229, nota, y ahora en Ehses, VIII, 149 s., y la relación de Delfino, de 9 de febrero de 1561, publicada por Sickel en las *Nuevas comunicaciones de la Asociación turingio-sajona*, XII (1869), 531 s. Cf. *ibid.* una crítica de las relaciones sobre las negociaciones de los nuncios. Sobre la dieta de príncipes de Naumburgo v. Janssen-Pastor, IV 15-16, 138 s.

gregados a tomar parte en la asamblea general de la Iglesia. Del-fino aseguró que el concilio no sólo daría oídos a los príncipes sobre cuanto desearan proponer, sino que también les otorgaría todas las justas peticiones. Añadió que como ahora acerca de la religión había casi tantas opiniones como cabezas, tantos evangelios como maestros, enviasen sus embajadores a Trento para el restablecimiento de la unidad de la fe, los cuales recibirían salvoconducto en la forma más segura. Commendone hizo notar que precisamente entonces era el tiempo oportuno para un concilio; pues reinaba la paz entre España y Francia, y el presente Papa atendía con todo celo a la supresión de todos los abusos eclesiásticos que se habían introducido, y al levantamiento de la decaída disciplina de la Iglesia. Agregó que considerasen que se trataba de la fe y de la salvación del alma; que si se destruían los fundamentos de la religión, también los reinos habían de arruinarse. Los príncipes congregados desearon recibir por escrito lo dicho por los nuncios, pero desistieron de ello cuando éstos alegaron sus instrucciones contrarias.

Apenas habían los nuncios regresado a su posada, cuando se les hizo un tratamiento ofensivo, semejante al que en su tiempo había recibido el enviado de Paulo III en Esmalcalda (1). Tres consejeros les devolvieron los breves con la declaración de que los príncipes habían advertido sólo después el encabezamiento «Querido hijo»; que como ellos no reconocían al obispo de Roma como padre, debían rehusar el tratamiento de hijos, así como las cartas entregadas. Los nuncios replicaron que el Papa se había servido del tratamiento usado desde antiguo con todos los príncipes cristianos. Después los consejeros dejaron los breves sobre la mesa; la bula del concilio, que era ciertamente un documento mucho más importante, y hacía valer muy de otra suerte la autoridad pontificia que la convencional fórmula de los breves, no estaba entre éstos. La contestación a este documento efectuóse dos días después. No sólo era negativa, sino también estaba expuesta en forma ásperamente injuriosa. Decíase en ella que el Papa no tenía derecho ninguno para anunciar un concilio y hacerse juez en controversias religiosas, pues precisamente él era el autor de todos los errores, y oprimía la verdad más duramente que cualquier otro. Que la principal ocupación de los Papas

(1) Cf. nuestros datos del vol. XI, 99 s.

era levantar unos pueblos contra otros y aumentar su poderío debilitando a las naciones; y que procedían cruelmente contra todos los que no se humillaban hasta adorar a su persona y sus ídolos, sino que querían vivir en verdadera piedad. Luego se negaba toda escisión religiosa por los mismos príncipes que precisamente en Naumburgo litigaban unos con otros sobre la verdadera confesión de Augsburgo. Afirmaban atrevidamente que sin razón se los inculpaba de no ser de una misma fe; pues ahí estaba su clara confesión de Augsburgo, presentada al emperador en 1530, y además también varios otros escritos habían ilustrado y difundido ampliamente la verdad de la doctrina divina. Que al contrario, la Iglesia romana estaba de tal manera inundada de errores y abominables abusos, y la doctrina del Evangelio había sido en ella de tal modo violentada, que parecía más una idolatría gentilica que una comunidad cristiana. Que por el severo precepto de Dios, de evitar la idolatría, los electores y los demás príncipes habían sido impelidos a separarse de la Iglesia romana, y que no querían en manera alguna dejarse imponer leyes por el Papa; que sólo al emperador romano Fernando, su único señor, competía el derecho de convocar un concilio.

A esta ofensiva declaración contestó Commendone tranquila y dignamente, que el Papa había anunciado el concilio de la manera que se había observado en la Iglesia en todo tiempo; que el emperador, al cual los príncipes pretendían atribuir el derecho de convocar el concilio, era muy perspicaz para dejar de conocer la diferencia entre el derecho eclesiástico y el político. Que el Papa, desde su ascensión al trono, había dirigido su atención a las reformas, y había convocado el concilio de tanto mejor gana, cuanto que cabalmente allí se podía proceder del mejor modo a una reformatión general. Que no era reproche injusto el de que hubiese entre los novadores escisión e incertidumbre de opiniones, sino un hecho que estaba patente a los ojos de todo el mundo; que se manifestaba claramente por los escritos de sus teólogos, llenos de muchas opiniones nuevas y entre sí contradictorias, citados por los príncipes. Que si éstos afirmaban que tenían certidumbre de sus creencias, la novedad, su discrepancia del resto de la Iglesia, su separación de la autoridad legal, debían por lo menos quitarles esta certidumbre y hacerlos dudar, sobre todo en una cosa en que se trataba de la eterna salud o condenación eterna.

Que a San Pablo, aquel vaso de elección, que según su propio testimonio había recibido el Evangelio, no de los hombres, sino por revelación, se le había con todo dado por revelación el mandato de ir a Jerusalén y comparar su evangelio con el de los apóstoles, para no correr o haber corrido en vano. Añadió Commendone que considerasen los príncipes que desde los tiempos de los apóstoles acá, todos los antiguos Padres se habían dirigido siempre a la Iglesia romana, como a la maestra y la regla de la verdad; y que también los alemanes habían recibido de ella el cristianismo, como debían reconocerlo. Que se acordasen los príncipes de las palabras evangélicas: ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste! (1).

Aun cuando la respuesta de los príncipes no contenía ninguna contestación a la petición de los nuncios, no podía haber duda de que rehusaban el concilio. Aun Delfino que, con su temperamento sanguíneo, se forjaba ilusiones, reconocía cuán hostiles eran al Papa los congregados en Naumburgo, y temía que los demás príncipes y ciudades protestantes imitarían el ejemplo que se les daba (2). En compañía de Commendone visitó el 11 de febrero al obispo Julio Pflug, que vivía en Zeitz, el cual prometió acudir a Trento. El 13 de febrero los nuncios se separaron, después de haberse entendido bien como venecianos, a pesar de su diferente carácter; conforme a su encargo, Delfino se dirigió a la Alta Alemania y Commendone emprendió su viaje por la Baja (3).

(1) V. Reimann, Commendone, 247 s., 273 s.

(2) Cf. la carta de Delfino a Fernando I, de 10 de febrero de 1561, en Bucholtz, IX, 673 s.; Reimann, loc. cit., 248.

(3) Para la misión de Commendone forman la fuente principal sus cartas, de las que hay ahora una buena edición, hecha por Ehes (cf. arriba, p. 219, n. 4). A éstas se añade una descripción circunstanciada de todo su viaje, desde que partió de Venecia hasta que volvió a ella. Este **Viaggio d'Alemania fatto dal cardinale [sic] Commendone l'anno 1560 [hasta 1561] scritto da S^{ro} Fulgenzio Ruggieri Bolognese et copiato da Giov. Franc. Scardova Bolognese l'anno 1596* se conserva en el Cod. M-I-2, p. 1-68 de la *Bibl. Chigi de Roma*. Algunas noticias sacadas del mismo, ha comunicado Heidenheimer en la Hoja de correspondencia de la Revista de Historia y Arte, del oeste de Alemania, XXI, Tréveris, 1902, 117 s., con el título «Un italiano del siglo XVI por la región renana y por Vestfalia»; pero ellas no agotan en modo alguno el contenido de esta fuente interesante para la historia de la Iglesia y de la civilización (cf. v. Pastor, Una descripción inédita de la ciudad imperial de Aquisgrán, del año 1561, compuesta por el italiano F. Ruggieri, Aquisgrán, 1914). A Heidenheimer se le ha pasado también por alto que una gran porción de pasajes fueron ya publicados en 1746 y 1756 por Lagomarsini, De scriptis

Commendone desistió de una visita a Weimar, porque el duque Juan Federico ni siquiera se dignó dar una respuesta directa a su pregunta, sino se limitó a hacerle decir «¡que nada tenía que tratar con el obispo de Roma!». El príncipe elector Augusto de Sajonia había provisto a los nuncios en Naumburgo de salvoconductos para sus Estados, y hécholes expresar su sentimiento por no haberlos encontrado en una ciudad de su pertenencia, sino en una asamblea, en la cual había tenido que usar de miramientos. Conforme a esto, Commendone fué cortésmente recibido en Leipzig por el ayuntamiento y la universidad, aun cuando toda la ciudad era protestante. Desde Leipzig se dirigió por Magdeburgo a Berlín, adonde llegó el 19 de febrero y permaneció allí algunos días. Pío IV ponía grandes esperanzas en el príncipe elector Joaquín II, porque le había conocido personalmente años antes durante la guerra contra los turcos. Joaquín (1) tuvo cuenta con esta circunstancia con una amabilidad y hospitalidad casi abrumadoras para con el representante del Papa (2). El astuto Hohenzollern colmó a Commendone de muestras de cortesía, le señaló habitación en la parte mejor de su palacio, le invitó repetidas veces a su mesa y tuvo con él largas e íntimas conversaciones sobre teología. Commendone pudo concebir todavía mayores esperanzas de que allí le saldría bien su misión, porque el príncipe elector aceptó sin dificultad la bula del concilio y el breve dirigido a él. Pero la respuesta que se le dió finalmente, con una forma muy atenta, era en el fondo una negativa (3).

invita Minerva, II, 16 s., y en Pogiani Epist., II, 235 s. Lagomarsini atribuye falsamente este itinerario a Graziani. Acerca de la relación sobre Alemania (publicada por Döllinger, Documentos, III, 310 s.), compuesta por Commendone según el tipo o patrón veneciano, cf. Susta, Curia, II, 412. Entre las narraciones sobre este punto, el escrito de Prisac: Los legados pontificios Commendone y Cappacini en Berlín (Neuss, 1846), nada nuevo ofrece, por lo cual sólo hay que citar a Reimann, Commendone, 250 s., quien (p. 273 s.) suministra también documentos para la crítica de las partes concernientes a esta materia, de las obras antiguas (Raynald, Pallavicini, Graciano), y la valiosa memoria de Ehses: Un nuncio pontificio en la región del Rin, p. 39 s.

(1) La pintura del carácter distintivo de este príncipe elector, que trae Ruggieri en el *Viaggio mencionado arriba, p. 224, nota 3, está publicada en Lagomarsini, De scriptis, II, 21; aquí también hay una breve descripción del Berlín de entonces. Sobre Brandeburgo refiere Ruggieri: *Ci sono alcuni frati Franciscani che dicono la messa et i suoi uffitii secretamente in un monasterio, ma ci stanno con gran paura. *Bibl. Chigi de Roma*, loc. cit.

(2) V. Ehses, Un nuncio, 40.

(3) Cf. Reimann, Commendone, 251-259; Ehses, VIII, 171 s.

También el hermano del príncipe elector, el margrave Juan de Brandeburgo, al cual visitó Commendone desde Berlín en Beeskow, recibió al nuncio con gran cortesía, pero le dió una respuesta todavía más duramente negativa que la de Joaquín II (1). El hijo del príncipe elector de Brandeburgo, al contrario, el arzobispo de Magdeburgo, Segismundo, a quien Commendone entregó en Berlín la bula y un breve del Papa, prometió ir pronto a Trento; dijo que acudiría al Papa con la mayor confianza, para pedirle consejo y ayuda en sus negocios eclesiásticos. El príncipe que dió estas solemnes seguridades, era ya entonces secretamente protestante, y antes de que hubiera transcurrido un año, se adhirió también públicamente a la confesión de Augsburgo.

El 3 de marzo terminó la permanencia de Commendone en Berlín. En su despedida Joaquín II le entregó una respuesta cortés al breve del Papa. El príncipe elector, que hasta el fin se deshizo en atenciones, quiso obsequiar al nuncio asimismo con preciosos regalos. Commendone le rogó que desistiera de ello y le otorgara más bien otras dos gracias, a saber: la promesa de leer las controversias de Hosio «Confesión de la fe católica» y restituir a los pobres cartujos que se habían conservado todavía junto a Francfort del Oder, algunas propiedades que les habían quitado. Ambas cosas fueron prometidas.

Por mucho que reconociera Commendone los sentimientos bondadosos y la buena voluntad de Joaquín II para un pacífico arreglo de las contiendas religiosas, no se forjó con todo ilusiones respecto a la actitud de este príncipe en la cuestión del concilio (2). La demanda siempre reiterada por el príncipe elector, de que se otorgara voto a los teólogos protestantes en la asamblea universal de la Iglesia, no podía cumplirse conforme a los principios católicos.

Del 8 al 13 de marzo Commendone permaneció en Wolfenbützel, con el anciano duque de Brunswick, Enrique el Joven. Este príncipe, que había permanecido fiel a la antigua fe, se declaró dispuesto a enviar embajadores a Trento (3). El 14 de marzo Commen-

(1) La respuesta de Juan de Brandeburgo, fechada a 26 de febrero de 1561, se halla en Sickel, Concilio, 176 s. La excursión a Beeskow efectuóse el 25 de febrero; el 26 se encaminó Commendone a Francfort del Oder, y el 28 volvió a Berlín; v. * *Viaggio*, loc. cit.

(2) Cf. los pasajes de las cartas alegados por Reimann, p. 259, nota 1.

(3) Cf. Ehses, VIII, 177.

done fué a Hildesheim. No halló allí al obispo de esta ciudad Burcardo de Oberg. También estaban ausentes el duque de Brunswick Erico II y el obispo de Osnabruck. Por eso Commendone entregó la invitación pontificia al concilio a sus consejeros. En Paderborn, adonde Commendone llegó el 22 de marzo, halló finalmente una ciudad que había permanecido todavía enteramente católica. El obispo Remberto de Kerksenbrock prometió que acudiría al concilio, a pesar de su edad. El 26 de marzo entró en Munster. En oposición a Paderborn, en la diócesis de Munster había muchos separados de la Iglesia, sin duda por efecto de la poca solicitud de los obispos anteriores de dicha población (1). Tampoco el prelado que había entonces, Bernardo de Raesfeld, parecía desplegar suficiente celo en el ejercicio de su cargo pastoral. Conforme a esto fué también su respuesta: procuró disculparse por la proximidad de los protestantes y la desobediencia de sus súbditos, si no iba a Trento.

En el viaje a Colonia Commendone tocó en el territorio del duque de Cléveris, donde encontró asimismo muchos luteranos. Mejor aspecto tenía el país del príncipe elector de Colonia, a cuya capital llegó el nuncio a fines de marzo. Se hospedó allí en la abadía de San Pantaleón. Le sorprendieron a él y a sus acompañantes las numerosas iglesias, se decía que había 300, y los ricos tesoros de reliquias de la metrópoli renana. La ciudad no se había mantenido enteramente libre de herejes; pero la diligencia con que el pueblo acudía a las iglesias, produjo, no obstante, una muy favorable impresión en el representante del Papa (2). Commendone renunció a su primera intención de pasar en Colonia la semana santa y sólo después ejecutar sus encargos, cuando recibió la noticia de que estaba convocada para el 20 de abril una dieta de los príncipes electores en Francfort. No debía dejarse de aprovechar esta favorable ocasión de promover la causa del concilio. Se dirigió por tanto el nuncio sin dilación a Brühl, para verse con el arzobispo Juan Gebhard de Mansfeld, afligido por una enfermedad. Pero la respuesta que allí recibió, fué muy desagradable. Al enviarla al cardenal Borromeo, Commendone escribía: «No creo que alguno de los obispos piense en ir a Trento. Los príncipes herejes hacen

(1) Cf. Ruggieri en el **Viaggio de la Biblioteca Chigi de Roma*, citado arriba, p. 224, nota 3.

(2) V. Ruggieri, **Viaggio, Bibl. Chigi de Roma*.

todo lo posible para impedir su presencia y debilitar de este modo la autoridad del concilio» (1).

Commendone fué a ver al príncipe elector de Tréveris, Juan von der Leyen, en una excursión a Coblenza. Ambos príncipes de la Iglesia se entendieron muy bien y trabaron amistad, aunque Juan hizo resaltar aún más vigorosamente que los demás obispos, la imposibilidad de dejar su pueblo y diócesis a vista de la situación llena de peligros y de la experiencia adquirida en 1552 (2).

En sus conferencias con el arzobispo de Tréveris, cuya diócesis se había conservado todavía enteramente católica (3), Commendone se expresó con gran sinceridad acerca de las tristes impresiones que hasta entonces había recibido en su viaje por la Baja Alemania. «Los negocios religiosos en Alemania — dijo — están ahora de suerte que no se puede diferir más la curación; cuanto más se retarde, tanto será más difícil y peligrosa. El número de los herejes crece de día en día; no sólo han ganado a la mayoría de los príncipes seculares, sino han también contaminado y contagiado los países de los príncipes católicos, así eclesiásticos como seculares, de manera que apenas pueden éstos servirse de sus vasallos u obtener de ellos los tributos acostumbrados y la obediencia debida. Sin duda las fuerzas de los Estados católicos del imperio son todavía superiores a las de los protestantes, y nada hace a éstos tan autorizados y temidos como su exterior unidad; pero en su corazón están muy divididos, y sólo unidos por el odio común a la religión católica y su codicia de los bienes eclesiásticos que todavía quedan. Por tanto los príncipes católicos del imperio tienen necesidad de buena inteligencia entre sí y de una verdadera unión. De ellas podrían esperar todo bien y un feliz resultado en la dieta y aun sin ésta, y mediante las mismas les sería posible abrirse camino para el concilio.»

Juan von der Leyen comunicó a Commendone confidencialmente los impedimentos que hasta entonces habían hecho fracasar la formación de una liga católica. Pero Commendone persistió en su parecer de que si no se resolvían a unir a los católicos y librar-

(1) Carta de 11 de abril de 1561, en Ehses, VIII, 188 s.

(2) Cf. Ehses, Un nuncio, 41 y VIII, 193 s.

(3) *In questo stato sono manco heretici che negl' altri degl' elettori di Colonia et Moguntia et per tutto si vive catolicamente, escribe Ruggieri, loc. cit.

los de su temor y servidumbre, los asuntos religiosos habrían de llegar a una situación casi desesperada. Tampoco el arzobispo de Tréveris parecía exento de miedo. Esto lo mostró en sus declaraciones respecto de la dieta de los príncipes electores, así como en su respuesta en lo tocante a la cuestión del concilio, en la que decía que no se podía presentar en Trento personalmente a causa de los peligros ciertos a que expondría su país con su ausencia (1).

El 19 de abril Commendone estaba de nuevo en Colonia, donde recibió la visita del obispo de Osnabruck, Juan de Hoya. Este prelado, al cual por lo demás Commendone elogia mucho, indicó asimismo vivamente el intranquilo estado del imperio, y los peligros que amenazaban a los obispos que se dirigieran al concilio. Propuso que los arzobispos celebraran sínodos provinciales por encargo del Papa y éstos luego delegaran al concilio algunos obispos; y que los otros obispos se quedasen para defender sus diócesis y las de los demás. No obstante, Commendone se declaró contra la celebración de sínodos provinciales, peligrosos y que absorben mucho tiempo.

La respuesta del concejo de Colonia y de aquella universidad a la invitación al concilio fué satisfactoria. Con todo, a Commendone no se le ocultaba, a pesar de ello, que también en el distrito de Colonia amenazaban graves peligros a la Iglesia. Colocaba grandes esperanzas de alejarlos, en los jesuitas; pero éstos en la metrópoli renana tenían que pelear mucho contra los celos de los clérigos y principalmente de las Órdenes mendicantes. Muy contristado estaba el nuncio por la increíble flojedad de tantos católicos. «Parece enteramente—escribía—como si fueran los nuestros los que confían sólo en la fe sin obras; tan pocas muestras dan de cuidarse de que se ponga remedio a la presente perversidad. Aquéllos, al contrario, aunque están fuera de la verdad y por eso no pueden tener ninguna verdadera unión, procuran no obstante apoyarse unos a otros y darse apariencias de estar concordes.» (2)

Mucho más peligrosa situación que en el arzobispado de Colonia, halló Commendone en el ducado de Cléveris, en cuya

(1) V. las cartas de Commendone, de 14 y 21 de abril de 1561, en Ehses, VIII, 191 y 194. Cf. Reimann, Commendone, 261 s.

(2) Cartas a Borromeo, de 21 y 25 de abril de 1561, en Ehses, VIII, 194 ss.

capital entró el 26 de abril. Aquí la apostasía de Roma había hecho ya grandes progresos. En Cléveris había numerosos herejes. La ciudad de Wesel era casi enteramente protestante; en Dusseldorf un declarado protestante enseñaba a quinientos discípulos, y el predicador de la corte daba al pueblo la comunión bajo las dos especies. Commendone no descuidó hacer al duque Guillermo IV representaciones serias contra esto, pero procedió en ello con gran prudencia. Lo cual era necesario, porque el duque estaba disgustado a causa de la dilación de Pío IV en conceder la licencia para fundar una universidad en Duisburgo (1). Como una apostasía del duque de Cléveris hubiera podido traer en pos de sí incalculables consecuencias, por efecto de la situación de su país, Commendone procuró apaciguarle; recomendó que en Roma tuviesen la mayor condescendencia posible (2). En el asunto del concilio, Guillermo IV mostró la mejor voluntad de enviar embajadores, pero al propio tiempo dió a conocer el deseo de que se concedieran la administración del cáliz a los legos y el matrimonio de los sacerdotes (3).

Desde Cléveris Commendone visitó los Países Bajos. El 29 de abril se dirigió a Utrecht, adonde llegó el 30. Desde allí se encaminó por Dortrecht a Amberes, adonde arribó el 3 de mayo y permaneció allí hasta el 12. Aquí recibió la orden del cardenal Borromeo de llevar también personalmente al rey de Dinamarca la invitación al concilio (4). Si lograba ganar a este poderosísimo príncipe del norte, que además estaba emparentado con las dos cortes principales de los protestantes alemanes, la de Brandeburgo y la de Sajonia, mucho en realidad se habría conseguido. Según la

(1) Sobre este negocio cf. Susta, Curia, I, 109 s.

(2) El negocio se prolongó aún hasta el año 1562. El 15 de junio de 1562 se envió al duque la bula con la antedata de 10 de abril, para la erección de la universidad de Duisburgo; v. Lacomblet, Cartulario, IV, núm. 564; Susta, Curia, II, 211.

(3) A las noticias sobre la permanencia de Commendone en el ducado de Cléveris, conocidas hasta ahora y utilizadas por Reimann, Commendone, 264 s., y Lossen, Cartas de Masio, 331 s., añádese todavía el * *Viaggio de Ruggieri*, en el cual se dice sobre el estado de la religión en aquel país: «Quanto alla religione il duca non mostra di dissentire in altro dalla fede cattolica che nella communione sub utraque specie ch' egli riceve apertamente; la sua corte è quasi tutta lutherana. Nei stati si vive per il più alla cattolica, ma per tutti i luoghi sono molto heretici. *Bibl. Chigi de Roma*.

(4) Cartas de Borromeo de 4-7 de marzo de 1561, Lett. di princ., XXII 113; *Archivo secreto pontificio*. Cf. Susta, Curia, I, 199 y Ehses, VIII, 169 s.

actitud que hasta entonces había tomado el rey danés, había ciertamente muy poca esperanza de un buen suceso. No obstante, Pío IV nada quiso dejar de intentar.

Para realizar la visita en Dinamarca Commendone necesitaba especiales salvoconductos y recomendaciones del emperador, los cuales no se podían obtener muy presto. El incansable varón aprovechó este intermedio para seguir trabajando en los Países Bajos por que mandaran embajadores al concilio. El 12 de mayo, por Malinas y Lovaina, se dirigió a Bruselas. Durante su estancia allí (22 de mayo) negoció con la gobernadora Margarita y el cardenal Granvela, los cuales mostraron gran celo por el concilio. Con todo, desaconsejaron el viaje a Dinamarca como peligroso para la persona del nuncio, y no conveniente a la dignidad del Papa. Contra esto opinó Commendone que el servidor debía incondicionalmente cumplir la voluntad de su señor y no podía tomar en consideración su propio peligro (1). En Lovaina el nuncio se había informado de las controversias teológicas que el profesor de aquella universidad Miguel Bayo, anheloso de novedades, había suscitado; enteró de ello a Roma y dió el prudente consejo, que ejecutó también Pío IV, de imponer silencio a Bayo y a sus adversarios (2).

En el obispo de Lieja, Roberto van Berghen, Commendone pudo conocer a un prelado señalado por su erudición y piedad, el cual mostraba vivo celo por el concilio, pero estaba afligido por una grave enfermedad. El 30 de mayo el nuncio abandonó a Lieja. Durante su permanencia en Bélgica habíale ocupado también la cuestión de los obispados allí nuevamente erigidos.

En la ciudad imperial de Aquisgrán, Commendone confirmó al ayuntamiento y a los ciudadanos en su gran celo de la antigua fe. Para enviar al concilio faltaban en la ciudad personas a propósito. En cambio el concejo prometió rigurosa observancia de los decretos que en Trento se acordaran (3).

El 2 de junio Commendone desde Aquisgrán dió la vuelta a Amberes y permaneció allí tres semanas aguardando nuevas

(1) Cf. las cartas de Commendone en Ehses, VIII, 205 ss.

(2) Cf. *ibid.*, 221 s.; Pallavicini, 15, 7, 7 s., 11 s.; Susta, I, 34 s., 49 s. El negocio de M. Bayo se tratará más tarde todo seguido.

(3) Sobre la permanencia en Lieja y Aquisgrán cf. la carta de Commendone, publicada por Ehses, VIII, 216 s. La relación de Ruggieri sobre Aquisgrán la he publicado yo en la Revista de la Sociedad de Historia de Aquisgrán (cf. arriba, p. 124, nota 3).

noticias de Roma. El 24 salió para Amsterdam, desde donde se encaminó por Osnabruck a Lubeck. La permanencia en esta ciudad, del todo protestante y muy inmoral, a la que Commendone llegó el 9 de julio, había de extenderse a dos meses enteros y resultar al fin enteramente inútil.

Mientras el concejo de Lubeck estaba todavía irresoluto sobre si debía observar para con el representante del Papa las reglas ordinarias de cortesía diplomática, los predicadores protestantes levantaban el grito desde los púlpitos contra el demonio que había venido, según decían, para inquietar las conciencias y engañarlas con la fábula del concilio. Al fin el concejo se resolvió a no tomar absolutamente en consideración el encargo de Commendone (1). Pero este mal éxito hubiera sido todavía soportable, si no se hubiera frustrado también enteramente la otra tan importante misión con el rey de Dinamarca.

Lleno de celo, Commendone se había declarado dispuesto a llevar la invitación para el concilio aun al rey de Suecia, Erico XIV. Pío IV, que quería confiar esta comisión primero a Canobio, destinado a Rusia, se decidió finalmente, según el consejo de Hosio, por Commendone. Este se había dirigido por escrito al rey de Dinamarca, Federico II, quien empero ni siquiera tuvo a bien contestarle directamente. Escribió sólo el 22 de julio de 1561 al comisario imperial Gaspar de Schöneich, que acompañaba a Commendone en la Alemania del Norte, que negaba la solicitada entrada en su reino, al representante del obispo de Roma, con el cual no tenía relación ninguna (2).

La tanto tiempo deseada respuesta del rey de Suecia, que llegó a fines de agosto de 1561, no sólo guardaba las formas, sino también en el fondo daba todavía alguna esperanza. Erico XIV excusaba su dilación, alegando que no se había podido resolver acerca de su viaje a Inglaterra; decía que como ahora ya se había decidido, dejaba a disposición del nuncio el que fuera a verle

(1) V. Ehses, VIII, 233 y 239 s. Cf. también Illigens, *Historia de la Iglesia de Lubeck* (1896), 149 s.

(2) Sobre el plan de enviar a Commendone al norte cf. las cartas del mismo en las *Miscell. di stor. Ital.*, VI, 165, 168, 171 s., 176 s., 178 s., 181 s., 186 s., 190 s., 197 s., 203 s.; Biaudet, *Commendones legation till Danmark och Sverige, 1561*; *Finska, Vet. Soc. Förhandlingar*, XLVII, núm. 18, Helsingfors, 1904-5. El breve al rey de Suecia y Noruega, de 5 de diciembre de 1560, se halla en Raynald, 1560, n. 74; Le Plat, IV, 666. Cf. ahora Ehses, VIII, 117, núm. 70.

allí, o esperara hasta su regreso a Suecia. A la carta acompañaba un salvoconducto (1).

Era con todo muy dudoso si sería posible el viaje de Commendone a Inglaterra, pues la reina Isabel había ya antes prohibido que pisara su territorio el abad Jerónimo Martinengo, que le había de llevar una invitación al concilio (2).

Para aguardar el ulterior desenvolvimiento de este negocio, Commendone se resolvió a volver a Amberes. En su difícil situación le consolaba el saber que sus amigos de Roma, los jesuitas y otros religiosos rogaban por él incesantemente (3). El 9 de septiembre salió de Lubeck (4) y se encaminó por Verden, Osnabruck, Munster, Emmerich y Cléveris, hacia Amberes, adonde llegó el 26 de septiembre. Mientras esperaba allí ulteriores noticias, Erico XIV desistió de su viaje a Inglaterra, porque Isabel declaró al embajador del rey de Suecia, que por entonces ella no pensaba casarse. A mediados de noviembre, Commendone, en Bruselas, donde había activado la reorganización de los obispados belgas, recibió del cardenal Borromeo la orden de volver a Roma, y de camino invitar todavía al concilio al duque Carlos II de Lorena (5). En Roma estaban generalmente satisfechos del celo que el nuncio había desplegado durante su legación (6).

El 8 de diciembre Commendone se dirigió desde Bruselas, por Mons y Reims, a Nancy, a la corte del joven duque de Lorena. Allí se encontró con el cardenal Guisa y trató con él de las circunstancias religiosas de Francia y Escocia, donde reinaba la sobrina del cardenal, María Estuardo. Respecto del concilio el

(1) Miscell. di stor. Ital., VI, 233. Ehses, VIII, 252, nota 2.

(2) Cf. Pallavicini, 15, 7, 1-2; Reimann, Commendone, 271; Susta, 1, 196. Cf. más abajo el capítulo VIII.

(3) Cf. la *carta de G. A. Caligari a Commendone, fechada en Roma a 30 de agosto de 1561, Lett. di princ., XXIII, 32, *Archivio segreto pontificio*.

(4) Con la carta fechada en Lubeck a 1.º de septiembre de 1561, cesa la impresión en las Miscell. di stor. Ital., VI, 235. Las otras cartas, que se hallan en la copia del Registro del *Cod. Barb., fueron utilizadas por Susta (I, 138, 312, 319) y en lo que atañe al concilio, publicadas por Ehses (VIII, 252 s.).

(5) La carta de Borromeo está fechada el 25 de octubre de 1561; v. Susta, I, 312. Sobre el viaje de vuelta v. *Ruggieri, Viaggio, *Bibl. Chigi de Roma*, y Ehses, VIII, 257.

(6) Así lo notificó G. A. Caligari a Commendone, por una *carta escrita desde Roma el 1.º de noviembre de 1561, Lett. di princ., XXIII, 41, *Archivio segreto pontificio*.

duque contestó que se guiaría enteramente por lo que hiciera el emperador (1).

Commendone permaneció en Nancy hasta el 9 de enero de 1562; luego se encaminó por Metz, Tréveris, Coblenza y Wiesbaden a Maguncia. Con dolor observó también en esta antigua ciudad episcopal, que numerosos luteranos procuraban socavar la fe de los habitantes. Tanto le consoló más el ver que el colegio de los jesuitas, poco antes fundado por el príncipe elector Daniel Brendel y sostenido con sus propios haberes, enseñaba muy fructuosamente a la juventud con espíritu católico (2). El 31 de enero Commendone salió de Maguncia para dirigirse por Francfort y Aschaffenburg a Wurzburg. El obispo de allí, Federico de Wirsberg, honró de todas maneras al representante del Papa; no obstante, por efecto de su ancianidad no estaba en situación de emprender el viaje a Trento. Respecto a religión las cosas estaban bastante bien en la diócesis de Wurzburg, pues el obispo empleaba todos los medios para conservar en el pueblo la fe católica. También en el obispado de Bamberg, que Commendone visitó el 9 de febrero, los católicos tenían todavía la preponderancia; el pueblo era en su mayor parte católico, al contrario la nobleza era adicta a las nuevas doctrinas. Para lo por venir era de temer que se empeorara la situación por causa de la persona poco a propósito del obispo (3).

Desde Bamberg el nuncio fué a Nuremberg, donde se había prohibido todo culto católico. Después volvió a territorio católico. En Eichstätt, Ingolstadio y Frisinga, la antigua Iglesia estaba todavía inconvencible, pero no faltaban herejes, principalmente en la Baviera inferior (4). Con todo la actitud católica del duque Alberto, que asistía diariamente a misa, dejaba esperar que no se

(1) V. Pallavicini, 15, 8, 8. Cf. Lagomarsini, *De scriptis*, II, 82 s.

(2) Cf. Hansen, *La Orden de los jesuitas* (1896), 392; Duhr, I, 103 s.; Heidenheimer, loc. cit., 119 (v. arriba, p. 224, nota 3). Sobre este príncipe elector, a quien Commendone visitó en Aschaffenburg, observa *Ruggieri que es bueno y católico, ma quasi tutta la sua corte è lutherana e massimamente i principali. El pasaje que cita Lagomarsini (II, 96) como procedente de Graziani, parece ser un extracto de Ruggieri.

(3) Cf. *Ruggieri, *Viaggio, Biblioteca Chigi de Roma*; y además Lagomarsini, II, 96 s.

(4) *Quanto a la religione in tutti i luoghi si celebra la messà et si dicono tutti gli altri uffizii, ma per tutto sono heretici et nel inferior Baviera ce n' è maggior copia. Ruggieri, loc. cit.

llegaría allí a un trastorno religioso. Cuando Commendone arribó a Munich el 11 de febrero, el duque estaba cabalmente a punto de enviar a Pío IV un embajador, que debía hacer su camino por Trento. Desde Munich Commendone emprendió la vuelta hacia el sur (1).

Mientras él, en las partes norte y oeste del imperio, se afanaba prudente, comedido y apacible (2), su colega y paisano *Delfino* trabajaba con celo no menor en el distrito a él señalado para ejercer la legación (3). A mediados de febrero de 1561 se había dirigido desde Naumburgo, por el Voigtland, primeramente a Franconia. Como italiano padeció mucho con el desacostumbrado clima. La nieve y la lluvia habían reblandecido los caminos, de suerte que el viaje fué muy penoso. No obstante, Delfino hizo todo lo posible para adelantar rápidamente. Visitó primero a Bamberga, luego a Nuremberg y Wurzburg, desde donde hizo una excursión a Mergentheim para verse con el gran maestre de la Orden Teutónica (4). Por Francfort fué luego a Maguncia, Worms, Espira (5), y finalmente a principios de mayo de 1561 a Estrasburgo. Por lo que tocaba al concilio, halló que en todas partes estaban de acuerdo las opiniones sobre su necesidad, pero sólo los menos de los invitados querían presentarse en Trento. Los obispos certificaban a la verdad todos que se someterían al concilio, pero se resistían a emprender personalmente el largo camino. Unos se excusaban con su enfermedad o debilidad senil, otros con su pobreza, y otros también con los peligros que con su ausencia se originarían para sus diócesis. En las ciudades imperiales se hicieron al nuncio las acostumbradas demostraciones honoríficas, pero las contestaciones que recibió, eran enteramente desagradables;

(1) Según *Ruggieri, loc. cit., Commendone salió de Munich el 27 de febrero de 1562. Después de haber informado en Trento a los legados del concilio sobre sus trabajos, partió de allí el 15 de marzo y el 17 llegó al distrito veneciano de Mestre. La relación final de Commendone a Borromeo, de 8 de marzo de 1562, está ahora publicada en Ehse, VIII, 281 s.

(2) Cf. el juicio de Ehse, Un nuncio, 44.

(3) Las fuentes para la misión de Delfino son muchas menos que las existentes para la legación de Commendone; pero en cambio hay de ellas una excelente edición, hecha por Steinherz, I, 341-398.

(4) Cf. la relación de Delfino al cardenal Hérc. Gonzaga, de 19 de marzo de 1561, en Steinherz, I, 346. La respuesta del concejo de Nuremberg a Delfino se halla en Sickel, Concilio, 182 s.

(5) V. Steinherz, I, 350 s.

varias, principalmente la de la ciudad de Estrasburgo, fueron ásperamente negativas (1). Delfino aprovechó su estancia en dicha ciudad para negociaciones que tenían por fin atraer a algunos protestantes italianos que, como el conde Thiene, el doctor Massaria y Jerónimo Zanchi, habían hallado refugio en país extranjero. El nuncio tuvo también repetidas conferencias con Vergerio en Estrasburgo, Zabern y Schwarzach. Estas negociaciones no tuvieron resultado alguno. En parte no carecían de riesgo, como presto conocieron en Roma, pues Vergerio seguramente «no tuvo otro fin sino desahogar su ardiente odio contra el papado y forjar contra él nuevas armas de las eventuales ofertas para que volviera a la Iglesia» (2).

Desde Estrasburgo Delfino se dirigió por Friburgo al obispo de Constanza, que residía en Meersburgo, y al abad de Weingarten; ambos declararon que no podían ir a Trento por su ancianidad. El obispo de Merseburgo, que visitó a Delfino en Ulma a fines de mayo, hizo depender su resolución de la actitud del emperador. El concejo de Ulma no quiso separarse de los demás secuaces de la confesión de Augsburgo. Los de esta ciudad aseveraron que deseaban ciertamente con mucho anhelo el restablecimiento de la unidad religiosa, pero que a vista de su impotencia, no podían hacer más que expresar sus ardientes deseos de ello (3). Al contrario, la universidad de Ingolstadio prometió delegar embajadores a Trento, lo propio que el duque Alberto de Baviera, a cuya corte, Munich, Delfino llegó el 4 de junio. Este príncipe, refiere el nuncio a Roma desde allí el día 10, sobrepuja a todos los demás en celo por la conservación de la fe católica. Delfino trató también con Alberto de la desunión religiosa de los protestantes; y en sus conferencias llegaron al justo conocimiento de que la decisión definitiva de las controversias religiosas estaba, no en los teólogos, sino en los príncipes. Delfino repitió en esta ocasión lo que ya antes había hecho notar, que, en la desunión religiosa de los protestantes no se podía fundar ninguna esperanza demasiado

(1) La respuesta de Estrasburgo puede verse en Steinherz, I, 355 s. El breve a Estrasburgo, de 13 de diciembre de 1560, se halla en Raynald, 1560, n. 76; Le Plat, IV, 666 s.

(2) Juicio de Steinherz (I, 368), quien trata por menudo este asunto (I, 266 s., 277 s., 292 s., 294, 312, 320, 333 s., 345 s., 356 s., 367 s., 374 s., 394). Cf. también Hubert, 179 s. y Susta, I, 29, 39 s., 96 s.

(3) Cf. Steinherz, I, 370 s., 375 s. y Ehses, VIII, 218 s.

grande para la situación de la Iglesia católica en Alemania. Que ésta continuaba siendo por extremo peligrosa, y que, como quiera que fuese, se debían emplear todos los medios para mover a algunos de los protestantes a tomar parte en el concilio (1).

El resultado de la misión de Delfino no fué en total más satisfactorio que el de su colega Commendone. Es verdad que había recibido promesas de varios obispos, pero las ciudades imperiales protestantes no le habían dado sino respuestas negativas.

De semejante manera que en Alemania, también en Suiza los cantones protestantes se negaron a enviar embajadores al concilio con diversos pretextos. Los cinco cantones católicos, al contrario, a los cuales el obispo de Como, Juan Antonio Volpi, comunicó la bula del concilio, se mostraron dispuestos a hacerse representar en el sínodo por sus delegados. Presto se añadieron a a estos cantones Friburgo, Soleure y Glaris (2).

III

De importancia decisiva era la actitud del emperador respecto del concilio. Hosio le hizo las más enérgicas representaciones, pero al principio no logró obtener su asentimiento a la bula del concilio. Mas finalmente, a fines de enero de 1561, Fernando abandonó por lo menos su resistencia a la solemne publicación de la bula de indulgencias en Viena, con lo cual reconocía en principio el plan pontificio del concilio (3). Pero cuando el 13 de febrero de 1561 llegó la contestación de los príncipes protestantes reunidos en Naumburgo, el emperador se hizo aún más reservado que hasta entonces y tomó todavía más una actitud expectante. Inútilmente procuró Pío IV producir una mudanza con su condescendencia en el asunto de la visita de los monasterios, y enviando al gentilhombre de cámara Canobio con la espada y sombrero bendecido. Cuando Canobio y Hosio el 14 de enero trataron con Fernando sobre la aceptación de la bula, observó el emperador que por lo que a él tocaba, había asentido siempre,

(1) V. la relación a Borromeo, de 10 de junio de 1561, en Steinherz, I, 395 s.

(2) Cf. Mayer, I, 37 ss.; Reinhardt-Steffens, J. Fr. Bonhomini, Introducción, p. xxxii s.; Ehses, VIII, 265 s.

(3) Cf. Eder, I, 72 s.

pero quería que el concilio tuviera buen éxito y no se originara una guerra de su convocación; que ahora era su solicitud que los obispos católicos pudieran asistir al concilio sin temor; que intentaba prometer la paz a los príncipes protestantes, si ellos la prometían asimismo a los obispos que se encaminaran al concilio. Dos días después el emperador declaró a Hosio otra vez, que él mismo estaba por el concilio, pero no podía por lo pronto prometer la asistencia de los obispos; que por eso quería antes consultar todavía a los príncipes católicos del imperio. Hosio repuso que había peligro en la dilación, si los franceses, aburridos de esperar, celebraban un concilio nacional y seguían su camino propio en las cosas eclesiásticas, con lo cual se robustecería el poder de los protestantes. Sin embargo de esto, el emperador persistió en su opinión de que nada podía hacer antes de haberse aconsejado con los príncipes católicos, o por lo menos con los electores eclesiásticos (1). Los continuados esfuerzos de Hosio en los días siguientes no lograron mejor resultado, porque Fernando siempre alegaba de nuevo, que debía esperar la respuesta de los príncipes electores eclesiásticos (2).

Durante estas negociaciones, Francia pareció abandonar la resistencia a la bula del concilio. A principios de marzo el Consejo de Estado acordó la aceptación de la bula, lo cual se comunicó al nuncio Gualterio y al enviado extraordinario Lorenzo Lenzi, obispo de Fermo. En una nota oficial de 3 de marzo, que el abad Niquet debía llevar a Roma, se mantuvo, no obstante, como condición para la participación de Francia en el concilio, la aquiescencia de Fernando I y Felipe II (3).

Todavía antes que la noticia de esto llegara a Roma, Pío IV

(1) Cf. Steinherz, I, xcix, 215 s.; Eder, I, 73.

(2) V. Steinherz, I, 219 s.; *ibid.*, 221 s. hay la relación de Hosio a Borromeo, de 3 marzo de 1561, sobre la conferencia que tuvo con Fernando I el 2 de marzo. El último día de febrero de 1561 escribía Hosio a Commendone: *Hic nihil est novi hoc tempore. Concilii causa nescio quomodo extrahitur longius. Caes. Maiestas non satis suam sententiam explicat ac prius etiam rem ad principes ecclesiasticos electores praesertim referri vult quam expresse declarat se in concilium consentire. Ego urgere non desino, quantumque periculi sit in mora positum inculco, sed non multum proficio. Quid sit futurum, Deus scit. El 11 de marzo refiere de nuevo a Commendone: *Adhuc Caes. Maiestas deliberat in causa concilii et responsum a catholicis principibus ex Germania expectat. *Archivo Graziani de Città di Castello.*

(3) V. Susta, I, 170; Sickel, Concilio, 186, nota; Eder, I, 74; Ehses, VIII, 167.

había pasado a nombrar los legados del concilio. Con esto quería dar una prueba irrefutable de que tomaba en serio la celebración del sínodo. Ya a fines de junio de 1560 el Papa había manifestado su designio de nombrar legado del concilio a Morone (1). En octubre se decía en Roma que además de Morone, habían sido también escogidos Seripando y Gonzaga, para representar al Papa en el concilio. Contra Morone y Seripando trabajaba el embajador español Vargas (2). Morone a principios de diciembre rehusó formalmente el ofrecimiento pontificio (3). También se negó el cardenal Hércules Gonzaga, pero declaró el 6 de febrero su pronta disposición de ánimo cuando el Papa persistió en su voluntad (4). En vista de ello Pío IV, en un consistorio de 14 de febrero de 1561, le nombró a él y a Púteo legados del concilio (5). El 10 de marzo fueron elegidos otros tres legados de la serie de los cardenales nuevamente creados el 26 de febrero: Seripando, Hosio y Simonetta (6).

Los cardenales a quienes se confió la representación del Papa, eran apropiados de manera eminente para su elevado

(1) V. la relación de Vargas en Voss, 63.

(2) Cf. Döllinger, Documentos, I, 340 s., 346 s.; Susta, I, XLVIII s.

(3) V. Susta, I, XLVIII.

(4) V. *ibid.*, XLVIII-XLIX. En una *relación de Fr. Tonina, de 1.º de enero de 1561, se dice: Da persona che mi dice haverlo da altro che gli disse haverlo del Papa esso vuole per ogni modi che *mons. di Mantova sia il legato del concilio* (las palabras de cursiva están en cifra). *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. también la relación del embajador portugués, de 26 de enero de 1561, en el Corpo dipl. Portug., IX, 162 s.

(5) V. Massarelli, 351. Mula notificaba el 14 de febrero de 1561: *Et ella [Sua S^{ta}] si avviò verso Belvedere, dicendo che, se non m' aggravava il camminar, io la seguisse, e tal volta mi chiamava colla mano dicendo qualche parola e tra le altre che haveva fatto duoi legati per il concilio e domandando, che me ne pareva, laudai grandemente l' uno e l' altro. Ella soggiunse: Ne faremo tre altri, e se non ne havemo de' fatti cardinali che siano al proposito, gli faremo di nuovo, teologi e legisti che siano da bene, e se non basteranno quelli, ne faremo degli altri e ci andremo ancora noi, quando conosceremo che sia bisogno. E dicendo io che l' impresa è grande e difficile e che bisogna che Sua Santità sia correttore degli errori del tempo passato, ella sospirando pregava Dio che lo potesse fare e che non mancheria di tutto quello che si sapesse immaginare e che tutti dovessero pregare Dio che l' aiutasse in questa difficilissima impresa. *Archivio segreto pontificio*.

(6) V. Massarelli en Merkle, II, 351. Cf. Bondono, 546; Seripandi Comment., 464; la carta del embajador portugués, de 14 de marzo de 1561, que se halla en el Corpo dipl. Portug., IX, 196 s.; la *relación de Saraceni, de 14 y 18 de marzo de 1561, *Archivio pubblico de Florencia*.

cargo (1). A su cabeza estaba como presidente del colegio de los legados, el cardenal de Mantua, *Hércules Gonzaga*, ornado con la púrpura ya por Clemente VII, personaje sobresaliente en muchos respectos, ilustre por sus grandes cualidades personales. Aunque su vehemente pretensión de la tiara arroja una sombra sobre su carácter, con todo el hijo de la célebre Isabel de Este se ha de considerar como un digno y capaz representante del Papa por efecto de su mucha experiencia de largos años, su vasto saber, su celo de la reforma, su posición de príncipe y su parentesco con el emperador.

Hércules Gonzaga era sobre todo diplomático, no teólogo docto. Lo que le faltaba en este respecto, lo poseían en grande medida los demás legados: Simonetta, Púteo, Seripando y Hosio. *Ludovico Simonetta*, descendiente de una familia milanese de humanistas, ocupaba la posición más importante después de Gonzaga, aunque por no haber sido nombrado cardenal hasta el 26 de febrero de 1561, era, según la categoría, el último de los legados. Por ser excelente canonista, era el verdadero hombre de confianza de Pío IV, cuyos derechos defendió con ardiente celo y gran prudencia. Es significativo que, fuera del presidente, sólo Simonetta disponía de cifra para su correspondencia con Roma.

Jacobo Púteo, cardenal desde 1551, había prestado a la Iglesia importantes servicios bajo Julio III y Paulo IV. Lo propio que Simonetta, poseía profundos y extensos conocimientos en derecho canónico. Esto hacía a ambos muy a propósito para mantener los derechos de la Santa Sede contra las tendencias conciliares.

Por la ciencia teológica resplandecían de igual manera Hosio y Seripando; su carácter era tan diferente como su origen. *Jerónimo Seripando*, descendiente de una familia noble de Apulia, es acaso el varón más eminente de que por entonces podía gloriarse la Orden de los eremitas agustinianos. Paulo III, en 1538,

(1) Para lo que sigue cf. las excelentes explicaciones de Susta, I, XLIII s., LVI s. V. además Sickel, Relaciones, V, 65 s.; Sol, Il card. L. Simonetta, en el Arch. Rom., XXVI, 185 s.; Eder, I, 119 s.; Lauchert, 536 s. Sobre Seripando cf. nuestros datos del vol. XI, 436-438; XII, 201, 213, 275, 276, 346, 408, 570; sobre Púteo el vol. XIII, 172; vol. XIV, 57 s., 96, 226 s., 263 s., 303 s. El trabajo de Juan Drei: La política di Pío IV e del card. E. Gonzaga 1559-60, que se halla en el Arch. d. Soc. Rom., t. XL, desgraciadamente no me ha sido aún accesible.

había nombrado prior general a este italiano del sur, muy notable como predicador, teólogo, ciceroniano, helenista y sobre todo como amigo de la reforma católica. Como tal, Seripando trabajó con encendido celo por reformar de una manera radical la Orden de los ermitaños de S. Agustín, y purificarla de los elementos luteranos que se habían introducido en ella en muchas partes. Durante el primer periodo del concilio de Trento, Seripando desempeñó un papel eminente. Su intervención dió lugar a las detenidas deliberaciones sobre la doctrina de la justificación, en las cuales fué luego desechada la teoría conciliadora defendida por él, bien intencionada, pero equivocada. Desde este tiempo Seripando se atrajo la desconfianza del partido rigurosamente conservador, dirigido por Carafa. Hostilidades de esta parte, así como un permanente estado enfermizo, fueron las causas de que en 1551 renunciara al generalato de su Orden y a tomar parte en las deliberaciones del concilio, de nuevo abierto por Julio III, a fin de vivir para sus estudios en Nápoles. Su nombramiento de arzobispo de Salerno, en 1554, le hizo posible vivir lejos de Roma en su diócesis durante el pontificado de Paulo IV, que le era adverso. El nuevo Papa se acordó pronto del fino y comedido sabio, le llamó a Roma y le admitió en el sacro colegio el 26 de febrero de 1561.

Asimismo amante de las ciencias, aunque de indole enteramente diversa, era *Estanislao Hosio*, obispo de Ermeland. Como adalid de los obispos de su patria, Polonia, contra la invasión del protestantismo, había prestado ya eminentes servicios a la restauración católica, en varias dietas y con su vigoroso escrito *Confesión de la fe católica*, cuando Pío IV le nombró nuncio cerca de Fernando I. Su carácter enérgico y a veces áspero, así como su índole pesada, le hicieron con todo muy poco a propósito para las negociaciones diplomáticas. A pesar de esto Pío IV honró sus merecimientos y doctrina llamándole al senado supremo de la Iglesia, en la gran promoción de febrero de 1561.

La bula de nombramiento para los cinco legados del concilio está fechada el 10 de marzo de 1561 (1). La posición especial que Hércules Gonzaga había de ocupar como presidente del colegio de los legados, no se menciona en ella; pero halló suficiente expre-

(1) Se halla en Raynald, 1561, n. 2; Le Plat, IV, 697 s.; Ehses, VIII, 176 Cf. Massarelli en Merkle, II, 353; Theiner, I, 666; Sickel, Concilio, 184.

sión en la constante preferencia que se le dió por la Santa Sede (1).

En el nombramiento efectuado ya en enero, de los funcionarios del concilio, Pío IV echó mano muchas veces de los elementos que habían trabajado con buen éxito ya bajo Paulo III y Julio III. Fué nombrado comisario Juan Tomás Sanfelice, obispo de La Cava. El 26 de enero de 1561 partió de Roma y llegó a Trento el 24 de febrero (2). El cargo importante de secretario del concilio fué confiado de nuevo a Angel Massarelli, obispo de Telese; su nombramiento se hizo el 2 de febrero. Salió de Roma el 11 de marzo y arribó a Trento el 26 (3).

Los legados Seripando y Simonetta, que estaban en Roma, recibieron la cruz de legado en un consistorio secreto de 17 de marzo (4). En el mismo consistorio exhortó el Papa a todos los obispos a que se dirigieran a Trento (5). Al cardenal Hércules Gonzaga se le envió la bula de nombramiento el 22 de marzo, con indicación de que emprendiera en seguida el viaje a Trento (6). A Hosio comunicó el cardenal Borromeo a 15 de marzo la noticia

(1) V. Susta, I, 4. Aquí también se habla de la secretaría privada de Gonzaga. que vino a ser el verdadero despacho presidencial de toda la legación. En un principio Púteo debía ser primer presidente; sólo después que cayó gravemente enfermo, ocupó Gonzaga el primer lugar. En las actas siempre es designado con precisión, según el orden de la bula de nombramiento, Gonzaga como primer presidente, Seripando como segundo, Hosio como tercero y Simonetta como cuarto.

(2) V. Massarelli en Merkle, II, 350; Bondono, 546; Theiner, I, 666 s.; Pallavicini, 15, 11, 2; Sickel, Relaciones, I, 21. Cf. el *Avviso di Roma de 25 de enero de 1561, Urb., 1039, p. 244, *Biblioteca Vatic.* El 5 de marzo de 1561 fué nombrado Antonio Manelli depositario del s. concilio Tridentino; su *Libro delle spese del s. concilio di Trento se conserva en la *Bibl. Vallicelliana*, L. 40; v. Calenzio, Docum. sul concilio di Trento, Roma, 1874, xii s., y Susta, I, 53 s.; *ibid.*, 27 s. se habla sobre los fondos ocultos que había además y eran administrados por el presidente Hércules Gonzaga. Cf. también Cerasoli en el *Arch. stor. Ital.*, 5.^a serie, VIII, 289 s.

(3) V. Massarelli, 351, 353; Bondono, 547; Sickel, Relaciones, I, 21; Susta, I, 6.

(4) Púteo entonces estaba postrado en cama. Cf. Bondono, 547; Theiner, I, 667. Según una *relación de Fr. Tonina, de 22 de marzo de 1561, Seripando recibió mil escudos para el viaje a Trento. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) *Relación de Tonina, de 19 de marzo de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Pallavicini, 15, 11, 2.

(6) Dejósele con todo libre al cardenal, a ruegos suyos, pasar los días de Pascua en Maguzzano. Breve de Pío IV, de 22 de marzo de 1561, publicado por Susta, I, 1 s.

de su nombramiento de legado, lo propio que el encargo de hacer todo lo posible para decidir al emperador a que mandara embajadores al concilio, y de partirse luego sin dilación a Trento (1). El 21 de marzo Pío IV concedió una indulgencia plenaria para aquellos que, después de haber recibido los sacramentos, asistieran a la entrada de los legados y rogasen por el buen éxito del concilio (2). El 26 de marzo Seripando se puso en camino para Trento; tuvo antes una larga conferencia con el Papa (3).

Fernando I, en sus negociaciones con Hosio, del 18 y 19 de marzo, había salido al paso a las instancias de éste a que se decidiera, con el reproche de que el Papa tenía la culpa de la dilación, porque todavía no le había contestado a su pregunta sobre lo que pensaba hacer en vista de la respuesta de los príncipes protestantes congregados en Naumburgo. Con todo, el emperador estaba ya enterado de los intentos del Papa, por una carta de Arco, llegada el 18 de marzo. Pío IV había respondido al embajador cuando éste le entregó las actas de Naumburgo, que como el concilio estaba convocado para Pascua, debía enviar legados a Trento; que no obstante, éstos no celebrarían al pronto ninguna sesión con los obispos allí presentes; que el Papa aguardaría la resolución de los príncipes católicos de Alemania. A pesar de esto, Fernando, cuando Hosio le instó de nuevo el 30 de marzo a que designara embajadores, alegó todavía que esperaba la decisión del Papa. Evidentemente esto era un mero pretexto con que quería ocultar su irresolución (4).

Entre tanto, para la aceptación de la bula del concilio había grandes dificultades aun en España. Los teólogos de esta nación ponían reparos en que se hubiera eludido la cuestión de si el concilio era nuevo o continuación del anterior, y pedían que se declarase muy expresamente lo último (5). Los obispos españoles daban mucha importancia a esta cuestión, porque querían que se conservara el decreto conciliar relativo a la subordinación de

(1) Steinherz, I, 226 s.; *ibid.*, 233 hay una carta de 23 de marzo de 1561, en que se le reiteraba la orden de partir, tan pronto como hubiese declarado el emperador que quería enviar embajadores al concilio.

(2) V. Raynald, 1561, n. 4; Le Plat, IV, 698 s.

(3) V. Massarelli, 353; Seripandi Comment., 464.

(4) Cf. Steinherz, I, c1 s., 228 s., 235 s.

(5) Cf. Döllinger, Documentos, I, 348, y Colección de docum. inéd., IX, 97.

los cabildos catedrales (1). Felipe II dió tanto más oído a las representaciones de los teólogos, cuanto las relaciones del rey con el Papa estaban tirantes desde fines de 1560; el gabinete español no quería dejar escapar la ocasión favorable de hacer fuerza a Pío IV (2).

Después que Felipe II, durante el mes de febrero, había evitado dar una contestación resuelta, declaró finalmente el 12 de marzo al nuncio, que se había decidido a no aceptar en seguida la bula, y a no enviar todavía a sus prelados, sino aguardar cómo se desenvolverían las cosas en Alemania y Francia, y entre tanto proponer al Papa sus deseos de una modificación de la bula (3). Para este fin, en marzo fué enviado a Roma don Juan de Ayala. Llevaba el encargo de exigir de Pío IV la declaración explícita de que, por la bula de 29 de noviembre de 1560, no se convocaba un concilio nuevo, sino la continuación del tridentino, como el rey lo había presupuesto siempre en todas las negociaciones (4). Ayala llegó a Roma el 16 de abril de 1561 y tuvo al día siguiente una conferencia con el Papa (5).

Como la presencia de obispos españoles en el concilio estaba excluida antes de una inteligencia con Felipe II, y con esto se había hecho necesaria una dilación del comienzo del sínodo, Hosio, el 16 de abril, recibió la nueva orden de no instar más al emperador a que mandara en seguida embajadores a Trento, sino sólo rogarle que los tuviera dispuestos para hacerlos partir tan pronto como los obispos españoles hubiesen salido para Trento (6). De las ulteriores negociaciones fué encargado Canobio, el cual fué enviado de nuevo a Viena el 16 de abril, con una instrucción semejante (7). Al mismo tiempo Hosio debía comunicar al emperador que el Papa, para acceder a sus deseos, estaba dispuesto a dirigirse al concilio con todo el colegio cardenalicio, luego que le pareciera conveniente y necesario. Pero que como

(1) V. Sickel, Concilio, 185, 189, 209 s.

(2) Cf. Reimann, Negociaciones, 619 s.; Susta, I, 15 s., 172.

(3) Döllinger, I, 355 s.

(4) V. la Instrucción secreta a D. J. de Ayala, de 13 de marzo de 1561, en Döllinger, I, 358 s.; cf. Colección de docum. inéd., IX, 94.

(5) V. el *Avviso di Roma, de 18 de abril de 1561, Urb., 1039, p. 268, *Biblioteca Vatic.* Cf. Cal. of State Papers, Foreign, 1561-1562, 64; Susta, I, 16.

(6) Borromeo a Hosio, en Steinherz, I, 243 s. Cf. la carta de Borromeo a Hérc. Gonzaga, en Susta, I, 14.

(7) V. Steinherz, I, ciii s., 251 s.

esto previamente no era posible, proponíale que, después de comenzadas las negociaciones del concilio, el Papa estableciera su residencia en Bolonia y el emperador en Innsbruck para estar más cerca del sínodo y prestarle su ayuda. Canobio entregó al emperador esta propuesta por escrito. En su respuesta de 6 de mayo, Fernando I hizo referencia a sus esfuerzos con los protestantes, y declaró que nada había omitido de lo que le competía a él como emperador en este asunto, y había ya designado embajadores para el concilio; que los enviaría a Trento lo antes posible. Para el caso de que el Papa fuera a Trento, prometió él dirigirse, no sólo a Innsbruck, sino también asimismo a Trento. Con esto había Fernando expresado la aceptación de la bula del concilio. La incansable elocuencia de Hosio había contribuido decisivamente a que el emperador venciera sus reparos y accediera a mandar embajadores (1). Animado el nuncio por el buen éxito obtenido, el 8 y 18 de mayo demandó aún más, es a saber, que Fernando enviara desde luego un embajador a Trento. Pero el emperador no se avino a ello; aseguró no obstante que sus representantes comparecerían en Trento los primeros, pero sólo cuando las demás potencias hubieran dado a sus embajadores la orden de partir (2). En esta actitud fué confirmado el emperador por una relación de Arco, llegada el 25 de mayo, la cual le comunicaba el deseo del Papa de que procediera de esta manera, sin cuidarse de los apremios de Hosio (3).

Canobio manifestó también al emperador, que el Papa se había resuelto a hacer llegar asimismo la bula del concilio junto con un breve (de 13 de abril de 1561), además del rey de Polonia. al zar de Rusia Iván Wassiljewitsch, a la manera que sus predecesores habían invitado a los emperadores griegos para los concilios universales. Fernando estuvo de acuerdo con esta misión; Hosio determinó que Canobio la emprendiese. Cuando Canobio llegó a la corte del rey de Polonia, Segismundo Augusto, éste se declaró, es verdad, dispuesto a favorecer el concilio, pero no quiso

(1) Cf. Sickel, Concilio, 191 s., 194 s.; Steinherz, I, civ, 252; Ehses, VIII, 200, 204 s.

(2) V. Steinherz, I, civ, 249, 254 s.

(3) V. Steinherz, I, civ s. Sobre las razones del Papa cf. la relación del embajador portugués, de 2 de mayo de 1561, en el Corpo dipl. Portug., IX, 236 s.

permitir que aquél pasara por sus Estados para ir a Rusia (1). Pfo IV, a pesar de esto, no abandonó la idea de una negociación con el zar ruso. Sin conocimiento del rey de Polonia ni del emperador, envió un nuevo mensajero a Rusia, en la persona de Juan Geraldí. El viaje de éste terminó sin embargo en las cárceles de Polonia; y sólo en 1564 logró recobrar su libertad (2).

Uno de los pocos países de donde se recibieron noticias muy satisfactorias, fué Portugal, cuyo rey don Sebastián estaba lleno de celo por el concilio. El 17 de marzo de 1561 el nuncio Próspero Santa Cruz refería desde Lisboa a Borromeo, que era firme voluntad del rey que todos los prelados de su reino asistiesen al concilio y que no valiera ninguna excusa, en vista de la importancia del negocio; que el rey enviaría a Trento su embajador, tan pronto como supiera el nombramiento de los legados. El Papa alabó el celo del rey en un breve de 26 de abril de 1561 (3).

El domingo de Pascua, 6 de abril de 1561, en que el concilio hubiera debido abrirse, se hallaban presentes en Trento sólo cuatro obispos, pero todavía ninguno de los legados (4). El 16 de abril los cardenales Gonzaga y Seripando, a quienes dieron la bienvenida sólo el cardenal Madruzzo, obispo de Trento, y otros nueve obispos, celebraron su entrada solemne en la ciudad del concilio (5). Antes, el 12 de abril, se había publicado la indulgencia plenaria de 21 de marzo. Al principio no se podía pensar en la apertura de la asamblea, pues el número de los prelados que estaban en Trento, sólo

(1) Cf. Sickel, Concilio, 192, 195; Steinherz, I, 243, 245; Susta, I, 11; Pallavicini, 15, 9, 4; Pierling, I, 369 s.; Übersberger, I, 348. El breve para el zar se halla en Raynald, 1561, n. 17; Le Plat, IV, 700 s. Sobre las grandes dificultades que a pesar de la aceptación por el rey, de la bula del concilio, se suscitaron en Polonia respecto al envío de embajadores al concilio, v. Susta, I, 121.

(2) Cf. Pierling, Rome et Moscou, París, 1883, 53 s.; Pierling, I, 373 s.; Susta, I, 285 s.; Turgeniev, Russiæ Monum., I, 181 s.; Übersberger, I, 349.

(3) Cf. Laemmer, Melet., 184; Steinherz, I, 247; Raynald, 1561, n. 14; Le Plat, IV, 702; Corpo dipl. Portug., IX, 235; Susta, I, 24; Ehses, VIII 175, 198.

(4) V. Theiner, I, 667, 668. El primer obispo que llegó a Trento, fué el de Cremona, Nic. Sfondrato, el más tarde Papa Gregorio XIV.

(5) Cf. Massarelli, 354; Bondono, 547 s.; Susta, I, 7; Giuliani, Trento al tempo del Concilio (tirada aparte de una memoria del Arch. Trid., 1888), 88 s. Gonzaga, como más tarde Morone, habitaba en el palacio de Segismundo Thun (ahora casa municipal), en la Via larga; v. Swoboda, 23. Aquí también hay algunas reproducciones de los numerosos cuadros que representan varias sesiones del concilio. V. también Galante, Cuadros sobre el concilio de Trento para la historia de la civilización, Innsbruck, 1912.

muy lentamente fué aumentando en los meses siguientes (1). El 21 de abril los legados escribieron a Borromeo, que el Papa instara de nuevo a la rápida partida de los prelados presentes en Roma, para que los de los otros países se resolvieran más presto (2). Fué vivamente saludada la venida del insigne arzobispo de Braga, fray Bartolomé de los Mártires, el cual llegó el 18 de mayo como «primicias de las naciones ultramontanas» y participó a los legados, que le seguirían pronto otros tres o cuatro obispos de Portugal y un embajador del rey (3). El Papa sintió especial alegría por esta noticia (4).

Entre tanto, las negociaciones con las potencias continuaban su curso. Como las conferencias con don Juan de Ayala en Roma, no daban ningún resultado, el 23 de mayo fué enviado a Felipe II el obispo de Terracina, Octaviano Raverta, el cual había ya antes sido nuncio en España y era allí muy querido. Llevaba importantes concesiones en las cuestiones debatidas con el gobierno español. Respecto del concilio tenía plenos poderes para ofrecer al rey el envío de un breve secreto, que designara la bula de 18 de noviembre como bula de continuación (5). Cuando Raverta llegó a la corte de España el 13 de junio, Felipe II había ya cedido en vista del peligroso desenvolvimiento de las circunstancias de Francia, y para ganar el auxilio de Pío IV contra los turcos (6). El nuncio Juan Campegio, obispo de Bolonia, lo había sabido ya a principios de junio y notificado al punto a Roma (7). La comunicación oficial se hizo por medio de una circular real de 13 de junio, que exhortaba a todos los obispos a prepararse al viaje para principios de septiembre; el número de los destinados a asistir al concilio y su definitiva partida se debían fijar más adelante (8). El breve deseado por Felipe II con la declaración tocante a la continuación del concilio tridentino, fué expedido el 17 de julio y

(1) V. Theiner, I, 667-668.

(2) Susta, I, 12.

(3) Massarelli, 356. Susta, I, 24. La fecha «18 de abril» que se halla en Theiner, I, 668, es falsa.

(4) Cf. la relación del embajador portugués, de 18 de junio de 1561, en el *Corpo dipl. Portug.*, IX, 273.

(5) V. Susta, I, 31 s., 204.

(6) Cf. Susta, I, 194 y Steinherz, I, 274.

(7) V. su relación de 5 de junio de 1561 en Susta, I, 193.

(8) V. Gachard, *Corresp. de Marguerite*, I, 291; Susta, I, 194. Eder (I, 78) señala falsamente el 3 de junio como fecha de la circular.

enviado junto con una carta autógrafa del Papa de 16 de julio, que declaraba la validez de los decretos tridentinos (1).

Por la condescendencia de Felipe II se había evitado el más peligroso escollo y asegurado la celebración del concilio (2). El 2 de julio llegó a Roma la noticia oficial sobre el favorable cambio, del cual hasta entonces sólo se había tenido conocimiento por cartas confidenciales (3). Tres días después Pío IV la participó al emperador y le exhortó a que ahora no difiriese más el envío de sus prelados y embajadores. Al mismo tiempo se mandó una carta parecida al rey de Francia, Carlos IX. Asimismo se dió relación de este importante suceso a las otras potencias católicas, como, por ejemplo, a la señoría de Venecia (4).

Cuando Hosio entregó al emperador la carta pontificia el 18 de julio, éste repitió la contestación que había dado ya a Canobio: que se había ya decidido a enviar embajadores a Trento, pero no podía determinar todavía un día fijo para su partida. También el sucesor de Hosio, el acomodadizo Delfino, a sus reiteradas exhortaciones, recibió siempre la respuesta de que los embajadores del emperador estarían en Trento antes que los españoles (5).

Hosio, que de mucho tiempo había deseado ir a Trento, dejó a Viena el 29 de julio. El 20 de agosto llegó a la ciudad del concilio; por su modestia rehusó todo recibimiento solemne (6).

Durante lo fuerte del verano Pío IV atendió celosamente a promover el concilio. En julio los legados Púteo y Simonetta recibieron orden de disponerse al viaje (7). Se mandó a los nuncios que procuraran que los prelados acudiesen al concilio; en Italia lo hizo el Papa personalmente. El 1.º de agosto se expidieron los breves correspondientes a todos los obispos de la península italiana, el 3 a los prelados de Sicilia, Cerdeña, Córcega y Dalmacia, y el 9 a los arzobispos de Chipre y Creta. Los prelados que moraban en Roma, fueron frecuentemente requeridos a que se

(1) De estos documentos, el uno se halla en Sickel, *Relaciones*, II, 107, y el otro en Döllinger, *Documentos*, I, 366. Cf. Ehses, VIII, 279.

(2) Juicio de Steinherz, I, cix.

(3) V. la carta de Borromeo a Hosio, de 2 de julio de 1561, en Steinherz, I, 273 s. y la dirigida a los legados del concilio, del mismo día, en Susta, I, 44 s.

(4) V. Sickel, *Concilio*, 205; Susta, I, 48 s., 219.

(5) V. Steinherz, I, cv s.

(6) V. Steinherz, I, 290; Massarelli, 357.

(7) * *Avviso di Roma* de 12 de julio de 1561, Urb., 1039, p. 287, *Biblioteca Vatic.*

encaminaran a Trento; pero todavía se les concedió un plazo, pues se supo que los españoles no llegarían antes de octubre (1). Cuando vinieron de Francia muy amenazadoras noticias, Pío IV, el 23 de agosto, declaró al embajador imperial que abriría irrevocablemente el concilio, aun cuando Fernando I no pudiera tomar en él parte. El día después el Papa determinó en un consistorio que todos los obispos italianos se habían de dirigir a Trento dentro de ocho días. Algunos de los que moraban en Roma, se resistieron aun entonces, y así el número de los prelados en el sitio del concilio no iba aumentando sino lentamente (2).

Con todo, en los primeros meses fueron principalmente italianos los reunidos en Trento; la llegada de los obispos de las demás naciones se retardó todavía más, excepto los portugueses, ya presentes. El 26 de septiembre llegó el primer español, el obispo de Vich (3); cuanto a la mayor parte de los demás, era ya noviembre cuando fueron arribando a Trento (4). Pues Felipe II, a las reiteradas instancias del nuncio, se había decidido a enviar delante algunos; hasta septiembre no eligió a los demás que debían asistir al concilio (5). La designación y envío de un embajador todavía se difirió más tiempo.

(1) V. las cartas de Borromeo, de 26 de julio, 2 y 20 de agosto de 1561, en Susta, I, 64 s., 69, 71 s., 73 s. Cf. el *Avviso di Roma de 9 de agosto de 1561, Urb., 1039, p. 224, *Biblioteca Vatic.*, y las relaciones portuguesas, que se hallan en el Corpo dipl. Portug., IX, 287, 318. El embajador portugués tomó a su cargo diligenciar la carta de Pío IV, de 20 de agosto de 1561, para el negus de Abisinia, Minas, en la que era éste invitado a enviar embajadores a Trento (impresa en Beccari, *Rerum Aethiop. Script. occid.*, X, 125); la carta con todo no llegó a manos del negus (v. *ibid.*, 125, nota).

(2) V. Massarelli, 356 s.; Theiner, I, 670 s.; Susta, I, 75 s., 77 s., 90. Un *Avviso di Roma de 6 de septiembre de 1561 notifica que el Papa ha mandado a veinticinco obispos, ir al concilio, y que ahora han partido para él (Urb., 1039, p. 298, *Biblioteca Vatic.*). Cf. además la *carta de G. A. Caligari a Comendone, fechada en Roma a 13 de septiembre de 1561, Lett. di princ., XXIII, 34, *Archivio segreto pontificio*. El 13 de octubre de 1561 *escribe Serristori que el Papa persiste en que todos los obispos vayan al concilio (*Archivio público de Florencia*). Pero todavía en 8 de noviembre se da la noticia de que el Papa apremia a los obispos a ir al concilio, y que ayer partieron siete, pero que muchos se resistían (*Avviso di Roma de 8 de noviembre de 1561, Urb., 1039, p. 308, *Biblioteca Vatic.*); el Papa con todo persistió en que, a excepción de unos pocos, todos se pusiesen en camino (*Avviso de 20 de diciembre de 1561 y 3 de enero de 1562, loc. cit., p. 319^b, 329).

(3) Cf. Massarelli, 358; Theiner, I, 670; Susta, I, 78, 80.

(4) Massarelli, 258 ss. Cf. Susta, I, 90.

(5) V. Susta, I, 78, 80, 257.

De Francia, en septiembre, el nuncio Gualterio daba noticias poco satisfactorias sobre las probabilidades de asistencia al concilio. La conducta del gobierno francés en este importante negocio continuaba ambigua (1). El 8 de octubre pudo en verdad Borromeo escribir a los legados, que se había oído decir que la regente de Francia quería enviar sus embajadores y prelados; pero ésta había sido una promesa vana, y al principio no se cumplió; pues el gabinete francés no creía en la utilidad de un concilio, sino esperaba llegar a una inteligencia con los hugonotes por medio de un coloquio religioso, y por concesiones de parte del Papa (2). Asimismo tampoco se había tomado en serio la designación hecha a fines de octubre, de veinticinco obispos, de los que seis debían salir inmediatamente después del día de San Martín (3). También era gran obstáculo el que el emperador no mostrara especial celo por el cumplimiento de su promesa de enviar al concilio sus embajadores y los obispos de sus Estados hereditarios. Es cierto que estaba resuelto a guardar su promesa, pero quería retardar lo más posible el envío de los embajadores, porque temía que se presentaran antes de tiempo en Trento, y hubieran de permanecer allí aislados (4). Así difirió hasta entrado el invierno el dar una respuesta determinada. Sólo cuando por su embajador Arco recibió la noticia de que el Papa había dado orden de abrir el concilio (5), prometió el 1.º de diciembre de una manera formal al nuncio Delfino, que sus embajadores se hallarían en Trento seguramente a mediados de enero. Delfino dió relación de esto el 1.º de diciembre a los legados de Trento y a Borromeo que estaba en Roma (6). También ofreció dificultades la cuestión de las personas. A fines de diciembre quedó resuelta de este modo: como emperador, Fernando I debía estar representado por dos embajadores: uno eclesiástico, el hasta entonces obispo de Viena, y designado arzobispo de Praga, Antonio Brus de Müglitz, y otro seglar,

(1) V. Susta, I, 248 s., 253 s.; cf. 181 s., 215 s. El 13 de septiembre de 1561, escribía G. A. Caligari desde Roma a Commendone: *Si dice che le cose di Francia vanno molto male e seguitano il loro conciliabolo. Lett. di princ., XXIII, 34, *Archivio segreto pontificio*.

(2) Cf. Susta, I, 87 s., 290.

(3) Cf. Susta, I, 290.

(4) V. Steinherz, I, cvi.

(5) V. la relación de Arco, de 22 de noviembre de 1561, en Sickel, Concilio, 235.

(6) V. la relación de Delfino en Steinherz, I, 325 s. Cf. Susta, I, 124.

el conde Segismundo de Thun; y como rey de Hungría, por el obispo de Pecs, Jorge Draskovich (1). De esta manera pasó todavía el resto del año 1561 sin que se pudiera abrir el concilio.

En un consistorio de 10 de noviembre se nombró legado del concilio a Marcos Sittich de Hohenems, en lugar de Púteo, enfermo de modo que no podía emprender el viaje, y además se resolvió que ahora se efectuase sin dilación el envío a Trento del cuarto legado Simonetta, hacia meses determinado y siempre diferido. La elección de Marcos Sittich, hecha principalmente por consideración a su parentesco con Pío IV, no fué nada feliz; parece que se pensó en ella también, porque Sittich pertenecía a la nación alemana por su nacimiento y por su obispado de Constanza (2). El 15 de noviembre fué publicada la bula de indulgencia por el feliz progreso del concilio; anunciaba que el Papa pensaba celebrar una solemne procesión desde San Pedro a Sta. María del Pópolo, el 23 de noviembre (3).

El cardenal legado Simonetta, a quien los importantes negocios de la dataría habían retenido en Roma, partió de allí el 20 de noviembre y llegó a Trento el 9 de diciembre (4). En la carta credencial que se le dió para los demás legados, Pío IV expresa su voluntad de que ahora, después de haber él aguardado bastante tiempo a todos los príncipes, el concilio no se retarde ya más, sino se abra en seguida y se lleve adelante rápidamente. En una posdata de su mismo puño el Papa observó: «No tenemos costumbre de hablar mucho, sino deseamos antes bien hechos. Hasta ahora hemos esperado bastante a todos los príncipes, y por tanto el asunto no se puede diferir por más tiempo, sino se debe abrir

(1) V. Steinherz, I, cvi, 339; Kassowitz, 37 s.

(2) Sobre la elección de Marcos Sittich, conocido por su poca formación, y sobre el disgusto que produjo aun entre los católicos, cf. Susta, I, 101. De Púteo notificaba ya en 30 de agosto de 1561 un *Avviso di Roma, que el cardenal no iría a Trento, por ser anciano y muy necesario en Roma. Urb., 1039, p. 296, *Biblioteca Vatic.*

(3) La bula (que se halla en Raynald, 1561, n. 10, Le Plat, IV, 735 y Ehes, VIII, 256 s.), se publicó en Trento el 29 de noviembre (v. Massarelli, 361). Sobre la procesión celebrada en Roma, y la llegada a esta ciudad de Marcos Sittich en 28 de noviembre, cf. el *Avviso di Roma de 29 de noviembre de 1561, Urb., 1039, p. 314^b, *Biblioteca Vatic.* V. también la relación portuguesa de 27 de noviembre de 1561 en el Corpo dipl. Portug., IX, 406.

(4) Cf. Susta, I, 114 s.; Sickel, Concilio, 235; Theiner, I, 672. Simonetta se alojó en el palacio Geremía, en la Via larga, enfrente del palacio Thun; v. Swoboda, 41.

el concilio lo más pronto posible y continuarse con toda celeridad; se reanuda el anterior concilio tridentino, y no se puede rechazar en ninguna de sus partes. Como hombre de honor, como buen cristiano y como buen Papa, deseamos que se celebre un buen concilio, y que enderece su única intención al servicio de Dios, de la fe y de la religión, al bien común de toda la cristiandad, así como también al honor de la Santa Sede. Nos hemos propuesto como fin terminar este concilio, confirmarlo y ponerlo en práctica, con lo cual deseamos conseguir la unión de todos los buenos católicos y la perpetua paz de toda la cristiandad, a fin de que podamos servir a Dios concordes y dirigir todas nuestras fuerzas contra los infieles y enemigos del nombre cristiano. Cuando esto haya sucedido, moriremos de buena gana y alegremente» (1). Una segunda carta credencial en favor de Simonetta, escrita de mano del Papa, iba dirigida al cardenal de Mantua únicamente, para expresar su posición excepcional, como primero y más antiguo en dignidad de los legados (2).

En la instrucción dada a Simonetta se exponen más exactamente los designios del Papa, sobre los cuales el legado debía informar a sus colegas. Su sentido es el siguiente: en seguida después de su llegada, se ha de abrir el concilio, y los trabajos conciliares se deben emprender con los prelados que se hallen presentes. El sínodo se ha de ocupar principalmente en terminar lo poco que todavía resta por hacer en el dogma, especialmente en la doctrina de los sacramentos; esto es lo más importante; la reforma de los abusos está ya establecida en gran parte, o por lo menos tan preparada que fácilmente se puede acabar. En este punto de las reformas se suponía que en Trento sólo se había de tratar de las que no tocaran a la corte romana, pues el Papa consideraba éstas como prerrogativa suya (3). Por lo que concierne a la

(1) La carta en que Simonetta era acreditado como legado, fechada el 19 de noviembre de 1561, se halla publicada parcialmente en Pallavicini, 15, 13, 2, e íntegramente en Susta, I, 113 s.; en San Carlo, 89, está reproducida en fototipia según el original.

(2) Esta carta, fechada el 20 de noviembre de 1561, se halla en Susta, I, 115.

(3) Cf. Eder, I, 121 s., quien observa justamente que el trabajo de reforma emprendido entonces enérgicamente en Roma tenía por fin sustraer del concilio la *Reformatio in Capite*. Sobre estos trabajos de reforma cf. Sickel, 242; Susta, I, 119; los * *Avvisi di Roma* de 6, 13 y 20 de diciembre de 1561, y de 10 de enero de 1562, Urb., 1039, p. 317^b s., 319^b, 325^b, 330, *Biblioteca Vatic.* Sobre los

cuestión de la continuación, para el caso de que se suscitara sobre ella una controversia, Simonetta fué facultado por la instrucción para declarar abiertamente: que el concilio era la continuación del anterior; que los decretos tridentinos publicados bajo Paulo III y Julio III, se presuponían válidos y no podían ya ponerse en duda en ningún caso. Que los legados debían impedir que se tratara de la cuestión de la superioridad del Papa sobre el concilio, principalmente por cuanto el concilio anterior había admitido sin contradicción la superioridad pontificia. Pero que si se llegara tan allá que los prelados no pudieran ser apartados de tratar de este punto, los legados debían suspender el concilio y dar noticia de ello al Papa por un correo extraordinario; que entonces él dispondría lo demás, y, o bien trasladaría el concilio a otro lugar, o lo disolvería del todo (1).

Asimismo Simonetta llevó a Trento probablemente otros dos documentos destinados a los legados: un breve de 22 de septiembre de 1561, que autorizaba a los legados para trasladar en caso necesario el concilio a otra ciudad, si les pareciera bien, y una bula de la misma fecha que determinaba que si el Papa muriera durante el concilio, la elección de su sucesor no pertenecería al concilio, sino sólo a los cardenales (2).

Poco antes de la venida de Simonetta, en la noche del 8 al 9 de diciembre, había llegado a Trento la relación de Delfino de que, según la promesa del emperador, sus embajadores se presentarían a mediados de enero. Los legados comunicaron al punto esta carta a todos los prelados presentes, y resolvieron en atención a esto

trabajos da este juicio Fr. Tonina en 20 de diciembre de 1561: *Sopra la bolla del conclave, del qual S. S^{ta} ad ogni hora ragiona, non vi è cardinale che concorri nella opinione sua, di farlo in Castello, patendo questa sua opinione molte contrarietà che si adducono de incomodi, pericoli, et che anco il luoco non sia capace, però si crede che non se ne farà altro. Circa la bolla della riforma a questa si attende et si crede pure che in ciò si farà qualche profitto, ancora che portará tempo, perchè dovendosi riformare ogniuno in casa sua ci bisognano molte considerationi, molto tempo et molto che fare, in riandare una strada tanto invecchiata et bisognando quasi passare da un estremo all' altro. *Archivo Gonsaga de Mantua.*

(1) Esta instrucción según la minuta del secretario privado T. Galli, se halla en Susta, I, 116 s.

(2) Ambos documentos pueden verse en Raynald, 1561, n. 7-9, Le Plat, IV, 721 s. y Ehses, VIII, 179 s., 248. Cf. Susta, I, 118 s. V. además las Acta consist. de 19 de noviembre de 1561, en Laemmer, Melet., 213, y Ehses, VIII, 121. Cf. Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 118.

diferir la apertura del concilio hasta el 15 de enero. De ello se dió noticia a Delfino el 9 de diciembre. En una carta a Borromeo, fechada el 11 del mismo mes, los legados fundamentaban el apartarse de la voluntad del Papa a ellos manifestada, y rogaban que el Papa lo aprobara. Esta aprobación se les envió por Borromeo el 20 de diciembre; se añadía que si la venida de los embajadores imperiales o de los representantes de otro gran príncipe fuera inminente, se permitía todavía otra pequeña dilación (1).

Luego que Simonetta hubo llegado a Trento, los legados deliberaron sobre lo que se debía hacer primero; y tuvieron por lo mejor comenzar tratando sobre el Índice de los libros prohibidos, para no plantear ya al principio la cuestión de la continuación, al proseguir inmediatamente la doctrina de los sacramentos. Simonetta dió relación de ello a Roma el 11 de diciembre y el Papa convino en ello (2). Antes de haber llegado la contestación los legados volvieron no obstante a examinar el asunto el 18 de diciembre, hicieron resaltar los reparos y dificultades, y cambiaron su dictamen en el sentido de someter a los prelados, en la primera congregación después de la apertura, la cuestión de si les parecía mejor continuar tratando los artículos todavía no definidos o proponer nuevos asuntos; ellos creían que todos admitirían la continuación, y que de esta manera no se podría entonces decir nada contra el Papa, pues el mismo concilio se había declarado en favor de ella. Después de esto, el 27 de diciembre, recibieron por Borromeo la respuesta de que el Papa les dejaba enteramente libre hacer lo que tuvieran por bien (3).

El 3 de enero de 1562 los legados que se ocupaban ya celosamente en estos días en los trabajos preparatorios para las deliberaciones conciliares, enviaron a Roma la minuta de un decreto para la primera sesión, compuesto por Seripando (4).

En un consistorio de 17 de diciembre el Papa, que persistía en la pronta apertura del concilio, a pesar de las dificultades que

(1) Susta, I, 122 s., 139. Antes Borromeo (en carta a Hércules Gonzaga, de 15 de diciembre de 1561) había recomendado el día de Reyes como a propósito para la apertura del concilio. Por este día se había declarado también Pío IV, en el consistorio de 17 de diciembre; v. Susta, I, 132 s., 134.

(2) Carta de Borromeo a los legados, de 20 de diciembre de 1561, publicada por Susta, I, 139.

(3) Susta, I, 129 s., 143.

(4) Susta, I, 144 s.; *ibid.*, 146 s. hay la minuta del decreto.

había todavía (1), otorgó la cruz de legado a Marcos Sittich de Hohenems. La partida del cardenal se difirió hasta el nuevo año, y no llegó a Trento hasta el 30 de enero de 1562 (2).

Como día de la apertura del concilio el Papa había elegido el 18 de enero de 1562, domingo, en el cual caía la fiesta de la Cátedra de San Pedro (3), como lo hizo participar a los legados por Borromeo el 31 de diciembre de 1561. A la noticia de Delfino, de que los embajadores imperiales apenas estarían en Trento antes de fin de enero, el 7 del mismo mes se dejó a disposición de los legados el diferir, sea como fuere, la apertura todavía unos ocho o diez días (4).

Como ya se hallaban presentes en Trento cerca de cien prelados, los legados resolvieron mantener el 18 de enero. El 15 se reunió la primera congregación general preparatoria. Efectuóse en el domicilio del cardenal Gonzaga, el cual la abrió como primer legado con una alocución y una plegaria. Después el secretario del concilio, Massarelli, leyó los decretos destinados para la sesión de apertura, y un breve pontificio por el cual se regulaba el orden de colocación entre los Padres del concilio, para evitar disputas de precedencia. Conforme a esto, los patriarcas debían formar la primera clase ilustre, los arzobispos la segunda, los obispos la tercera, los primados, al contrario, no se habían de distinguir de los demás arzobispos; dentro de cada clase los Padres se debían colocar según el tiempo de su promoción (5).

Antes de celebrar la congregación general, lograron los legados remover una dificultad que podía ser muy peligrosa para el concilio que iba a abrirse. Esto es, el 5 de enero, el arzobispo de Granada, Pedro Guerrero, había ido a verse con Seripando para pedir,

(1) Cf. en el núm. 19 del apéndice la *relación de Fr. Tonina, de 3 de diciembre de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) *Relación de Tonina, fechada en Roma a 17 de diciembre de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. Susta, I, 134, 151, II, 14 s.; Steinherz, III, 1; Theiner, I, 680; Ehses, VIII, 122.

(3) Susta, I, 151.

(4) Ibid., 156.

(5) V. Theiner, I, 673 s.; Paleotto, *ibid.*, II, 530 s.; Raynald, 1562, n. 3 s. Cf. Pallavicini, 15, 15, 6 s.; Musotti en Döllinger, Concilio, II, 5. El breve sobre el orden de colocación, con fecha de 31 de diciembre de 1561, se halla en Raynald, 1561, n. 12; Le Plat, IV, 755; Ehses, VIII, 271. Está asimismo fechada en 31 de diciembre de 1561 la bula *Ad universalis*, que dispone que el derecho de votar sólo se puede ejercer estando personalmente presente, y no por un representante. Ehses, VIII, 269 s.

en nombre de los obispos españoles, que en la apertura se evitara toda ambigüedad, y se designara el concilio clara y determinada-mente como continuación del anterior. El 11 de enero Guerrero reiteró su petición ante los cuatro legados y el cardenal Madruzzo y amenazó con una protesta. Los legados emplearon todos los medios para evitar esto. Sus esfuerzos tuvieron buen éxito a última hora. El arzobispo desistió de su exigencia, después que los legados le certificaron que en la apertura del concilio no se usaría expresión ninguna que pudiera interpretarse como una manifiesta declaración contra la continuación; que el sínodo se abriría exactamente conforme al tenor de la bula de convocación; que la declaración de la continuación se haría en tiempo oportuno, y que al fin, así los decretos anteriores, acordados bajo Paulo III y Julio III, como los nuevos, recibirían la confirmación del Papa (1).

(1) Además de las cartas de los legados a Borromeo, de 12 y 15 de enero de 1562, publicadas por Susta, I, 152 s., 158 s., cf. Musotti en Döllinger, Concilio, II, 4 s.; Seripandi Comment., 470 s.; Paleotto en Theiner, II, 530 y la relación de Pedro González de Mendoza, obispo de Salamanca, que se puso comó intermediario, en Döllinger, loc. cit., 64 s. Cf. las cartas de los obispos de Sutri-Nepi y Módena a Morone, de 15 de enero de 1562, en Ehses, VIII, 279 s.

V. La nueva apertura del concilio de Trento.

Sesiones XVII-XXII.

Envío de Morone a Innsbruck al emperador Fernando I. 1562-1563

I

Dos años enteros llenos de trabajo y solicitud, habían sido necesarios para vencer el «mar de dificultades» que se oponían a la nueva apertura del concilio. Por eso la satisfacción de Pío IV fué grande y justificada, cuando finalmente vió coronados con buen éxito en su tercer año de reinado los afanes empleados (1).

Fué un día importante para la Iglesia y el papado el 18 de enero de 1562, en cuya mañana todos los miembros del concilio presentes en Trento se congregaron en la antigua iglesia de San Pedro, para dirigirse desde allí en procesión a la próxima catedral, para la solemne *apertura de la universal asamblea eclesíastica*. Formaban la cabeza de la procesión los miembros del clero regular y secular de la ciudad de Trento. Iban después de ellos los abades mitrados, noventa obispos, once arzobispos y tres patriarcas. Luego seguían el duque de Mantua, sobrino del cardenal, que había ido a Trento para la solemnidad, el cardenal Madruzzo y los cuatro legados pontificios, Gonzaga, Simonetta,

(1) El 28 de enero de 1562, en un consistorio, expresó el Papa su alegría por la apertura del concilio. V. Acta consist. en Laemmer, Melet., 213 s., y Ehses, VIII, 271. Cf. también una carta de Borromeo a Simonetta en Susta, II, 18.

en nombre de los obispos españoles, que en la apertura se evitara toda ambigüedad, y se designara el concilio clara y determinada-mente como continuación del anterior. El 11 de enero Guerrero reiteró su petición ante los cuatro legados y el cardenal Madruzzo y amenazó con una protesta. Los legados emplearon todos los medios para evitar esto. Sus esfuerzos tuvieron buen éxito a última hora. El arzobispo desistió de su exigencia, después que los legados le certificaron que en la apertura del concilio no se usaría expresión ninguna que pudiera interpretarse como una manifiesta declaración contra la continuación; que el sínodo se abriría exactamente conforme al tenor de la bula de convocación; que la declaración de la continuación se haría en tiempo oportuno, y que al fin, así los decretos anteriores, acordados bajo Paulo III y Julio III, como los nuevos, recibirían la confirmación del Papa (1).

(1) Además de las cartas de los legados a Borromeo, de 12 y 15 de enero de 1562, publicadas por Susta, I, 152 s., 158 s., cf. Musotti en Döllinger, Concilio, II, 4 s.; Seripandi Comment., 470 s.; Paleotto en Theiner, II, 530 y la relación de Pedro González de Mendoza, obispo de Salamanca, que se puso comó intermediario, en Döllinger, loc. cit., 64 s. Cf. las cartas de los obispos de Sutri-Nepi y Módena a Morone, de 15 de enero de 1562, en Ehses, VIII, 279 s.

V. La nueva apertura del concilio de Trento.

Sesiones XVII-XXII.

Envío de Morone a Innsbruck al emperador Fernando I. 1562-1563

I

Dos años enteros llenos de trabajo y solicitud, habían sido necesarios para vencer el «mar de dificultades» que se oponían a la nueva apertura del concilio. Por eso la satisfacción de Pío IV fué grande y justificada, cuando finalmente vió coronados con buen éxito en su tercer año de reinado los afanes empleados (1).

Fué un día importante para la Iglesia y el papado el 18 de enero de 1562, en cuya mañana todos los miembros del concilio presentes en Trento se congregaron en la antigua iglesia de San Pedro, para dirigirse desde allí en procesión a la próxima catedral, para la solemne *apertura de la universal asamblea eclesiástica*. Formaban la cabeza de la procesión los miembros del clero regular y secular de la ciudad de Trento. Iban después de ellos los abades mitrados, noventa obispos, once arzobispos y tres patriarcas. Luego seguían el duque de Mantua, sobrino del cardenal, que había ido a Trento para la solemnidad, el cardenal Madruzzo y los cuatro legados pontificios, Gonzaga, Simonetta,

(1) El 28 de enero de 1562, en un consistorio, expresó el Papa su alegría por la apertura del concilio. V. Acta consist. en Laemmer, Melet., 213 s., y Ehses, VIII, 271. Cf. también una carta de Borromeo a Simonetta en Susta, II, 18.

Seripando y Hosio, cuya dignidad se caracterizaba por una mitra de tejido de oro. Detrás de los legados hubieran debido ir los embajadores seglares, pero todavía ninguno de ellos se hallaba presente. A los legados seguían cuatro generales de Órdenes religiosas, el auditor de la Rota romana, el abogado consistorial, el promotor del concilio y finalmente el ayuntamiento de Trento y otras personas principales del estado seglar.

Celebró la misa solemne el cardenal Gonzaga, y pronunció el sermón el arzobispo de Reggio, Gaspar del Fosso. Después de las ceremonias acostumbradas, el secretario del concilio leyó la bula de indicción, y el arzobispo de Reggio los dos decretos aceptados en la congregación general de 15 de enero (1), los cuales fueron aprobados. No obstante, contra la determinación de que el concilio tenía que tratar las materias, bajo la presidencia y a propuesta de los legados, levantaron una protesta cuatro españoles, a cuya cabeza estaba el arzobispo de Granada, Pedro Guerrero (2). De los embajadores de los príncipes, llegó durante la sesión el obispo de Pecs, Jorge Draskovich, el cual había de representar a Fernando I como rey de Hungría (3).

La cuestión de la continuación se había previamente esquivado. Para evitar ulteriores discusiones sobre ella que dificultarían la prosecución del concilio, dados los designios y exigencias diferentes de las potencias, los legados se resolvieron a hacer tratar al principio asuntos menos importantes. En la congregación general de 27 de enero, propusieron tres artículos para deliberar en la sesión próxima, los cuales concernían a la prohibición de libros y al otorgamiento de un salvoconducto para los protestantes que acudieran al concilio (4). Además se acordó agregar al comisario del concilio otros cuatro prelados y formar una comisión de cinco prelados, la cual debía examinar los mandatos de los procuradores de los obispos impedidos. Sobre los artículos presentados

(1) V. arriba, p. 255.

(2) Cf. Theiner, I, 676; Paleotto, *ibid.*, II, 533; Raynald, 1562, n. 5-8; Bondono, 554 s.; Musotti en Döllinger, Concilio, II, 5; la relación de los legados a Borromeo, de 19 de enero de 1562, en *Susta*, I, 163-166. Cf. Pallavicini, 15-16.

(3) Cf. Fraknói, *A magyar főgapok a trienti zinatón*, Estergom, 1863; Kassowitz, 38 y VIII s.; *Susta*, I, 164.

(4) Cf. Theiner, I, 677; Raynald, 1562, n. 9; Le Plat, V, 17 s.; Mendoza, 636; Musotti, *loc. cit.*, 6 s. (20 de enero en vez de 27 es falso, lo mismo que 28 que se lee en Theiner, *loc. cit.*).

se trató en diez congregaciones generales (1). El 30 de enero llegó el quinto legado del concilio, Marcos Sittich, hacía tiempo anunciado; llevaba la decisión de Pío IV en la muy discutida cuestión sobre si la ciudad del concilio había de recibir tropa pontificia para su protección. El Papa determinó que la protección de la asamblea debía dejarse al cardenal Madruzzo como señor territorial, y que se le había de asignar para ello de la caja del concilio un subsidio mensual de 200 escudos (2).

El obispo de Pecs hubo al principio de estarse inactivo, pues había venido a Trento sin mandato ni instrucción (3). Sólo cuando el 31 de enero llegó el arzobispo de Praga, Brus de Müglitz, uno de los embajadores que habían de representar a Fernando I como emperador, ambos embajadores del Habsburgo fueron recibidos solemnemente en la congregación general de 6 de febrero (4). El 7 se presentó en Trento el embajador portugués Fernando Martínez de Mascareñas (5). Para prevenir disputas entre los representantes eclesiásticos y seculares de los príncipes, que ya se habían suscitado entre el embajador español y el portugués, los legados publicaron un orden de precedencia el 8 de febrero (6). En la congregación general del día siguiente fué introducido el embajador portugués, que presto se manifestó amigo fiel de los legados, y el 10 de febrero el segundo embajador imperial, Segismundo de Thun, que acababa de llegar (7).

El 13 de febrero, los tres representantes de Fernando I entregaron a los legados una memoria (8), en la cual, conforme a su instrucción de 1.º de enero (9), estaban expresadas las siguientes peticiones: que para evitar todo tropiezo con los protestantes, por entonces no se diese declaración ninguna respecto a la continua-

(1) V. Theiner, I, 678 s. Cf. Pallavicini, 15, 19. Sobre la revisión del Índice v. abajo, capítulo VII.

(2) Cf. Bondono, 556; Sickel, Relaciones, I, 125; Susta, II, 14-15.

(3) V. Susta, II, 17; Kassowitz, 39.

(4) V. Sickel, Concilio, 229; Theiner, I, 680; Raynald, 1562, n. 10; Le Plat, V, 19-22; Bondono, 557. Cf. Pallavicini, 15, 20.

(5) V. Theiner, I, 681; Bondono, 557; Giuliani, loc. cit., 107 s.; Susta, I, 95.

(6) Raynald, 1562, n. 11. Le Plat, V, 22 s. Theiner, I, 681 s.

(7) Raynald, 1562, n. 12-14. Le Plat, V, 23-30. Theiner, I, 682-683. Bondono, 557.

(8) Puede verse en Raynald, 1562, n. 15-16; Le Plat, V, 33-35.

(9) Se halla impresa en Sickel, Concilio, 252-260. Cf. Kröss, 455 s.; Kassowitz, 30 s.; Eder, I, 107 s., 114 s., 127.

ción del concilio; que la próxima sesión se había de diferir lo más posible; que entre tanto se dejasen a un lado las cuestiones dogmáticas, y se tratasen materias menos importantes; que en el Índice se había de omitir la condenación de la Confesión de Augsburgo; y que los protestantes debían recibir salvoconducto del modo más amplio, tal cual ellos mismos lo deseaban. La respuesta provisional de los legados a estas peticiones estaba expresada en forma muy atenta y deferente (1).

El 17 de febrero, los legados dirigieron a los Padres del concilio la exhortación a que mantuvieran secretas las cuestiones que se sometieran a su deliberación, las cuales no se debían divulgar hasta que se hubieran tomado las resoluciones y se dieran a conocer en la sesión pública (2).

En la congregación general de 24 de febrero, el obispo de Pecs entregó su mandato como embajador húngaro (3). El mismo día se anunció la indulgencia del jubileo, concedida para Trento por el Papa, en breve de 14 de febrero (4).

El 26 de febrero se pudo celebrar la *sesión XVIII, segunda del pontificado de Pto IV* (5). Se hallaron presentes cinco legados, además el cardenal Madruzzo de Trento, tres patriarcas, dieciséis arzobispos, ciento cinco obispos, cuatro abades, cinco generales de Órdenes religiosas, cincuenta teólogos y cuatro embajadores. Celebró la misa solemne el patriarca de Jerusalén, Antonio Elío. Luego predicó el arzobispo de Patras, Antonio Cauco. Fueron publicados dos decretos: uno que anunciaba la reforma del Índice, y concernía a la invitación de todos al concilio (*De librorum delectu et omnibus ad concilium fide publica invitandis*); la segunda parte contenía una exhortación a los protestantes para presentarse en Trento, animada del espíritu de nobles sentimientos de paz (6); por el segundo, conforme al deseo del emperador, se difirió la próxima sesión para el 14 de mayo. A fin de que se pudiera otorgar con la mayor celeridad posible el salvoconducto

(1) V. Raynald, 1562, n. 17; Le Plat, V, 35 s. Cf. Susta, II, 23 s.; Sickel, Concilio, 269; Eder, I, 128.

(2) V. Raynald, 1562, n. 18; Le Plat, V, 36; Theiner, I, 686 s.

(3) V. Le Plat, V, 37-43; Theiner, I, 690.

(4) Theiner, I, 689. El breve pontificio se halla en Le Plat, V, 43.

(5) Cf. Raynald, 1562, n. 19-21; Theiner, I, 691; Musotti en Döllinger, Concilio, II, 9 s. Cf. Pallavicini, 15, 21.

(6) Juicio de Knöpfler en el Léxico eclesiástico de Friburgo, XI^a, 2090.

solicitado por los protestantes, se acordó que también una congregación general tuviese derecho para otorgarlo con plena validez. Según esto se deliberó el 2 y 4 de marzo. Ya en el último día el salvoconducto pudo concederse solemnemente; el día 8 se dió a conocer, fijándose en las puertas de la catedral de Trento. La denominación de «herejes» se había sustituido en él por la siguiente, más suavizada: «los que no concuerdan con nosotros en la fe y creen de diferente modo de como enseña la santa Iglesia romana» (1).

Pío IV deseaba instantemente que el concilio se llevara adelante con rapidez, tratándose en seguida las cuestiones dogmáticas. Sólo después de una deliberación con cinco cardenales había accedido a la petición de los imperiales de señalar un plazo largo para la sesión siguiente. Una carta de Borromeo de 20 de febrero, permitía diferir la próxima sesión lo más hasta principios de mayo; decíase allí además que entre tanto, para condescender asimismo en esto con el emperador, no se tratase sobre los dogmas, sino sobre el salvoconducto y semejantes asuntos, y también sobre algunos puntos de la reforma general; que la reforma de la curia la haría el Papa (2). Después que los legados hubieron recibido estas órdenes el 24 de febrero, en la congregación general del 25 se acordó fijar la próxima sesión para el 14 de mayo (3). Al mismo tiempo, con la comunicación de ello, propusieron al Papa que enviara al emperador un delegado especial, para evitar ulteriores dilaciones (4). Con esto estuvo el Papa de acuerdo y pensó que se podía confiar esta misión a Commendone cuando fuese a Trento terminado su viaje por Alemania (5). Commendone, que llegó a Trento el 7 de marzo, estuvo dispuesto a tomar sobre sí el nuevo encargo, sólo quiso antes ir a Venecia unos días (6).

Pero entre tanto se había cambiado la situación por las nue-

(1) V. Raynald, 1562, n. 22-23; Theiner, I, 692; Paleotto en Theiner, II, 545 s.; Musotti, loc. cit., 10 s.; la relación de los legados, de 9 de marzo, en Susta, II, 46. Cf. Pallavicini, 15, 1.

(2) V. Susta, II, 31 s.; *ibid.*, 32 s. hay la instrucción íntima para Simonetta. Cf. Eder, I, 129 s.

(3) Theiner, I, 690.

(4) Carta de los legados, de 25 de febrero de 1562, en Susta, II, 37.

(5) Borromeo a los legados en 8 de marzo de 1562, en Susta, II, 48 s. Cf. Steinherz, III, 26.

(6) V. Susta, II, 52, 412.

vas demandas que presentaron los embajadores imperiales el 5 de marzo de que se deliberase inmediatamente sobre la reforma de la disciplina del clero alemán, y se dirigiese a los protestantes una solemne invitación al concilio (1). En su respuesta (2) los legados opusieron muy justificados reparos (3) contra ambas demandas. También Pío IV estaba por que se denegaran y se declaró con especial decisión contra la segunda, diciendo que una invitación a los protestantes hecha por el concilio, al que no reconocían como tal, sólo conduciría a ulteriores dilaciones de la actividad sinodal, sin aprovechar nada por otra parte. Que los protestantes habían recibido una invitación, pero la habían despreciado y rechazado. Que como ahora era de temer que el delegado que iba a enviar el concilio al emperador, se dejara ganar por éste para sus intenciones, el Papa tenía por mejor que se dejara toda aquella misión en caso de que todavía fuera posible (4). Efectuóse esto así; los legados resolvieron disponer que el nuncio Delfino hiciera al emperador aquellas representaciones que hubieran debido confiarse a Commendone. Antes empero que se enviara a Delfino la carta redactada el 2 de abril, llegó el 6 de este mes a Trento una relación del nuncio de 30 de marzo, la cual comunicaba que el emperador había abandonado sus exigencias respecto a la dilación de las discusiones del concilio (5). El 29 de marzo el Papa, por medio de Borromeo, hizo dirigir a los legados la orden de no diferir ya más las deliberaciones. Decíase en ella que desde la próxima sesión se comenzasen a tratar los dogmas, y con esto tácitamente, sin expresa declaración, se ejecutase la continuación; que los españoles se darían por contentos con esto, teniéndola de hecho; que por otra parte empero, se evitara todo choque innecesario. Fuera de esto, el Papa declaró admisible, en caso de necesidad, la discusión de la controversia sobre si la residencia de los obispos era un precepto divino o solamente humano (6).

(1) Le Plat, V, 102 s. Cf. Steinherz, III, 26. Sobre la fecha del 5 (en vez del 6) de marzo, v. Eder, I, 136, nota 1 y 147 s. contra Löwe, 87 s.

(2) de 9 de marzo, en Le Plat, V, 103.

(3) V. Eder, I, 136. Cf. Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 122.

(4) Borromeo a los legados en 14 de marzo de 1562, en Susta, II, 59.

(5) V. Steinherz, III, 32-33.

(6) Susta, II, 71 s. Todavía en 18 de marzo, había Borromeo indicado a los legados que para prevenir inconvenientes evitasen que se disputara sobre el *jus divinum residentiae*; *ibid.*, 65.

Esta difícil cuestión había sido planteada cuando los legados, sin esperar la respuesta del Papa, habían comenzado el debate sobre las cuestiones de reforma, el 11 de marzo, proponiendo doce artículos (1).

Primeramente fueron sólo conferencias privadas, en las cuales se puso en primer término aquella importante controversia; pero pronto se discutió en muchas juntas y secciones del modo más apasionado (2). Como resuelto adversario de una definición del derecho divino de la obligación de residencia, se manifestó desde el principio el cardenal Simonetta, el cual era superior a sus colegas en materia de derecho canónico (3) y conocía claramente los peligros que encerraba en sí aquella controversia. No obstante, el deseo de los embajadores de Fernando venció al fin estos temores (4).

En la segunda mitad de marzo las negociaciones propiamente dichas pasaron en Trento muchas veces a segundo término a causa de varios solemnes recibimientos y las solemnidades eclesiásticas de la semana santa (5). El 16 de marzo fué recibido en la congregación general el embajador del rey de España, Fernando Francisco de Avalos, marqués de Pescara (6); el 18 de marzo el embajador del duque de Florencia, Juan Strozzi (7); el 20 del mismo mes los enviados de la Suiza católica: Melchor Lussy, landamán o primer magistrado de Unterwalden, como embajador de los siete cantones católicos, y el abad de Einsiedeln, Joaquín Eichhorn, como procurador de los prelados y del clero de los siete cantones (8); el 6 de abril los procuradores de los prelados y del clero del reino de

(1) Sobre la historia del origen de los doce artículos de reforma de importantes consecuencias (pueden verse en Theiner, I, 694; Le Plat, V, 104), v. Susta, II, 47. Cf. *ibid.*, 52 s. sobre el proceder de los legados, que no se podía poner en consonancia con las instrucciones recibidas el 12 de marzo. V. ahora también Eder, I, 136 s.

(2) Cf. Paleotto en Theiner, I, 550 s.

(3) Cf. Sickel, Relaciones, I, 57.

(4) V. Eder, I, 137-138.

(5) V. Susta, II, 53, 64. Cf. Pallavicini, 16, 4, 2.

(6) V. Raynald, 1562, n. 32-34; Le Plat, V, 105-110. Cf. Theiner, I, 694 s.; Bondono, 558-559. V. también Susta, I, 313 sobre el nombramiento sólo provisional de Pescara.

(7) V. Raynald, 1562, n. 35-37; Le Plat, V, 110-116. Cf. Theiner, I, 695; Susta, II, 53 s.

(8) V. Raynald, 1562, n. 38-39; Le Plat, V, 116-124. Cf. Theiner, I, 695; Mayer, Concilio y Contrarreforma, I, 50 ss.

Hungría: Juan de Kolosvary, obispo de Csanad, y Andrés Sbardelato Dudith, obispo de Knin (1).

Luego comenzó la discusión sobre los cuatro primeros de los doce artículos de reforma en la congregación general de 7 de abril (2). Entonces acaeció que, en el primer artículo, el arzobispo de Granada, Pedro Guerrero, el más insigne orador de los españoles, exigió una decisión de la cuestión, muy diversamente resuelta por los teólogos, sobre si la obligación de residencia procede de derecho divino o meramente eclesiástico. Quien en esta cuestión votara con el arzobispo de Granada por el derecho divino, se decidía al propio tiempo en favor de que en la consagración episcopal se otorgaba por Dios inmediatamente cierta potestad de jurisdicción todavía indeterminada, al paso que el Papa, al conceder un obispado, sólo designaba los súbditos sobre los cuales esta potestad de jurisdicción se había de extender. Pero esto fué combatido por muchos. En una diversidad de opiniones tan profunda, las negociaciones debían resultar tan prolijas como borrascosas (3). En ellas los más de los españoles se declararon en favor del derecho divino, llenos de encendido celo de la defensa y afianzamiento de la dignidad episcopal. De ahí esperaban un robustecimiento de la jurisdicción episcopal que se opusiese al poder central del Papa, y una limitación de las dispensas romanas. Además de esos fines prácticos, el asunto tenía todavía una importancia de principios, de grande alcance. No era en ningún modo una disputa de palabras, como ha creído una superficial consideración posterior (4). Más bien se trataba de una profunda cuestión teológica, de cuya resolución debían seguirse importantísimas consecuencias. La controversia tocaba la más íntima constitución de

(1) V. Le Plat, V, 138-146. Cf. Theiner, I, 696; Susta, II, 74 s. El 25 de abril fueron recibidos los embajadores de la República de Venecia, Nicolás da Ponte y Mateo Dandolo. V. Raynald, 1562, n. 42; Le Plat, V, 159-162. Cf. Theiner, I, 714; Susta, II, 61.

(2) V. Theiner, I, 696 ss.; Paleotto en Theiner, II, 552 s. Cf. Pallavicini, 16, 4 s.; Susta, II, 77 s.

(3) Las congregaciones generales se habían celebrado hasta ahora en la morada del cardenal Gonzaga, el palacio Thun; el gran número de los que en ellas tomaban parte, y el calor creciente de la estación, fueron causa de que desde el 13 de abril se eligiese la iglesia de Sta. María la Mayor, como lugar de reunión. Giuliani, 96. Cf. además Ehses, VIII, 440, nota 2 y 513, nota 2. Desde el 25 de abril hasta el 26 de mayo de 1562, celebráronse las congregaciones en la catedral.

(4) Cf. Grisar, Cuestión del primado pontificio, 454 s., 784.

la Iglesia, encerraba en sí la antigua oposición entre el sistema papal y el episcopal. El cardenal Simonetta conoció con gran claridad el arma acerada que contra el primado pontificio contenía la teoría de los españoles, así como lo peligroso de una decisión afirmativa. Temía él que la definición del derecho divino no sólo ofrecería ocasión a los protestantes para nuevos acometimientos contra la curia, sino también perjudicaría importantes intereses de la Santa Sede en el terreno real e ideal; que debía atar las manos a los Papas, y formaría asimismo un importante prejuicio en favor de la superioridad del concilio. Porque Simonetta no quería que se menoscabaran antiguos y esenciales derechos del primado romano, empleó todos los medios que estaban en su mano para apartar este peligro (1). Sus reparos sólo los participaba Hosio, no Gonzaga ni Seripando. Por lo demás, casi eran sólo prelados italianos los que estaban de su parte; pero el crédito de éstos se amenguó, por cuanto recibían subsidios pecuniarios de la curia, a causa de su pobreza, y por efecto de ello parecían dependientes (2).

Cuánta falta había de claridad en las opiniones acerca de la cuestión todavía libre por falta de una definición obligatoria de la Iglesia, se mostró en la votación que se hizo en la congregación general de 20 de abril, sobre si la obligación de residencia se debía definir como estribando sobre fundamento divino. Se había acordado que respecto a esto sólo se contestase sí o no. Como muchos no se atuvieron a ello, se produjo una confusión que todavía hoy se refleja en los datos discrepantes de las fuentes auténticas. Según los Comentarios de Seripando, 67 Padres contestaron con un simple *sí*, 33 Padres con un simple *no*; 38 dieron voto condicional: algunos de ellos votaron con un *sí* si antes fuera interrogado el parecer del Papa, otros con un *no* si antes no se interrogara al Papa. El cardenal Madruzzo observó que persistía en lo que había dicho en una sesión anterior; el obispo de Budua dijo que estaba conforme con la publicación. Los abades benedictinos contestaron diversamente; con esta ocasión se planteó la cuestión sobre si ellos habían de tener solamente *un* voto, como en tiempo de Paulo III (3). El resultado fué por tanto, sólo que una

(1) Cf. Susta, II, 70, 89, 124 s.; Eder, I, 142. V. también Paleotto en Theiner, II, 555.

(2) V. Eder, I, 142.

(3) Seripandi Comment., 484-485. Sobre la discrepancia de los datos numéricos en otras fuentes cf. Druffel en la Hoja Teol.-Lit., 1876, 484. Merkle,

exigua mayoría no quiso decisión alguna antes que el Papa hubiera expresado su opinión en el asunto. La sesión había sido más agitada que ninguna de las anteriores; el ruido y las disputas fueron tan grandes, como dice Musotti, que se podía atribuir a milagro el que se evitara un cisma (1).

La confusión fué todavía aumentada por la falta de unanimidad entre los legados. Después de la votación, el cardenal Gonzaga se inclinaba a contar los votos de aquellos cuyo dictamen decía *si con aquiescencia del Papa*, entre los que pedían incondicionalmente la definición del derecho divino, y según esto proceder sin esperar más. Pero como entre tanto los cardenales Simonetta y Hosio se declararon con razón en contra, hubo de desistir (2).

El mismo día de la sesión los legados dirigieron al Papa la petición de que, dada la diversidad de las opiniones, él mismo decidiera (3). Tres días después, Gonzaga junto con Seripando envió todavía a Roma una especie de voto de la minoría, en el cual se desaprobaba el que varios en sus votos se remitiesen al parecer del Papa, porque con esto sólo se lograría confirmar la opinión de los protestantes y de muchos católicos, sobre la falta de libertad del concilio. Gonzaga y Seripando aconsejaron por eso que el Papa en un breve rehusara dar la decisión, y exhortara a los prelados a su deber de dar su dictamen acerca de las proposiciones según su conciencia (4).

El mismo 20 de abril se había nombrado una comisión para la composición de un decreto sobre los puntos de reforma hasta entonces tratados. Desde el 21 al 24 de abril se deliberó acerca de otros seis artículos de los doce. El 28 del mismo mes se dió lectura a una carta del embajador francés Lansac que anunciaba su llegada, pero rogaba que se difiriese la sesión fijada para

que ha descubierto en el archivo Isolani de Bolonia todos los manuscritos de Paleotto (v. la Revista trimestral romana, XI, 335 s.), promete (Concil., II, 639) una exacta edición de los diversos votos según el diario original de Paleotto. V. ahora las Actas completas del concilio, desde el 7 hasta el 20 de abril, con numerosos y hasta ahora desconocidos votos originales, en Ehses, VIII, 402-465.

(1) Döllinger, Diarios, II, 12. V. también Paleotto en Theiner, II, 554 s.

(2) V. Susta, II, 90.

(3) Ibid., 88.

(4) La carta de Gonzaga y Seripando, de 23 de abril de 1562, desgraciadamente sólo se ha conservado en un extracto, publicado por Susta, II, 90 s.

el 14 de mayo, si hasta entonces no estaba en Trento (1). Casi todos los prelados españoles se declararon contra una dilación de la sesión. Pero no formaron en manera alguna la mayoría. Finalmente se halló un camino que pudo contentar a ambos partidos: se resolvió el 30 de abril celebrar ciertamente el 14 de mayo la sesión señalada para este día, pero en ella leer solamente los mandatos de los embajadores nuevamente llegados; la publicación de los decretos ya acordados se debía diferir para una sesión que se tendría ocho días después (2).

Por este tiempo diversas circunstancias contribuyeron a hacer sumamente difícil la situación del concilio, entre ellas, no en última línea, las diversas intromisiones de los príncipes y sus representantes. Por un lado el asunto de la continuación, y por otro la cuestión de la residencia, era lo que turbaba el pacífico progreso de las negociaciones.

El embajador español en Roma, Vargas, el 19 de abril había entregado al Papa una carta de puño y letra de su soberano, y al propio tiempo había protestado verbalmente y por escrito contra el exclusivo derecho de proposición de los legados, así como contra el retardo de la declaración expresa de la continuación (3). El cardenal Borromeo informó de esto a los legados el 25 de abril. Tres días después Pío IV les escribió que había dado al embajador portugués, Lorenzo Pérez, que regresaba a su país, encargos para Felipe II a fin de justificar la política conciliar del Papa (4). Los legados por su parte, el 7 de mayo compusieron un extenso escrito de justificación para Felipe II sobre las cuestiones criticadas por los españoles (5). El mismo día 7 dieron cuenta a Borromeo de que habían intentado declarar expresamente la continuación en la sesión próxima; pero que como el día anterior los embajadores imperiales se habían expresado en contra de un modo apremiante, estaban todavía irresolutos sobre lo que se debía hacer (6).

(1) V. Raynald, 1562, n. 44; Le Plat, V, 162. Cf. Theiner, I, 714 s.

(2) V. Pallavicini, 16, 5, 13. Todo el material concerniente a las congregaciones y sesiones, hasta la sesión 22, celebrada el 17 de septiembre de 1562, se halla ahora en una exacta edición de Ehses, VIII.

(3) V. Döllinger, Documentos, I, 415; Colección de docum. inéd., IX, 141. La carta autógrafa de Felipe II, de 30 de marzo de 1562, se halla en Susta, II, 94 s.

(4) V. Susta, II, 93 s., 98 s.

(5) Colección de docum. inéd., IX, 161 s. Cf. además Susta, II, 102 s.

(6) Susta, II, 101 s.

El 8 de mayo los representantes de Fernando I protestaron de nuevo contra las palabras del proyecto de decreto de prorrogación, preparado para la sesión próxima, las cuales podían entenderse como una declaración de la continuación. Conforme a esto, se hizo una modificación correspondiente (1). El 10 de mayo el embajador español, el marqués de Pescara, había vuelto a Trento. Llevaba nuevas órdenes de Felipe II, el cual demandaba instantemente con especialidad la expresa declaración de la continuación. Pero los embajadores imperiales persistían en lo contrario. El 12 de mayo se llegó al acuerdo de publicar en la sesión inmediatamente siguiente de 14 de mayo, un solo decreto por el cual se trasladara la sesión próxima de 21 de mayo al 4 de junio; se había de prescindir de declarar la continuación; los legados debían, no obstante, hacer esperar dicha declaración al embajador español para la sesión de junio. Por la dilación de la sesión los embajadores imperiales ganaron tiempo para pedir todavía nuevas instrucciones a Fernando I (2).

En Roma el 12 de mayo el embajador francés, junto con Niquet, abad de San Gildas, llegado de Francia, había presentado de nuevo al Papa la petición de su gobierno de que se difriesen las negociaciones conciliares (3). Pío IV, con todo, se declaró en contra. Como se veía apremiado constantemente por el embajador español a que declarase la continuación (4), el 13 de mayo dió a los legados la orden de que emprendieran las negociaciones del concilio en lo concerniente a los dogmas y a la reforma, como expresa continuación del concilio de Trento, a pesar de las contrarias representaciones que eran de esperar, por parte de Francia o de cualquiera otra parte (5).

En Trento, el 14 de mayo, en la sesión XIX, tercera bajo el pontificado de Pío IV, conforme a lo convenido, se publicó sólo el decreto de prorrogación para el 4 de junio, y se procedió a la lectura de los mandatos. En la sesión tomaron parte: los legados, el cardenal Madruzzo, tres patriarcas, 18 arzobispos,

(1) V. Susta, I, 104 s.

(2) V. Susta, II, 123 s.; Eder, I, 147.

(3) V. Susta, II, 155.

(4) V. la carta de Vargas a Felipe II, de 4 de mayo de 1562, en Döllinger, Documentos, II, 415 s.

(5) Susta, II, 155. *Le cose del concilio la [S. S^{ta}] travagliano anco molto, refiere Fr. Tonina en 13 de mayo de 1562, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

131 obispos, dos abades, cuatro generales de Órdenes religiosas, 22 teólogos y ocho embajadores, entre ellos el de Alberto V, duque de Baviera, llegado el 1.º de mayo (1).

Tres días antes de la sesión XIX, el desenvolvimiento de la cuestión sobre la residencia había movido al Papa a una importante manifestación.

Como los legados del concilio echaban menos suficientes informaciones para tratar de los asuntos de reforma, ya el 11 de abril habían enviado a Roma un hombre de confianza en la persona de Federico Pendaso, el cual debía averiguar la voluntad del Papa, también respecto de la cuestión de la residencia (2). Pendaso había llegado a la Ciudad Eterna el 20 de abril (3). Entre tanto su regreso se difería, de suerte que ya se esparcían rumores sobre una inminente traslación o violenta abreviación del concilio (4). Tales planes no existían. La causa de la dilación estaba en la perplejidad de Pío IV sobre cómo había de proceder en la cuestión de la residencia, sobre la cual reinaba tan gran diversidad de opiniones entre los Padres del concilio y los legados. Una terminante negación del derecho divino de residencia no parecía conveniente por razón de que, prescindiendo enteramente del gran número de los partidarios de esta opinión y de la actitud de Vargas, muchos veían en la declaración de aquel derecho uno de los medios más eficaces para restablecer la decaída disciplina eclesiástica, y por consecuencia era de temer la sospecha de que la curia procuraba impedir la reforma. En general entraban aquí en consideración los más importantes intereses de la Santa Sede. En caso de condescendencia se había de considerar que aquellos Padres que se habían declarado contra la definición creyendo con ello hacer al Papa un notable servicio, no podían ser desatendidos fácilmente. Por eso se debía evitar una definición rápida, porque el establecimiento de un artículo de fe, conforme a la naturaleza del asunto, exigía una perfecta certidumbre, de la cual no podía tratarse habiendo tan importante contradicción (5).

(1) V. Raynald, 1562, n. 44; Theiner, I, 717. Sobre los embajadores bávaros, el doctor Agustín Paumgartner y Juan Couvillon S. J., v. Knöpfler, *Movimiento en favor del cáliz*, 100; Riezler, IV, 513; Canisii Epist., III, 450, 562.

(2) Cf. Susta, II, 78-82 y Merkle, II, 483 s.

(3) V. la relación de Arco en Sickel, Concilio, 293.

(4) V. Colección de docum. inéd., IX, 151.

(5) Cf. Pallavicini, 16, 5.

Por causa de las dificultades que se oponían a una determinada decisión en uno u otro sentido, Pío IV tuvo por mejor dejar provisionalmente libre la cuestión de la residencia y hacer volver a Trento a Pendaso solamente con decisiones acerca de la reforma que se había de emprender (3 de mayo) (1). En el territorio de Mantua, Pendaso se hirió de suerte, por una caída de caballo, que hubo de interrumpir su viaje. Por eso dió de palabra sus encargos a Juan Francesco Arrivabene, a quien los legados habían enviado a su encuentro. Su contenido era el siguiente: El Papa está resuelto a la reforma de la Iglesia universal, y especialmente a la de la curia romana. La reforma de la Penitenciaría está ya ejecutada, la de los otros tribunales y oficios seguirá a pesar de las pérdidas rentísticas que de ello resulten. El Papa hace exhortar instantemente a los legados a que obren con la mayor moderación posible, para que la reforma eclesiástica no degeneren en una completa perturbación del orden existente, en vez de redundar en bien de la cristiandad; a que no den fácilmente oídos a cualquiera exigencia o propuesta, y procedan de acuerdo con el supremo jerarca de la Iglesia. Respecto a la cuestión de la residencia, el Papa se reservaba todavía dar una orden decisiva, diciendo que, dadas las opiniones opuestas de los Padres del concilio y la excitación reinante, se debía más bien aguardar un tiempo más favorable y tranquilo (2).

Además de estas órdenes Pendaso llevaba 95 artículos de reforma, glosados por el Papa mismo, los cuales habían sido reunidos en la secretaría privada sobre la base de la memoria de reforma de los prelados españoles, enviada por Simonetta a Roma el 6 de abril (3). Las reflexiones de Simonetta lograron mover a sus colegas a la resolución de dejar provisionalmente la cuestión de la residencia, y no decidirla sino en unión con las delibera-

(1) V. Susta, II, 108.

(2) V. Susta, II, 109 s. Sobre las reformas hechas en Roma, que concernían especialmente a la Penitenciaría y a la Cámara Apostólica, además de Sickel, Concilio, 298-299, 310 y Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 128, v. los *datos de Tonina (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y de los *Avvisi di Roma (*Biblioteca Vatic.*) en los núms. 20, 21, 22, 23, 24-34 del apéndice. Sobre la Constitución de 4 de mayo de 1562 (Bull. Rom., VII, 193 s.), que es el primer conato de transformar la Penitenciaría y restringir sus atribuciones, v. Gölle, II, 20 s.

(3) Publicados por Susta, II, 113 ss., según un manuscrito de Seripando.

ciones sobre el sacramento del orden. Los legados anunciaron esto al cardenal Borromeo el 11 de mayo (1).

Pero entre tanto se había realizado en Pío IV un cambio de pensar. Las relaciones de diferentes informantes pintaban con tan vivos colores la discordia y confusión reinantes en Trento, que toda la curia se conmovió grandemente. Cada vez con más fuerza influían en el Papa los secretos avisos que le llegaban en gran número, parte directamente, parte por medio de Borromeo, de Padres del concilio que eran conocidos como celosos partidarios de la Santa Sede. Especial impresión produjeron algunas relaciones de Simonetta, el cual desde un principio había sido resuelto adversario de la declaración de que la obligación de residencia se apoyaba en el derecho divino. El celo de este cardenal, así como sus extensos conocimientos canónicos, habían de hacer que su juicio pareciera libre de sospecha, y realmente justificados sus temores, que los ojos de los demás legados no habían podido penetrar. Pero además de eso llegaban a Roma todavía otras noticias, que no sólo exageraban los acaecimientos que se habían efectuado en Trento, sino también los desfiguraban; aun afrentosas calumnias contra los cardenales Gonzaga y Seripando se hallaban entre ellas (2).

Pío IV tuvo el asunto por tan grave que buscó consejo en los cardenales, contra lo que en otros casos acostumbraba. Constituyó una comisión especial de seis de ellos (3). Las deliberaciones con éstos condujeron al convencimiento de que el Papa no podía ya continuar en su reserva actual (4). Así se sazónó la resolución de prevenir los peligros que amenazaban en Trento con una disposición extraordinaria: a los legados que estaban allí, se les añadieron otros tres. Para esto se pusieron los ojos en los cardenales Cicada, De la Bourdaisière y Navagero. Cicada parecía particularmente a propósito para asegurar los derechos de la Santa Sede, porque se señalaba no sólo por sus conocimientos canónicos, sino también por su grande intrepidez. Bourdaisière como obispo de Angulema había mostrado siempre gran celo de la religión, y se había gran-

(1) Susta, II, 121 s., 126.

(2) V. el testimonio de Borromeo en su carta a Gonzaga, de 11 de mayo de 1562, en Susta, II, 140 y Paleotto publicado por Theiner, II, 558-559. Cf. Pallavicini, 16, 5 y 8.

(3) V. Paleotto, loc. cit., 559.

(4) V. Eder, I, 145.

jeadó en alto grado la benevolencia y la confianza del Papa como embajador francés cerca de la Santa Sede; podía prestar los mejores servicios para zanjar las dificultades que eran de temer de parte del gobierno francés. Navagero poseía, además de un espíritu verdaderamente eclesiástico, grande habilidad diplomática, de la cual había dado pruebas como embajador de Venecia en varias cortes y últimamente también en Roma. Por tanto se podía esperar de él que lograría restablecer la concordia entre los legados (1).

Pío IV el 11 de mayo comunicó su designio a los legados de Trento en la forma viva que le era propia. No se abstuvo de reprocharles muy acerbamente su falta de armonía, que se había manifestado al tratarse de la cuestión de la residencia. Según decía, hubieran debido evitar que una cuestión causadora de tanto desconcierto, la cual ya había sido rechazada en tiempo de Paulo III, hubiese podido hallar entrada en las discusiones, principalmente no habiéndose ellos puesto de acuerdo entre sí. «Acordaos, escribía, que sois legados en común, los cuales han de proceder con entera concordia, en vez de promover escándalo con sus divergencias.» Además de la exhortación a la concordia, se hallaba en la carta la reiterada declaración de que la cuestión de la residencia se debía por entonces diferir y en lugar de ella seguir adelante sin dilación tratando de los dogmas y de la reforma (2).

Los legados, que recibieron esta carta el 15 de mayo, contestaron dos días después, que harían cuanto les fuese posible y esperaban poder aplazar el artículo sobre la cuestión de la residencia, por lo menos hasta que se tratase del sacramento del orden; procuraron también justificarse del reproche de la falta de unanimidad (3). Los cardenales Gonzaga y Seripando, que conocían bien que las reconvenções del irritable Papa les tocaban sobre todo a ellos, el 16 y 17 de mayo dirigieron especiales cartas de justificación al cardenal Borromeo, las cuales nada dejaban que desear en sinceridad (4). El cardenal Gonzaga anunciaba al

(1) V. Pallavicini, 16, 8, 12.

(2) El origen de la carta del Papa, de 11 de mayo de 1562, lo ha puesto en claro Susta (II, 134 s.) de un modo magistral, utilizando las anteriores minutas.

(3) V. Susta, II, 152.

(4) La carta de Gonzaga se halla en Susta, II, 143 ss., y la de Seripando en Sickel, Relaciones, II, 108 s.

mismo tiempo su resolución de salir de Trento luego que llegara Cicada, el cual, por su categoría, hubiera debido presidir el colegio de los legados. Sólo después que el Papa renunció al proyectado envío de nuevos legados, el profundamente apesadumbrado cardenal de Mantua se dejó mover a quedarse por entonces (1).

El 25 de mayo los legados propusieron a los Padres del concilio, como resultado de las deliberaciones habidas hasta entonces, un proyecto de decreto en nueve cánones de reforma, que habían de publicarse en la próxima sesión (2). El mismo día dieron cuenta a Roma de sus infructuosas negociaciones con los españoles, los cuales exigían que la cuestión de la residencia se decidiera en la sesión inmediata, o que si esto no fuera posible, o bien se diferiera la sesión o se prometiera en ella resolver la cuestión en la sesión siguiente (3). Sólo con dificultad logró el obispo de Salamanca, Mendoza, que, en inteligencia con los legados, intervino como medianero, apartar al adalid de los prelados españoles, el arzobispo de Granada, de su plan de protestar contra el aplazamiento de la cuestión de la residencia (4). Fuera de esto, los españoles continuaron persistiendo en que el concilio se declarase expresamente como continuación del anterior. En este respecto la situación se empeoró todavía por el brusco proceder de los embajadores franceses, cuyo adalid De Lansac, confidente de Catalina de Médicis, llegó a Trento el 18 de mayo. Pocos días después acudieron también sus dos colegas Arnaldo du Ferrier, presidente del Parlamento de París, y Guido du Faur de Pibrac, juez superior de Tolosa, ambos sospechosos de herejía (5). Los representantes de Francia fueron recibidos en una congregación general el 26 de mayo; se presentaron con la demanda de que el concilio se declarara expresamente como nuevo, no como continuación del anterior. Al propio tiempo vino una carta de Fernando I para sus embajadores, fechada el 22 de mayo, y otra de Delfino para los legados con la noticia de que el emperador no sólo negaba su consentimiento para la declaración expresa de la continuación, sino tam-

(1) Cf. Susta, II, 180.

(2) V. Theiner, I, 718-722; Le Plat, V, 186-189.

(3) Susta, II, 161 s.

(4) V. Mendoza, 642 s.

(5) Cf. Raynald, 1562, n. 44-46; Le Plat, V, 175-185; Theiner, I, 720 s.; Bondono, 560; Pallavicini, 16, 10 y 11; Baguenault de Puchesse, 63 s.

bién amenazaba con llamar a sus representantes en caso de que tal cosa se hiciera (1).

Los legados, que dieron cuenta a Roma el 26 de mayo de la actitud tomada por el emperador (2), hubieron de temer la disolución del concilio. Mientras buscaban un expediente para salir de aquella difícilísima situación, con grandísima consternación suya llegó por la tarde del 2 de junio una orden de Pío IV de 30 de mayo, que contenía el resuelto mandato de que en atención a la promesa dada al rey de España, se debía perseverar en la ya ordenada declaración expresa de la continuación (3). Los legados estaban persuadidos de que el cumplimiento de esta orden, no sólo había de tener por efecto la disolución del concilio, sino que también recaería sobre el Papa toda la culpa de ello, ya que el representante de España, el marqués de Pescara, se había declarado conforme con una dilación (4). Por tanto, resolvieron no ejecutar el mandato, dado bajo la influencia de Vargas (5), y hacer justificar en Roma su proceder por medio del cardenal Marcos Sittich. Esta misión se pudo, no obstante, omitir, porque a la mañana siguiente, todavía antes de la apertura de la congregación general, vino una segunda carta del Papa de 31 de mayo que revocaba el primer mandato y dejaba libre a los legados el prescindir de la declaración expresa de la continuación en la sesión inmediata, con tal que de hecho se continuaran los trabajos (6).

Después de haberse hecho los necesarios preparativos en la congregación general de 3 de junio, se celebró el 4 de junio la XX sesión, cuarta bajo el pontificado de Pío IV. Asistieron a ella los legados a excepción de Gonzaga, el cardenal Madruzzo, dos patriarcas, 18 arzobispos, 137 obispos, dos abades, cuatro generales de Órdenes religiosas, 28 teólogos y 11 embajadores. Celebró la misa solemne el obispo de Salamanca, Mendoza, y

(1) V. Sickel, Concilio, 314; Steinherz, III, 52 s.

(2) Susta, II, 164 s.

(3) Susta, II, 175 s. Cf. Sickel, Relaciones, III, 131.

(4) V. Seripandi Comment., 467; Musotti, I, 15 s.; Paleotto en Theiner, II, 560. Cf. Pallavicini, 16, 12, 2 y 3. V. también Sickel, Relaciones, III, 138 s.

(5) Colección de docum. inéd., IX, 232 s.; Susta, II, 178.

(6) V. Susta, II, 180 s., 183, 471. Tonina *notificó el 20 de mayo de 1562, que el Papa celebraba diariamente congregaciones sobre el concilio. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

tuvo el sermón el obispo de Famagusta, Jerónimo Ragazzoni. En la sesión se prescindió de toda publicación de decretos en vista de las dificultades que habían producido las cuestiones de la residencia y de la continuación; sólo se leyeron los poderes de los embajadores y procuradores de Suiza, Salzburgo y Francia y un decreto de prorrogación que fijaba la próxima sesión para el 16 de junio. La gran mayoría de los Padres del concilio admitió este decreto; 34 protestaron contra él por no mencionarse la residencia ni la continuación (1).

En la congregación general de 6 de junio el cardenal Gonzaga propuso como objeto del próximo decreto dogmático cinco artículos sobre la comunión bajo las dos especies y la comunión de los párvulos (2). 31 obispos se declararon conformes con la propuesta sólo con la condición de que se tratara juntamente de la cuestión de la residencia. Esta minoría, todavía el mismo día, dirigió al Papa una sincera exposición, en la cual defendía su intervención en favor de la obligación de residencia como precepto divino, y se justificaba resueltamente de la tendencia que se les atribuía, de socavar intencionadamente la autoridad pontificia (3). Pío IV contestóles el 1.º de julio, que era su voluntad que reinara en el concilio libertad de hablar y discutir; que al mismo tiempo exhortaba a evitar la división y discordia, a fin de que no se diera ocasión a los protestantes para infamar y desacreditar al sínodo (4).

Los cinco artículos fueron extensamente discutidos y examinados en todos sus aspectos por 63 teólogos, en 21 reuniones, desde el 10 hasta el 23 de junio (5). A pesar de las divergencias de opinión en pormenores, en lo principal se llegó unánimemente a

(1) V. Raynald, 1562, n. 47, 48; Theiner, II, 1 s.; Seripandi Comment., 488. Cf. Pallavicini, 16, 12, 9-12.

(2) V. Raynald, 1562, n. 49; Le Plat, V, 202; Theiner, II, 7. Cf. Pallavicini, 17, 1.

(3) Le Plat, V, 199-202.

(4) Ibid., 360 s.

(5) Sobre las negociaciones hasta la redacción del decreto dogmático de la sesión vigésimaprimer a. Theiner, II, 7-51; Le Plat, V, 272-328. Ehses (VIII, 537-617, 633-650, 691) da todas las actas desde el 10 de junio hasta el 14 de julio de 1562. Cf. Pallavicini, 17, 6-7 y 11; Knöpfler en el *Léxico eclesiástico* de Friburgo, XI^a, 2094 y Grisar, Lafnéz, 684. Cf. también Cavallera, *L'interprétation du chap. VI de St. Jean. Une controverse exégét. au Concile de Trente*, en la *Revue d'hist. ecclés.*, X (1909), 687-709. Sobre el voto de S. Pedro Canisio respecto de la administración del cáliz a los legos (15 de junio de 1562) v. Ehses en el *Anuario Hist.*, XXXVI, 105 s.

este resultado: que la comunión bajo las dos especies no era mandamiento divino excepto para el sacerdote celebrante; que la Iglesia estaba autorizada para prescribir por graves motivos la comunión bajo la sola especie de pan, para los legos y los clérigos no celebrantes; que todo Cristo se contenía también bajo *una sola* especie; que a los niños pequeños no les era la comunión necesaria. Sobre el tercero de los cinco artículos, que se refería a la concesión del cáliz a los legos, se manifestaron muy diversos pareceres. Por eso se dejó por entonces, y se formularon desde luego cuatro cánones sobre los otros puntos y se sometieron a los Padres del concilio el 23 de julio. Estos deliberaron sobre ellos en seis congregaciones generales, desde el 30 de junio hasta el 3 de julio. Sobre la base de estas deliberaciones, el cardenal Simonetta junto con tres obispos y el general de los dominicos, suministró una nueva redacción de los cuatro cánones. Para declararlos y fundamentarlos más en particular, Hosio y Seripando, apoyados por tres obispos y el general de los agustinos, compusieron todavía una extensa exposición doctrinal (1). Todo esto se presentó a los Padres del concilio el 4 de julio en la congregación general; sobre ello deliberaron el 8 y el 9 del mismo mes. El 14 se pudo proceder a la redacción definitiva.

Durante estas deliberaciones dogmáticas, los legados estuvieron todavía muy ocupados en otros asuntos que les dieron serio cuidado. El 6 de junio los embajadores imperiales les entregaron el llamado *pequeño libro de reforma* de Fernando I (2). Este

(1) Cf. Cavallera, loc. cit., 699.

(2) Se envió el 22 de mayo y llegó a Trento el 26; pero fué todavía retenido a causa de la dificultad de las negociaciones respecto de la continuación. Esta importante memoria publicóla primeramente en el siglo XVIII Schelhorn (Amoenit., I, 501-575), y después Le Plat (V, 232-259). En ella se ha ocupado mucho la moderna investigación. Cf. Reimann en las Investigaciones para la Historia alemana, VIII (1868), 177-186; Sickel en el Archivo para la Historia de Austria, XLV (1871), 1-96; Turba en los Despachos Venecianos, III, 270 s.; Steinherz, III, 65 s.; Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 125 s., 164; Ritter, I, 157 ss.; Kassowitz, 58 s.; Helle, 7 s., 16, y especialmente Eder, quien (I, 232) lega al siguiente resultado sobre la historia de la formación de dicho escrito: La iniciativa y también acaso las líneas más generales del tema deben su origen al mismo Fernando. La materia para la ejecución la suministró el consejero imperial Jorge Gienger, la redacción definitiva procede del conocido teólogo Federico Estáfilo, que añadió abundante material; fué dictaminado y puesto en consonancia con la política imperial acerca del concilio por el vicecanciller Segismundo Seld, quien aportó también algo al contenido. Urbano, obispo de Gurk, Córdoba, confesor de la esposa de Maximiliano II, y Cithard,

extenso escrito había sido el resultado de las deliberaciones de los consejeros imperiales sobre los artículos de reforma propuestos por los legados al concilio el 11 de marzo, los cuales les parecieron insuficientes.

El pequeño libro de reforma de Fernando I comprende las exigencias y propuestas imperiales respecto de la reforma eclesiástica. En primer lugar intenta demostrar la necesidad de una reformación radical del clero *antes* de establecer la doctrina eclesiástica discutida. Luego siguen quince artículos sobre la corrección de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros. Aquí se exige enérgicamente: la reforma del Papa y de la curia, la limitación de los miembros del Colegio Cardenalicio a 24, en el sentido de los decretos del concilio de Basilea, la reducción de las dispensas pontificias y de las exenciones monásticas, la prohibición de la acumulación de prebendas, la observancia de la residencia, el severo castigo de la simonía, la limitación de las ordenaciones que obligan so pena de pecado mortal, la moderación en fulminar excomuniones, el remedio de los abusos en el culto, el expurgo en los misales y breviarios de cosas inútiles y ficticias y el uso de cánticos en lengua vulgar durante los oficios divinos. A esto se añaden peticiones sobre concesión del cáliz a los legos, supresión de los preceptos del ayuno y otorgamiento del matrimonio de los sacerdotes. Aunque estas concesiones, se dice en dicho escrito, no las piden todas las naciones, es, sin embargo, del todo diferente la situación de los pueblos del norte, cuyos especiales defectos exigen también especiales remedios. Si la Iglesia, como bondadosa madre, usa de indulgencia en estos puntos, esperan los más que los católicos que todavía quedan, podrán ser preservados de la herejía. Pero para esto es también necesario componer un claro compendio de la doctrina católica y unas nuevas postillas, así como fundar establecimientos de enseñanza para la formación de un clero apto e inteligente. Luego se da todavía el consejo de que se tenga benignidad respecto de aquellos bienes de la Iglesia de que los protestantes se habían apoderado, pues no se podía esperar la reconciliación de los herejes, si se apremiaba a la

confesor de Fernando, intervinieron de un modo secundario. Como según eso concurrieron en la composición de esta memoria una serie de personajes muy influyentes, así también se utilizaron en ella diversos importantes documentos sobre la reforma de la Iglesia.

devolución de estas posesiones; también se aconseja que se eviten, cuanto sea posible, las discusiones peligrosas, verbigracia, la controversia acerca del deber de la residencia.

La política eclesiástica de Fernando I ha hallado su expresión más significativa en su pequeño libro de reforma. Claramente se manifiestan las buenas intenciones del emperador, señaladamente su solicitud de oponer un dique a las novedades religiosas, no sólo con la supresión de los abusos eclesiásticos que iban creciendo terriblemente en sus dominios, sino también por medio de amplias concesiones. A pesar de todo reconocimiento de estos subjetivos conatos de Fernando, sin embargo se ha de examinar igualmente con rigor el valor objetivo de sus propuestas de reforma. Mas de de ello resulta claro que no pocas eran peligrosas e iban demasiado lejos. La utilidad práctica de las importantes concesiones pedidas (de la administración del cáliz a los legos y del matrimonio de los sacerdotes) no se demostraba en manera alguna con las razones alegadas por el emperador, antes bien, estaba sujeta a reparos de grave peso.

Ya al primer examen del pequeño libro de reforma, vínole a los legados a la memoria el sínodo de Basilea, de infeliz recordación. Consternados por el alcance de las exigencias y propuestas imperiales, rogaron al punto, sin preguntar a Roma, a los representantes de Fernando, que prescindieran por entonces de presentar el documento a la congregación general. El 8 de junio escribieron al nuncio Delfino que solicitara de Fernando I, que retirase o modificara el escrito, pues su presentación traería seguramente en pos de sí la disolución del concilio. Que por lo que tocaba a la exigencia de que el concilio reformara al Papa, los miembros a su cabeza, recordase el nuncio las funestas perturbaciones que agitaron al siglo xv (1). También uno de los embajadores imperiales, el arzobispo Brus, que regresó de Trento a Praga el 10 de junio, recibió de los legados el encargo de influir en este sentido sobre el emperador (2).

Las negociaciones de Delfino con Fernando I tomaron un rumbo favorable. A fines de junio el nuncio podía informar a los legados, que el emperador había apreciado sus reparos y dejaba a su disposición el proponer en tiempo oportuno a los Padres del

(1) Steinherz, III, 61 s. Cf. Susta, II, 184.

(2) V. Kassowitz, 81 s.; Steinherz, III, 84; Susta, II, 190 s.

concilio el escrito en todo o en parte (1). El 29 de junio el mismo emperador escribió a los legados, que no quería litigar con ellos sobre el derecho de proposición; que si los artículos del escrito eran muy numerosos para que se tratase de ellos de una vez, se contentaba con que se deliberara sobre ellos poco a poco. También tocante a la reforma de la cabeza de la Iglesia, hizo la declaración, enteramente satisfactoria, de que sólo había intentado que el Papa la ejecutara por sí mismo (2). El 27 de junio los embajadores imperiales habían entregado a la congregación general del concilio una memoria, en la cual se exponían los motivos por qué se pedía la administración del cáliz a los legos en los territorios del emperador (3). En la misma congregación general fué introducido el embajador bávaro Agustín Paumgartner; pronunció un discurso en el cual propuso tres demandas en nombre del duque Alberto V: reforma del clero, concesión del cáliz a los legos y admisión de los casados a la ordenación sacerdotal (4). En la congregación general de 4 de julio también los embajadores franceses presentaron un escrito para apoyar la exigencia imperial de que se permitiese el uso del cáliz a los legos (5). Pero precisamente estas instancias de diversas partes parecen haber hecho tener reparos a muchos que hasta entonces no eran adversos a esta concesión. Los legados mismos eran de opiniones diversas. Procuraron obtener por medio de negociaciones que la cuestión se dejara (6). Los representantes de Fernando, Thun y Draskovich, perseveraron al principio tenazmente y con amenazas en su pretensión. Exigieron la dilación de la sesión y el aplazamiento aun de los artículos preparados para su publicación, si al propio tiempo no se podían despachar los relativos a la administración del cáliz a los legos. Pero los legados persistieron en que la sesión se había de celebrar y se debían

(1) V. Steinherz, III, 69 s., 76 s., cf. 81 s.; Kassowitz, 80 s.

(2) Raynald, 1562, n. 61. Le Plat, V, 351-360. Cf. además Steinherz, III, 87 s. y Helle, 31 s. El Papa se puso de acuerdo con Arco, y en 22 de julio hizo llegar a los legados la orden de que entresacasen del escrito imperial los artículos que fuesen a propósito, y los presentasen al concilio; v. Steinherz, III, 99 s.

(3) Raynald, 1562, n. 65. Le Plat, V, 346-350.

(4) V. Theiner, II, 39 s.; Raynald, 1562, n. 52-54; Le Plat, V, 335-345. Cf. Knöpfler, Movimiento en favor del cáliz, 96 s.

(5) Raynald, 1562, n. 66. Le Plat, V, 366 s. Cf. Theiner, II, 45.

(6) V. la relación de Thun y Draskovich, de 7 de julio de 1562, en Sickel, Concilio, 347-349. Cf. la relación de los legados, de 9 de julio, en Susta, II, 221 s.

publicar los cuatro artículos preparados. Al fin los embajadores imperiales consintieron en ello con la condición de que en la sesión se hiciera la declaración de que los dos artículos sobre la concesión del cáliz, ahora dejados, se habían de tratar por el concilio más adelante en tiempo apropiado, lo cual se haría cuando los embajadores lo tuvieran por bien.

El 10 de julio se reanudaron en Trento las negociaciones sobre los nueve artículos de reforma, preparados hasta el 25 de mayo; éstos fueron de nuevo discutidos los días siguientes en cuatro congregaciones generales, de suerte que el 15 de julio pudo establecerse el decreto de reforma (1).

En el término prefijado, el 16 de julio, se tuvo la *XXI sesión pública del concilio, quinta bajo el pontificado de Pto IV*. El arzobispo de Spalato, Marco Cornaro, celebró la misa solemne, y el obispo húngaro Andrés Sbardelato Dudith pronunció el sermón. Tomaron parte en la sesión: los cinco legados y el cardenal Madruzzo, tres patriarcas, 19 arzobispos, 148 obispos, cuatro abades, seis generales de Órdenes religiosas, 71 teólogos y 10 embajadores. Se publicaron los decretos sobre la comunión bajo ambas especies y la comunión de los párvulos, en cuatro capítulos con otros tantos cánones y el anuncio de que se trataría más adelante de los dos artículos relativos a la concesión del cáliz a los legos. El decreto de reforma publicado en seguida comprendía nueve capítulos. Determinaba que el conferir las sagradas órdenes y el dar las dimisorias se debía hacer gratis; que sin cierta segura congrua, ninguno podía ser ordenado; que en las parroquias muy extensas se colocasen sacerdotes auxiliares, o se erigiesen nuevas parroquias, pero con dotación suficiente y en caso necesario, aun varias parroquias pequeñas se juntasen en una sola; que a los párrocos ignorantes se les debían asociar sustitutos con una parte de las rentas, y los de vida escandalosa debían ser castigados, y en caso preciso, depuestos. Además se dispuso que los beneficios de iglesias ruinosas se trasladaran a otras, o se restaurasen los templos referidos. Que los monasterios en encomienda, donde no se observaba ninguna regla monástica, lo propio que todos los beneficios seculares y regulares, debían someterse a una visita anual del obispo; y asimismo todos los monasterios donde la observancia regular estaba todavía en vigor, en caso de que los

(1) V. Theiner, II, 51-55; Paleotto en Theiner, II, 565 s.

superiores regulares no cumplieran con su deber. Finalmente, para quitar de raíz los abusos que había en la publicación de las indulgencias, se determinó: quedan suprimidos el nombre y ocupación de los colectores de las limosnas que se dan para ganar indulgencias; la publicación de todas las indulgencias y gracias espirituales se transfiere al obispo, el cual con dos canónigos recibirá las contribuciones voluntarias de los fieles, para que todo el mundo sepa que los tesoros de la Iglesia se abren por causa de la piedad y no del lucro. Estos decretos de reforma fueron admitidos por todos a excepción de siete obispos, que exigían modificaciones accidentales. El decreto que fijaba la próxima sesión para el 17 de septiembre, obtuvo general aprobación (1).

Poco después de la quinta sesión ocurrió un suceso de grande importancia para el ulterior progreso del sínodo: el restablecimiento de la unión en el colegio de los legados. Desde mayo había tirantez de relaciones principalmente entre los cardenales Gonzaga y Simonetta, fundada en su diversidad de opinión acerca de la cuestión de la residencia. Esta cuestión, así como inquietantes rumores sobre una disolución o suspensión del concilio, proyectada por Pío IV, habían movido a los legados ya el 8 de junio a delegar a Roma al arzobispo de Lanciano, Leonardo Marini, para orientar oralmente al Papa (2). Poco después de haber Marini salido de Trento, llegó allá Carlos Visconti, obispo de Ventimiglia. El Papa había enviado a este prudente milanés, emparentado con Borromeo y confidente suyo, para tener en el sínodo un hombre seguro e imparcial de quien fiarse; también debía trabajar por restablecer la unión entre los legados (3). Visconti se afanó en este respecto con el mayor ardor y señalóse en ello por su conducta tranquila y llena de discreción. El 19 de junio tuvo una larga conferencia con Gonzaga, en la cual éste calificó de invenciones los rumores que corrían sobre su dimisión. El

(1) V. Raynald, 1562, n. 70-72; Theiner, II, 56 s. Cf. Pallavicini, 17, 11; Knöpfler en el *Léxico eclesiástico* de Friburgo, XI^a, 2097 s. Sobre las razones de señalar un término más lejano para la próxima sesión (dificultad de la doctrina del santo sacrificio de la misa, que se había de tratar; intento de dar una decisión sobre la cuestión del cáliz; deseo de los Padres de remitir algún tanto la intensidad del trabajo en los anticipados calores caniculares), se extienden los legados en su carta a Borromeo, de 16 de julio de 1562. Susta, II, 249.

(2) Su instrucción se halla en Susta, II, 184 ss. Cf. Pallavicini, 17, 1, 7 y 2.

(3) V. Susta, II, VIII, 455 s., 459 s., 489. Cf. Pallavicini, 17, 3; Ehses en el *Anuario Histórico*, XXXVII, 52 s.

legado creía entonces haber hecho cesar el descontento del Papa con su defensa (1). Una carta de su sobrino, el cardenal Francisco Gonzaga, de 17 de junio, que recibió el 23 el legado, que se hallaba en Pergine, le enteró no obstante de que Pío IV, de nuevo excitado por las quejas de Simonetta, había manifestado la intención de sustituir por otro al presidente del colegio de los legados, en caso de que continuara en la forma que hasta entonces (2). Gonzaga se sintió profundamente disgustado por esto, así como por otras circunstancias (3), y resolvió pedir ahora él mismo su relevo. Para este fin envió al punto a Roma a su familiar Francisco Arrivabene. La noticia de ello causó en Trento grande estruendo y consternación (4). Dado el crédito de que gozaba Gonzaga entre los Padres del concilio y los príncipes católicos, su retirada hubiera debido en efecto traer en pos de sí las peores consecuencias para la continuación de las deliberaciones conciliares.

Pío IV, que tenía más precaución en el obrar que en el hablar, no admitió la dimisión de Gonzaga, antes le movió a quedarse y continuar presidiendo el concilio (5). El arzobispo de Lanciano, que el 1.º de julio fué mandado volver de Roma a Trento, llevó una carta a Gonzaga, en la cual se expresaba al legado la confianza del Papa. Al mismo tiempo Simonetta recibió orden de tratar a Gonzaga con todo miramiento y ponerse con él en las mejores relaciones (6). La completa reconciliación entre Gonzaga y Simonetta no se realizó hasta el 19 de julio. En este día, Gonzaga se invitó a sí mismo a comer con Simonetta. Las largas explicaciones que mutuamente se dieron en esta ocasión, en ambos produjeron contento y satisfacción. El cardenal Gonzaga mostró verdadera magnanimidad. Para los prelados que habían fomentado las desavenencias o le habían ofendido, no pidió otra penitencia sino la de la enmienda. Cuando el cardenal Borromeo le escribió que

(1) V. Susta, II, 208.

(2) V. en Döllinger, Diarios, II, 37 el fragmento de la carta de Fr. Gonzaga. Simonetta escribía en 25 de junio de 1562 a Borromeo expresamente, que era deseable que Gonzaga fuese mandado volver del concilio; v. Susta, II, 206.

(3) V. Sickel, Concilio, 346.

(4) V. Baluze-Mansi, IV, 241; Susta, II, 209, 487 s.

(5) Cf. Paleotto en Theiner, II, 567 s.; la relación de Vargas de 1.º de julio de 1562, en Döllinger, Documentos, I, 445 s.; la carta de Gonzaga al emperador, de 14 de julio de 1562, en Sickel, Concilio, 354.

(6) V. Susta, II, 227 s., 230. Cf. Pallavicini, 17, 5.

el Papa estaba dispuesto a alejar de su cargo de comisario del concilio al obispo de La Cava, que se había mostrado muy poco atento, rogó que el obispo fuera dejado en su puesto, diciendo que lo desempeñaba con gran provecho (1).

No menos útil que la reconciliación de ambos legados, en la que Carlos Visconti tuvo parte principal, fué para el feliz progreso del concilio, una noticia que llegó a Trento el 18 de julio. Venía de Felipe II. El correo que la trajo, había hecho el viaje de Madrid a Trento en solos once días para estar en esta ciudad, en cuanto fuera posible, todavía antes de la sesión e impedir una conducta inconveniente de los prelados españoles. Entregó al marqués de Pescara una carta del rey de 6 de julio, con la orden de comunicar a los obispos españoles: que su majestad no deseaba que se levantara una protesta por la cuestión de la residencia, y en vista de la resistencia del emperador y de Francia, tampoco persistía expresamente en que se declarase la continuación; que bastaba que se conociera por la forma de proceder, que se continuaba el concilio anterior (2). La decisión de Felipe II produjo también gran contento en Roma. El 4 de agosto Borromeo encargó al nuncio español Crivelli, que diera las gracias al rey en nombre del Papa (3).

El 19 de julio los legados propusieron a los teólogos trece artículos sobre la doctrina del santo sacrificio de la misa para que deliberasen sobre ellos (4). Un nuevo reglamento redactado el 20 de julio, dirigido a impedir la excesiva extensión de las negociaciones (5). La deliberación acerca de los artículos sobre la misa no requirió menos de trece sesiones, celebradas desde el 21 de julio hasta el 4 de agosto (6). El 6 de este mes los legados, que enton-

(1) V. Pallavicini, 17, 13, 1. Como el restablecimiento de la concordia entre los legados, así también ocupaba entonces al Papa el ajustamiento de las contiendas de precedencia que había entre los embajadores. Para componer las desavenencias entre el embajador de Baviera y el de Venecia, pidió Pío IV la ayuda de Fernando I. El embajador de Baviera exigía también para sí estar delante de los embajadores suizos y florentinos. Aun mayores dificultades se dejaban prever del litigio de precedencia entre los representantes de España y Francia. Cf. Pallavicini, 17, 4; Susta, II, 237, 242 s., 249, 494 s.

(2) V. Sickel, Concilio, 352 s.; Mendoza, 646-647; Susta, II, 261 s., 263 s., 276.

(3) Susta, II, 523 s.

(4) V. Theiner, II, 58; Le Plat, V, 390 s.; Pallavicini, 17, 13, 8.

(5) V. Theiner, II, 58 s.; Raynald, 1562, n. 96; Le Plat, V, 394-396.

(6) V. Theiner, II, 60-73.

ces se alegraron mucho de las disposiciones de Pío IV para la reforma de la curia (1), propusieron a la congregación general el proyecto de decreto sobre la esencia, frutos, institución y oblación del santo sacrificio de la misa, en cuatro capítulos con doce cánones. Los Padres del concilio trataron sobre ellos desde el 11 hasta el 27 de agosto; en esto ofreció dificultades principalmente la cuestión teológica sobre si Cristo ya en la última cena había ofrecido el santo sacrificio de la misa (2).

Desde el 22 de agosto fuera de esto se debía discutir la espinosa cuestión sobre si se había de conceder o negar el cáliz a los legos. Pío IV, por una carta de 18 de julio, había dejado al sínodo libertad para concederlo; pero juzgaba que era bueno diferir la decisión sobre esto hasta el fin del concilio (3). Borromeo, el 29 de julio participó a los legados que el Papa tenía el deseo de que se diera al emperador toda la satisfacción posible en esta materia, en cuanto se pudiera hacer con buena conciencia y caridad cristiana. Al propio tiempo Gonzaga recibió la noticia de que Pío IV aprobaba su parecer de que el decreto sobre el cáliz se formulara por el concilio, no por el Papa (4). Las deliberaciones sobre este difícil punto se comenzaron en la última semana de agosto (5).

Las opiniones sobre la utilidad práctica de la concesión del cáliz a los legos, discreparon mucho. Por la concesión se declararon, además del obispo de Pecs, orador impetuoso y hábil (6), el cardenal Madruzzo, el obispo de Knin, Andrés Sbardelato, y el arzobispo Marini, de Lanciano. Entre los enemigos de esta concesión señaláronse por la solidez y claridad de la argumentación, Castagna, arzobispo de Rossano, y Osio, obispo de Rieti. Fué digno de notarse que el único obispo alemán que todavía se hallaba presente, Leonardo Haller de Eichstätt, se declaró contra la administración del cáliz a los legos; su colega Rettinger de Lavant había salido de Trento para eludir una decisión. Todos los

(1) V. la carta de 6 de agosto de 1562 en Susta, II, 296. Sobre el progreso de las reformas de Pío IV cf. Sägmüller, *Bulas de elección de Papa*, 128.

(2) V. Theiner, II, 73-95; Raynald, 1562, n. 97-100; Le Plat, V, 428-431; Mendoza, 648; Pallavicini, 18, 1 y 2; Susta, II, 311-313, 338.

(3) Susta, II, 270 s. Cf. Steinherz, III, 113.

(4) Susta, II, 289, 291.

(5) V. Raynald, 1562, n. 73, 75-80; Le Plat, V, 455 s., 463-468; Theiner, II, 96-116; Paleotto en Theiner, II, 579-587; Mendoza, 649 s.; Pallavicini, 18, 3-5. Cf. también Susta, II, 542 s., 545 s., 550 s.

(6) V. Le Plat, V, 459, 462. Cf. Kassowitz, xxv.

adversarios de la concesión hicieron resaltar, por lo demás, expresamente, que la Iglesia podía permitir la recepción de las dos especies. Cuando el abad Ricardo de Vercelli manifestó que la exigencia del cáliz tenía un tinte herético, el legado pontificio presidente le reprendió y le quitó el uso de la palabra (1).

El último orador y el que hizo más impresión fué el general de los jesuitas, el P. Diego Laínez. Examinó toda la cuestión de una manera tan objetiva y completa como tranquila, clara y con agudeza escolástica. Hizo resaltar expresamente que sólo se trataba de la utilidad práctica de la innovación, y que en la decisión de la misma no le competía el carácter de la infalibilidad, ni al juicio del concilio ni al del Papa. Su opinión fué que no era provechoso conceder el cáliz a los legos, en general o en parte (2); dijo que la experiencia había ya enseñado que después que el concilio de Basilea y Paulo II lo habían otorgado, no se había impedido la apostasía de la Iglesia, sino antes había aumentado. Aun cuando la mayoría de los Padres se puso de parte de Laínez, se escogió finalmente el camino intermedio de dejar al Papa la decisión de todo este negocio (3).

Como el 5 y 7 de septiembre habían sido sometidos a una nueva deliberación los decretos refundidos sobre el santo sacrificio de la misa (4), el 10 de septiembre se propuso un decreto de reforma y otro sobre los abusos que se habían introducido en la celebración de la misa (5). La deliberación sobre ellos duró desde el 10 hasta el 14 de septiembre (6). En la congregación general del 16 del mismo mes, en que se leyeron los decretos que habían de publi-

(1) V. Pallavicini, 18, 4. Cf. Ehses en las *Disertaciones de la Sociedad Görres*, Relación anual, 1917 (Colonia, 1918), p. 44.

(2) Cf. Grisar, Laínez y la cuestión de la administración del cáliz a los legos, en la *Revista de teol. cat.*, V (1881), 672 ss., VI (1882), 39 s.; *Disput.*, II, 24 ss. Grisar comunica también pormenores sobre los demás trabajos de Laínez en Trento. El general de los jesuitas había llegado el 14 de agosto a la ciudad del concilio; en la cuestión sobre qué lugar había de ocupar, mostró la mayor modestia. V. Bondono, 561 s.; Boero, Laínez, 254; Canisii *Epist.*, III, 472, 531; Susta, II, 319, 334. Todas las deliberaciones sobre la concesión del cáliz a los legos, desde el 27 de agosto hasta el 6 de septiembre de 1562, con muchos votos originales, pueden ahora verse en Ehses, VIII, 788-909.

(3) V. la relación de los legados, de 16 de septiembre de 1562, en Susta, II, 363.

(4) V. Theiner, II, 116-119. Cf. Susta, II, 339, 344.

(5) Dos listas de los mismos hay en Ehses, VIII, 916-924.

(6) V. Theiner, II, 119-127.

carse al día siguiente, todavía se llegó a discusiones muy vivas sobre la institución del sacerdocio.

Después, el 17 de septiembre se efectuó la *sesión XXII, sexta en el pontificado de Pío IV*. A ella asistieron los cinco legados, el cardenal Madruzzo, tres patriarcas, veintidós arzobispos, ciento cuarenta y cuatro obispos, un abad lateranense, siete generales de Órdenes religiosas, tres doctores en derecho, treinta teólogos y nueve embajadores. Celebró la misa solemne el arzobispo de Otranto, Pedro Antonio de Capua, y tuvo el sermón el obispo de Ventimiglia, Carlos Visconti. Publicáronse el decreto sobre el santo sacrificio de la misa en nueve capítulos y nueve cánones, el decreto sobre el evitar abusos en la misa, el decreto de reforma, que comprendía once capítulos, y finalmente, la mencionada decisión acerca de la administración del cáliz a los legos.

El más importante decreto fué aquel que contra los numerosos errores esparcidos por los herejes, expuso la antigua doctrina católica sobre la santa misa. En él se explica: que Jesucristo, en la última cena, dejó a su Iglesia un sacrificio, por el cual se debía representar el sacrificio cruento de la cruz, conservar su memoria y aplicar a los hombres el perdón de los pecados, diariamente cometidos por ellos. Este sacrificio lo instituyó el Señor, ofreciendo a Dios Padre su carne y sangre bajo los accidentes de pan y vino, dándolas a comer y beber a los apóstoles, a quienes entonces instituyó sacerdotes, y mandándoles a ellos y a sus sucesores que hicieran esto en memoria suya. En el sacrificio de la misa es inmolado de un modo incruento el mismo Cristo que se entregó en la cruz de una manera cruenta. Según esto, la misa es un verdadero sacrificio propiciatorio, por el cual los fieles obtienen los frutos del sacrificio de la cruz, cuyo valor por tanto con esto no se menoscaba. Por eso la misa se ofrece, no sólo por los vivos, sino también por las almas que todavía se hallan en el purgatorio. Si la Iglesia celebra misas en honor y memoria de los santos, enseña con todo que no se ofrece a ellos un sacrificio, sino sólo a Dios. Para la digna celebración de la misa, la Iglesia ha ordenado desde antiguo el canon, que no contiene error ninguno. Al mismo tiempo ha rodeado de ceremonias la oblación del sacrificio según tradición apostólica. Que la misa se celebre generalmente en el idioma del país, no parece al concilio conveniente. Al fin condena todos los errores contrarios, principalmente los que

se dirigen contra el carácter de sacrificio. El decreto de reforma da prescripciones para la digna celebración de la santa misa, y ordena a los obispos que destierren todo cuanto tenga apariencia de codicia o sea supersticioso o escandaloso (1).

Sólo hubo entera unanimidad para el decreto que fijó la próxima sesión para el 12 de noviembre, a fin de tratar de los sacramentos del orden y del matrimonio (2). Nadie sospechaba que habían de pasar diez meses en lugar de los dos proyectados, hasta que por fin pudiera volverse a celebrar una sesión.

II

Después que Pío IV hubo recibido los decretos de la sesión XXII (sexta), disponía casi diariamente congregaciones en las que se deliberaba sobre reformas (3). Mas el concilio dió comienzo a las difíciles discusiones sobre el sacramento del orden. En primer lugar, el 18 de septiembre de 1562, los legados presentaron a los teólogos diez artículos para examinarlos, los cuales contenían las opiniones de los novadores sobre esta materia; las discusiones debían comenzar el 23 de septiembre (4). Mas antes los embajadores franceses y los imperiales, conforme a un convenio obtenido por el obispo de Pecs, demandaron que se difiriese el seguir tratando de los dogmas hasta la llegada de los prelados franceses, y sólo se deliberase en la próxima sesión acerca de cuestiones de reforma. Los legados no accedieron a ello (5). En el curso de los muy vivos debates, el obispo de Pecs y el embajador francés exigieron que se propusiera al concilio el pequeño libro imperial de reforma. También denegaron esto los legados. No obstante, el 24 de septiembre escribieron a Borromeo que se inclinaban

(1) Sobre los numerosos abusos que con el decurso del tiempo se habían introducido en la misa, v. la obra clásica de A. Franz, *La misa en Alemania en la edad media*, Friburgo, 1902.

(2) Cf. Theiner, II, 130-132; Pallavicini, 18. 9. Sobre el contenido de Pío IV por el resultado de la sesión v. la carta de Borromeo, de 26 de septiembre de 1562, en Susta, III, 12 s.

(3) V. Sickel, Concilio, 390.

(4) V. Raynald, 1562, n. 89; Le Plat, V, 508; Theiner, II, 133; Pallavicini, 18, 12, 1.

(5) Cf. Musotti, 25 s.; Baguenault de Puchesse, 72; Sickel, Concilio, 387; Steinherz, III, 130; Susta, III, 5, 353 s. y especialmente Helle, 37 s., donde hay todavía más indicaciones bibliográficas.

a proponer dicho escrito, omitiendo todos los artículos que menoscababan la autoridad del Papa o se excluían por sí mismos; al propio tiempo pedían instrucciones sobre cómo se debía proceder en cada uno de los artículos (1). La extensa contestación del Papa de 3 de octubre dejaba libre a los legados el proponer a los Padres del concilio la mencionada memoria imperial, pero añadía que no se decía con esto que hubieran de proponer una votación sobre ella; mas que al propio tiempo se había de comunicar también la carta del emperador de 29 de junio, que dejaba libertad a los legados para escoger los artículos que quisiesen, de la memoria (2). Con esta orden se envió asimismo el juicio del Papa (3) sobre cada uno de los artículos de la memoria. En todos los puntos importantes concordaba con el dictamen enviado por los legados a Roma el 27 de agosto (4). A pesar del apoyo que Fernando I había hallado en Francia, no solicitó ya más entonces la presentación de su escrito de reforma, pues otras cosas le ocupaban totalmente, de un modo especial la difícil elección de su hijo Maximiliano para rey de romanos. Sólo cuando ésta se hubo efectuado, el 24 de noviembre, se produjo una mudanza (5).

En los siete artículos sobre los que deliberaron los teólogos, desde el 23 de septiembre hasta el 2 de octubre (6), no se había tocado la cuestión de si la obligación de residencia de los obispos era de derecho divino o eclesiástico. No obstante, se volvió al punto a poner a discusión por algunos, principalmente por los teólogos del arzobispo de Granada. Todavía se puso más de realce durante las deliberaciones de la congregación general sobre el proyecto del decreto doctrinal y de los siete cánones, que lanzaban el anatema, respecto del sacramento del orden sacerdotal, las cuales duraron desde el 13 hasta el 20 de octubre. Ya al comienzo

(1) V. Grisar, *Disput.*, I, 391 s.; Susta, III, 8; Steinherz, III, 133.

(2) Sickel, *Relaciones*, II, 125-133. Cf. Steinherz, III, 133; Susta, III, 20.

(3) Impreso en Raynald, 1562, n. 59, 63; Le Plat, V, 388. Cf. Steinherz, III, 133, nota 4. Susta (III, 20 s.) ha publicado de entre los papeles de Seripando, un segundo escrito adjunto del Papa, en que Pío IV se declara en contra de los decretos de reforma, hechos en Poissy por el clero francés en 6 de octubre de 1561.

(4) Parte de él se halla en Raynald, 1562, n. 62, 58; Le Plat, V, 385-388. La primera parte, antes inédita, ha sido publicada por Steinherz, III, 132 s.

(5) Cf. Helle, 40-41.

(6) V. Theiner, II, 135-151; Paleotto en Theiner, II, 591 s.; Raynald, 1562, n. 90-92; Le Plat, V, 510-516.

de las discusiones, el 13 de octubre, el arzobispo de Granada sugirió la proposición formal de que se definiera que el cargo episcopal estriba en el derecho divino (1). La controversia sobre esto, en la cual se discutió también la posición del Papa en la Iglesia universal y respecto de los concilios, hizo pasar presto todo lo demás a segundo término, y que las deliberaciones se encallaran (2). En borrascosos debates se desplegó por ambas partes mucha erudición y agudeza teológica. Quien señalóse más, fué el general de los jesuitas, el P. Diego Laínez, el cual disintió en este punto de la mayor parte de sus paisanos españoles. El discurso que pronunció el 20 de octubre antes de la votación, fué una obra maestra, que sobresale por una extensa erudición, claridad y objetividad (3). Produjo una extraordinaria impresión cual ningún otro durante todo el concilio (4). Por la fuerza de los argumentos alegados por Laínez, mudaron de opinión aun varios de sus adversarios; algunos, a la verdad, se dejaron arrastrar también a las más violentas impugnaciones y aun a invectivas personales (5).

Dada la gran diversidad de los pareceres era sumamente difícil hallar otra forma de la proposición, especialmente del séptimo canon, que trataba de la potestad episcopal. Después siguieron del 3 al 6 de noviembre nuevas deliberaciones, en las que algunos obispos italianos, que tenían más ante los ojos las ventajas personales que los verdaderos intereses de la Iglesia, fueron demasiado lejos en su defensa de los derechos pontificios (6).

(1) V. Theiner, II, 153 s.; Paleotto en Theiner, II, 593 s.; Pallavicini, 18, 12 y 14; Grisar, El Primado, 463 s.; Disput., I, 34* s., II, 410 s.; Susta, III, 23 s., 384, 391 s.

(2) Ehses ha publicado en el Anuario Hist., XXXVII, 72 s., la fuerte carta con que Morone reprendió a su sobrino Jerónimo Gallarate, obispo de Sutri-Nepi, ya en 13 de junio de 1562, el que abogase por que se declarara dogma el *ius divinum*, con lo cual se entorpecían todos los trabajos del concilio.

(3) Laínez puso por escrito su discurso, el cual se conserva en el *Archivio segreto pontificio*, *Concilio, V, 98 s., pero hasta ahora no se ha impreso. Pallavicini (18, 15) conoció el manuscrito, que se le ha pasado por alto a Grisar (El Primado, 460). Theiner ha abreviado las actas en este pasaje; v. Astrain, II, 180.

(4) Juicio de Sarpi (7, 20).

(5) Cf. la relación de Visconti, de 22 de octubre de 1562, en Grisar, El Primado, 492, Disput., I, 43*, 45* y Paleotto en Theiner, II, 596. V. también Epist. Salmeronis, I, 508; Bártoli, Comp. di Gesù (Opere, V, 2), 74, 87; Bague-nault de Puchesse, 75.

(6) V. Theiner, II, 155-161; Paleotto en Theiner, II, 599 s.; Grisar, El Primado, 469 s.

Pío IV se había decidido entre tanto a atender a una de las cosas que más urgentemente se necesitaban para el mejoramiento de la Iglesia, por medio de una bula sobre el conclave, fechada el 9 de octubre; al enviarla el 31 del mismo mes, se hizo esperar a los legados todavía otras disposiciones para la reforma de la curia (1). El 6 de noviembre, el cardenal Gonzaga propuso el proyecto de un decreto sobre la obligación de residencia, aprobado por el Papa (2). Tres días más tarde, a propuesta del mismo cardenal, se hizo la primera prorrogación de la sesión, del 12 al 26 de noviembre, pues las materias no estaban preparadas para la publicación, y también era muy inminente la llegada, mucho tiempo esperada, del cardenal de Lorena y de otros prelados franceses (3). El cardenal Guisa llegó en efecto el 13 de noviembre. Con él vinieron trece obispos, tres abades y dieciocho teólogos, en su mayor parte profesores de la Sorbona; entre los obispos se hallaban el de Sens, Nicolás de Pellevé, el de Orleans, Juan Morvillier, y el de Verdún, Nicolás Pseume (4); hasta entonces sólo habían estado en Trento cinco obispos franceses. Los dignatarios de Francia recién llegados fueron introducidos solemnemente en la congregación general de 23 de noviembre. En esta ocasión, Guisa tuvo una alocución generalmente admirada por la elegancia de la forma y sus conceptos llenos de dignidad. Exhortó a los Padres del concilio a abstenerse de toda inútil controversia y a llevar al cabo la reforma eclesiástica (5). El reconocimiento sin-

(1) Susta, III, 55 s. La bula *Super reformatione conclavis* se halla en Raynald, 1562, n. 188. Sobre ella y su gran importancia cf. ante todos a Sägmüller, *Bulas de elección de Papa*, 131 s.; Eisler, *Derecho respecto al veto*, 191 s. Fr. Tonina refiere en 21 de octubre de 1562: *Si attende qui a formar riforme et si fanno spesso congregationi sopra di ciò. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Theiner, II, 161-163. Raynald, 1562, n. 108. Le Plat, V, 541.

(3) Theiner, II, 167 s. Raynald, 1562, n. 117. Le Plat, V, 542. Susta, III, 65, 429 s.

(4) Cf. Bondono, 562 s.; Baluze-Mansi, IV, 271; Theiner, II, 169 ss. Le Plat, VII, 343; Susta, III, 66 s.; Kassowitz, xxvii s.; Pallavicini, 18, 17; Bague-nault de Puchesse, 329 s. Guisa se alojó en el palacio a Prato, sito en el barrio de la SS^{ma} Trinidad (destruido en gran parte por un incendio en 1843); v. Swoboda, 23. Pseume es el autor del diario sobre el concilio, editado por primera vez de un modo crítico por Merkle (II, 723 ss.).

(5) V. Raynald, 1562, n. 109-115; Le Plat, V, 549-563; Theiner, II, 175 s.; Pallavicini, 18, 7 y 19, 3; Arch. stor. Ital., 5.^a serie, XXXVI, 417; Bague-nault de Puchesse, 334 s.; Sägmüller, *Bulas de elección de Papa*, 129 s. El embajador del rey de Polonia Segismundo Augusto, el obispo de Przemyśl, Valentín

cero del primado pontificio con que terminó, era a propósito para alejar la desconfianza que se tenía en Roma sobre la posición que tomaría respecto de los derechos de la Santa Sede (1).

El cardenal de Lorena había esperado ser admitido entre los presidentes del concilio. Esta esperanza, con todo, no se cumplió. A pesar de esto, desde el principio ocupó una posición mucho más importante que el cardenal Madruzzo, que estaba también fuera del colegio de los legados. Es significativo en este concepto el que en la secretaría privada pontificia se guardase en la correspondencia con él una forma cancilleresca, muy semejante a la observada en las instrucciones dirigidas a los legados (2). Todos los partidos que había en Trento, procuraron ganar para sí al cardenal francés, y éste se vió presto envuelto en públicas y secretas negociaciones de las más diversas partes. Carlos de Guisa, con la mejor voluntad y ánimo perseverante, procuró obtener ante todo una unión de los partidos opuestos, sobre la cuestión de la residencia y el séptimo canon tan debatido. La discusión sobre las proposiciones que se habían de tratar, se concentró hasta bien entrado el año siguiente, cada vez más en estas cuestiones, con fatigosa repetición y a menudo con muy agitados debates (3). En ellos los defensores del derecho divino de los obispos expusieron en parte algunas ideas muy peligrosas. Así afirmaba el obispo francés de Lavaur, Pedro Danés, que San Pedro no había sido obispo universal de la Iglesia; que la potestad de sus sucesores sobre los obispados era sólo accesoria, y que los obispos, por derecho divino, no sólo tenían su potestad, sino que también en sus iglesias jeran iguales al Papa! (4).

No es maravilla que en Roma observaran con creciente Herborth, había sido ya recibido en la congregación general de 23 de octubre (v. Raynald, 1562, n. 106-107; Le Plat, V, 532-537; Theiner, II, 154; Susta, III, 36, 391, 397). El cardenal Altemps, a fines de octubre, se había ido a Constanza (v. Pallavicini, 18, 16).

(1) A los testimonios ya conocidos respecto de esto (cf. Döllinger, Documentos, I, 349; Susta, III, 62), añádese todavía una *carta de Tonina, fechada en Roma a 21 de octubre de 1562, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Sickel, Relaciones, I, 60, III, 14, 42; Susta, III, v-vi.

(3) Este capítulo de la residencia y el séptimo canon, escribe Mendoza (p. 668), han sido los dos mayores estorbos que han tenido las cosas del concilio, para dilatarse más de lo que era menester y más de lo que muchos querían. Sobre la indigna escena que se produjo durante los discursos de los obispos de Guadix y Alife, el 1.º y el 2 de diciembre de 1562, v. Pallavicini, 19, 5.

(4) V. Theiner, II, 172-173; Grisar, Primado, 480.

inquietud el desenvolvimiento de las cosas de Trento (1). Los debates no menos prolijos que peligrosos, hubieran sido evitados si los Padres del concilio hubiesen reparado en la distinción fundamental que Carlos Borromeo había hecho en una breve cláusula de su carta, dirigida a los legados el 29 de octubre. Aquí se distingue claramente entre la potestad del orden y la de la jurisdicción. Aquélla la tienen los obispos, en virtud de su consagración, inmediatamente de Dios, y el visible administrador del orden, sea Papa u obispo, al conferirlo sólo hace las veces de instrumento, para que el invisible e inmediato administrador del orden ejecute su obra sobrenatural. La potestad de jurisdicción de los obispos, por el contrario, esto es, su supremacía sobre su rebaño con la facultad de gobernarlo en lo tocante a la salud eterna, procede, es cierto, también de Dios, pero, según la doctrina de los escolásticos, se comunica a los obispos inmediatamente por solo el Papa (2).

El P. Diego Laínez, que defendió esta opinión en su primer discurso de 20 de octubre, en el segundo, de 9 de diciembre, hizo la propuesta, tan moderada como práctica, de que se definiera que el orden episcopal era de derecho divino, y que de la jurisdicción no se hiciese mención alguna, pues cada una de las dos opiniones tenía muchos defensores (3). De esta propuesta se apartó luego la atención, por dos nuevas fórmulas que propuso el cardenal Guisa, incansablemente activo para obtener un acomodamiento, añadiendo al séptimo canon un octavo sobre el primado. Sobre él debía deliberar una comisión constituida por impulso del cardenal Simonetta, cuidadoso de los derechos de la Santa Sede, la cual constaba de cuatro teólogos, entre ellos el P. Diego Laínez, y cinco canonistas. Tres de los teólogos dieron su asentimiento. No así el general de los jesuitas, el cual observó que creía prever un lejano cisma. Con Laínez concordaron los cinco canonistas, entre los cuales se hallaban dos futuros Papas, Hugo Buoncompagni y Juan Antonio Facchinetti (4). Los legados, cuya posición se hacía cada día más difícil, enviaron a Roma las propuestas de Guisa y la crítica de la comisión. Borromeo les dirigió sobre ello tres res-

(1) Cf. las expresiones pesimistas en Girol. Soranzo, 82.

(2) V. Grisar, *Primado*, 457 s. La carta de Borromeo se halla ahora íntegra en Susta, III, 50 s.

(3) V. Theiner, II, 197 s.; Pallavicini, 19, 6, 5; Grisar, *Primado*, 491, 759 s.; cf. *Disput.*, I, 1 s.

(4) Cf. Pallavicini, 19, 6, 5; Grisar, *Primado*, 760 s.

puestas: la primera el 12 de diciembre de 1562, una segunda más extensa el 26, y luego de nuevo otra el 10 de enero de 1563. Entre otras cosas contenían la exigencia de que se renovara la definición del concilio de Florencia sobre el primado, para lograr la necesaria claridad (1).

Cuán necesario era, precisamente entonces, poner de nuevo de realce la autoridad de la Santa Sede, combatida no sólo por los protestantes, y las prerrogativas inalienables de la misma, lo mostraron las discusiones siguientes, en las cuales se manifestaron paladinamente en el concilio las corrientes galicanas. Los prelados franceses se negaron con la mayor vehemencia a reconocer que los obispos ocupaban una posición dependiente del Papa. Tampoco querían conceder que se dijera en el canon séptimo, que el Papa tenía la potestad de gobernar la Iglesia, para que no se perjudicara a aquella opinión que ponía los concilios sobre el Papa (2).

El 24 de enero de 1563 los embajadores franceses Lansac y Ferrier se presentaron a los legados y protestaron contra las palabras «el Papa gobierna la Iglesia». Querían, como decían expresamente, volver por «su religión», la cual enseña que el Papa está sometido al concilio, y alegaban para esto el concilio de Constanza. La respuesta de los legados nada dejó que desear en resolución. El cardenal Gonzaga contestó: que si los embajadores pensaban defender la opinión expresada, él, con los demás legados, estaba decidido a mantener la verdad, y ésta dice que el Papa está sobre el concilio; que estaban dispuestos a dar su vida antes que dejar combatir la superioridad del Papa. Seripando debilitó luego todavía la alegación del concilio de Constanza, diciendo que éste para terminar el cisma había reclamado para sí la superioridad sólo respecto de Papas dudosos, pero que ahora no se podía hablar de nada de esto. También él concluyó declarando que los legados instarían firmemente para que se estableciera en toda su extensión con las expresiones adecuadas

(1) Las instrucciones de Borromeo del 12 y 26 de diciembre de 1562, y del 10 de enero de 1563, sólo extractadas por Pallavicini, las ha publicado Grisar en traducción en su obra *Primado*, 762 s., y después en su original en las *Disput.*, I, 455 s., 457 s., 461 s., 467 s. Cf. Susta, III, 116, 141 y 153, donde, fuera de algunas correcciones del texto, hechas según el original (*Bibl. Ambrosiana de Milan*, J. 141 inf., p. 167), se ha enmendado la fecha de la última instrucción.

(2) V. Paleotto en Theiner, II, 614; Grisar, *Primado*, 768 s.

la suprema autoridad del Papa, y se diera públicamente a conocer (1).

El cardenal Guisa hubiera visto de buena gana que se hubiese evitado la controversia sobre la superioridad. Su enfado crecía de día en día. El 18 de enero de 1563 se había constituido una comisión, que tenía sus juntas bajo su presidencia y la de Madruzzo; la cual formuló un nuevo decreto sobre la obligación de residencia (2); no obstante no fué aprobado por los legados, ni se puso a la orden del día (3). La sesión antes ya fijada para el 17 de diciembre de 1562, luego para principios de enero de 1563 y finalmente para el 15 de enero, se había entre tanto diferido para el 4 de febrero (4). Como no se logró ningún acuerdo, tampoco en este día se pudo celebrar sesión. Por eso el cardenal Gonzaga propuso el 3 de febrero fijar para la nueva prorrogación un plazo más largo, hasta el 22 de abril, ante todas cosas dejar a un lado las cuestiones controvertidas sobre la residencia y la ordenación sacerdotal, y tratar primero del sacramento del matrimonio; se debía deliberar diariamente dos veces: a la mañana por los teólogos sobre el matrimonio, y a la tarde por los obispos sobre los abusos que se cometían en la ordenación sacerdotal. Sólo nueve Padres del concilio, de los 176 presentes, votaron contra esta propuesta (5). Conforme a esto, ya el mismo día se presentaron a los teólogos ocho artículos sobre el sacramento del matrimonio como nueva materia; deliberaron sobre ellos desde el 9 de febrero (6). El 12 del mismo mes se pasó a formar una comisión de diez prelados, que debía reunir los abusos respecto a las sagradas órdenes (7).

A todas las dificultades anteriores se había agregado aún otra

(1) V. Paleotto, loc. cit.; la carta de los legados de 24 de enero, en Grisar, *Disput.*, I, 486-492. Cf. Grisar, *Primado*, 769 s.; Susta, III, 181. V. también Pallavicini, 19, 14.

(2) Sobre el tema propuesto el 10 de diciembre de 1562, no se había llegado a ponerse de acuerdo; v. Theiner, II, 198.

(3) V. Theiner, II, 229 s.; Knöpfler en el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, XI^a, 2102.

(4) V. Theiner, II, 179, 186 s., 206 s., 218 s., 228 s.

(5) V. Raynald, 1563, n. 17; Le Plat, V, 672; Theiner, II, 230-232; Pallavicini, 19, 16.

(6) V. Raynald, 1563, n. 19; Le Plat, V, 674; Theiner, II, 232 ss.; Susta, III, 212.

(7) V. Musotti, 33.

nueva, por cuanto los franceses, unidos con los imperiales, procuraban imponer al Papa una reforma por medio del concilio. El 3 de enero los embajadores franceses habían presentado a la congregación general una memoria de reforma que comprendía 34 puntos. Estaba expuesta en general con bastante moderación, pero contenía exigencias que, o eran irrealizables, o tenían inconvenientes, como, v. gr., la relativa a la concesión del cáliz a los legos (1). Lansac declaró entonces, que si el concilio no otorgaba estas cosas, Francia las introduciría por su propia autoridad (2). En la congregación general de 11 de febrero, los embajadores franceses, ajustándose a una carta de su rey y apoyados por Guisa, volvieron a proponer sus exigencias de reforma (3).

El proceder de los franceses movió al emperador, cuya energía hasta entonces había estado paralizada por otros cuidados, a intervenir también por su parte resueltamente en las negociaciones del concilio conforme al consejo de su canciller Seld. Dió a sus embajadores en Trento la orden de apoyar las propuestas de reforma de los franceses, y exigir también que se deliberara sobre la memoria presentada en junio de 1562. El mismo, en enero de 1563, trasladó su residencia a Innsbruck para estar más cerca del concilio, y convocó para dicha ciudad una junta de los teólogos más eminentes, a fin de que deliberasen sobre las cuestiones pendientes (4); la cual podía considerarse como una especie de concilio imperial accesorio.

El 12 de febrero también el ambicioso cardenal Guisa se dirigió desde Trento a Innsbruck. Además, se esperaba allí al cardenal Madruzzo y al embajador de Felipe II, el conde de Luna. Guisa, que llegó a Innsbruck el 16 de febrero, se expresó en seguida de la manera más dura sobre los consejeros del Papa, y declaró ser indispensable una reforma hecha por el concilio. En una memoria entregada al emperador, puso de realce todos los inconvenientes que perjudicaban a la libertad del concilio: la influencia poderosísima del Papa; el dominio que ejercían en el sínodo los

(1) V. Raynald, 1562, n. 86-89; Le Plat, V, 629-643; Pallavicini, 19, 11; Baguenault de Puchesse, 338 s.

(2) Así lo refiere Strozzi en 4 de enero de 1563; v. Susta, III, 145.

(3) V. Raynald, 1563, n. 23-26; Le Plat, V, 677-684; Theiner, II, 235 s. V. Baguenault de Puchesse, 343 s.

(4) Cf. Sickel, Concilio, 419 s., 431 s.; Steinherz, III, 171 s.; Kassowitz, 158 s.; Ritter, I, 168 s.

obispos italianos, que formaban la mayor parte; el exclusivo derecho de proposición de los legados, y el que hubiese un solo secretario del concilio, cuya fidelidad era muy puesta en duda. Por eso debían acudir los más obispos posibles de Francia, España y Alemania, y aun el mismo emperador había de ir a Trento y asistir a la próxima sesión (1). A la oposición española y francesa, que se había manifestado en el concilio en las cuestiones dogmáticas, parecía asociarse una coalición de las grandes potencias católicas: del emperador, Francia y España, que aspiraba a dominar el concilio e imponer una reforma radical en la cabeza y en los miembros. Sin duda la situación se había hecho por extremo difícil.

Los legados, para apaciguar al emperador, habían enviado a Innsbruck a Commendone, ya a fines de enero (2). Apenas era de esperar que esta misión obtuviera un éxito decisivo. Pío IV, que continuaba haciendo reformas, no esperaba por ventura él mismo que con eso pudiera acallar las impetuosas demandas de las potencias. Por la experiencia que se tenía de antes, pensó al punto en ejercer una influencia personal, por medio de un dignatario eclesiástico eminente, el cual gozaba del aprecio y confianza del emperador (3). El 10 de febrero rogó instantemente al cardenal Gonzaga que se dirigiera a Innsbruck lo más pronto posible (4). El presidente de los legados de Trento, por efecto de sus relaciones de parentesco con Fernando I y de su circunspección y prudencia, parecía particularmente a propósito para influir en el emperador y exponerle la prontitud de voluntad de Pío IV para una reforma radical. Pero Gonzaga rehusó por una carta de 19 de febrero. Lo que determinó esta resolución fué sin duda el completo fracaso de la misión de Commendone, así como la disminución de las fuerzas del cardenal (5).

(1) V. Sickel, Concilio, 433 s.; Steinherz, III, 195 s., 212 s. Sobre los motivos que determinaron a Guisa a emprender el viaje a Innsbruck, y sus negociaciones en esta ciudad cf. también los Despachos Venec., III, 220 ss.; la Revista de Historia eclesiástica, I, 323; Docum. inéd., XCVIII, 403, 407; Holtzmann, Maximiliano II, 441 s.; Susta, III, 252.

(2) Cf. Pallavicini, 20, 1; Pogiani Epist., III, 242, nota; Steinherz, III, 180 s., 182 s., 185 s., 191 s., 198 s.; Susta, III, 173, 183 s., 208, 232 s. La instrucción para Commendone, fechada a 28 de enero de 1563, se halla en Döllinger, Documentos, III, 316 s.

(3) V. Ritter, I, 171; Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 141 s.

(4) V. Susta, III, 224 s.

(5) Cf. Pallavicini, 20, 6, 4; Susta, III, 229.

Cuando Guisa volvió a Trento el 27 de febrero, halló al primer presidente del concilio ya gravemente enfermo. Una fiebre que había acometido el 23 de febrero a este varón de cincuenta y ocho años, consumió rápidamente sus fuerzas, ya muy menoscabadas por los esfuerzos y excitaciones del concilio. En la tarde del 2 de marzo este hombre insigne que había vestido la sagrada púrpura durante treinta y seis años y al cual muchos profetizaron la tiara (1), exhaló su noble alma. Administróle los últimos sacramentos el general de los jesuitas, que poco antes había regresado de Mantua, adonde el cardenal le había enviado para fundar un colegio de la Compañía de Jesús (2).

En la congregación de 8 de marzo, también Seripando fué acometido de una peligrosa enfermedad, que acarreó su muerte el 17. El célebre general de los agustinos murió tan piadosamente como había vivido. Insistió en recibir el santo viático vestido del todo y arrodillado. Como ciertas opiniones que había antes defendido sobre el pecado original y la justificación, habían hecho vacilar en algunos la confianza en la entera pureza de su fe, el moribundo tomó de ahí ocasión para profesar de nuevo en presencia de los principales teólogos del concilio los artículos de la profesión de fe uno por uno, y jurar que los había creído todos sin duda ninguna (3).

Entre los miembros del concilio, los dos legados supervivientes, Hosio y Simonetta, fueron los que más deploraron la pérdida de sus colegas, señalados por tan eminentes cualidades. Sentían tanto más gravemente la responsabilidad que sobre ellos pesaba, cuanto las diversidades de opinión acerca de la relación entre el primado y el episcopado y sobre la obligación de residencia, continuaban con fuerza no debilitada, y cada día se hacían más urgentes las exigencias de reforma por parte de los franceses y del emperador. A todas estas dificultades se agregó todavía la falta de dinero, ocasionada por la muerte de Gonzaga (4), y el

(1) V. la interesante **relación de Fr. Tonina, fechada en Roma a 23 de enero de 1563, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Bondono, 565; Mendoza, 672; Pogiani Epist., III, 258; Pallavicini, 20, 6, 1-3; Sickel, Concilio, 439; Documentos, I, 52; Giuliani, 119; Susta, III, 253 s., 257 s.; Astrain, II, 187 s.

(3) V. Bondono, 565-566; Mendoza, 674; Pallavicini, 20, 7, 6-8; la Revista de Historia eclesiástica, V, 615 s.; Susta, III, 263 s., 277; Merkle, II, LXXI s., donde hay también pormenores sobre el sepulcro y el testamento del cardenal.

(4) V. Susta, III, 282 s.

haber estallado sangrientas colisiones entre la servidumbre de los prelados franceses, españoles e italianos, con lo cual se impidió hasta la celebración de congregaciones, del 9 al 15 de marzo (1).

Entre tanto, el emperador, cuya comisión de teólogos estaba ocupada en Innsbruck en la composición de un nuevo pequeño libro de reforma (2), había dirigido el 3 de marzo dos cartas al Papa, las cuales causaron en la curia gran inquietud (3). La una (4), que fué comunicada también a los embajadores imperiales en Trento, a los legados, al cardenal Guisa y a otros, exigía en general la reforma. Expresaba el sentimiento del emperador por el poco satisfactorio curso del concilio y por los rumores de que el Papa intentaba una disolución o suspensión del sínodo, lo cual redundaría en grave daño de la Iglesia. Decía que el concilio se llevase pronto a feliz término y se ejecutase la anhelada reforma. Pero que para esto era necesaria completa libertad, y por eso debía concederse el derecho de proposición, no sólo a los legados, sino también a los embajadores de los príncipes. Al fin el emperador declaraba su pronta voluntad de presentarse personalmente en el concilio, y dirigía al Papa la urgente petición de que efectuara esto asimismo. La otra carta, confidencial (5), hacía las mismas exhortaciones y demandas con igual instancia y energía, pero en forma menos dura. En ella pedía principalmente el emperador, que en lo futuro se excluyeran en la elección pontificia la simonía y todos los manejos innobles, que no se nombrara más ningún cardenal que por su poca edad o su falta de formación no fuera adecuado para su cargo y dignidad (6), y finalmente, que se remediaran los actuales

(1) Cf. Theiner, II, 256; Bondono, 565; Mendoza, 673 s.; Sickel, Concilio, 468.

(2) Cf. Steinherz, III, 209 ss.; Kröss, 621 s.; Kassowitz, 180 s.

(3) Cf. Sickel, Concilio, 455; *ibid.*, 452 s. la relación de Arco sobre las expresiones de Pío IV después de recibidas las cartas imperiales.

(4) V. Raynald, 1563, n. 34; Le Plat, V, 690. Cf. Kröss, 625 s.; Steinherz, III, 234 s.

(5) Se halla íntegra en Steinherz, III, 223 s.

(6) Esta demanda estaba fundada en el nombramiento de cardenales de 6 de enero de 1563, muchas veces y con razón censurado, en el cual recibieron la púrpura Federico Gonzaga y Fernando de Médicis, de los cuales el uno tenía dieciocho años, y el otro sólo catorce. El nombramiento de Federico fué una concesión al primer presidente del concilio, y el de Fernando otra a Cosme I. Pío IV, que durante el concilio no se sentía seguro en el Estado de la Iglesia,

abusos en la elección de los obispos y arzobispos por los cabildos catedrales (1).

Pío IV todavía hasta fines de 1562 hubiera estado dispuesto muy de buena gana a suspender el concilio a una propuesta del emperador (2). El 14 de noviembre de 1562, Borromeo había escrito a Delfino que el Papa esperaba semejante propuesta de parte de Fernando I. Pío IV no quiso adelantarse él mismo a hacerla. Rechazó a fines de noviembre la propuesta de Delfino de escribir a Felipe II tocante a cerrar el concilio. El 20 de diciembre Borromeo escribió a Delfino que el concilio continuaría celebrando sesiones, si no venía de la corte imperial una propuesta de la suspensión; que el Papa mismo no presentaría semejante propuesta (3). Pero en el tiempo siguiente, Pío IV se persuadía cada día más de los graves reparos que se oponían a una suspensión o a la prematura clausura del concilio. Por otra parte conocía

creyó deber aprovechar toda ocasión para tener a sí obligados, por lo menos, a los príncipes italianos (v. Steinherz, III, 178 s.; Susta, III, 157 s., 161, 193 s. Sobre la creación de 6 de enero de 1563 v. Petramellarius, 73 s.; Ciaconio, III, 943 s.; Cardella, V, 53 s.; Herre, 68). El exterior del cardenal Fernando de Médicis está bien pintado por el autor de la descripción del viaje del duque Fernando, tercer hijo de Alberto V de Baviera, en el año 1565, editada por Freyberg, Colección de escritos históricos, IV, Stuttgart, 1834, 317 s. Tonina *notifica ya en 30 de enero de 1563, que se hablaba de un nuevo nombramiento de cardenales. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) En el mismo día 3 de marzo de 1563, el emperador dirigió también a Guisa una carta (Le Plat, V, 690 s.), y a sus embajadores en Trento una nueva instrucción, que se halla impresa en Sickel, Concilio, 446 s.; v. *ibid.*, 456 s. y 463 s. las otras instrucciones de 21 y 23 de marzo de 1563. Cf. además Helle, 42 s.

(2) Antes de la llegada de Guisa, ya se veía venir que éste demandaría la traslación del concilio a Besanzón o a Constanza; el mismo cardenal había hablado de ello al nuncio Santa Cruz (v. la relación de Santa Cruz, de 26 de junio de 1562, en Susta, II, 492). En atención a eso, Borromeo, el 8 de julio de 1562, dirigió a los legados la orden de acelerar lo más posible el curso del concilio (*ibid.*, II, 239 ss.). En 18 de julio escribió Borromeo a Delfino, el cual en 29 de junio había hecho la propuesta de suspender el concilio: que si el emperador, de acuerdo con Felipe II, propusiese la suspensión, el Papa estaba inclinado a darle gusto (Steinherz, III, 94 ss.). En 22 de julio escribió de nuevo Borromeo a Delfino que el Papa estaba conforme con un coloquio religioso, después de haberse suspendido o cerrado el concilio, pero que el emperador debía ganar para ello al rey de España (*ibid.*, 100). El 8 de agosto los legados recibieron por medio de Borromeo el encargo de dar fin al concilio lo más rápidamente posible; lo mismo se les recomendó de nuevo el 22 de agosto (v. Susta, II, 308, 325 s.). En este sentido escribió también el mismo Pío IV a los legados el 26 de agosto (Susta, II, 327 s.).

(3) Steinherz, III, 144, 151, 163.

con la misma claridad, que una continuación provechosa y una feliz conclusión de los trabajos del concilio dependían de una inteligencia con los príncipes temporales, especialmente con el emperador. Por un breve de 6 de marzo de 1563, exhortó a éste a proteger a la Silla Apostólica contra todas las acometidas que se le dirigieran en el concilio, y mandar a sus embajadores que procedieran de acuerdo con los legados. Al mismo tiempo, el breve hacía resaltar la sincera voluntad y los solícitos esfuerzos del Papa por suprimir los abusos e introducir una severa reforma (1).

Como respuesta a los cartas imperiales de 3 de marzo, se compusieron el 18 dos breves. En el primero el Papa alababa el celo del emperador, lamentaba con él el lento curso del concilio así como su desunión, y en vista de los rumores de disolución o suspensión, declaraba su resuelta voluntad de continuar el sínodo y llevarlo a buen término. Luego mencionaba lo que había ya hecho en el asunto de la reforma, y finalmente exponía los motivos por los que no podía acudir en persona a Trento (2).

A la carta confidencial de Fernando I se le contestó con una respuesta asimismo confidencial. En ella se decía: que con verdad afirmaba el emperador que tenía suma importancia para la cristiandad una recta e irreprochable elección pontificia. Pero que sobre ello se habían dado tan buenas y sabias leyes por los anteriores concilios y Papas, que se había creído no poderse añadir a ellas cosa mejor. Mas que para quitar enteramente todos los abusos, el Papa había publicado un nuevo decreto. Que no lo había comunicado al concilio antes de su publicación, como lo hubiera hecho de buena gana, porque había conocido, después de las disputas precedentes, que sólo muy difícilmente se hubiera podido conseguir algo en un tan importante y muy discutido negocio. Mas que si el sínodo mismo quería aprobar todavía el diploma expedido, le sería muy grato. Respecto de la promoción de cardenales, se le remitía a las explicaciones que el cardenal Morone, destinado para legado en la corte imperial, le daría (3).

Sin embargo, se omitió la expedición de estos breves, porque

(1) Raynald, 1563, n. 67. Le Plat, V, 709 s. Steinherz, III, 237 s. La respuesta de Fernando I, de 23 de marzo, se halla en Sickel, Concilio, 468 s.

(2) V. Raynald, 1563, n. 35; Le Plat, V, 761-765.

(3) V. Raynald, 1563, n. 38; Le Plat, V, 765-768; Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 143 s.

se resolvió hacer contestar sólo de palabra por Morone sobre todos los asuntos tocados en las cartas imperiales de 3 de marzo. Esta misión se anunció al emperador en un breve expedido el 19 de marzo para el legado (1). Mencionábase en él también la otra importantísima incumbencia que ya antes se había confiado a Morone: su nombramiento de legado del concilio.

Pues cuando el 6 de marzo llegó a Roma la noticia de la muerte de Gonzaga, Pío IV reconoció al punto que inmediatamente se le debía dar un sucesor. Ya a la mañana siguiente, nombró legados del concilio a los cardenales Morone y Navagero, sin consultar al Sacro Colegio (2). Con este proceder rápidamente resuelto, Pío IV acreditó de nuevo su gran prudencia política. Se anticipó a otras propuestas, principalmente a la candidatura del ambicioso Guisa, que en seguida empezó a promoverse. Aunque había mantenido secreto su designio, el cardenal Bourdaisière logró llegar al Papa antes del consistorio de 7 de marzo para representarle la necesidad del nombramiento de Guisa. Pío IV replicó breve y resueltamente: que como el cardenal de Lorena era considerado en el concilio como cabeza de un partido, era imposible que pudiese parecer conveniente confiarle la presidencia, pues el poseedor de esta dignidad debía estar exento de la más mínima sospecha de parcialidad (3).

Pío IV demostró gran prudencia en la elección de los nuevos legados del concilio. De los tres que todavía se hallaban en Trento, dos, Seripando y Hosio, eran teólogos, Simonetta canonista. Como desde la llegada de los franceses, se había manifestado cada día más la necesidad de una inteligencia con las grandes potencias acerca del curso y la terminación del concilio, eran urgentemente necesarios expertos diplomáticos. En este respecto parecieron los más apropiados entre todos los cardenales, *Morone* y *Navagero*. Este tenía en pos de sí una gloriosa carrera como embajador veneciano, Morone era sin duda el más hábil diplomático de que disponía en aquel tiempo la Santa Sede. Fuera de esto, Morone, desde hacía muchos años, estaba muy especial-

(1) V. Steinherz, III, 259. Cf. Sickel, Concilio, 471.

(2) V. Acta consist. card. Gambarae (Cod. Vat., 7061) en Sickel, Documentos, I, 52; Susta, 267 s., 270; Pogiani Epist., III, 262; Döllinger, Documentos, I, 487; Sickel, Concilio, 452.

(3) V. Pallavicini, 20, 6, 4-5; Le Plat, V, 713; Baguenault de Puchesse, 346; Susta, III, 270.

mente familiarizado con los negocios eclesiásticos, por lo cual ya Paulo III había pensado conferirle la dignidad de legado en la primera convocación del concilio de Trento. Con Pío IV le unía una amistad de muchos años, y gozaba en alto grado de su confianza. Asimismo estaba más perfectamente enterado que ningún otro miembro del Sacro Colegio, si se exceptúa a Borromeo, del curso seguido hasta entonces por el concilio. A todo esto se añadía aún que el cardenal poseía el aprecio y la confianza del emperador (1).

El 24 de marzo de 1563 Morone salió de la Ciudad Eterna, y llegó a Trento el 10 de abril, víspera de la Pascua de Resurrección (2). Los trabajos conciliares estaban entonces casi del todo en suspenso. El gozo por la venida del nuevo legado se aumentó aún cuando el 12 de abril arribó también enteramente inesperado el conde de Luna, nuevo embajador del rey de España, nombrado sucesor de Pescara (3).

La importancia y aptitud de Morone campearon al punto en sus negociaciones con los embajadores de las potencias que se hallaban en Trento, con Guisa y otros eminentes personajes, de los cuales casi ninguno creía en la voluntad de Pío IV favorable a una reforma (4). Estas negociaciones, empero, sólo podían ser provisionales, pues todo dependía de la conducta del emperador. Luego que Morone hubo tomado posesión de su nuevo cargo en la congregación general de 13 de abril (5), ya el 16 del mismo mes se dirigió a la residencia imperial. Después de un viaje muy molesto por el tiempo frío y lluvioso, llegó a Innsbruck el 21 de abril. El emperador había esperado con impaciencia su venida; salió un trecho fuera de la puerta de la ciudad al encuentro del representante del Papa y le acompañó en su entrada (6).

(1) V. Pallavicini, loc. cit.; Sickel, Documentos, I, 57 s.; Ehses en el Anuario Histórico, XXXVII, 57 s.

(2) V. Bondono, 567; *ibid.*, 568 sobre la llegada del cardenal Navagero, que no se efectuó hasta el 28 de abril. Sobre la partida de Morone y su breve credencial v. Steinherz, III, 277-278; sobre la continuación del viaje v. Susta, III, 287. La carta autógrafa de Pío IV para el emperador, con fecha de 25 de marzo de 1563, enviada posteriormente al legado, se halla en Raynald, 1563, n. 60; Le Plat, V, 774 s.

(3) V. Bondono, 567.

(4) Pallavicini, 20, 11 y 12. Cf. la Relatione en la Revista de Historia eclesiástica, III, 654 s.

(5) V. Raynald, 1563, n. 63 s.; Theiner, II, 262 s.

(6) V. Steinherz, III, 278.

Ya al día siguiente, comenzaron las negociaciones. En una conferencia de cuatro horas, Morone contestó a cada uno de los puntos de las dos cartas del emperador de 3 de marzo. Se trató detenidamente del lento curso de las deliberaciones conciliares, de las verdaderas causas de este inconveniente y de los medios para remediarlo, de la cuestión de la suspensión, de la libertad del concilio y del pedir órdenes a Roma, del derecho de proposición de los legados, de la reforma de la cabeza de la Iglesia, de la elección de Papa, de las creaciones de cardenales, de la elección de los obispos y su obligación de residencia, de los motivos por los cuales el Papa no podía ir a Trento, y de la invitación dirigida a Fernando I para recibir en Bolonia la corona imperial. En todas estas cuestiones, Morone se atuvo a las declaraciones de los breves de 18 de marzo, no expedidos (1), y procuró justificarlas del mejor modo que pudo y con grande habilidad; no obstante, tropezó con serias dificultades en puntos de importancia, como lo anunció a Roma el 23 de abril. El emperador tenía, es verdad, las mejores intenciones en favor de la Iglesia y del Papa, lo cual reconoció bien el legado, pero la situación era difícil, por causa del precedente convenio de Fernando con España y Francia. Fernando I insistió principalmente en el derecho de proposición para los embajadores, en la limitación de las dispensas de Roma y en las reformas sobre el modo de constituirse los cabildos catedrales alemanes. El viaje a Bolonia para su coronación, deseado por el Papa, no lo rehusó enteramente; también las explicaciones de Morone sobre el ardoroso celo de Pío IV por la reforma, produjeron en él visible impresión (2). Al excelente legado sirvieron de norte: la mayor condescendencia posible con el emperador, pero al propio tiempo el más riguroso sostenimiento de los derechos inalienables de la Santa Sede (3).

(1) Cf. arriba, p. 300.

(2) V. la relación de Morone a Borromeo, de 23 de abril de 1563, en Steinherz, III, 266 s.; *ibid.*, 270 s. también el *Sommario della risposta data dal card. Morone all' imperatore*. Si se compara el *Sommario* con las minutas de los breves de 18 de marzo (v. arriba p. 300), se reconoce que éstas, como acertadamente hace resaltar Steinherz (pág. 277), habían servido en vez de una instrucción propiamente dicha. Si absolutamente se dió una instrucción por escrito, lo que podría deducirse de Pallavicini, 20, 13, 4, no puede afirmarse; hasta ahora no ha sido hallada.

(3) V. la relación final de Morone, de 17 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 311.

Morone quería tratar con el emperador solamente de palabra y en secreto, sin testigos ni intermediarios. Este bien comprensible intento, no obstante, no pudo cumplirse del todo. Fernando dictaba lo que retenía en la memoria de la exposición de Morone, al canciller Seld y entregaba estos apuntes a sus teólogos para que deliberaran (1). Morone consideró con razón como una de sus principales incumbencias, el ponerse en inteligencia con cada uno de los miembros de esta comisión. Con esto se trataba sobre todo de oponerse a los conatos de un hombre que con sus extremadas opiniones ya repetidas veces había influido muy perniciosamente en la política eclesiástica del emperador (2). Este consejero de Fernando no era alemán; era el franciscano español Francisco de Córdoba. La actividad de este celoso defensor de las ideas de Constanza y Basilea, daba no leves cuidados a Morone. Por eso tomó muy a pecho confirmar en sus buenos sentimientos a otros miembros de la comisión, como Matías Sittard y Conrado Braun, y disponerlos favorablemente con presentes pecuniarios. Esto no era ciertamente necesario con S. Pedro Canisio, tan fielmente adicto a la Santa Sede; a pesar de esto, también él recibió cien escudos de oro como limosna para la Compañía de Jesús. Los consejeros seculares del emperador fueron asimismo obsequiados por el legado con dinero y cosas de valor, uso que por lo demás no era raro en el trato diplomático de entonces (3).

Para tener favorable al emperador sirvieron a Morone sus antiguas buenas relaciones. Fuera de esto, facilitó asimismo las negociaciones el deseo de Fernando de ver confirmada por el Papa la elección de su hijo Maximiliano por rey de romanos, así como también los sentimientos sinceramente católicos de este Habsburgo, siempre bien intencionado, aunque no siempre perspicaz.

Sin embargo de eso, quedaban por remover todavía muchos obstáculos. Morone halló que predominaba en la corte la opinión

(1) Cf. Sickel, Concilio, 495 s.

(2) Cf. Löve, 61 s.

(3) V. las relaciones de Morone, del 2, 6 y 17 de mayo de 1563, en Steinhertz, III, 281 s., 286 s., 311 s. Cf. Ritter, I, 172. Sobre los cien escudos de oro que Canisio recibió para su Orden, cf. Canisii Epist., IV, 971 s. Es significativa en Fr. de Córdoba su afirmación de que Morone rehusaba *enteramente* tratar de reformas (v. Sickel, Concilio, 502). Fué de mucha importancia el que Gienger no estuviese en Innsbruck.

de que en Roma se resistían enteramente a introducir reformas. No sólo los consejeros del emperador, sino también éste mismo, no podían ser apartados del parecer de que en la curia se quebrantaban los decretos del concilio concediendo dispensas (1). Fué de mucho estorbo el que el legado, poco después de su llegada, enfermase de gota y fiebre, y se viese obligado a guardar cama. El emperador tuvo la gran atención de hacerle una visita; en ella manifestó que quería defender la autoridad del Papa, pero también la del concilio. Morone contestó exponiéndole la necesidad de una concorde cooperación del Papa y el concilio, citando para ello una sentencia del cardenal Contarini, muy apreciado por Fernando, de que el Papa daba al sínodo autoridad y fuerza, pero que éste debía también estimar en mucho el poder del sucesor de Pedro. Además Morone se extendió sobre la utilidad que traería un proceder unánime del emperador y el Papa, para la reforma, así como para el esclarecimiento de otras cuestiones. Se tocó también la elección de Maximiliano para rey, tan importante para el emperador (2).

Fernando I había prometido terminar pronto las negociaciones. Como Morone hubo de guardar cama también los días siguientes, el 3 de mayo envió a Delfino al emperador, para determinar a éste a una rápida decisión sin tratar por escrito, lo cual empero no se consiguió. Entre tanto Morone procuró persuadir al camarero mayor, el conde Arco, y a los teólogos imperiales, que le visitaron en su enfermedad, de la seriedad de los intentos de reforma de Pío IV, y exponerles que las exigencias de Fernando I respecto al derecho de proposición, a la reforma de la cabeza de la Iglesia, y a la representación de cada una de las naciones en Trento, eran imposibles de cumplir. Halló gran resistencia principalmente por causa del primer punto, y por eso el 6 de mayo pidió a Roma instrucciones sobre la cuestión de la proposición, en la cual el Papa había estado pronto a ceder al partirse Morone (3).

Mientras Morone se esforzaba con buen suceso desde su lecho,

(1) V. la relación de Morone a Borromeo, de 2 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 282.

(2) V. *ibid.*, 279 s.

(3) V. la relación de Morone a Borromeo, de 6 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 285 s.

por apartar a los teólogos imperiales de que trataran nuevas cuestiones peligrosas, como, v. gr., la de la superioridad del concilio (1), fracasó su propósito de negociar sólo de palabra con el emperador.

El 7 de mayo Fernando I volvió a hacer al legado el honor de una visita personal. Le llevaba, como resultado de las deliberaciones de sus teólogos, una respuesta por escrito a la exposición que Morone le había hecho a su llegada, junto con una adición sobre la reforma y elección de los obispos (2). La contestación del emperador era favorable, contra lo esperado; pero con todo, Morone halló que poner reparos en ella acerca de aquellos tres puntos que le habían parecido desde el principio los más peligrosos: el derecho de proposición de las potencias seculares, la creación de diputaciones nacionales para deliberar previamente sobre los asuntos conciliares, y ante todo la reforma por el concilio de la cabeza de la Iglesia. Sus observaciones en contra, especialmente sobre el último punto, las expuso en una audiencia de tres horas, que se le concedió el 8 de mayo (3). Como fundamento para esta exposición había llevado una memoria escrita (4). El emperador le rogó que se la dejara. Con esto el legado, que no podía ciertamente denegar la petición, fué obligado a tratar en parte por escrito. Fernando I entregó la réplica de Morone a su comisión de teólogos. Así se originó una contrarréplica del emperador (5). Esta pareció a Morone a la verdad no del todo satisfactoria, pero sin embargo redactada de un modo más favorable en varios puntos importantes: ahora se pidió solamente un derecho de proposición limitado, y la expresión «reforma de la cabeza» fué sustituida por el giro «reforma de la Iglesia universal, como se dice en los antiguos concilios», añadidura que excluía los principios de los sínodos de Constanza y Basilea. También otros puntos habían sido suavizados. Se mantuvo en pie la exigencia de diputa-

(1) Cf. la última relación de Morone, de 17 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 304 s.

(2) Publicada por Planck, *Anecdota*, II, 3 s., III, 3 ss., IV, 2 s. Cf. Sickel, *Concilio*, 498; Sägmüller, *Bulas de elección de Papa*, 148 s.

(3) V. la relación de Morone a Borromeo, de 13 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 295 s.

(4) Con el título *C. Moronis replica ad S. C. M^{tes} responsum in materia concilii*, se halla impresa en Planck, loc. cit., V, 3 s.

(5) Publicada por Sickel, *Concilio*, 498 s.

ciones nacionales y la demanda de que se reformara la elección pontificia por el concilio (1).

La contrarréplica imperial se entregó a Morone el 12 de mayo. Apenas la había leído cuando Fernando I se presentó para hacerle la visita de despedida. Ambos negociaron ahora todavía por espacio de dos horas (2). El emperador mostró gran sumisión a la Santa Sede y a la persona del Papa. A pesar de esto, no logró Morone obtener tanto como deseaba. Consiguió un completo acuerdo que se puso también por escrito (3), sobre los puntos siguientes: Hay que dejar a un lado las controversias dogmáticas superfluas, principalmente aquellas que no son tratadas por los novadores. Los Padres del concilio, lo propio que los embajadores del emperador en Trento, conservan absoluta libertad para defender sus opiniones; con todo, se les prohíbe apartarse de las materias propuestas para la disquisición, y no guardar en sus discursos el debido decoro y los miramientos necesarios. El Papa deja entera libertad al concilio para resolver. Además de completar las reformas ya hechas, el concilio se ha de ocupar aún especialmente en la elección no regulada de los obispos, y en las exenciones de los cabildos. Los obispos han de ser obligados a la residencia, en lo cual la disputa sobre el derecho divino se ha de componer de un modo pacífico. Parece deseable el nombramiento de un segundo secretario del concilio, cuya elección compete no obstante al Papa y a los legados. En vez del viaje a Bolonia, por el momento imposible, para la coronación imperial, Fernando I promete seguir esta antigua y laudable costumbre de sus predecesores luego que lo permitan las circunstancias de los tiempos. Fuera de esto, se entendieron ahora de palabra sobre que, en caso de una sede vacante durante el concilio, el emperador interpondría todo su poder para que el Sacro Colegio conservara su antiguo derecho de la elección de un nuevo Papa.

No se alcanzó acuerdo ninguno sobre las diputaciones nacionales, el derecho de proposición y la bula del conclave. Por eso Morone antes de su partida, el 12 de mayo, mandó llamar a los dos

(1) V. la relación de Morone a Borromeo, de 13 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 297 s. Cf. Sickel, Concilio, 500; Helle, 56.

(2) V. Steinherz, III, 299 s.; cf. 310. V. también Säg Müller, Bulas de elección de Papa, 151.

(3) V. el *Summarium* en Le Plat, VI, 15; Planck, Anecdota, VI, 4 s.; Bucholtz, IX, 686. Cf. Pallavicini, 20, 15.

consejeros principales del emperador, Seld y Singmoser, les declaró su parecer en estas cuestiones, y les rogó que lo expusieran a su majestad. No contento con esto, compuso además una memoria (1), que todavía el mismo día hizo entregar al emperador, por Delfino. Este debía llevar la respuesta (2) a Matrei, la primera estación postal en el camino del Brenner, adonde Morone se dirigió aquel día. Se redactó el 13 de mayo y en seguida se entregó a Morone. Delfino pudo referir en esta ocasión, que Seld había manifestado que el emperador no insistiría en los tres puntos mencionados (3).

Morone halló suficientes las declaraciones del emperador. La demanda de comisiones nacionales, que ahora se había propuesto solamente en forma de consejo, no le pareció peligrosa, sino aun ventajosa, en cuanto era a propósito para facilitar en todas las naciones la aceptación de los decretos conciliares. Tranquilizóle el haber declarado el emperador expresamente que los asuntos que se habían de proponer, sólo debían prepararse por estas comisiones, pero luego presentarse a la asamblea de todos los Padres y por ellos ser decididos por mayoría de votos. Respecto del derecho de proposición de los legados, Morone vió con satisfacción que Fernando no mantenía ya su demanda. La restricción que hizo el emperador, de que si los legados rehusasen proponer, también los embajadores pudieran hacer propuestas, la tuvo por equitativa y justificada, y por eso creyó que tampoco podía desagradar al Papa. De la bula del conclave decía la respuesta del emperador, que él por ahora no pedía otra cosa sino que se observase cierta y determinadamente, y que también los embajadores seculares, lo propio que los electores del conclave y todo el pueblo romano, fuesen apartados de toda intromisión con la amenaza de las más severas penas; que tales disposiciones sería lo mejor que las ordenara el concilio. Esta ampliación de la bula del conclave pareció a Morone, con razón, en ninguna manera perjudicial al Papa, al contrario, creía que dificultaría las intrigas de los prin-

(1) *Scriptum C. Moronis super duplica C. M^{tie}*, en Planck, V, 8 s.

(2) Publicada por Sickel, Concilio, 500 s., según la copia de las Actas del concilio, que se halla en el *Archivo del Gobierno de Innsbruck*. El *original, que está en el *Archivo secreto pontificio*, Concilio, 31, n. 90^b, ofrece un texto en parte mejor.

(3) V. la relación de Morone a Borromeo, de 13 de mayo, en Steinhertz, III, 299-300.

cipes. Por tanto contestó al emperador sin dilación, le dió las gracias por el contenido de la carta que acababa de recibir, y en vista de la buena voluntad de su majestad expresó las mayores esperanzas del próspero curso de los negocios públicos (1).

En la relación final enviada a Roma, que es sencilla, objetiva y exenta de toda jactancia, una obra maestra (2), Morone no oculta su satisfacción por haber logrado desbaratar los peligrosos conatos del concilio accesorio de Innsbruck, y persuadir al emperador de la sincera voluntad y honradas intenciones del Papa (3). Aunque no del todo contento de los resultados de su misión (4), podía él no obstante decirse que no había alcanzado poco. Esta opinión fué asimismo la de otras personas inteligentes. San Pedro Canisio consideraba como lo más importante de todo lo que Morone consiguió, el que se borrara el pasaje sobre «la reforma en la cabeza y los miembros» (5). En Roma estaban «extraordinariamente contentos del legado. «El Papa — escribía Borromeo a Morone el 19 de mayo — ha leído y considerado detenidamente vuestra relación del 13, y os puedo asegurar que durante todo su reinado ninguno de sus diplomáticos le ha procurado mayor satisfacción. Cuanto más difíciles e importantes eran las negociaciones, tanto mayor es el mérito y la alabanza que se os debe.» De una manera igualmente llena de reconocimiento, volvió Borromeo a escribir el 27 de mayo (6). El contento del Papa fué tanto mayor cuanto a vista de la coalición de las grandes potencias católicas, había estado dispuesto a conceder, en último caso, a los embajadores el derecho de proposición, y a permitir que se deliberase en el concilio sobre la reforma de la cabeza de la Iglesia (7).

Para juzgar lo que Morone consiguió, es también de importancia el juicio de los adversarios de Roma. El rey Maximiliano,

(1) V. la última relación de Morone, de 17 de mayo de 1563, en Steinherz, III, 307 s.

(2) Juicio de Steinherz, III, 313.

(3) V. *ibid.*, 311 s. Cf. Pallavicini, 20, 17, 11.

(4) Según una carta de Canisio a Láñez, de 17 de mayo de 1563, se lo dijo esto Morone, refiriéndose especialmente a las diputaciones nacionales; v. la Revista de Teología católica, 1903, 642 s. y Epist. Canisii, IV, 201 s.

(5) V. la carta de Canisio a Láñez, citada en la nota precedente, y la carta del mismo a Hosio, de 17 de mayo de 1563, en Canisii Epist., IV, 209 s.

(6) V. Susta, IV, 18, 31; cf. 14. V. además Steinherz, III, 313. Cf. también Pallavicini, 20, 15, 11.

(7) Cf. Steinherz, III, 277, 305 s.

a quien se comunicaron todas las actas sobre las negociaciones de Innsbruck, se enteró de ellas con gran descontento y enfado. El 24 de mayo dirigió a su padre reproches por haber cedido demasiado; dijo empero, que después que estaba ya hecho, lo mejor era no cuidarse más del concilio y regresar a Viena (1). También el cardenal de Lorena, entonces en fuerte oposición con Roma, expresó su disgusto por la condescendencia del emperador, principalmente en el punto de la proposición (2).

Pero como quiera que se aprecien los resultados de las conferencias de Innsbruck, es indudable que la eminente destreza diplomática de Morone allanó el camino a una inteligencia entre el emperador y el Papa (3). Su habilidad y prudencia se habían

(1) V. Bucholtz, IX, 689. Cf. Götz, Documentos para la historia de Alberto V, en las cartas y actas, V, 263, nota 2; Steinherz, III, 313.

(2) V. Sickel, Concilio, 509.

(3) Pallavicini, que tenía a su disposición la relación de Morone de 17 de mayo y su correspondencia con el emperador, ha dado 20, 15 una muy buena relación sobre las conferencias de Innsbruck. En vez de utilizar ésta, Ranke (Los Papas, I, 218) dió la mayor importancia a una *Relatione sommaria* del card. Morone sopra la legatione sua, que está en la *Biblioteca Altieri*, sobre la cual advierte que es el documento más importante que ha llegado a sus manos acerca de las negociaciones de Trento; y que ni Sarpi, ni Pallavicini habían tenido conocimiento de ella. Esta relación, que se halla también en muchas otras partes (su texto auténtico, según Steinherz, III, 312, está en el *Archivio segreto pontificio*, Concilio, 31, n. 67; a las copias anotadas por Säg-müller, Bulas de elección de Papa, 150, nota, hay que añadir todavía otra que existe en el Arch. Borghese, ser. 2, H. 18, p. 87 s.), difícilmente con todo ha sido desconocida de Pallavicini; no la citó, acaso porque ni siquiera consta ciertamente si procede de Morone mismo o de Gherio (v. Steinherz, loc. cit.). Como quiera que sea, esta relación, que entre tanto fué publicada, no con toda corrección, por Maurenbrecher en la Revista de Historia eclesiástica, III, 653 s., sólo en segunda línea puede venir en consideración, por ser ella más reducida y haberse hecho más tarde que la clásica relación final de Morone de 17 de mayo, muy notable por su claridad, concisión y abundancia de ideas, a la que con razón se atuvo Pallavicini. Ranke hubiese debido utilizar esta relación tanto más, cuanto que hacía muchísimo tiempo que había sido dada a conocer por Schelhorn (Colección para la historia, I, 210). Pero ni a Schelhorn, ni tampoco la muy importante publicación de la correspondencia entre Morone y el emperador, de Planck, ha tenido Ranke a la vista. A consecuencia de esto, sólo pudo ofrecer una exposición muy insuficiente, en la cual aparece el resultado de la misión de Morone en un aspecto demasiado favorable. El primero que se puso en contra de esto fué Ritter (Historia Alemana, I, 173 s.; cf. Ritter, L. v. Ranke, Stuttgart, 1895). Con todo eso Ritter cayó en el otro extremo, y consideró la buena inteligencia y armonía obtenida por Morone, como sólo aparente. Esta apreciación la ha impugnado ya Steinherz (III, 330), alegando también el juicio de los coetáneos mejor enterados. Un discípulo de Ritter, Helle, ha intentado salvar la opinión de su maestro en una

de acreditar asimismo brillantemente en Trento, adonde el legado llegó de nuevo el 17 de mayo. Morone era el hombre a propósito para tomar la dirección con mano segura y firme, y vencer las dificultades que se oponían a una feliz conclusión del concilio (1).

disertación titulada «Las conferencias de Morone». Contra él se declara con razón Holtzmann, exacto conocedor de aquel tiempo, en la *Revista Histórica*, CVII, 436 ss., quien advierte: «Es verdad que el emperador, aun después de las conferencias defendió todavía su programa de reforma, aunque en forma algo modificada. Pero me parece que por eso Morone no dejó de ejercer influencia, y especialmente apreciaría yo de diverso modo que Helle (p. 56, 64), la renuncia de Fernando a la *Reformatio in capite*. La inteligencia, con todo, estaba ya preparada, y más tarde no se hizo más que terminarla por otros medios. Singularmente el reconocimiento de la elección de Maximiliano, fué puesto ya por Morone muy hábilmente ante los ojos del emperador, como premio de la reconciliación; cf. mi libro sobre Maximiliano, p. 450». También Kassowitz (p. XLIII) y v. Voltelini (*Comunicaciones del Instituto Austr.*, XXVII, 353) se adhieren a Steinherz.

(1) Sobre el mérito de Morone v. el juicio de Susta, IV, p. v; allí también hay pormenores sobre la transmisión manuscrita de las cartas que procedieron de la actividad de Morone en el año 1563. Sobre la Cifra Moroniana v. Susta en las *Comunicaciones del Instituto Austr.*, XVIII, y Meister, La cifra al servicio de la curia pontificia, 243. Morone habitaba en Trento en el palacio Thun; v. Swoboda, 23.

VI. Terminación e importancia del concilio de Trento

I

Mientras Morone allanaba en Innsbruck el terreno para una inteligencia con el emperador, como legado y hombre de confianza de Pío IV, se efectuaba también una mudanza favorable en las relaciones del rey de España con el Papa. En los rozamientos y desavenencias habidas hasta ahora entre Roma y Madrid, tenía notable complicidad el representante de don Felipe en Roma, Francisco de Vargas, el cual desempeñaba este cargo desde 1559. Vargas no era el hombre que pudiera ejercer su acción concertando desconformidades, antes bien agravaba todavía la oposición existente. Demasiado celoso y violento, altercador y contencioso, era lo menos a propósito posible para obtener cosa alguna de Pío IV. Cuanto eran excelentes las relaciones del embajador veneciano Mula con el Papa, tanto eran malas las de Vargas. Tampoco Felipe II podía cerrarse al conocimiento de que la posición de Vargas en la curia se había hecho insostenible. Ya a principios de 1562 había sido destinado para sucederle Luis de Requesens; pero su salida se difería de mes en mes (1).

En agosto de 1562 Felipe II había pensado enviar a Roma un hombre de su especial confianza para arreglar las diferencias que había en el asunto del concilio. Para ello eligió al anciano y experto Luis de Avila, pero retardó su envío hasta fines de diciembre, porque quería antes ponerse de acuerdo sobre su proceder ulterior en Trento con las otras potencias católicas (2).

(1) Cf. Susta, I, 157, II, 427, 514, III, 344, 386; Constant, Rapport, 194 s., 211 s., donde también se indican las obras especiales sobre Requesens.

(2) V. Susta, II, 522; III, 83, 88, 385 s., 411, 442 s., 446-447.

Cuanto más se dilataba la misión de Avila, de la cual se prometían en Roma un cambio favorable en el asunto del concilio, tanto mayor se hacía la impaciencia con que se aguardaba la presencia del enviado de Felipe II. A mediados de febrero de 1563 se creyó próxima su llegada. Pero todavía hubieron de esperar un mes entero. Finalmente el 14 de marzo de 1563 hizo Avila su entrada en Roma. Correspondió al recibimiento honroso que se le tributó, el habersele asignado habitación en el Vaticano en los aposentos de Federico Borromeo. Dos días después comenzaron las negociaciones. Si al principio fueron bastante agitadas, se explica esto por el desengaño que se apoderó de Pío IV cuando Avila expuso las numerosas e importantes demandas de su rey (1). Para entender la conducta del Papa hay que tener presentes los peligros que entonces le amenazaban de todas partes. En Trento donde las negociaciones estaban estancadas, el obispo de Pecs, muy acreditado con el emperador, declaró con toda franqueza que la potestad del Papa no era mayor que la de cualquiera patriarca. De semejante manera se expresó el arzobispo de Granada (2). En Innsbruck, entre tanto, estaba congregada la comisión imperial de teólogos, la cual se parecía mucho a un concilio accesorio. Nadie podía predecir qué resultado tendría la inminente misión de Morone a la corte de Fernando I (3). En Francia los principales paladines de la Iglesia católica, el mariscal Saint-André y Francisco de Guisa, habían sucumbido, y Montmorency caído prisionero. Pío IV conocía muy bien que el gobierno de Catalina de Médicis veía puesta toda su salvación en la condescendencia con los hugonotes. En efecto, la reina les otorgó, en la paz de Amboise de 12 de marzo, una libertad religiosa, aunque limitada; con ello unió la monstruosa propuesta de que se convocase un nuevo concilio en Alemania o en Francia, e hizo también nuevas tentativas para atraer a esto a los protestantes (4).

En tales circunstancias, Pío IV se vió obligado a unirse todavía más estrechamente con la única potencia católica que nada quería oír de condescendencias con los novadores; cuanto más

(1) V. Susta, III, 239, 286, 531, 538, donde se indican otros autores.

(2) Cf. Baluze-Mansi, III, 454; Susta, III, 282.

(3) V. Sickel, Documentos, II, 57.

(4) V. Steinherz, III, 265; Maurenbrecher, Documentos de los archivos, 5; Baguenault de Puchesse, 250. Cf. abajo, capítulo VIII.

incierta era la actitud del emperador, y cuanto mayor la tirantez con Francia, tanto se veía más necesitado a allegarse a Felipe II (1). Para obtener de él auxilio eficaz, el Papa tomó últimamente la grave resolución, tanto de condescender respecto al derecho exclusivo de proposición de los legados, como de decidir en la cuestión de la contienda de precedencia entre el embajador francés y el español en Trento, así como se deseaba en Madrid. En la primera semana de mayo se efectuó una concordia. Entre las dos partes hubo comunicación de dos documentos en que se obligaban mutuamente. En el uno, fechado el 6 de mayo, Avila y Vargas, como representantes de Felipe II, hicieron la promesa solemne de que su monarca protegería con todo su poder la autoridad del Papa. En vista de esto, Pío IV condescendió en escribir el 8 de mayo a los legados de Trento, que declararan a los Padres del concilio, que la libertad de éste debía permanecer incólume a pesar de las palabras *proponentibus legatis*, que se habían puesto en el decreto sin previo conocimiento suyo (2). El mismo día el Papa, sin querer decidir definitivamente el litigio de la precedencia, cedió al deseo de Felipe II, respecto del sitio que se había de asignar al representante de España en las sesiones y congregaciones; pues el rey había fundado su amenaza de romper las relaciones diplomáticas, expresada el 5 de marzo, en la tibia actitud de Roma en dicha cuestión (3).

Morone, que en Innsbruck había defendido victoriosamente con el mayor celo contra el emperador, el derecho exclusivo de proposición de los legados, quedó lleno de perplejidad y consternación, por la condescendencia que Pío IV mostraba en este negocio con Felipe II. El conde de Luna (4), nuevo embajador español, que había sustituido al marqués de Pescara, insistía, como era

(1) V. Sickel, Concilio, 514; Documentos, II, 58.

(2) V. Pallavicini, 21, 5, 7; Maurenbrecher, loc. cit., 20; Despachos Venecianos, III, 226; Sickel, Documentos, II, 58, 134 s.

(3) V. Pallavicini, 21, 1, 6-7; Sickel, Documentos, II, 58 s., 133 s. Sickel hace resaltar con razón, cuán bien ha relatado Pallavicini el efecto que hicieron en Trento las nuevas instrucciones. Sobre el curso de las negociaciones de Avila v. Döllinger, Documentos, I, 489 s., 517 s.; Maurenbrecher, loc. cit., 17 s.; Susta, III, 531 s., 538 s.

(4) Sobre su introducción en la congregación general de 21 de mayo de 1563, y la contienda de precedencia que entonces hubo, v. Bondono, 567; Theiner, II, 280 s.; Pallavicini, 21, 1. Luna se alojó en el palacio Roccabruna (ahora Sardagna); v. Swoboda, 23, 49.

natural, en el cumplimiento de la concesión hecha a su rey. Todos los conatos de Morone para hacerle cambiar de propósito fracasaron. Los demás legados apoyaron a Morone, y en una carta a Borromeo de 19 de junio de 1563, protestaron resueltamente contra el menoscabo de su privativo derecho de proposición, expresando el deseo de ser antes mandados volver del concilio, que presenciar su propia derrota (1).

Ya antes de este penoso acaecimiento, no faltaron otros sucesos que causaron serios cuidados y graves perplejidades a Morone y a sus colegas (2). No en último lugar hay que mencionar aquí la contienda por la precedencia entre el embajador español y el francés, que seguía encendida bajo las cenizas, y en la que entraba cada vez más en primer término la cuestión sobre qué sitio había de ocupar el representante del rey católico en las solemnidades eclesiásticas, y cómo se había de proceder al dar la paz y en la incensación. También en esto creyó Pío IV deber decidir en favor de España (8 de junio). Fundó esto expresamente en que Felipe II había de ser considerado entonces como el principal apoyo de la religión católica (3).

Lo que más acaso ocupó a los legados, fué la controversia sobre el episcopado y el primado, recientemente encendida en vivas llamas. Luego al punto las primeras negociaciones tocantes a los abusos en la administración del sacramento del orden, las cuales duraron desde el 12 de mayo hasta el 16 de junio (4), así como las nuevas deliberaciones sobre el orden sacerdotal (5), comenzadas el 11 de junio, dejaron conocer que apenas era posible esperar que se llegase a un acuerdo en estas cuestiones. Mientras el arzobispo de Granada insistía en proclamar el derecho divino

(1) V. Pallavicini, 21, 5; Susta, IV, 67 s., 71 s., 78 s.

(2) Sobre el litigio provocado por el arzobispo de Lanciano, respecto del derecho de votación de los procuradores, cf. Pallavicini, 20, 17, 7 s.; Steinerherz, III, 324 s.; Susta, III, 333, IV, 13 ss. La demanda de la administración del cáliz a los legos, hecha por el embajador de Baviera, fué causa de la misión muy fructuosa de Ormanetto; v. Steinerherz, III, 327 s.; Susta, IV, 23, 28.

(3) V. Pallavicini, 21, 8, 4; Sickel, Documentos, II, 60 s., 62 s.; Susta, IV, 62, 82 s., 495 s.

(4) Cf. Theiner, II, 270-301; *ibid.*, 264-270 hay la lista de los abusos respecto del orden, entregada el 10 de mayo a los Padres del concilio. V. también Psalmaeus en Merkle, II, 838 ss. Sobre las negociaciones posteriores desde el 10 hasta el 12 de julio, v. Theiner, II, 302-309.

(5) V. Paleotto en Theiner, II, 617 s. Cf. Susta, IV, 54 s.

de los obispos, otros, principalmente varios obispos franceses, se explayaban con la más acerba censura sobre verdaderos o imaginados abusos de la curia. El arzobispo de París, que quería que se pusieran en primer lugar las negociaciones sobre la reforma de la curia, recomendaba al propio tiempo la renovación de la antigua forma de elección de los obispos, según la cual el Papa había de renunciar a su derecho de nombramiento. También el derecho de conceder dispensas debía quitarse al supremo jerarca de la Iglesia, conforme a los deseos de muchos, y la elección pontificia ser regulada en el concilio (1).

En la sesión última de 16 de junio, Láinez, general de los jesuitas, intervino con la mayor resolución en favor de que el Papa, como cabeza de la Iglesia, no podía ser reformado por el concilio. Reformación, dijo, es vuelta a lo antiguo. Hay una reformatión interna y otra externa. La externa ha de ayudar a la interna; toda reforma presupone la invariabilidad del derecho divino. Pero no todo es de derecho divino, lo que los Padres del concilio honran con esta expresión. Además Láinez volvió a poner en claro la diferencia fundamental entre el orden y la jurisdicción. Tener voto en el concilio es asunto de jurisdicción. El poseer una diócesis no es incondicionalmente necesario para la esencia de la dignidad episcopal. Es falsa la afirmación de que los obispos titulares no son verdaderos obispos; en Alemania son indispensables por la extensión de las diócesis. Las dispensas no pueden evitarse. Láinez hizo resaltar enérgicamente, que el Papa tenía su derecho de dispensar, inmediatamente recibido de Cristo; que nadie se lo podía quitar o limitar. A la objeción de que el Papa usaba a veces mal de este derecho, contestó que semejante defecto podía hallarse en todo príncipe y en toda autoridad. Al fin hizo resaltar vigorosamente que la reforma de la corte romana era ejecutada del mejor modo y más conveniente por el Papa; con esta ocasión combatió muy resueltamente a aquellos que mantenían la superioridad del concilio sobre el Papa (2).

Que semejante lenguaje claro y firme no agradara a muchos, especialmente a los obispos franceses, no es de maravillar, dadas las opiniones galicanas de estos hombres. Los legados, en su

(1) Cf. Grisar, *Primado*, 773 s.

(2) V. Theiner, II, 300; Paleotto, *ibid.*, 660; Pallavicini, 21, 6, 9; Grisar, *Primado*, 777 s.; Sägmüller, *Bulas de elección de Papa*, 156 s.

relación a Roma, alabaron grandemente al general de los jesuitas, pero manifestaron el deseo de que se tuviera mayor reserva y precaución (1).

También en las deliberaciones sobre la doctrina del sacramento del orden sacerdotal, reanudadas en julio, Laínez defendió muy enérgicamente los derechos de la Santa Sede (2). Esto era tanto más necesario, cuanto que los obispos franceses se declararon con vehemencia contra toda expresión que significara la superioridad del Papa sobre el concilio, o una aceptación del concilio florentino y una recusación del sínodo de Basilea. El fin de los franceses era debilitar el carácter monárquico de la constitución de la Iglesia, en el sentido del sínodo de Basilea. Los obispos españoles estaban, a la verdad, en favor de la validez del concilio florentino, pero se mantenían firmes en que la institución y jurisdicción de los obispos era de derecho divino, y debía declararse como tal. Por la extensión de sus diócesis y la riqueza de sus prebendas, lo esperaban todo de un robustecimiento del poder episcopal, y hubieran de buena gana sido papas en sus diócesis; procuraban debilitar lo más posible la autoridad de los cardenales. Los italianos, y con ellos algunos pocos obispos españoles y franceses, y los obispos de otras naciones, presentes en muy corto número, se pusieron, casi sin excepción, en favor del poder y supremacía de la Santa Sede (3).

En estas controversias, seguidas con extremada vehemencia, intervenían también los intereses civiles; sin embargo, los embajadores imperiales, según el acuerdo obtenido por Morone, trabajaron al fin porque se excluyeran las discusiones teóricas sobre las cuales no era posible una conformidad. La opinión de Pío IV era que sería mejor no dar decisión ninguna sobre la cuestión de la jurisdicción ni del primado universal, que tomar sólo una resolución a medias, que más adelante ofrecería ocasión a disputas (4). Ya en abril los legados habían escrito a Roma, que no había otro expediente sino dejar a un lado los puntos controver-

(1) V. Sickel, Concilio, 547 s.; Guillemin, Le card. de Lorraine, 346; Susta, IV, 69.

(2) V. Grisar, Primado, 781.

(3) V. la clásica carta de los legados, utilizada ya por Pallavicini, sobre los diversos grupos nacionales que había en Trento, de 14 de junio de 1563, en Susta, IV, 64 s.

(4) V. Pallavicini, 21, 11, 1.

tidos, y así en el capítulo doctrinal como en los cánones, hablar únicamente de la potestad del orden, pero no de la jurisdicción. Esta solución la había ya antes propuesto Láinez (1). A principios de julio se llegó finalmente a un acuerdo sobre esta base. También para el decreto sobre la residencia se halló el 7 de julio una redacción satisfactoria, que concordaba en lo sustancial con la bosquejada anteriormente por el cardenal Gonzaga. En ella no se hacía mención alguna del derecho divino. El 9 de julio se tuvo una congregación general, en la cual se logró obtener 227 votos en favor de los decretos así formulados. Sólo se pidieron pequeñas variaciones, de introducir las cuales fueron encargados el arzobispo Marini de Lanciano y el obispo Foscarari de Módena, como teólogos, el arzobispo Castagna de Rossano y el auditor de la Rota Gabriel Paleotto, como canonistas (2). Este feliz resultado, por efecto del cual se pudo celebrar finalmente la sesión XXIII, diferida del 22 de abril repetidas veces, primero para el 20 de mayo, luego para el 15 de junio y últimamente para el 15 de julio (3), se debió sobre todo a la mudanza que hizo el cardenal Guisa, adalid de los obispos franceses.

Todavía el 29 de junio, con ocasión de la escandalosa disputa de precedencia que hubo en la catedral de Trento, entre el embajador francés y el español, el francés apasionado y altamente exasperado por la preferencia dada al español, se había permitido las expresiones más violentas contra Pío IV, poniendo en duda la legitimidad de su elección, por pretensa simonía, y amenazando con apelar al concilio (4). Pocos días después, por su secretario Musotti, hizo ofrecer sus servicios al Papa. Tales tránsitos rápidos de uno a otro extremo no son ajenos del carácter francés. En la

(1) V. Grisar, *Primado*, 779 s.

(2) V. Pallavicini, 21, 11, 4; Susta, IV, 111, 121 s. Sobre G. Paleotto v. Merkle en la *Revista trimestral Romana*, XI, 336 s., sobre J. B. Castagna *Studi stor.*, IX, 229 s.

(3) V. Theiner, II, 263 s., 279, 298 s.

(4) Sobre la contienda y las negociaciones con ella conexonadas v. Bondono, 568; Psalmaeus, 861; Mendoza, 684; la *relación de Fr. Porticelli a Madruzzo, fechada en Trento a 1.º de julio de 1563, *Archivo del Gobierno de Innsbruck*; Paleotto en Theiner, II, 650. Cf. Merkle, loc. cit., 387; Baluze-Mansi, III, 477, IV, 319; Le Plat, VI, 116 s.; Pallavicini, 21, 8 s.; Sickel, Concilio, 556 ss., Documentos, II, 63, 135 s.; Susta, IV, 99, 517 s. En 22 de mayo de 1563, había ya notificado desde Roma Fr. Tonina: *Qui si ragiona assai del strepito che fa il card. di Lorena al concilio. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

mudanza del cardenal Guisa, de la fuerte oposición al partido del Papa, concurrieron por igual motivos personales y objetivos. Para un hombre ambicioso era bastante seductor lo que Pío IV le había ofrecido ya antes: el nombrarle legado vitalicio en Francia después de la terminación del concilio y otorgarle extensas facultades, v. gr., para conceder el uso del cáliz a los legos. Si por una parte lisonjeaba al cardenal el ejercitar en este respecto una grande y honorífica actividad en su patria, por otra le retraía de ello el precipitar a su país, ya tan gravemente probado, en las perturbaciones de un cisma (1). Le facilitó su extraña mudanza el haberse concertado bien y a gusto de la corte francesa el litigio de precedencia con el embajador español en Trento (2).

En la congregación general de 14 de julio se había alcanzado la conformidad de casi todos los Padres respecto de todos los decretos. Sólo los obispos españoles, a excepción del de Lérida, se oponían todavía a la redacción que se había hecho del canon sexto. Por la hábil intervención de Morone, se venció también esta dificultad. El legado recurrió al conde de Luna, y éste logró quebrantar la resistencia de sus paisanos. Aquella misma noche lo puso en conocimiento de Morone (3).

En la mañana del 15 de julio los cuatro legados, los cardenales Guisa y Madruzzo, tres patriarcas, 25 arzobispos, 193 obispos, tres abades, siete generales de Órdenes religiosas, tres doctores en derecho, 130 teólogos, seis procuradores de obispos ausentes y 12 embajadores se reunieron en la catedral de Trento para la *sesión XXIII, séptima bajo el pontificado de Pío IV* (4). Celebró la misa solemne el obispo de París, Eustaquio du Bellay, y pronunció el sermón el español Jaime Gilberto Nogueras, obispo de Alife. Después se leyó en primer lugar el punto doctrinal sobre el orden, en cuatro capítulos con ocho cánones. En el cuarto capítulo se decía sobre los obispos: «Fuera de los demás grados, pertenecen principalmente a este orden jerárquico los obispos, que son los sucesores de los apóstoles, y, como dice el Apóstol, han sido instituidos por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios».

(1) V. Steinherz, III, 379 s.; Susta, IV, 102 s., 121 s. y las fuentes allí citadas.

(2) V. Sickel, Concilio, 562; Susta, IV, 120, 127.

(3) V. Pallavicini, 21, 11, 7; Susta, IV, 124.

(4) Cf. Theiner, II, 310-312; Raynald, 1563, n. 125-127; Beccadelli, II, 93 ss.; Psalmaeus, 866 s.; Pallavicini, 21, 12.

Aunque esta redacción no expresaba directamente el derecho divino, los obispos españoles se habían dado últimamente por contentos con ella, porque podía explicarse también en su sentido (1).

Los tres cánones últimos, por tanto tiempo discutidos, decían: «Es condenado con el anatema todo aquel que afirme: que no hay en la Iglesia católica una jerarquía, instituída por orden de Dios, la cual se compone de obispos, presbíteros y ministros; que los obispos no son más que los presbíteros, y no tienen potestad para confirmar y ordenar, o que su potestad les es común con los presbíteros, o que las órdenes conferidas por ellos sin el consentimiento y la intervención del pueblo o del poder secular, son inválidas, o que son legítimos ministros de la palabra divina y de los sacramentos, los que no han sido ordenados ni enviados legítimamente por la potestad eclesiástica y canónica, sino que vienen de otra parte; que los obispos admitidos por el Romano Pontífice no son legítimos y verdaderos obispos, sino que esto es una invención humana».

Como resultado de la votación, el primer presidente Morone pudo anunciar que todos los Padres aprobaban los decretos, que sólo seis deseaban todavía una explicación mejor y más clara en los cánones sexto y octavo, y uno en el cuarto. Después se leyó el decreto de reforma, que comprendía dieciocho capítulos. El primero de ellos concernía a la obligación de residencia. El segundo determinaba que todos los prelados sin excepción, aun los cardenales, habían de recibir la consagración dentro de tres meses. Los catorce capítulos siguientes contenían prescripciones bien especificadas sobre la recepción y administración de las diferentes órdenes, así como sobre las cualidades de los ordenandos. Eran de suma importancia las disposiciones del capítulo XVIII y último sobre la educación y formación de los futuros sacerdotes. Todos los obispos, se decía aquí, deben fundar establecimientos de enseñanza, seminarios, en los cuales los adolescentes desde los doce años se preparen para el estado sacerdotal. Esta ordenación, por la cual no se suprimían en manera alguna las facultades de teología, quería ofrecer ocasión para los estudios teológicos y protección contra los peligros morales, a todos los jóvenes, principalmente a los faltos de medios.

(1) V. Knöpfier en el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, XI^a, 2105.

El derecho divino tampoco estuvo expresado en el decreto sobre la residencia; a pesar de esto, juzgaban varios Padres que algunas palabras de él se podían interpretar en este sentido. El número de los que pusieron reparos en este decreto tan acaloradamente debatido, y o lo aceptaron sólo condicionalmente, o rechazaron algunos de sus pasajes, no pasó, sin embargo, de once. El obispo de Feltre, Francisco Campegio, protestó contra el decreto, pero declaró su prontitud para someterse a la decisión del Papa. Todos los demás Padres lo aprobaron. Los otros decretos de reforma fueron admitidos por un simple *placet* a excepción de seis votos. Por último, fué unánimemente aprobado el decreto leído para terminar, que fijaba la próxima sesión para el 16 de septiembre; en ella se debía tratar del sacramento del matrimonio y de otras doctrinas todavía no definidas, de la provisión de los obispados y otras reformas.

El feliz término de la séptima sesión llenó al Papa y a los legados de Trento de la mayor alegría, y confirmólos en su designio de despachar con la mayor rapidez posible los asuntos del concilio todavía pendientes. A este deseo y propósito preparaba serias dificultades la política de Felipe II. Presto se demostró que en España se intentaba prolongar el concilio; la propuesta del conde de Luna, de que se invitara de nuevo a los protestantes, no tenía otro fin (1). Ciertamente lo que determinaba en primer lugar el proceder de Felipe II, era la consideración de cuán excelente coyuntura le ofrecía el concilio para forzar a Pío IV a ceder en otras cuestiones (2). El Papa lo conocía muy bien. No obstante, su política superior logró frustrar los conatos del rey de España. Mientras al propio tiempo hacía él cada día más íntima la inteligencia con el cardenal Guisa, tan influyente con sus paisanos, supo con maestría acabar la obra comenzada por Morone y ganar al emperador para la terminación del sínodo. Como poderosa palanca, utilizó para ello muy hábilmente el reconocimiento de la elección de Maximiliano por rey de romanos. Morone ayudó fielmente a Pío IV en sus esfuerzos. Ya el 20 de julio el legado escribía a Fernando I, representándole de qué manera una larga prolongación de las negociaciones del concilio no podía sino dañar a la Iglesia, y rogándole que diera su consentimiento a la con-

(1) Cf. Pallavicini, 22, 1; Steinherz, III, 381; Susta, IV, 129 s.

(2) Cf. la carta de los legados, de 12 de julio de 1563, en Susta, IV, 122.

clusión del mismo, y apartara también de su resistencia a Felipe II (1).

En Trento los legados el 20 de julio propusieron a los Padres del concilio once cánones sobre el sacramento del matrimonio y un decreto que declaraba la invalidez de los matrimonios clandestinos, y todos los contraídos por menores de edad sin el asentimiento de sus padres (2). Muchos Padres del concilio, entre ellos el legado Hosio, se opusieron a toda mudanza tocante a los matrimonios clandestinos. En esta cuestión y en otras con ella enlazadas, se llegó a discusiones tan extensas como difíciles, las cuales se prolongaron hasta muy entrado el otoño.

Juntamente seguían su curso las importantes negociaciones sobre la reforma general. Pío IV declaró expresamente respecto a esto, que también los cardenales habían de ser reformados por el concilio (3). Pero tampoco los legos debían quedar exceptuados de una reforma general. Este modo de ver había sido desde hacía mucho tiempo puesto de realce por personas inteligentes. El nuncio Commendone ya antes de la apertura del concilio, como resultado de sus observaciones en Alemania, había indicado las numerosas usurpaciones de bienes y derechos eclesiásticos por parte del poder civil, que violaban de la manera más desatentada el derecho canónico y la libertad de la Iglesia; y juntamente había sostenido que, con la reforma de la curia se debía unir también al propio tiempo la de los príncipes y sus gobiernos (4).

Las observaciones de Commendone sobre la opresión de la Iglesia, aun por las autoridades católicas, en Alemania, eran totalmente conformes a la verdad. Ya desde el siglo XIV los príncipes alemanes habían trabajado con buen éxito en someter a su soberanía por lo menos todos los «asuntos externos de la Iglesia», en disponer libremente de los bienes eclesiásticos, en proveer todos los cargos eclesiásticos lucrativos y en «ejercer fiscalización» sobre todas las ordenaciones de la Iglesia. En los apuros y turbulencias de los siglos XV y XVI no pocos Papas habían hecho en este respecto extensas concesiones, y aun invitado a algunos príncipes

(1) V. Raynald, 1563, n. 160; Sickel, Concilio, 563; Steinherz, III, 382; Susta, IV, 135.

(2) V. Theiner, II, 313 s.; Susta, IV, 136.

(3) Cf. Pallavicini, 22, 1; Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 161 s.; Susta, IV, 127.

(4) V. Döllinger, Documentos, III, 310.

a colaborar en el arreglo de los negocios puramente eclesiásticos. Pero esto, que sólo podía disculparse por la necesidad de los tiempos, muy pronto se consideró como un derecho permanente de los soberanos, los cuales querían mandar libremente «en lo tocante a los ministros de la Iglesia y a sus bienes, donde no se trataba de la fe misma». En abierta contradicción con los principios del derecho canónico, según el cual la Iglesia posee sus bienes y a los particulares miembros de ella pertenece sólo el usufructo de los mismos, los funcionarios de los príncipes y la nobleza, así en Austria como en Baviera, disponían a su arbitrio de los bienes y fundaciones eclesiásticas (1). No había exageración ninguna cuando el cardenal Truchsess afirmaba que aun en los Estados católicos, apenas gobernaban ya los obispos en la Iglesia, sino los príncipes y sus funcionarios (2).

En grado todavía mayor ocurría esto en Francia y en las extensas posesiones de la corona española, en Nápoles, Sicilia y en la misma España (3). Por eso Pío IV tenía mucha razón cuando en abril de 1563 se quejó al embajador de Felipe II de las usurpaciones de los derechos eclesiásticos, hechas por el gobierno español, y amenazó diciendo que se había de tratar de estas cosas en Trento. Principalmente indicó entonces el patronato eclesiástico, los maestrazgos, la Inquisición, etc. Todas las personas ilustradas, especialmente también el cardenal Morone, eran de parecer que, al tratarse en el concilio de la reforma general, no se podía exceptuar a los príncipes (4). En abril el obispo de Orvieto compuso una memoria sobre las intrusiones de los príncipes temporales en los asuntos eclesiásticos, y la envió a Roma (5). Desde allí Borromeo a 26 de junio daba a los legados la orden decisiva de poner este punto a la orden del día del concilio (6). Procedióse conforme a esto.

(1) V. Janssen-Pastor, IV¹⁵⁻¹⁶, 164 s.; cf. I²⁰, 753 y nuestros datos del vol. VII, 285 s.

(2) Carta fechada en Roma a 17 de septiembre de 1563, en Janssen-Pastor, IV¹⁵⁻¹⁶, 163 s.

(3) Más en particular se hablará de esto en el capítulo IX.

(4) Carta de Vargas, de 6 de abril de 1563, en Döllinger, Documentos, I, 509.

(5) V. Ritter, I, 171.

(6) Poichè ogn' uno ci dà adosso con questa benedetta riforma et par quasi che non s'indrizzino i colpi ad altro che a ferir l'autorità di questa santa sede et noi altri cardinali che siamo membri di quella, N. S.^{re} dice che

A fines de julio estaba redactado un circunstanciado proyecto de reforma en cuarenta y dos capítulos (1). Fué entregado a los embajadores de los príncipes para que pudieran hacer sobre él sus observaciones. El proyecto era tan extenso que la opinión firmemente arraigada en muchos embajadores, de que el concilio sólo se ocuparía en cosas poco importantes de la constitución de la Iglesia, quedó radicalmente destruída. La sorpresa de los embajadores fué tanto mayor, cuanto que el capítulo XXXIX contenía una serie de severísimas prescripciones, que debían asegurar la libertad de la Iglesia contra intromisiones y usurpaciones del poder civil. El primer proyecto, luego notablemente mitigado, decía: que bajo pena de excomunión, se prohibía a los príncipes toda intromisión en asuntos puramente eclesiásticos, y se prescribía la observancia de los antiquísimos privilegios de la Iglesia. Para ésta se pedía: jurisdicción exenta, libertad en todos los negocios pertenecientes inmediata o mediatamente al fuero eclesiástico, y, con limitaciones menudamente especificadas, exención de tributos, cargas y servicios del Estado, impuestos contra derecho. Los príncipes no debían otorgar a los prelados ni a los cabildos ningunos beneficios, o prometérselos de alguna manera, y habían de dejar incólumes los bienes y derechos eclesiásticos, así como los bienes y derechos de los legos que estaban bajo el patronato eclesiástico. Los criados, soldados y caballos de los príncipes, en lo futuro no se podían alojar en las casas de los clérigos y monasterios; el *exequatur* de los príncipes o el llamado *placet* debía suprimirse incondicionalmente.

Los representantes de Fernando I, cuyo celo reformatorio había vuelto a manifestarse con nueva acritud desde junio, bajo el influjo de la comisión de teólogos (2), el 31 de julio entregaron los primeros a los legados sus opiniones sobre los cuarenta y dos capítulos. El 3 de agosto los embajadores de Francia y Portugal presentaron sus observaciones, y el embajador imperial las comu-

per l'amor di Dio lascino o faccino cantare ancora sopra il libro de li principi secolari et che in ciò non habbino rispetto alcuno, in le cose però che sono giuste et honeste, et anche in questo haveranno a procurare che non paia che la cosa venga da noi. Susta, IV, 100-101. Cf. Pallavicini, 22, 9, 1.

(1) Cf. Pallavicini, 22, 1, 12; Baguenault de Puchesse, 363 s.; Sickel, Concilio, 573 s.; Kassowitz, 234 s.; Constant, Rapport, 333; Susta, IV, 140 s.

(2) V. el llamado Tercer pequeño libro de reforma, de 5 de junio de 1563, en Sickel, Concilio, 520 s.; Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 154 s.

nico en seguida a su soberano. El 7 de agosto también el embajador español, el conde de Luna, hizo entrega de sus observaciones, y fiel a la política que había seguido hasta entonces, de prolongar el concilio, pidió que se reorganizara por naciones la comisión de reforma (1).

En las grandes potencias católicas, la exigencia de que también el poder civil se sometiera a una reforma, levantó una violenta tempestad, especialmente también porque muchas demandas eran demasiado severas, y retrocedían a un punto de vista canónico que se había hecho imposible por la mudanza de las circunstancias de los tiempos (2). No es dudoso que se planteó la cuestión de la reforma de los príncipes también para moderar a los poderes civiles en sus exigencias relativas a la reforma del poder eclesiástico, poniéndoles delante sus propios defectos. Con todo, era una maliciosa suposición (3) la opinión que entonces se expresó, de que se había enlazado la severa reforma civil tan estrechamente con la eclesiástica, sólo para abandonarlas ambas a un tiempo, en vista de las reclamaciones de los príncipes. Cuando hasta Fernando I repetía esta afirmación (4), muestra esto claramente qué influencia ejercían sus consejeros sobre el monarca, tan bien intencionado, pero fácil en dejarse influir. A nadie puede sorprender que también Felipe II se quejase en seguida a causa de la reforma de los príncipes, por medio de su embajador en Roma (5). Pues si de parte del concilio se llegaba a las disposiciones proyectadas, ellas alcanzarían sobre todo a España, pues en ningún país católico se permitía el gobierno civil semejante avasallamiento de la Iglesia, como allí (6).

Entre tanto el embajador de don Felipe en Trento se esforzaba por ocasionar con toda clase de intrigas una prolongación de las negociaciones del concilio. Mientras el conde de Luna hacía numerosas observaciones sobre los otros artículos de reforma, se negó

(1) V. Sickel, Concilio, 571 s.; Kassowitz, 240 s.; Susta, IV, 140 s., 149 s., 158 s., 163 ss.

(2) V. Sägmüller, loc. cit., 163.

(3) Juicio de Sägmüller, loc. cit.

(4) Carta de Fernando I a sus embajadores en el concilio, de 23 de agosto de 1563, en Sickel, Concilio, 585.

(5) Cf. Pallavicini, 22, 9, 2. También Venecia opuso contradicción; v. Cecchetti, II, 43 s.

(6) Cf. abajo, capítulo IX.

ahora a hacer otro tanto respecto a la reforma de los príncipes, para que no pareciera que la aprobaba (1). Las inquietudes que esto acarreó a los legados, se acrecentaron todavía por cuanto la diversidad sumamente grande de pareceres sobre el sacramento del matrimonio, especialmente sobre la prohibición de los matrimonios clandestinos, más bien se aumentaba que se disminuía. Se trató sobre este punto, desde el 24 hasta el 31 de julio, luego sobre una nueva redacción desde el 11 hasta el 23 de agosto y finalmente sobre una tercera redacción desde el 7 hasta el 10 de septiembre (2).

A pesar de las grandes dificultades que se oponían a la terminación del decreto sobre el matrimonio, así como de los artículos de reforma, Pío IV, convencido de la necesidad de llevar a término el concilio sin atención a la resistencia de España, instaba, cada vez con más ahinco, a que se aceleraran lo más posible las negociaciones (3). Los legados habían hecho en este respecto cuanto podían (4), pero las dificultades crecían de día en día. Después de largas negociaciones se logró finalmente hallar una nueva redacción de los artículos de reforma, que contenía todavía XXXVI capítulos. El 20 de agosto fué enviada al emperador. El último capítulo trataba de la reforma de los príncipes en 12 artículos (5). La redacción estaba tan suavizada, que los legados se entregaron a la esperanza de hallar ahora general asentimiento. Fué por tanto grande su sorpresa y disgusto cuando el 27 de agosto se presentó el arzobispo de Praga, y demandó en nombre del emperador (6) que se desistiese de la reforma de los príncipes. Con razón mostraron su admiración de que ahora se saliera con esta exigencia, después que el emperador había siempre instado tan vivamente a la reforma general. Morone declaró

(1) V. Paleotto en Theiner, II, 663.

(2) V. Theiner, II, 314-334, 338-369, 391-397; Pallavicini, 22, 4.

(3) V. las instrucciones de Borromeo a los legados, de 4 de agosto de 1563, en Susta, IV, 169 ss.; la importante carta de Borromeo y Pío IV a los legados, de 7 de agosto, en Sickel, Documentos, II, 149 ss.; la carta de Borromeo, de 14 de agosto, en Susta, IV, 186 y la carta autógrafa del Papa a los legados, de la misma fecha, en Sickel, loc. cit., 152.

(4) V. su relación de 19 de agosto de 1563, en Susta, IV, 189 ss.

(5) V. Theiner, II, 371-386; Sickel, Concilio, 582 s.; Kassowitz, 256 s.

(6) La instrucción del emperador, de 23 de agosto de 1563 (publicada por Sickel, Concilio, 585; cf. Kassowitz, 245), fué llevada en tres días por el correo, de Viena a Trento.

su opinión paladinamente al arzobispo de Praga, diciendo que antes se habían siempre quejado amargamente cuando los legados habían querido pedir su parecer al Papa, antes de hacer propuestas al concilio, y con todo, el Papa no sólo era su príncipe, sino también el de la Iglesia. Mas que en el momento presente, en que el Papa había renunciado en cierto modo a esta prerrogativa, y dejado al concilio el poder de negociarlo todo sin anunciarlo previamente a Roma, el emperador quería prescribir al concilio que nada se tratara de este o aquel artículo. Que ni los legados, ni los Padres del concilio, estaban dispuestos a tolerar semejante ofensa a la dignidad del Papa y a la libertad del concilio. Para evitar un abierto conflicto entre el emperador y el concilio, se convinieron al fin en que el arzobispo de Praga pidiera nuevas órdenes a Fernando I, con lo cual estuvo también conforme el cardenal Guisa (1).

En estas explicaciones Morone, con irritación fácil de comprender, se había permitido tan vehementes expresiones, que tuvo por bien enviar por esta causa una carta al emperador disculpándose. Pero en el asunto permaneció firme; lo defendió en una segunda carta que dirigió al emperador, para apartarle de su resistencia a los argumentos de los legados. El decreto de reforma, decía aquí, ha sido primero entregado a todos los embajadores, para que, corregido según sus dictámenes, fuera propuesto finalmente a los Padres. Algunos artículos, contra los cuales los embajadores oponían reparos, los hemos variado o totalmente suprimido. Hemos rogado urgentemente a cada uno de los embajadores, que nos manifestaran su propio parecer sobre el asunto; si no obstante hay ahora en el decreto algo en que uno u otro halla inconvenientes, no es culpa nuestra, sino de aquellos que se han callado. Pero abandonar en general todo el decreto, o diferirlo para otro tiempo, nos es imposible, sin producir el mayor escándalo y poner a todos en confusión. Añádese en la carta que casi todos los obispos tenían la persuasión de que, si se había de emprender la reforma de todo el estado eclesiástico, se debían alejar los obstáculos por los que los obispos se veían del todo paralizados de parte del poder civil en el gobierno de sus iglesias. «Si no se quitan estos impedimentos, la reforma no sólo será

(1) V. la relación de los legados, de 28 de agosto de 1563, que ya utilizó Pallavicini, en Susta, IV, 200 s. Cf. Sickel, Concilio, 586 s.

defectuosa, sino también sin ningún buen éxito; todos los trabajos que hemos emprendido vuestra majestad y nosotros, quedan enteramente frustrados.» «Todo el contenido del decreto es conforme no sólo al derecho canónico, sino también a las leyes que antes habían promulgado piadosos emperadores. Ni siquiera se citan en él todas las opresiones del clero y todas las violaciones de la libertad eclesiástica, sino que, por las circunstancias de la época, se pasan en silencio muchas cosas, principalmente aquellas que podían turbar la tranquilidad de Alemania, o parecían ser obstáculo para la defensa contra el enemigo hereditario de la cristiandad. Como los enemigos de nuestra verdadera religión nada pretenden con mayor vehemencia que la expulsión y aniquilamiento de los obispos y de los demás clérigos, conviene que el concilio y los príncipes católicos los apoyen en su ministerio espiritual y protejan su dignidad, especialmente porque podemos esperar, por razón de las leyes ya dictadas y que todavía se dictarán, que obtendremos obispos instruidos, prudentes, irrepreensibles, piadosos y honorables; por obispos que no tienen ninguna autoridad, no puede el pueblo ser reducido de los vicios a la virtud, de las herejías a la verdadera piedad.» (1)

Al mismo tiempo que Morone hacía estas francas representaciones, el gobierno francés se disponía a hacer imposible la reforma de los príncipes, amenazando con las más extremas disposiciones. El 28 de agosto se ordenó a los embajadores franceses, que se retiraran a Venecia levantando una protesta y movieran asimismo a partirse a los obispos franceses, tan pronto como el concilio tocara los derechos y libertades de la corona de Francia. La potestad del concilio, declaró Carlos IX, se limita únicamente a la reforma del estado eclesiástico, y no se ha de ingerir en los negocios y derechos políticos (2).

Los legados se vieron en una situación sumamente crítica, pues la mayor parte de los Padres del concilio insistía en que se propusieran todos los XXXVI capítulos, aun el tocante a la reforma de los príncipes. Las deliberaciones sobre los XXI capí-

(1) V. Sickel, Concilio, 588 s.; Steinherz, III, 425, donde se habla también por menudo de los pasos que dió Delfino con el emperador por encargo de los legados.

(2) V. Le Plat, VI, 194 s.; Lettres de Cath. de Médicis, II, 87 s. Cf. Bagnenault de Puchesse, 366.

tulos primeros comenzaron el 11 de septiembre con un discurso del cardenal Guisa, que mencionaba con la debida alabanza la prontitud de ánimo del Papa y de los legados para la reforma. Entre sus observaciones, obtuvo la mayor y casi general aprobación la que solicitaba una especial determinación sobre la reforma de los cardenales (1). No se podía pensar en acabar estas deliberaciones antes de la sesión fijada para el 16 de septiembre. En atención a esto, así como a la gran diversidad de opiniones respecto al sacramento del matrimonio, en la congregación general de 15 de septiembre Morone manifestó a los Padres que no se podía celebrar la sesión señalada para el día siguiente. Su propuesta de diferirla para el día de San Martín fué aceptada contra una minoría (2).

Por la tarde del 15 de septiembre, los embajadores imperiales entregaron una carta de Fernando I del 4 del mismo mes, que solicitaba otra dilación de la reforma de los príncipes. Los legados contestaron que sólo podrían retrasar este asunto tanto tiempo, cuanto duraran las deliberaciones sobre los XXI capítulos primeros (3).

La mayoría de los obispos pidió con ímpetu que se discutiera la reforma de los príncipes, pues conocían bien que se trataba aquí sobre todo de su autoridad e independencia. La difícil situación en que los legados se hallaban, se aumentó todavía porque no estaban concordes entre sí. Los cardenales Navagero y Hosio, en las discusiones sobre el sacramento del matrimonio, persistieron tanto en sus particulares deseos, que la pronta conclusión del concilio, anhelada por Morone, se difería siempre más y más. El mismo Morone y Simonetta no estaban conformes en algunas cuestiones de reforma; Simonetta defendía los intereses de la curia y del Colegio Cardenalicio más enérgicamente que Morone, contra el cual por eso se expresó enojado particularmente el cardenal Farnese (4).

El 16 de septiembre la congregación general prosiguió las deliberaciones sobre los artículos de reforma. En ellas especial-

(1) V. Theiner, II, 397 ss. Cf. Paleotto, *ibid.*, 663 s.; Pallavicini, 23, 3; Susta, IV, 237 s.

(2) V. Theiner, II, 406 s.; Mendoza, 696 s.; Susta, IV, 242 s.

(3) V. Susta, IV, 243 s.

(4) V. Susta, IV, 263.

mente la cuestión sobre la exención de los cabildos condujo a violentas disputas. Las deliberaciones llegaron a su término el 2 de octubre con un notable discurso del P. Laínez (1). Pero antes en la congregación general de 22 de septiembre había ocurrido un incidente inesperado.

Todavía el 20 de septiembre los legados pudieron anunciar a Roma que los embajadores franceses Du Ferrier y Pibrac les habían dado a conocer, fundándose en nuevas instrucciones, que su gobierno se alegraba de que se diera comienzo en el concilio a las deliberaciones sobre la reforma, y desaprobaba el que algunos obispos franceses por su propia cuenta se hubieran partido de Trento. En esta ocasión, los embajadores franceses expusieron la petición de poder proponer en la congregación general algunas cosas relativas a la reforma, que, por lo demás, eran de poca importancia (2). Los legados no tuvieron dificultad en otorgar la petición, y determinaron para eso la congregación general de 22 de septiembre. En ella Du Ferrier tuvo un discurso que sorprendió a los legados enteramente y del modo más penoso. El francés comenzó quejándose de la dilación de la reforma eclesiástica y en seguida pasó al punto principal, el proyecto mismo de reforma, del cual afirmó que aniquilaba la libertad de la Iglesia galicana y la autoridad del rey cristianísimo. Dijo que desde hacía siglos, los reyes de Francia habían dado leyes eclesiásticas, las cuales empero no eran en manera alguna contrarias al dogma ni perjudicaban a la libertad de los obispos; pues a éstos no se les impedía en modo alguno residir todo el año en sus diócesis, predicar diariamente la pura palabra de Dios, vivir moderada, justa y piadosamente, ni hacer llegar a los pobres los bienes eclesiásticos. Que los reyes cristianísimos habían fundado casi todas las iglesias, y como soberanos de Francia tenían el derecho de disponer libremente, como de todos los bienes y rentas de sus súbditos en general, así también de los de los clérigos, cuando el bien o la necesidad del Estado lo exigiera. Y que a la verdad poseían este derecho, esta potestad y autoridad, no de los hombres, sino de Dios, el cual había dado los reyes a los hombres, para que les obedecieran. Que por eso los Padres nada debían

(1) V. Theiner, II, 407 s.; Beccadelli, II, 131; Mendoza, 698; Psalmaeus, 868 s.; Pallavicini, 23, 3.

(2) V. Susta, IV, 255.

intentar contra sus derechos y las libertades galicanas; que en caso contrario, tenía orden de protestar, como ahora lo hacía (1).

Las explicaciones de Ferrier, cuyo tono ofensivo se aumentó aún con algunas frases irónicas, hubieron de excitar justa indignación en los Padres del concilio; al día siguiente fueron enérgicamente rebatidas por Carlos Grasso, obispo de Montefiascone (2). También los obispos franceses participaban de la general indignación. El arzobispo de Sens llegó hasta manifestar que Ferrier intentaba empujar a Carlos IX por el camino de Enrique VIII (3). También Morone era de este parecer; consideraba la situación como muy peligrosa y temía un cisma francés. Su principal esperanza de alejar el peor extremo, se apoyaba en el cardenal Guisa (4). Este no se había hallado presente al acometimiento de Ferrier, pues el 18 de septiembre había emprendido su viaje a Roma, tiempo hacía intentado, en compañía de varios prelados y teólogos franceses.

Pío IV recibió con todos los imaginables honores al cardenal francés, el cual llegó a Roma el 29 de septiembre (5). A Guisa se le designó habitación en el Vaticano, donde el Papa le hizo su visita de un modo ostentoso (6). En larga conversación trataron ambos de todas las cuestiones pendientes. Respecto al discurso de Ferrier, Guisa dió la tranquilizadora seguridad de que éste no había tenido encargo ninguno del rey para su proceder. Por efecto de esto, el prudente Pío IV mandó el 2 de octubre a los legados prescindir de la protesta francesa (7). Para con Guisa mostró el

(1) V. el texto del discurso en Le Plat, IV, 233 s. Sobre la impresión que hizo, v. los testimonios reunidos por Susta, IV, 271. Cf. también Mendoza, 697 s.; Baguenault de Puchesse, 366 s.

(2) V. Le Plat, VI, 241 s.

(3) V. Baguenault de Puchesse, 367, nota 2.

(4) V. Susta, IV, 271 s.

(5) *Relación de Jacobo Tarregghetti, fechada en Roma a 2 de octubre de 1563, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) V. las relaciones en Sickel, Concilio, 609 s.; Legaz. di Serristori, 392 s.; Giac. Soranzo, 148. Cf. Baguenault de Puchesse, 370. El viaje a Roma del cardenal Guisa, después de la misión a Innsbruck de Morone, es uno de los más importantes acontecimientos del tercer periodo del concilio, y merecía en gran manera ser tratado en una monografía. Son de gran interés las demandas de Guisa, reunidas y publicadas por primera vez por Susta (IV, 339 s.), y las respectivas decisiones de Pío IV.

(7) V. la instrucción de Borromeo, de 2 de octubre de 1563, en Susta, IV, 303 s. Cf. Baguenault de Puchesse, 370 s.

Papa el mayor ánimo de conciliación. Se obtuvo una completa inteligencia tanto más fácilmente, cuanto también el cardenal francés, por motivos políticos y religiosos, se alegró de poderse acercar de nuevo al Papa (1). En un consistorio de 8 de octubre, Pío IV hizo los mayores elogios del cardenal, y juntamente expresó su esperanza de una pronta terminación del concilio (2). Cuando Guisa salió de Roma el 19 de octubre (3), Pío IV y Borromeo enviaron cartas a los legados de Trento, en las cuales, con grandes alabanzas del cardenal, se expresaba la determinada seguridad de que éste sería fiel a sus promesas. «Sus intereses, se decía aquí, están tan estrechamente unidos con los nuestros, que no se puede dudar de ello.» Según esto, se encargó a los legados que trataran al cardenal a su nueva llegada a Trento, enteramente como si fuera también legado; pero que los mismos honores se tributasen asimismo al cardenal Madruzzo (4). Guisa merecía la confianza, pues en efecto volvió a Trento con el sincero deseo de ayudar a preparar una pronta y honrosa terminación del concilio para el mayor bien de la Iglesia (5).

La mudanza decisiva en esta cuestión, cada día más candente, tuvo efecto todavía mientras el cardenal Guisa se hallaba en Roma.

Por más divergentes que fueran los pareceres de las dos supremas cabezas de la cristiandad, respecto al concilio y a la reforma, había sin embargo *un* negocio que podía efectuar la aproximación de ambas: éste era la cuestión de la confirmación pontificia de la elección de Maximiliano para rey de romanos, por la cual el emperador, que ya envejecía, tenía extraordinario interés.

Pío IV se había mostrado en muchas ocasiones un político por extremo prudente, pero apenas en ninguna se mostró más claramente que aquí su habilidad. Tan pronto como se hubo hecho la elección de Maximiliano el 24 de noviembre de 1562, comenzaron las muy largas negociaciones. La moderna investigación

(1) V. Baguenault de Puchesse, 370 s.

(2) V. la relación de Arco, de 9 de octubre de 1563, en Sickel, Concilio, 609; Susta, IV, 570.

(3) V. la *relación de J. Tarreghetti, fechada en Roma a 20 de octubre de 1563, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Susta, IV, 337 s.

(5) V. la *Relazione sommaria* en la Revista de Historia eclesiástica, III, 657.

las ha aclarado completamente (1), y ha mostrado por qué Pío IV cambió su proceder, al principio favorable. Es a saber, después de haberse mostrado claramente, por la entrega del pequeño libro imperial de reforma de 6 de junio, el conato de Fernando de influir en el concilio sin miramiento al Papa, nació al punto en Pío IV la idea genial de enlazar la cuestión de la confirmación de Maximiliano con la causa del concilio, esto es, de obtener la aquiescencia de Fernando a la terminación del concilio, en cambio de la confirmación de Maximiliano (2). Sobre esta base se llegó finalmente a una avenencia, después de largas y difíciles negociaciones. El papel de mediador, tan importante como espinoso, lo tomó el ambicioso y sagaz nuncio en la corte imperial, Delfino. El logró resolver la cuestión de la confirmación a gusto del Papa, y asimismo del emperador. La decisión se efectuó a principios de octubre.

En la mañana del 10 de octubre, llegó a Trento, donde dos días antes, a propuesta de casi todos los embajadores, se había resuelto dejar la reforma de los príncipes para la sesión siguiente (3), una carta de Delfino para los legados, fechada el 4, en la que se decía que el emperador estaba conforme con que el concilio se terminara en la próxima sesión. Que sobre esto había dado a sus embajadores los correspondientes encargos y enviándoles una proposición de ajuste en la cuestión de las libertades eclesiásticas, para evitar toda dilación (4). El contenido de este importante mensaje fué confirmado por los embajadores imperiales aquel mismo día. Los legados anunciaron al instante a Roma la feliz noticia. Añadieron que se esforzaban por hacer una modificación de los artículos tocantes a los príncipes seculares, y pedían por causa de esto inmediatas instrucciones, las cuales recibieron también en seguida (5).

Así en Trento como en Roma reinaba grande alegría por la

(1) Steinherz en el tomo III de las Relaciones de nunciatura, a cuya excelente exposición en la introducción, p. XLII-XLVIII, debo aquí remitirme. Ibid., 453 s., se habla de la parte que tuvo Maximiliano en la resolución del emperador. El breve de acción de gracias, dirigido a Maximiliano el 22 de octubre, se halla en Bucholtz, IX, 716.

(2) V. Steinherz, III, XLIII.

(3) V. Theiner, II, 423 s.

(4) Steinherz, III, 439 s.

(5) Susta, IV, 305 s.

resolución del emperador; la satisfacción de Pío IV era indescribible. Dió las gracias personalmente al embajador Arco y dedicó palabras de vivo reconocimiento a Maximiliano en el consistorio de 15 de octubre. El mismo día se encargó a los legados que aceleraran lo más posible las deliberaciones del concilio. Borromeo escribió además en particular a Morone, que trabajase en este sentido sin dársele nada de lo que dijera el representante de España (1).

Debíose a la presta llegada de las instrucciones pontificias, lo propio que al celo y habilidad de los legados, entre los cuales especialmente se señaló Morone (2), el que en un tiempo relativamente corto se pudieran vencer las dificultades que todavía quedaban, y mantener la fiesta de San Martín como día de la próxima sesión. Los legados, que constantemente hubieron de batallar contra la política del conde de Luna, dirigida a prolongar el concilio, ya el 13 de octubre habían propuesto una nueva redacción, la cuarta, de los cánones y del decreto de reforma sobre el sacramento del matrimonio (3). De las deliberaciones sobre ella (4), que se efectuaron el 26 y 27 de octubre, salió la definitiva redacción de los doce cánones respectivos y de los diez capítulos de reforma. Para formular de nuevo los XXI capítulos primeros sobre la reforma general, se había constituido una comisión de dieciocho prelados, la cual comenzó a trabajar el 22 de octubre. La nueva redacción por ella elaborada fué propuesta a los Padres del concilio el 31 de octubre, y éstos volvieron a deliberar sobre ella en once congregaciones, desde el 2 hasta el 8 de noviembre. El texto definitivo quedó fijado el 9 y 10 del mismo mes (5).

Tuvo gran parte en este próspero resultado el cardenal Guisa, vuelto de Roma el 5 de noviembre (6). No le desalentó el haber fracasado sus esfuerzos en Venecia, de paso por esta ciudad, para mover a regresar a Trento a los embajadores franceses que allí se hallaban (7). El elogio que tributó al celo reformativo de Pío IV en la congregación general de 8 de noviembre, corres-

(1) V. Steinherz, III, 465-466; Susta, IV, 327 s.

(2) Cf. Susta, IV, 375.

(3) V. Theiner, II, 424.

(4) V. *ibid.*, 427 ss.

(5) V. Theiner, II, 429-462; Mendoza, 705 s.

(6) Cf. Paleotto en Theiner, II, 673; Pallavicini, 23, 6, 12.

(7) V. Baguenault de Puchesse, 370.

pondía a la favorable pintura del estado de Roma, que antes que él había trazado el austero arzobispo de Braga, vuelto asimismo de la Ciudad Eterna (1).

Una grave dificultad en la deliberación de la reforma general ofreció la petición presentada por la mayoría de los Padres, de que un capítulo especial estableciera la reforma del Sacro Colegio. Los demás Padres del concilio que se oponían a esto, eran de opinión que este punto se debía dejar al Papa. En la curia aquella demanda excitó, como fácilmente se deja entender, gran irritación. Ambos cardenales Farneses escribieron a Morone expresando el sentir de todo el Sacro Colegio, y le reprendieron vehementemente porque a las cargas y molestias de la curia y del Colegio Cardenalicio añadía la más dura reforma, al paso que quedaban exceptuados de ella los príncipes. Morone, que debía el cardenalato al Papa Farnese, contestó con libertad de ánimo, justificando la necesidad de su proceder y refutando los temores exagerados (2). La oposición de los influyentes Farneses acrecentó la desunión que reinaba en Trento sobre la manera como se había de decidir el asunto. Acertar con el justo medio entre ambos extremos era sumamente difícil. Finalmente Morone halló un expediente: incluyó la reforma de los cardenales en la de los obispos. Pues podía suponerse con razón que éstos evitarían una dureza excesiva en la decisión de su propia causa. Fuera de esto, con la proposición de ajuste de Morone se evitó todavía otro escollo: el que se originaran nuevas discusiones sobre la mutua posición del Papa y el concilio (3).

De la última congregación general de 10 de noviembre, a la cual se presentaron de nuevo todos los cánones y decretos, se excluyó a todos aquellos que no tenían derecho de votar; en las otras congregaciones generales habían sido admitidos los principales teólogos. Primeramente fueron propuestos los cánones y decretos acerca del sacramento del matrimonio. Antes de pasar a los decretos que atañían a la disciplina, se tomó la resolución de poner al fin de todos los decretos la cláusula: «siempre y en todo sin perjuicio de la autoridad de la Sede Apostólica.» Todas las

(1) V. Theiner, II, 440, 457; Pallavicini, 23, 7 y 9; Susta, IV, 367.

(2) V. Pallavicini, 23, 7; Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 171 s.

(3) V. la *Relazione sommaria* en la *Revista de Historia eclesiástica*, III, 657; Sägmüller, loc. cit., 174.

propuestas, aun la declaración del derecho de proposición, contenida en el capítulo XXI del decreto de reforma, fueron aceptadas casi unánimemente (1).

Después del feliz término de estos trabajos preparatorios, el 11 de noviembre de 1563 se pasó a celebrar la *sesión XXIV, octava bajo el pontificado de Pío IV* (2). Se hallaron presentes: los cuatro legados, los cardenales Guisa y Madruzzo, tres patriarcas, 25 arzobispos, 186 obispos, cinco abades, seis generales de Ordenes religiosas y 11 embajadores. Celebró la misa solemne un italiano, el obispo de Treviso, Cornaro, y tuvo el sermón un francés, el obispo de Arrás, Richardot. Al principio se propuso el capítulo doctrinal sobre el matrimonio con doce cánones, y el decreto de reforma sobre el mismo asunto, dividido en diez capítulos. El primero de estos capítulos declaraba nulos y de ningún valor los matrimonios clandestinos. Para contraer matrimonio válidamente se exigía la presencia del párroco o de otro sacerdote autorizado por el párroco o el ordinario, y de dos o tres testigos. Seguíanse en los demás capítulos, determinaciones sobre los impedimentos del matrimonio, muy diversamente limitados, sobre las penas contra los raptos, sobre los matrimonios de los vagabundos, ordenaciones contra el concubinato y contra los que perjudican la libertad en el contraer matrimonio, finalmente, prescripciones sobre el tiempo en que han de estar cerradas las velaciones. Mientras que un partido se oponía con vehemencia a cierto número de determinaciones, la mayoría de los Padres dió su asentimiento a estos decretos. Luego se hizo la propuesta del decreto de reforma, que comprendía XX capítulos. Contenía muy buenas prescripciones sobre la provisión de los obispados y la elección de los cardenales, sobre la celebración de sínodos provinciales y diocesanos, sobre la visita de las diócesis, sobre el ejercicio de la predicación, sobre el procedimiento judicial contra los obispos, sobre la ampliación de las facultades episcopales de dispensar, sobre la instrucción del pueblo acerca de los sacramentos y la santa misa, sobre la penitencia pública eclesiástica y el cargo de penitenciario, sobre la visita de las iglesias exentas, sobre el alcance jurídico de los títulos honoríficos, sobre las cualidades y

(1) V. Pallavicini, 24, 2.

(2) V. Theiner, II, 463-465; Paleotto, *ibid.*, 674 s., Raynald, 1563, n. 193-196; Pallavicini, 23, 8 s.; Beccadelli, Monumenti, II, 149; Susta, IV, 379 s.

obligaciones de los que habían de ser promovidos a las dignidades y canonicatos de las iglesias catedrales, sobre la unión de varias prebendas y el establecimiento de una ordenada junta de parroquias, sobre la entera conservación de los bienes beneficiales, sobre los beneficios en las catedrales e iglesias colegiales, sobre la administración de las diócesis durante la sede vacante, sobre la supresión de la acumulación de varios beneficios en *una sola* persona, cuando los deberes de los mismos obligan a la residencia, sobre la prohibición de las expectativas, provisiones, reservas y otras semejantes gracias tocantes a los beneficios vacantes, sobre la nueva provisión de parroquias vacantes y sobre el procedimiento judicial eclesiástico. A este decreto juntóse todavía otro especial que hacía las siguientes declaraciones sobre el derecho de proposición que tanto se había discutido: «Como el concilio desea que sus decretos no puedan para lo futuro ofrecer ninguna ocasión de duda, expone las palabras que se incluyeron en el decreto publicado en la primera sesión bajo el pontificado de Pío IV, es a saber: que el sínodo tratase *proponentibus legatis* sobre las materias que le parecieren apropiadas y convenientes para terminar las controversias religiosas, poner freno a las malas lenguas y corregir los abusos de las costumbres corrompidas, y declara que no ha sido su intención cambiar con las mencionadas palabras, la acostumbrada forma y manera como se han tratado los asuntos en los concilios generales, ni imponer con ellas a nadie un nuevo derecho, o quitar el que ya se tuviera» (1).

En la votación sobre el decreto de reforma, se dieron tantos votos particulares sobre los capítulos 3, 5 y 6, que después de la sesión se hubieron de nuevo de entregar éstos a la comisión formada para la redacción del decreto, y no pudieron publicarse hasta el 3 de diciembre, en la forma enmendada que se estableció desde el 12 hasta el 15 de noviembre (2). La sesión octava había comenzado a las nueve y media de la mañana y duró hasta las siete y media de la tarde.

(1) V. Pallavicini, 23, 10-12; Knöpfler en el *Léxico eclesiástico* de Friburgo, XI^a, 2109. También el conde de Luna había quedado al fin satisfecho con la declaración citada en el texto (v. la relación de los legados, de 8 de noviembre de 1563, en Susta, IV, 367). Pío IV había deseado mucho que se arreglase este asunto por un decreto conciliar y no por un breve (v. Pallavicini, 24, 2, 1). Sobre las facultades otorgadas a los obispos cf. Mergentheim, I, 84 s.

(2) V. Theiner, II, 475-476.

La próxima sesión se fijó con general asentimiento para el 9 de diciembre, con autorización de abreviar también este plazo; debía-se tratar en ella del capítulo todavía no despachado sobre la exención de los cabildos catedrales y sobre otras reformas aun pendientes. Pío IV aprobó todos los decretos de la sesión XXIV y dirigió cartas de acción de gracias a los que habían tenido en ella parte principal, espoleándolos al propio tiempo a la pronta terminación del concilio (1).

Los legados no necesitaban semejante exhortación. Apoyados en el deseo de Fernando I, de Maximiliano II, de los reyes de Portugal y Polonia, de la república de Venecia y de los otros gobiernos italianos, hicieron, a pesar de la resistencia de Luna, todo cuanto pudieron para facilitar una feliz terminación del concilio. Ante todos Morone intentaba este fin sin cuidarse de las hostilidades y calumnias (2). Halló también un expediente en la difícil cuestión de la exención de los cabildos catedrales. Grandes abusos eran aquí innegables; pero el interés de Felipe II porque se suprimieran, no estaba ajeno de todo provecho personal; quería limitar lo más posible el poder de los cabildos, sobre todo porque con esto se hubiera todavía acrecentado su influencia, que era ya muy grande por efecto de la real provisión de los obispados. A esto había de oponerse el Papa, y así él y los legados se interesaron por los cabildos. A causa de la dependencia de los obispos españoles, de su gobierno, era de temer que se dejaran dominar por la voluntad de Felipe II en una votación oral. Por eso los legados resolvieron hacer que esta vez se votara por escrito; de esta manera obtuvieron una notable mayoría en favor de los cabildos. Guisa medió hábilmente con los obispos españoles, los cuales se contentaron ahora con una mucho menor extensión de sus facultades (3).

El 13 de noviembre Morone llamó a los legados, a los cardenales Guisa y Madruzzo, así como a otros 25 prelados de diversas naciones, para una reunión, y les propuso la necesidad de terminar el concilio en la próxima sesión. También Guisa habló enérgica-

(1) Pallavicini, 24, 2.

(2) «Si a algún hombre, opina Ranke (Los Papas, I^a, 222), a él tiene que agradecer la Iglesia católica el feliz éxito del concilio.»

(3) V. la *Relazione sommaria* en la *Revista de Historia eclesiástica*, III, 657; Ranke, *Los Papas*, I^a, 224. Cf. también Mendoza, 705 s.; Sickel, *Concilio*, 636 s.; Pallavicini, 24, 4, 11.

mente en favor de la terminación, describiendo con vivos colores la peligrosa situación de Francia, y haciendo referencia al concilio nacional que allí amenazaba. Sólo los obispos de León y Lérida desearon que antes diera el rey de España su consentimiento. El arzobispo de Granada, al contrario, se decidió asimismo incondicionalmente por la conclusión. En favor de ella hablaban imperiosamente los peligros que resultaban de la posible muerte del Papa o del emperador, y los males ocasionados por efecto de la larga ausencia de los obispos, de sus diócesis. Se resolvió volver a discutir los decretos de reforma ya preparados. Tocante a la reforma de los príncipes se procedió con la mayor moderación, tanto más cuanto se necesitaba muy pronto el auxilio de las potencias seculares para poner en vigor los decretos. Por tanto se aceptó aquella redacción de la reforma de los príncipes, sobre la cual el Papa se había puesto de acuerdo con el emperador (1). En ella sólo se renovaban las prescripciones de los sínodos anteriores y los cánones; los anatemas fueron sustituidos por paternales exhortaciones. Respecto de las cuestiones dogmáticas que todavía restaban: la doctrina del purgatorio, de las indulgencias, de la invocación de los santos y la veneración de sus imágenes y reliquias, se debía recoger solamente lo que ya se había tratado y decretado en sínodos anteriores, para suprimir los abusos, pero se había de prescindir de discusiones. Dada la general fatiga, aun los embajadores de los príncipes estuvieron conformes con este proceder (2).

Los acuerdos tomados el 13 de noviembre los propuso Morone dos días después a la congregación general. Se deliberó primero sobre los XIV capítulos restantes del decreto de reforma. Como el último, tocante a la reformatión de los príncipes, había recibido una redacción muy suave y acomodaticia, también la reforma eclesiástica hubo de experimentar una mitigación (3).

(1) Susta, IV, 326 s.

(2) V. Paleotto en Theiner, II, 675 s.; Mendoza, 711 s.; Pallavicini, 24, 2, 3; Baguenault de Puchesse, 384; Susta, IV, 385 s.

(3) «De que la reforma de los laicos se dejase así sin continuar, juzga Sägmüller (Bulas de elección de Papa, 181), no puede hacerse ningún reproche a Pío IV. Antes bien reconocemos en ello su gran sabiduría y práctica inteligencia de todo el estado de aquel tiempo. El haberse efectuado después la reforma de la curia más blandamente de lo que muchos en parte deseaban de una manera enteramente indiscreta, no puede en modo alguno considerarse como tan gran falta. Pues en el pujante movimiento de renovación de la Igle-

Las deliberaciones sobre ella duraron desde el 15 hasta el 18 de noviembre. El 18 hízose la propuesta de otros seis capítulos de reforma (1). A éstos se agregó el 20 de noviembre un decreto sobre la reforma de los religiosos, sobre la cual se trató desde el 23 hasta el 25 de noviembre (2).

El 27 del mismo mes el embajador español protestó contra este procedimiento que corría tan velozmente hacia el fin. En vista de esto Morone convocó, el 28 de noviembre, de nuevo una reunión especial en su domicilio, y ésta se declaró otra vez unánimemente en favor de la terminación del concilio. Sólo el arzobispo de Granada exigió que quince días después de la sesión inmediata se celebrase todavía otra. La mayoría de los Padres no accedió a ello, sino acordó preparar también los asuntos dogmáticos mencionados para la sesión fijada para el 9 de diciembre (3).

El 16 de noviembre Hosio había comunicado a Commendone, que la esperanza de una feliz terminación del concilio nunca había sido tan grande como al presente. Que el cardenal Guisa apremiaba y amenazaba que si se prolongaban las negociaciones hasta Navidad, él con todos los obispos franceses se iría de Trento. Que asimismo instaban los embajadores del emperador y de los demás príncipes. Que si no sobrevenía algo inesperado, se alcanzaría en breve tiempo la conclusión deseada (4).

sia católica que sigue al concilio de Trento, Roma ha mantenido su posición directora también en esto. Y aunque en la reforma que se hizo de los laicos, no se llegó a un capítulo sobre la ingerencia de los príncipes en la elección de Papa, ni según eso a una prohibición expresa de la misma, ya se proveyó en este punto de otra manera, es a saber, por medio del § 26 de la bula «In eligendis» (de 9 de octubre de 1562).

(1) V. Theiner, II, 480 s.; Mendoza, 712 s.; Pallavicini, 24, 3.

(2) V. Theiner, II, 485 s.; Mendoza, 713 s.

(3) V. Paleotto en Theiner, II, 677 s.; Mendoza, 716; Pallavicini, 24, 4; Susta, IV, 415 s., 420 s.

(4) *Nunquam spe fuimus maiore celerius absolvendi concilii quam nunc. Urget Lotaringius cardinalis, ac si fuerit extractum ad natalem usque christianum, se cum suis omnibus Gallorum episcopis discessurum hinc minatur, nullus ut ex eis adfuturus sit. Quomodo concilii decretis erit subscribendum; quae res non mediocriter nobis calcar addidit ad festinandum, nam si prius Galli discederent quam esset concilium absolutum, dubitari posset num esset oecumenicum. Urgent autem hoc ipsum et Caes. M^{tie} oratores, quibus etiam alii non dissentiunt. Itaque nisi quid evenerit ex improvise, videmur iam optatum concilii finem esse brevi consequuturi, quem ut felicem et faustum ecclesiae suae Deus esse velit, supplex maiestatem eius imploro. Hosio a Commendone en carta fechada en Trento a 16 de noviembre de 1563, *Archivio Graziani de Città di Castello*.

Sin embargo, lo inesperado sobrevino. El 29 y 30 de noviembre, el representante de Felipe II, el conde de Luna, convocó en su casa a los obispos españoles y a los italianos de los Estados sometidos a España, para obtener por medio de ellos la continuación del sínodo. Pero sólo dos o tres de los presentes compartieron el parecer del conde (1). La última de estas reuniones había terminado a las siete de la tarde. Dos horas más tarde, llegó al domicilio de Luna un correo enviado desde Roma por el embajador español en aquella capital, Requesens, con la noticia de que el Papa estaba enfermo de peligro. Poco después, también Morone y Simonetta recibieron una carta del cardenal Borromeo, fechada el 27 de noviembre, sobre la grave enfermedad del Papa, acreditada por un dictamen adjunto de los médicos. Una posdata anunciaba el insistente deseo de Pío IV de que aceleraran con todo empeño la terminación del concilio (2). Era menester apresurarse; pues, por causa del mutuo litigio sobre el derecho a la elección de Papa, entre el concilio y los cardenales residentes en Roma, era de temer un cisma. De esto estaban convencidos no sólo los legados pontificios, sino también Guisa y Madruzzo (3). Por eso los legados llamaron a su casa en seguida a los embajadores y prelados más eminentes, para ponerles delante el peligro que amenazaba. Todos, a excepción del representante de Felipe II y algunos españoles, se declararon conformes con que se celebrara inmediatamente la última sesión del concilio; asimismo una reunión especial de prelados convocada el 2 de diciembre. El mismo día se celebró una congregación general, la cual preparó con gran prisa para la publicación toda la materia que estaba aún por tratarse. Por causa del gran número de los asuntos, la sesión había de durar dos días y celebrarse luego al punto el 3 y 4 de diciembre; asimismo se acordó expresamente que los legados solicitasen después la confirmación del Papa, en nombre de todo el sínodo (4). En la noche se recibieron más favorables noticias sobre el estado del

(1) V. Paleotto en Theiner, II, 678; Mendoza, 716; Pallavicini, 24, 4; Susta, IV, 424 s.

(2) V. Susta, IV, 431 s.

(3) Cf. la mirada retrospectiva que se da en la *carta de Hosio a Comendone, fechada en Trento a 7 de diciembre de 1563, *Archivio Grasiani de Città di Castello*.

(4) V. Paleotto en Theiner, II, 678 s.; Mendoza, 717; Pallavicini, 24, 4; Susta, IV, 434 s., 437 s.

Papa (1). A pesar de esto, perseveraron los legados y diputados en el acuerdo una vez tomado, y se trabajó todavía hasta medianoche para remover o allanar las últimas dificultades que se habían puesto contra varios decretos, parte por los embajadores, parte por algunos Padres (2).

Por la mañana del 3 de diciembre comenzó la *sesión XXV y última* del concilio, *nona bajo el pontificado de Pío IV* (3). Celebró la misa solemne el obispo de Sulmona, Zambeccaro, y tuvo el sermón Jerónimo Ragazzoni, obispo de Nazianzo y coadjutor de Famagusta. Al principio se leyeron los decretos sobre el purgatorio, la invocación de los santos, así como sobre la veneración de las reliquias y de las santas imágenes, y se aceptaron casi unánimemente. Lo propio aconteció en el decreto sobre la reforma de los religiosos; sus XXII capítulos contenían prescripciones sobre la observancia de las reglas monásticas, sobre la propiedad de los particulares y de la comunidad, sobre el número de los miembros de ésta, sobre la erección de monasterios, clausura de los de mujeres, elección de los superiores, visita de los monasterios exentos y no exentos, confesiones de las monjas, ejercicio de la cura de almas por clérigos regulares, arreglo de los litigios, procedimiento penal, profesión y novicios, libertad de entrar en religión, trato de los apóstatas y sobre las encomiendas. Tocante a éstas, algunos de los Padres querían que se suprimieran enteramente; con todo, Guisa lo había impedido ya en la congregación general.

(1) La suposición de que la enfermedad de Pío IV fué fingida o intencionadamente exagerada, es insostenible (v. Sägmüller, Bulas de elección de Papa, 177). A los testimonios ya impresos (cf. Sickel, Concilio, 643 s.; Corpo dipl. Portug., X, 154) agréganse todavía los datos del embajador de Mantua, Jacobo Tarreghetti, quien notifica en 1.º de diciembre: *Dopo che io scrissi l'altra mia a V. Ecc^a, N. S. è stato grandemente oppresso dal male, non senza grandissimo pericolo di vita, per quello si diceva pubblicamente, imperoche ad un tratto era tormentato dalla podagra et similmente dal catarro et anco dalla febre. Señala una mejoría la *relación de 4 de diciembre (cf. Susta, IV, 449 s., 454). Según una *carta de 8 de diciembre, el Papa estuvo este día libre de fiebre y volvió a conceder audiencias. *Archivo Gonzaga de Mantua*. También Serristori advierte en su *relación de 3 de diciembre de 1563, que al principio los médicos y todos habían tenido por perdido a Pío IV. *Archivo público de Florencia*.

(2) V. Pallavicini, 24, 5.

(3) V. Theiner, II, 502-514; Raynald, 1563, n. 209-217; Psalmaeus, 876 s.; Pallavicini, 24, 5-8; Baguenault de Puchesse, 391 s.; Knöpfler en el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, XP, 2111 s.; Susta, IV, 441 ss.

El decreto general de reforma comprendía luego los más diversos asuntos en XX capítulos. Apremiaba a que los obispos y aun los cardenales tuviesen parsimonia en sus gastos, los exhortaba a la circunspección en fulminar las excomuniones, daba ordenaciones sobre la profesión de fe que debían hacer los prelados y demás funcionarios eclesiásticos, y asimismo los profesores de las universidades católicas, sobre fundaciones de misas, sobre la visita de los cabildos exentos, supresión de las expectativas de los beneficios eclesiásticos, administración de los hospitales, derecho de patronato, resolución de litigios, arriendo de los bienes eclesiásticos, pago de diezmos, derechos de funerales, administración de los beneficios con cura de almas y castigo de los clérigos concubenarios. El capítulo XIX fulminaba la excomunión contra los que peleasen en duelo, sus padrinos y fautores, y prohibía la sepultura eclesiástica de los que murieran en duelo. Aun los que lo presenciaban, debían incurrir en la excomunión. Seguía en el capítulo XX una «grave exhortación a todos los príncipes a que conservaran y protegieran los derechos e inmunidades de la Iglesia». En este respecto se renovaron todos los anteriores cánones y constituciones, y los príncipes fueron exhortados a contribuir a que los obispos pudieran residir con dignidad y quietud. El capítulo XXI y último contenía la cláusula de que respecto de todos los acuerdos del concilio se debía considerar como salva e ilesa la autoridad de la sede apostólica. La aceptación del decreto de reforma se efectuó con maravillosa conformidad; sólo en los dos últimos capítulos se hicieron algunas observaciones. Después de haber durado la sesión desde las ocho de la mañana hasta cerca de las cinco de la tarde, se extendió al día siguiente, como ya se había acordado en la congregación general. Estuvieron presentes, fuera de los cuatro legados pontificios, dos cardenales, 25 arzobispos, 150 obispos, siete abades, siete generales de Órdenes religiosas y 11 embajadores.

Después de la sesión, una gran mayoría, a la que pertenecía también Guisa, mostró deseos de un decreto sobre las indulgencias. Morone se declaró en contra, pues temía un nuevo retardo de la terminación del concilio, y no menos una precipitación del asunto; pero al fin hubo de ceder al deseo general. Sobre la base de anteriores deliberaciones se compuso un decreto sobre las indulgencias aquella misma noche; en la madrugada del 4 de

diciembre fué propuesto a una congregación general, y aceptado a pesar de la nueva resistencia de Morone (1). Luego se dirigieron a la catedral; el arzobispo de Catania celebró la misa solemne. Después de ella se leyó primero el decreto sobre las indulgencias, el cual declaraba que las indulgencias eran saludables y que la Iglesia poseía la potestad de concederlas. A los abusos cometidos por los recaudadores del dinero que se daba para ganar indulgencias, se puso coto por una disposición que prohibía severísimamente en esto toda codicia. Sobre los demás abusos en materia de indulgencias que no se citaban nominalmente por su multiplicidad, los obispos debían deliberar en los sínodos provinciales y luego hacer relación de ellos al Papa para que éste los remediara. El siguiente decreto trataba de la observancia de los ayunos y días festivos, otro sobre la publicación del Índice, del catecismo, del breviario y del misal. Estos últimos negocios fueron remitidos al Papa. Después declaró el sínodo que del orden de precedencia esta vez observado entre los embajadores, no podía originarse ningún derecho para nadie, ni tampoco por el mismo menoscabarse los derechos de ninguno. Al fin se leyó un decreto sobre la observancia y aceptación de los decretos del concilio.

Después que estos decretos fueron aprobados, se procedió a una nueva lectura de todos los acuerdos de las anteriores sesiones. Finalmente se preguntó todavía a los Padres si estaban conformes con la clausura del concilio y con que el Papa confirmara sus decretos. Todos prestaron su asentimiento, sólo el arzobispo de Granada tuvo por superflua esta confirmación. Con las palabras «Id en paz» el primer presidente Morone declaró cerrado el concilio. Autorizaron los decretos con su firma 255 Padres: cuatro cardenales legados, dos cardenales, tres patriarcas, 25 arzobispos, 168 obispos, siete abades, 39 procuradores de ausentes y siete generales de Órdenes religiosas (2).

Cuando resonaron en la catedral de Trento las aclamaciones compuestas por el cardenal Guisa, al estilo de los antiguos sínodos, y anunciaron la terminación de la grande obra, muchos

(1) V. Theiner, II, 680.

(2) V. Pallavicini, 24, 8, 13. Cf. Theiner, II, 509-513. Respecto de las firmas v. Ehses en las Memorias de la Sociedad Görres, Relación anual de 1917, p. 50.

Padres del concilio no pudieron reprimir las lágrimas (1). La grandeza del momento los conmovió a todos y les hizo conjeturar que la mano de Dios había vuelto una hoja en la historia de su Iglesia.

II

A pesar de todos los estorbos exteriores e interiores, a pesar de todas las dilaciones y prórrogas, y de muchas humanas miserias que se mezclaron con las deliberaciones, el concilio había llevado al cabo un enorme trabajo de profunda y radical importancia (2).

A la verdad la unidad de la fe, por cuya causa se había al principio pedido tan urgentemente el concilio, no se restableció a pesar de todos los esfuerzos de Trento. No habían faltado invitaciones a los heterodoxos por parte del concilio. «Hemos—decía el predicador en la sesión de 4 de diciembre—escogido esta ciudad aquí a la entrada de Alemania, por decirlo así, en el umbral de su casa; no nos hemos querido servir de ningunas tropas de defensa, para quitarles toda sospecha; les hemos dado el salvoconducto que ellos mismos habían trazado; los hemos esperado largo tiempo sin cesar nunca de exhortarlos y rogarles que vinieran y conocieran la luz de la verdad.» Pero al fin la mano que se les alargaba, fué rechazada en la forma más áspera y esquivia. El último medio de llegar a una inteligencia había fracasado, el rompimiento estaba consumado. Había que familiarizarse con la idea de que la unidad de la familia de los pueblos cristianos, la más preciosa herencia de la edad media, se había roto para siempre y comenzaba una nueva época.

Pero por muy dolorosa que hubiera de ser esta perspectiva de lo por venir, con todo, la separación traía por otra parte la acla-

(1) V. Paleotto en Theiner, II, 680; Mendoza, 719.

(2) Cf. H. Swoboda, *El concilio de Trento, su escena, su curso y sus frutos*, Viena, 1912. Aquí E. Tomek (p. 53 ss.) ha considerado el concilio como jalón de la historia del dogma; J. Lehner (p. 67 ss.) demuestra sus relaciones con la Sagrada Eucaristía, F. M. Schindler (p. 79 ss.) el ideal de vida cristiana que hay en sus decretos; el editor avalúa (p. 87 ss.) el espíritu pastoral del sínodo, y F. Zehntbauer (p. 103 ss.) sus prescripciones canónicas. El escrito de P. Deslandres: *Le concile de Trente et la réforme du clergé catholique*, París, 1909, nada ofrece de nuevo. Sobre la medalla conmemorativa de Pío IV con motivo del concilio v. Bonanni, I, 275.

ración, tanto tiempo echada menos, de la situación religiosa. En adelante no podría ya ser dudoso lo que era católico y lo que no lo era; la confusión religiosa que, entre los católicos, había turbado tantas cabezas, entorpecido tanta energía, tuvo fin. «Esta es la fe de todos nosotros, ésta la persuasión unánime de todos, y en señal de la aquiescencia y aceptación todos suscribimos. Esta es la fe de San Pedro y de los apóstoles, ésta es la fe de los Padres y de todos los ortodoxos.» Así había exclamado el cardenal Guisa, después de la lectura de los decretos conciliares, en las aclamaciones de la sesión última. Y con la plena persuasión de que su asentimiento se extendería hasta los confines de la tierra y hasta el fin de los tiempos, y se renovaría siempre, todos los Padres habían contestado: «Así lo creemos, así lo sentimos, así lo firmamos». El error estaba juzgado; las antiguas creencias católicas habían obtenido una nueva y exacta expresión, sencilla en la forma, determinada en el fondo.

La «pureza del Evangelio» que los novadores llevaban siempre en la boca, forma también para el concilio el fundamento de sus explicaciones. Pero el «puro Evangelio» no debía, para los obispos congregados, desenterrarse de nuevo, después de un olvido de más de mil años; para ellos sólo se podía tratar de conservar la pureza de la antigua y nunca perdida doctrina de Cristo, suprimiendo los errores. El Evangelio tampoco es para ellos solamente el escrito por los apóstoles y evangelistas, sino el que fué predicado por Cristo y los apóstoles y se transmitió en la Iglesia aun fuera de la Escritura Sagrada. El primer error fundamental de los novadores, de que la Sagrada Escritura es la única fuente de la fe, fué con esto rechazado. Después que se hubo establecido qué libros son los que pertenecen a la Escritura Sagrada, se decidió contra el otro principio fundamental del protestantismo, la exigencia del libre examen, que no se podía permitir a nadie oponer su propio parecer al juicio de toda la Iglesia (1).

Así por tanto, luego en los primeros decretos dogmáticos, se había tocado la cuestión principal que dividía a los antiguos creyentes de los novadores; pues las diferencias que los separaban, no estaban sólo en los dogmas que se admitían o rechazaban, sino mucho más todavía en el motivo por el cual se admitían o recha-

(1) Sess. 4. Cf. nuestros datos del vol. XII, 208 s.

zaban los diversos dogmas, en la cuestión acerca de las fuentes de la fe y el punto de vista que respecto de ellas debía tomar cada cual.

No obstante, el concilio debía instruir a los fieles asimismo acerca de cada una de las doctrinas en que divergían los católicos y los protestantes, por lo menos acerca de las principales. También aquí se pusieron de nuevo los ojos en primer lugar en aquellos errores que forman el fundamento de los dogmas de los nuevos sistemas, la doctrina del pecado original y de la justificación. El asunto era de la más extrema importancia, no sólo para la fe, sino también para la vida cristiana. Debían seguirse las consecuencias del mayor alcance, si en la masa del pueblo se abrían camino doctrinas como aquella de que la voluntad humana no es libre y se halla en un estado enteramente pasivo en el negocio de la salvación, o de que las buenas obras no poseen valor alguno para ésta (1). Por otra parte, no era en manera alguna fácil dar expresión exacta y por todos conceptos satisfactoria, a los principios que estaban vivos en la conciencia religiosa de la Iglesia, sobre la manera de efectuarse la justificación. No había decisiones de concilios anteriores en las cuales hubiesen podido apoyarse; los antiguos teólogos apenas se habían expresado sobre la justificación (2), los escritos polémicos de los sabios católicos de la última

(1) El decreto del concilio de Trento sobre la justificación «había de obligar al agradecimiento, no sólo al teólogo que dirige las almas, sino también a todo el que tiene aún sentimiento de la libertad moral, y de los ideales de la dignidad humana». Swoboda, 91.

(2) In eo [artículo de peccato originali] habebamus et sancta concilia et multa sanctorum Patrum dicta.... At in articulo de iustificatione nihil tale habemus, sed primi sumus, qui isto modo materiam istam aggredimur. Pacheco en Merkle, I, 82; cf. el card. Cervini, *ibid.*, 81 y Ehses, II, 257; Pallavicini, 8, 2, 2; José Hefner, La historia del origen del decreto tridentino sobre la justificación, Paderborn, 1909; Esteban Ehses, Dos votos del concilio de Trento (Seripando y Salmerón), 1546; Isidoro Clario en la Revista trimestral romana, XXVII (1913), 20* ss., 129 ss.; Hefner, Votos (de Isidoro Clario) del concilio de Trento, Wurzburg, 1912 (cf. Ehses, *loc. cit.*, 25* s.). De la formación del decreto sobre el pecado original tratan Guill. Koch en la Revista trimestral de Tubinga, XCV (1913), 430 s. y F. Cavallera en el Bulletin de littérature ecclési., 1913, 241 ss.; de la del decreto sobre la reforma de la predicación, J. E. Rainer en la Revista de Teología católica, XXXIX (1915), 256 s. Sobre la falta de la cláusula acerca de la Inmaculada Concepción, en varias de las impresiones más antiguas del decreto, da por primera vez Ehses (V, XIV, nota 3) una sólida explicación; cf. también Cavallera en las Recherches de science relig., IV (1913), 270 ss.

época estaban en parte inficionados del error de una doble justicia. Así el concilio tenía que ocuparse en la cuestión más difícil de todas; con un intenso trabajo que llevó siete meses, la resolvió brillantemente y con entera satisfacción de todos los Padres congregados (1).

La doctrina de los sacramentos, por los cuales se alcanza, aumenta y recupera la justificación, forma el objeto de las definiciones dogmáticas de las sesiones siguientes, desde la VII hasta la XXIV inclusive. Con especial extensión está tratada la doctrina de la Eucaristía como sacramento, en la sesión XIII, y la que va a aquélla unida, sobre el santo sacrificio de la misa, en la sesión XXII. En la sesión VII, en que se trató de los sacramentos en general, del bautismo y confirmación, el concilio se contentó con rechazar en breves proposiciones los errores de los herejes. Con la siguiente decisión dogmática de la sesión XXII, se volvió al procedimiento comenzado en la sesión VI, de exponer primero la doctrina católica seguidamente indicando las razones, y después condenar los opuestos errores sólo en breves cánones. En las decisiones sobre los sacramentos, los Padres del concilio tuvieron la gran ventaja de que el asunto había sido ya discutido extensamente por los teólogos escolásticos. Donde las opiniones de los doctos no estaban conformes, se eludió o dejó libre la cuestión disputada, como todavía no madura para la decisión o sin importancia para la fe. La XXV y última sesión ofrece todavía algunos decretos en parte dogmáticos, sobre el purgatorio, la veneración de los santos, de sus reliquias e imágenes, y las indulgencias.

Sobre una muy importante doctrina combatida por los herejes, no se dió en Trento ninguna formal sentencia definitiva; era la doctrina sobre la preeminencia de la sede romana. Con todo, el concilio llama frecuentemente a la Iglesia romana, madre y maestra de todas las iglesias (2); ordenó que en la aceptación de los decretos conciliares en los particulares concilios provinciales, y en la toma de posesión de una dignidad eclesiástica, todos habían

(1) Cf. nuestros datos del vol. XII, 274 ss.

(2) *Si quis dixerit in ecclesia Romana, quae omnium ecclesiarum mater est et magistra, non esse veram de baptismi sacramento doctrinam: anathema sit.* Sess. 7, de bautismo, can. 3. Cf. Sess. 14, de extr. unctione, c. 3; sess. 25, de delectu ciborum; sess. 22, doctrina de sacrif. missae, c. 8. Cf. la *Professio fidei Tridentinae*.

de prometer verdadera obediencia al Papa (1). También determinó el concilio que sus decretos sólo tuviesen valer, sin perjuicio de los derechos de la sede romana (2); reconocía que el Papa, en virtud de su cargo, había de tener solicitud de toda la Iglesia (3), y que le incumbía cuidar de juntar un concilio general (4). Finalmente, el sínodo reconoció de hecho la preeminencia del Papa, sometiendo, en el último de sus decretos, los acuerdos tomados a la confirmación pontificia.

Por estos acuerdos se hacía suficiente oposición a la negación del primado pontificio por parte de los novadores. Mas las opiniones galicanas acerca del primado, principalmente la cuestión sobre si el Papa estaba sometido al concilio general, no se decidió expresamente en Trento. Dada la inseguridad de la situación religiosa en Francia, era de temer que la formal condenación de estas doctrinas, triste herencia del siglo xv, provocase un cisma (5).

Por lo demás, el concilio condenó las *principales* (6) doctrinas de los novadores. La antigua Iglesia denigrada y declarada muerta, había demostrado su fuerza vital de una manera brillante que produjo gran impresión. Si Lutero obtuvo grandes éxitos por su superioridad como escritor fácil y elegante, las deliberaciones y decretos de la asamblea eclesiástica de Trento mostraron una superioridad de otro género: la superioridad de una madura ciencia teológica, de una penetrante agudeza de

(1) Sess. 25, de ref., c. 2; cf. sess. 24, c. 12.

(2) Sess. 25, de ref., c. 21; cf. sess. 7, de ref., Prooem.

(3) *Sollicitudinem universae ecclesiae ex muneris sui officio debet.* Sess. 24, de ref., c. 1; cf. sess. 14, de poenit., c. 7: *Pontifices maximi pro suprema potestate sibi in ecclesia universa tradita causas aliquas... suo potuerunt peculiari iudicio reservare.*

(4) Las dificultades que podrían originarse en la aceptación o ejecución de los decretos del concilio, las removerá el Papa, como espera el sínodo, *vel etiam concilii generalis celebratione, si necessarium iudicaverit.* Sess. 25, Contin., *De recipiendis et observandis decretis concilii.*

(5) Más tarde, en los tiempos de Luis XIV y José II, tampoco se llegó a ninguna decisión conciliar contra el oscurecimiento del dogma en este punto. Por tanto, con gran daño de la Iglesia, pudieron seguir cun- diendo las ideas del tiempo del concilio de Basilea, y en el galicanismo, febronianismo y al fin todavía en la escuela de Döllinger, causar perturbación en la Iglesia.

(6) *Sancta synodus id potissimum curavit, ut praecipuos haereticorum nostri temporis errores damnaret.* Sess. 25, Contin., *De recip. et observ. decr.*

ingenio y profundo conocimiento de la conexión de la doctrina cristiana.

Los decretos de reforma del concilio no menos son un brillante testimonio del espíritu y fuerza de la antigua Iglesia. Se la había combatido por todos los medios, de palabra, por escrito y en imágenes, se la había presentado como reino del anticristo y sumidero de toda corrupción. Ahora la denigrada se volvía a levantar, y su mismo levantamiento ofrecía la prueba de que continuaba aún vigoroso en ella el espíritu de un Pablo y un Elías.

Los abusos que tan a menudo se habían echado en cara a la Iglesia, no se niegan ni se sobredoran en los decretos de reforma. Luego, la primera proposición del primer decreto de reforma concede paladinamente que la disciplina eclesiástica estaba muy decaída y corrompidas las costumbres del clero y del pueblo (1). Pero con una santa severidad y celo, que resplandece en cada decreto, y, por decirlo así, en cada cláusula, los Padres del concilio se levantan para poner coto a la corrupción y restablecer en todas partes la primitiva pureza. No les basta suprimir solamente los más graves abusos; con un idealismo que sólo es comprensible por la persuasión de que la verdadera Iglesia de Cristo dispone de una fuerza divina, que sólo necesita avivarse para hacerlo volver todo a su antiguo florecimiento, demandan obras de elevada perfección. No se acomodan al consejo de evitar por medio del matrimonio de los sacerdotes, por lo menos los más escandalosos excesos de los clérigos corrompidos (2). No temen traer a la memoria de los prelados aseglarados una prescripción de los primeros siglos de la Iglesia, según la cual deben ser sencillos y modestos los muebles y la mesa de un obispo (3); establecen como principio que sólo aquellos han de ser elevados al episcopado cuya vida anterior, desde los primeros años hasta la edad madura, ofrezca buen testimonio en el laudable ejercicio de los cargos eclesiásticos (4), que estén penetrados de que no son llamados a sus

(1) [Synodus] ad restituendam collapsam admodum ecclesiasticam disciplinam depravatosque in clero et populo christiano mores emendandos se accingere volens. Sess. 6, de ref., c. 1.

(2) Cf. sess. 24, can. 9.

(3) Sess. 25, c. 1. En las citas que ahora siguen, están siempre significados los decretos de reforma.

(4) Sess. 6, c. 1.

propias utilidades, ni a la riqueza ni al lujo, sino a trabajar y afanarse por la gloria de Dios (1). Estas exigencias se extienden asimismo a los cardenales (2).

Todo el plan de reforma de los Padres del concilio está cimentado en el convencimiento de que la Iglesia posee en su organización jerárquica la posibilidad y el instrumento de un rejuvenecimiento moral. Según su modo de concebir, los obispos son los llamados a realizar la reforma, de los cuales ha de proceder toda la nueva vida. Conforme a esto, los Padres comienzan la reforma por sí mismos, pues la integridad de los superiores es la salud de los súbditos, como lo dicen con una frase de San León Magno (3).

A la cabeza de las exhortaciones a los obispos hay una demanda, sobre cuya naturaleza y fundamento se levantó tan ardiente disputa; es a saber: que los prelados no pudieran morar lejos de su grey (4). Tan importante parece a los Padres del concilio la residencia de los obispos, que en la introducción a los decretos de reforma de la sesión VII, hablan directamente del comenzado negocio «de la residencia y de la reforma» (5), y hacia el fin del concilio todavía vuelven a la obligación de residencia de los obispos (6), como si de su negligencia procediera todo el daño de la Iglesia. Porque el pastor ha de morar entre su rebaño, por eso no puede reunir en su mano varios obispados, pues «se ha de llamar muy dichoso a quien ha sido dado regir bien y con fruto aun una sola iglesia» (7). El obispo ha de consagrar todas sus fuerzas a *una sola* diócesis, ha de edificarla con su solicitud por dar instrucción religiosa en la predicación, que es el principal deber de los obispos (8), con su constante visita pastoral (9), con el castigo de los culpados (10), y con el cuidado de tener un buen clero (11).

(1) Sess. 25, c. 1.

(2) Ibid. y sess. 24, c. 1.

(3) Sess. 6, c. 1.

(4) Sess. 6, c. 1.

(5) *inceptum residentiae et reformationis negotium*.

(6) Sess. 23, c. 1.

(7) Sess. 7, c. 2.

(8) Sess. 5, c. 2.

(9) Sess. 6, c. 7 s.; sess. 24, c. 3, etc.

(10) Sess. 13, c. 1 ss.

(11) Sess. 23, c. 18.

Mas por otra parte, el obispo ha de tener también la mayor libertad posible en la administración de su diócesis. En lo futuro, ningún privilegio ampara contra su potestad coercitiva al clérigo culpado (1), y ni siquiera un cabildo puede pretextar una exención contra su visita pastoral (2). En ésta tiene derecho de ordenar lo que le pareciere necesario (3); si en casos aislados no bastare su potestad como obispo, puede proceder en nombre del Papa como representante suyo (4). También se cuida de que los acusados no atenen las manos de la justicia con la apelación u otros ardides (5). De una manera especial se inculca al obispo el cuidado de los pobres y menesterosos (6), así como generalmente su gobierno ha de llevar el sello de la caridad (7). Cada año el obispo ha de juntar a su clero en el sínodo diocesano, para deliberar en común; el metropolitano cada tres años ha de celebrar un sínodo provincial (8).

Ante todo han de cuidar los obispos de formar un clero hábil y digno. Nada es en grado más alto, dice el concilio, una continua enseñanza para los demás, en la piedad y culto de Dios, que la vida y ejemplo de aquellos que se han consagrado al divino servicio. Todos dirigen a ellos los ojos, y se ajustan a su ejemplo. En su vestido, en su porte exterior y en sus palabras, los clérigos se han de mostrar llenos del espíritu de la religión, han de huir de los pecados leves, que en ellos son muy grandes (9), preceder al pueblo en la conducta, en la conversación, en la ciencia (10). Todos los domingos y días festivos los párrocos han de predicar, y especialmente deben tomar a pechos enseñar a la juventud la doctrina cristiana (11).

También a los pastores de almas se les encomienda instantemente la obligación de residir entre su grey (12). El obispo

(1) Sess. 6, c. 1.

(2) Sess. 6, c. 2.

(3) Sess. 24, c. 10.

(4) Sess. 6, c. 2, 3; sess. 7, c. 14; sess. 13, c. 5; sess. 14, c. 4, etc.

(5) Sess. 13, c. 1.

(6) Sess. 7, c. 15; sess. 22, c. 8.

(7) Sess. 13, c. 1.

(8) Sess. 24, c. 2.

(9) Sess. 22, c. 1.

(10) Sess. 14, Prooem.

(11) Sess. 24, c. 4.

(12) Sess. 6, c. 2; sess. 7, c. 3; sess. 23, c. 1.

puede suspender a los clérigos incapaces (1), los párrocos ignorantes han de recibir un coadjutor y los inmorales deben ser castigados (2). Una serie de disposiciones procura impedir que los indignos obtengan subrepticamente las sagradas órdenes (3); especialmente, nadie ha de lograr la ordenación o una prebenda, antes que haya sufrido un examen (4); ya para recibir las órdenes menores es necesario un certificado de conducta del párroco, y sólo gradualmente, después de largo examen y probación en los grados inferiores, se ha de ascender al sacerdocio (5). Todavía más importante que todas estas precauciones para alejar los elementos malos, era el decreto de que en toda diócesis donde no hubiese ninguna universidad, se erigiese un seminario, donde jóvenes capaces fueran educados desde la niñez para el servicio del santuario (6). Con esto se debía asegurar la formación de un clero de puras costumbres y buena instrucción científica.

Extensas prevenciones se toman también para corregir los graves desórdenes que había en lo tocante a las prebendas. En lo futuro quedan prohibidas las expectativas, regresos y accesos (7), y asimismo el conferir beneficios a menores (8), o canonicatos a los que no se hacen ordenar ni quieren ejercer su cargo (9). Con especial empeño procura el concilio asegurar la celebración de la santa misa contra todo abuso, introducido por codicia, irreverencia o superstición (10). Tampoco en otras materias se puede mencionar ningún abuso de aquellos tiempos de alguna importancia, al que no se pusiera remedio en lo posible. Se hallan prescripciones contra los obispos cortesanos (11), así como contra los clérigos mendicantes (12), contra el nepotismo (13) y los predicadores de indulgencias no autorizados (14), contra la extensión excesiva-

(1) Sess. 14, c. 3.

(2) Sess. 21, c. 6.

(3) Sess. 7, c. 11; sess. 14, c. 2; sess. 23, c. 16.

(4) Sess. 7, c. 13; sess. 23, c. 7.

(5) Sess. 23, c. 5, 14.

(6) Sess. 23, c. 18.

(7) Sess. 24, c. 19; sess. 25, c. 7.

(8) Sess. 23, c. 6.

(9) Sess. 24, c. 12; sess. 22, c. 1.

(10) Sess. 22, de observandis et evitandis in celebratione missae.

(11) Sess. 25, c. 17.

(12) Sess. 21, c. 2.

(13) Sess. 25, c. 1.

(14) Sess. 5, c. 2; sess. 21, c. 9.

mente grande o demasiado pequeña de las parroquias (1), contra los excesos en materia de música religiosa (2) y en el uso de las artes plásticas (3), contra las ingerencias de los patronos seculares de iglesias y los grandes señores en los asuntos eclesiásticos (4), y finalmente contra los religiosos que vaguean fuera de su monasterio (5). El concilio, en su sesión vigésimaquinta, se ocupa muy extensamente en levantar y hacer revivir el estado religioso en general.

Después de la reforma del clero, el concilio tiene especialmente en el corazón el cuidado de la familia cristiana (6). Una vez defendida en las decisiones dogmáticas sobre el matrimonio, su unidad, indisolubilidad y carácter religioso, los decretos de reforma procuran proteger su santidad y evitar escándalos, prohibiendo de nuevo los matrimonios clandestinos, facilitando el contraer matrimonio mediante la limitación de los impedimentos, recomendando a los párrocos cautela respecto de los aspirantes al matrimonio desconocidos y no domiciliados en ningún lugar, así como asegurando la libertad, principalmente de las mujeres, en los casamientos.

Después de haber sido trazadas para la Iglesia y la familia las líneas fundamentales de la renovación de su vida, sólo le queda al celo de reforma *un* terreno en que manifestarse: el político. No hay duda que había muchísimo que enmendar en las relaciones de los príncipes con la Iglesia, pues gran parte de los males que más a ésta oprimían, había nacido precisamente de que los funcionarios y potentados seculares introducían en los puestos eclesiásticos indignos protegidos, desviaban los bienes eclesiásticos de su fin primitivo, e influían en el gobierno de la Iglesia con-

(1) Sess. 21, c. 4-5.

(2) Sess. 22, de celebratione missae.

(3) Sess. 25, de invocatione sanctorum. Sobre esta prescripción se tratará más tarde de propósito, al hablar del arte en la época de la reforma católica.

(4) Sess. 22, c. 11; sess. 25, c. 9.

(5) Sess. 14, c. 11. «De esta manera se han tratado de algún modo en el concilio todas las actividades pastorales, desde las mecánicas hasta las más ideales, a varias de ellas se ha prestado atención muy detenida, muchas cosas han sido de nuevo ordenadas y siempre profundizadas.» Swoboda, 102.

(6) Sess. 24. Sobre el influjo del concilio de Trento en el desenvolvimiento de los registros parroquiales de bautismos y matrimonios (cuyo origen data ya de la edad media), cf. Sägmüller en la Revista trimestral de Tubinga, LXXXI (1899), 227 ss.

forme a sus planes egoístas. Pero la tentativa de hablar a la conciencia de los príncipes desencadenó en éstos una tempestad de enojos (1). El concilio no pudo hacer otra cosa que expresar con frases generales la confianza de que los príncipes cumplirían sus obligaciones como católicos y como puestos por Dios para ser protectores de la fe y de la Iglesia, así como renovar las antiguas leyes para la protección de la libertad eclesiástica y exhortar a los príncipes a su observancia (2).

Si el concilio hubiese tenido la suerte de atajar con tales exhortaciones el ulterior desenvolvimiento del absolutismo, acaso se hubiera podido ahorrar a la historia de Francia y con ella a la de Europa, la época de la revolución.

Los verdaderos éxitos felices del concilio de Trento se hallan en el terreno interno de la Iglesia. Tampoco aquí todos sus decretos lograron introducirse ni en todas partes, ni inmediatamente. La ley sobre los sínodos provinciales que se debían celebrar cada tres años, en ninguna parte se observó, si no fué por San Carlos Borromeo (3). En Alemania se vieron obligados por las circunstancias a permitir la reunión de varios obispados en las manos del hijo de un poderoso príncipe. La reforma de los cabildos catedrales quedó reducida, en muchos sitios, a un piadoso deseo, y aun el importante decreto sobre los seminarios clericales no se ejecutó en seguida en todas partes. Pero se suprimió toda una serie de abusos, y en muchos sitios al punto, y en otros poco a poco se dió principio a toda una serie de reformas. Obispos excelentes, en parte santos, como el de Milán, San Carlos Borromeo (m. 1584), el de Aleria en Córcega, San Alejandro Sauli (m. 1592), el de Lima, Santo Toribio de Mogrovejo (m. 1606) y San Francisco de Sales (m. 1622), procuraron realizar el ideal que del obispo había trazado el concilio tridentino. Los sínodos provinciales y diocesanos que en todo tiempo fueron tan importantes para la renovación del sentimiento religioso, volvieron a revivir más tarde, señaladamente en Francia. El concilio adquirió inapreciables méritos respecto de la elevación del estado eclesiástico secular. Si éste, en la nueva época, ocupa una posición mucho más estimada e influyente, al lado del clero regular, que en la

(1) Cf. nuestros datos de más arriba, p. 325.

(2) Sess. 25, c. 20.

(3) Celebró sínodos provinciales en los años 1565, 1569, 1573, 1576, 1579, 1582.

edad media, esto se ha de atribuir en muy gran parte a la mejor formación que le cupo en suerte cabalmente por razón de los decretos tridentinos.

Si abarcamos de conjunto todo lo dicho, apenas podremos apreciar bastante la importancia del concilio de Trento, especialmente para el interno desenvolvimiento de la Iglesia. Echó los fundamentos de una verdadera reforma y estableció de un modo comprensivo y sistemático la doctrina católica. Como límite y término en que habían de dividirse los espíritus, inauguró una nueva era en la Historia de la Iglesia católica.

APÉNDICE

**Documentos inéditos
y noticias de los archivos**

edad media, esto se ha de atribuir en muy gran parte a la mejor formación que le cupo en suerte cabalmente por razón de los decretos tridentinos.

Si abarcamos de conjunto todo lo dicho, apenas podremos apreciar bastante la importancia del concilio de Trento, especialmente para el interno desenvolvimiento de la Iglesia. Echó los fundamentos de una verdadera reforma y estableció de un modo comprensivo y sistemático la doctrina católica. Como límite y término en que habían de dividirse los espíritus, inauguró una nueva era en la Historia de la Iglesia católica.

APÉNDICE

**Documentos inéditos
y noticias de los archivos**

OBSERVACIÓN PRELIMINAR

Los documentos aquí reunidos se ordenan a confirmar y completar el texto de mi libro; pues no fué mi intento el ofrecer propiamente una colección de documentos. El lugar donde se halla cada uno de los que siguen, se ha indicado en cada número con la mayor precisión posible. Por no aumentar el volumen, he tenido que ser muy parco en notas aclaratorias. Por lo que al mismo texto se refiere, he conservado también ordinariamente la escritura que he hallado en los documentos y cartas, en su mayor parte originales; las variaciones hechas respecto a las letras mayúsculas y a la puntuación, no necesitan justificarse. Donde he intentado enmiendas, lo hago notar siempre; por el contrario, corrijo sin especial advertencia las pequeñas equivocaciones y evidentes errores de escritura. Las cosas que he añadido, están señaladas con paréntesis rectangulares [], y los pasajes dudosos e ininteligibles, con un signo de interrogación o «sic». Los lugares que al copiar estos documentos, o al prepararlos más tarde para la imprenta, se han omitido de intento, por no ser esenciales o necesarios para mi fin, van indicados con puntos suspensivos (. . .).

1. Las votaciones en el conclave de Pío IV,

desde el 9 de septiembre hasta el 16 de diciembre de 1559 ¹

El manuscrito de Munich Clm 152: Onuphrii Panvinii Veronensis fratris Eremitae Augustiniani De varia Romani Pontificis creatione liber 10, en las págs. 320^b-385 trae por orden las papeletas de las votaciones 1-68 en el conclave de Pío IV; cada votación cuenta unas 45 papeletas, y en cada papeleta se nombran, en el primer período del concla-

(1) Cf. arriba, pags. 37, 49 s., 51, 52 s., 53 s., 55 s.

ve, lo más tres ó cuatro cardenales, más tarde ordinariamente cinco o seis, a veces hasta siete y nueve. Imprimir todo este conjunto de nombres — 132 páginas en folio — sería inútil. Sobre la base del mismo, computar, respecto de cada cardenal, los números de votos que alguna vez recayeron sobre él, tampoco valdría el trabajo; precisamente todos los cardenales presentes son nombrados a veces por honor en algunas papeletas de votos; ni siquiera Carlos Carafa, Inocencio del Monte ni Simoncelli quedan de ello exceptuados. Por eso en lo que sigue, sólo por vía de ejemplo, ejecutaremos este cálculo respecto a las votaciones 1-3, 37-40, 66-68. En lo demás bastará dar primeramente un resumen de los 68 escrutinios, y en cada uno nombrar los cardenales que obtuvieron más de diez votos, o que por alguna otra causa merecen mencionarse; y en segundo lugar, respecto de los candidatos que más fueron nombrados, anotar en forma de tabla los números de votos de cada uno de los escrutinios.

I. RESUMEN DE LAS VOTACIONES 1-68

(A los números que indica Bondono en Merkle, II, 519, se les añade entre paréntesis rectangulares [] la letra B; por tanto, «Pacheco 11 [B 18]» significa: Pacheco obtuvo 11 votos según la lista de la votación, pero según Bondono, 18. Después de la fecha de la votación sigue con la letra Z el número de las papeletas citadas por Panvinio; por tanto, «Z 42» significa que Panvinio trae 42 papeletas para la respectiva votación.)

1. (Sábado, 9 de sept.; Z 42): Pacheco obtuvo 15 votos; Púteo 8; Dolera y Rebiba 7 cada uno; Lenoncourt, Carpi, Tournón 6; Scotti, Pisani, Reumano, Gonzaga, Du Bellay, Cr. dei Monte 5; D. Carafa 4; Ghislieri, Médicis, Sforza, Cueva, Este 3; Cesi, Madruzzo, Truchsess, Cicada, Armagnac 2; Ricci, Farnese, Capodiferro, Carafa 1.

2. (Lunes, 11 de sept.; Z 42): Cueva 17 [así también Guido en Merkle, II, 612; B 18]; Pacheco 12; Tournón 9; Gonzaga, Cicada, Púteo 5; Crispi, Carpi, Rebiba, Madruzzo, Lenoncourt 4; Saraceni, Farnese, Cesi, Este, Savelli, Scotti, Dolera 3; Dandino, Pisani, D. Carafa, Ghislieri, Du Bellay, Capodiferro, Sforza, Ricci, Médicis, Cr. del Monte, Truchsess 2; Reumano, A. Carafa, Cornaro, Vitelli, Corgna, Enrique de Portugal 1.

3. (Martes, 12 de sept.; Z 43): Pacheco 11 [B 18]; Púteo, Gonzaga, Cueva, Dolera 8; Tournón 7; D. Carafa 6; Ghislieri, Carpi, Saraceni, Truchsess, Pisani 5; Cesi, Ricci, Crispi, Rebiba, Scotti, Dandino 4; Médicis, Este, Farnese, Cicada, Corgna, Gaddi, Cornaro, Sforza 3; Du Bellay, Róvere, Cr. del Monte, Madruzzo, Savelli 2; Capodiferro, Reumano, Vitelli, Sermoneta, Carafa 1.

4. (Miércoles, 13 de sept.; Z 43): Lenoncourt 18 [B 18]; Pacheco 10; Dolera 8; Cueva 7; Cicada 6; Rebiba, Scotti 5.

5. (Jueves, 14 de sept.; Z 43): Enrique de Portugal 15 [B 15]; Púteo 8; Cueva, Saraceni, Dandino, Pacheco 7; Cicada 6; D. Carafa, Cornaro 5; C. Carafa 1.

6. (Viernes, 15 de sept.; Z 45): Pacheco 11 [B 12]; Púteo, Cr. del Monte 10; Dolera 7; Farnese, Cicada, Cueva 6; Truchsess, Scotti 5; Morone 1¹.

7. (Sábado, 16 de sept.; Z 45): Pacheco 13 [B 12]; Ghislieri 11, Púteo 10; Dolera, Rebiba 8; D. Carafa 7; Cueva, Dandino 5; Scotti 4; Morone 3.

8. (Lunes, 18 de sept.; Z 45): Carpi 14 [B 13]; Pacheco 11; Dolera 8; Rebiba, Scotti 7; Cicada, Cueva, Mercurio 5.

9. (Martes, 19 de sept.; Z 47): Pacheco 14; Carpi 12; D. Carafa 8 [B 14]; Dolera, Du Bellay, Rebiba 7; Ricci 6; Crispi, Dandino 5; Morone 2.

10. (Miércoles, 20 de sept.; Z 46): Carpi 13 [B 14]; Púteo, Tournón 11; Pacheco 9; Dolera 8; Truchsess, Cicada, Cueva 6; Morone 2.

11. (Viernes, 22 de sept.; Z 45): Pacheco 18 [B 18]; Tournón 15 y 5 accesos [así también B]; Dolera 7; Du Bellay, Armagnac 6; Farnese 5. — Los cinco cardenales que dieron estos accesos, fueron Du Bellay, Armagnac, Armagnac (¡así!), Crispi, Strozzi.

12. (Sábado, 23 de sept.; Z 44): Carpi 16 [B 16]; Pacheco 13; Cueva 11; Dolera, Truchsess, Ricci 7; Corgna 6.

13. (Lunes, 25 de sept.; Z 46): Cr. del Monte 13 [B 13]; Carpi, Pacheco, Tournón 11; Cueva, Dolera 10; D. Carafa 9.

14. (Martes, 26 de sept.; Z 45): Pacheco 22 [B 23; así también Vargas en Döllinger, Documentos, I, 226]²; Cueva 17; Truchsess, Crispi 9; D. Carafa 7.

15. (Miércoles, 27 de sept.; Z 46): Pacheco 20 [B 21]; Cueva 18 [B 18]; Saraceni 13; Dandino 10 [B 10]; Tournón 10; Cr. del Monte 7; Truchsess 5; Morone 2.

16. (Jueves, 28 de sept.; Z 45): Pacheco 17; Cueva 12 [B 18]; D. Carafa 12; Truchsess 9; Cr. del Monte 8; Crispi 7; Gonzaga, Púteo 4.

17. (Sábado, 30 de sept.; Z 45): Pacheco 18 [B 18]; Cueva 14; D. Carafa 9; Cr. del Monte 8; Du Bellay 7; Dolera, Rebiba 6; Morone 2.

18. (Lunes, 2 de oct.; Z 46): Pacheco 20 [B 20]; Cueva 16; Dolera 8; Du Bellay, Cr. del Monte 7.

19. (Martes, 3 de oct.; Z 45): Pacheco 19 [B 20]; Cueva 17; Crispi 12; D. Carafa, Rebiba 7; Inoc. del Monte 1.

20. (Jueves, 5 de oct.; Z 45): Pacheco 20 [B. 18]; Saraceni 16; Cueva 15; Scotti 11; D. Carafa 9; Dolera 7.

21. (Viernes, 6 de oct.; Z 45): Pacheco 19 [B 18]; Rebiba 17; Reumano 16; Cueva 15; Cr. del Monte 11; Corgna 6.

22. (Sábado, 7 de oct.; Z 46): Pacheco 20 [B 20]; Saraceni 19;

(1) Desde aquí en adelante Morone obtiene siempre por lo menos un voto. En los escrutinios 18-46 siempre hay una papeleta con los nombres de Cueva y Morone, y en los escrutinios 47-68 hay siempre otra con los nombres de Cueva, Morone y Pacheco.

(2) Parece haberse perdido una papeleta, pues en vez de 46, sólo hay citadas 45.

Cueva 13; Dolera, Du Bellay 8; Cicada 7; Corgna, Madruzzo 6; Capodiferro 5.

23. (Lunes, 9 de oct.; Z 45): Pacheco 21; Cueva 18; Truchsess 13; Corgna 7; Lorena 5.

24. (Martes, 10 de oct.; Z 45): Pacheco 18 [B 19]; Cueva 16; D. Carafa, Cicada 10; Truchsess 7; de Givry 1.

25. (Miércoles, 11 de oct.; Z 45): Pacheco 19 [B 18]; Cueva 15; Strozzi 10; Gaddi 9; Cicada 8; Farnese, Corgna 5; C. Carafa 4; Borbón, Vitelli 1.

26. (Jueves, 12 de oct.; Z 45): Pacheco 20 [B 21]; Ghislieri 20; Cueva 16; Cicada 11; Corgna 8; Dolera 7; Vitelli 1.

27. (Viernes, 13 de oct.; Z 44): Ran. Farnese 21 [B 22]¹; Pacheco 20; Cueva 14; Inoc. del Monte 2; de Givry, Carafa 1.

28. (Sábado, 14 de oct.; Z 44): Pacheco 21 [B 21]; Cueva 17; Púteo, Rebiba 9; Dolera 8; Inoc. del Monte 3; Morone 1. (Un nombre, de Mec, ininteligible.)

29. (Lunes, 16 de oct.; Z 44): Pacheco 21 [B 21]; Cueva 17; Gaddi 14; Cicada 8.

30. (Martes, 17 de oct.; Z 44): Savelli 22 [B 22]; Pacheco 18; Cueva 17; Du Bellay, Cr. del Monte 8; Corgna 6; C. y A. Carafa 1.

31. (Jueves, 19 de oct.; Z 46): Pacheco 19 [B 19]; Cueva 15; Cicada 10; Du Bellay 9; Capizuchi 8; Truchsess 7; Ricci 6; A. Carafa 1.

32. (Viernes, 20 de oct.; Z 44): Pacheco 21; Cueva 16; Crispi 13; Cr. del Monte 9; Dolera, D. Carafa, Cicada, Du Bellay 7.

33. (Sábado, 21 de oct.; Z 45): Pacheco 21 [B 21]; Cueva 17; Crispi 10; Cicada, Du Bellay 9; Borbón 1.

34. (Lunes, 23 de oct.; Z 48): Pacheco 22 [B 19]; Cueva 20; D. Carafa 15; Crispi 12; Simoncelli 1.

35. (Martes, 24 de oct.; Z 44): Pacheco 19 [B 18]; Cueva 15; Cicada 11; Crispi 10.

36. (Miércoles, 25 de oct.; Z 45): Pacheco 18; Cueva 16; Carafa 2.

37. (Jueves, 26 de oct.; Z 46): Pacheco 19; Cueva 17; Saraceni 11; D. Carafa 10; Cicada 9; Ghislieri, Dandino, Cr. del Monte, Madruzzo 7; Dolera, Crispi, Du Bellay, Bertrand 6; Truchsess, Gonzaga, Corgna, Pisani, Púteo, Tournón, Scotti, Ricci 5; Carpi, Lenoncourt, Rebiba, C. Guisa 4; Este, Mercurio 3; Cesi, A. Farnese, Capodiferro, Gaddi, A. Carafa, Savelli, Vitelli, Reumano, Médicis 2; Cornaro, Morone, Sermoneta, Sforza, Urbino, Ran. Farnese, Simoncelli 1.

38. (Viernes, 27 de oct.; Z. 46): Pacheco 20; Cueva 17; Saraceni 10; Crispi 9; Cicada, Du Bellay, Tournón 8; Gonzaga 7; Dolera, Capodiferro, Médicis, Corgna, Pisani, Reumano 6; Ghislieri, D. Carafa, Carpi, Dandino, Cr. del Monte, Mercurio, Púteo 5; Cesi, Este, Truchsess,

(1) Era este día el aniversario de la elección de Paulo III (v. nuestros datos del vol. XI, 37). Según el *Avviso di Roma de 14 de octubre de 1559 (Urb., 1039, p. 95, *Biblioteca Vatic.*), obtuvo Ran. Farnese 22 votos y 4 accesos.

Carafa, Madruzzo 4; Armagnac, Rebiba 3; Farnese, Lenoncourt, A. Carafa, Sforza, Scotti, Ricci, Vitelli, Guisa, Róvere 2; Morone, Savelli, Sermoneta, Bertrand, Ran. Farnese, «Mariae in Agro» (Mariae in Aquiro = Este [?]) 1.

39. (Lunes, 30 de oct.; Z 46): Pacheco 19; Cueva 18; Gonzaga 11; Cicada 10; D. Carafa 8; Carpi, Este, Du Bellay, Rebiba, Saraceni 7; Ghislieri, Tournón, Púteo, Crispi 6; Dolera, Dandino, Mercurio, Pisani 5; Capodiferro, Cr. del Monte, Madruzzo 4; Cesi, Médicis [Prisca], Corgna, Sermoneta, Ran. Farnese, Bertrand 3; Cornaro, Farnese, A. Carafa, Sforza, Ricci, Vitelli, Guisa 2; Truchsess, Gaddi, Lenoncourt, Lorena, Morone, Reumano, Savelli, Scotti, Strozzi, Róvere 1.

40. (Martes, 31 de oct.; Z 48): Pacheco 16; Cueva 15; Capizuchi 11; D. Carafa, Rebiba 10; Saraceni 9; Ghislieri, Carpi, Crispi, Cr. del Monte, Madruzzo 7; Gonzaga, Cicada, Mercurio, Scotti 6; Este, Médicis [Prisca], Púteo, Dandino, Pisani 5; Corgna, Savelli, Guisa 4; Cesi, Tournón, Dolera, Du Bellay, Farnese, Lenoncourt, Reumano, Ricci 3; Carafa, Capodiferro, A. Carafa, Strozzi, Ran. Farnese 2; Truchsess, Gaddi, Lorena, Morone, Sforza, Róvere, Monte, Bertrand 1.

41. (Viernes, 3 de nov.; Z 48): Pacheco, Cueva 17; Cr. del Monte 14; Saraceni 13; Du Bellay 10; Crispi, Dandino, Pisani 9.

42. (Sábado, 4 de nov.; Z 48): Cueva 16; Pacheco 15; Dandino 13; D. Carafa, Cicada 11; Rebiba 10; Crispi, A. Carafa 8; Corgna 6; Guisa 5.

43. (Lunes, 6 de nov.; Z 48): Cueva 18; Pacheco 17; Ghislieri, Gonzaga 10; Saraceni 9; Crispi 8; Ricci 6; Enrique de Portugal 5; Borbón, Inoc. del Monte, C. Carafa ¹ 1.

44. (Martes, 7 de nov.; Z ?²): Pacheco 17; Cueva 17; Saraceni, Cicada 11; Dolera, Ghislieri, Du Bellay 10.

45. (Jueves, 9 de nov.; Z 48): Pacheco 20; Cueva 18; Rebiba 12; Crispi 11; Reumano 9.

46. (Viernes, 10 de nov.; Z 48): Cueva 20; Pacheco 19; Róvere 12; Este 10; Cornaro 9; Borbón 1.

47. (Lunes, 13 de nov.; Z 48): Pacheco 19; Cueva, Du Bellay 15; D. Carafa 13; Rebiba 12; Gonzaga 10.

48. (Martes, 14 de nov.; Z 46): Pacheco 19; Cueva 17; Tournón 12; Cicada 11; Guisa 9; Saraceni 8.

49. (Miércoles, 15 de nov.; Z 48): Pacheco 20; Cueva 15; Rebiba 10.

50. (Jueves, 16 de nov.; Z 47): Pacheco 22; Cueva 15; Du Bellay 12; Carpi, Tournón 11; Carafa, Guisa 6.

51. (Viernes, 17 de nov.; Z 48): Pacheco 21; Cueva 13; Carpi,

(1) C. Carafa obtiene desde ahora algunos votos en cada votación.

(2) A causa de no estar clara la separación de líneas en el ms., no se puede decidir con seguridad.

Cicada 12; Tournón, Saraceni 11; Inoc. del Monte, Vitelli [S. Mariae in Porticu] 1.

52. (Lunes, 20 de nov.; Z 48): Pacheco 17; Cueva 14; D. Carafa, Carpi 12; Saraceni 12.

53. (Martes, 21 de nov.; Z 48): Saraceni 18; Pacheco 17; Cueva 14; Du Bellay 12; Cicada, Carpi 11.

54. (Jueves, 23 de nov.; Z 48): Pacheco 19; Cueva 18; Saraceni 15; D. Carafa, Cicada 12; Carpi, Tournón 11; Guisa 9.

55. (Viernes, 24 de nov.; Z 48): Pacheco 17; Saraceni 14; Cueva 13; Cicada 12; Tournón 10; Guisa 8.

56. (Lunes, 27 de nov.; Z 48): Pacheco 17; Cueva 15; Saraceni 13; Tournón 12; Du Bellay 11; Guisa 5.

57. (Martes, 28 de nov.; Z 48): Pacheco 19; Rebiba 14; Cueva, Tournón 12; Saraceni 11; Reumano 9; Guisa 6; Capizuchi 5; Borbón 1.

58. (Miércoles, 29 de nov.; Z 48): Pacheco 18; Cueva 13; D. Carafa 12; Tournón 11; Saraceni 10; Guisa 8.

59. (Viernes, 1.º de dic.; Z 48): Pacheco 18; Este 12; Cueva, Saraceni, Tournón 11; Gonzaga, D. Carafa 10; Guisa 7.

60. (Sábado, 2 de dic.; Z 46): Pacheco 17; Gonzaga 12; Este, Cicada 11; Cueva, Cr. del Monte, Saraceni, Tournón 10.

61. (Lunes, 4 de dic.; Z 47¹): Cueva 16; Pacheco 15; Este 12; Saraceni 12; Gonzaga 11; Cicada, Rebiba 10.

62. (Martes, 5 de dic.; Z 46): Pacheco 17; Cueva 16; Saraceni 13; Cesi 12; Tournón 11; Este, Du Bellay 10.

63. (Miércoles, 6 de dic.; Z 46): Pacheco 15; Cueva 14; Cr. del Monte 12; Este, Saraceni 11; Gonzaga, Rebiba 10.

64. (Sábado, 9 de dic.; Z 46): Pacheco, Cueva 18; Tournón, Saraceni 11.—En la papeleta 40 hay esta observación: Non erat appositum verbum [esto es, una palabra o sentencia, que se había de poner en la parte de afuera de la papeleta doblada, como señal], et ideo fuit disputatum an valeret, et fuit conclusum, quod aperiretur, et erat (Turnonius, Mantuanus, Ferrariensis).

65. (Lunes, 11 de dic.; Z 46): Pacheco 17; Cueva 15; Tournón, Cesi 13; Dolera 11; Rebiba 10.

66. (Miércoles, 13 de dic.; Z 46): Cueva 18; Pacheco 17; Cesi 10; Este, Rebiba 9; Carpi, Saraceni, Guisa 8; Cicada, Cr. del Monte, Corgna, Tournón 7; Ghislieri, D. Carafa, Truchsess, Du Bellay, Gonzaga 6; Dolera, Carafa, Pisani, Savelli, Capizuchi, Ran. Farnese 5; Armagnac, Crispi, Médicis, Róvere 4; A. Carafa, Scotti, Madruzzo 3; Cornaro, Mercurio, Morone, Púteo, Reumano 2; A. Farnese, Gaddi, Enrique de Portugal, Sermoneta, Sforza, Bertrand 1.

(1) Las papeletas 9 y 10 son enteramente iguales, y como se deduce de Bondono, que desde el 1.º hasta el 13 de diciembre, el conclave sólo contaba 46 asistentes, el escribiente debió de haber copiado dos veces la misma papeleta por descuido.

67. (Jueves, 14 de dic.; Z 45): Pacheco 18; Cueva, Saraceni 16; Tournón, Gonzaga, Cesi 10; Cicada, Cr. del Monte 9; Ghislieri, Este, Dolera 8; D. Carafa 7; Carpi, Rebiba 6; Pisani, Púteo, Guisa 5; C. y A. Carafa, Corgna, Reumano, Scotti, Róvere 4; Truchsess, Crispi, Gaddi, Mercurio, Madruzzo, Ricci 3; Sermoneta, Strozzi, Capizuchi, Ran. Farnese 2; Armagnac, Du Bellay, Médicis, Morone, Savelli, Simoncelli, de Givry, Vendôme, Vitelli 1.

68. (Sábado, 16 de dic.; Z 46): Pacheco 19; Cueva 17; Tournón, Saraceni 11; Cesi, Cicada 9; Carpi, Armagnac, Reumano 8; Púteo, Rebiba, Corgna, D. Carafa 7; Dolera, Truchsess, Gonzaga, Madruzzo 6; Este, Ghislieri, Crispi, Cr. del Monte, Mercurio, Guisa 5; Gaddi, Róvere, Pisani, Vitelli, Bertrand 3; A. Carafa, Strozzi, Sermoneta, Savelli 2; Du Bellay, Morone, Sforza, Scotti, Ricci, Ran. Farnese, Capizuchi, Simoncelli 1.

II. NÚMERO DE VOTOS DE LOS PRINCIPALES CANDIDATOS

(Respecto de Pacheco y Cueva v. el número I)

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17
Carpi	6	4	5	6	6	7	7	14	12	13	9	16	11	4	2	3	7
Cesi	2	3	4	3	4	5	4	1	2	5	3	2	1	2	3	5	5
Este	3	3	3	2	1	2	4	2	1	4	4	3	5	3	2	5	5
Ghislieri	3	2	5	2	3	4	11	3	4	5	5	4	4	1	1	2	1
Gonzaga	5	5	8	2	2	2	6	4	2	1	1	3	3	2	2	4	4
Médicis ^a	3	2	3	4	4	4	3	3	3	4	6	5	4	3	1	—	4
Pisani	5	2	5	4	3	3	6	1	1	2	4	6	1	2	4	4	5
Púteo	8	5	8	4	8	10	10	9	8	11	6	6	6	4	5	4	7
Reumano	5	1	1	4	2	3	5	4	2	3	3	—	2	1	—	1	2
Saraceni	—	3	5	2	7	4	3	6	6	4	3	4	2	—	13	6	4
Tournón	6	9	7	4	6	8	7	9	8	11	15	7	11	8	10	7	8

(1) En la papeleta 38, en un lugar dejado en blanco por el escribiente, ha sido interpolado por mano extraña un nombre ilegible (Lotharingus?).

(2) Los votos que se dieron en favor de «S. Prisca», han sido adjudicados al cardenal Médicis. Que el cardenal «S. Prisca» (a pesar de Massarelli, en Merkle, II, 339) no es otro que Médicis, no solamente lo atestigua Panvinio (*Nomina cardinalium viventium, quando Pius IV creatus est: Clm 152, p. 429^b, y en Merkle, II, 590; cf. Ciaconio, III, 736, 867, 868, 869), sino que se sigue también de la misma lista de escrutinios. En las votaciones 57-58, 60-63, se entregó una papeleta con los nombres: Portuensis, Albanensis, S. *Prisca*. En la votación 59 ya no aparece semejante papeleta, sino otra en vez de ella con los nombres: Portuensis, Albanensis, *Médici*. Cf. también las dos papeletas siguientes: la 21 de la votación 65, en que se lee: Praenestinus, Albanensis, Médici; y la 14 de la votación 66, en que hay escrito: Praenestinus, S. Prisca.

	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34
Carpi . . .	4	4	4	4	4	4	4	3	6	5	5	7	7	8	6	5	6
Cesi . . .	5	2	4	4	5	3	3	7	7	6	3	4	4	2	4	4	3
Este . . .	3	5	6	3	3	6	1	4	2	5	6	6	4	5	7	6	2
Ghislieri . .	3	3	1	3	7	7	2	3	20	5	5	4	2	1	1	5	4
Gonzaga . .	5	4	7	4	5	6	3	5	5	4	7	7	5	3	8	8	7
Médcis. . .	3	1	2	3	3	—	7	7	6	4	5	3	3	1	4	2	2
Pisani . . .	4	4	7	5	5	4	3	9	6	4	4	9	5	4	6	2	5
Púteo . . .	6	6	8	5	6	7	6	7	5	5	9	3	2	2	5	5	8
Reumano . .	1	2	—	16	1	—	2	3	2	2	3	2	2	2	4	2	2
Saraceni . .	6	2	16	4	19	4	6	8	4	3	3	2	—	6	7	6	7
Tournón . .	7	4	3	7	6	6	5	4	5	8	7	8	7	9	5	8	5

	35	36	37	38	39	40	41	42	43	44	45	46	47	48	49	50	51
Carpi . . .	5	4	4	5	7	7	7	5	4	6	5	5	8	8	9	11	12
Cesi . . .	3	2	2	4	3	3	3	7	7	7	4	5	5	6	4	5	3
Este . . .	8	7	3	4	7	5	8	7	7	3	5	10	7	6	9	5	8
Ghislieri . .	3	3	7	5	6	7	5	6	10	10	7	4	5	6	6	5	8
Gonzaga . .	5	7	5	7	11	6	5	7	10	5	5	9	10	8	7	8	7
Médcis. . .	4	3	2	6	3	5	2	4	5	4	5	4	5	4	3	6	4
Pisani . . .	5	5	5	6	5	5	9	5	4	4	2	4	6	5	3	3	4
Púteo . . .	4	6	5	5	6	5	8	8	6	7	7	8	8	4	7	6	6
Reumano . .	3	7	2	6	1	3	3	6	2	2	9	3	4	1	5	7	4
Saraceni . .	8	9	11	10	7	9	13	4	9	11	7	6	5	8	7	8	11
Tournón . .	7	7	5	8	6	3	4	9	6	8	6	9	8	12	5	11	11

	52	53	54	55	56	57	58	59	60	61	62	63	64	65	66	67	68
Carpi . . .	12	11	11	9	8	7	6	5	7	7	8	7	6	5	8	6	8
Cesi . . .	6	7	9	9	8	4	9	5	8	9	12	7	6	13	10	10	9
Este . . .	9	8	6	7	7	7	8	12	11	12	10	11	8	7	9	8	5
Ghislieri . .	6	6	8	6	5	5	4	7	8	6	6	7	7	6	6	8	5
Gonzaga . .	9	6	7	8	8	4	5	10	12	11	8	10	8	8	6	10	6
Médcis. . .	3	5	6	3	7	4	5	3	2	2	1	5	4	4	1	—	
Pisani . . .	2	7	8	4	6	6	8	6	4	4	5	3	3	3	5	5	3
Púteo . . .	8	5	5	5	3	4	4	5	5	5	2	4	5	5	2	5	7
Reumano . .	7	4	5	7	5	9	5	7	2	5	4	5	8	5	2	4	8
Saraceni . .	12	18	15	14	13	11	10	11	10	12	13	11	11	5	8	16	11
Tournón . .	8	6	11	10	12	12	11	11	10	8	11	9	11	13	7	10	11

2. Francisco de Guadagno al duque de Mantua

Roma, 20 de septiembre de 1559 ¹.

... Sabato andò in rotta una pratichetta di Medici, condotta da Farnese et Caraffa, ma ella non trovò buon piede, tanto più che si scoperse che volessen far senza il Camarlingo, che è tanto principale la dentro. Del s. card^{le} nostro speravano tuttavia meglio con il servitio de Francesi, i quali pareva che cominciassero a lasciarsi indurre a far bene. La domenica fu rinfrescata la pratica di Medici, et perche i Franzesi davan qualche intentione di conscendervi, era in bona spettatione. La notte sequente Ferrara cominciò a esser dietro alle sue pratiche gagliardamente et per tutto il giorno sequente non restò di tempestare, benchè ogn'homo conoscessi l'impossibilità. Farnese per paura la sera fece mezo segno di voler andare ad adorare Carpi per far risolvere Ferrara, ma essendo il numero de suoi complici tanto poco la cosa si risolvette in passeggiare fino alle quattro hore per capella. Hieri più che mai si attese a far pratiche per Carpi dalli adversarii di Ferrara et se egli non si risolvessi, la cosa potrebbe essere pericolosa. Questa occasione potrebbe servire per il s. card^{le} nostro, essendoci chi attende alle contramine in servizio di S. S. Ill^{ma}, et se si continua nel modo cominciò, fra poco si potrebbe sentir il scoppio dell' uno et dell' altro. Scrivendo questa mi è sopragionto aviso che la furia di Carpi è in gran parte cessata, ma non saria gran cosa che questa notte si rinfrescassi. Questo contrapeso fa molto per noi, per Medici et Puteo, ma se Ferrara si risolverà il nostro ne haverà meglio di tutti...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

3. Los despachos de Marco Antonio de Mula

Marco Antonio de Mula, llamado en la curia las más de las veces Amulio, sucedió a Mocénigo en el cargo de embajador en la corte pontificia, y a mediados de mayo de 1560 fué a Roma, donde se granjeó el especial favor de Pío IV, quien en 26 de febrero de 1561 le honró con la concesión de la sagrada púrpura. Por haber aceptado esta dignidad, estuvo Mula en continua desgracia de su gobierno. Sobre la vida de este varón, insigne por todos conceptos, que fué nombrado en 1565 prefecto de la Biblioteca Vaticana, y murió el 13 de marzo de 1570, además de las fuentes citadas arriba, p. 172, nota 3, cf. Mazzuchelli, I, 2, 651 s.; Mon. Slav. merid., VIII, 86, nota; Turba, Despachos, II, xxii s.; III, 168, nota 2; Merkle, Concil. Trid., II; Hilliger, 115 s., 122 s.; Liebmann, El país y pueblo alemán según varios informantes italianos del tiempo de

(1) Cf. arriba, p. 52.

la Reforma, Berlín, 1910, 57 s.; Lettere di Marcantonio da Mula a Gian Giorgio Trissino, publicadas por E. Piovene en 1878, en Vicenza. Algunas cartas de Mula pueden verse en Cicogna, *Iscriz.*, VI, 737 s. De sus papeles, que se conservan en el Cód. Vat. 3933, imprimióse en Venecia en 1846, en latín e italiano, el discurso que pronunció en 1560 ante Pío IV; hay asimismo una carta suya a P. Manucio en las *Mél. d'archéol.*, III, 276 s. Los despachos de Mula, expedidos desde la corte imperial, donde representó a su patria de 1552 a 1554, los ha editado Turba con gran perfección en el tomo segundo de sus *Despachos Venecianos*. Sobre ellos observa el mismo: «Mula es del número de los embajadores de Venecia en la corte imperial, que han estado dotados de más talento político. No es mero instrumento de repetición de sonidos, por el cual se oye hablar a otros, sino que está sobre los acontecimientos, situaciones y disposiciones de ánimo, de que da cuenta, penetra su interior conexión y los aprecia también en su importancia para lo por venir. Más que uno de sus predecesores antes nombrados, cae en la falta de innecesarias repeticiones, la que empero se ha de disculpar por el celo con que sirvió a su gobierno. A pesar de la prisa con que compone sus relaciones, el estilo y lenguaje de ellas son mucho más claros y hermosos que los de sus predecesores» (II, XL). Este juicio se puede aplicar también a los despachos de Mula cuando era embajador en Roma, los cuales fueron muy pronto copiados por su interesante contenido. Como se puede ver por la lista siguiente, se hallan ellos en casi todas las grandes colecciones de manuscritos de Europa.

Berlín, Biblioteca real: Inf. polit., VIII (relaciones desde el 18 de mayo hasta el 21 de sept. de 1560); Inf. polit., XIII (relaciones desde el 24 de sept. hasta el 28 de nov. de 1560); Inf. polit., XXXVII (relaciones desde fines de enero hasta el 25 de febr. de 1561).

Bolonia, Bibl. de la Universidad: Cod. 2469 (Bibl. de S. Salvador, 745). *Carpentrás*, Biblioteca: Cod. 543.

Innsbruck, Bibl. de la Universidad: Cod. 600 (relaciones desde el 18 de mayo hasta el 21 de sept. de 1560). El ms. tiene esta observación marginal: Cod. fuit Bibl. Mantuanae direptae post mortem ultimi ducis.

Londres, Museo Británico: Addit. 16534 (relaciones desde el 15 de junio hasta el 22 de julio de 1560).

Mantua, Bibl. Capilupi: Registro en 4 tomos.

París, Bibl. nacional; cf. Montfaucon, Bibl., I, 1093; Marsand, II, 104 s.

Roma: 1. *Archivo Boncompagni*: Cod. E, 2 (relaciones de 1560).

2. *Biblioteca Vatic.*: Urb., 1027 (relaciones desde el 18 de mayo de 1560 hasta el 8 de marzo de 1561); Urb., 1670, p. 79^b-90 (las relaciones sobre los Carafas); Barb., 5751 (LXII, 11): relaciones desde 1560 hasta el 8 de marzo de 1561; cf. Montfaucon, Bibl., I, 174.

3. *Archivo secreto pontificio*: Miscell., III, t. 24 (relaciones desde el 22 de mayo de 1560 hasta el 20 de marzo de 1561); Bolognetti, Cod. 22 y 23.

Venecia, Archivo público, Filza, XIII.

Viena, Bibl. palatina, 6759 (Fosc. 185), p. 319-425 (relaciones desde el 18 de mayo hasta el 21 de sept. de 1560).

Todos estos manuscritos, aun los del Archivo público de Venecia, son copias ¹ posteriores, en las cuales han sido alterados con frecuencia el texto y especialmente las fechas.

Dada la gran difusión de dichos manuscritos, no puede causar maravilla que pronto se valiese de las relaciones la investigación histórica. El primero que se aprovechó de ellas, fué el incansable Raynald, utilizándolas en sus Anales (1560, núm. 57) según un manuscrito del cardenal Spada. Más abundante uso hizo de ellas Pallavicini, después de haberse servido también de las mismas su adversario Sarpi. Ranke las ha utilizado según el manuscrito de Berlín (Príncipes y pueblos, I, 368; Los Papas ², I, 207, 211 y III, 50 *). Todavía mayor uso hicieron de ellas Reimann (Investigaciones para la historia de Alemania, tomo 5) y Voss (Negociaciones de Pío IV, etc., Leipzig, 1887). Es extraño que Sickel no se haya aprovechado de esta importante fuente, aunque le hubiese sido muy fácilmente accesible en el manuscrito de la Biblioteca palatina de Viena. Susta en cambio ha acudido a ella, y asimismo Ancel para la exposición de la caída de los Carafas. Prescindiendo de publicar las relaciones de Mula sobre el concilio, en vista de que ya existe la publicación de Ehses. Mula merecía una monografía, aun por sus méritos literarios.

4. El cardenal C. Carafa al duque de Paliano ³

Roma, 1.º de junio de 1560.

Illmo et eccmo sigre mio et fratello osservmo.

Mando con questa a V. E. copia delle lettere che il sigr Fabritio ha scritto ultimamente di corte, così a S. Stà come a me et al sigr Ferrante, e vedrà che forma di resolutione hanno pressa fino adesso le cose nostre; e a me pare che le parole del sigr Fabritio si devino molto ben considerare, et che da quelle si possa trarre certa speranza che, se bene S. Mtà non ha determinato sopra il fatto de la ricompensa, sia non di meno questo negocio per riuscire a tutta nostra sodisfattione, et tanto più quanto io ci vedo S. Stà, dalla quale ha da depender tutto questo fatto, dispositissima, come è stata sempre; si ch'io giudico che V. Eccza possa starne con l' animo riposato e sicuro, perche anco dal canto nostro non si mancherà di fare quanto sarà possibile.

Quanto al venir di V. Eccza qua, è tutto in arbitrio suo ³; ma quando

(1) Sólo se conservan en su original dos relaciones de Mula, la de 22 de mayo y la de 20 de agosto de 1560, las cuales se hallan en el *Archivo público de Venecia*, Filza, XII.

(2) Cf. arriba, p. 156.

(3) Subrayado en el original por mano posterior.

pure le paresse di aspettare l'arrivo del sig^{re} Fabritio, poi che non potrà tardare cinque o sei giorni più, per haver qualche chiarezza più delle cose, rimetto il tutto a lei, aspettando che mi faccia intendere quanto risolverà, et li baso le mani.

Di Roma il primo di giugno Lx.

Di V. Eccza

servitore

Sr Duca di Paliano.

Il cardinale Carafa.

Orig. Miscell., X, 197, p. 18 ss. *Archivo secreto pontificio*.

5. Consistorio de 7 de junio de 1560 ¹

Die veneris VII iunii fuit consistorium secretum in loco solito, a quo ex supradictis xxxix, qui erant Romae, abfuerunt Turnonus, de Carpo, Armeniacus, Augustanus, Messanensis, Puteus, Alexandrinus, Aracaeli, Bertrandus, Urbinas, de Monte, Cornelius et de Medicis.

Antequam papa descenderet ad consistorium, fuerunt vocati eius iussu revmus. dominus cardinalis Carafa nepos et revmus. dominus Alfonsus cardinalis Neapolis pronepos papae Pauli IV et missi ad arcem Sancti Angeli.

Descendit postea Sua Sanctitas ad consistorium et de ea actione rationem reddidit ceteris cardinalibus et terminavit consistorium.

Copia. Acta Camer., IX, 22b. *Archivo consistorial del Vaticano*.

6. Juan Bautista Ricasoli a Cosme I, duque de Florencia ²

Roma, 7 de junio de 1560.

... Questa mattina sendo tutti i cardinali in consistorio eccetto però Medici, fu chiamato da monsignore Aurelio Spina per parte di S. Santità il cardinale Carafa, il quale allegramente per la lumaca salì nelle stanze dove dà audienza S. B^{ne} la quale però non vi era, et io che vedendolo chiamare giudicai potesse essere quello che è stato, me le inviai dietro. Arrivato di sopra li fu detto dal maestro di camera che aspettasse, in quel mentre fu chiamato il cardinale di Napoli, et arrivato dal zio nelle prefate stanze, il signor Gabrio fattosi loro incontro disse all' uno et all' altro che gl' erano prigionieri di S. St^a et che haveva commissione di condurli all' ora in castello. Carafa senza smarrirsi rispose, questi sono i frutti delle mie buone opere, l' altro si smarrì, et non disse nulla. Intanto al Governatore et al Fiscale fu comandato che andassero a fare prigioniero il conte di Montorio, che si trovava alloggiato in casa di Carafa et dalli detti fu messo in un cocchio, et condotto in Castello, et nel medesimo tempo fu anco preso il vescovo di Civita di

(1) Cf. arriba, p. 157.

(2) Cf. arriba, p. 157.

Penne già governatore di Bologna. Io che mi trovai presente alla cattura di questi due Ill^{mi} ritornatomene in consistorio et dettolo a tre o quattro di quei signori in uno instante si vedde uno bisbiglio, et una trasfiguratione di volti difficile a essere scritta; infra i quali cardinale Vitelli ancora che li sia parso uno strano gioco, si sforzava con grandissima arte di dissimulare. Il cardinale di Ferrara quando io gli ne dissi, si turbò meravigliosamente con dirmi, è egli verol che cose sono queste! Intanto essendo già sonate le XIV hore S. St^a se ne venne in consistorio con sì buona cera, et si allegra quanto io l'habbia veduta altra volta; et maravigliandosene molti mostrai loro ch' essi havevano il torto, perchè S. B^{ne} era fuori di quel pensiero, che forse per il passato lo haveva tenuto talvolta occupato. Ai cardinali, o almeno alla maggior parte non è dubio nessuno che è parso strano parendo si spesseggi troppo, ma allo universale, per quanto già si comprende, ha soddisfatto questa risoluta attione di S. St^a meravigliosamente; et non è gran fatto poichè egli havevano senza mai fare piacere a nessuno offeso ogni huomo.

Orig. *Archivo público de Florencia*, Medic., 3280, p. 174.

7. Avviso di Roma de 8 de junio de 1560 ¹

...Et l'istesso giovedì vers' un' hora di notte venne qui il conte di Montorio per le poste di Galese molto pomposamente et andò alloggiar nel palazzo del card. Caraffa suo fratello, ove era anch' il card. di Napoli et v' era apparecchiato un bellissimo bancheto et vi fu anch' invitato il prince di Sulmona, il quale per alcuni negocii privati era già 3 di prima venut' in Roma. Stavano con molt'allegrezza, con tanti suoni, balli et comedie, andando poi bona parte di quella notte per Roma a sollazzo in cocchi con cortegiane cantando et sonando molt'allegramente; dicesi la causa dell'allegrezza esser stata per le buone nove che di Spagna l'haveva portato il sig^r Ferrante de Sanguini di S. M^{ia} Catholica, ciò è che quella deve al card. Caraffa 12^m scudi di pensione che l'haveva promesso in tempo di Paulo IV sopra l'arcivescovato di Toledo et le paghe scorse in tutto questo tempo et 8^m scudi di naturalezza et al duca di Paliano che fu dava tutto quell'era stato capitolato e promessoli in tempo di Paulo sudetto. Ma questa lor allegrezza durò pocho, imperho che la mattina seguente, che fu hieri, havendo S. St^a convocato il consistorio, ordinò che subito venend' il card^{le} Caraffa et Napoli a palazzo, dovessero venire a parlarli alla sua camera; il che fecero, ma volendovi andare et passand' appresso la via che va al corritorio del Castello, gli fu detto che d'ordine di S. St^a andasser' in Castello; et fu Caraffa il primo accompagnato del sig^r Gabrio Cerbellone nipote di S. St^a, et non si smarri punto, ma vedendo poi venir Napoli et intendendo l'ordine di Sua St^a, divenne più morto che vivo et vi andò ancora lui con alcuni loro più favoriti; et tutt' in un

(1) Cf. arriba, págs. 156, 185.

tempo mandò il Papa al palazzo del Carafa il barigello con tutti li sbirri per il conte di Montorio, il quale mostrò alla prima di voler fare un poco di resistentia, ma vedendosi poi circondato di tanta compagnia, si rese e montat' in cocchio andò in Castello: et era il cocchio del governatore il qual er' andat' in persona a levarlo. Fu poi inventorisato et sequestrato per il fisco tutto ciò che havevan in loro palazzi, et portato in palazzo del Papa il più importante. Et incontinente andò il barigello per tutto cercando la famiglia loro, della quale sonno poi stati presi circa 20 et alcuni fuggiti. Tra li presi sonno il conte d' Aliffa cognato del conte di Montorio, ch' è quello ch' amazzò la moglie sua sorella; poi Torquato Conte ch' era l' anima et governo del card^{le} Caraffa nelli suoi trionfi, poi Cesare Brancaccio, il sig^r Ferrante de Sanguini, Hieronimo Episcopo, il vescovo di Civita di Penna, Mattheo Stendardi, li quali tutti sonno stati li seguaci delli Caraffa et più favoriti. Si cercano ancora dell' altri, et si dice ch' il Papa ha detto chel haverà anch' il marchese di Montebello, si ben è a Napoli, a tal che li Caraffi stann' a mal partito; et così anch' il card^{le} di Monte, il quale si dice che ha la febre terzana, et pochi sonno che non si rallegrino della pregionia delli Caraffi, massime il populo romano già di loro tanto offeso. Dicesi ch' il cardⁱ di Napoli ha robbato alla morte di Paulo IV circa 18^m scudi; oltre li altri robbamenti di che haveranno da render conto, s' oppone morte di più persone, sforzamenti di donzelle et stupri horrendissimi che meritano ogni acerbissimo castigo. Dicesi che la signora donna Giovanna Aragona ha dato bonissima mancia a colui che portò la nuova di queste cose seguite. S' intese poi ch' andando quella mattina Sua St^a in concistoro, era in tanta colera che per camino non si ricordò di dare la beneditione ad alcuno: di che ogn' uno stava maravegliato, et in concistoro non ragionò quas' altro che dell' indignità di questi Caraffi e Monte, et di quanto scandalo eran' al mondo in questi tempi travagliosi che tutt' il mondo grida contra la St^a Sede Apostolica per li dishonorati suggietti ch' in quella sonno; et voltatosi poi alli suoi nipoti disse: Questo vi sia per essemplio et a tutti, et al rev^{mo} Santa Fiore camerlengo disse: Monsignore, adesso serà tempo de redintegrarvi di quello vi è stato tolto. Rispos' egli: Pater Sancte, io non desider' altro che quello veramente m' appartiene, et assai mi duole il mal d' altri. Soggiunse Sua St^a che nissun' haverebbe male che non l' havesse più che meritato; et si ragionò qualche poco poi del concilio, che tant' è sollicitato di Franza e Spagna; ma per commodità loro et d' Alemagna lo voriano a Bizansone; ma si crede che serà a Trento, perche li signori Venetiani non lo voriano nè a Bergamo nè a Vicenza, come ben havrebbe voluto S. St^a. Si dice ch' i presidenti del concilio saranno il Morone, Santa Croce, et Sua St^a dice tuttavia di voler alla fin d' agosto andar a Bologna. Di far cardinali non s' ha parlato per li disturbi ch' hanno dato le cose di Caraffi; pur non può tardare che non ne facci almanco 4....

8. Motu proprio del Papa Pio IV, relativo al proceso contra los Carafas ¹

Roma, 1.º de julio de 1560.

Pius papa III^a

Motu proprio etc. Cum ad aures nostras plurimorum fidedignorum relatione, non sine gravi animi nostri molestia, pervenerit, Ioannem Carafam, ducem Paliani et militem militie S^ti Michaelis, quam plura et varia crimina, etiam atrocita, perpetrasse et inter cetera quondam Marcellum Capicium eius nepotem seu alias consanguineum aut affinem, nullis prorsus precedentibus iuditiis, absque ullo processu et figura iudicii, absque etiam notario et sine aliqua penitus scriptura, temerario ausu et odio quo illum prosequabatur, questionibus et tormentis supposuisse ac demum quam pluribus vulneribus affectum crudeliter, etiam sepius per illum petita forsán sacramentali confessione et illi denegata, interfecisse, illiusque cadaver in latrinam deiecisse, multoque fimo superiniecto, ne facile detegi posset, cooperiri, et quondam Violantem uxorem suam, mulierem nobilem et in primis pudicam optimeque apud omnes opinionis et fame, ex ipso pregnantem in sexto vel septimo mense existentem, per eiusdem Violantis fratrem germanum et alium eius consanguineum vel affinem, ab ea prius quam in privato carcere per mensem et ultra detinuerat seu detineri fecerat, certis gemmis et iocalibus extortis, opprobriose strangulari mandasse et fecisse, ac dudum antea quendam curie burgi executorem, ob id quod quondam executionem sibi a iudice demandatam, ut ex officii necessitate tenebatur, fecisset, propriis manibus occidisse; necnon Carolum Carafam et Alfonsum Neapolitanos vulgariter nuncupatos S. R. E. diaconos cardinales, propriae salutis ac dignitatis prorsus immemores, in necem dictae Violantis eorum fratris et patrui respective uxoris ² conspirasse, illamque necari mandasse, suasisse vel alias sollicitasse et ob eorum mandata, suasionem vel sollicitationem huiusmodi illius necem subsequutam fuisse. Insuperque Carolum cardinalem antea quam plura homicidia et enormia et multipliciter qualificata, etiam mediante pecunia, propriis manibus commisisse et seu committi fecisse aut mandasse et, quod omnium deterius est, fel. rec. Paulum papam IV predecesorem nostrum nihil magis quam pacem inter christianos principes inire et conservare satagentem, utpote qui admodum ipsi Carolo cardinali credebat, sub diversis confictis pretextibus et exquisitis falsis coloribus ac mendaciis variisque dolis et machinationibus decepisse, sicque ad ineundum bellum, ex quo innumera homicidia, sacrilegia, incendia, stupra, rapine aliaque toti reipublice christiane incommoda et damna sequuta fuerunt, induxisse, et tam ipsum Carolum cardinalem quam dictum ducem Anto-

(1) Cf. arriba, p. 160.

(2) Ms.: uxorem.

nium Carafam ipsorum fratrem in stipendiis militum S. R. E. eundem Paulum predecessorem et Cameram Apostolicam in ingenti et notabili pecuniarum summa defraudasse, et ex hoc etiam almam Urbem nostram totumque statum ecclesiasticum maximo periculo ob militum carentiam et defectum supposuisse; eosdemque Carolum cardinalem et Ioannem ducem quam plura adulteria et stupra mulierum, que renitentes erant, viros, fratres et parentes minis terrendo et carcerari faciendo vel alias vim inferendo, commisisse, et sub clipeo iustitie multos innocentes pro eorum libito ultimo supplicio tradi, ad triremes transmitti aliisque penis affici iussisse et effecisse; ac eosdem dictumque etiam Alfonsum cardinalem in omnibus provinciis status ecclesiastici quam plurimas extorsiones fecisse illasque et earum incolas ac etiam Cameram Apostolicam respective expilasse et defraudasse ac fieri expilari et defraudari mandasse eundemque Alfonsum cardinalem, qui alias ex sibi commisso regentis Camere officio, de quo fideliter exercendo in manibus eiusdem predecessoris iuramentum prestiterat, omnia ad eandem Cameram Apostolicam pertinentia non minus diligenter quam fideliter custodire tenebatur, in obitu predicti Pauli predecessoris ex ipsius cubiculo valde magnam et notabilem pecuniarum summam, gemmas, argenta, vasa usibus etiam ecclesiasticis et divino cultui dicata aliaque preciosa ingentis valoris subtraxisse, et monitorio generali, sub certis censuris et penis, ut, si qui de bonis ad Cameram predictam spectantibus aliqua haberent, illa denunciarent et restituerent, in vim litterarum a nobis emanatarum edito et publicato, penitus spreto, censuras et penas in illo contentas damnabiliter incurrendo, minime restituere voluisse litterasque in forma brevis sub eiusdem Pauli predecessoris nomine, quibus illa sibi per eundem Paulum predecessorem donata esse contineri asserebatur, falso fabricari fecisse et seu fabricasse aut saltem in eisdem litteris falsitatem admisisse seu de ipsius mandato commissam fuisse, ipsosque cardinales et ducem alia etiam varia crimina et delicta, etiam falsitates et testium subornationem commisisse seu committi et patrari fecisse, suasisse vel mandasse. Nos, non valentes premissa, non solum ex assidua plurimorum relatione, sed etiam ex vehementi publica fama ac per modum quodammodo notorii ad nostram notitiam deducta, pro nostri officii debito non sine maximo totius orbis et Ecclesie scandalo conniventibus oculis pertransire, in primis predictos cardinales et ducem, de quorum fuga, si informationes de premissis coram notario recepte fuissent, maxime verendum erat, in arce nostra S^ti Angeli detrudi iussimus et deinde venerabili fratri Hieronimo episcopo Sagonensi alme Urbis nostre gubernatori et vicecamerario ut super premissis diligenter inquireret ac quoscunque, etiam episcopali dignitate fungentes, de premissis ac aliis eorundem ducis et cardinalium excessibus et delictis informatos examinaret, vive vocis oraculo commisimus et mandavimus; qui de mandato nostro huiusmodi super eis inquirere et quamplures etiam circa premissa complices examinare incepit et examinavit. Ne autem de viribus processus per

eum hactenus desuper habiti et imposterum habendi hesitari contingat, motu simili et ex certa scientia eidem Hieronimo gubernatori per presentes committimus et mandamus ut super premissis omnibus et singulis aliisque in processu deductis et deducendis contra supradictos cardinales et ducem ac omnes alios et singulos quoscumque etiam episcopali vel alia dignitate preditos in eodem processu relatos eadem auctoritate diligenter inquireret, personis cardinalium dumtaxat exceptis, quos non nisi cum assistentia nonnullorum ex venerabilibus fratribus nostris eiusdem S. R. E. cardinalibus, ad id per nos deputatorum seu deputandorum, examinari et quod contra eos repertum fuerit nobis, ut quid de eis statuendum sit deliberare possimus, per eundem gubernatorem referri volumus, in reliquis causam et causas huiusmodi cum omnibus et singulis earum incidentibus, dependentiis, emergentiis, annexis et connexis iuxta facultates suas ordinarias et stilum sue curie audiat, cognoscat et pro iusticia terminet atque decadat. Dantes ei potestatem et facultatem quoscumque etiam dicta episcopali dignitate insignitos citandi et quibus et quotiens opus fuerit inhibendi, et pro veritate comperienda quascunque personas, etiam ecclesiasticas et ut prefertur qualificatas, ad subiiciendum se examini etiam per censuras ecclesiasticas aliaque iuris et facti remedia opportuna, prout iuris fuerit, cogendi et compellendi et absque eo quod persone huiusmodi aliquam propterea irregularitatem incurrant, quam illas nullatenus incurrere volumus et declaramus, examinandi, et delinquentes quos culpabiles repperit presentes debitis penis etiam ultimi supplicii puniendi, absentes vero, etiam si dignitate episcopali prediti existant, habitis contra eos etiam extraiudicialiter iuditiis, arbitrio suo quantum sibi sufficere videbitur, constituto sibi presertim extraiudicialiter de illorum ab Urbe et Romana curia fuga et recessu vel alias ipsorum latitatione, etiam per edictum ad valvas sue curie et in acie Campiflore affigendum, ad comparandum coram eo personaliter et non per procuratorem seu excusatorem aliquem intra terminum per eum prefigendum, et se ab obiectis et obiciendis excessibus, criminibus et delictis expurgandum et excusandum, ac cum dilecto filio Alexandro Palanerio nostro Camere Apostolice procuratore fiscali iuri standum, sub excommunicationis maioris, suspensionis a divinis et ingressus ecclesie, privationis ecclesiarum et cathedralium, dignitatum et beneficiorum, pensionum annuarum et fructuum reservationum et officiorum ac feudorum et dominiorum utilium et temporalium aliorumque bonorum omnium confiscationis et corporalibus etiam ultimi supplicii et altiis etiam pecuniariis eius arbitrio imponendis penis, monendi et requirendi, et si non comparuerint seu etiam si comparuerint et se ab obiectis excessibus, criminibus et delictis legitime non expurgaverint, servatis quatuor terminis in similibus servari solitis, censuras et penas predictas incurrisse declarandi, aggravandi, reaggravandi, interdicendi et contra eos brachium seculare invocandi aliaque omnia et singula faciendi et exequendi in premissis et circa ea necessaria [sic] seu quomodolibet opportuna, non obstantibus constitu-

tionibus et ordinationibus apostolicis ac privilegiis, indultis, litteris apostolicis, dignitate ducali dicteque militie sancti Michaelis et illius militibus ac S. R. E. cardinalibus, etiam per capitula in proximo preterito conclavi, in quo nos ad summi apostolatus apicem assumpti fuimus, firmatis, concessis, confirmatis et innovatis, quibus omnibus, illorum tenores, etc., quoad premissa dumtaxat specialiter et expresse derogamus, stilo palatii ceterisque contrariis quibuscunque, statum et merita cause et causarum huiusmodi delinquentium nomina, cognomina, dignitates et numerum delictorum, species, qualitates et circumstantias ceterorumque premissorum ac aliorum forsitan necessario vel magis specificè exprimendorum tenores et compendia pro sufficienter expressis habentes.

[Manu Pontificis] Placet et ita motu proprio committimus et mandamus.

Presentetur. B. Amerinus Regens.

[Foris] Prima iulii 1560 Nicolaus de Matheis.

Prima iulii 1560 Hieronimo Sagonensi gubernatori.

Gubernatore — Romana excessuum pro Fisco; contra R^{mos} Cardinales Carafa et Neapolitanum ac ill^{mum} duces Paliani et alios. Die 1 iulii 1560.

Aloysius de Ruere notarius actuarius.

Orig. Miscell., X, 197, p. 492 ss. *Archivo secreto pontificio*.

9-10. Marco Antonio de Mula a Venecia ¹

Roma, 24 de agosto de 1560.

La materia dei Caraffi, trattata con tanta diligenza et sollicitudine, com' ho più volte scritto, è più a cuore a Sua Santità ch' ogni altra; et s' è giustificata la mano del marchese Alberto et suo sigillo da persone pratiche, et ogni dì mattina e sera si sono ridotti, et parve al cardinale della causa spagnuola di dire parole e molto libere al cardinale Caraffa, che saria meglio per lui, essendo hormai convinto com' è et non potendo fuggire la condannatione, rimettersi nella pura misericordia del pontefice, et non più stare sopra negative che non li giovano, ma mandare a chiamare due teologhi huomini da bene che l' inducessero a pensare all' anima sua et non più alle cose di questo mondo. Il che dalli altri cardinali, ch' erano presenti, fu in un certo modo ripreso, et il cardⁱ Caraffa con grand' impeto si dolse et esclamò, assai displorando la miseria sua et l' ingiustitia che diceva esserli fatta. Poi esso cardinale mandò a dire al pontefice ch' egli era stato huomo dal bel mondo et soldato et haveva fatto del male assai a' suoi dì, et se egli meritava perder la robba, la vita e l' honore, stimava più l' honore ch' ogn' altra cosa, et

(1). Cf. arriba, p. 163.

raccommandavasi humilmente a Sua S^{ta} dicendo che pativa e molto del vivere et non haveva più il modo; et Sua Santità gli mandò a rispondere che non haveva alcun male che lui medesimo non l'avesse procurato.

Copia. Biblioteca palatina de Viena, 6749, p. 402 s.

11. Marco Antonio de Mula a Venecia ¹

Roma, 26 de octubre de 1560.

Manderò il plico per Spagna ricevuto con le lettere di V. Sertà il 19, e non potei hieri haver l'audienza da S. S^{ta}, com'è l'ordinario, perche la mattina fu concistoro et ella suole sempre uscirne tardi et esser stanca, et mi fece sapere ch'io andassi questa mattina; e buono fu ch'io non andassi hieri, perche l'haverei ritrovata alquanto alterata, perche hieri mattina in principio del concistoro il card^{le} di Carpi si fece innanzi a S. S^{ta} e chiamati alcuni altri cardinali, le parlò in presenza sua a favore de' Caraffi domandando termine, dilationi et giustitia. Ond' il pontefice si alterò e chiamò tutti l'altri cardinali e fece ch' il card^l di Carpi replicò la sua istanza e poi cominciò a dire che sapeva che si negasse giustitia, termine, dilationi, e longamente riprese esso card^{le} di Carpi con parole pungenti.

Il card^{le} si scusava e replicava giustitia, onde il rumore fu assai grande, e però si fecero poche facende in concistoro, se non che furono spediti alcuni vescovati in Francia, e circa essi Caraffi si vanno formando le difese del cardinale e quelle del card^{le} di Napoli ancora non si sono date, et alcuni dicono che le oppositioni non sono così gravi come si diceva da prima, scusandosi il card^{le} in tutto sopra la volontà del papa suo zio...

Copia. Biblioteca palatina de Viena, 6749, p. 363.

12. Francisco Tonina al duque de Mantua ²

Roma, 22 de febrero de 1561.

...Il duca di Paliano per quanto si dice è ridotto a tanta miseria che non ha che magnare, et sono due o tre dì, che un' altro prigionato gli prestò 5 scudi, non havendo egli dove sovenirsi. Sono intrati in Roma questi dì secretamente soldati ben armati, ma nissuno sa a che effetto, et pare che chiedutane la causa da N. S. ci habbia sol detto, eh, non è niente, non di meno questi dì si sparse fama che era stata trovata una poliza, la qual fu portata a S. S^{ta} et in essa se gli dava aviso che gente armata dovea venire a forte de Nona et mentre che ciascuno stava occupato in quei bagordi del carnevale dovea andare a levare per forza il duca di Palliano de forte de Nona, per il che all' hora fu levato de là

(1) Cf. arriba, p. 167.

(2) Cf. arriba, págs. 169, 172.

et ridotto in Castello, et pare che dai birri siano stati detenuti et si trovino colpevoli di non so che, et de qui anco naschi la fretta che si fa di spedire la causa, tuttavia si vederà il fine...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

13. Consistorio de 3 de marzo de 1561 ¹

...Deinde vero Sua St^{as}, instante domino Alexandro Pallanterio procuratore fiscali, mandavit domino Hieronymo de Federicis episcopo Sagonensi, gubernatori Urbis, ut referret processum causae contra cardinalem Carafam; qui obediendo Suae Sanctitati retulit: duravitque relatio ab hora decima septima ad vigesimam quartam. Post quam quidem relationem Sua St^{as} pronuntiavit prout in cedula et terminavit consistorium.

Iulius card. Perusinus [camerarius].

Copia. Acta consist. Camer., IX, 38. *Archivo consistorial del Vaticano*.

14. Francisco Tonina al duque de Mantua ²

Roma, 5 de marzo de 1561.

...Il dì del concistoro il card^{le} Caraffa tanto si perse che non potea parlare, hora dicono essere stata intimata a tutti la morte, et che detto Card^{le} non parla ad alcuno, se non che urla a modo di animale. Il conte di Aliffa si voleva amazzare, ma gli hanno poste le guardie. Don Leonardo non si può aquietare, tuttavia vi sono seco li capucini confortatori. N. S. deve partire se no dimani o l'altro, almeno lunedì certo per Civita Vecchia, et la sera inanti si farà la essecutione. Il duca di Páliliano prega solo d'essere ispedito presto...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

15. El Papa Pio IV a Aníbal de Hohenems ³

Roma, 5 de marzo de 1561.

Breve con la siguiente posdata autógrafa del Papa: Voi non doveti instare che el Re vi mandi, anzi se vi vole mandar doveti far ogni cosa per excusarvi, se però questa letera vi trovasse in viaggio et che havesti comissioni importanti di Sua M^{ta} non vi levammo la facultà del [destruido] maravigliammo anchora che [laguna en el papel] habbiati scritto in quel modo in favore de Caraffa, attento che Sua M^{ta} ne ha scritto in una altera manera et con altri rispetti. Cacciate [via] Avanzino et non impedita la g[ra]tia de li Borromei et por[tate] ve bene.

Orig. *Archivo de Hohenems*.

(1) Cf. arriba, p. 176.

(2) Cf. arriba, p. 176.

(3) Cf. arriba, p. 123.

16. Marco Antonio de Mula a Venecia ¹

Roma, 7 de marzo de 1561.

Lunedì fu concistoro, il quale si ridusse la mattina a buon hora e durò fino a due hore di notte. Si lesse il processo del cardinal Caraffa e la causa fu trattata per il governadore, intendo, con molta veemenza; al quale il cardinal di Ferrara rispose come quello che sapeva il tutto in materia delle cose di Francia e della guerra fu ascoltato, e tutti i cardinali intercessero; ma non valse, perche il pontefice disse che voleva far giustitia, e pronuntiava la sentenza prout in cedula, dando al governatore una polizza bollata, e comandandoli che non la dovesse aprire fino ad altro ordine suo, e questa conteneva la sentenza; et il giorno seguente il governatore si ridusse col fiscale et i suoi giudici, et espedirono i laici, cioè il duca di Palliano, il conte di Alife suo cognato, il sig^r conte Leonardo di Cardine; ma non si sapeva come fosse l'espeditio loro; si dubitava male, per le parole che disse Sua Santità in concistoro, onde poi il mercore il sig^r Vargas si dolse con S. Stà che volesse mettere in si puoco conto le raccomandationi del serenissimo re cattolico, che intercedeva per li signori Caraffi, come scrissi che faceva per l'ultimo spaccio, e Sua Santità gli rispose che voleva far giustitia ad ogni modo, se ben fosse anco contro il re Filippo.

La notte poi del mercore medesimo ad hore quattro entrorno i barigelli in Castello et andati alle stanze del duca di Palliano, gli dissero che lo volevano menare a Civita Vecchia, et egli, vedutosi che lo volevano far morire, gli disse che non conveniva che procedessero con lui in tal modo, per che era pronto a morire, ma desiderava haver tanto tempo che potesse scrivere una lettera al suo figliuolo: e così gli portorno da scrivere e la copia mando qui inclusa.

Fornito di scrivere, prese in mano un crocefisso et una candela benedetta accesa e, doppo dette alcune orationi, andò alle stanze del conte di Alife suo cognato col crocefisso e la candela in mano e, salutato, disse: Fratello, andiamo di buona voglia, bisogna morire, anzi andare alla vita, esortandolo con tal sorte di parole che intendo che non si poteva dir le più belle nè le più christiane; e con lui andò alle stanze del sig^r Leonardo di Cardine, et essortato ancor lui con efficacia a morire volentieri et consolatolo, furono menati tutti e tre fuori di Castello in Torre di Nona, dove furono decapitati, morendo tutti christianissimamente.

Poi ritornati i barigelli in Castello ², che potevano essere le cinque hore di notte, andorno alle stanze del cardinal Caraffa, il quale non sapeva niente di questo fatto, e destatolo, perche dormiva, disse uno de' barigelli: Monsignore, piace a Dio et al papa che dobbiate morire adesso

(1) Cf. arriba, p. 179.

(2) Este dato es falso; el cardenal fué ejecutado el primero. V. la siguiente *relación de Tonina, núm. 17.

adesso, però disponetevi. Il cardinale interruppe e disse: Morire? replicando due volte questa parola con admiratione; et alcuni dicono che disse di più: Come deve morire uno che non è confessato nè convinto? Ma datemi da vestire, e fate almeno che mi possa confessare. Il barigello rispose: Se vi volete confessare, è qui un frate per questo, che vi attenderà; e contentandosi il cardinale che venisse, si finì di vestire sino al saio e domandando la cappa da cardinale e la berretta, dissero che havevano ordine di non gliela dare. Si lavò le mani, si confessò, disse l'ufficio della Madonna e i sette salmi, et, inginocchiatosi con le mani giunte, disse: Fate il vostro ufficio, e direte al governatore et al fiscale che gli perdoni; e così, messoli un laccio nuovo al collo per strangolarlo, si ruppe il laccio, et egli, levatosi in piedi, disse: Ah traditori, perchè mi stentate a questo modo? Poi tornatosi ad inginocchiare, gliene posero un altro, il quale anco si ruppe; ma egli non potendosi più levare et essendo ancor vivo, lo finirono con un lenzuolo del suo letto e lo portorno subito alla chiesa della Traspontina a seppellire, e potevano essere nove hore incirca.

La mattina poi per tempo furono posti i corpi degl' altri in Ponte con alquante torcie, il duca in un cataletto coperto di un panno di velluto colle armi de' Caraffi e quella della madre dalla parte destra; il conte dalla sinistra; il sigr don Leonardo [su] due tappeti in terra, con tanto concorso di popolo che ruppero fino il cataletto e gl' inciamporno addosso per la calca; e fu forza, quando gli volsero levar via, che potevano essere quindici hore, portare un altro cataletto: et erano tutti calpestati et infangati, perche piovette dal principio di questo fatto fino che furono seppelliti.

Il popolo minuto e grande biasimano il pontefice per troppo severo, massime nella morte del cardinale e nella sepoltura dei tre, havendoli fatti portare di Ponte con scuola della Misericordia fino a S. Giovanni decollato, dove portano ogni sorte di giustitiati; di dove i parenti gli hanno poi tolti e portati altrove a seppellire in secreto.

Copia. Miscell., III, 24, p. 493-497. *Archivo secreto pontificio*.

17. Francisco Tonina al duque de Mantua ¹

Roma, 8 de marzo de 1561.

... È finalmente finita questa tragedia Carafesca. Mercori alle cinque hore di notte andò il barigello Gasparino ² (come egli stesso ha narrato di bocca) primieramente al card^{le} Caraffa, il quale dormeva supino, et benchè già gli era stata notitiata la morte, come per la precedente mia scrissi a V. Ecc^a, non di meno non poteva pur crederlo, et

(1) C. arriba, págs. 179, 181.

(2) Gasparinus de Melis, nombrado barisellus in alma Urbe por breve de 20 de marzo de 1557. Min. brev., Arm. 42, t. XII, n. 95, *Archivo secreto pontificio*. Cf. Rodocanachi, St.-Ange, 167.

così entrato in camera, gli disse quello che era venuto a fare, il che era per far eseguire quel tanto che era di mente di N. S. in farlo morire, al che ci dice, che detto card^{le} rispose per dieci volte, io morire? adunque il Papa vuole che io muoia? Et finalmente chiarito che questa era l'ultima hora, et che se non attendeva a confessarsi et accomodare li casi suoi fra quel poco di tempo che ad esso bargello era stato statuito per fare l'esecuzione egli senz'altro aspettare haveria fatto eseguire la commissione sua, anchor che più volte replicasse, io che non ho confessato cosa alcuna, morire? si dispose poi a confessarsi, il che fatto, chiamò tutti gli astanti et li disse, siate testimoni, come io perdono al Papa, al Re di Spagna et al governadore et fiscale et altri nemici miei, poi postolo a sedere sopra una scragna li pose il carnefice il capestro al collo, et dopo haverlo fatto molto stentare lo finì pur al ultimo di strangolare. Andorno poi al duca di Palliano, qual condussero in Torre di Nona et nel discendere dalla prigione di Castel S^{to} Angelo, dimandò dove lo conducevano, et allora il bargello non gli volse dire che lo conducevano a far morire, ma sol gli disse che lo conduceva in Torre di Nona, et più oltre non sapea sin a quella hora. Al che detto duca rispose, che ben sapea che lo conducevano alla morte, che Christo glielo havea rivelato, et che di gratia gli lasciassero scrivere una lettera al figliolo. Così ridottosi nella camera dove sta prigione con sigurtà di non far fuga Giovanni da Nepi, interessato anch'egli in questo negotio, esso duca scrisse le due lettere che V. Ecc. vederà con questa alligate, l'una al figliolo, l'altra alla sorella, le quali sono veramente christiane, poi fu condotto a Torre di Nona, dove a lui et il conte di Aliffa et don Leonardo di Cardine fu troncata la testa. Morì il duca dispostissimo, eccetto che nell'istesso voler porre il capo sotto il ceppo o tagliuola, cominciò a dire, aiutatime de gratia tentatione, abrenuntio Satanae, et finalmente fu ispedito; il conte d'Aliffa si dice che ragionava anch'egli alcune parole christiane, pur era fuor di se. Don Leonardo di Cardine morì finalmente disposto. Delli corpi loro seguì questo. Il card^{le} fu portato nella chiesa Transpontina, il duca et il conte et D. Leonardo furono portati la mattina per tempo in Ponte, il duca in cadaletto piccolo et assai miserabile, ove giaceva con una veste di pelle in torno con due torze rosse, una per ciascun capo. il conte d'Aliffa et D. Leonardo erano coricati in terra su due miserabili tapeti, lunghi dui brazzi o circa, et poi tutti infangati et calpestrati dal numero delle genti che andavano a vedere. Il card^{le} è stato portato poi a seppellire alla Minerva, et si dice anco del duca, gli altri dui dicono che li parenti trattavano di condurgli a Napoli. Del card^{le} di Napoli si spera universalmente poco bene, ma di Pisa si tiene da tutti del sicuro pessimo fine. Di Monte non si sa quello ch'abbia a seguire, ma non se ne spera anco bene alcuno. Havea detto N. S. di voler andare a Civita Vecchia, ma sin qui non vi è segno alcuno...

18. Avviso di Roma de 8 de marzo de 1561 ¹

Di Roma li 8 marzo 1561. Lunedì si fece concistoro sopra le cose de Caraffi, che durò 8 hore di continove et passata un hora di notte si finì et vi fu letto un summario del processo di Caraffa dal governatore; et letto che fu, Sua S^{ta} diede la sententia et pronunciò prout in cedula contra Caraffa et fatto questo si levarono li rev^{mi} Carpi, Ferrara, Farnese, Crispo, Augusta et altri, et andavano da Sua S^{ta} supplicandolo a volere usare qualche misericordia verso il cardinale et non punirlo secondo li demeriti suoi, massime per esser del sacro collegio, che è grado più eccellente in christianità; alli quali Sua S^{ta} rispose che a tanti enormi delitti non si poteva trovar luoco di clementia et che a levare li scelerati fuor di quel collegio non ne poteva succedere se non honore. Et così la notte del mercordì circa a hore 6 fu mandato in Castello solo il barigello havendo seco il boia ad annuntiarli la morte così al duca di Paliano suo fratello et al conte d' Aliffe et a Lunardo di Cardine.

Il cardinale dormiva et svegliato dal barigello facendoli intendere c' haveva a morire rispose: io ho a morire, et replicatosi che sì, alzò la voce et disse: ò Re Philipppo, ò Papa Pio, et poco di poi havendo dimandato a vestire volendosi metter una veste et la baretta da cardinale, gli fu detto che non lo facesse et vestitosi dimandò il confessore et confessatosi disse i sette salmi et altre orationi passeggiando et alle volte ingenuocchiandosi et finite le orationi disse sitio chiedendo de l' acqua et beve, tenendo poi stretto et abbracciato un quadro di Nostra Donna, pregando che quello fusse poi dato a sua sorella et postosi di poi a sedere si voltò alli ministri della giustitia et disse, se da me non volete altro, fatte quello c' havete a far et fatte presto. Il laccio, col quale il boia gli stringeva la gola, si ruppe per maggior pena et fu necessario torne un altro col quale fu strangolato et fatto finir di morire et il corpo suo involto in uno linzuolo fu portato a sepolire in S. Maria Transpontina. Fu fatto poi intendere al duca di Paliano che ivi era venuto il barigello, et levatosi ringratiò Iddio poi che era giunto al fine delle sue miserie, poi dimandò del cardinale suo fratello et gli fu risposto che n' era bene et ne laudò et ringratiò Iddio; tolto poi in mano un crufisso s' inviò verso Torre di Nona, confortando sempre gli altri dui et facendo loro animo et bellissime parole fino a quel punto che misse il collo sul ceppo, onde tutti li circostanti lagrimavano et così furono tutti 3 decapitati et li corpi loro con le teste portati su la piazza di Ponte s. Angelo et furono posti vicino al Ponte verso Torre di Nona, quello del duca sopra uno cataletto con 2 torcie accese et quelli del conte d' Aliffe et di D. Lunardo di Cardine sopra la terra nuda presso a pie del cataletto, et poi portati tutti 3 a sepolire di quel modo et di quello

(1) Cf. arriba, págs. 179, 185.

luogo che si portano a sepolire i ladri et assassini che morono per giustizia con i sbirri dietro per scorta et questo è stato l' ultimo fin loro. Il Papa disse la matina seguente al card. Borromeo, chel caso di costoro haveva da essere de gran documento a lui et che quando egli facesse il quarto delle cose che essi havevano fatto, pregava Iddio che fusse fatto a lui come a loro. Questa notte passata a hora 5 fu cavato d' una sepoltura il card. Caraffa et accompagnato da 4 frati de quelli della Traspontina, ove era sepolto, fu portato alla Minerva. Hora vi sono li 3 cardinali pregioni, cioè Napoli, Monte et Pisa che di loro si ne fa malissimo giudicio, massime di Pisa che de lui si dubita più che delli altri.

Di Venetia alli 14 marzo 1561.

V. Stopio.

Al dorso: Al Ulrico Fuccari. Augusta.

Orig. Urb., 1039, págs. 258^b-259. *Biblioteca Vatic.*

19. Francisco Tonina al duque de Mantua ¹

Roma, 3 de diciembre de 1561.

...Di Franza non si ha da poi più altro, ma si crede che habbino poca voglia di concilio, li capi et nel generale. Per contrario la St^a di N. S. per ogni modo vuole ch' esso concilio si faccia, et da persona che lo può sapere, intendo che ha havuto a dire, facciamo pur il concilio et poi pensaremo alla esecutione, come che habbi in animo finito quello di provvedere poi per altra via alle heresie. Questa sera intorno a un hora di notte o circa con un pessimo aere, che si trovava, egli era sopra li corridori che vanno da palazzo a Castello, a lume di torze, ne pare che temi cosa alcuna, tanto è robusto in questa sua vecchiezza...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

20. Avviso di Roma de 6 de diciembre de 1561 ²

...Sua St^a parlò della riforma [nel concistoro di hieri] che pur li sta tuttavia nel core, dicendo che voleva esser lei la prima a porvi la mano, et massimamente nella corte, dove li pareva non esser ragionevole che il concistoro nè altri vi ponessero la mano, et che perhò voleva far una bulla sopra le cose della sede vacante, nel qual tempo si faceva cose assai che apportavano scandali; et disse di voler limitare l' autorità del camerlengo per quel tempo, non li parendo honesto che egli potesse liberar banditi o confinati in galea, nè far salvo condotti et far pagar debiti della Sede Apostolica senza il consenso di tutto il collegio; et de simil facultà che tiene et anche circa la Penitenziaria che la faceva alcune cose che non stanno bene; et disse che voleva che il conclave in sede vacante si dovesse far in Castello et che la elettione passasse per ballotatione et non per via de voti con pollize. Ma di questo ultimo non

(1) Cf. arriba, págs. 109, 255.

(2) Cf. arriba, p. 270.

fece ferma deliberatione, per che S. Stà manderà la bulla a tutti cardinali ad un per uno per poter dir il lor parere.... Sua Santità è stata per 2 o 3 di molto ristretta con li rev^{mi} Alessandrino et Trani sopra le cose della riforma; ma non s' intende che sia conclusa cosa veruna: ben si dubitava che dovesse uscire una bulla che ogniuno andasse alle parocchiiali et cure che hanno...

Il negocio della reformatione della Penitentiaria S. Stà ha rimessa la consideratione alli rev^{mi} San Clemente et Vitello con doi altri prelati, et la reformation del Datariato ha rimesso alli rev^{mi} Stà Fiore et S. Angelo.

Orig. Urb., 1039, p. 317^b. *Biblioteca Vatic.*

21. Avviso di Roma de 13 de dicembre de 1561 ¹

...Giovedì si fece la solita congregatione nanti il papa, nella quale si trattò la cosa della riforma et del concilio; ma fin qui non è determinato niente, perche a cardinali non è parso conveniente che tanti illust^{mi} et reverend^{mi} si riduchino sotto la custodia d' un solo castellano, ne gli è piaciuta la proposta della diminutione del vivere et riduzione a pane et acqua, se fra tanto tempo non s' accordassero a fare il papa nel castello di St^o Angelo, dicendo che sarebbe assai quando si riducessero a far vita de frati, e disse Sua Stà che non era bene che nissun cardinale tenesse più d' un cocchio et che in esso si potesse andare ad alcun atto publico nè tornare, ma sopra li loro muli et con le solite cavalcate; et furono fatti diversi altri ragionamenti et discorsi pur senza conclusione.

Orig. Urb., 1039, p. 325^b. *Biblioteca Vatic.*

22. Avviso di Roma de 20 de dicembre de 1561 ²

...Le bolle della riforma delli ecclesiastici et del conclave va[nno] intorno fra questi rev^{mi}, et già il rev^{mo} Carpi l' ha sottoscritta, cosa che si pensava non dovesse fare così facilmente; et Sua Stà l' ha data di sua man propria al rev^{mo} di Mantua suo zio, nella quale vuol S. Stà [ad] ogni modo che la creatione si facci con ballottatione a usanza di Venetia.

Orig. Urb., 1039, p. 319^b. *Biblioteca Vatic.*

23. Avviso di Roma de 10 de enero de 1562 ³

...Il giorno inanzi [lunedì passato vigilia della coronatione di S. Stà] Sua Santità fece comandare sotto pena della sua disgratia, che nissun cameriero andasse per Roma se non in habito ecclesiastico, et così tutti

(1) Cf. arriba, p. 270.

(2) Cf. arriba, p. 270.

(3) Cf. arriba, p. 270.

gli altri beneficiati in habito di prete; et la riforma della corte, Penitentiaria, Datariato et del conclave va tuttavia intorno et starà poco a publicarsi...

Orig. Urb., 1039, p. 330. *Biblioteca Vatic.*

24-34. Trabajos de reforma de Pío IV desde febrero hasta mayo de 1562 ¹

1. Avviso di Roma de 8 de febrero de 1562

El lunes expidió el Papa un motu proprio: todos los beneficiados in sacris deben ir en hábito talar (sottana di sotto il ginocchio) bajo pena de excomunióⁿ ².

Orig. Urb., 1039, p. 337. *Biblioteca Vatic.*

2. Francisco Tonina al duque de Mantua

Roma, 21 de febrero de 1562.

... È uscito un motu proprio, che tutti che hanno beneficii o pensioni o siano in sacris vadino in habito et tonsura, et perchè si trovano de coqui, de staferi et altri più vili persone servitori de card^{li} che hanno beneficii et pensioni, alcuni card^{li} hanno fatto ricorso a S. B^{ne} perchè questo editto si moderasse, et sopra questo è stata fatta congregatione, ma non solo N. S. non ha voluto moderar quello, ma hoggi ni è uscito un' altro che sotto l' istesse pene di escomunicatione, carceratione, pecuniarie ad arbitrio et della privatione de benefici, tutti habbino ubedito fra nove di, altrimenti si essequiranno le pene...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

3. Avviso di Roma de 7 de marzo de 1562

El jueves hubo congregación de los cardenales ante el Papa sobre la reforma de la Penitenciaria, cuya codicia ha de cercenarse, di che il card. S. Angelo [Ranuccio Farnese] si duole.

Orig. Urb., 1039, p. 343^b. *Biblioteca Vatic.*

4. Francisco Tonina al duque de Mantua

Roma, 2 de abril de 1562.

... Hieri è stata congregatione nella quale fu disputato assai, se li card^{li} che hanno pensioni o benefici in Spagna doveranno contribuire alla concessione fatta alla M^{ta} Cath^{ca} delle 60 galere, et fu concluso che non. Hoggi è stata congregatione sopra le cose della Penitentiaria, la quale S. St^a dimostra haver animo di ridurre a pochissima authorità, cosa che cede a molto danno del card^{le} S. Angelo, il qual pertanto dopo finita essa congregatione, nella quale sono intravenuti gli ufficiali principali di essa, si doleva et sbatteva assai, con alcuni altri card^{li}, pur

(1) Cf. arriba, p. 270, nota 2.

(2) Por efecto de la resistencia, la ejecución de esta disposición tuvo que diferirse hasta el próximo consistorio; v. Arco en Kassowitz, XVII, n. 17.

converrà che habbi pazienza, perchè è già un pezzo che S. B^{ne} ha questa voglia. Se dimani fa buon tempo (che questa sera è gran pioggia) S. Stà havea designato di andare all'acqua di Salone, cioè a vedere quest'acqua, la quale è un vaso di bonissima acqua, che si è in opera per condurla a Roma, et sarà bastevole, senza bere più di quella del fiume, ma non sono ancora in essere li vasi, et vi sono qualche differenze...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

5. Avviso di Roma de 25 de abril de 1562

El Papa celebra muchas congregaciones sobre la reforma, ma non conclude niente; especialmente sobre la Dataría y la Penitenciaria, che sono di grandissima importantia per gli offitii di Roma che sono fondate sopra l'intrate che si cavano dalle ispeditioni.

Orig. Urb., 1039, p. 358^b. *Biblioteca Vatic.*

6. Francisco Tonina al duque de Mantua

Roma, 2 de mayo de 1562.

... La Stà de N. S. è così entrata alla riforma di questi uffici di Roma, che altro non si sente che stridi de gli ufficiali di Penitenziaria et degli altri uffici, massime di Camera. Alla Penitenziaria si levano tutti le si in evidenti, che passino l'entrata di venti scudi et tutte le assoluzioni da delitti, et tante altre authorità che havea che dire il card^{le} S. Angelo, che gli levano d'entrata più de cinque mila scudi l'anno. Al Camerlengo levano quasi tutta l'authorità et massime quella che havea in sede vacante, grandissima, et in maniera passano le cose, che quelli che hanno comprati già gli uffici per cinque, sei et sette mila scudi, hor si dariano voluntieri per due et tre. Ogni cosa si riduce alla Dataria, in maniera che molti mormorano che S. B^{ne} tiri l'acqua tutta al suo molino...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

7. Francisco Tonina al duque de Mantua

Roma, 6 de mayo de 1562.

... Non si sente altro qui de presente che parlare di riforma, ha S. B^{ne} levato gli accessi, regressi et coadiutorie et le confidenze, sopra il che si ha da pubblicare una bolla rigorosissima. Quella della riforma della Penitenziaria non è stata ancora mandata in publico, perchè ancorchè nel concistorio di luni prossimo passato S. B^{ne} dicesse espressamente alli r^{mi} card^{li} Cueva, Morone, Cesis et S. Clemente che gli parlorono per gli ufficiali che voleva che fusse com'era stabilita, non di meno ottennero che si soprasedesse il publicarla per certo poco. Parlò non di meno S. B^{ne} in presenza d'ogniuno molto chiaro che non

voleva farsi altro, perchè gli dimandavano almeno qualche ricompensa et restoro della ruina che gli era delli ufficii loro...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

8. Avviso di Roma de 9 de mayo de 1562

Reforma de la Cancelaría. Supresión del vivae vocis oraculo per conto delle indulgentie, las cuales generalmente se han de conceder con parsimonia.

Orig. Urb., 1039, p. 362. *Biblioteca Vatic.*

9. Avviso di Roma de 16 de mayo de 1562

Ayer hubo congregación general de todos los cardenales. Se ha expedido una bula sobre la reforma de la Penitenciaria.

Orig. Urb., 1039, p. 363. *Biblioteca Vatic.*

10. Avviso di Roma de 23 de mayo de 1562

Imprimióse la bula sobre la reforma de la Penitenciaria.

Orig. Urb., 1039, p. 366. *Biblioteca Vatic.*

35. Francisco Tonina al duque de Mantua ¹

Roma, 22 de abril de 1564.

... Si ragiona assai per corte che detto rmo Borrromei sia dato tutto al spirito, et quasi a una vita theatina, della quale dubitando N. S., si dice anco che l' ha fatto eshortare a lasciar la pratica stretta che teneva de essi Theatini et a loro, che sotto pene non vi pratichino...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

36. Francisco Tonina al duque de Mantua ²

Roma, 29 de abril de 1564.

... Qui si ragiona che N. S. tiene molto dispiacere della stretta pratica che il rmo Borrromei ha tuttavia con questi Theatini, li quali dicono che S. St^a dice che mirano alle intrate et beni, più che alla santità che di fuori mostrano et che con destro modo ha fatto sapere ad esso illmo Borrromei quanto sarebbe il desiderio suo in ciò, con eshortarlo ad attendere alli negocii et carico che ha per non dar occasione a S. B^{ne} di far altra provisión come seria necessario per il cumulo de negoci di questa St^a Sede...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) Cf. arriba, p. 135.

(2) Cf. arriba, p. 135.

37. Francisco Tonina al duque de Mantua ¹

Roma, 12 de agosto de 1564.

... Di questo medico di S. B^{ne} ditenuto variamente si ragiona, et ancora che da molti sia detto che sia pur suspitione di veneno, laonde si dice che viene anco fatto processo con il card^{le} di Napoli, non di meno la cosa va tanto secreta che non si ne può penetrare di certezza il vero. S. B^{ne} si trova ancora a S. Apostolo, palazzo del s^r card^{le} Borromei in vita acquistato dal s. ill. Antonio Colona, et nel quale adesso si lavora in fabrica di molta spesa et va S. B^{ne} ad alto per sopra certi ponti che non sono anco molto sicuri et dove tuttavia cascano pietre et altre cose da muri...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

38. Onofre Panvinio biógrafo del Papa Pío IV

Pío IV es del número de aquellos Papas a quienes no ha cabido en suerte una extensa biografía. No fué ningún notable personaje, que atrajese a un biógrafo. Además, el último período del concilio de Trento, que coincidió con su pontificado, llamó más sobre sí la atención que lo que sucedía en Roma. Los breves esbozos biográficos de Pío IV, que O. Panvinio añadió a la colección de las Vidas de los demás Papas, son de una peculiar condición. Acerca de ellos ha levantado el velo un investigador no alemán, que también en otros respectos ha hecho una labor meritísima por lo que se refiere a la historia de Pío IV: J. Susta, con su valiosa monografía, publicada en lengua checa el año 1900, con el título: *Pius IV pred pontifikátem a na počátku pontifikátu* (Pío IV antes de su pontificado y a los principios del mismo). Acerca de este trabajo dió a la luz pública una ingeniosa disertación J. Goll en el «Correo de la tarde» de Viena, 1902, Suplemento, núm. 21, sobre la cual llamó la atención la «Revista Hist., LXXXIX, 330. A pesar de esto, los resultados de las investigaciones de Susta han pasado enteramente inadvertidos a los doctos. Tampoco los conoce Merkle, que en el tomo II de su gran obra documentada *Concilium Tridentinum*, dedica un tratado muy circunstanciado a la vida y a los escritos de Panvinio, en cuanto tienen relación con los Papas y con claves de durante el concilio. Con la penetración de ingenio que le es propia, somete Susta en el apéndice II, p. 159 ss., a un examen crítico la *Vita Pii IV* de Panvinio, en su edición de 1568, utilizada hasta ahora como fuente principal, junto con las Relaciones venecianas. En su investigación llega al sorprendente resultado de que Panvinio en modo alguno es para Pío IV el fiador muy seguro, cual creía poder considerarlo todavía Müller (*Conclave de Pío IV*, 228, nota 242). Lo que asenté en la presente obra respecto de la Vida del Papa Carafa, al tratar de las fuentes y trabajos

(1) Cf. arriba, pág. 110.

sobre la historia de Paulo IV (vol. XIV, 415), es a saber, que nuestro historiador se dejó influir en su narración por la disposición de ánimo que en cada tiempo reinaba en la curia, y por las relaciones con su favorecedor, el cardenal Alejandro Farnese, muéstrase en alto grado en la Vida de Pío IV.

La primera redacción de la Vita Pii IV de Panvinio apareció en 1562, como apéndice a la nueva impresión de Platina, que dispuso el editor de Colonia Materno Colino¹. Este brevísimo esbozo (páginas 340-342), germen de las posteriores biografías, llega hasta fines de 1561. El conjunto es bastante incoloro, y por su brevedad induce a veces a error. Así, por ejemplo, según esta narración, se ha de creer que el cardenal Médicis residió en Roma durante todo el pontificado de Paulo IV. Aunque no falta el acostumbrado elogio en el que nunca fueron pocos los escritores humanistas, con todo, el conjunto está muy lejos de ser un panegírico. Según todas las apariencias, esto se sintió mucho en la corte pontificia. Debió sobre todo causar extrañeza que se pasase en silencio una cosa tan conocida y de que tanto se había hablado, como el origen florentino de los Médicis milaneses. Para lo demás que faltaba, podía alegarse como disculpa la prisa con que se compuso este trabajo. Pero aquella omisión era una punzada para el encumbrado a la suprema altura. Lo que indujo a Panvinio a su proceder, no es difícil establecerlo. Él, que había tenido trato con el nuevo Papa cuando éste era cardenal, después de la elevación del mismo a la suprema dignidad, se vió defraudado en sus grandes esperanzas². Susta sospecha (p. 161), no sin fundamento, que también el trato de Panvinio con el cardenal Alejandro Farnese, que tenía tirantez de relaciones con Pío IV, influyó para predisponerle contra Pío IV. A los cortesanos ni tampoco sin duda al mismo Pío IV, no podía ser indiferente el proceder de Panvinio, pues un escritor tan leído y expedito ejercía gran influencia en la opinión pública. Tomóse la resolución de ganárselo. Panvinio obtuvo un cargo en la Biblioteca Vaticana, con un sueldo mensual de 10 ducados, y además un presente pecuniario de otros 500³. Publicó ahora tan pronto como pudo, una nueva Vita Pii IV. Para su trabajo recibió del Papa mismo oralmente una justificación de la sentencia de muerte contra los Carafas⁴. Pero fuera de esto, los que rodeaban al Papa, le dieron aún algunas instrucciones, en las cuales se le prescribía una serie de enmiendas para el retoque de su Vita. Como prueba de que Panvinio accedió con la mayor complacencia a estos deseos, remite Susta, aunque sólo muy brevemente, al Cód. Vatic. 6775 y al Cód. X-122 del *Archivio segreto pontificio* (Emendanda, addenda vel demenda sine ulla

(1) Cf. sobre él Schrörs en los Anales de la Sociedad de Historia sobre el Rin inferior, LXXXV, Colonia, 1908, 150 s.

(2) Los doscientos escudos de que Pío IV hizo presente a Panvinio (v. Perini, O. Panvinio, Roma, 1899, 24, 219), evidentemente no le bastaron.

(3) V. Perini, 219; Merkle, II, cxxvi.

(4) Cf. arriba, p. 184.

contradictione et si oportuerit meis sumptibus in vita Pii IV papae). Dada la importancia que tiene este asunto para inquirir la independencia de Panvinio, creemos que no será superfluo poner aquí literalmente, a lo menos una de estas instrucciones. Hállase en el Cód. Vatic. lat. 6775, parte 2.^a, p. 155-166^b, y es como sigue:

*Populari statu—Honorifico*¹ potius, si Iovio credimus in vita Leonis X.

Pater Pii IV. Sequendo ordinem naturae et temporum et personarum, videtur prius facienda mentio avi, deinde patris, postea filiorum; et antequam nomen Pii IV exprimeretur, nuncupandus esset simpliciter Ioannes Angelus; deinde gradatim prout eius aucta est dignitas, immutandum nomen prothonotarii et archiepiscopi.

Medices—potius Medicus.

Marignani—vulgare nimis et etiam depravatum; nam Melegnanum dicitur vulgo. Latinior vox esset Melenianum.

Paschae—Paschatis potius, licet alii contra.

Paroeciae—cum a dictione graeca πάροχος descendat, dicendum potius Parochia; licet Budaeus contra.

Hic commemorandum videtur illud praesagium flammae lambentis crines pueri dum noctu cum nutrice cubaret.

Iuri operam—prius philosophiae ac medicinae.

Consecutus est.—Deinde in patriam reversus in iurisperitorum collegium cooptatus, aliquandiu forensi actioni inservivit², cum assiduis bellis³ exagitata patria pacate in ea degere non posset.

Publicis muneribus deinde affinitate.—Hic quoque servandus ordo videretur, ut primo recenserentur munera, magistratus, provinciae quas ei delegavit Paulus III et quae singillatim enumerantur in praefatione; deinde collatio archiepiscopatus, affinitas, cardinalatus.

Praefuit Asculanis—contracte nimis; ideo aliquanto latius explicanda, praesertim ubi aliquid insigne edidit.

Alter marchio—hic addenda dictio quae indicet esse illum de quo supra.

Inique—hoc nimis aggravat factum Caesarianorum. Forte melius: quorundam aemulorum conspiratione.

Lites de finibus—propius videtur: finium regundorum disceptator et arbiter.

Exercitus curator—Quaestor potius.

Parmam missis—Non misit, sed ivit, et quanquam nulla secum stipendia attulisset, opibus tamen amicorum, quos Parmae habuit, adiutus, valido praesidio urbem firmavit.

Novissime—Hic praecedere debet mentio affinitatis, archiepiscopatus Ragusin., episcopatus Cassan.

Consilio ipsius et opera atque solertia.

Publica munera nulla attigit—aberrat a vero, quia sub Iulio III et Pau-

(1) Al margen: illustri—claro.

(2) Al margen: se dedit.

(3) Al margen: bellorum turbinibus.

lo IV modo signaturae iustitiae, modo gratiae, modo utrique praefuit.

Pauli IV severitas—omittendum, et praetereunda causa balneorum Lucensium et desiderii visendae fruendae patriae.

Avitis aedibus—Non erant avita, sed nova aedificia a fratre marchione coepta.

Vixit—addendum: nec tamen diem ullum praetermisit in quo litterariis studiis non incumberet, sic bonas horas consumendo.

Hic quoque vel alio in loco primum illud et liberale factum commemorandum videtur, cum fraternam adivisset haereditatem et dubitaret ne ob facta fratris, dum variis praefuit bellis, aliqui iacturam bonorum suorum fecissent, redditum annum mille aureorum ex censu fraterno xenodochio seu, ut vocant, hospitali magno Mediolani concessit, ut ex eo primo resarcirentur damna passi, deinde pauperes infirmi alerentur; quin etiam propria sacerdotia satis ampli redditus eidem hospitali assignavit.

Existimatus est, tamen quam praecipue, cum Urbe inundatione Tyberis sub Paulo IV fame vexata, quicquid ipse in horreis ad familiae suae pro integro anno usum condiderat, liberaliter ad egenae plebis sustentationem primis mensibus deprompsit.

Cardinalium ambitum, modestius ob varias dissensiones.

Alexandro Farnesio, Hippolyto a Ferr. omittenda, cum electio pontificis tam homini quam Deo accepta ferenda sit.

Qui laesi—qui alioqui laesi.

Florentiae, Allobroga—prius Allobroga.

Labefactorum—labefactum.

Ante omnia, ne videatur id ei profecto egisse ut quaecunque decreta Pauli IV subverteret, texenda est oratio ut appareat ob multorum querimonias qui se Pauli sanctionibus iniuste tractatos lamentabantur, coactum esse novum ius rescribere.

Estas instrucciones proceden manifestamente de una persona que conocía con toda exactitud la vida de Pío IV. Su contenido es en parte de tal condición, que no queda duda alguna sobre el fin que con ellas se pretendía. Si se lee ahora la segunda redacción de la Vita Pii IV, compuesta por Panvinio, y que llega hasta 1562, se observa que dicho autor utilizó en ella con la mayor escrupulosidad casi todas las instrucciones que se le dieron.

De esta segunda redacción sólo conoce Susta el escrito que hay en el código XI-122 del *Archivo secreto pontificio*. Opina que no se puede asegurar con certeza que se publicó alguna vez esta segunda redacción, pues, según dice, no ha podido hallar ediciones latinas de Platina del tiempo que media entre 1562 y 1568, pero que existe la segunda redacción en la traducción italiana de Platina-Panvinio, que dió a la estampa en Venecia, en 1563, Miguel Tramezino¹. En este respecto puedo yo

(1) Cf. G. Gaida, *Platynae Historici Liber de vita Christi ac omnium pontificum*, en la nueva edición de Muratori, *Rerum Ital. Scriptores*, fasc. 124, Città di Castello, 1913, p. xcvi, donde hay un buen resumen de todas las ediciones y traducciones de Platina-Panvinio.

completar las investigaciones de Susta. Tengo delante de mí: B. Platinae Historia de Vitis Pontificum Romanorum a D. N. Iesu Christo usque ad Paulum Papam II longe quam antea emendatior, cui Onuphrii Panvinii Veronensis fratris Eremitae Augustiniani opera reliquorum quoque pontificum vitae usque ad Pium III, pontificem maximum, adiunctae sunt. Venetiis, apud Michaellem Tramezinum. Anno 1562. Aquí se halla, págs. 315^b-319, el texto latino de la segunda redacción. Al principio de la obra hay una dedicatoria de Panvinio a Pío IV, fechada Romae kal. octob. [1.º de octubre], 1561¹, en la cual se fundamenta la edición con la proximidad del concilio general. No faltan allí elogios para el Papa reinante: Cui enim aptius dicari de maximis pontificibus liber scriptus potuit, quam pontifici maximo? et ei pontifici, qui divinitus nobis in hac temporum hominumque pravitate datus est. Qui pietate, religione, iustitia, prudentia et humanitate, ecclesiae ipsi iam in senium vergenti et fere collapsae pias manus porrigere et eam iacentem attollere rursus atque paene confectam restituere sua virtute et Dei beneficio et potest et vult. En este sentido está también escrita la nueva Vida. En lugar del árido y descarnado esbozo primero, tenemos ahora una exposición amplia y rica en colorido, con tan copiosos elogios del Papa, que casi se puede hablar de un panegírico. Muy al principio se pone de realce el origen florentino de la familia, y aquí se ha intercalado luego, conforme a la instrucción arriba citada, la leyenda de la luz prodigiosa que dicen haber cercado de fulgores la cuna de Pío IV. También otras veces se han utilizado en su mayor parte literalmente las dadas instrucciones, pero se han hecho aún además otras numerosas variaciones, cuyo origen hay que buscarlo manifiestamente asimismo en semejantes instrucciones, emanadas de los allegados del Papa. La narración del gradual encumbramiento de Pío IV es mucho más exacta que en la primera redacción. Para dar fuerza a su veracidad, dice Panvinio dos veces que relata como testigo de vista (páginas 316^b y 317). La oposición del cardenal Médicis a Paulo IV, pasada por alto en la primera redacción, y su ausencia de Roma, han sido ahora puestas de manifiesto cual correspondía. Las buenas cualidades de Pío IV, sobre todo su caridad, son más ampliamente exornadas en la segunda redacción; al hacerse mención de los nepotes se hace resaltar y se alaba singularmente a S. Carlos Borromeo, pasado por alto enteramente en la primera redacción. A los méritos de Pío IV respecto del feliz éxito del concilio se les da más elevado realce y se los pone en más viva luz, señalando la oposición que forman con la conducta de los anteriores Papas. Al mencionarse la decisión de la controversia sobre la continuatio o la nova indictio del concilio, se elogia con las más vigo-

(1) Esta fecha causa extrañeza, pues la narración llega hasta fines de 1562, el privilegio de imprenta de Cosme de Médicis está fechado a 1.º de abril de 1562, y el de Venecia ya a 21 de agosto de 1561. ¿Debió de haber escogido Panvinio la adelantada fecha de la dedicatoria, para poner en olvido la primera redacción?

rosas expresiones el camino medio elegido por el Papa. Pero por otra parte, el negocio tan espinoso del proceder contra los Carafas, aparece en un aspecto lo más favorable posible para Pío IV, enteramente así como se deseaba en la corte. Cuán condescendiente se mostró aquí Panvinio, lo pone a la vista un cotejo de las dos redacciones (v. abajo, p. 395 ss.). No es seguramente demasiado duro el juicio de Susta, cuando observa (p. 163), que la segunda redacción posee todas las ventajas, pero también todos los defectos de una historiografía oficial.

La nueva redacción de la Vita Pii IV púsole Panvinio también por base a la biografía de Pío IV que insertó en su gran obra «De varia Romani pontificis creatione libri X». Este trabajo, ampliado en muchos pasajes, ha permanecido inédito; Merkle ha sido el primero en publicarlo (II, 586-601) según el manuscrito de Munich. El Cód. XI-122 del Archivo secreto pontificio, utilizado por Susta, se le ha pasado por alto a Merkle. Sería de desear que tan pronto como los tiempos permitieran reanudar los trabajos en Roma, se cotejase de nuevo este códice con el manuscrito de Munich y también con Vatic., 6775.

Si Panvinio en la segunda redacción había cedido en gran manera a influencias extrañas, no menos hizo esto en una tercera, que dió a la estampa en tiempo de S. Pío V. Entonces se había abierto camino en la curia de Roma una opinión del todo diversa, y en parte muy desfavorable sobre Pío IV. Con penoso asombro se observa que Panvinio no tuvo ningún reparo en tener ahora cuenta en extensa medida con esta nueva dirección. La dedicatoria de Panvinio dirigida a S. Pío V está fechada a 1.º de noviembre de 1567, por tanto, poco después de la rehabilitación de los Carafas. Si Panvinio había antes puesto de realce la culpa de éstos, intercala ahora observaciones apologeticas. Para dar a conocer a qué influencia cedió en esto, remite Susta a una carta por él hallada, de Panvinio al cardenal Antonio Carafa, a quien importaba mucho rehabilitar a su tío ejecutado. Susta trata (p. 163 ss.) con rigor la conducta de Panvinio, y hace notar los maliciosos aditamentos, con los cuales la biografía de Pío IV, conservando la forma que había tenido hasta entonces, adquiere ahora un carácter enteramente diverso. Panvinio procedió en ello con un arte digno de mejor causa. Luego al principio, la observación sobre el árbol genealógico de Pío IV, cuyas raíces hacíanse provenir del suelo de Florencia, no fué, es verdad, suprimida, pero se la destituyó de todo valor con la advertencia de que también otros linajes se gloriaban de igual origen y parentesco. Al hacerse mención del padre del Papa, se pone la añadidura depresiva de que logró subir y medrar con los arrendamientos del cobro de los derechos de aduanas. La narración de la luz prodigiosa que circundó la cuna de Pío IV, está omitida. Fuera de eso, se han borrado también varias expresiones fuertes sobre Paulo IV, a quien en gran manera S. Pío V veneraba. Está asimismo transformada la exposición de las relaciones del cardenal Médicis con Paulo IV. El que la parte sobre el proceso y ruina de los Carafas haya sido variada sustancialmente en la

tercera redacción, pero no como en la segunda, en favor de Pío IV, sino esta vez, conforme a la corriente dominante, más en disfavor suyo, no es todavía el cambio más importante que hizo Panvinio. Son aún más radicales las variaciones que introdujo en la descripción del carácter de Pío IV, a cuya bondad de corazón había dado Panvinio muy vigoroso realce en la segunda redacción. De ello nada se ha quitado, pero por medio de maliciosos aditamentos aparece Pío IV en una luz de todo en todo diferente. Dícese allí que antes de la elección era tenido como hombre bondadoso, pero que después se mostró muy de otra manera: que su carácter honrado y leal se convirtió súbitamente en astuto y desleal. En esta mezcla de alabanza y censura se ha visto hasta ahora una prueba de la imparcialidad de Panvinio, una distribución objetiva de luz y de sombra. Después que Susta ha puesto de manifiesto la historia de la formación de los esbozos biográficos de Panvinio, esta interpretación se ha hecho insostenible. Un autor, que merced a influencias exteriores, en el curso de seis años ha cambiado por tres veces tan notablemente su juicio sobre un mismo personaje, no puede considerarse como testigo que sirva de norma para juzgar a Pío IV. Si por largo tiempo se ha considerado la última descripción del carácter de Pío IV, hecha por Panvinio, como una apreciación imparcial, muestra su formación que se trata de una no concertada junta de un panegírico oficialmente sugerido y de una depresión, originada esta última en un tiempo en que la disposición de ánimo se había cambiado en Roma.

En este resultado nada puede variarse esencialmente por una carta de Panvinio al cardenal Carlos Borromeo, de 16 de agosto de 1567, que se conserva en el Cód. F. 39, Inf. de la *Biblioteca Ambrosiana de Milán*. Tacchi Venturi (I, xi) ha citado de ella un breve pasaje. El contenido del conjunto es el siguiente: Tengo intención de escribir algunas biografías de los Papas desde Sixto IV hasta Pío IV, per aggiongerle al Platina, que se ha impreso recientemente. He sido requerido muchas veces a dar de nuevo a la estampa el Platina, y tengo que añadir también la Vida de Pío IV. No quiero publicar el libro antes que su Señoría lo haya examinado. Io sono obligato alla memoria di Pio IV et però son proceduto nel bene che lui fece con molte et affetuose parole; nel male (perchè anche lui fu huomo) con tutto quel rispetto et brevità che ho saputo senza pregiudicar però alla verità et questo l'ho fatto accio che mi sia creduto il vero et non entri in opinione di bugiardo et adulatore, dalli quali errori me ne guardo quanto posso. V. S. piacendosi vedrà questa debil fatica et la racconcerà, muterà, aggiongerà, levarà quello che gli parrà sia honesto et conveniente che tanto mi sforzarò di lassar quanto lei comandarà. Ruégole me devuelva pronto el libro, pues lo he de enviar a Colonia, donde se edita de nuevo. Lo impreso llega ya hasta Clemente VII.

No ha sido conocido hasta ahora, lo que respondió Borromeo. Pero es en alto grado significativa esta carta respecto del modo de ser de

Panvinio. Es sumamente penoso dar con tales artificiosos manejos en un hombre docto, por otra parte tan benemérito ¹. Panvinio era un talento, pero no un carácter. La exposición de la historia contemporánea forma para todo historiador un peligroso escollo, en el que también se estrelló Panvinio ².

Panvinio sobre la ruina de los Carafas

<i>Primera redacción</i>	<i>Segunda redacción</i>	<i>Tercera redacción</i>
Carafarum eiusdem Pauli propinquorum res tam in patru Pontificatu, quam aliis temporibus patratas, et praesertim bello Neapolitano, quo universus terrarum orbis, atque Urbs inprimis vexata fuerat, cardinalium aliquot, et Urbis gubernatoris Hieronymi episcopi Sagonensis sententiae subiecit. Unde cum eorum nomina inter reos recepta essent, Carolus et Alfonsus Carafae, Scipio Rebiba cardinales, Ioannes comes Montorii, qui dux Palliani dicebatur, Leonardus Cardineus, et Comes Allifanus, cum aliquot aliis Carafae domus clientibus, partim in Hadriani mole, partim in publicum carcerem diverso tempore	Carafarum Pauli IV propinquorum crimina, cum patruo pontifice, bello potissimum Neapolitano, quo universa paene Italia atque Urbs inprimis et propinquae provinciae vexatae fuerunt, tum aliis temporibus in publicam incurrentia offensionem patrata cognoscere, et legitimis poenis vindicare statuit. Itaque quamquam suapte natura mitis et ab omni immanitate alienus, non potuit tamen et sui honoris et pontificii muneris causa ab huiusmodi capitali supplicio temperare.	Pontifex interim, vel eorum memor quae in sui contumeliam cardinalis Carafa in conclavi dixerat, vel ducis Palliani regiae pro Ducatu Palliani compensationi (ut fama fuit) pro sororis filio inhians, aut (quod ipse aiebat) ut Romanorum pontificum propinquis salutare exemplum relinqueret, ut populos sibi creditos clementer acciperent et publica negocia pro ecclesiae dignitate conficerent, specie vindicandi ea crimina quae Carafae patruo Pontifice, et bello potissimum Neapolitano patrevarent, quaestionem capitalem in eos instituere est aggressus.
	VII Iduum Iuniarum igitur anni DLX Carolum et Alfonsum cardi-	Ita ut ad VII Idus Iunii MDLX quo die quinto ante anno Cara-

(1) Un mérito de Panvinio que no había sido conocido hasta ahora, ha sido puesto en claro recientemente por la profunda investigación de O. Hartig: su ensayo de una iconografía de los Papas, en el cual se ha atendido también a las vestiduras litúrgicas con más exactitud que en todas las colecciones posteriores de retratos de Papas (v. el Anuario Histor., XXXVIII, 284-314, y La fundación de la Biblioteca palatina de Munich por Alberto V y Juan Jacobo Fugger, Munich, 1919, 218, 274, 410).

(2) Sobre el carácter de Panvinio se sabe hasta ahora tan poco, que es aquí muy de desear especialmente la monografía preparada por Schrörs, que se apoya en sólidos y profundos estudios.

coniecti, quaestionibus diligenter habitis singulorumque causis examinatis ex Pontificis auctoritate damnati sunt. Ex his Carolus cardinalis Carafa, nono carceris mensi carnificis manu in mole Hadriani strangulatus est. Ioannes Montorii comes cum Allifano et Cardineo securi in publico carcere percussi, horrendum et maxime memorabile spectaculum, insolensque instabilis fortunae sursum deorsum omnia agitantis ludibrium, in publico expositi attonito et quorsum isthaec tenderent admiranti populo Romano, praebuerunt, quum omnes passim confluerent ad eos spectandos, qui modo miserabiliter extincti paulo ante urbem Romam et Italiam omnem solo nomine perterruerant. Alfonsus vero centum millibus aureorum persolutis, et Camerac Apostolicae praefectura deposita, reliqui vadibus datis praeter unum Cardinalem Rebibam dimissi sunt.

nales ad consistorium profectos, Ioannem vero Caroli fratrem, et Montorii comitem, Paliani ducem tum vocatum, qui paulo ante ex Gallesio Faliscorum in Urbem venerat, uxorisque eius fratrem comitem Allifanum Leonardumque Cardinem fratrum propinquum nihil tale suspicantes in Hadriani molem, et per eosdem dies aliquot alios Carafae domus clientes in publicum carcerem coniici mandavit.

Utque hoc iudicium sine ulla suspicione perageret, cardinalium quaestioni, octo eiusdem ordinis patres, comitis vero Montorii et aliorum Hieronymum episcopum Sagonensem Urbis gubernatorem, et Alexandrum Palantierium Fiscii advocatum praefecit.

fa purpurei pilei honore donatus fuerat, Carolum ipsum et Alfonsum cardinales ad consistorium profectos, Ioannem vero Caroli fratrem et Montorii comitem Paliani ducem tum vocatum, qui paulo ante ex Gallesio Faliscorum oppido in Urbem cum ipsius Pontificis licentia venerat, uxorisque eius fratrem comitem Allifanum, Leonardumque Cardinem fratrum propinquum nihil tale suspicantes, in Hadriani molem, et per eosdem dies aliquot alios Carafae domus clientes in publicum carcerem coniici mandavit.

Omnium quaestionibus relatores praefecit Urbis gubernatorem Hieronymum Fridericum, episcopum Sagonensem ministrum impigrum, audacem et acris virum ingenii, Alexandrum Palantierium procuratorem Fiscii. Ut autem hoc iudicium rite peragere videretur, cardinalium quaestioni octo eiusdem ordinis patres integritate et iustitia insignes Fridericum Caesium episcopum, Bartholomaeum Cuvam, Ioannem Michaellem Saccenum, Ioannem Baptistam Cicadam, Michaellem Alexandrinum,

Quaestionibus diligenter per novem menses habitis, singulorumque criminibus accurate examinatis, postremo quum tota causa ad pontificem pleno in consistorio relata esset, Carolus cardinalis maiestatis, ab ipso pontifice, Comites Montorii et Allifanus, et Leonardus Cardines ab Urbis gubernatore homicidii, et aliorum quorundam criminum damnati sunt iudicique rerum capitalium mandatum, ut iuxta legitimas sanctiones lege in eos ageret.

Ioannem Bertrandum presbyteros, Iulium Ruvereum, et Luisium Cornelium diaconos cardinales adesse iussit, omnium inspectores Gubernatori et Fiscali assistentes. Quibus coram interrogati rei, cardinalis Carafae scriptae litterae productae, et quaestionum principia agitata. Novissima vero causae cognitio iis non admissis, quum per novem menses instituta, singulorumque obiecta examinata fuissent, Pontifex seorsum quaestiones videre voluit. Postremo, ut totius iudicii series ab omnibus patribus cognosci posset, tota causa ad Pontificem pleno in consistorio ab eodem qui quaesierat Gubernatore diei spatio iterata est, non auditae tam patrum super ea re sententiae fuere. Tunc Carolus cardinalis maiestatis ab ipso Pontifice damnatus, et omnibus honorum gradibus exutus, curiae (ut vocant) saeculari castigandus traditus est: qui cum Comitibus Montorii, et Allifano, Leonardoque Cardine ab Urbis Gubernatore maiestatis, et homicidii damnatis, morti est addictus iudicique rerum capitalium mandatum, ut iuxta ci-

Sic cardinalis strangulatus, comites et Cardines capitali supplicio affecti, maxime memorabile spectaculum, insolensque instabilis fortunae sursum deorsum omnia agitantis ludibrium populo Romano prae-buerunt, iis vero qui secundiori aura altius provecti extra omnem sortem sese collocatos existimant documentum memorabile, ne summa potestate in summam licentiam conversa, illicita quaeque committere, perpetrareque sese posse impune confidant.

viles sanctiones, lege in eos ageret. Sic sententiis in Cardinalem a Pontifice, in Ducem vero a Gubernatore Urbis subscriptis, Carolus in Hadriani mole carnificis manu nocte quae Nonas Martias praecessit, strangulatus, comites et Cardines in Turris Novae (sic!) carcere capitali supplicio affecti, maxime memorabile spectaculum, insolensque instabilis fortunae ludibrium, in publico ad pontem Aelium expositi, et paulo post ad damnatorum sepulchra relati, populo Romano attonito, et quorsum isthaec tenderent admiranti, prae-buerunt; iis vero qui secundiori aura altius provecti, extra omnem sortem sese collocatos existimant, documentum memorabile, quum omnes passim confluerent ad eos spectandos, qui miserabiliter ab eo pontifice quem ipsi potissimum ad tantae potestatis culmen evexerant, extincti, nutu renutuque suo cuncta moderabantur. Ducis praesertim casum animo reputantes, quem paulo ante insigni militum et equitum manu stipatum, ac per Urbem more paene regio incedentem conspexerant,

Inter multas praecipua damnati cardinalis causa fuit, quod senem pontificem Paulum quamquam in bellum pronum, tamen non solum bellicarum rerum sed omnis civilis gubernatoris imperitum falsis nuntiis et consiliis decipisset, multosque et maximae dignationis viros eius belli occasione

tunc vero eius corpus capite truncum miserabili aspectu publice collocatum viderent. Illud memoratu dignum, utrosque fratres non solum religiose et pie, quemadmodum optimos christianos decet cum poenitentiae sacramento excessisse, sed fortissimo animo tantam calamitatem, perinde ac a Deo iussam excepisse. Ducis admirabilis constantia fuit, qui paulo ante obitum et socios metu caedis consternatos egregia oratione ad mortis contemptum adhortatus est, et litteras pulcherrimas filio iuveni scripsit optimis monitis refertas, quibus ei christiano more bene precabatur. Cardinalis cadaver in propinqua divae Mariae Transpontinae aede publico sepulchro datum, mox ab eius familiaribus ad Minervae translatum, et in familiae eius sacello conditum est. Inter multas praecipuae damnati cardinalis causae in quaestionum codicillis relatae sunt, quod senem pontificem Paulum, quamquam in bellum pronum, tamen bellicarum rerum imperitum, falsis nuntiis et consiliis decipisset, multos et maximae dignationis viros eius belli

vexare, persequi et etiam occidi iussisset, varias litteras et notas arbitrarias ementitus, et ut paucis omnia complectar, quod eius unius praecipue opera totum id bellum quod Paulus gessit susceptum, diutiusque maximo non privatorum solum, sed totius fere christiani orbis damno et apostolicae sedis dedecore productum fuisset.

Comitis vero et aliorum praetersupradictas causas (cum cardinali enim conspirasse videbantur) innocentis uxoris gravidae et suspecti adulterii ob suspicionem solam indigna caedes. Audivi ego a pontifice se aegerrimo animo id omnino fecisse et nihil sibi tota vita lugubrius quam huiusmodi iudiciu accidisse libentissimeque ad mitiorem poenam facile se fuisse inclinaturum, si id vel salvis aequioribus legibus facere, vel aliquam de illorum mutatione moribus fiduciam habere potuisset. Necessarium enim his qui postea Romanorum pontificum propinqui futuri erant, esse affirmabat, qua ratione se in summa potestate locati gesturi sint, exemplum praeberet: et anteactam illorum vitam sanguina-

occasione vexare iussisset: quodque varias litteras et notas arbitrarias ementitus eius unius praecipue opera quinquennialibus inter reges Hispaniae et Galliae ictis induciis fractis, totum id bellum quod Paulus gessit susceptum diutiusque non sine magno Sedis Apostolicae detrimento productum fuisset.

Comiti propter crimen laesae maiestatis, et sociis, uxoris gravidae et adulteri indicta causa caedes obiectae.

Fuerunt plerique eo tempore iureconsulti, qui constantissime asseverarunt, iudicium id iniquum fuisse, quum Cardinalis sine testibus ex suis tantum litteris eorum redargutus damnatusque fuisset, quae Pauli IV iussu ab se facta esse contendebat, iis quae sibi obiecta fuerant more Romano quaestioni et tormento subiecto non expressis, dilationibus quas petere non concessis, patris vero eius raro auditis. Pontifex vero videri voluit eos non eo consilio vinxisse ut morti traderet, at in quaestionibus habendis exacerbatus magnitudinem delicti rei intellexisse, quum ei persuasum

riam et malo assuetam
spem omnem in melio-
rem vitam praecidisse
et omne mitigandae
poenae temperamen-
tum abstulisse, denique
nullum apud Pium pon-
tificem mansuetudini
aut clementiae locum
reliquisse, quod ex eo
certius licuit coniicere
quum longe mitius ac-
tum sit cum Alfonso,
qui mansuetae conti-
nentis naturae haud du-
bium specimen dabat;
ipse namque pecunia
tantum et Camerae
Apostolicae praefectu-
ra multatus, cum reli-
quis omnibus libere di-
missus est.

esset, Cardinalemanimi
excelsi et intrepidi si
dimitteretur in suorum
quempiam aliquando
impetum facturum. Quo
timore eum semel gra-
vissime laesum tolli ius-
sit, in reliquos clemen-
tius, quos minus pec-
casse profitebatur haud
dubie acturus, ni fortu-
na iis adversa pontificis
inflammatum animum
impulisset, ut eos potius
perdendos, quam Car-
dinalem conservandum
existimasset.

Aliquanto mitius cum
Alfonso cardinali, qui
mansuetae continentis-
que naturae haud du-
bium specimen dabat,
actum: ipse namque,
qui die obitus Pontificis
quaedam e cubiculo
eius subripuisse accusa-
tus fuerat, centum milli-
bus aureorum Vitellii
cardinalis studio com-
paratis, persolutis, Ca-
merae Apostolicae
praefectura multatus,
cum reliquis omnibus
libere, ea conditione ta-
men dimissus est, ne
Urbe egrederetur.

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Alba, duque de, 207.
 Alberto V (duque de Baviera), 121, 194, 234, 236, 269, 279.
 Alberto Alcibiades (margrave de Brandeburgo), 162, 163, 165.
 Alife, Ferrante (conde de), 151, 152, 157, 164, 170, 175, 176, 180.
 Alife, Violante de (esposa de Juan Carafa, duque de Paliano), 150, 151, 152, 160, 165, 166, 167, 170, 171.
 Arco (conde, camarero mayor de Fernando I), 305.
 Arco, Escipión de (embajador extraordinario imperial), 140, 187, 190, 195.
 Arco, Próspero de (conde, embajador imperial en Roma), 197, 198, 204, 206, 243, 245, 250, 334.
 Armagnac (cardenal), 41, 44, 47, 54.
 Arrivabene, Juan Francisco (familiar del cardenal Hércules Gonzaga), 270, 282.
 Augusto (príncipe elector de Sajonia), 225.
 Avalos, Fernando Francisco. V. Pescara.
 Avalos de Aragón, Iñigo (cardenal), 173.
 Avila, Luis de (enviado español en Roma), 312, 313, 314.
 Ayala, Juan de (enviado español en Roma), 244, 247.
 Bagno, Juan Francisco (conde), 40, 85.
 Barano, Julia (madre de Virginia della Rovere), 119.
 Bayo, Miguel (teólogo), 231.
 Bellay, Eustaquio du (arzobispo de París), 319.
 Bellay, Juan du (cardenal), 40, 42, 44, 47, 53, 54, 62, 74, 75, 78, 79, 182.
 Berghen, Roberto de (obispo de Lieja), 231.
 Bertrand (cardenal), 47, 48, 160.
 Bochotel (obispo de Rennes, embajador francés en Viena), 218.
 Bondono de Branchis, Firmano Luis (maestro de ceremonias en el conclave de Pío IV), 62.
 Borbón (Vendôme), Carlos de (cardenal), 42.
 Borghese, Marco Antonio (abogado del cardenal Carlos Carafa), 166.
 Borromeo (familia), 123, 130, 131.
 Borromeo, Camila (hermana del cardenal San Carlos Borromeo, esposa de César Gonzaga, conde de Guastalla), 119.
 Borromeo, San Carlos (cardenal), 26, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 143, 155, 157, 204, 208, 211, 212, 214, 227, 230, 233, 242, 246, 247, 250, 254, 255, 261, 262, 267, 271, 272, 281, 282, 283, 284, 287, 292, 299, 302, 309, 315, 323, 332, 334, 341, 355.
 Borromeo, Federico (conde, sobrino de Pío IV), 116, 118, 119, 126, 130, 131, 132.
 Borromeo, Francisco (conde, tío del cardenal San Carlos Borromeo), 127.
 Borromeo, Gilberto (conde de Arona), 115, 116.
 Borromeo, Guido (conde, tío del cardenal San Carlos Borromeo), 127.

- Bourdaisière, Filiberto Babou de la (embajador francés en Roma, cardenal), 172, 204, 206, 217, 218, 301.
- Bourdaisière, Juan Babou de la (obispo de Angulema, cardenal), 190, 271.
- Brancaccio, César (familiar del cardenal Carlos Carafa), 157.
- Branda (cardenal), 59.
- Braun, Conrado (teólogo), 304.
- Brendel, Daniel (arzobispo y príncipe elector de Maguncia), 234.
- Brus de Müglitz, Antonio (arzobispo de Praga), 250, 259, 278.
- Buoncompagni, Hugo (cardenal, más tarde papa Gregorio XIII), 292.
- Calvino (Juan), 27, 28.
- Campegio, Francisco (obispo de Feltre), 247, 321.
- Canisio, San Pedro (jesuita), 304, 309.
- Canobio, Juan Francisco (nuncio), 232, 237, 244, 245, 248.
- Capece, Marcelo (cortesano del duque de Paliano), 151, 160, 164, 167.
- Capizuchi (cardenal), 41, 48.
- Capodiferro (cardenal), 42, 47, 72, 78.
- Capua, Pedro Antonio de (arzobispo de Otranto), 286.
- Caracciolo, Ascanio, 66.
- Carafa (familia), 38, 39, 40, 48, 51, 146.
- Carafa, Alfonso (cardenal de Nápoles), 39, 48, 79, 82, 83, 84, 85, 87, 88, 146, 153, 157, 158, 159, 160, 161, 164, 166, 175, 181, 182, 183.
- Carafa, Antonio (marqués de Montebello), 40, 85, 86, 157, 183.
- Carafa, Carlos (cardenal), 40, 41, 43, 48, 49, 53, 54, 55, 56, 59, 60, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 72, 75, 76, 77, 78, 79, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 104, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 173, 174, 175, 176, 178, 179, 180, 183.
- Carafa, Diomedes (cardenal), 48, 81, 177, 183.
- Carafa, Juan (duque de Paliano), 38, 39, 40, 48, 146, 150, 151, 152, 153, 155, 156, 157, 158, 160, 161, 164, 165, 166, 168, 169, 170, 172, 175, 176, 177, 178, 180.
- Carafa, Juan Pedro (más tarde papa Paulo IV), 241.
- Cardine, Leonardo de, 151, 152, 157, 164, 170, 175, 176, 180.
- Carlos III (duque de Saboya), 96, 97.
- Carlos V (emperador), 57, 71, 98, 100, 158.
- Carlos IX (rey de Francia), 217, 248, 328, 331.
- Carpi, Pío Rodolfo (cardenal), 40, 44, 45, 47, 48, 49, 51, 52, 53, 59, 60, 68, 69, 70, 71, 72, 77, 79, 82, 87, 143, 147, 158, 167, 175, 210, 214.
- Castagna, Juan Bautista (arzobispo de Rossano, más tarde papa Urbano VII), 284, 318.
- Catalina de Médicis (regente de Francia), 46, 52, 70, 217, 250, 273, 313.
- Cauco, Antonio (arzobispo de Corfú y Patras), 260.
- Cayetano de Tiene (San), 26.
- Cesarini (familia), 184.
- Cesi (cardenal), 47, 75, 81, 82, 83, 85, 133, 160, 210.
- Cicada (cardenal), 48, 143, 160, 182, 213, 271, 273.
- Clemente VII (papa), 57, 96, 97, 240.
- Colonna (familia), 183, 184.
- Colonna, Fabricio (hijo de Marco Antonio Colonna, esposo de Ana Borromeo), 130.
- Colonna, Juana de Aragón (madre de Marco Antonio Colonna), 156.
- Colonna, Marco Antonio, 38, 66, 149, 150, 153, 155, 156, 183.
- Colonna, Pompeyo (jefe de las tropas auxiliares pontificias contra los turcos delante de Malta), 89.
- Commendone, Juan Francisco (obispo de Zante, nuncio, cardenal), 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 237, 261, 262, 296, 322, 340.
- Concini, Bartolomé (agente florentino en Roma), 46, 86.
- Concini, Mateo (enviado florentino en Roma), 46.
- Consiglieri (cardenal), 15.
- Contarini (cardenal), 305.

- Cordella, Fabio (maestro del conclave), 73.
- Córdoba, Francisco de (franciscano español), 304.
- Corgna (cardenal), 47, 48, 80.
- Corgna, Ascanio della (jefe pontificio), 38, 39, 40.
- Cornaro (cardenal), 48, 51, 79, 160, 336.
- Cornaro, Marcos (arzobispo de Spalato), 280.
- Correggio, Jerónimo de (cardenal), 173.
- Cosme I (duque de Florencia), 46, 47, 51, 58, 61, 66, 67, 72, 84, 85, 86, 99, 104, 105, 112, 113, 114, 115, 118, 119, 121, 131, 148, 167, 173, 181, 182, 214.
- Crispi, Tiberio (cardenal), 47, 54, 176.
- Cueva, Bartolomé de la (cardenal), 47, 50, 63, 73, 109, 143, 160, 163, 164.
- Châtillon, Odet de (obispo de Beauvais, cardenal), 42.
- Dandino (cardenal), 42, 46, 47, 72, 78, 219.
- Danés, Pedro (obispo de Lavaur), 291.
- Delfino, Zacarías (obispo de Lesina, cardenal), 198, 200, 201, 204, 208, 210, 211, 212, 219, 221, 222, 224, 233, 235, 237, 248, 250, 253, 254, 255, 262, 273, 278, 299, 305, 308.
- Dolera (cardenal), 45, 48, 70, 143, 147.
- Draskovich, Jorge (obispo de Pecs), 251, 259, 260, 279, 284, 287, 313.
- Dudith, Andrés Sbardelato (obispo de Knin), 264, 280, 284.
- Eichhorn, Joaquín (abad de Einsiedeln, procurador suizo en Trento), 263.
- Elio, Antonio (patriarca de Jerusalén), 260.
- Ems. V. Hohenems.
- Enrique (infante de Portugal, cardenal), 42, 50.
- Enrique II (rey de Francia), 44.
- Enrique VIII (rey de Inglaterra), 331.
- Enrique el Joven (duque de Brunswick-Wolfenbittel), 226.
- Erico II (duque de Brunswick), 227.
- Erico XIV (rey de Suecia), 232, 233.
- Este, Hipólito de (cardenal de Ferrara), 42, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 50, 52, 54, 55, 56, 58, 65, 66, 69, 71, 72, 75, 76, 86, 87, 88, 89, 143, 158, 175, 176, 215, 217.
- Este, Isabel de (madre del cardenal Gonzaga), 240.
- Este, Luis de (cardenal), 173.
- Facchinetti, Juan Antonio (canonista, más tarde papa Inocencio IX), 292.
- Farnese (familia), 119.
- Farnese, Alejandro (cardenal), 48, 49, 52, 55, 56, 59, 60, 65, 68, 70, 74, 75, 77, 79, 80, 81, 82, 84, 87, 88, 100, 101, 143, 158, 176, 214, 329, 335.
- Farnese, Octavio (duque, generalísimo de las tropas pontificias), 100.
- Farnese, Pedro Luis (duque de Parma), 99, 101.
- Farnese, Ranuccio (cardenal), 48, 55, 63, 335.
- Federicis, Jerónimo de (obispo de Sagona, gobernador de Roma), 152, 157, 159, 160, 168, 169, 175, 184.
- Federico II (rey de Dinamarca), 232.
- Felipe II (rey de España), 32, 44, 45, 49, 50, 52, 57, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 67, 68, 69, 70, 71, 75, 76, 78, 80, 84, 86, 89, 90, 91, 120, 123, 131, 132, 147, 148, 149, 153, 154, 155, 156, 161, 164, 173, 174, 175, 179, 181, 183, 186, 187, 188, 189, 191, 193, 197, 198, 199, 202, 204, 205, 206, 207, 212, 218, 238, 244, 247, 248, 249, 267, 268, 274, 283, 299, 312, 313, 314, 315, 321, 322, 323, 325, 338, 339.
- Fernando (archiduque de Austria, gobernador de Bohemia), 221.
- Fernando I (emperador), 45, 61, 98, 99, 120, 122, 131, 139, 140, 186, 187, 191, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 206, 208, 209, 210, 211, 212, 215, 216, 218, 219, 220, 221, 223, 237, 238, 241, 243, 244, 245, 246, 248, 249, 250, 259, 261, 262, 268, 273, 276, 277, 278, 279, 288, 295, 296, 298, 299,

- 300, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 321, 324, 325, 326, 327, 329, 332, 333, 338.
- Ferreri, Pedro Francisco (obispo de Vercelli, nuncio en Venecia, cardenal), 173.
- Ferrier, Arnaldo de (embajador francés en Trento), 273, 293, 330, 331.
- Figueroa, Juan de (embajador español en Roma), 44, 45.
- Filonardo, Pablo (secretario del cardenal Alfonso Carafa), 157.
- Fornero, Ambrosio (camarero del cardenal San Carlos Borromeo), 136.
- Foscarari, Egidio (dominico, obispo de Módena), 318.
- Francisco I (rey de Francia), 93.
- Francisco II (rey de Francia), 44, 190, 193, 198, 199, 202, 203, 204, 212, 217.
- Francisco de Sales, San (obispo), 355.
- Gaddi (cardenal), 48.
- Galli, Tolomeo (secretario de la cancillería de Estado pontificia, cardenal), 128.
- Gambara, Francisco (obispo de Brescia, cardenal), 173.
- Geraldi, Juan (enviado pontificio para Rusia), 246.
- Gesualdo, Alfonso (cardenal), 173.
- Gherio (obispo de Ischia, enviado pontificio para España), 206, 207.
- Ghislieri, Miguel (dominico, cardenal), 48, 63, 79, 162.
- Gianfigliuzzi, Bongianini (enviado florentino en Roma), 46.
- Gienger, Jorge (consejero imperial), 194, 195.
- Givry, de (cardenal), 42.
- Gonzaga, César (conde de Guastalla), 119, 130.
- Gonzaga, Curcio, 61.
- Gonzaga, Ferrante (conde de Guastalla), 119.
- Gonzaga, Francisco (cardenal), 173, 282.
- Gonzaga, Guillermo (duque de Mantua), 257.
- Gonzaga, Hércules (cardenal de Mantua), 44, 48, 49, 53, 54, 55, 56, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 71, 76, 77, 78, 84, 90, 147, 150, 175, 239, 240, 241, 242, 246, 252, 255, 257, 265, 266, 271, 272, 273, 274, 275, 281, 284, 290, 293, 294, 296, 297, 301, 318.
- Gonzaga, Vicente, 144.
- Granvela (consejero de Margarita de Parma, cardenal), 173, 231.
- Grasso, Carlos (obispo de Montefiascone), 331.
- Gregorio XIII (papa), 33.
- Gualterio, Sebastián (obispo de Viterbo, nuncio en Francia), 190, 238, 250.
- Guerrero, Pedro (arzobispo de Granada), 255, 256, 264, 273, 288, 289, 313, 315, 339, 340, 344.
- Guido, Antonio (conclavista), 43.
- Guillermo (duque de Cléveris-Julich), 230.
- Guisa (familia), 43.
- Guisa, Carlos de (arzobispo de Reims, cardenal de Lorena), 42, 233, 290, 291, 292, 294, 295, 297, 298, 301, 302, 310, 318, 319, 321, 327, 329, 331, 332, 334, 336, 338, 340, 341, 342, 343, 344, 346.
- Guisa, Francisco de (duque), 42, 313.
- Guisa, Luis de (cardenal), 47, 54, 55, 57, 76, 77, 78, 80, 81, 82, 83, 84, 86, 87, 88.
- Haller, Leonardo (obispo de Eichstätt), 284.
- Hohenems (familia), 115, 121, 122, 123.
- Hohenems, Elena de (hija de Wolf Dietrich), 116.
- Hohenems, Gabriel de (sobrino de Pío IV), 116, 123.
- Hohenems (Ems), Jacobo de (primo de Marcos Sittich I de Hohenems), 115.
- Hohenems, Jacobo Aníbal de (sobrino de Pío IV, conde, capitán general de la Iglesia), 116, 123, 155.
- Hohenems, Marcos Sittich I de, 95, 115.
- Hohenems, Marcos Sittich II de (obispo de Constanza, cardenal), 116, 122, 173, 251, 255, 274.
- Hohenems, Margarita de (hija de Wolf Dietrich), 116, 123.
- Hohenems, Wolf Dietrich de (hijo de Marcos Sittich I, esposo de Clara de Médicis, hermana de Pío IV), 115.
- Hosio, Estanislao (obispo de Ermeland, nuncio en Viena, car-

- denal), 172, 189, 191, 194, 196, 197, 209, 219, 226, 232, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 248, 258, 265, 266, 276, 297, 301, 322, 329, 340.
- Hoya, Juan de (obispo de Osnabruck), 229.
- Ignacio de Loyola (San), 26.
- Isabel (reina de Inglaterra), 188, 233.
- Iván Wassiljewitsch el Terrible (zar), 245.
- Joaquín II (príncipe elector de Brandeburgo), 98, 225, 226.
- Juan (margrave de Brandeburgo), 192, 226.
- Juan Federico (duque de Weimar), 225.
- Julio II (papa), 50, 101, 102, 190, 215, 219, 240, 242, 253, 256.
- Kerssenbrock, Remberto de (obispo de Paderborn), 227.
- Kolosvary, Juan de (obispo de Csanad, procurador húngaro en Trento), 264.
- Konarsky, Adán (preboste de Posen, embajador extraordinario polaco en Roma), 188.
- Láinez, Diego (general de los jesuitas), 214, 285, 289, 292, 297, 316, 317, 318, 330.
- Lansac (embajador francés en Trento), 266, 273, 293, 295.
- Leiva, de (general del emperador Carlos V), 95.
- Lenoncourt (cardenal), 47, 50.
- Lenzi, Lorenzo (obispo de Fermo, nuncio en Francia), 238.
- León X (papa), 51, 143.
- Leyen, Juan von der (arzobispo de Tréveris), 228, 229.
- Lorena, cardenal de. V. Guisa, Carlos.
- Lottino (agente en Roma del duque Cosme I de Florencia), 46.
- Luna, conde de (embajador español en Trento), 295, 302, 314, 319, 321, 325, 334, 338, 341.
- Lussy, Melchor (landamán de Unterwalden), 263.
- Madruzzo, Cristóbal (obispo de Trento, cardenal), 47, 55, 56, 60, 61, 64, 65, 68, 70, 76, 82, 88, 122, 123, 140, 143, 150, 190, 210, 246, 256, 257, 259, 260, 265, 268, 274, 280, 284, 286, 291, 294, 295, 319, 332, 336, 338, 341.
- Madruzzo, Ludovico (cardenal), 173.
- Manne, abad de (enviado francés en Roma), 193, 197, 200, 202.
- Mansfeld, Juan Gebhard de (arzobispo de Colonia), 227.
- Marcelo II (papa), 102, 103.
- Margarita de Parma (gobernadora de los Países Bajos), 231.
- María Estuardo (reina de Escocia), 233.
- Marini, Leonardo (dominico, arzobispo de Lanciano), 281, 282, 284, 318.
- Martinengo, Jerónimo (abad, nuncio para Inglaterra), 233.
- Mártires, Bartolomé de los (arzobispo de Braga), 134, 247, 335.
- Mascareñas, Fernando Martínez de (embajador portugués en el concilio de Trento), 259.
- Massarelli, Angel (obispo de Telesse, secretario del concilio), 187, 242, 255.
- Massaria (hereje), 236.
- Mássimi (familia), 184.
- Mássimo, Domingo de, 164.
- Maximiliano II (rey de romanos, emperador), 139, 202, 304, 305, 309, 321, 332, 333, 334, 338.
- Médicis (familia milanese), 92, 94, 96, 97.
- Médicis, Augusto de (hermano de Pío IV), 97, 115.
- Médicis, Bernardino de (padre de Pío IV), 92, 93.
- Médicis, Clara de (hermana de Pío IV), 95, 115.
- Médicis, Juan de (hijo de Cosme I de Florencia, cardenal), 118, 133, 214.
- Médicis, Juan Angel de (cardenal, más tarde papa Pío IV), 45, 47, 48, 49, 51, 52, 55, 56, 58, 59, 61, 64, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 116, 148.
- Médicis, Juan Bautista de (hermano de Pío IV), 97, 98.
- Médicis, Juan Jacobo de (hermano de Pío IV, castellano de Musso), 93, 94, 95, 96, 98, 99, 101, 102, 103, 105, 115.

- Médisis, Margarita de** (hermana de Pío IV), 115, 116.
Melis, Gasparino de (capitán de la guardia municipal de Roma), 178, 179, 180.
Mendoza, Francisco de (cardenal), 42, 89, 90.
Mendoza, Pedro González de (obispo de Salamanca), 273, 274.
Mercurio (cardenal de Mesina), 48, 79, 80, 81.
Mendón (cardenal), 42.
Mocénigo, Luis (embajador veneciano en Roma), 62, 114.
Monte, Cristóbal del (cardenal), 47.
Monte, Inocencio del (cardenal), 48, 156, 182.
Montmorency (condestable), 313.
Moraña (español, pintor), 170.
Morone, Jerónimo (canciller de Milán, legado de Bolonia, padre del cardenal Morone), 93.
Morone, Juan Jerónimo (cardenal), 45, 47, 53, 61, 88, 94, 95, 100, 101, 118, 138, 140, 143, 166, 190, 201, 205, 239, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 317, 319, 320, 321, 323, 326, 327, 328, 329, 331, 334, 335, 338, 339, 340, 341, 343, 344.
Morvillier, Juan (obispo de Orleans), 290.
Mula (Amulio), Marco Antonio de (embajador veneciano en Roma, cardenal), 108, 113, 155, 163, 170, 172, 191, 312.
Musotti (secretario del cardenal de Lorena), 266, 318.
Navagero, Bernardo (embajador veneciano, obispo de Verona, cardenal), 172, 271, 272, 301, 329.
Neri, San Felipe, 26.
Nicolás V (papa), 29.
Niquet (abad de San Gildas), 217, 238, 268.
Nóbili, Vico de (capitán), 157, 170.
Nogueras, Jaime Gilberto (obispo de Alife), 319.
Oberg, Burcardo de (obispo de Hildesheim), 227.
Olario, Bernardino, 170.
Orsini, Ludovico (conde de Pitigliano), 99.
Osio (obispo de Rieti), 284.
Pacheco, Francisco (cardenal), 173.
Pacheco, Pedro (cardenal), 47, 51, 54, 59, 60, 61, 63, 69, 70, 74, 75, 78, 80, 81, 146, 147, 187.
Paleotto, Gabriel (canonista, auditor de la Rota), 318.
Pallantieri, Alejandro (procurador fiscal de Roma), 152, 153, 155, 157, 159, 160, 165, 168, 169, 175, 184.
Panvinio, Onofre (biógrafo de Pío IV), 81, 82, 87, 88, 89, 184.
Pasqua, Simón (médico de Pío IV), 163.
Paulo II (papa), 285.
Paulo III (papa), 29, 98, 99, 100, 101, 215, 222, 240, 242, 253, 256, 265, 272, 302.
Paulo IV (papa), 31, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 53, 55, 73, 84, 88, 102, 103, 104, 105, 106, 111, 113, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 146, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 158, 160, 162, 164, 165, 166, 167, 169, 181, 183, 184, 185, 219, 240, 241.
Paumgartner, Agustín (embajador bávaro en Trento), 279.
Pellegrini, Pelegrín (arquitecto), 138.
Pellevé, Nicolás de (obispo de Sens), 290.
Pendaso, Federico, 269, 270.
Pérez, Lorenzo (embajador portugués en Roma), 267.
Peruschi (jesuita, rector del Seminario Romano), 177.
Pescara, Fernando Francisco de Avalos, marqués de (embajador español en Trento), 263, 268, 274, 283, 302.
Pflug, Julio (obispo de Naumburgo), 224.
Pía, Bernardino, 147.
Pibrac, Guido du Faur de (embajador francés en Trento), 273, 330.
Piccolomini (familia), 184.
Pío V, San (papa), 26, 33, 136.
Pisani, Francisco (cardenal), 44, 47, 51, 75, 78.
Pistoya (capuchino), 32.
Pogiano, Julio (humanista), 41.
Polanco (jesuita, secretario de la Orden), 135.
Pseume, Nicolás (obispo de Verdún), 290.
Púteo, Jacobo (cardenal), 45, 48,

- 51, 59, 102, 143, 160, 210, 213, 239, 240, 248, 251.
- Raesfeld, Bernardo de** (obispo de Munster), 227.
- Ragazzoni, Jerónimo** (obispo de Nacianzo, coadjutor de Famagusta), 275, 342.
- Raverta, Octaviano** (obispo de Terracina, nuncio en España), 149, 154, 174, 189, 193, 207, 247.
- Rebiba, Escipión** (cardenal), 48, 63, 171, 182, 219.
- Requesens, Luis de** (embajador español en Roma), 134, 312, 341.
- Rettinger** (obispo de Lavant), 284.
- Reumano** (cardenal), 48, 55, 70, 75, 76, 79.
- Ribera** (jesuita), 134.
- Ricci** (cardenal), 48, 182.
- Richardot** (obispo de Arrás), 336.
- Róvere, Guidobaldo della** (duque de Urbino), 119, 120, 130.
- Róvere, Julio della** (cardenal), 48, 120.
- Róvere, Virginia della** (esposa de Federico Borromeo), 119, 120, 130.
- Ruini, Carlos** (jurisconsulto, maestro de Juan Angel de Médicis, más tarde papa Pío IV), 94.
- Saint-André, mariscal de**, 313.
- Salviati, Bernardo** (cardenal), 172.
- Sanfelice, Juan Tomás** (obispo de La Cava, comisario del concilio), 242.
- Sangro, Fabricio di** (conclavista del cardenal Carlos Carafa), 86, 148, 154.
- Santa Cruz, Próspero** (nuncio, cardenal), 174, 199, 202, 207, 212, 246.
- Santa Flora. V. Sforza.**
- Saraceni** (cardenal), 42, 48, 63, 79, 102, 143, 210, 213.
- Sauli, San Alejandro** (obispo de Aleria), 355.
- Savelli** (cardenal), 48, 79, 143, 176.
- Scalaleone, Félix** (abogado del cardenal Carlos Carafa), 166.
- Scotti** (teatino, cardenal de Trani), 46, 48.
- Schlegel, Teodoro** (abad, vicario general y administrador del obispado de Coira), 95.
- Schöneich, Gaspar de** (comisario imperial), 232.
- Sebastián** (rey de Portugal), 246.
- Segismundo Augusto** (rey de Polonia), 245, 246.
- Segismundo de Brandeburgo** (arzobispo de Magdeburgo), 226.
- Seld, Segismundo** (vicecanciller de Fernando I), 194, 295, 304, 308.
- Serbelloni** (familia), 120, 123.
- Serbelloni, Cecilia** (madre de Pío IV), 92, 93.
- Serbelloni, Fabricio** (nepote de Pío IV, jefe pontificio), 121.
- Serbelloni, Gabriel** (capitán de la guardia pontificia), 121, 157.
- Serbelloni, Juan Antonio** (cardenal), 118, 120.
- Serbelloni, Juan Bautista** (nepote de Pío IV, gobernador del castillo de Santángelo, obispo de Cassano), 121.
- Serbelloni, Juan Pedro** (tío de Pío IV), 116.
- Seripando, Jerónimo** (cardenal), 172, 184, 205, 205, 239, 240, 241, 242, 243, 246, 254, 255, 258, 265, 266, 271, 272, 276, 293, 297, 301.
- Sermoneta** (cardenal), 47, 55.
- Sesso, Oliverio** (enviado del cardenal Carlos Carafa en España), 149.
- Sforza, Francisco** (duque de Milán), 94, 96, 97.
- Sforza, Guido Ascanio de Santa Flora** (cardenal), 39, 47, 49, 54, 55, 56, 58, 59, 60, 61, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 77, 78, 79, 80, 84, 86, 88, 89, 143, 144, 149, 154, 214.
- Sforza, Maximiliano** (duque de Milán), 93.
- Simoncelli** (cardenal), 47.
- Simonetta, Ludovico** (cardenal, legado del concilio), 172, 239, 240, 242, 248, 251, 252, 253, 254, 257, 263, 265, 266, 270, 271, 276, 281, 282, 292, 297, 301, 329, 341.
- Singmoser** (consejero imperial), 308.
- Sittard, Matías** (teólogo), 304.
- Sixto IV** (papa), 185.
- Sixto V** (papa), 33.
- Soranzo, Jacobo** (embajador veneciano en Roma), 137.
- Soranzo, Jerónimo** (embajador veneciano en Roma), 110, 113, 127, 136, 138.
- Spina, Aurelio** (camarero del cardenal Borromeo), 157.

- Stendardi, Mateo, 157.
 Strozzi (cardenal), 47, 48, 54.
 Strozzi, Juan (embajador florentino en Trento), 363.
 Taro, Pirro (conservador de Roma), 40.
 Tendilla, conde de (embajador español en Roma), 154, 155, 158, 174, 197.
 Thiene (conde), 236.
 Thun, Segismundo de (conde), 251, 259, 279.
 Thurm, Francisco de (conde, embajador imperial en Roma), 46, 61, 74, 139, 187, 189.
 Toledo, Antonio de (enviado español en Francia), 202, 203, 205.
 Tonina, Francisco (agente mantuano en Roma), 109, 167, 168.
 Toralto, Juan Antonio (pariente de la duquesa Violante de Alife), 151.
 Toribio de Mogrovejo, San (obispo), 355.
 Torres, Luis de (notario), 160.
 Tournón (cardenal), 44, 47, 53, 54, 64, 75, 78, 88, 143, 203, 204, 216.
 Truchsess, Otón (obispo de Augsburgo, cardenal), 47, 61, 64, 82, 121, 159, 323.
 Urbino (cardenal), 160.
 Vacca, Antonio, 190.
 Vargas, Francisco de (embajador español en Roma), 45, 46, 57, 58, 59, 60, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 74, 75, 76, 79, 80, 81, 84, 86, 89, 90, 91, 147, 148, 154, 155, 158, 161, 174, 175, 176, 183, 187, 189, 191, 193, 197, 198, 205, 206, 208, 239, 267, 268, 269, 274, 312, 314.
 Vasto, marqués del (gobernador imperial de Milán), 97.
 Vendôme, cardenal. V. Borbón, Carlos de.
 Vercelli, Ricardo de (abad), 285.
 Vergerio (apóstata), 236.
 Violante de Alife. V. Alife.
 Visconti, Carlos (obispo de Ventimiglia), 281, 283, 386.
 Vitelli (cardenal), 48, 53, 55, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 158.
 Volpi, Juan Antonio (obispo de Como, nuncio), 141, 237.
 Wirsberg, Federico de (obispo de Wurzburg), 234.
 Zambeccaro (obispo de Sulmona) 342.
 Zanchi, Jerónimo (teólogo, hereje) 236.
-

ÍNDICE ANALÍTICO

INTRODUCCIÓN

Especial importancia de los pontificados de Pío IV y S. Pío V para la reforma católica (23-33).

Pío IV (1559-1565)

CAP. I. EL CONCLAVE DE 1559

Explosiones de odio contra los Carafas después de la muerte de Paulo IV (37-40).

El colegio cardenalicio en favor de los Carafas (40).

Comienzo del conclave. Número de los que en él tuvieron parte (41-42).

Los candidatos de Francia: Este y Tournón (42-44).

Actitud de España respecto del conclave (44-45).

Tentativas del duque de Florencia, Cosme de Médicis, para influir en la elección pontificia (46-47).

Los tres partidos del Colegio Cardenalicio: los franceses, los españoles y los partidarios de Carlos Carafa (47-48).

Posición de Carlos Carafa y Alejandro Farnese (48-49).

Fracasa la elevación de Carpi (49).

Capitulación electoral y primeras votaciones (49-51).

Probabilidades del cardenal Médicis; Este su adversario (51-52).

Desinterés de Morone (53).

Carlos Carafa frustra la elección de Tournón (53-54).

La candidatura del cardenal Gonzaga. División entre los españoles y compacta unión del partido de Carafa (54-55).

Descomedido proceder del embajador español Vargas (57-59).

La alianza de los tres jefes de partido: Farnese, Carafa y Sforza, no da buen resultado. Creciente confusión (59-60).

La candidatura de Gonzaga (60-61).

Disgusto por las excesivas consideraciones a los príncipes. Justas quejas de los conservadores de Roma (61-62). Influencia de los príncipes en el conclave. Suspensión de las negociaciones (63).

Carlos Carafa se aproxima a los franceses. Difícil situación del mismo (64-67).

Felipe II en secreto y Vargas abiertamente contra la candidatura de Gonzaga (67-68).

Vargas hace promesas a Carafa por cuenta propia (69). Carlos Carafa solicitado por españoles y franceses (69-70).

Fracaso de la pretensión de Este (71-72).

- Stendardi, Mateo, 157.
 Strozzi (cardenal), 47, 48, 54.
 Strozzi, Juan (embajador florentino en Trento), 363.
 Taro, Pirro (conservador de Roma), 40.
 Tendilla, conde de (embajador español en Roma), 154, 155, 158, 174, 197.
 Thiene (conde), 236.
 Thun, Segismundo de (conde), 251, 259, 279.
 Thurm, Francisco de (conde, embajador imperial en Roma), 46, 61, 74, 139, 187, 189.
 Toledo, Antonio de (enviado español en Francia), 202, 203, 205.
 Tonina, Francisco (agente mantuano en Roma), 109, 167, 168.
 Toralto, Juan Antonio (pariente de la duquesa Violante de Alife), 151.
 Toribio de Mogrovejo, San (obispo), 355.
 Torres, Luis de (notario), 160.
 Tournón (cardenal), 44, 47, 53, 54, 64, 75, 78, 88, 143, 203, 204, 216.
 Truchsess, Otón (obispo de Augsburgo, cardenal), 47, 61, 64, 82, 121, 159, 323.
 Urbino (cardenal), 160.
 Vacca, Antonio, 190.
 Vargas, Francisco de (embajador español en Roma), 45, 46, 57, 58, 59, 60, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 74, 75, 76, 79, 80, 81, 84, 86, 89, 90, 91, 147, 148, 154, 155, 158, 161, 174, 175, 176, 183, 187, 189, 191, 193, 197, 198, 205, 206, 208, 239, 267, 268, 269, 274, 312, 314.
 Vasto, marqués del (gobernador imperial de Milán), 97.
 Vendôme, cardenal. V. Borbón, Carlos de.
 Vercelli, Ricardo de (abad), 285.
 Vergerio (apóstata), 236.
 Violante de Alife. V. Alife.
 Visconti, Carlos (obispo de Ventimiglia), 281, 283, 386.
 Vitelli (cardenal), 48, 53, 55, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 158.
 Volpi, Juan Antonio (obispo de Como, nuncio), 141, 237.
 Wirsberg, Federico de (obispo de Wurzburg), 234.
 Zambeccaro (obispo de Sulmona) 342.
 Zanchi, Jerónimo (teólogo, hereje) 236.
-

ÍNDICE ANALÍTICO

INTRODUCCIÓN

Especial importancia de los pontificados de Pío IV y S. Pío V para la reforma católica (23-33).

Pío IV (1559-1565)

CAP. I. EL CONCLAVE DE 1559

Explosiones de odio contra los Carafas después de la muerte de Paulo IV (37-40).

El colegio cardenalicio en favor de los Carafas (40).

Comienzo del conclave. Número de los que en él tuvieron parte (41-42).

Los candidatos de Francia: Este y Tournón (42-44).

Actitud de España respecto del conclave (44-45).

Tentativas del duque de Florencia, Cosme de Médicis, para influir en la elección pontificia (46-47).

Los tres partidos del Colegio Cardenalicio: los franceses, los españoles y los partidarios de Carlos Carafa (47-48).

Posición de Carlos Carafa y Alejandro Farnese (48-49).

Fracasa la elevación de Carpi (49).

Capitulación electoral y primeras votaciones (49-51).

Probabilidades del cardenal Médicis; Este su adversario (51-52).

Desinterés de Morone (53).

Carlos Carafa frustra la elección de Tournón (53-54).

La candidatura del cardenal Gonzaga. División entre los españoles y compacta unión del partido de Carafa (54-55).

Descomedido proceder del embajador español Vargas (57-59).

La alianza de los tres jefes de partido: Farnese, Carafa y Sforza, no da buen resultado. Creciente confusión (59-60).

La candidatura de Gonzaga (60-61).

Disgusto por las excesivas consideraciones a los príncipes. Justas quejas de los conservadores de Roma (61-62). Influencia de los príncipes en el conclave. Suspensión de las negociaciones (63).

Carlos Carafa se aproxima a los franceses. Difícil situación del mismo (64-67).

Felipe II en secreto y Vargas abiertamente contra la candidatura de Gonzaga (67-68).

Vargas hace promesas a Carafa por cuenta propia (69). Carlos Carafa solicitado por españoles y franceses (69-70).

Fracaso de la pretensión de Este (71-72).

Malas consecuencias de la larga sede vacante. Esfuerzos por acelerar la elección (72-74).

Retardo de la decisión por indebidos influjos de fuera. Carafa se pasa al partido español. Los franceses contra Carpi (74-78).

Desgraciada tentativa para la elección de Pacheco (78-81).

Panvino sobre los últimos días del conclave (81-82).

Cambio decisivo en favor del cardenal Médicis (82-84).

Alfonso Carafa ganado al fin para Médicis (85-86).

Elección del cardenal Médicis, que toma el nombre de Pío IV (88-89).

Actitud de Felipe II respecto de la elección pontificia; celo excesivo de Vargas (89-91).

CAP. II. VIDA ANTERIOR Y CARÁCTER DE PÍO IV. EL PRIMER TIEMPO DE SU GOBIERNO Y LOS PARIENTES DEL PAPA. CARLOS BORROMEO

Los Médicis de Milán (92).

Bernardino de Médicis y su familia (92-93).

Juan Jacobo de Médicis, castellano de Musso (94).

Juan Jacobo y Juan Angel de Médicis trabajan contra los españoles (95).

Reveses de la familia Médicis (95-96).

La guerra de Musso (96-97).

Juan Angel de Médicis liberta a su hermano encarcelado. Su actividad en la administración de los Estados de la Iglesia (98-99).

Lento encumbramiento de Juan Angel de Médicis, comisario general de las tropas pontificias en Alemania, vicelegado de Umbria (99-101).

Juan Angel de Médicis es nombrado cardenal (8 de abril de 1549) (101). Su conducta en tiempo de Julio III. Oposición a Paulo IV (101-104). Su permanencia en Florencia, Milán y junto al lago de Como (105-106).

Buen comienzo del pontificado de Pío IV; su exterior (106-107). Modo de vida. Robustez y agilidad (108-110).

Formación de Pío IV en letras humanas; su falta de conocimientos teológicos (111-112).

Bondad y afabilidad del Papa; su amor a Venecia; sus excelentes intenciones (112-114).

Los parientes de Pío IV: los Médicis milaneses, los Hohenems y los Serbellonis (114-116).

Carlos Borromeo y su rápido encumbramiento al cardenalato (117-118).

Casamiento de Federico Borromeo con Virginia della Róvere (118-119).

Los Serbellonis (120-121). Los Hohenems (121-123).

Rasgos distintivos de Carlos Borromeo. Su piedad, su talento de administración y su ardor en el trabajo. Curso de los negocios en la secretaría privada del Papa (123-130).

Súbita muerte de Federico Borromeo (19 de noviembre de 1562) (131-132).

Ordenación sacerdotal de Carlos Borromeo (17 de julio de 1563). Aumento de su vida ascética y juicio de los contemporáneos sobre la misma (133-137). Caridad de Carlos Borromeo (137-138).

Morone consejero de Pío IV. Independencia del Papa (138).

Sentido político de Pío IV. Reconciliación con el emperador Fernando I. Restablecimiento de las nunciaturas de Viena, Venecia y Florencia. Otras mudanzas en lo relativo a las nunciaturas (139-141).

Mitigación de las prescripciones de Paulo IV respecto a la Inquisición y a los frailes apóstatas (141-142).

Pío IV en favor de la reforma y el concilio. Favorable juicio sobre sus primeras disposiciones gubernativas. Floreciente desenvolvimiento de Roma (143-145).

CAP. III. RUINA DE LA CASA CARAFA

Conducta del cardenal Carlos Carafa en el conclave (146-148). Sentimientos favorables que tuvo al principio Pío IV para con los Carafas (148-149).

Los enemigos de los Carafas (Marco Antonio Colonna y los cardenales Sforza y Gonzaga) y el buen resultado de sus trabajos (149-150).

Trágica muerte de la duquesa de Paliano (150-152).

Proceder de Pío IV contra el cardenal Alfonso Carafa (153).

Actitud de Felipe II (153-154).

Progresos de los enemigos de los Carafas. Confianza del cardenal Carlos (155-156).

Prisión del cardenal del Monte (27 de mayo de 1560) (156).

Súbito arresto de los cardenales Carlos y Alfonso Carafa (7 de junio de 1560) (157).

Gozo casi general por el proceder del Papa contra los Carafas (159).

El proceso contra los Carafas. Instrucción del mismo (159).

Presentación de la acusación e interrogatorio (159-161).

Agravación de la prisión del cardenal Carlos Carafa (163-164).

El carácter político del proceso contra los Carafas (165-166). Defensores y otros intercesores de los Carafas (166-167). Terminación del procedimiento (169).

Dos cartas del duque de Paliano para el Papa (169-170).

Arresto del cardenal Rebiba (7-8 de febrero de 1561) (171).

El nombramiento de cardenales de 26 de febrero de 1561 (172-173).

Los cuatro cuidados de Pío IV (173).

Conducta de Felipe II respecto del proceso de los Carafas (173-175).

La condenación de los Carafas (3 de marzo de 1561) (175-176).

Actitud serena y resignada del duque de Paliano; sus cartas de despedida (176-178).

Ejecución del cardenal Carlos Carafa y del duque de Paliano (5 de marzo de 1561) (178-180).

Indulto del cardenal Alfonso Carafa (181-182).

Destierro del cardenal Monte; liberación del cardenal Rebiba (182-183).

La herencia de los Carafas; actitud de Felipe II y Pío IV (183-184).

Significación de la condenación de los Carafas: fin del desmedido nepotismo (184-185).

CAP. IV. NEGOCIACIONES SOBRE LA NUEVA APERTURA DEL CONCILIO DE TRENTO (1560-1562)

1. La cuestión de la continuación o nueva convocación del concilio. Actitud de Pío IV (186-187). Posición del emperador Fernando I y de Felipe II (187-190).

El peligro de un concilio nacional francés es causa de un decidido proceder del Papa; su declaración de 3 de junio de 1560 (190-192).

Respuesta satisfactoria de Felipe II. Actitud negativa de Francia y del emperador (193-196).

Prudente conducta del Papa respecto de las grandes potencias católicas en la cuestión del concilio (198-200).

Envío de Z. Delfino a Viena. Respuesta de Pío IV a los reparos del emperador en la cuestión del concilio (200-202).

Íntil intervención de España en París (202-203).

Francia pone al Papa en la necesidad de resolverse a la continuación del concilio de Trento (203-207).

Política imperial tocante al concilio (208-210).

Deliberaciones en Roma sobre el asunto del concilio (210).

El decreto pontificio para la convocación del concilio en Trento (15 de noviembre de 1560) (213-214).

Publicación de la bula de convocación (29 de noviembre de 1560); su contenido y prudente redacción (214-216).

2. Elúdese el punto controvertido sobre la relación del concilio convocado para Trento con el anterior (216-217).

Actitud de Francia y España respecto a la convocación del concilio para Trento (217-218).

Envío de Commendone a la Baja Alemania. Su actividad; actitud negativa de los protestantes (218-230).

Commendone en los Países Bajos; su vuelta a Roma (230-235).

Envío de Delfino a la Alta Alemania (235-237).

La posición de Suiza respecto al concilio (237).

3. Actitud expectante del emperador en el asunto del concilio. Posición de Francia (237-238).

Nombramiento de cinco legados del concilio (H. Gonzaga, L. Simonetta, J. Púteo, J. Seripando, Est. Hosio). Rasgos distintivos de los mismos (239-241).

Preparativos para la apertura del concilio en Trento (242-243).

Dificultades de parte del emperador y del rey de España (243-244).

Negociaciones de Canobio y Hosio con el emperador (244-246).

Celo del rey de Portugal (246).

Lenta llegada de los prelados a Trento (246-247).

Condescendencia de Felipe II en el asunto del concilio. Conducta del emperador (247-248).

El Papa procura diligentemente la pronta apertura del concilio. En Trento aumentase sólo poco a poco el número de los prelados (248-249).

Actitud ambigua de Francia. Falta de celo en el emperador (250-251).

Marcos Sittich de Hohenems es nombrado legado del concilio (251).

Actividad del Papa en reanudar el concilio. Instrucción para Simonetta (251-253).

Deliberaciones sobre las materias que se habían de tratar en el concilio (254).

Remoción de las últimas dificultades (255-256).

CAP. V. LA NUEVA APERTURA DEL CONCILIO DE TRENTO SESIONES XVII-XXII. ENVÍO DE MORONE A INNSBRUCK AL EMPERADOR FERNANDO I (1562-1563)

1. Solemne apertura del concilio de Trento en 18 de enero de 1562. Primeras materias de las deliberaciones (257-259).

Los representantes del emperador Fernando I en el concilio (259-260).

La sesión XVIII del concilio (26 de febrero de 1562) (260-261).

Variación de la situación por nuevas exigencias del emperador a los legados. Instrucciones del Papa (261-262).

La cuestión acerca de si la obligación de residencia de los obispos es precepto divino o humano, y su importancia (263-265). Agitados debates sobre esto (265-266).

Dificultades en la cuestión de la continuación (267-268).

La sesión XIX del concilio (14 de mayo de 1562) (268-269).

El Papa en favor del aplazamiento de la cuestión de la residencia (269-270).

Tirantez entre Pío IV y los legados del concilio (271-273).

Pretensiones de los prelados españoles y de los embajadores franceses (273).

La sesión XX del concilio (4 de junio de 1562) (274-275).

Deliberaciones sobre la comunión bajo ambas especies y la comunión de los párvulos (275-276).

El llamado Pequeño libro de reforma del emperador Fernando I, expresión de su política eclesiástica. Negociaciones sobre el mismo (276-279).

La exigencia de la administración del cáliz a los legos (279-280).

La sesión XXI del concilio (16 de julio de 1562). Decreto de reforma (280-281).

El Papa restablece la concordia entre los legados del concilio. Impítese la dimisión de Gonzaga. Reconciliación de Gonzaga y Simonetta (281-283).

Feliz decisión de Felipe II (283).

Deliberaciones sobre el santo sacrificio de la misa y la concesión del cáliz a los legos. Discurso del general de los jesuitas, Diego Laínez (283-285).

La sesión XXII del concilio (17 de septiembre de 1562). La doctrina sobre el santo sacrificio de la misa (286-287).

2. Decisión del Papa sobre el Pequeño libro de reforma del emperador (287-288).

La controversia acerca de si la obligación de residencia de los obispos es de precepto divino o eclesiástico. Discurso de Diego Laínez (288-289).

Llegada del cardenal Guisa y otros prelados franceses. Actitud y actividad de Guisa en Trento (290-291).

Fatigosos y acalorados debates sobre la cuestión de la residencia. Opinión del cardenal Carlos Borromeo y de Diego Laínez. Borromeo exige la renovación de la definición del concilio florentino sobre el primado (291-293).

Los legados del concilio contra las opiniones galicanas de los franceses (293).

Coalición del emperador, Francia y España para obligar a una reforma en la cabeza y en los miembros (294-296).

Envío de Commendone a Innsbruck al emperador Fernando I (296).

Muerte de los legados del concilio Gonzaga y Seripando. Difícil situación del concilio (297-298).

Las exigencias del emperador y el nombramiento de cardenales de 6 de enero de 1563 (298-299).

El Papa en favor de una inteligencia con el emperador (299-300).

Nombramiento de los cardenales Morone y Navagero para legados del concilio (301-302).

Viaje de Morone a Trento e Innsbruck (abril de 1563) (302).

Las negociaciones de Morone con el emperador Fernando I en Innsbruck y su favorable resultado (303-309).

Importancia de la inteligencia entre el emperador y el Papa preparada por Morone (309-311).

CAP. VI. TERMINACIÓN E IMPORTANCIA DEL CONCILIO DE TRENTO

1. El embajador español en Roma, Vargas, es llamado a su país; Luis de Requesens destinado a sucederle (312).

Envío de Luis de Avila a Roma. Grandes demandas de Felipe II (312-313). Condescendencia de Pío IV con el rey de España. Perplejidad de Morone (313-314).

La contienda de precedencia entre el embajador español y el francés en Trento decidida por Pío IV en favor de Felipe II (315).

Renovación del litigio entre el episcopado y el primado. Láinez en favor de los derechos de la Santa Sede (315-317).

Los grupos nacionales en Trento (317).

Satisfactoria redacción del decreto de residencia sin mención del derecho divino de los obispos, por efecto de la mudanza del cardenal Guisa (318).

La sesión XXIII del concilio (15 de julio de 1563) y sus decretos sobre los obispos (319-320).

El Papa contra la política española de prolongar el concilio (321-322).

Negociaciones sobre el sacramento del matrimonio y la reforma general (322-323).

La cuestión de la «reforma de los príncipes» en el concilio. Resistencia del emperador. Violentas expresiones de Morone. Amenazas del gobierno francés (324-329). La protesta de los embajadores franceses en el concilio de 22 de septiembre de 1563 (330-331).

Viaje del cardenal Guisa a Roma y su inteligencia con el Papa (331-332).

Avenencia entre el emperador y el Papa (332-333).

Buen progreso de las deliberaciones (334-335).

La cuestión de la reforma del Colegio Cardenalicio (335).

La sesión XXIV del concilio (11 de noviembre de 1563). Determinaciones sobre el sacramento del matrimonio. Decretos de reforma. Decreto sobre el derecho de proposición (336-337).

Decisiva actividad de Morone para el feliz éxito del concilio (338-339).

La enfermedad de Pío IV acelera la terminación del concilio (341-342).

La sesión XXV y última del concilio (3-4 de diciembre de 1563) (342-345).

2. Los resultados del concilio: no se restablece la unidad religiosa, pero se aclara la situación (345-346).

La gran importancia del concilio respecto al dogma (346-348). El concilio y el primado pontificio (348-349).

Los decretos reformatorios del concilio de Trento y su importancia decisiva para la reforma eclesiástica (350-356).

El concilio funda una nueva época en la historia de la Iglesia católica (356).

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

	Página
Observación preliminar	359
1. Las votaciones en el conclave de Pío IV, desde el 9 de septiembre hasta el 16 de diciembre de 1559	359
I. Resumen de las votaciones 1-68	360
II. Número de votos de los principales candidatos	365
2. Francisco de Guadagno al duque de Mantua. Roma, 20 de septiembre de 1559	367
3. Los despachos de Marco Antonio de Mula	367
4. El cardenal C. Carafa al duque de Paliano. Roma, 1.º de junio de 1560	369

	<u>Página</u>
5. Consistorio de 7 de junio de 1560	370
6. Juan Bautista Ricasoli a Cosme I, duque de Florencia. Roma, 7 de junio de 1560	370
7. Avviso di Roma de 8 de junio de 1560	371
8. Motu proprio del Papa Pío IV, relativo al proceso contra los Carafas. Roma, 1.º de julio de 1560	373
9-10. Marco Antonio de Mula a Venecia. Roma, 24 de agosto de 1560	376
11. Marco Antonio de Mula a Venecia. Roma, 26 de octubre de 1560	377
12. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 22 de febrero de 1561	377
13. Consistorio de 3 de marzo de 1561.	378
14. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 5 de marzo de 1561	378
15. El Papa Pío IV a Aníbal de Hohenems. Roma, 5 de marzo de 1561	378
16. Marco Antonio de Mula a Venecia. Roma, 7 de marzo de 1561	379
17. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 8 de marzo de 1561	380
18. Avviso di Roma de 8 de marzo de 1561.	382
19. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 3 de diciem- bre de 1561	383
20. Avviso di Roma de 6 de diciembre de 1561	383
21. Avviso di Roma de 13 de diciembre de 1561	384
22. Avviso di Roma de 20 de diciembre de 1561	384
23. Avviso di Roma de 10 de enero de 1562.	384
24-34. Trabajos de reforma de Pío IV desde febrero hasta mayo de 1562	385
1. Avviso di Roma de 8 de febrero de 1562	385
2. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 21 de febrero de 1562	385
3. Avviso di Roma de 7 de marzo de 1562.	385
4. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 2 de abril de 1562	385
5. Avviso di Roma de 25 de abril de 1562	386
6. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 2 de mayo de 1562	386
7. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 6 de mayo de 1562	386
8. Avviso di Roma de 9 de mayo de 1562	387
9. Avviso di Roma de 16 de mayo de 1562.	387
10. Avviso di Roma de 23 de mayo de 1562.	387
35. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 22 de abril de 1564	387
36. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 29 de abril de 1564	387
37. Francisco Tonina al duque de Mantua. Roma, 12 de agosto de 1564	388
38. Onofre Panvinio biógrafo del Papa Pío IV	388
Panvinio sobre la ruina de los Carafas	395

ERRATAS

Página	Línea	Donde dice	Debe leerse
75	12-13	no había hablado de todo el colegio cardenalicio	no había hablado según la mente de todo el colegio cardenalicio
95	24	con el conde Marck Sittich	con el hijo del conde Mark Sittich
98	3	En favor del hermano encarcelado	En favor de los hermanos encarcelados
179	13 de las notas	v. el n.º 16 del apéndice	v. el n.º 18 del apéndice
283	25	dirigido a impedir	iba dirigido a impedir
349	2	tuviesen valer	tuviesen valor